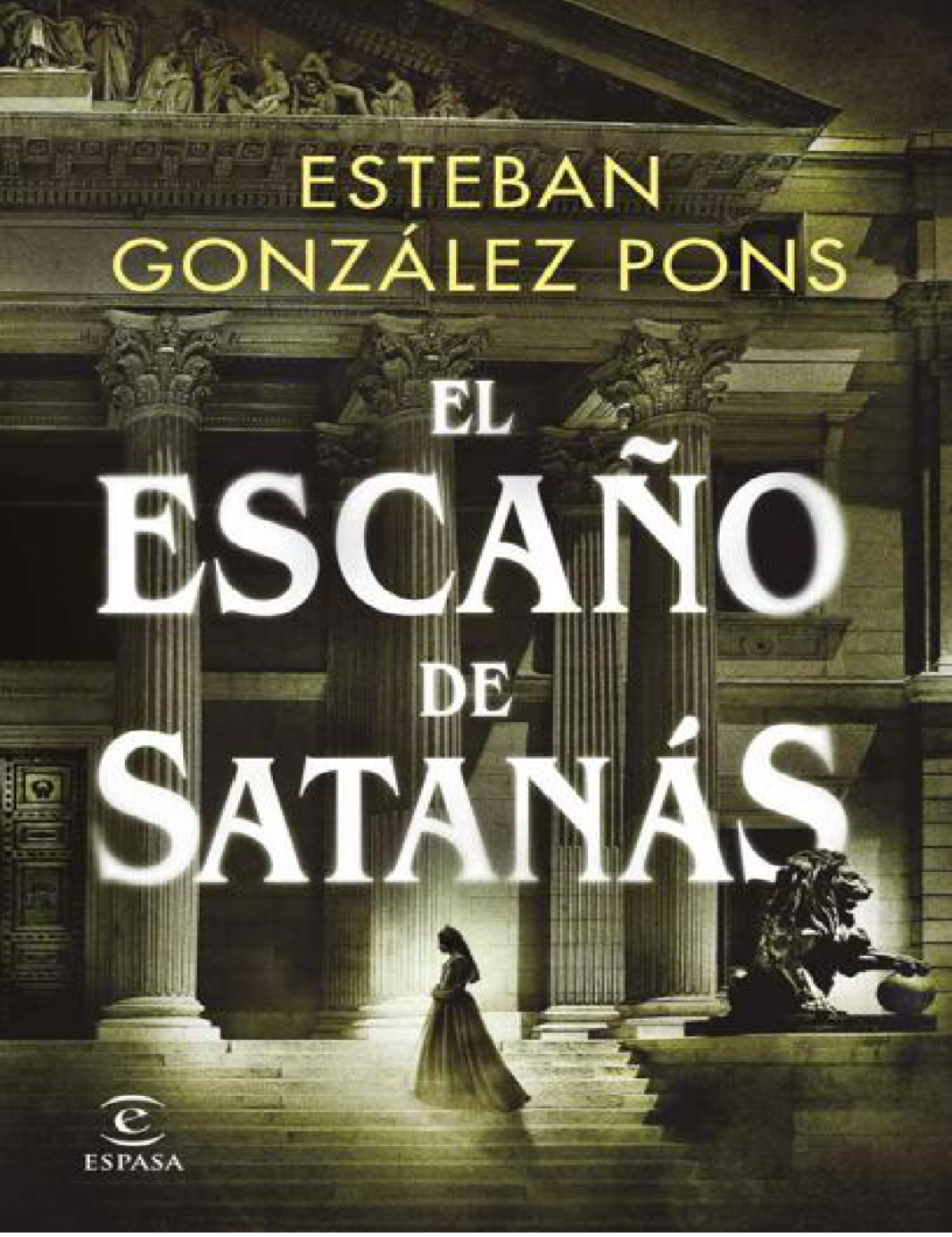

ESTEBAN
GONZÁLEZ PONS
EL
ESCAÑO
DE
SATANÁS
ESPASA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Citas
Introito
Primer acto. Las elecciones de la peste
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince
Dieciséis
Diecisiete
Dieciocho
Diecinueve
Segundo acto. Amargura Saavedra
Veinte
Veintiuno
Veintidós
Veintitrés
Veinticuatro
Veinticinco
Veintiséis
Veintisiete
Veintiocho
Veintinueve
Treinta
Treinta y uno
Treinta y dos
Treinta y tres
Treinta y cuatro
Treinta y cinco
Treinta y seis
Treinta y siete
Treinta y ocho

Treinta y nueve
Cuarenta
Cuarenta y uno
Cuarenta y dos
Tercer acto. La marquesa del Valle
Cuarenta y tres
Cuarenta y cuatro
Cuarenta y cinco
Cuarenta y seis
Cuarenta y siete
Cuarenta y ocho
Cuarenta y nueve
Nota del autor
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

SINOPSIS

En un presente parejo al nuestro, se descubre una cripta bajo el sótano del Congreso de los Diputados y en su interior la tumba de una dama sin rostro, sin nombre, sin cruz. Tras varios años de crisis sanitaria y política, los diputados no sospechan que, literalmente bajo sus pies, está a punto de abrirse una puerta del infierno.

Entonces, se celebran elecciones generales y los resultados suponen un terremoto en el panorama político nacional: dos grupos emergentes y radicales se disputarán la formación de Gobierno ante la incapacidad para llegar a un acuerdo moderado por parte del PP y el PSOE. La primera de esas fuerzas nuevas se llama Escarmiento y la encabeza don Baldomero Cuervo, un caudillo visionario que añora el espíritu de la Reconquista. La segunda, la coalición Arcoíris, amalgama de movimientos anticapitalistas e identitarios, la lidera el imán fundamentalista Haidar al Isbani.

A ese conflicto político se enfrentará Marga Saavedra, diputada de Ele-Ele por Sevilla, honrada como un fideo, vaporosa como Virginia Wolf, "impostora" en política y enamorada del portavoz casado, creyente, cazador y taurino del PP en la Cámara, Ramón Bayo. La diputada Saavedra se esforzará por evitar los dos posibles gobiernos de fanáticos, aunque para ello tenga que luchar contra su pasado, contra sus correligionarios y contra la sombra de una perra alana española, densa y maloliente, que aterroriza a los habituales de los pasillos del Congreso. Aunque para ello tenga que entregar su vida.

¿Acaso no ha llegado el momento de derrotar a esas fuerzas maléficas que todos los días envilecen la Política, así, escrita con mayúscula? Marga, Ramón y aquellos que todavía sienten que España es un proyecto antes que una Historia optarán por defender sus ideales, por no malvenderlos a cambio de poder, y no evitarán esa batalla incómoda contra Satanás en que consiste el verdadero ejercicio de la política.

El escaño de Satanás es una fábula sobre la actualidad, un esperpento que nos permite reír y morir de miedo a la vez, una metáfora que trata de España. Y un retrato al natural de nuestros políticos; de los buenos, pero también de los mordidos por el mal. Porque, sabedlo, en el parlamento español, Satanás tiene su propio escaño.

ESTEBAN GONZÁLEZ PONS

EL ESCAÑO DE SATANÁS

A la Política; así, con mayúscula,
esa en la que siempre ganan los buenos.

Sin ningún género de duda, los vampiros existen: algunos de nosotros poseemos la prueba.

BRAM STOKER, *Drácula*.

DON ESTRAFALARIO: Yo quisiera ver este mundo con la perspectiva de la otra ribera. Soy como aquel mi pariente que usted conoció, y que una vez, al preguntarle el cacique qué deseaba ser, contestó: «Yo, difunto».

RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN,
Martes de Carnaval. Esperpentos.

INTROITO

A Dios por Satanás.

De Dios es el poder y de Satanás la política. Dios ordena y tolera, Satanás seduce y negocia. Dios existe para ser amado, Satanás para ser temido. Allá donde los hombres se gobiernan, conviven poder y política, Dios y Satanás. En efecto, en el reino de los hombres el poder se alcanza por la política, esto es: a Dios se llega por Satanás.

He decidido contar mi historia para que quede constancia de que a veces la política pone al poder tan cerca del alcance de Satanás que cuesta distinguirlo de Dios, que la figura de Satanás parece subirse al pedestal que sólo corresponde a Dios. Quizá suceda más a menudo de lo que sabemos, ya que en nuestro tiempo la política lo contamina todo.

Los extraños crímenes que narraré son verídicos, aunque fueron disfrazados como muertes accidentales y silenciados por la política, y esta vez también por el poder, y por eso parecerán nuevos. Este episodio nacional siempre se ha presentado de otra manera, de forma periodística, negando cualquier suceso sobrenatural; mejor dicho, ocultando lo que no puede explicarse sin recurrir a la literatura.

Yo lo viví. Me contagié y me curé, así que puedo hablar con conocimiento de causa. No encubriré mi nombre bajo un tupido «anónimo». Si el lector adivina mi apellido mejor para él. Nada será peor que lo que ya sufrí y no me importa si mi relato es linchado conmigo. Las obras anónimas, al carecer de autor al que desacreditar, escapan fácilmente al control de la minoría que gobierna con engaño y a la superstición de la mayoría engañada. Pero yo no voy a esconderme.

Lo que aquí confieso, pues, me sobrevivirá con el mismo descrédito que me acompañaría a mí misma si reapareciera y contase mi versión a los periodistas, pero me sobrevivirá.

Créame el lector si afirmo que no resulta tan relevante quién soy, importa qué vi. Importa qué sucedió. Así que, vanidad aparte, intentaré tomar distancia respecto a lo que escribo. No sé si lo lograré. En todo caso, considere que esto es una confesión y yo una humilde penitente.

Y lea. Y entienda. Y rece.

Digamos, para arrancar, que la semilla del mal estaba sembrada en tierra propicia desde hacía muchísimo, prácticamente desde que

Madrid es Madrid.

Si me lo propusiera, podría incluso concretar con cuántos siglos de antelación comenzaron a fraguarse los delirantes asesinatos que pretendo desvelar, porque el río de sangre que desembocó sobre nosotros tenía su manantial en ignotas cumbres de un tiempo remoto y no transcurrido.

Me explico.

Al jesuita Christophorus Clavius y al maestro Aloysius Lilius, ambos reputados astrónomos, se les considera padres de la transición del calendario juliano al gregoriano producida en 1582. Uno y otro observaron que, como consecuencia de un desfase en el cómputo de la duración de días con que cuenta el año trópico, en los mil doscientos y pico años acontecidos entre el Concilio de Nicea y el de Trento, se había producido un adelantamiento de diez fechas del equinoccio de primavera, a partir del cual los cristianos conmemoran la pasión y muerte de Jesús, que, de no corregirse, acabaría llevando la Pascua al invierno y la Navidad al verano. Por eso, fue preciso cambiar ese modo de ordenar el almanaque por otro, tal y como sostenían estos dos sabios.

El nuevo calendario se estableció por la bula *Inter gravissimas* del papa Gregorio XIII y, como consecuencia inevitable del salto de cronologías, para desprenderse del tiempo ganado, aquel año de 1582 se pasó del 4 de octubre directamente al 15 del mismo mes, perdiéndose todos los días intermedios.

Esas fechas no existen en la historia: no transcurrieron.

Pues bien, cuando, casi doscientos años después, el monje benedictino Dom Antoine Augustin Calmet, abad de Senones, en los Vosgos, redactó su célebre recopilación de casos de no muertos y revinientes a lo largo de Europa, conocida como *Traité sur les apparitions des esprits et sur les vampires* (París, 1751), se encontró con un insólito suceso acaecido precisamente durante aquella misteriosa supernoche del 4 al 15 de octubre de 1582 en Madrid. El asunto le resultó tan inexplicable y a la vez tan oscuro, tan terrorífico, que al final optó por no mencionarlo en el libro, por si con eso invocaba a algún demonio poderoso.

No obstante, en una epístola a su amigo el doctor Bruhier, traductor al francés de la afamada tesis sobre enterrados vivos del morboso doctor Vinflow, carta cuyo original conservan los herederos del viajero húngaro Árminius Vambéry en su clausurada biblioteca de Budapest, el abad Calmet se atrevió a escribir:

> Las vidas de santos están llenas de resurrecciones de muertos, pero yo me he encontrado con un demonio que también revive a los fallecidos. Una perra negra, una alana española, una guardiana de las puertas del infierno, que intentó destruir la monarquía católica y con

> eso también la cristiandad, y que faltó poco para que lo consiguiera. Ocurrió en Madrid, y volverá a ocurrir cuando se abra un determinado sepulcro del convento del Espíritu Santo. Pero me voy a callar porque prefiero callar con asco que dejar de morir sin seguir vivo.

Dejar de morir sin seguir vivo... Dejar de morir sin seguir vivo...

De eso voy a escribir aquí, de cuando se abrió ese sepulcro del convento del Espíritu Santo y regresaron los tábanos, las ratas y la peste. De cuando la perra negra se puso de pie y Dios y Satanás volvieron a confundirse entre el poder y la política.

Y al cabo se verá que la criatura reviniente no es ni por asomo el personaje más cruel de esta historia. He contemplado mucha más crueldad en la política que en el infierno, y soy una de esas pocas personas que pueden contar que ha ido y ha vuelto de los dos sitios, ambos detestables.

Ave María purísima, aquí comienza mi confesión:

Yo maté a la alana española de pelo negro...

La Sª marquesa del balle Doña magdalena de guzmán, Viuda, murió junto al Spiritu Sancto en vte. y quatro de octubre de 1621. Recibió los Sanctos Sacramentos en palacio. Testó ante diego Ruiz de tapia Sno. del numº de esta villa, su ffª. en 23 de este presente mes. Mandóse enterrar en el Convento de los Clérigos menores y que le digan mill y quinientas misas ordinarias = digo que murió en Palacio y ansi está la Raçon de el testamento de esta Señora en la iglesia de San Juan Por ser su Parroquia.

ARCHIVO DE LA PARROQUIA MADRILEÑA DE SAN SEBASTIÁN
(5 DIF., FOL. 120 VTO).

Y toda esa mierda era mentira.

PRIMER ACTO

LAS ELECCIONES DE LA PESTE

UNO

Domingo

A casi todas las personas las bautizan con agua, sólo algunas reciben después un segundo bautismo con sangre. Y estas últimas no mueren nunca, esa es su desgracia.

Francisco Arroyo Herranz, diputado del Partido Socialista Obrero Español por Teruel, abrió los labios como un pez al boquear, antes por reflejo que para decir nada. Y aún más se le abrieron los ojos, ansiando también esa redondez tan triste de los ojos de los peces, cuando todo su cuerpo se tensó y el dolor lo recorrió de arriba abajo igual que si hubiera recibido una descarga eléctrica. No quedó en él una célula que no se sintiera traspasada por el mordisco limpio y profundo que acababa de recibir en el cuello.

Creía que en el despacho estaba aislado y seguro, que su oficina era su castillo, pero no.

Sentado ante el escritorio, una noche en que el Congreso estaba cerrado para todo el mundo menos para los diputados, no esperaba ser arremetido por la espalda mientras con incredulidad leía lo que podía ocurrirle a continuación. Tenía frente a sí el expediente secreto conocido como *Informe espantoso sobre tábanos, ratas y crímenes en la Casa*, donde él mismo aparecía mencionado, y que su amiga, la letrada Mercedes Martínez, autora del mencionado *Informe*, había copiado antes de entregar el original al presidente en funciones del Congreso, don Miguel Betancor, del Partido Popular.

Caso de pasarle algo parecido a esto, habría anhelado que fuese en un contexto erótico y que ese tipo de mordedura le provocara un éxtasis superior al del orgasmo, el éxtasis del renacimiento. De ahí su desconcierto por aquel dolor tan intenso.

Se quedó sorprendido, aterrado, inmóvil.

Quien le había mordido se puso seguidamente frente a él. Unas manos delicadas pero gélidas le enmarcaron el rostro. Las palmas de esas manos blancas de dedos largos y cuidadas uñas pintadas de negro se pegaron a sus mejillas cual ventosas, manteniéndole erguida la cabeza. Para el diputado fue igual que hundir la cara en un cubo de agua con hielo por el frío que desprendían aquellas manos de mujer. Semejante frigidez contrastaba intensamente con el calor que irradiaba la herida de su cuello, de la que no dejaba de manar sangre.

Estaban solos en el despacho, en el pasillo de la planta, casi seguro que también en ese edificio y quizá en el conjunto del Congreso. No era probable que quedara nadie a esas horas por allí, más allá de algún vigilante nocturno de ronda con su linterna. Excepto la luz del flexo que iluminaba los folios del *Informe* extendidos por la mesa, el universo yacía sumergido en la negritud de una noche de domingo en el centro de Madrid.

Además, había sido día de elecciones generales. Los políticos pasan siempre la noche de las elecciones de cara al televisor, esa noche el Congreso es un útero huero.

En aquellas circunstancias no cabía esperar auxilio. Sin embargo, el diputado reclamó socorro a gritos. Y con todas sus fuerzas, con desgarro, recurriendo incluso al aire que contuviera su estómago, chilló. El chillido resonó por los espacios solitarios y apagados de las distintas oficinas como el lamento de alguien extraviado en las entrañas de la cueva más profunda. La resonancia del chillido se perdió en un abismo de oquedades y corredores desiertos.

Las sienes le latían con rabiosa intensidad. Si se hubiera concentrado habría podido adivinar las pulsaciones aceleradas de su corazón contando las perceptibles palpitaciones de sus arterias temporales externas. Comenzaba a notar cómo la sangre empapaba la espalda de su camisa.

«Me va a bautizar con sangre, aunque no debería ser con mi propia sangre», pensó en voz alta.

Algo iba muy mal.

—¿Me vas a bautizar con sangre?

—No. Tú no eres la persona elegida.

—Pero yo creía...

—Me regalaste tu alma con demasiada facilidad, Monaguillo ministrable. Ya no me sirves...

La siniestra criatura se había sentado a horcajadas sobre los muslos del diputado separándolo un poco de la mesa del despacho. De cara a él. Lo miraba fijamente, con fiereza, y se relamía con la inteligencia de una loba que calcula y que, antes de lanzar el golpe definitivo a su presa inmovilizada, se contiene un segundo. Descubría los caninos superiores e inferiores y rozaba su lengua contra sus dientes adelante y atrás, obscenamente.

El diputado se preguntó cómo se habría recogido aquella pesada saya negra con que la recordaba, ricamente bordada con hilos de oro y plata, para sentarse con tanto descaro sobre sus piernas. También por qué no sentía su largo collar de perlas, acabado en una última perla con forma de gota, rozándole la camisa, bajándole a él por el vientre conforme la inquietante mujer se acomodaba lentamente encima de sus muslos. Y cómo era posible que, pese a lo complicado del traje de

dama de la corte de los Austrias que lucía, la percibiera desnuda en la penumbra del despacho, que las puntas de sus pechos lo tuvieran pegado contra el respaldo de su sillón como si fueran dos amenazantes dagas quitapenas.

Le hincó con fuerza las uñas de los pulgares por detrás de la mandíbula provocando así que el diputado abriese de par en par los labios y entonces, con lascivia, gozando con cada lametazo, empezó a besarle en la boca. Por dentro de la boca, más bien, puesto que, al mantener las uñas hundidas, presionando por debajo de sus orejas, el hombre no podía cerrar los labios aunque lo intentase.

Lo saboreaba.

El aliento de la aparecida hedía como la mierda que se le escapa a un ahorcado, hedía como el aire prisionero en un ataúd ya enterrado.

La primera vez que se encontró con ella fue en el cuarto de baño de caballeros que hay en palacio, justo detrás del Salón de Sesiones, junto a ese bar de diputados al que sólo puede accederse desde dentro del hemiciclo. Un urinario exclusivo para miembros de la Cámara, por tanto. En la calle ya habría oscurecido. Era una tarde tediosa del final de la legislatura de la peste, una de esas de luz tenue, corrillos en los escaños del fondo, oradores que leen discursos en voz baja, ningún periodista siguiendo la sesión..., sin emociones. Al lavarse las manos después de orinar, levantó la vista y se la encontró en el espejo. Hermosísima. No reflejada, no asomándose por detrás de él, sino introducida en el espejo, mirándolo desde el otro lado.

Cuando anochece, el silencio indiferente de los mingitorios públicos es de panteón; por el pavimento, por la pulcritud, por la repugnancia. Dada su estética marmórea, a determinadas horas tardías un cuarto de baño público casi no se distingue de una morgue, ambos resultan escenarios sobrecogedores, enclaustrados, terribles.

Podría haber pensado: qué tontería. Y marcharse. Podría haberse reído, concluir que la fatiga y el aburrimiento le provocaban visiones y darse la vuelta e irse. Incluso, podría haber formado un cuenco con las manos y lavarse la cara para despejarse, o haber salpicado al espejo para que desapareciera de ahí la imagen de aquella preciosa señora, vestida igual que una princesa antigua, que le sonreía con ruindad. Cualquier cosa..., podría haber hecho cualquier cosa, pero no hizo nada. Se quedó pasmado, hipnotizado por la bella, hasta que la bella habló y le dijo:

—Y a ti, ¿quién te teme, Monaguillo? Te llaman el Monaguillo, ¿verdad? Ji, ji, ji... Si no te teme alguien importante es que no eres nada importante, Monaguillo. No cuenta quién te ama, sino quién te teme... Dime, ¿tú eres alguien, Monaguillo? ¿Quieres que te ayude a infundir miedo y llegar a ministrillo? Ji, ji, ji...

Ahora, ¡ahora más que nunca!, se arrepentía de no haber huido

entonces, de no haber sido capaz de entender rápidamente que la fascinación producida por aquella figura imposible del espejo estaba compuesta de miedo, codicia y deseo a partes iguales. De haber caído en la tentación. De no haberse callado y escucharse a sí mismo responder:

—Nadie me teme —apenas se le oía la voz—, aunque tampoco nadie me ama. Yo temo y amo, pero no infundo temor ni amor.

—Ji, ji, ji... Pero sueñas con ser ministrillo, ¿a que sí, Monaguillo?

Arroyo asintió con la cabeza.

—¿Me dejas entrar?

—Pasa —balbuceó.

Y la criatura salió del espejo.

Sí, ahora, precisamente ahora, sintiendo aquella lengua gélida ocupar su cavidad bucal como si fuera propia, percibiendo invadida la entrada de su cuerpo hasta la garganta, ahora ya era tarde, demasiado tarde, y aquella señora del espejo del baño estaba en condiciones de empezar a masticarlo por dentro.

Le pareció que tenía el hocico húmedo de babas y mucosidades de una perra de pelea metido en la boca, que le husmeaba las entrañas con hambre. Que una perra negra con ojos de fuego lo iba a devorar sin matarlo antes, dejándole notar y mirar cómo daba mordiscos a sus entrañas a partir de la faringe.

Ella gruñó lo mismo que una alimaña antes de pasarle el brazo con seguridad por detrás de la nuca, succionarle la lengua igual que se sorbe el licor de un cóctel y cerrar después los dientes con la fuerza fulminante de un martillazo, tal y como cae la hoja de la guillotina. Le arrancó la lengua de cuajo. El diputado, que supo perfectamente lo que estaba ocurriendo porque, según acababa de leer en el *Informe espantoso sobre tábanos, ratas y crímenes*, él no era el primero ni el segundo en caer, quiso suplicar, rebelarse, vociferar, largar algún insulto..., pero se encontró con un vacío y un mutismo inmensos bajo su paladar.

Para su compinche la reviniente, Francisco Arroyo resultó no ser ese alguien tan especial que él se había creído. Ayudarla a entrar y resituarse no conllevaba ninguna recompensa. Qué desolación, a la postre sería sólo otro nombre en la lista de bajas del *Informe espantoso*. En ese instante y por vía deglutoria se estaba rescindiendo su pacto de fidelidad a cambio de poder con la diabólica criatura. Sí, apostó su alma y la perdió para la eternidad. Arroyo también iba a ser comido.

Jamás llegaría a ministro.

—Lo has descubierto todo de mí y ya no vales para nada. Fuiste parte de mi plan, pero te has quedado en comida, ridículo ministrable —le espetó con la boca llena, pronunciando las palabras con dificultad, aunque mirándolo de forma tan aviesa que lo dicho no

necesitaba traducción.

Y vio cómo la criatura se retiraba un poco, levantaba las manos para recogerse los cabellos que se le habían venido a la cara, ofreciéndole así las axilas y las tetas con descaro, y cómo le sonreía burlona, con su lengua recién arrancada pendiendo de la dentadura, sosteniéndola con los caninos como lo haría una alimaña con un filete de carne cruda.

Al diputado la sangre le resbalaba con abundancia por las comisuras de los labios y por el mentón. Le goteaba atropelladamente sobre la camisa.

Luego, ella escupió la lengua cortada sobre el escritorio y se puso de pie. Inclinó despacio la cabeza a un lado y luego al otro con satisfacción infantil. Canturreaba como una párvula feliz que acabase de terminar un trabajo escolar. Y le susurró entre risitas:

—Pronto te desangrarás, diputado, ji, ji, ji... En el momento en que desaparezca la luz de tus ojos y su humedad, será que ya estás muerto. ¿Quieres que te avise cuando eso esté a punto de ocurrir?

Al intentar replicarle, un borbollón de humores carmesíes, grumosos y medio fluidos le brotó de aquella boca sin lengua. Se ahogaba con su propio plasma y sus escupitajos con tropezones.

La camisa blanca del diputado ya era completamente roja por la sangre oscura con que se había teñido. Lo último que vislumbró Francisco Arroyo fue a la mujer desabrochándole con parsimonia esa camisa como si pelara una fruta antes de trocearla para zampársela.

Todo sucedió tal y como yo lo estoy escribiendo aquí. No, no es que me lo hayan contado, es que heredé los recuerdos de uno de los dos seres allí presentes. Ya se verá cómo.

La muerte es el único dios seguro, sépalo quien aún lo ignore.

Dos

Voy demasiado rápido. La muerte de Paco Arroyo, conocido como el Monaguillo, no es un principio y conviene que comience por el principio. De acuerdo, por el principio... Sí, por el principio... Pero... ¿cómo fue el principio? ¿Cuándo nació el mal, cuándo fue malparida la alimaña del infierno? No es fácil responder.

Me he levantado para prepararme un chocolate caliente en una de las tazas en las que mi madre servía la merienda a mi padre. Frente a mis ojos, la negra Underwood, la máquina de escribir sentencias de muerte de un juez al que yo llamaba papá, aguarda tensa, impaciente como un coche de difuntos a la puerta de casa. Escribo en una máquina y no en un ordenador para que no exista otra copia de mi confesión. No me fío de nadie, y menos de las cosas que se conectan a internet.

La niña duerme con su padre en nuestra cama, ellos son mi única paz. Reina el silencio en casa, falta, pues, que los espectros me respeten esta noche y quizá pueda ordenar el relato.

Empiezo a teclear... Planteamiento, nudo y desenlace, ya sé. En un pasado, que ahora me parece remoto, fui profesora, sólo debo recordar cómo preparaba mis clases.

Rebobino, entonces. Empiezo de nuevo.

Lo primero será describir el escenario de los crímenes. La historia que me urge vomitar sucedió en el Congreso de los Diputados, en el hermético palacio de la Carrera de San Jerónimo. Arrancaré con eso.

La Casa, como la llaman quienes trabajan ahí, es antigua, pero no tanto como para albergar leyendas, trasgos o momias desde la noche de los tiempos o desde las edades más oscuras. Sus fantasmas son bastante recientes. Salvo que hablemos de otro tipo de demonios que pudieran surgir de lo más profundo de la tierra y de los que no se sepa más que de siglo en siglo, como la perra reviniente de Satanás. Pero eso lo explicaré más adelante. Continúo.

Ayudándose con una paleta de plata, Isabel II puso la primera piedra del Palacio del Congreso el 10 de octubre de 1843, el mismo día en que cumplió trece y justo un mes antes de jurar la Constitución liberal de 1837. Aquel fue el primer acto público de una niña reina que, con los años, acabaría mirando el mundo con semblante de

hombre enfadado. El palacio se inauguró siete años después, la mañana del 31 de octubre de 1850. Así que el edificio aún no tiene ni doscientos años. Aunque también es verdad que sobre ese solar hubo antes un convento, el de clérigos menores del Espíritu Santo, cuya iglesia fue devastada en 1823 por un incendio espantoso y cuyas lóbregas ruinas y heridas siguen ahí sepultadas.

El Palacio del Congreso es un inmueble vivo, siempre ha estado en uso con independencia del tipo de régimen político que imperase en España. Ha servido como sede parlamentaria para cinco reyes, dos repúblicas y una dictadura fascista, y para seis sistemas constitucionales diferentes. En la galería de retratos de sus presidentes se puede seguir el curso del tiempo sin interrupción alguna: un presidente del Congreso detrás de otro, como si las guerras, escándalos y destronamientos que se han ido sucediendo afuera, en la calle, jamás hubieran importunado la supervivencia muelle, cotidiana y hasta cierto punto rutinaria de adentro.

El franquismo no descolgó los retratos de los presidentes republicanos y la democracia que vino después, en justa correspondencia, tampoco bajó de la pared a los presidentes de las Cortes Españolas de Franco. Se da así en el palacio una continuidad narrativa que lo aísla del presente como si fuera un manual de Historia de España acumulando polvo en algún armario escolar.

En tanto que morada de la política nacional, el Congreso constituye un estable universo paralelo. Una cápsula de espacio y tiempo en la que, inalcanzables para la mirada escrutadora del pueblo, tan inflamable como ignorante en cuestiones de Estado, los políticos compadrean unos con otros, los poderosos enseñan a sus alevines la esgrima de la indiferencia, los revolucionarios se desbravan con arengas inofensivas mientras la revolución se les va quitando de la cabeza y los diputados vivos conversan naturalmente con otros diputados muertos o que no saben que están muertos.

El Congreso de los Diputados es el teatro del poder. O donde el poder va a misa, como se prefiera decirlo.

Se inauguró sin estar terminado, como suele suceder con todo en España, también con la envidia, por ejemplo, que los españoles alientan con carácter preventivo. Y sólo un año después de la primera apertura de puertas ya se movieron las farolas de la fachada, consideradas poco grandiosas para la importancia que debía adquirir este pórtico de la patria, y en su sitio se pusieron dos leones, primero de yeso y después de bronce.

Estos leones del Congreso se convertirán en protagonistas inmóviles de lo que viene en las páginas siguientes. Estarán de fondo, compondrán el decorado del drama. Yo los nombro, por tanto, avalistas de mi relato. Y serán ellos los testigos de la defensa en el

juicio al que someto esta confesión, esta personal historia del miedo y la maldad.

Porque hay lugares donde se concentran el miedo y la maldad, y este de Madrid es uno de ellos.

En los corredores y salas del Congreso, los personajes de los cuadros históricos, la Mariana Pineda en capilla o los comuneros en el patíbulo a punto de ser decapitados, te miran y te siguen con los ojos cuando pasas por delante de ellos. Hay quien dice que los reyes godos y medievales, cuyos retratos cuelgan como centinelas en el pasadizo subterráneo que conecta el palacio y sus primeras ampliaciones con los antiguos bancos Exterior y de Crédito Industrial del otro lado de la Carrera de San Jerónimo, ya incorporados al conjunto parlamentario, incluso aprietan los dientes y la empuñadora de sus espadas según quién sea el personaje que transcurre sin compañía ante su imponente presencia.

Los fantasmas de la Casa forman parte del mobiliario, se confunden con las reverberaciones de la luz sobre la madera bruñida, se diluyen en el ambiente.

Todos los políticos, funcionarios y periodistas que frecuentan el palacio alguna vez han sentido un escalofrío recorriéndoles la espalda cuando, ya anochecido, se han encontrado a solas en una de aquellas grandes habitaciones o en uno de aquellos pasillos de alfombras interminables. Tal reacción no obedece a ningún impulso material o acústico concreto, sino más bien a cierta percepción injustificada de que hay alguien más en presencia; alguien liviano, traslúcido, quizá invisible. Sombras inofensivas.

Sin embargo, un día indeterminado, pero no lejano, poco antes de la peste, apareció en el taciturno palacio una sombra negra de perra alana española, una temible sombra del infierno. Una sombra más grande, más oscura y fría que las demás. Maloliente y pegajosa. Casi sólida. La acompañaba un ejército de moscas verdes, tábanos y ratas negras. Y a partir de ahí, como pequeños carnívoros ante la presencia de un gran depredador, aquellas sombras inofensivas, todas ellas menores, desaparecieron, digo yo que se esconderían, y la horripilante sombra se hizo única en las noches del Congreso de los Diputados.

Una sola sombra se adueñó de las tinieblas de la Casa misteriosa.

Una negra sombra de perra de presa.

Una reviniente en ciernes.

Desde entonces empezaron los rumores y los cuentos de vieja acerca de la negra sombra de la alana española. La opinión mayoritaria fue que se trataba de una leyenda doméstica, poco más que una historieta para asustar a diputados y funcionarios novatos. Sin embargo, en todo momento, el viejo Moncayo sostuvo ante quien le quiso escuchar en la biblioteca que esa sombra..., que esa sombra

tenebrosa..., era la sombra de la política, la sombra de la sombra del poder. Y decía la verdad.

TRES

Pongamos que una criatura maléfica dormía sepultada bajo el suelo del Palacio del Congreso de los Diputados sin respirar y que abrió repentinamente los ojos poco antes de la peste, del famoso Gran Catarro Madrileño.

Que la despertaron.

Y digamos que fue el 3 de febrero de 2009 cuando se produjo ese despertar y el comienzo de los sucesos repugnantes que aquí van a desvelarse.

Yo estaba esa tarde en el hemiciclo, pero no sentí nada extraordinario. Tampoco hubo comentarios en los pasillos ni corrió rumor alguno. Seguro que nadie se dio cuenta de lo que realmente había ocurrido.

Aquel día, a última hora, una nota oficial del Congreso se limitó a dar noticia sucinta de un descubrimiento al que no se atribuía mayor importancia: algunas calaveras y otros huesos habían sido desenterrados por casualidad. Tal información no se ampliaría hasta disponer de los informes correspondientes. Pero esos «informes correspondientes» o no llegaron, o bien se ocultaron porque jamás se ofrecieron más datos al respecto.

La prensa de Madrid reflejó esa nota oficial y dijo simplemente que se habían hallado restos humanos muy antiguos en los sótanos del Congreso. Poco más. Que, durante una excavación propia de las obras de restauración y rehabilitación de la biblioteca que se estaban llevando a cabo, los operarios exhumaron dos cráneos, aparte de otros huesos largos, que no parecían recientes. Que una forense se personó en el lugar para datar aquellos restos y que tal juzgado se haría cargo de las diligencias pertinentes. También se añadía con bastante seguridad que aquel par de cabezas peladas pertenecerían a dos de los clérigos menores que ocuparon el viejo convento del Espíritu Santo sobre cuyos cimientos se construyó el actual palacio.

Ya está. Eso es cuanto se hizo público sobre el asunto. Punto final.

El cronista parlamentario del *ABC*, refiriéndose a la demolición del viejo convento, sugirió entonces: «Del cementerio nada se dice, pero, por lo que se ve ahora, alguien olvidó desplazarlo a otro lugar. O sencillamente lo dejaron reposar en el subsuelo para no molestar a los muertos y que descansaran en paz».

Después, en *El Mundo* del 5 de febrero apareció una columna,

firmada por uno de sus más veteranos reporteros, que se titulaba así: «Una sala circular, símbolos, tres cráneos y miedo en el Congreso». Ahí se decía que los esqueletos se encontraron al descubrirse una sala circular subterránea con muy extraños símbolos pintados en el suelo, de la que se tomaron fotografías. Que entre los ujieres corrían todo tipo de rumores, a cada cual más imaginativo, y que los diputados ya sólo querían saber si estaban sentados encima de un cementerio o no. Y concluía: «Las especulaciones pasan ahora porque los restos podrían datar de la ocupación francesa; otros los sitúan en épocas muy posteriores y la mayoría se inclina por atribuirlos a un osario vinculado al convento que estuvo ubicado en la Carrera de San Jerónimo durante casi dos siglos».

Todos los periódicos hablaron de dos cráneos, sólo en esa columna de *El Mundo* se mencionó el tercero.

Sin embargo, en los días que siguieron, ese veterano reportero, al igual que el resto de sus colegas, renunció a seguir semejante noticia asombrosa o dejó de recibir información al respecto, y no escribió nada nuevo sobre el tema. Conque hoy es imposible encontrar en las hemerotecas qué fue de esas dos o tres calaveras tan antiguas aparecidas al excavar en los sótanos del Congreso.

Un pesado velo de silencio ocultó lo que fuera que estuviera sucediendo por debajo de los escaños en que se sientan los diputados en España, en el auténtico subsuelo de la política nacional.

De este modo, nadie pudo relacionar el hallazgo de estos cráneos y huesos humanos bajo las baldosas del piso del Palacio del Congreso aquella fría tarde noche de febrero de 2009 con el descubrimiento posterior de una enigmática despensa de perros y gatos, momificados unos, medio devorados otros, escondidos en un espacio vacío entre las podridas vigas de madera del techo de la tribuna de prensa del Salón de Sesiones.

Y tampoco con el comienzo de la peste.

Tuvo que ser la letrada Mercedes Martínez quien, después de superada la peste, pusiera todos estos hechos en orden lógico y llegara a terribles conclusiones al tramitar un expediente administrativo llamado *Informe espantoso sobre tábanos, ratas y crímenes en la Casa*.

La portada de la carpeta de ese *Informe espantoso* llevaba además una anotación a mano que rezaba: «Reservado para los ojos del señor Presidente».

Y un cuño rojo con la calificación de: «SECRETO».

Ni siquiera Macarena Colomer, la recatada bibliotecaria de la Cámara, estaba autorizada a leer dicho expediente. De hecho, tampoco tenía atribuida su custodia. Se guardaba, junto a un revólver, un teléfono móvil, un cargador y una linterna, en una pequeña caja fuerte escondida tras el cuadro *Lectura de un proyecto de ley en el Salón de*

Sesiones, de Asterio Mañanós, en el despacho del propio presidente.

Lo que en 2009 no se contó a los medios de comunicación es que en el centro de aquella sala redonda subterránea a la que inesperadamente se accedió y que no se volvió a cerrar del todo —en cuyos muros, al romperlos para entrar, se encontraron emparedados dos cuerpos y tres calaveras, aunque no se investigó si había más—, y que presentaba extraños dibujos en el suelo, había un enterramiento: una lápida con la figura en altorrelieve de una mujer vestida de dama de la corte de los Austrias.

Sin rostro. Sin nombre. Sin cruz.

Los bajos del Congreso de los Diputados están perforados por diferentes catacumbas, criptas y pozos, fruto de un pasado en que se respiraba huyendo de la Santa Inquisición. Pero una tumba muda como aquella nadie la había visto jamás, ni en Madrid ni en ningún otro lugar de Europa.

Más que un sepulcro para conservar los restos de un cuerpo que ha muerto, aquella losa sin información, por su frialdad, por su absoluta mudez, se diría una celda de piedra donde aprisionar a una persona que todavía vive.

El acceso a la cripta de la lápida muda se dejó libre de escombros y se extendieron unas cortinas de plástico traslúcido cubriendo la brecha por la que se había accedido, por si más adelante surgiera algún interés arqueológico y hubiera presupuesto para satisfacerlo. Pero se negó su conocimiento al público. Algo intuirían ya entonces los que mandaban que aconsejaba discreción y prudencia.

Alguien, no está claro quién, decidió después cubrir la entrada a la cripta con una pared provisional de chapa de madera.

Y de nuevo se perdió en el olvido.

Años más tarde, en la nueva legislatura que vino tras las sucesivas crisis de Gobierno que se produjeron por la peste, cuando la diputada Marga Saavedra se vio cara a cara con el viejo Moncayo en la biblioteca del Congreso, en el curso de una reveladora conversación, escuchó decir al anciano:

—Señoría Saavedra, hasta que don José I Bonaparte ordenó sacar a los muertos de Madrid, aquí se enterraba sobre todo en las iglesias. Cuando el tal don Pepe Botella quiso sanear el ambiente de la capital, se vaciaron los pequeños cementerios intramuros para llevar los esqueletos a las afueras, eso sí; pero no se abrieron las tumbas de parroquias y conventos. Madrid sigue siendo hoy un inmenso cementerio. Debajo de cualquier vivienda puede haber un panteón o una fosa común.

—¿También debajo de esta Casa? —preguntó ella con pavor.

—Por supuesto, presidenta, no muchos saben que hay un antiguo cementerio intacto bajo el Salón de Sesiones del Congreso de los

Diputados.

—Eso explicaría lo que está pasando...

—Sí, señoría, la política española se cuece sobre un camposanto... ¡En el cementerio de los diputados!, que lo llamo yo. Siempre ha sido así... Y sí, eso lo explica todo. Lo vea usted o no, Satanás siempre ha tenido su propio escaño en el Parlamento español.

Cuatro

Y el mal se hizo sombra y habitó entre nosotros.

No mucho después de la aparición de la misteriosa cripta en el subsuelo del Congreso se declaró una anacrónica epidemia de peste en Madrid. Resultaba inverosímil que tal cosa pudiera suceder en nuestro tiempo, pero así fue para desconcierto universal.

¿De dónde había llegado aquella peste? Nunca se supo a ciencia cierta. La Organización Mundial de la Salud mostró su sorpresa porque esta maldición casi olvidada reapareciese en un país del primer mundo y sólo en uno: España. Y principalmente en Madrid. Los contagios que se produjeron lejos de la capital fueron atribuidos, con mucha probabilidad, a madrileños desplazados.

La prensa llamó a esta peste el Gran Catarro Madrileño, tomando el nombre de la frase de un concursante del programa de telerrealidad *Gran Hermano*, el cual, al ser expulsado por una votación de la audiencia de la casa donde se encierran estos personajes para ser observados como cobayas las veinticuatro horas del día, exclamó:

—Se acabó el cocido madrileño, chicos, ahora la moda es el catarro madrileño y tal. Denuncio en este plató que me empujáis a la calle en plan para que me contagie y me muera del catarrito madrileño ese del que palman los abuelitos como si fueran pajaritos y tal. ¡Me odiáis en plan con todas vuestras fuerzas porque aporto mucho al programa! Del *Gran Hermano* al gran catarro..., chicos, es injusto, el público se equivoca...

Y, en efecto, salió del programa, se contagió de la peste y murió.

Tan inusual resultaba la situación que se tardó en relacionar todos los casos conocidos y también en aceptar que se trataba de peste neumónica, también conocida como peste pulmonar, y no de una neumonía atípica de origen vírico o bacteriano desconocido, como al principio ansiaban las autoridades sanitarias.

La palabra «peste» es difícil de pronunciar. Los políticos no sabían proferirla y cuando se referían a la peste la llamaban «esa enfermedad de la que se comenta», «este mal que nos aqueja», «la desaceleración de salud de la que usted me habla», «aquel estado inevitable, pero previo al alta médica», o, mejor todavía, «un reto como Estado que implementa nuestra fortaleza y nuestra solidaridad». Los políticos, en su inmenso cinismo, hablaban un lenguaje diferente al propio del calvario por el que atravesaba el pueblo.

La falta de explicaciones políticas sobre cuanto estaba ocurriendo incrementó la sensación compartida por una inmensa mayoría de la población de que lo que se vivía no formaba parte de la realidad.

El misterio del Gran Catarro Madrileño se hizo aún más profundo cuando, al estudiar el genoma de esta variante de la mortífera *Yersina pestis*, se concluyó que se trataba de un patógeno «compatible con otros muy antiguos», de un ancestro de las cepas de peste actuales, que estábamos ante una bacteria supuestamente extinguida. Los expertos de la Universidad McMaster de Canadá, los primeros que secuenciaron el genoma de la famosa peste negra del siglo XIV, afirmaron en un artículo en *The Lancet* que:

> Hemos seguido la evolución de todo tipo de patógenos humanos y pandemias históricas y jamás nos habíamos encontrado con nada comparable a esto. Esta variante española, hoy conocida internacionalmente por sus siglas en español GCM (Gran Catarro Madrileño), es idéntica en todo a una cepa medieval. Sería la tatarabuela de la peste actual. Como si alguien la hubiera guardado en un congelador casi quinientos años. Parece una locura, pero es así. Estamos ante una plaga revenida, recién renacida o resucitada. Hay que comparar su genoma con las pestes históricas y puede que nos llevemos una sorpresa.

El resto de los países europeos, precavidos ante el brote de peste, hicieron acopio de medicamentos y de prendas de protección, y el mercado farmacéutico quedó desbastecido. La opinión pública, entonces, dominada por el pánico, consideró inaceptable que no hubiera suficientes antibióticos disponibles para toda la población; al fin y al cabo, la peste neumónica, ya fuera revenida, recién renacida o resucitada, no era una enfermedad nueva sino una vieja conocida en Europa. Téngase en cuenta que la peste neumónica no tratada presenta una tasa de letalidad del cien por cien, pero con tratamiento se cura en casi todos los casos. Tampoco hubo mascarillas con qué protegerse, ni siquiera para el personal sanitario. Decretar el estado de alarma y recluir a la población en sus domicilios resultó, pues, la única solución que el Gobierno tuvo a su alcance.

No ayudó a que se entendiera cómo gestionaban los políticos la emergencia que el Congreso de los Diputados permaneciese abierto durante tanto tiempo como duró la epidemia, que los diputados no siguieran la cuarentena y que ninguno muriese, que se supiera. Bueno, hubo dos excepciones, la presidenta Carlota Caldés y el diputado vasco Sergio Aldazábal, pero las suyas fueron muertes muy especiales, casi portentosas, casi espirituales.

Aunque el Parlamento no cerró para transmitir normalidad, para que se percibiera que quienes debían estar al timón lo estaban, aquel esfuerzo institucional se malinterpretó. El pueblo creyó que los

políticos iban a trabajar porque para ellos sí había antibióticos, porque para ellos sí había mascarillas.

El español siempre ha sido ese niño con los ojos vendados que rompe a bastonazos una piñata. En España se golpea hacia arriba y a ciegas por defecto, para que se rompa la olla panzuda y que los de abajo recojan cuanto caiga, sea lo que sea, porque si cae del cielo seguro que es bueno. Y ese garrote español, mientras duró la peste y aún después, zumbaba al Congreso por si de ahí fueran a llover antibióticos o colocaciones vacantes.

La peste comenzó en el centro de Madrid y en Madrid mordió más fuerte que en ningún otro lugar. La capital se convirtió en el principal foco de contagio y muerte durante aquellos desgraciados días de España. Allí se vivieron escenas más propias de la Edad Media que del siglo XXI: columnas de flagelantes por el paseo del Prado, cadáveres conviviendo con ancianos en residencias desatendidas, enfermos abandonados por sus familiares en las aceras... La muerte paseaba por las calles vacías de Madrid olisqueando el tufo a miedo que se filtraba por debajo de los portales.

El pueblo se echó en brazos de la Iglesia. Sin embargo, tantas procesiones, rosarios, novenas y vigilias, paradójicamente, sólo sirvieron para propagar aún más aquel mal que se contagiaba respirando. Y rezando.

Algunos grupos de hinchas violentos de algún equipo de primera división mataron a palos a mendigos y extranjeros por considerarlos culpables de la peste. Estos exaltados, convencidos de que los musulmanes estaban expandiendo la enfermedad para destruir la civilización occidental, acabaron lanzando cócteles molotov en el interior de la gran mezquita de la M-30, provocando que un centenar de personas ardieran vivas y que otras tantas resultaran con quemaduras graves.

Nunca se identificó a los responsables del atentado contra la gran mezquita, conque la comunidad musulmana, justamente indignada, tuvo que organizarse políticamente para defenderse. Decían que nadie iba respetar a los musulmanes hasta que no mandasen en España tanto como los nacionalistas catalanes o vascos. Después de todo, debían ser en torno a tres millones y medio de ciudadanos, cifra que no paraba de crecer.

El imán Haidar al Isbani, el líder con barba afilada de este nuevo movimiento islamista, hizo célebre la siguiente declaración:

—Cristo quita a los pobres para dar a los ricos, Alá quita a los ricos para dar a los pobres, dime España a cuál de los dos prefieres.

Por su profundo anticatolicismo y por su atrevida defensa de la justicia social, Al Isbani y su movimiento Dime España pronto se granjearon enormes simpatías entre las fuerzas de la izquierda

revolucionaria laica que equiparaba la rebeldía musulmana contra los racistas que atacaron la gran mezquita con los valores tradicionales del republicanismo español.

Al Isbani invitó a sumar personal y recursos a comunistas, anarquistas, anticapitalistas, bolivarianos, verdes, independentistas de cada una de las regiones y provincias, antirracistas, oenegés de migrantes, sindicatos de clase y a todos aquellos que quisieran formar parte de un gran «Pacto del Arcoíris» que erradicase el fascismo latente en la sociedad española y que segregase a los fascistas. A las feministas no las mencionó, tampoco al activismo *queer*.

El partido Podemos se disolvió en este Pacto del Arcoíris, aunque conservando su identidad y su propio portavoz al transformarse en una corriente interna del movimiento Dime España.

Según declaró el imán:

—El antifascismo hermana al califato omeya de Córdoba con la Segunda República de Madrid. Recordemos que al-Ándalus fue un ejemplo de tolerancia y amparo de los pobres en el siglo X, sobre todo en comparación con aquellos reinos cristianos del norte, de clara inspiración falangista. Los moros fueron los primeros antifascistas de la humanidad. Y Abderramán III, enemigo de los fanáticos asnos cristianos, fue el primer cazador de nazis de la historia. Abderramán o Franco, dime España a cuál de los dos prefieres.

Dijo República de Madrid, sí, y no República española. Seguramente porque la política es madrileña. Lo que se practica con ese nombre fuera de Madrid parece política, pero es clientelismo. Del Madrid de la caña con espuma y la ración de gambas con gabardina en la barra son el vivir sin trabajar, la necesidad de hablar mal de todo el mundo, la decepción recurrente respecto a quien manda y el peloteo, o sea, la política en sí misma.

La política es hija mayor del desasosiego y el desasosiego es madrileño.

Madrid está en el centro, pero no es el centro de España sino más bien el epicentro de ese terremoto perpetuo en que consiste lo español.

Para desconcierto de los científicos, después de cuatro meses devastadores, quizá gracias a los antibióticos, o quizá no, el mal se fue tan en silencio como había llegado, sin explicación. La epidemia pasó y de inmediato, en cuanto se decretó oficialmente el final de la peste y se permitió a la gente salir de nuevo a la calle, las manifestaciones violentas, los motines en los cuarteles y los enfrentamientos entre fuerzas del orden y subversivos, que subversivos hubo de toda edad y condición, arrojaron sobre el asfalto casi tantos cadáveres como había dejado el Gran Catarro Madrileño.

España comenzó a devorarse a sí misma.

La lucha contra la peste dejó al descubierto cuán deficiente era el sistema político y cuán impotentes se veían las autoridades cuando se enfrentaban a lo imprevisto. Qué frágiles eran nuestra estabilidad y nuestro bienestar.

Después de años y años de rutina parlamentaria, esta repentina plaga destrozó la confianza de los ciudadanos en sus instituciones políticas, y todo cambió. España se precipitó por un barranco de incertidumbre.

Hasta la peste, los españoles salían adelante ignorando a sus políticos; tras la peste, comenzaron a odiarlos.

Miles de muertos y el pueblo confinado dos meses en casa dejaron como secuela un océano combustible de odio contra los políticos que únicamente aguardaba la llama que lo hiciera explotar. El país, que desde la muerte de Franco se había dejado gobernar con más o menos paciencia, se volvió intratable. Muy al principio sólo los familiares de los nunca bien contados fallecidos que causó la epidemia exigieron culpables que pagasen con su vida por el daño producido, o con su hacienda, o, al menos, con su prestigio. Pero, un poco más adelante, también todo aquel que se había arruinado durante la cuarentena, y fueron millones, se sintió legitimado para salir a la calle a reclamar que rodasen cabezas. Y al final no quedó nadie que no tuviera una cuenta que saldar o un agravio que reparar.

La ira se apoderó de España mientras los Gobiernos de tecnócratas se sucedían impotentes unos a otros sin encontrar verdaderas soluciones al dolor y a las secuelas económicas que sufría el pueblo.

De entre la multitud de charlatanes, manipuladores y falsos profetas que en esos días emergieron con intención de dirigir la cólera social, poco a poco empezó a destacar sólo uno: don Baldomero Cuervo. Era moreno, enjuto, giboso, con cuello de buitre, más bien precario de estatura y con abundante pelo rizado, aunque muy corto y ya algo canoso. Dada su piel curtida como un cuero y su delgadez se diría un corredor de maratón etíope al que le quedaran grandes la camisa y el traje. De apariencia inofensiva hasta que se asomaban sus caninos blancos y comenzaba a hablar, entonces sus invectivas fascinaban a su rabiosa audiencia igual que el aullido de un viejo lobo a la manada. El apellido Cuervo le venía como a la mano un guante.

Miraba con ojos amarillos de hipnotizador a la muchedumbre que acudía a escuchar sus encendidos discursos y la impresión que producía era que en verdad la estaba hipnotizando porque le aplaudían, jaleaban y seguían como el pueblo de Dios a Moisés por el mar abierto en canal.

Don Baldomero había sido fiscal de profesión. Se hizo famoso encarcelando provisionalmente a muchos políticos por su hipotética

responsabilidad durante el Gran Catarro Madrileño, obtuvo con eso una notable proyección en los medios. Incluso llegó a acusar al rey porque, según un confidencial de internet, su guardia robaba alimentos en un hospital infantil en plena emergencia sanitaria, aunque ese procedimiento no se admitió a trámite. Conque dejó la fiscalía para presidir una oenegé llamada Escarmiento, dedicada a promover la sustitución de la monarquía parlamentaria española por un régimen de democracia directa a través de las redes sociales, que al poco se transformó en partido político. A partir de entonces, don Baldomero Cuervo y su Escarmiento se convirtieron en los dueños absolutos del malestar ciudadano y en alternativa factible a ese sistema político corrupto que no había visto venir la peste y que, una vez declarada, la había dejado circular libremente por las calles de la patria.

«España es una obligación para los españoles y los españoles una obligación para España»; «si nosotros no vamos a comernos el pan del extranjero, que no vengan los extranjeros a comerse nuestro pan»; «el único político inocente es aquel que aún no ha tenido la oportunidad de robar o al que no han pillado». Con estas tres consignas resumía don Baldomero su programa.

Abandonado por la Comisión Europea, el Gobierno cayó por agotamiento y desprestigio, el cuarto Gobierno tecnocrático de la crisis de la peste, y se convocaron elecciones por fin.

El producto de esas elecciones generales no por esperado causó menos conmoción. Tal y como anticiparon todas las encuestas que sucedería, después de cuatro Gobiernos fracasados, cortos y débiles, compuestos por los embaucadores habituales disfrazados de tecnócratas, por primera vez desde la restauración de la democracia en España las grandes fuerzas del centro político sumadas se quedaron en la mitad de los trescientos cincuenta escaños con que cuenta el Congreso. Cumpliendo también con el pronóstico, el partido Escarmiento, de don Baldomero Cuervo, y el movimiento Dime España, del imán Haidar al Isbani, presentado como Pacto del Arcoíris, entraron con poderío en el Parlamento.

La derecha nacionalista española, representada por el partido Vox, no obtuvo más que tres diputados, ya que su espacio electoral fue invadido por Escarmiento, una fuerza fanatizada y todavía más extremista que Vox. Los independentistas catalanes, vascos, gallegos, mallorquines, turolenses y leoneses, sin embargo, como era costumbre, sí revalidaron sus sitios decisivos en el hemiciclo.

—El PP, el PSOE y los de Ele-Ele se han hundido, Carlos —peroró un comentarista del programa especial de la COPE en la noche de las elecciones—, han quedado reducidos a la mínima expresión en el mapa parlamentario que se estrena hoy. La incapacidad para superar

sus diferencias y unirse en una coalición de centro los ha tornado partidos inútiles. Tanto repartirse las culpas por el Gran Catarro en lugar de sumar esfuerzos para combatirlo les pasa factura. Nuestro país se queda sin centro político. Ahora mismo, las fuerzas que ambicionan liquidar España están en condiciones de formar su propia mayoría de Gobierno. Podría decirse que el espíritu negro de la Guerra Civil se ha impuesto al espíritu blanco de la Transición. Estamos a merced de los extremistas, como en el treinta y seis. La Constitución se hunde igual que el *Titanic*. ¿Podrá evitarse un Gobierno justiciero presidido por don Baldomero Cuervo o un Gobierno islamista bajo la barba del imán Haidar al Isbani? Veremos, Carlos...

La noche electoral transcurrió como un velatorio en la sede de Libertad-Libertad del paseo del Pintor Rosales, más tranquila y barata que el antiguo local de Ciudadanos de la calle Alcalá.

Libertad-Libertad, Ele-Ele, era el nuevo nombre que habían adoptado los de Ciudadanos para concurrir a las elecciones, tras el desgaste que les produjo el escándalo del puticlub-spa Ñol. Barajaron entonces llamarse Mi Querida España, como la canción de Cecilia, que les pegaba mucho, según defendía la joven secretaria general, Ana de Mendoza, pero no cuajó la idea. Al final, Libertad-Libertad recordaba al tema de Jarcha y evocaba el espíritu «sin ira» de la Transición, por el que también se sentían muy representados.

Marga Saavedra salvó de milagro el escaño por Sevilla, pero su suerte resultaba ser una excepción. La mayoría de sus colegas de Ele-Ele perdieron el puesto, y el partido, fundado con vocación de bisagra gubernamental, se precipitó hacia la irrelevancia parlamentaria.

Marga lloró primero a solas, encerrada en el vacío gabinete de prensa de su amigo George, esa noche fumando como un loco de un lado a otro, y luego abiertamente, abrazada a sus compañeros, al ver en televisión a don Baldomero Cuervo exponiéndose para celebrar los resultados de los comicios cubierto con un antiguo capote de guardia civil caminera, portando en una mano la bandera con el aspa de Borgoña y en la otra una cruz de la victoria igual a la que, según la leyenda, enarboló don Pelayo en la batalla de Covadonga, frente a una multitud de seguidores febriles, reunida ante las puertas de los juzgados de la plaza de Castilla, que coreaba una y otra vez:

¡Cuervo, Cuervo,
venganza, escarmiento,
purga y linchamiento!

Más tarde, exhausta y humillada, caminando rápido de vuelta a su apartamento de la calle Cervantes, al pisar la baldosa que marca el kilómetro cero de España en la Puerta del Sol, a Marga Saavedra le

volvió a brotar un llanto desconsolado y se lamió las lágrimas. Se las bebió.

Llegó a casa sin dirigirse la palabra a sí misma.

Noqueada.

Ya en el apartamento, sentada en el retrete, la falda recogida por debajo de los codos, las bailarinas aún puestas y las bragas blancas enrolladas a la altura de los tobillos, se quedó mirando embobada los azulejos viejos del cuarto de baño. Sin fuerzas para levantarse, desmaquillarse, lavarse los dientes e irse a dormir, se escuchó decir en voz alta, saliendo por fin de su mutismo interior:

—La noche larga de España acaba de empezar, y es oscura, es de luna nueva...

En el móvil, apenas sujeto por su mano desmayada, un guasap recién escrito:

> AMARGURA: Moncho, te echo de menos. Esta noche daría mi vida porque fuéramos del mismo partido. Al menos seguimos siendo diputados los dos. Te quiero.

El guasap se envió solo.

—¡Ostras...!

No le dio tiempo a borrar ese «Te quiero» que estaba prohibido escribir. Entre ellos, en su código privado, te quiero se decía «sin compromiso».

Cinco

Lunes

La mañana posterior a las elecciones pertenece a la radio.

La mayoría de los ciudadanos se van la víspera a la cama aturdidos por el exceso de información y sabiendo, aproximadamente, sólo aproximadamente, quién ganó y quién perdió, pero pocos detalles más. Son los programas de radio del día siguiente los que desde primera hora comentan los detalles de la jornada electoral y explican qué pasó y por qué. Y ese análisis suele acabar amalgamando una versión de lo que ocurrió en los comicios de la jornada precedente más o menos compartida por la mayoría de los periodistas, estructurada y duradera para las decisivas semanas que vienen a continuación.

El verdadero objetivo de los candidatos no es tanto ganar las elecciones como poder gobernar después, o sea, que las radios digan que son los ganadores, aunque su partido no sea el más votado ni de lejos. Son conocidos los casos de políticos que ganaron en las urnas, pero perdieron al día siguiente en las tertulias de radio y a los que nadie recuerda como vencedores sino como derrotados.

Por eso, todos los partidos celebran sus resultados durante la noche electoral, por muy malos que sean, como una gran victoria. Están convencidos de que si consiguen expandir la idea de que han ganado, aunque hayan perdido, podrían acabar asentándose como triunfadores.

En la política española se considera un error reconocer la propia derrota. También en esto la apariencia es la realidad.

Consciente, pues, de la importancia que tiene la radio matutina tras la noche del recuento de votos, Marga Saavedra, antaño profesora de Historia Medieval y ahora política de profesión, había aceptado ser entrevistada por Onda Individual de Andalucía. Pese a que le faltaba convicción para presentar el severo descalabro sufrido por Libertad-Libertad diciendo que era «un estancamiento previsible que sabe a triunfo», tal y como le exigía George desde el departamento de prensa del partido, y que tampoco se le ocurrían argumentos con que mantener una aproximación no humillante a tal fantasía, Marga era consciente de que su deber a esas horas consistía en mentir para que, en la medida de lo posible, los ex de Ciudadanos no resultaran ser los

grandes descalabrados de las elecciones, como mínimo no los únicos, en las conclusiones radiofónicas.

Aun así, se había puesto el despertador del móvil sólo diez minutos antes de que fueran a llamarle de Onda Individual. El desencanto le restaba fuerzas para madrugar y prepararse bien la entrevista.

El teléfono emitió sus pitidos a la hora programada. Marga, palpando, lo encontró al otro lado de la cama; debió de quedarse dormida con él en la mano, y con un gesto tan natural como automático apagó el despertador del móvil sin necesidad de darse la vuelta o abrir los ojos.

Conque, cuando diez minutos más tarde sonó el teléfono, la diputada liberal todavía estaba en la cama completamente dormida.

Se asustó.

—¿Qué pasa?

Luego vio que era un número largo y dedujo que serían los de la radio.

—¡Ostras, me he quedado frita!

Le pesaban los párpados. Notaba la boca seca. Se hacía pis. El no haberse puesto el pijama, el quedarse roque con la camisa y las bragas blancas que llevaba puestas desde que ayer a primera hora fue a votar en su barrio de Sevilla, el no quitarse siquiera el sujetador, todo eso la incomodaba. Se despertó con cuerpo de noche en vela. Estirada tan larga como era sobre la cama y boca abajo, se aproximó el móvil a la cara y respondió:

—Diga...

—¿Marga Saavedra?

—Sí.

—Mira, bonita, te dejo escuchando una publi y enseguida Virtudes entra contigo.

—Espera, espera... ¿Qué tertulianos están hoy con Rocío?

—Con Virtudes Ovejero, bonita. Rocío ya no está, ahora hacemos un programa mucho más vengativo.

—Eso, con Virtudes. Perdona...

—Pues, mira, aún no ha llegado ningún tertuliano. Te va a preguntar sólo ella... Mira, bonita, un segundín y entras rapidito, ¿vale?

—¿Se me escucha bien?

—Sí, sí... Muy bien, bonita. Mira, ya vamos...

Marga se incorporó. Bebió un sorbo de la botella de litro de agua con gas que por costumbre dejaba al pie de la mesilla de noche.

Apoyó la espalda contra la pared blanca y fría; en Madrid no tenía cabecero. En Sevilla, sí; cabecero con rosario de bolas de ciprés colgado, cómoda con espejo y joyero, orinal, vitrinas, retrato de un

abuelo magistrado de la Audiencia, caballitos de porcelana, secreter... La casa de Sevilla era la grande de sus padres, la que permanecía cerrada y a oscuras con su estrecho pasillo infinito y los muebles macizos cubiertos con sábanas de cuando era pequeña llenando cada rincón como túmulos de un reino prerromano. Allí habitaba todavía la memoria de una niña malherida a la que «no le dolía el dolor, sino el miedo».

Pero en Madrid no. En Madrid evitó los muebles antiguos como quien se alivia del luto o quien elude visitar los cementerios. Alquiló vacío el apartamento de la calle Cervantes al separarse de Leo y lo tenía puesto con cuatro cosas blancas de IKEA. Muy nórdico, se decía.

Y así, con parte de la ropa de la víspera todavía encima, la camisa blanca abierta, el sujetador a la vista, su larga melena lisa, rubia oscura, despeinada, cayéndole por encima de las clavículas, sin lavarse ni cara ni dientes, medio sentada en la cama y con la almohada apoyada sobre los muslos, se dispuso a responder.

—Doña Margarita Saavedra, buenos días. —La conductora del programa remarcaba su acento andaluz como se supone que debe hacer una locutora de radio regional.

—Margarita, no; Marga. Marga, de la Virgen de la Amargura de San Juan de la Palma de Sevilla... Buenos días, Virtudes.

—Amargura Saavedra, entonces, discúlpeme...

—Marga, mejor.

—Pues eso, Margarita.

—Como usted quiera...

—Supongo, doña Margarita, que debo darle la enhorabuena porque usted ha revalidado su escaño por Sevilla, pero los resultados de su partido han sido muy malos...

—Bueno, Virtudes, si tenemos en cuenta las previsiones, podríamos decir que se trata de un estancamiento que sabe a triunfo. —Colocada la consigna; a partir de aquí cualquier otra cosa que dijera ya sería de su cosecha, fuera de los márgenes marcados por el departamento de prensa del partido.

—¿Quiere decir, señora Saavedra, que ustedes, después del caso del puticlub-spa Ñol, no están dispuestos a hacer autocrítica?

—Deje que le diga que hacemos autocrítica todos los días, somos el partido de la autocrítica... Y que nos hemos renovado, que ahora tenemos otro nombre como marca y que nos dirige un grupo de jóvenes que nada tiene que ver con el pasado. De hecho, tras el caso del que me habla, conscientes de que las encuestas no nos eran favorables, implementamos una campaña rabiosamente autocrítica gracias a la que hemos salvado suficientes diputados como para mantener nuestro grupo parlamentario en el Congreso y no acabar confundidos en el Grupo Mixto. Un gran éxito, Virginia, digo Virtudes.

Perdón...

Marga se escuchaba a sí misma parloteando y se daba cuenta de que sus razonamientos optimistas no iban a convencer a nadie, pero ni callarse ni darle la razón a la entrevistadora eran opciones aceptables. Los españoles reclaman que los políticos sean sinceros, aunque después, cuando uno dice lo que piensa de verdad, suele ser señalado por poco profesional y torpe.

Hemos llegado a un punto en que los políticos al hablar en la radio ya no opinan, ni siquiera comentan la actualidad, se limitan a llenar el silencio con su propaganda.

—En realidad, sí, ustedes tendrán los escaños que necesitan en el Congreso. Justitos, justitos..., pero los tendrán. Eso es cierto, señora Saavedra. Han salvado el Grupo Parlamentario de Ciudadanos en el Congreso, sin embargo, no han sacado ningún senador.

—En la nueva legislatura será Grupo Parlamentario de Libertad-Libertad, ¿comprende? Pero sí, lo admito, desaparecemos en el Senado, aunque, como todo el mundo sabe, nosotros estamos a favor de reformar esa Cámara.

—No me diga... Y entonces ¿por qué presentaron candidatos al Senado, señora Saavedra?

—Sí, sí. Para suprimirlo...

—Ya veo, ya... Y dígame, doña Margarita, si el líder de su partido dimite, como anoche se especulaba en las televisiones..., ¿hay alguna posibilidad de que usted se convierta en la presidenta de Ciudadanos, o como se llame ahora? Cuénteme, estamos las dos solas, nadie nos escucha...

—Vamos a darnos tiempo. A nosotros estos resultados nos saben a triunfo...

—Eso ya lo ha dicho.

—Sí, sí... E insisto, a triunfo. Así que no creo que haya que tomar ninguna decisión precipitada. Esta tarde se reunirá el Comité Permanente de mi partido en nuestra sede de Pintor Rosales y veremos qué dice. —Se daba cuenta de que no estaba defendiendo a Melchor Avellana, al Principito, al niño presidente y candidato humillado, de que dejaba la respuesta muy abierta, pero esto era lo que le nacía.

Quizá Marga Saavedra, diputada liberal por Sevilla, sí albergaba alguna secreta expectativa de prosperar si se producían determinadas dimisiones en la dirección del partido. Dimisiones, por otra parte, plenamente justificadas tras la debacle electoral.

—Permítame una pregunta más que mis oyentes me hacen a coro: ¿a quién apoyarán ustedes para formar Gobierno, a don Baldomero Cuervo, del partido español Escarmiento, o al imán Haidar al Isbani, del movimiento bolivariano Dime España, y a su comunistoide Pacto

del Arcoíris?

—Ambos son igual de populistas, Virtudes. No, no vamos a elegir entre la extrema derecha y la extrema izquierda. Ni unos ni otros. Intentaremos una gran coalición de centro y, si no es posible, nos quedaremos en la oposición.

—Al menos me reconocerá que España ha votado a favor de la nueva política que representan Escarmiento y, bastante peor, el Arcoíris.

—Pues entonces la nueva política será la más vieja, la nueva política será la Guerra Civil. El señor Cuervo y el imán Al Isbani son la Guerra Civil española... —Frunció el ceño y silabeó un «estoy idiota» inaudible incluso para sí misma.

Y es que no había terminado de pronunciar esa última frase y ya se había dado cuenta de que acababa de meter la pata hasta el cuello, de que eso de la Guerra Civil iba a traer cola. Los políticos no pueden decir las mismas cosas que dicen los periodistas sin que se organice un escándalo. Y la Guerra Civil, además, es un tema tabú sobre el que ningún personaje público puede pronunciarse sin ofender o escandalizar.

—¿La Guerra Civil? ¡Cómo se ha pasado...! ¡Menudo titular me acaba usted de regalar! Pues lamento su mal perder, doña Margarita... —Virtudes Ovejero se debatía entre el enfado y la euforia por el monumental traspié de esta sevillana tan acomplejada por ser de derechas—. Le diré, no obstante, que somos millones los españoles que hoy, hartos de corrupción como la del caso del puticlub-spa Ñol de su partido, nos hemos levantado con la esperanza de que en la política nacional se produzca una purga radical que nos limpie de políticos cobardicas, mujeriegos y abortistas. Buenos días, diputada.

—Buenos días, Rocío, digo Virginia, digo Virtudes... Perdón... —A Marga se le mezclaron en la garganta tristeza e indignación, y titubeaba.

No supo reaccionar.

Antes de colgar todavía escuchó a la presentadora del matinal que anunciaba:

—Vamos con unos breves anuncios y enseguida, enseguidita, tendremos aquí, en Onda Individual, la radio cosida a tu medida —enfatizó la rima entre «cosida» y «medida», tal y como hacían las cuñas publicitarias de la cadena—, a don Baldomero Cuervo, el auténtico Andrés Iniesta de las elecciones de ayer, el Cid Campeador, el héroe de la España eterna...

Marga colgó.

Miró al techo.

Suspiró.

Su natural pacífico le impedía soltar un taco, pero estuvo a punto.

Se dijo que anoche comenzó otra pesadilla para España. Tal vez la continuación de la pesadilla que ya fue el Gran Catarro, su secuela. Tal vez... Y que todo apuntaba a que esta segunda parte del mal sueño, aunque fuese menos mortífera que la peste, iba a resultar infinitamente más peligrosa para el futuro.

Si fuera lista, debería apuntar las frases que se le ocurrían de recién despierta, eran sus mejores frases. Menos lo de la Guerra Civil.

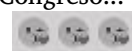
Volvió al móvil. De entre las decenas de guasaps y mensajes pendientes de abrir con que se topó, sólo le interesaba la respuesta de Moncho, si es que la había.

La encontró.

A veces, al entrar en una reunión, dejaba el teléfono a Reyes, su asistente parlamentario, o a Laurita, su secretaria, conque para evitar indiscreciones no tenía el nombre de Moncho grabado en la agenda del dispositivo. Se sabía el número de memoria.

El guasap era de las cinco de la madrugada:

681076404: Palillo todo es un horror también en mi partido. En Salamanca como en todas partes... Yo también te echo de menos... Ojalá esta noche durmiera en tu apartamento y... Haríamos el amor furiosamente... Sin compromiso significa te quiero... Luego lo borramos pero esta noche vamos a permitirnos escribirlo... Te quiero... Te veo el martes en el Congreso...



Muy pocas personas llamaban Moncho a don Ramón Bayo, portavoz del Grupo Popular en el Congreso; su esposa, sus hermanos, Marga y algunos amigos íntimos, poco más. A Marga le divertía que, pese a ser un orador destacado, no pusiera comas ni supiera usar los puntos suspensivos al escribir en el móvil. Las tildes seguramente se las debería al propio corrector del teléfono. Ella no era tan brillante en la tribuna, pero su ortografía podría calificarse de perfecta. Perfeccionista, más bien. O *puntoycomista*, como la propia diputada Saavedra se autodefiniría.

Entre los brazos de Moncho, Marga tenía la sensación de fundirse con un igual. Complementario, sí. Diferente, también. Masculino, por supuesto. Pero un igual a ella, un reflejo de su interior en el espejo de otro cuerpo.

Iba ya casi para un mes lo que llevaban sin verse, desde un poco antes de la campaña electoral.

Seis

Tras colgar a Virtudes Ovejero de Onda Individual de Andalucía, verificar que Moncho había respondido a su último guasap, o sea que aún la quería, y pasar fugazmente por el baño, Marga se había quedado quince minutos más en la cama intentando sin éxito dormirse otra vez. Dormir y no despertar por ahora.

Dos ideas obsesivas e inquietantes se interponían firmes entre ella y el sueño: primera, si no se lograba un acuerdo moderado, el país caería en manos de cualquiera de los dos fanáticos recién llegados al Parlamento. Y segunda, añoraba demasiado a Moncho. En ese momento necesitaba abrazarle, quizá hacer el amor.

Pero, como casi siempre, él estaría con su mujer o, peor, con sus compañeros del PP de Salamanca.

Posó las manos sobre su vientre, se encogió y sus pies descalzos, al subir, rozaron parcelas frías de la sábana bajera. Desde que, siendo una niña, en esa edad en que las niñas lo cuentan todo, le pasó aquello tan horrible que la transformó en la mujer reservada, reflexiva y de mirada enigmática que ahora era, cada vez que se sentía indefensa adoptaba esta posición fetal, protegiéndose la cicatriz que le quedó a la altura del ombligo.

Marga era alta y delgada, ¿lo he dicho ya?, con la piel clara, casi transparente, como de papel cebolla, y el cabello dorado como el trigo viejo, sin asomo de ondulaciones y muy largo para su edad. Ojos color caramelo y dedos de profesora de piano. Le gustaba vestir con camisas amplias y sueltas para darse volumen. También solía llevar faldas largas con cierto vuelo, de Virginia Woolf, decía, como si alguien entendiera a qué estilo se refería ella con esa mención.

Estuvo casada con Leopardo Pérez, a quien todos conocían como Leo, el eterno corresponsal de la agencia EFE en el Congreso. En realidad, seguía casada con él, porque, aunque vivían separados, no se habían divorciado.

Leopardo y Amargura; con esos nombres propios que lo dicen todo, lo suyo estaba condenado al fracaso.

Se conocieron cuando llegó de diputada por primera vez. Por entonces ella mantenía un noviazgo tóxico con un compañero bisexual del departamento de la facultad en Sevilla y Leo le ofreció el puente de plata que necesitaba para cruzar afectivamente del castrante mundo universitario al cínico de la política, y olvidar así lo que dejaba

atrás. Pero aquel matrimonio duró poco. Leo buscaba noticias exclusivas con la misma intensidad con que Marga ansiaba una hija. Él esperaba que casarse con una diputada equivaliera a veinticuatro horas diarias de cotilleo político, mientras que Marga suponía que un periodista iba a entenderla cuando al llegar a casa por la noche no tuviera ganas de hablar de política, ya que a él le ocurriría lo mismo. Y que le pediría hacer lo posible por tener juntos una hija.

Chocaron desde el principio, y luego la convivencia intensiva que trajo el confinamiento domiciliario por la peste hizo el trabajo sucio que restaba para que cada uno siguiera su camino.

Lloraron, pero no hubo insultos.

Así es la vida.

Marga reunió todas sus fuerzas, se obligó y se levantó de la cama. El sueño no iba a volver y empezaba a ponerse nerviosa.

Pensó por un momento en Leo al subir la cremallera de la falda con que se vestía; sin saber por qué, su imagen siempre le venía a la cabeza al ponerse la falda. Y la de Moncho al desvestirse.

«Leo cuando me la abrocho y el salmantino cuando me la desabrocho, así reparte mi inconsciente sus referencias automáticas a los dos hombres de mi vida», se dijo.

Unos instantes después, apenas con la raya del ojo y los labios pintados —a Moncho le gustaba que se pintase los labios—, cogió el bolso y las carpetas, y se marchó al Congreso. Pensaba pasar allí la mañana analizando los resultados electorales de la víspera y preparando la reunión de la Permanente del partido de esa tarde.

Aquel día de finales del mayo madrileño el aire brillaba igual que si las calles emitieran su propia luz de sol.

Desde su fundación, Madrid se ilumina de día, al contrario que todas las ciudades del mundo que lo hacen de noche. El cielo es un espejo y Madrid, una luciérnaga con las horas cambiadas. Mejor dicho, en Madrid la atmósfera deslumbra como en alta mar. Sumergida en tal luminosidad, Marga se sabía en la capital de España y se sentía madrileña.

El Congreso quedaba a cinco minutos caminando desde su apartamento, y fue al llegar, al entrar por la puerta de la calle Cedaceros, cuando se encontró con George y le cayó un rapapolvo por decir eso de la Guerra Civil.

—¡Una guerra civil! ¿Después del Gran Catarro ahora una guerra civil? ¿De verdad era necesario mencionar la puta Guerra Civil? Coño, Marga, que tú eres una veterana... Las redes echan humo y abres todos los digitales. Uf, uf, uf..., a ver ahora cómo cojones lo arreglo. —George se quitó las gafas de farmacia para que trasluciera su enfado.

—Creo que en la COPE anoche dijeron algo parecido.

—Pero un periodista, no un político... Ellos pueden decir lo que

quieran, vosotros no. No me jodas, tía... Que ya te sabes las reglas, Marga, coño... Los políticos sólo tenéis que no meter la pata. Nadie espera que digáis nada interesante.

—Pues a lo mejor por eso han tenido tanto éxito el Cuervo y el moro, porque ellos sí dicen lo que piensan. Plantéatelo, George. —Le apuntó a los ojos con el índice, remarcándole lo que acababa de soltar.

—Puede ser que el Cuervo y el moro gusten a un público que está cabreado por lo de la peste. Pero nosotros no somos carroñeros como ellos, ¿te acuerdas? Si yo pudiera, os metería a todos en la cama y sólo os sacaría para votar en el Congreso. Calladitos estáis monísimos. No sé si te has dado cuenta de que cuando desaparecéis de las teles siempre subís en las encuestas.

—Eres muy mordaz para mi gusto.

—Y tú muy ingenua para el mío, chica.

—Por cierto, esa cazadora gris clarito con tantas hebillas es grimosa. Parece sacada de una serie de los setenta. —La burla sonó cordial, cómplice.

—No me cambies de tema. —Al periodista se le encendieron las mejillas y resopló—. Me jode que me cambies de tema porque las explicaciones de lo de la puta Guerra Civil las va a tener que dar el menda... Voy a contar que la radio te ha pillado sentada meando y que no sabías lo que decías.

—Mira, a lo mejor no vas tan desencaminado porque es verdad que me estaba haciendo pis... Te dejo. Esta charla se está alargando. Hasta luego. —Marga se dio la vuelta dejando que volase su falda y siguió su camino.

—Que te den. —Al ir a ponerse otra vez las gafas, casi se metió la patilla en el ojo—. Pero escucha lo que te digo...

Jorge Robles, a quien todos llamaban George, calvo, muy calvo, y con los ojos azules, muy azules, era el director de comunicación de Ele-Ele. Durante muchos años fue redactor jefe en *Expansión*, pero un día, cansado de la ortodoxa rutina salmón del periodismo económico, aceptó dar el paso al otro lado de la trinchera e intentar corregir la desastrosa política de comunicación de los liberales.

—Si no fuéramos cada uno a lo nuestro no seríamos verdaderos liberales —le solía decir Marga Saavedra para sacarlo de sus casillas.

Sobrepasaba los cincuenta, una década mayor que Marga, por tanto. Fumaba compulsivamente, sin atender a prohibiciones, y también estaba enganchado a tres teléfonos móviles, que exponía sobre la mesa de los restaurantes como si formaran parte de la cubertería. Se había divorciado cinco años atrás de una compañera de los tiempos de la Complu que acabó de contertulia en los programas del corazón, y se fue a vivir con otra periodista mucho más joven que él a la que conoció de becaria cuando aún trabajaba en el periódico.

Tener novia lo había vuelto un poco más cuidadoso en su forma de vestir. Ahora, por lo menos, transmitía la sensación de ir limpio, aunque no pudiera decirse que hubiera aprendido a combinar colores.

Los periodistas de todas las tendencias adoraban a George, sabían que podían llamarle a cualquier hora y que siempre respondería, que su vida privada se limitaba al tiempo muerto que quedase entre una llamada y otra. Sus jefes de Ele-Ele, sin embargo, sospechaban que George seguía comportándose como un colega de sus colegas y que siempre contaba más de lo debido. Para los corresponsales era un buen apoyo; para los políticos con los que curraba, un filtrador las más de las veces.

En el partido quizá fuera Marga Saavedra su única amiga personal. Bueno..., tan amiga personal como de un periodista pueda serlo una política o una serpiente cascabel.

George se quedó atrás hablando solo. Marga cogió el ascensor y, al llegar a la planta donde estaban los despachos de su grupo parlamentario, en el mismo edificio Ampliación II, se sorprendió por la enorme cantidad de cajas de cartón que obstruían el paso. Aquello parecía más un almacén que un pasillo de oficinas. Algunas cajas estaban bien cerradas con cinta de embalar marrón, pero otras seguían abiertas y de ellas sobresalían picos de marcos de fotografías y perchas.

—¡Jefa, no te veía desde que empezó la campaña! Estás muy guapa... —le dijo Reyes en cuanto la vio aparecer.

—No seas zalamero, Reyes, que me viste en el mitin de Algeciras y hemos hablado por teléfono mañana, tarde y noche.

—Es verdad. Será que te echaba de menos.

—Venga... ¿Qué hacéis con estas cajas?

—Esclarecemos... Estamos recogiendo, jefa. —Reyes, veintitantos, cara cuadrada con gafas de pasta cuadradas, formal y escrupuloso, se había puesto guantes de látex para meter en cajas de cartón los objetos personales de los diputados que la víspera habían dejado de serlo.

—¿No es un poco pronto? Hasta la semana que viene, por lo menos, nadie nuevo se va a asomar por aquí.

—Cuanto antes mejor, jefa, que luego vienen las urgencias y todo hay que hacerlo deprisa y corriendo. —Reyes se secó la frente con la manga.

—Mira que eres agobiado... ¿Habéis pedido permiso a los caídos para recogerles sus cosas?

—Sí, sí... De hecho, lo han pedido ellos mismos. Algunos están muy cabreados.

—¿Quién, por ejemplo?

—El doctor Puelles, sin ir más lejos. Acaba de llamar dando gritos

como un energúmeno. Diciendo que en Murcia no se ha hecho ningún esfuerzo para que su escaño saliera y que se va a dar de baja del partido.

—Siempre ha sido un tontaina...

—Nosotros también estamos preocupados por si ahora se recorta el personal del grupo.

—Tú tranquilo, Reyes. Espero que eso no sea necesario. Vamos a ver...

—Oye, jefa..., ¿era preciso lo de la Guerra Civil?

Marga alzó la mirada al techo, respiró profundamente y decidió ser sincera con su asistente. Reyes, Laura y Marga, el autodenominado «miniequipo», presumían de decirse siempre lo que pensaban.

—¿Crees que deberíamos sacar una nota retractándonos?

—Déjame que mire cómo va en las redes sociales y te digo. Si no prende mucho en Twitter podemos dejarlo pasar sin problemas. Con la cantidad de noticias que hay esta mañana puede que no tenga demasiada repercusión.

—Me he cruzado con George y estaba histérico.

—George vive histérico, jefa. Para él todo es: uf, uf, uf... —Hizo sonreír a la diputada.

—¿Vienes a verme cuando acabes con las cajas y repasamos los resultados de anoche?

—Dame un momento que ponga un poco de orden aquí y acudo al despacho. Prefiero trabajar contigo. Esto es una lata. Continuaré esta tarde o mañana... Además, Laurita puede seguir un poco más, ¿verdad, Laurita?

—Sí, ve con Jefa, Reyes. O sea, Reyes, no te preocupes... —se le oyó decir a la secretaria de Marga desde dentro de uno de los despachos que estaban vaciando.

—Laura, corazón, no te había visto. ¿Estás bien? ¿Alguna novedad?

Una chica con una bola de pelo rizado en la cabeza, tipo rollizo de reponedora de supermercado, gafas de pasta y treinta y pocos años obvios en su sonrisa profesional asomó la cabeza al pasillo. No era muy intelectual, al menos no tanto como el pedante de Reyes, pero sí muy dispuesta y le sobraba iniciativa, lo que a veces era útil y a veces desastroso. Llevaba un jersey de pico amarillo sin camisa debajo y vaqueros, curiosamente igual que Reyes. Marga ya se había acostumbrado a que el asesor y la secretaria vistieran igual.

La jefa nunca se había atrevido a preguntarles si eran pareja.

—Todo bien, Jefa —Laura utilizaba lo de «Jefa» como si fuera un nombre propio—. O sea, ninguna llamadita. Hoy Reyes y yo nos hemos puesto el uniforme dominguero para hacer las cajas —dijo sonriendo, con un hilo de voz finísimo y mirando alternativamente su

jersey y el de su compañero de trabajo.

—Estáis sexis. —La diputada sonrió también—. Luego te veo, Laurita... Venga, Reyes, te espero... Voy a poner un Nespresso azul con leche para mí y otro para ti.

—Jefa, hemos visto salir una rata enorme del despacho del doctor Puelles...

Pero Jefa ya se había ido y no escuchó está última frase de Laura.

El despacho de Marga era idéntico a los demás despachos de la planta: suelo de madera rojiza, brillante de puro limpio; bajo la ventana corrida que daba a la Carrera de San Jerónimo, repisa de color crema en la que estaban incrustadas las rejillas del aire acondicionado; paredes blancas; estantería repleta de libros voluminosos, códigos y diarios de sesiones con pinta de no haber sido abiertos jamás; y dos mesas, el escritorio típico de oficina, con su sillón ergonómico con cabezal, y una mesa camilla, sin faldas, con cuatro sillas. También, una televisión para seguir los plenos y una pantalla y un teclado de ordenador y una impresora en una mesita auxiliar del escritorio. Sin embargo, ella lo había singularizado bastante. Según decía a sus visitas, lo había feminizado.

La diputada Saavedra decoró el despacho del Congreso como si fuese una segunda habitación de su apartamento. Disimulaba la sobriedad innata de semejante madriguera administrativa con cuadros, plantas, figuritas y recuerdos particulares diseminados por todas partes. Podría incluso afirmarse que, tras su toque personal, esa oficina del Congreso destacaba por ser el recoveco mejor arreglado de cuantos Marga ocupaba en Madrid, no en vano ahí era donde pasaba la mayor parte del tiempo. Conseguía que no se notase que aquellos muebles oscuros eran los oficiales de la Casa, que estaban lejos de pertenecer a su personal estilo minimalista. Entiéndase, que ni venían de IKEA ni estaban lacados de blanco.

En una de las paredes, Marga había colgado una gran fotografía en blanco y negro, con grano, apaisada, de una mujer de espaldas, desnuda, nadando en el mar. La mujer tenía las piernas juntas y los brazos abiertos, rectos, formando una uve, como si quisiera atraerse todo el mar al pecho. La melena suelta le cubría los hombros y la mitad de la espalda. Resultaba imposible no mirar esa fotografía.

Cuando Moncho se sentaba en la mesa redonda del despacho metiéndole presión a Marga para que acabara ya de trabajar e irse juntos a picar algo y luego al Toni 2, siempre decía:

—Sé que eres tú, Palillo, que esa ye flotando eres tú. Por eso me deleito sin ofenderte... Pero, escucha, no quiero saber quién te hizo la foto. Me moriría de celos. Me jode que la foto sea de otro, tanto como me jode que seas más alta que yo.

—No soy yo, Monchito... Te traiciona tu imaginación de charro.

—Se moría de la risa—. Aunque sí soy más alta que tú, en eso llevas razón. Pero nos resulta cómodo para lo que tú ya sabes..., ¿a que sí?

Sentada en el despacho, antes de encender la cafetera y de que llegara Reyes, Marga miró pensativa su fotografía —sí, era ella nadando...— y luego mecánicamente al móvil.

Había un nuevo guasap de Moncho:

681076404: Menudo desastre de resultados... Y luego lo que hemos oído... Ese runrún... En mi partido están sorprendidos y en el Congreso también... Tenme al tanto... Me quedo en Salamanca hasta mañana... Cotilléame... Sin compromiso

Marga respondió enseguida:

AMARGURA: Entiendo la sorpresa. Lo siento, Moncho. Espero que no me deis mucha caña. Sin compromiso.

Y de inmediato se estableció entre ellos el siguiente diálogo por guasap:

681076404: Caña...? Por qué?

AMARGURA: Por lo de la Guerra Civil.

681076404: Que guerra civil ni que niño muerto...?

AMARGURA: Lo que he dicho en la radio, que ha sido una cagada.

681076404: Ni me había enterado...

AMARGURA: He dicho que no veo una coalición de Gobierno porque la situación es de Guerra Civil.

681076404: Amargura... mi Palillo... nadie me lo ha contado (todavía) ja ja ja...

AMARGURA: Entonces, ¿qué es el runrún? ¿A qué te refieres con lo de que en tu partido están sorprendidos por lo que habéis oído?

681076404: A que ha desaparecido Arroyo el Monaguillo de los sociatas... Salió el domingo de su casa... y no ha vuelto...

AMARGURA: La verdad es que estaba misterioso últimamente. Muy, muy raro... Se le notaba empoderado, como poseído por un espíritu ambicioso. ¿Qué ha sido? ¿Un accidente de coche, una fuga?

681076404. Podría ser un accidente o algo parecido... Sí... Pero lo raro es que...

AMARGURA: ¿Qué?

681076404: Un momento Palillo... que me hablan...

AMARGURA: Monchito, ¿qué?

681076404: Un momento...

AMARGURA: Moncho...

681076404: Un segundo Palillo... que estoy en una reunión...

AMARGURA: ¡Ramón!

681076404: Que la última vez que alguien lo vio... fue ese mismo domingo entrando en el Congreso.

AMARGURA: ¿El día de las elecciones?

681076404: Sí... que me hablan...

AMARGURA: ¿Y qué?

681076404: Pues... que no volvió a salir...

AMARGURA:

Siete

Para que los logros de una generación de políticos se desvanezcan sólo hace falta que entre en juego la siguiente generación de políticos. Ningún político se considera hijo de otro político, todos miran al mundo con ojos de primer ser humano sobre la tierra. Todos, sin excepción.

La política es un deporte tan cruel que no puede practicarse por parejas o por equipos, que no conoce otra modalidad de lucha que la individual.

Marga le daba vueltas a esto mientras compraba algo para cenar en el comercio chino de la calle San Agustín. Poca cosa: una bolsa de lechuga iceberg, un par de tomates, una lata de atún, un sobre de piñones, una botella de leche y una caja de galletas. En la nevera aún le quedaban yogures y pan de molde.

Le faltaba tiempo a diario para ir al supermercado y tampoco es que hubiera alguno decente en los alrededores del Congreso, por eso, cuando cada noche volvía agotada a su apartamento, aquel chino sin hora de cierre conocida constituía su última oportunidad para hacerse con los ingredientes de una ensalada sencilla o de una tortilla de cebolla, por ejemplo. En aquel cuchitril, atendido por los hijos pequeños de una china inexpresiva que hojeaba revistas de continuo, también podía encontrar, si lo precisaba, bombillas, pinzas de depilar, compresas si no había tampones, linternas, libretas, cartuchos de tinta de impresora o condones para Moncho.

Aquella noche se sentía rota. Al desgarro que le produjeron los resultados electorales de la víspera, cabía añadir una jornada larga y extraña que terminó de forma completamente inesperada para ella.

Dudaba si debía estar contenta o no.

Echaba de menos a Moncho, su intuición, su frialdad, su capacidad para analizar situaciones políticamente complejas. Había encajado lo ocurrido con el único respaldo emocional de un guasap suyo en el que respondió: «Acepta...». Y ahora, al llegar al apartamento, él no iba a estar ahí para contarle con todo lujo de detalles lo sucedido esa tarde en la nueva sede liberal de Pintor Rosales.

No, no se encontraría a Moncho por sorpresa, como tantas veces, esperándola a la entrada de su apartamento de la calle Cervantes con un ramo de margaritas en la mano porque hoy, todavía lunes, él

seguía en Salamanca y a esa hora estaría cenando con su mujer y sus hijas.

Bueno, así era el juego de ser la novia y no la esposa, y Marga había aceptado aquellas reglas desde el principio.

Tenía hambre. A mediodía comió poco, un sándwich mixto de la cafetería en el despacho con Reyes y Laurita. Y nada más. Bueno, sí, un par de Nespressos, pero eso no es comida.

Luego, a las cinco, se fue a la sede del partido, a la reunión del Comité Permanente que debía analizar los resultados electorales y sacar conclusiones.

Al bajar del taxi, tuvo que atravesar una nube de fotógrafos y cámaras de televisión que rodeaban el portal del edificio. También había allí una tropilla de supuestos militantes de Ele-Ele, probablemente contratados por el Cuervo, con banderitas de España de plástico gritando con cadencia indignada:

¡Contra el musulmán
unidad nacional,
unidad nacional!

—Buenas tardes, por decirse algo, doña Marga —le dijo el conserje al abrirle la pesada puerta de hierro y cristal del edificio.

—Buenas tardes, Crescencio, ¿usted cree que esos de las banderas son de los nuestros?

—Ni hablar, doña Marga —respondió el conserje con la autoridad patriarcal que le confería su jersey de pico gris—. Esos cenutrios representan cierto origen indubitable, sospechoso inclusive. Gentuza del Cuervo ese... No son trigo limpio, doña Marga, se lo dice un revisor de clase B jubilado.

—Gracias, Crescencio, usted me transmite seguridad. —Había ternura en la respuesta.

—Cumplo con lo que es mi cometido, doña Marga.

El conserje se quedó vigilando aquella falsa manifestación espontánea desde dentro, camuflado tras las formas vegetales de hierro negro de la puerta principal, y emitió un casi imperceptible gruñido con aires de centinela orgulloso. Doña Marga confiaba en él.

La nueva sede de los liberales ocupaba dos pisos del edificio: el principal y el segundo. Arriba, las oficinas y los despachos; debajo, las salas de prensa y reuniones. Otros partidos disfrutan de sedes más grandes, algunos hasta de edificios enteros, pero Ele-Ele ya no tenía tantos afiliados, más bien se había convertido en un partido de cuadros, ciertamente elitista, y andaba siempre corto de fondos. Al menos desde que se controlaron en serio las donaciones anónimas y los cheques desinteresados de empresarios.

Marga subió por las escaleras con peldaños de mármol. En el rellano del principal, George, que ejercía de guardia de tráfico dirigiendo a los periodistas a la sala de prensa y a los políticos a la sala de reuniones de la Permanente, le dijo:

—Marga, sigue hasta la segunda... —le indicó el camino hacia arriba con las gafas de farmacia—. Corriendo, que el Principito y los Pajes quieren hablar contigo. El Paje Pirata no para de preguntar si ya has llegado. Uf, uf, uf..., qué agotamiento de tipo, por favor.

—¿Conmigo? ¿Quieren verme a mí?

—Sí, sí... Tú eres la diputada Saavedra, ¿no? Pues quieren hablar contigo, coño.

—¿Por lo que he dicho de la Guerra Civil?

—No creo. —George contuvo una sonrisa.

—¿Sabes algo?

—Sólo te digo que no es malo. Anda, chica, trepa...

—Voy. Y apaga ese pitillo. Aquí está prohibido.

—Déjame morir en paz.

El Principito y los Pajes eran Melchor Avellana, Ana de Mendoza y Ciriaco Romasanta; presidente, secretaria general y secretario de organización, respectivamente. Los tres muy jóvenes, no llegaban a los treinta y cinco. Los tres militaban en el partido desde antes de echar los dientecitos de tiburón; en esta vida no habían hecho otra cosa de provecho más que conspirar y medrar. Y los tres formaban un equipo hoy por hoy indiscutible e indestructible.

La anterior dirección de los liberales, conocida como la Peña de los Gordos —no es preciso explicar por qué lo de «Gordos»—, tuvo que dimitir en bloque durante el Gran Catarro Madrileño, cuando trascendió que eludían la cuarentena impuesta por el Gobierno organizando supuestas cenas de trabajo en un bar de alterne llamado puticlub-spa Ñol, Los Ángeles de Chati. Por más que los Gordos alegaron que lo del puticlub-spa Ñol sólo fueron sesiones de degustación de productos locales y tertulia política, el incendio acabó siendo imparable, los abrasó.

Incluso los medios internacionales se hicieron eco del escándalo.

No he sentido mayor vergüenza ajena en mi vida.

Se convocó entonces un congreso extraordinario que, por el confinamiento ante la peste, hubo de celebrarse a través de internet, en el que se cambió el nombre al partido y resultó elegida una nueva dirección encabezada por Avellana, De Mendoza y Romasanta, que hasta entonces habían sido los jefes de las juventudes de Ciudadanos.

A Melchor Avellana pronto empezaron a llamarlo el Principito por llevar el pelo cortado al tazón y, en consecuencia, a sus dos acólitos los bautizaron como los Pajes: la Paje a Ana y el Paje Pirata a Ciriaco porque usaba un parche negro para taparse el ojo izquierdo.

Nunca se explicó al público cómo había perdido ese ojo Ciriaco Romasanta, si es que lo había perdido.

La nueva dirección vendió la vieja sede y se vino a Pintor Rosales para demostrar que rompía con el pasado.

Marga Saavedra no se comportaba con naturalidad ante sus jefes. Quizá fuera lo que sucedió con su padre lo que bloqueó su aptitud para llevar la contraria a sus superiores. Tendía a darles la razón en todo, y esa dificultad tan suya para pronunciar la palabra «no» se tornaba insuperable cuando estaba ante alguien con capacidad jerárquica para tomar decisiones que directamente afectasen a su carrera. Por eso tragó saliva antes de entrar en el despacho del presidente y con un gesto automático se recogió el pelo para dejárselo caer por encima del hombro derecho; verse bajar la melena por encima de una de las clavículas le transmitía seguridad en sí misma.

Pese a la proximidad, incluso camaradería, que Marga mantuvo con los Gordos, el Principito y los Pajes la conservaron como candidata al Congreso por Sevilla, por aquello de que no se dijera que masacraban al partido precedente, así que no podía mostrarse sino agradecida ahora que acababa de revalidar su escaño.

—Pasa, Marga, siéntate un segundo.

—Melchor, ¿es por lo que he dicho de la Guerra Civil?

—No, para nada. Ni sé qué has dicho... Ponte cómoda.

El despacho del Principito, bastante pasado de moda, aún era el heredado de la dirección dimitida transportado a la nueva sede. Los visillos con dobladillo, la moqueta con adornos persas, el retrato de Sagasta en su marco historiado, la estantería sustentada por pilas de columnitas jónicas, el sofá tapizado en cuero con botones y las lámparas con pantallas de pergamino con un mapamundi dibujado contrastaban fuertemente con la frescura de los tres chicos que intentaban ser tomados por los verdaderos amos del lugar.

Existía un proyecto para redecorar la sede nueva jubilando el mobiliario de la sede vieja, pero faltaba dinero para llevarlo a cabo. Las elecciones se habían comido el presupuesto.

Avellana se sentó tras el escritorio. Llevaba con naturalidad una americana azul marino con botones dorados, típica del departamento de caballeros de El Corte Inglés, zapatos de cordones de la misma sección y la consiguiente corbata con anclas. Sonreía y se movía con la amabilidad exagerada de un comercial de concesionario de coches.

El Principito era de Ciudad Real.

Ana de Mendoza, efecto mojado en su media melena rizada y negra, vaqueros ajustados con rotos y camiseta negra de tirantes, se situó de pie, tras el presidente, apoyando los antebrazos sobre el respaldo con capitoné del sillón. Mientras que Romasanta, delgado como un silbido, con las manos en los bolsillos, lo observaba todo por

su único ojo a cierta distancia lo mismo que si llevara una cámara de seguridad implantada en el rostro. Apoyaba la espalda contra la puerta cerrada y daba la impresión de estar controlando que nadie escapase de allí.

Como es bien sabido, Ana de Mendoza y Silva era hija del acaudalado naviero Augusto de Mendoza y Galaz y de la modelo SSS, Susana Silva Sabio, su exesposa número dos. Y Ciriaco Romasanta era el mediano de don Aníbal Romasanta, aquel inspector de Hacienda que, merced a la seriedad anticuada que transmitían sus grandes gafas negras como pantallas de televisión apagadas, llegó a vicepresidente económico en uno de los breves Gobiernos tecnocráticos de la crisis de la peste.

Los hijos de los políticos metidos a políticos suelen aprender todo lo malo de sus padres y nada de lo bueno.

El trío, contemplado en su conjunto, se diría una pandilla de niños pijos que se han colado en el despacho de sus mayores para rodar un corto de aficionados. Sin embargo, a pesar de esa supuesta inocencia, ejercían un poder absoluto en Ele-Ele y tenían fama de cortar cabezas sin contemplaciones ni piedad.

Desde que ganaron el congreso de los liberales, Marga les guardaba cierta distancia de seguridad.

Igual que si estuviera en la consulta de un médico, Marga utilizó una de las sillas que estaban frente al escritorio, juntó las rodillas y con la uña empezó a rascar la esquina del tapete de cuero beis de la mesa.

Habló el presidente girando la cabeza de vez en cuando para buscar en Ana la confirmación de cuanto decía, como si él no fuese la máxima autoridad por sí mismo, como si él y los Pajes compusieran una voluntad colegiada.

—Marga, gracias por subir.

—Qué menos, Melchor.

—Los resultados han sido muy malos.

—En fin, Melchor, un estancamiento previsible que sabe a triunfo, diría yo.

—Déjate de frases, Marga. Ha sido una catástrofe. Nosotros no contábamos con bajar tanto.

—Ya.

—Por supuesto, la culpa es de los Gordos y no nuestra, de la herencia que nos dejaron, claro. Los electores nos han hecho pagar a nosotros su desastrosa gestión, y luego lo del tema del puticlub-spa Ñol... Joder... Pero, mira, la hostia nos la hemos llevado nosotros en la cara, ¿sabes?

—Sí, la..., eso sí, os la habéis llevado vosotros.

—Pues Ana, Ciri y yo vamos a dimitir esta tarde. —Achinó los

ojos para transmitir astucia.

—¿Cómo? No podéis. Al menos, no así...

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, pues que si os vais hay que dar tiempo para que se prepare quien esté pensando en presentarse, digo yo. —A Marga se le había notado que albergaba alguna esperanza de que corriera el escalafón.

—Creo que no lo pillas, Marga. No lo pillas... He dicho que dimitimos, no que nos vayamos. —Melchor abrió el balcón a su dentadura con una amplia sonrisa—. Convocaremos un congreso extraordinario...

—¿Otro?

—Sí, otro. Los que haga falta... Y nos vamos a presentar a ese nuevo congreso del partido y lo ganaremos de calle. Esto de dimitir es sólo un gesto para que la opinión pública perciba que representamos una forma nueva de hacer política, más cercana y responsable. —Se volvió y le guiñó un ojo a Ana.

—Ah, perdona.

—¿No te das cuenta de que la política ya no consiste en hacer pensar a los ciudadanos sino en provocarles emociones?

—Entiendo; que todo cambie para que nadie cambie.

—Ahora lo has pillado.

—Sí, lo pillo.

—Y aquí entras tú en juego.

—Dime...

—Vamos a proponerte como portavoz del Grupo Parlamentario de Ele-Ele para que gestiones el partido hasta que se celebre ese congreso extraordinario.

—¿Por qué yo, Melchor? —Marga estaba desconcertada, no esperaba nada parecido.

—Porque eres amiga de los Gordos, porque a nosotros nos debes una, ya que te hemos salvado el cuello y has encabezado la lista de Sevilla, porque no tienes enemigos y todo el mundo te aprecia y porque creemos que no intentarás quitarnos el puesto durante la transición. —Mientras decía todo esto, Melchor había adoptado la entonación de un tutor que perdona sus malas notas a una alumna torpe.

—De eso último yo no estoy tan seguro... —Marga escuchó la voz profunda de Ciriaco Romasanta a su espalda.

—Yo sí, Ciri, yo sí... —Melchor trató de no perder la atención de Marga.

—A ver, Melchor, ¿sabemos si Marga asistió a alguna de las reuniones del spa Ñol? Marga, no aceptes. —Con ese «no aceptes» a Ciriaco se le escapó un gallo que a Marga le sonó delator, le transmitió

inseguridad y ternura.

—¿Como otra de Los Ángeles de Chati? Córtate un pelo, Ciri, por favor... Yo siempre he confiado mucho en ella, Margarita es igual que una tía por parte de madre para nosotros. —Ana, desde detrás del presidente, juntó las manos como si rezase al tiempo que levantaba el mentón y cerraba los ojos.

—Y bien, ¿qué respondes? —volvió a tomar la palabra el presidente.

—Amargura, no Margarita... —susurró Marga.

—¿Qué? No te he escuchado.

—Nada... ¿Me lo puedo pensar?

—¿Pensártelo?

—Un minuto... Pensármelo un minuto, si no os parece mal. Vengo de la vieja política, prefiero dar una vuelta a mis respuestas antes que guiarme por lo que siento.

—Claro, claro, piénsatelo... Pero no mucho, ¿eh?, porque los compañeros y los medios están esperando abajo. Piénsatelo aquí mismo.

—Y que te quede claro que no eres nuestra única opción. —Romasanta volvió a hacer una precisión tan antipática como innecesaria.

Fingiendo que le concedían algún margen de intimidad, el Principito y los Pajes se alejaron un poco y se juntaron a cuchichear en una esquina del despacho.

Marga sacó el móvil y escribió a Moncho.

AMARGURA: Monchito, me ofrecen ser la portavoz «provisional» del grupo parlamentario, ¿qué hago? ¿Te puedo llamar?

Pasó un breve lapso que se le hizo eterno hasta que llegó la respuesta.

681076404: Acepta...

AMARGURA: ¿Puedes hablar? Es PROVISIONAL mientras convocan un congreso. No es definitivo. ¿Te puedo llamar?

Ya no contestó más. Enfurecía a Marga que Moncho, a veces, por estar reunido en el PP o con su familia en Salamanca, dejase de

responder mensajes por horas y horas.

Marga se puso de pie y dijo:

—Acepto.

—Genial.

—Melchor, vamos a hacernos un selfi con Marga para nuestras redes —fue la inmediata reacción de Ana, al tiempo que con un gesto de la mano le indicaba a Ciriaco que el selfi no lo incluía.

A partir de ahí, el protocolo se siguió con prisa; el selfi, las frías palabras de agradecimiento de Melchor y Ana, el silencio de Ciri, la propuesta al Comité Permanente, los aplausos de sus compañeros, la rueda de prensa en la que se preguntó mucho más sobre sus declaraciones mencionando la Guerra Civil que sobre su nuevo cargo provisional, la salida del Principito sin despedirse de ella... Y, de pronto, estaba otra vez sola en la calle comprándose algo para cenar en el comercio chino de la china inexpresiva que hojeaba revistas de continuo.

Tenía hambre y esa noche Moncho tampoco iba a estar esperando con un ramo de margaritas en la puerta de su apartamento.

La soledad a veces duele físicamente, más como una presencia feroz que como la ausencia en que consiste. A Marga le dolía la cicatriz del vientre.

OCHO

Martes

No quiero olvidarme de nada.

Afuera el aire agita las copas de los árboles y los toldos recogidos de los comercios de la calle Campana como si les diera bofetadas. Y el frío hace que crujan los cristales de los balcones tal que si los arañasen. Es como si alguien quisiera entrar. Como si un viento helado llamara mi atención desde las tinieblas.

Esta noche arrecia el invierno en Sevilla.

No voy a girarme, no voy a mirar hacia la ventana, no quiero descubrir quién gime ante esta casa.

Sé que no estoy sola. Mis muertos están aquí y me protegen. Los muertos siempre nos acompañan. Son invisibles, pero yo noto su presencia. Me miran con tristeza. Todos somos nosotros mismos y el círculo de muertos propios que nos rodea en silencio.

Mis muertos rezan por mí. Y también el viejo Moncayo reza por mí. Me protegen de quien intenta entrar.

—Sigue... Dale a la tecla. Hay prisa —me dicen mis muertos.

No me olvido de nada.

Tras los inciertos resultados electorales, España se convirtió rápidamente en una hoguera política.

Todo el país debatía acaloradamente sobre qué Gobierno debería formarse; si don Baldomero Cuervo podría amalgamar una mayoría nacionalista española en torno a Escarmiento o si, por el contrario, el imán Haidar al Isbani sería capaz de juntar para su Pacto del Arcoíris a islamistas, populistas, independentistas, verdes y demás compañeros antifascistas. En tertulias de televisión, reuniones familiares, bares o colegios mayores las discusiones al respecto se tornaban violentas con suma facilidad. Compañeros de trabajo, cuñados, amigos de toda la vida e incluso parejas de novios dejaban de hablarse si uno era vengativo y el otro de Dime España.

La convivencia parecía a punto de hacer implosión.

Las dos Españas, la azul y la roja, habían vuelto a desenvainar su Tizona y su cimitarra. Y se aprestaban para batirse una vez más.

Mientras tanto, aunque parezca mentira, dentro de la burbuja del

Congreso de los Diputados reinaba la tranquilidad a este respecto. Ahí la política no era el tema. El Congreso, semivacío como un internado en agosto, con las contraventanas del palacio cerradas, aguardaba que sus nuevos inquilinos empezasen a golpear la aldaba de la puerta cargados con maletas para quedarse.

Los pocos diputados veteranos que seguían acudiendo a sus despachos sin esperar a que la Junta Electoral proclamase el resultado de los comicios no hablaban de otra cosa más que de la misteriosa desaparición del diputado Arroyo, de la sombra con forma de perra, esa sombra única que recorría el palacio por las noches, y de los tábanos y las ratas negras que se esfumaron con la peste y que habían regresado.

De las ratas se escribió mucho al principio de la peste, no en vano se las consideraba sus propagadoras. Pero al comprobarse que se trataba de peste neumónica, que se transmite de persona a persona y no por las ratas, pasaron a un segundo plano y acabaron por desaparecer del todo. No obstante, como medida precautoria, se llevó a cabo una campaña masiva de desratización en la Casa y, en apariencia, fueron eliminadas, hasta donde eso resultara posible.

Lo llamativo para quienes frecuentaban el Congreso en esta etapa de transición entre una legislatura y otra era que, precisamente ahora que la peste empezaba a olvidarse y que Madrid había sido desratizada, las roedoras hubieran vuelto y se hiciesen notar otra vez en el viejo palacio de la Carrera de San Jerónimo como si nunca se hubiesen ido, que se las viera por las noches campando a sus anchas, paseando como doctos próceres por pasillos y salones, igual que al principio de la peste. Incluso, que en el propio hemiciclo y en la biblioteca hubiera ratas de nuevo. Sobre todo, en la biblioteca.

—Digo yo que les gustará comerse las páginas de los libros antiguos —se inquietaba la bibliotecaria Macarena Colomer, conjunto de jersey de cuello redondo y rebeca rosa chicle, collar de perlas y gafitas en la punta de la nariz, buscando una explicación para tan repulsivo retorno.

Los distintos venenos que mandó poner el portero mayor más que matar a las alimañas se diría que las había engordado.

Según se comentó, la risa de pájaro esquizofrénico con que chillan las ratas acompañaba como un coro asqueroso y siniestro a una extraña sombra de perra por los corredores, galerías de retratos o despachos por los que se la sentía pasar. Escribo que se la sentía pasar porque casi nadie había visto esa sombra única, más bien se notaba su presencia por las noches. O eso referían los policías de guardia y las señoras del servicio de limpieza, que la proximidad de la perra de sombra resultaba tan obvia que no hacía falta volverse para ver que estaba ahí.

Como he dicho, también se observó que, repitiendo lo ocurrido durante los peores días del Gran Catarro, tornaron las enormes moscas verdes a las habitaciones espaciosas del palacio. Quizá fueran tábanos o quizá moscardas de la carne, quién sabe. En todo caso, bichos de esos que ponen sus huevos en los ojos, oídos y ano de los muertos.

—Esas moscardas barruntan la muerte —le espetó el portero mayor a la bibliotecaria cuando esta se quejó de que el zumbido de las moscas también molestaba a quienes utilizaban la sala de lectura.

Lo más llamativo de aquellas moscas revenidas era que al aplastarlas dejaban una mancha de sangre.

Un diputado desaparecido, una sombra maloliente, moscas verdes hinchadas de sangre y algunas ratas negras de vuelta al Congreso no eran más que chorradas para Ramón Bayo, el líder parlamentario del Grupo Popular, un conservador como Dios manda: cincuenta años; menudo a fuer de español; fornido igual que un agricultor castellano; con el pelo entre blanco y amarillento, recio y segado igual que las cerdas de un cepillo de raíces; desconfiado y socarrón, muy socarrón.

—Con los años se me han quitado los sentimientos y me he quedado a secas con la risa que me dan los gilipollas —solía decir para justificar el doble sentido que siempre encerraban sus comentarios jocosos respecto a las costumbres finas de Madrid comparadas con el trato adusto y campechano de Castilla.

Para entendernos, Ramón era casado, cazador y taurino.

Después de la campaña en Salamanca y de pasar también allí el fin de semana de las elecciones dejándose ver a la hora del aperitivo por la plaza Mayor, acompañado por Vega y sus hijas, después de un mes fuera de Madrid, Ramón se sentía feliz regresando a la capital. Decir que el Congreso era el centro de España resultaba poco preciso para él; en su opinión, el Congreso estaba sobre el agujero que dejó el compás con el que Dios dibujó el perímetro de España. Cualquier cosa que se saliera del viejo palacio, incluido, por ejemplo, el hotel Palace de la plaza de las Cortes, ya era las afueras.

Aquel martes por la mañana, al bajarse del coche oficial frente al portero negro de abrigo blanco del hotel Urban, el de las sábanas y cortinas negras, Ramón no era consciente de que muy pronto iba a descubrir por sí mismo que efectivamente hay un agujero debajo del Congreso, que no es una metáfora, aunque quizá ese agujero no lo hiciera el compás de Dios sino el de Satanás.

Como muchos diputados de provincias, Ramón Bayo llevaba una doble vida. En Salamanca pasaba por ser un ordenado patriarca de derechas, de los de misa y pasteles los domingos, de los de reunión de padres en el colegio de las niñas y acompañar en alguna caminata por el arcén a las tías de Béjar. Paseando por las calles Toro o Zamora de su ciudad natal, se detenía para ser besado por todas las ancianas de

bien de la ciudad, que de forma indefectible le preguntaban:

—¿Cuándo lo tendremos a usted de alcalde, don Ramón?

Sin embargo, al llegar a Madrid se transformaba en un bohemio. Se deshacía de cuantas convenciones le había impuesto su biografía de alumno aplicado de los Maristas y dejaba caer al suelo sus maneras provincianas como quien se desprende de la camisa para lanzarse al Tormes. Le asustaba imaginarse dónde podría haber terminado si antes de descubrir esta libertad madrileña no lo hubieran encadenado una juventud y un matrimonio pasados de moda.

Su existencia de diputado no conocía hora de irse a dormir. La buhardilla en que residía, cuya hipoteca pagaba religiosamente y que un día iba a servir para que sus hijas vinieran a estudiar a alguna universidad privada y católica de Madrid, guardaba las hechuras de un piso de estudiantes: cama sin hacer, calcetines usados bajo el sofá, pila de platos por fregar y despensa vacía.

Dos días a la semana, la señora Rosío, su *madresita* peruana, pasaba por allí poniendo orden sin contemplaciones, con la energía organizadora con que las madres recogen los residuos dejados por una fiesta de adolescentes en casa. La *madresita* también lavaba ropa, planchaba camisas, cosía botones, llevaba y recogía americanas de la tintorería y aseaba el interior de la nevera, reponiendo comestibles para cenas a solas, como jamón york o quesitos en porciones, leche semidesnatada y tetrabriks de zumo de naranja.

Después de más de cinco años limpiando aquella buhardilla, la *madresita* Rosío y don Ramón no se habían cruzado jamás. Nunca se habían visto. Se entendían dejándose educadas notas pegadas en la puerta de la nevera con un imán. «El señor debería comprar *calsonsillos* nuevos. *Nesesito* para producto. Que pase *felis* noche», o: «*Madresita*, gracias por la pasta de dientes... ¿Qué le debo este mes...?», en ese plan.

—Mi Rosío es la única mujer que me quiere de verdad. Me lleva hecho un pincel y no discutimos por nada. Si me hubiera casado con ella sería feliz —le decía a Marga para sacarla de sus casillas.

—Eres un machista arquetípico —respondía ella.

El diputado Bayo sostenía que Madrid es la única ciudad del mundo en que por la mañana eres obispo, ministro, presentador del telediario, banquero, directivo de un club de futbol, juez de la Audiencia Nacional o portavoz del Grupo Popular en el Congreso, pero en que, al llegar las ocho de la tarde, a nadie le importa si te transformas en travesti, cantante de karaoke, borracho de bar, posturitas en el baño turco del gimnasio, galán del bingo, chapero, donjuán de viudas, esclavo sexual, contorsionista o domador de tigresas.

Él, por ejemplo, en Salamanca asistía con su mujer a las

convivencias de equipos de matrimonios de la parroquia, pero luego, al caer la noche y ya en Madrid, se ponía un antifaz, trepaba al balcón y le desagarraba el sostén a Marga Saavedra, una contrincante política.

Dos vidas, pues, una en Salamanca de perro pastor y otra en Madrid de perro callejero, y las dos formando parte de sí mismo. No se sentía escindido, no; al contrario, se sabía complementado. El diputado Bayo era de Dios y de Satanás al mismo tiempo.

«Pero ¿qué político no lo es?», pensaba en esos largos viajes en coche de ida o vuelta a casa mientras meditaba sobre su propia naturaleza ambivalente, tan virtuosa como pecadora.

Ramón Bayo estaba enamorado de Marga Saavedra como no recordaba haberse enamorado antes en su vida, y eso que se trataba de una rival política. Aunque, si bien se piensa, quizá fuera precisamente por eso; ya que una rival política es la última mujer del mundo que le pediría que se divorciase de Vega. Un amor de esa clase sólo es vivible en la clandestinidad. Hasta para eso Marga era perfecta. Un sueño cumplido.

Mucho mejor que Boni Granero, aquella periodista con la que también mantuvo una relación y que acabó fingiendo un intento de suicidio para evitar que la dejase, y que atacaba en sus artículos a cualquier mujer que pensara que intentaba acercarse a él más de lo normal. Ramón recordaba con horror esa etapa de su carrera.

Boni Granero era una mujer venenosa que, por fortuna, había quedado atrás, aunque a veces todavía se la encontraba en algún estudio de radio o en algún plató de televisión, y entonces le venía siempre con el mismo rostro agriado y la misma canción:

—Tenemos que hablar, Ramón. No respondes a mis mensajes.

Nada más bajar del coche, cuando el conductor ya no podía escucharle, frente al portero negro con abrigo blanco del hotel Urban, llamó a Marga.

—Hola, Palillo. —Con la mano izquierda se abrochó la americana para esconderse la corbata.

Para Ramón Bayo la corbata era lo mismo que para los monos la cola, formaba parte de su cuerpo. Si se aflojaba el nudo, si la cubría con una servilleta, si la llevaba de colores, lisa o estampada, si hacía como si se la planchaba con la mano o, incluso, si decidía quitársela, estaba enviando un mensaje sobre su estado de ánimo. Ahora la corbata, atrapada bajo el botón abrochado de la americana, parecía tensa, retenida para evitar que se empinase al escuchar la voz de Marga.

—Hola, Monchito.

—Acabo de llegar de Salamanca. ¿De verdad no puedes desayunar conmigo?

—De verdad que no. Tengo un lío monumental después de lo que pasó ayer por la tarde en Pintor Rosales. Luego me has de ayudar a decidir si fue bueno o malo para mí. Seguí tu orden de «acepta...», y ahora no sé si acerté.

—Desde el punto de vista político es una gran oportunidad para ti. Desde el punto de vista personal va a ser divertido sentarme frente a ti en la Junta de Portavoces del Congreso.

—Sí, es una oportunidad... Eso, sí... Pero, como te comenté por guasap, me han hecho portavoz sólo provisionalmente, mientras vamos a un congreso del partido que reelija a los mismos chavales que ya estaban antes.

—Vale, pero recuerda que en política importa la posesión del cargo, no su propiedad. Ahora lo tienes tú y son el Principito y los Pajes quienes lo tendrán que recuperar. Y que siempre es más fácil defender un cargo que conquistarlo.

—Ya... Y, además, Moncho, es que ahora somos tan pocos diputados...

—Eso además... Pero nosotros también, ¿eh? Marga, nosotros también...

—Por cierto, ¿vais a apoyar un Gobierno de Baldomero Cuervo?

—Ni de coña. ¿Y vosotros? Los liberales sois levantiscos.

—Ya sabes que tampoco. Pero vosotros... No me fío. Los democristianos, al final, siempre os incliná is hacia la derecha... Con eso de que sois un partido de Estado...

—Mira, Palillo, antes muerto, ¿me oyes bien?, antes muerto que permitir que ese chiflado justiciero llegue a ser presidente del Gobierno.

—No sé... Luego lo hablamos. ¿Sabes algo de lo tuyo?

—Seguro que sin problemas. Volveré a ser el portavoz del PP, y en la Junta de Portavoces me quitaré el zapato, estiraré el pie y te lo pondré ahí donde te va bien, y te morirás del gusto sin que nadie se dé cuenta.

—No llegas tan lejos, Monchito. Esa mesa es muy ancha y tu pierna muy cortita... —Entre irónica y coqueta, a Marga le pareció divertido el comentario de Moncho—. ¡Conque esa es tu arma secreta para confundir a los otros portavoces..., el piececillo explorador!

—Ja, ja, ja... Nooo... Sólo para ti.

—¿Comes conmigo?

—No puedo, he quedado con Migue para poner en marcha el nuevo grupo parlamentario. ¿Cenamos?

—Lo intentaré, pero no te prometo nada. Tengo que entrar en Onda Cero y en Radio Nacional, creo.

—La leche..., lo nuestro es imposible. Quién diría que trabajamos en el mismo sitio.

—Me muero de ganas de verte... Te echo de menos.

—Y yo a ti. Hace ya un mes... Sin compromiso, Palillo.

—Oye, oye..., no me cuelgues todavía. ¿Tienes novedades sobre la desaparición de Paco Arroyo?

—¿Del ministrable? —Moncho le puso sorna a la pregunta.

—Sí, de Paco. No es momento para burlas.

—Nada. De tu amigo el Monaguillo no se sabe nada de nada. Creo que su mujer está hoy en Madrid indagando... Por ahora sólo me llega lo de que el Congreso se ha llenado otra vez de ratas y moscardones, como cuando la epidemia aquella... Y supongo yo que serán los nuevos diputados de Escarmiento y de Dime España, que parecen ratas y moscas. —Se rio de su propia broma, pero Marga no.

—Qué misterio lo de Arroyo, Moncho... Llevaba unos meses muy cambiado, como si ya no fuera él mismo...

—Ya te digo, de la noche a la mañana se convirtió en un político peligroso y ministrable.

—Sí, esas transformaciones tan radicales huelen siempre a corrupción, a refuerzo de alguna mafia...

—O a pacto con el diablo... —De nuevo, irónico.

—¿De qué vas? Ja, ja, ja... —Ahora sí se rio Marga, se escucharon carcajadas de ida y vuelta—. Bueno..., sin compromiso, salmantino.

—Sin compromiso, flacucha.

A Ramón le gustaba que le vieran llegar andando al Congreso, por eso se bajaba del coche oficial de portavoz de Grupo Popular a cierta distancia de la puerta.

Respiró hondo y se dijo:

—Vamos allá. Primer día de la legislatura, hoy empieza la siembra de las cabezas que la política cortará en los próximos cuatro años.

Visto desde la calle Cedaceros, desde donde arranca la cuesta abajo de la Carrera de San Jerónimo, que cruza por la plaza de las Cortes, el viejo Palacio del Congreso destaca por su melancolía como si fuese una mansión encantada, una de esas casonas antiguas en que el tiempo pasado permanece prisionero.

Nueve

Según mi propia experiencia, la política tiene razones que el corazón no entiende, y tampoco la razón. La política obedece antes al hígado, al estómago o a los puños que al sentido común. Consiste siempre en un abuso sobre la libertad de los demás. La ambición es a la política lo que el hambre a la supervivencia. Si nunca tuviéramos hambre no sentiríamos necesidad de comer y moriríamos convertidos en esqueletos. Del mismo modo, si no fuéramos ambiciosos nadie exigiría a los demás que cumplieran sus órdenes, y no habría políticos ni política.

Los políticos, además, son vanidosos en extremo, de otra forma no se entendería que soporten con tanto gusto la indignidad que conlleva exponer públicamente sus vidas. Desean ser famosos, reconocidos, idolatrados. La política produce a sus protagonistas satisfacciones y frustraciones sexuales.

La democracia es un logro de la civilización, sin embargo, la política profesional constituye un vestigio de la avidez por ser el rey de los monos que conservamos de nuestros ancestros. En efecto, querer gobernar a los otros sólo puede provenir de una pulsión primitiva. Los políticos son ovejas con vocación, apetito y dentadura de lobo.

La política es la selva del hombre cultivado, me dijo el viejo Moncayo, ese misterioso lector de periódicos antiguos de la biblioteca con el que todos nos cruzábamos sin preguntarle quién era, la noche en que me vio al borde de la rendición.

Si parece que estoy resentida con la política será que lo estoy. Conforme avance mi confesión, irán aflorando las razones de tal resentimiento y seguro que justificarán cuanto acabo de escribir. No obstante, si me preguntase alguien si me volvería a meter en política, mi respuesta sería sí, una y mil veces sí. Pese a toda la miseria que ahí encontré, también conocí a personas buenas y trabajadoras, sensatas y consecuentes, como Ramón Bayo.

Políticos así también existen; son los unicornios en el hipódromo.

El portavoz del PP entró al Congreso por la puerta de la reja con faroles de la calle Floridablanca, esa que se abre junto a una garita de la Policía Nacional. Realmente, Floridablanca no es una calle: a lo

largo de su corto recorrido sólo separa dos edificios del Congreso, no tiene circulación de vehículos ni de peatones y la guarda la Policía Nacional en ambos extremos. Aún se llama calle, pero hace mucho que se trata de un callejón interior del complejo parlamentario.

Floridablanca, comparada con otras calles del Madrid antiguo, es todavía reciente. Se abrió al derribarse el convento del Espíritu Santo con la intención de conectar la Carrera de San Jerónimo con la trasera calle del Sordo, actual Zorrilla, y de que el Congreso, que por entonces se estaba construyendo, resultara un edificio exento. Más de cien años después, al edificarse las Ampliaciones I y II donde, entre otras casas, antaño estuvo el palacio del banquero italiano Carlos Strata, ese adorable libertino, acreedor de reyes y vecino de vampiras, para salvar la calle hubo de hacerse un puente que conectara el palacio con esas ampliaciones a la altura del primer piso. Al final, tras algunas vacilaciones, lo más práctico resultó cerrar la calle Floridablanca para uso exclusivo de quienes trabajan en el Congreso.

Hoy es el lugar al que los diputados salen a fumar durante la celebración de los plenos y donde las cámaras de televisión acechan a sus señorías para que profieran las declaraciones informales del día.

Por ambas razones, Ramón Bayo tenía la costumbre de entrar y salir del Congreso por la puerta de la reja con faroles de Floridablanca. No fumaba, pero de vez en cuando sí se permitía aceptar un pitillo, sobre todo si venía acompañado de una charla amistosa, y en Floridablanca siempre aguardaba algún fumador conocido dispuesto a ofrecer ese cigarrillo y esa conversación. También porque en el callejón se cruzaba por fuerza con periodistas acreditados en el Congreso, los cuales solían deambular como felinos enjaulados entre la puerta del palacio y la de Ampliación I a la espera de que algo o alguien pasara por delante de sus narices y les brindara una noticia o una declaración escandalosa que llevarse al colmillo.

Ramón era un diputado popular entre la prensa. Después de sus muchos años en el Congreso la mayoría de los periodistas podían considerarse amigos suyos.

Tal y como esperaba, una nutrida cuadrilla de informadores aguardaba en el callejón de Floridablanca la llegada de algún líder político que ofreciera claves con que interpretar las negociaciones para formar Gobierno que estaban a punto de iniciarse. En cuanto el diputado Bayo cruzó la reja, como carpas del estanque a una miga de pan, de las cuatro esquinas del callejón se le vinieron encima los periodistas formando un corrillo a su alrededor.

—Don Ramón, ¿un Marlboro?

—¿Con la prensa canallesca? Pues..., ¡por supuesto! ¿Con quién mejor? —Sonrió abiertamente y se arregló el nudo de la corbata; se lo subió para cerciorarse de que le cubría el botón del cuello de la

camisa.

—Dinos, Ramón, ¿vais a formar un Gobierno de cristianos viejos con los de Escarmiento? —El tono del corresponsal de *El País* denotaba sarcasmo.

El portavoz del PP enarcó las cejas mostrando su sorpresa por un arranque tan sin rodeos.

—Hola, Ramón. —La redactora de *La Vanguardia* le dio dos besos —. Mis lectores serán una tumba, así que cuéntalo todo.

—Hola a todos. ¿Cómo estáis? Me alegro de volver a veros... —El diputado se hacía el interesante y trataba de desviar el tema hacia una charla menos comprometida, pero era imposible.

—Ramón, ¿por qué no nos regalas algo en *off*? —propuso una ajetreada cronista parlamentaria de *La Razón*.

—De acuerdo... Apuntad en fuentes democristianas: nada más lejos de nuestra intención que firmar ningún pacto que no traiga causa de nuestro ideario. Ya tenéis un titular campanudo.

—O sea que..., entre tú y yo, que los dos somos del antiguo reino de León, que no os vendéis por un plato de lentejas. ¡Bien dicho! —La columnista de *El Mundo* llevaba una libreta con pelícanos rosa en la cubierta y un bolígrafo, pero no apuntaba nada.

—Estad seguros de que mi grupo no apoyará la investidura como presidente del señor Cuervo. Eso también a fuentes, por favor.

—¿Puedo cambiar el tema? —La periodista de la Cadena Ser lo miró con ironía por encima de las gafas redondas que le resbalaron por el puente de la nariz—. ¿Qué te pareció lo que dijo ayer Marga Saavedra sobre la Guerra Civil? ¿Te alegra que sea la nueva portavoz de Ele-Ele? Vosotros os lleváis especialmente bien, ¿no?

—Le doy la bienvenida a mi vida de portavoz del PP, será agradable tenerla de contendiente, eso *prima facie*. Respecto a lo otro, no la defiendo porque no es de mi grupo, pero creo que esa frase se ha sacado torticeramente de contexto. —Mientras se escuchaba la respuesta se produjo algún codazo entre periodistas.

—Espera, Ramón, concreta, danos chicha... ¿Cómo de seguros podemos estar de que no facilitareis un Gobierno justiciero de Escarmiento? —Un columnista de *El Confidencial* rascando un poco más.

—Lo puedo prometer y lo prometo, que decía el clásico.

—¿Y si os ofrecen una vicepresidencia única y algún que otro ministerio de Estado?

—Pues tampoco. Primero, porque con nuestros votos no bastaría. Segundo, no creo que nos ofrezcan tanto. Están muy creciditos... Y tercero y principal, nosotros somos un partido de centro, no tenemos nada que negociar con fanáticos y radicales.

—Oye, Ramón, ¿y un Gobierno progresista y *antifa* del imán Al

Isbani? —Una periodista, muy joven, disfrazada de cíngara, que sobre el vaporoso vestido morado llevaba una camiseta con la clásica foto del Che Guevara con una roja luna creciente en lugar de la estrella en la boina, le acercó su teléfono móvil—. ¿Os abstendríais para evitar que los y las fascistas puedan gobernar?

—Señorita, ¿le importa no grabar? Hemos dicho que era una conversación *off the record*... —El diputado Bayo se dirigió a la joven con la misma expresión desconcertada con que habría contestado a una iguana que le hablase.

Acostumbrado a que lo rodearan periodistas, a charlar informalmente con ellos, no se percató de que el círculo se había ampliado, de que no estaba sólo con los veteranos corresponsales en el Congreso, con los de toda la vida. Unos cuantos periodistas novatos, con zapatillas y despeinados, le miraban con desconsideración. También llamaban la atención dos chicos muy altos, peinados con gomina, con ternos azul marino y corbatas negras, situados un paso por detrás del conjunto y que habían tomado nota de sus palabras con una sonrisa.

—Disculpa, Moncho —terció Leo Pérez con aires de jefe de pista de circo del corrillo y dejando notar ante sus colegas que se permitía la confianza de llamar Moncho al portavoz de la derecha—, es que, por lo visto, en las facultades de periodismo ya no enseñan a trabajar. Ni tampoco respeto a quienes conocen el oficio... Además, como ahora tener un perfil en Twitter ya se considera tener un medio de comunicación, pues aquí se acredita a cualquiera.

—No te preocupes, Leo. —Ante Leo, Ramón se notaba incómodo; no sabía si estaba o no al tanto de la relación íntima que mantenía con su teórica exmujer y, a veces, le venían celos retrospectivos por el tiempo que estuvo casado con Marga, no se los quería imaginar pasándolo bien juntos..., ¿sería Leo el autor de la foto nadando desnuda del despacho de Marga?—. Yo le preguntaría a esta joven compañera tuya si querría que los democristianos nos abstuviésemos para que los islamistas la obliguen a llevar velo.

—Perdone, señor, llevar velo es una opción igual de digna que no llevarlo. —Otra periodista a la que no conocía de antes se hizo visible cubierta con su hiyab—. Sepa usted que el burka ha salvado a muchas mujeres pobres de contagiarse de la peste madrileña que los políticos provocaron.

—¿Cómo te llamas? —Ramón dio una última chupada al Marlboro, tiró la colilla al suelo y la pisó.

—Antes me llamaba Maricarmen, pero ahora me llamo Aisha por mi propia elección.

—Pues, mira, Aisha, la respuesta es no. Con el voto o la abstención de nuestros diputados ni va a ser presidente el musulmán

ni se le va a imponer el burka a ninguna mujer. Y repito: tampoco haremos presidente al señor Cuervo. No habrá Gobierno vengativo, les doy mi palabra.

—¿Está seguro, don Ramón? —Uno de los chicos trajeados y peinados con gomina del fondo estiró la cabeza sin dejar de sonreír—. ¿De verdad está seguro de que no van a apoyar a un Gobierno vengativo, justiciero y de derechas sin complejos? Si yo fuera usted, no lo estaría tanto.

—Tú sabrás de qué te ríes, pero yo estoy segurísimo. Tan seguro como que es de día y que luce el sol. —Ramón se había puesto muy serio, perdió la comodidad con que había comenzado aquel corrillo—. Antes muerto...

Dejó sin acabar esa frase y utilizando palabras amables, aunque descaradamente faltas de naturalidad, se despidió de la concurrencia. Luego, con porte circunspecto, fue saliendo del círculo de informadores que de manera espontánea había surgido en torno a sus posibles confidencias hasta que llegó a los escalones que conducen al edificio Ampliación I y los subió. Dando grandes zancadas cruzó entonces una puerta acristalada, pasó con indiferencia bajo el arco detector de metales y ya no oyó a Leo preguntar:

—Caramba... Una última cosa, Moncho..., ¿qué piensas de la desaparición de Paco? —La frase se perdió en el aire.

Siguió deprisa y se adentró por el pasillo camino del pasadizo subterráneo de la galería de retratos de reyes godos y medievales que, a través del subsuelo de la Carrera de San Jerónimo, conduce al edificio Ampliación IV, donde estaba su despacho.

Se acercaban días en los que habría que elegir entre la tentación del poder y los valores del partido. Ramón acababa de marcar una posición muy clara ante la prensa, pero no las tenía todas consigo respecto a cómo iban a reaccionar sus compañeros de dirección en el PP, aunque quería confiar en ellos. Sí, quería confiar en que sus amigos tampoco cambiarían jamás principios por ministerios.

Sonó el móvil. Era Prudencio Ibarrondo, el presidente nacional del PP, su jefe.

—Dime, presidente.

—Moncho, estamos reunidos y queremos verte.

—¿Quiénes estáis reunidos?

—Unos cuantos que mandan; algunos son amigos y otros no tanto. ¿Andas por el Congreso?

—Sí.

—¿Puedes venir a la Sala Lázaro de Dou?

—¿Para qué, Pruden?

—Queremos hablar contigo. Necesitamos tu opinión.

—Está bien, subo y a ver a quién me encuentro ahí.

A estas alturas del año ya se habían retirado todas las alfombras del Congreso, los diez mil metros cuadrados de alfombras, y el pisar, ya fuera sobre mármol reluciente o lustroso parqué, resultaba tan refrescante como si se paseara descalzo por la orilla del mar. El suelo desvestido del Congreso en primavera y verano enfría, da ganas de andarlo con chanclas.

Cuando quitan las alfombras es como si el Congreso se pusiera de manga corta.

El diputado Bayo cambió entonces el destino de su ruta, dejó atrás la entrada al subterráneo de los reyes godos y fue a coger un ascensor de los del final del corredor. Andaba pensativo, intentaba anticipar a qué tipo de extraña reunión había sido convocado ahora por su presidente.

Sin que lo llamara, se abrieron las puertas del ascensor y entró.

También sin que llegara a apretar ningún botón, se cerraron las puertas y el ascensor empezó a subir. Sorprendentemente no hacía ningún ruido. El ascensor iba con el motor parado, sin corriente eléctrica, sin impulso aparente, pero iba.

Una mosca verde distrajo su atención al volar tan cerca de su oído que le pareció que la tenía dentro de la cabeza. Unos segundos y un par de pisos más tarde, al abrirse las puertas de nuevo, esperaba encontrarse con quien hubiera llamado al ascensor, pero no había nadie.

Saltó fuera de ese elevador que funcionaba sin electricidad, como si con ese saltito se fuera a salvar de precipitarse a un abismo, y le incomodó descubrirse en una de las plantas de los socialistas.

Los diputados se sienten intrusos al adentrarse en el área de despachos de otros grupos políticos diferentes al propio. Temen que, al verlos pasar, alguien vaya a considerarlos espías, cuando suele suceder lo contrario. Los parlamentarios en mangas de camisa y con el nudo de la corbata aflojado, cómodos en su zona de confort administrativo, siempre se llevan una agradable sorpresa al cruzarse con un rival despistado e indefenso merodeando por oficinas que no son las suyas.

No obstante, dado que el ascensor que había cogido no funcionaba bien, que parecía elegir por sí mismo el destino de sus ocupantes, que subía y bajaba con el motor parado y que, además, había un tábano dentro, decidió atravesar la fila de despachos del Grupo Socialista y utilizar las escaleras o los ascensores de la otra punta del pasillo, que también podían dejarle en la planta de la Sala Lázaro de Dou, donde le esperaban Pruden y no sabía quién más.

Transitando por ese corredor de mudos despachos progresistas cerrados como quien camina entre dos filas de panteones y cipreses en una pesadilla, sin saber cómo, se dio cuenta de que había llegado

frente al de Paco Arroyo. Una placa dorada junto a la puerta lo confirmaba:

Grupo Parlamentario Socialista
Francisco Arroyo Herranz

¿Qué inexplicable casualidad lo conducía allí? ¿En qué misterioso enredo andaría Paco? ¿Dónde se habría metido?

Extrañamente, tratándose de la mañana del martes posterior a las elecciones, un pesado silencio llenaba aquel pasillo de los socialistas. Cuanto a esas horas debería ser bullicio resultaba soledad. Ni siquiera el mal resultado electoral justificaba aquella deserción universal. Era un mutismo tan sólido que ralentizaba los movimientos de Ramón igual que los de un astronauta en la luna.

«Así de sordo debe de resonar el silencio del escenario de un crimen entre que se va el asesino y llega quien descubre el cadáver, cuando el muerto se queda del todo solo», comentó Ramón para sus adentros.

Arroyo no pasaba de ser un conocido para Ramón, con Marga tenía más amistad. Sí, Palillo le profesaba cierta simpatía, entre ellos existía alguna confianza mutua. Ella lo veía retraído, postergado entre sus compañeros, y sentía lástima por él. Aquellas camisas blancas o moraditas, abrochadas hasta el cuello y sin corbata que solía llevar, excitaban en Marga la piedad y la vocación maternal. Sin embargo, Ramón consideraba que Arroyo era un diputado irrelevante y por tanto de familiaridad innecesaria. Lo trataba, claro, ¿quién no en el Congreso?, pero nunca intimaron.

Francisco Arroyo, diputado del PSOE por Teruel desde mucho antes del Gran Catarro Madrileño, desaborido, meapilas y murmurador, había cambiado mucho en los últimos tiempos. Después de una carrera política resultando un bulto para cualquiera que no militase en la corriente de izquierdas Cristianos por el Socialismo, recientemente se le había visto avanzar con fuerza en el panorama político nacional, subir a la tribuna para debatir con gran energía sobre asuntos de rabiosa actualidad y ganar muchos adeptos, incluso entre aquellos compañeros de partido que antes lo despreciaban, que se burlaban de su timidez y que le habían puesto de sobrenombre el Monaguillo por sus maneras cursis de propagandista católico de parroquia obrera.

Últimamente se le notaba poseído por un espíritu original y furioso. Su repentina transformación se produjo hacia la ferocidad. Él explicaba que aquella metamorfosis de su personalidad se inició una tarde, después de orinar en el cuarto de baño que hay detrás del hemiciclo, cuando se le apareció un ángel en el espejo y le pidió

permiso para entrar, pero todo el mundo tomaba esa historia por una broma de curita.

También se le empezó a percibir descolorido, como asustado por su renovada energía, aunque no extrañó a nadie semejante palidez, dado que siempre fue suya la anemia característica de los cirios del Cristo de la Buena Muerte, de las manos de beata y de las barrigas desnudas al desvestirse, vestirse y revestirse los celebrantes en la sacristía.

Y el Madrid bien informado, de la noche a la mañana, se lanzó a mencionarlo como posible próximo ministro. De forma inopinada, entró en ese selecto club de diputados a los que la expectativa de poder transforma en apuestos, simpáticos e intelectuales, comúnmente conocido como el de los «ministrables». Antes de desaparecer, el nuevo Paco Arroyo se había vuelto ministrable.

A Ramón siempre le pareció que el Monaguillo gastaba zapatos de vendedor de enciclopedias a domicilio, zapatos incompatibles con el aplomo que exige el poder. Y ni siquiera cuando al final pareció cobrar superpoderes políticos se lo tomó en serio, por los zapatos.

Tentó la manija y la puerta se abrió. No supo resistirse a entrar. La curiosidad ha matado a más humanos que a gatos.

Le extrañó el hedor que aguardaba instalado en la atmósfera del despacho. Silencio y pestilencia a partes iguales.

—Un cochino este Arroyo —murmuró.

Se sentó en el sillón de despacho y trató de imaginar qué pudo estar haciendo el Monaguillo la noche de las elecciones en el Congreso y por qué no volvió a salir de allí. El cuero del reposabrazos le parecía pringoso, sudado. También el respaldo daba la impresión de quedarse pegado a su americana.

Sobre la mesa, frente a él, se encontró con un expediente titulado *Informe espantoso sobre tábanos, ratas y crímenes en la Casa*, que además llevaba un cuño de «SECRETO» en rojo.

—Pero... ¿qué memez «espantosa» tenemos aquí? ¿Un «informe secreto»? ¿El Monaguillo leyó esto antes de desaparecer? Ramón, no te fíes de las damas con apellido compuesto ni de los cristianos que no beben vino... Menudo pajarraco este Monaguillo... —Oírse hablar le infundía seguridad y le hacía sentirse menos intruso.

La portada del *Informe espantoso* tenía dos goterones. Uno, pardo, era claramente sangre seca. El otro, de un color verdoso no identificable, podría responder a cualquier jugo gástrico u otra sustancia biológica. Ramón pensó que alguien habría estado aplastando moscardones con ese expediente.

Olía a mierda.

En efecto, se podían ver moscas gordas volando como si aquel despacho fuera un establo sin limpiar.

Todo estaba en su sitio. Faltaba, eso sí, el crucifijo que cabía esperar del Monaguillo, pero nada más. Si no fuera por el nombre de la placa de la entrada, sería imposible adivinar quién trabajaba ahí. Era como el despacho de cualquiera.

Empezó a leer el primer folio del *Informe espantoso* en voz alta, casi a recitarlo:

—«Se dice que Satanás siempre ha tenido su propio escaño en el Parlamento español...».

Como si hubiera invocado a un espíritu, sintió entonces un soplo en la nuca, no el soplo de una respiración, sino el del movimiento de un vestido o una capa. Se quedó helado, pero no se volvió.

En este instante tuvo la certeza de que alguien a quien no podía ver también había entrado en el despacho. Alguien sin forma corpórea, una sombra, un aire muy oscuro, casi negro.

Alguien que no respiraba.

Le pareció una ocurrencia ridícula y, sin embargo, verosímil.

¿Verosímil? Pero ¿qué carajo le estaba sucediendo? A él, que presumía de ejercer de charro, áspero, aunque sincero, que enterró en Béjar a sus padres arañando la tierra con las uñas y sin soltar una lágrima, por cuyas venas circulaba sangre de antepasados endurecidos por siglos de hambre y trabajo a pleno sol, campesinos descreídos y burlones, a él, precisamente a Ramón Bayo, ¿iba a darle miedo un espíritu? Nada más lejos de su rudeza castellana que ver fantasmas, y mucho menos tomárselos en serio.

Tonterías.

De un manotazo chafó una mosca contra la mesa dejando una brillante mancha de sangre.

—La leche, reacciona, Monchito, macho, que tú nunca has creído en santos ni en aparecidos, y lárgate ya de este despacho asqueroso —casi se gritaba.

Ajustó el nudo de su corbata buscando darse confianza. Recobró su temple y se quedó un poco más para demostrase que a él no se le asustaba tan fácilmente.

La fetidez del ambiente se iba haciendo insoportable.

—Apesta como si me hubiera cagado encima. Hiede a vísceras de cadáver en descomposición... A lo mejor el Monaguillo está muerto dentro del armario... —bromeó el diputado para animarse.

Sonó su móvil. Comprobó que era su presidente. Le colgó.

¿Estaba el aire acondicionado encendido? Ahora tenía frío. Tiritaba.

Se había metido en una tumba.

Entonces inclinó la mirada y, debajo de la mesa auxiliar en que reposaba la impresora, cerca de sus pies, le pareció descubrir un objeto pequeño, blanco, marfilino, perdido en una de esas esquinas

que nunca se barren. No podía distinguir bien qué era aquello cuya blancura destacaba entre los cables que se cruzaban en la sombra proyectada por la mesa. Adyacente a un ladrón al que estaban enchufados diversos aparatos de la oficina, próximo a uno de los mocasines del diputado Bayo, había... No, no parecía posible, pero lo tenía ante sus ojos. No..., pero sí...

Extraviado, inopinado, próximo a la papelera, descubrió... ¿Era...? Sí, lo era... Descubrió un diente humano.

Recogió el diente haciendo pinza con el índice y el pulgar, henchido de repugnancia.

Al observarlo de cerca, le dio la impresión de que estaba roto y de que conservaba restos de encía, si no de tejidos nerviosos adheridos a la raíz, como si hubiera sido arrancado con violencia.

—No es normal encontrarse un diente por ahí, esto ya sí que sí... —reconoció con inquietud.

Se incrementó la hediondez hasta volverse inaguantable.

Y otra vez el vuelo de un vestido a su espalda. Definitivamente, no estaba solo. No había nadie más allí, la leche que le dieron..., pero no estaba solo... Lo notaba... Lo sabía... Para Ramón Bayo, que era un tipo pétreo y escéptico, aquella era una sensación turbadora.

Angustiado, seguramente influido por el ambiente, sí, también bajo una fuerte sugestión, vale, pero a decir verdad aterrorizado, su corazón se aceleró, le daba saltos dentro del esternón como una trucha recién sacada del Tormes al caer en la cesta del pescador. Sucesivos escalofríos lo recorrían de los hombros a la cadera. Temblaba igual que si estuviera en la calle desnudo en invierno.

—Macho, tienes que largarte de aquí a toda leche.

Se guardó aquel diente en el bolsillo de la americana, cogió el *Informe espantoso sobre tábanos, ratas y crímenes en la Casa* para leerlo más tarde con tranquilidad y salió disparado. Ni siquiera le retuvo el qué dirían si lo vieran alarmado corriendo por el Congreso.

Volvió a oír su móvil y esta vez sí descolgó. El teléfono sonaba como el despertador que disipa un mal sueño. Respondió al tiempo que abría la puerta del despacho de Arroyo.

—Justo a tiempo, Pruden.

—¿Qué dices?

—Nada. Que estoy llegando, presidente. Discúlpame, se ha estropeado el ascensor.

—Madre mía..., date prisa, Ramón, que esto es importante.

—Lo supongo... Ya voy... Ya voy...

Y alcanzó de nuevo el silencio macizo del pasillo como el náufrago que por fin se agarra a un tablón. Se abrochó la americana para abrazarse a su corbata.

Regresó a la realidad.

Diez

—¿Rodamundo?

—Rodamundo, sí.

—Vaya nombrecito tan poco científico...

Leo Pérez vació el sobre de azúcar en su café con leche y luego cogió el de la taza de su joven colega.

—¿Puedo?

—Claro que puedes. Pero, no vas a tener café para tanto azúcar, tío. Así no te quitarás la barriguita y no te comerás un rosco en tu vida.

—Lola, Lolita..., ¿quién te ha dicho que este viejo roquero quiera comerse ningún rosco más? El azúcar es el único vicio que me queda.

—Ya... El azúcar, y el tabaco, y las cervecitas, y el mus...

—Bueno, el tabaco, las cañas y el mus no cuentan. Digamos que constituyen mi entorno laboral. Forman parte de la vida social de Madrid y sobre todo de mi estilo de investigación periodística. Las confidencias más suculentas de los políticos son las que se les escapan en la barra de un bar, en la sobremesa de un comedor privado o jugando a las cartas.

—El viejo estilo insano de los gacetilleros de la Transición, ¿no?

—Correcto, querida. Nada que ver con esta prisa por pregonarlo todo en Twitter que tenéis los nuevos. Así no hay quien os cuente un secreto.

—Es que ya nadie guarda secretos, Leo. Los secretos ahora son como los muebles de tu abuela, si no los vendes en Wallapop no te sirven para nada.

Tras el corrillo con Ramón Bayo, Leo se había encontrado con Lola Plantagenet, una compañera de la agencia EFE con pocos años de ejercicio, asignada como él a la sección de Nacional, que volvía de cubrir una rueda de prensa en el Ministerio de Sanidad.

—¿Cómo ha ido eso? —le preguntó al verla.

—Todo un poco marciano, tío. Si me invitas a un café, te lo cuento antes de ponerme a escribir la nota.

—Vamos, vamos... Por aquí no hay novedades.

Subieron al bar del Congreso.

Dentro del Parlamento hay tres cafeterías: una detrás del hemiciclo para uso exclusivo de los diputados mientras se celebra una sesión, otra en la antigua sede del Banco Exterior, que incluye un

autoservicio y una terraza abierta a partir de primavera, y, por fin, la de la planta tres del edificio Ampliación I con su restaurante. Esta última, sólo esta última, luminosa, tubular y pasada de moda, atendida por camareros con chaqueta blanca, es la que se conoce como el bar del Congreso.

También cabría mencionar Casa Manolo, fundada como Casa Isaac en 1896. Aunque esta taberna castiza se sitúe fuera del complejo parlamentario, en la calle Jovellanos, frente al teatro de la Zarzuela, por su proximidad al Congreso y por su historia forma parte sentimental del palacio. Sentados a sus mesas, frente a una ración de croquetas, calamares o callos a la madrileña, desde el siglo XIX, nuestros padres de la patria lo mismo han conspirado contra el Gobierno de turno que han planeado asesinatos, malversaciones o cambios de régimen.

A los votantes les sorprendería comprobar cuán amigos se hacen en el bar del Congreso o en Casa Manolo muchos políticos cuyos discursos en la Cámara parecen irreconciliables, que incluso se insultan en público. Terminada la función, cuando se apagan los focos del debate, despojados de su personaje, como actores desmaquillándose en el camerino, unos y otros intercambian bromas y confidencias compartiendo vinos. En algún sentido, el Parlamento es una compañía teatral que representa siempre la misma gran tragedia del mundo, aunque regularmente actualice diálogos, lenguaje y vestuario. Por eso, el bar del Congreso tiene la animación y el gusto por la charla de un bar de teatro.

—Bacteria rodamundo, pues... —Leo miró a Lola por encima de la taza de café con leche a la que estaba dando sorbitos.

—Sí, tío. Por lo que nos ha dicho el ministro, una vez completado el genoma del bacilo causante del Gran Catarro Madrileño, lo han estado comparando con otras epidemias históricas, tal y como sugirió la Universidad McMaster de Canadá, y no es que parezca un patógeno «compatible con otros muy antiguos» —con el índice y el corazón de ambas manos marcó unas comillas en el aire—, como apuntaban aquellos científicos canadienses, no, no..., es que verdaderamente lo es. Y tiene nombre y apellidos. Se llama peste atlántica. Y desde hoy: la peste del rodamundo.

—Explícamelo bien, Lolita. Soy todo oídos.

—Mira, tío. La llamada peste atlántica recorrió España de norte a sur y vuelta en tiempos de Felipe II. Se calcula que se llevó por delante al veinte por ciento de la población, y en Madrid, donde se cebó especialmente... —consultó las notas de su libreta azul con el logotipo de EFE—, en Madrid a casi al cuarenta por ciento en 1599. La peste desembarcó de un mercante que venía de Flandes cargado de telas llenas de pulgas infectadas y que amarró en el puerto de

Santander en noviembre de 1596. Al parecer toda la tripulación estaba enferma, menos el capitán. El capitán, no. Los marineros fueron alojados en las casas de los vecinos y de esta manera tan tonta la peste se expandió por todas partes. Se la llamó atlántica por haber llegado por ese mar.

—Ya, ¿y qué?

—Pues, ¿no te lo estoy diciendo? Que el Gran Catarro es la peste atlántica evolucionada a peste neumónica... El mismo, el mismísimo bicho, la mismita enfermedad... Que lo han descubierto, hostias. —Lola se sirvió agua y dio un trago.

—Y Rodamundo, ¿quién es? ¿El capitán que no se infectó? —Entre escéptico y aburrido, Leo no terminaba de verle el interés a la información.

—No, no... El capitán era... —volvió a consultar sus notas—, era..., un tal Rutinel o Rutifel, no sé si lo he oído bien. Ya sabes que el ministro de Sanidad habla raro.

—Ministro de Sanidad en funciones...

—En funciones, sí. Qué pejiguero eres, tío. Ya sé que no tenemos Gobierno y que no se sabe si lo volveremos a tener alguna vez y tal.

—Sigue, por favor. ¿Qué significa rodamundo?

—*Rodamundo* era el barco que trajo la peste. El bacilo del Gran Catarro es el mismo que el de la peste atlántica, conque lo han bautizado como «el bacilo rodamundo», en recuerdo de aquel barco.

—¿Y cómo se supone que ha llegado este tal bacilo rodamundo hasta nosotros? ¿Congelado? —ironizó Leo a su estilo, sin conseguir ser irónico.

—No. Dentro de un vector, dentro de un cuerpo vivo. Es la única posibilidad.

—No me jodas, Lolita, ¿un cuerpo que vive cuatrocientos años?

—Correcto, tío. Eso ha dicho el ministro —Lola inclinó la cabeza hacia adelante como un mago al decir: *«Voilá!»*.

—Eso es imposible...

—Tal cual.

—¿Y qué cuerpo es ese?

—Pues no tienen ni puta idea... Y ahora dime cómo escribo yo todo esto en una nota.

Lola Plantagenet tenía forma de punta de flecha clavada en el suelo, cuerpo atlético, de nadadora, masculina hasta el punto de parecer físicamente mayor de lo que era. Su pelo moreno, sin embargo, muy cortito y peinado con raya a la izquierda, sí resaltaba sus veintitantos años y le terminaba de poner cara de chico. De chico muy guapo, por cierto, porque ella era muy guapa.

Los ojos de Lola eran dos puntos azules como dos cabezas de alfiler azul que llevase clavados bajo las cejas, y se le encendían al

hablar. Disfrutaba de sonrisa fácil, dientes muy blancos y algunas pecas rubias en las mejillas. Gesticulaba constantemente, aunque eso no le restaba profesionalidad periodística; al contrario, gesticular le permitía transmitir franqueza, acortar distancias con sus fuentes y, por supuesto, captar la atención de sus jefes.

Igual que Leo, jamás se cansaba de trabajar. Pero con chispa; a Lola le sobraba talento y a Leo no.

Aquella mañana llevaba un peto vaquero y una camiseta blanca debajo. Por las mangas anchas de la camiseta se asomaban los laterales de un sujetador deportivo gris sin costuras, y por el bolsillo frontal del peto las anillas de la libreta azul y un par de bolígrafos.

A Leo se le fue por un segundo el santo al cielo al exponerle Lola las palmas de sus manos abiertas y sonreír, alzando la vista al techo, preguntándose: «Y ahora dime cómo escribo yo todo esto en una nota».

La habría abrazado.

Leo era una de esas personas que cuando quieren sonreír les sale una mueca triste.

Con su cabeza de huevo cruzada por un tachón oscuro de cejas sin arreglar que le anulaban cualquier expresividad en los ojos, con su boca de salmonete, pequeña y retraída, con su papada de pavo, aparentemente sin mover un músculo del rostro, Leo se desveló a sí mismo: «Yo me podría enamorar de esta niña».

Pero el trabajo era lo primero.

Iba a interesarse por si Lola había llamado a todos sus contactos políticos para saber si alguno tenía ya una primera encuesta sobre la coalición de Gobierno que preferían los españoles, porque eso sí era última hora y no la majadería esa del barco *Rodamundo*, cuando una voz cascada lo sacó de su ensimismamiento.

—¿Qué pasa, troncos? ¿Se convida por aquí a un cafelito?

—Caramba, George, menudo susto. ¿Los de Ele-Ele tenéis alguna encuesta nueva?

—¿Los de Ele-Ele? Ele-Ele ya no hace encuestas, Leo, se ha quedado sin pasta... Y, además, ¿no es un poco pronto para encuestas?

—Yo te invito, tío, que mi jefe es un pelma. Cafelito y cruasán a la plancha, si quieres... —Lola le hizo sitio en la barra.

—Gracias, chica. Lo del cruasán a la plancha es mi perdición. Si además me dejasen luego fumar..., la gloria.

—Pues, venga, no se hable más... ¡Santos, un café y un cruasán plancha para George!

—El café, corto de café, Santos, por favor.

Por toda respuesta Santos gritó: «¡Marchando!», y aprovechó la oportunidad para separarse de dos individuos cobrizos, con traje gris y camisa blanca sin corbata que, mientras consumían una infusión, le

estaban advirtiendo de que tendría que dejar de vender alcohol, incluida la cerveza, y apartar el jamón de la barra en cuanto el imán Haidar al Isbani llegara al Congreso.

—Se trata de un clérigo y se le debe respeto —le explicaban con palabras amables—. Tendrán ustedes que adaptarse a la nueva normalidad de convivir con otras religiones sin ofender.

Repartidos por las mesas del bar, diputados, periodistas, letrados, ujieres y visitas se confundían igual que sus conversaciones, sus chismes y sus confidencias. Sin reparar en el partido al que cada uno pudiera pertenecer, los políticos compartían churros, porras y pinchos de tortilla. Contemplando aquella cotidianeidad, aquel ambiente de cafetería de plaza mayor de pueblo después de una mañana de mercadillo, nadie diría que se hallaban entre bastidores del cuadrilátero del boxeo ideológico nacional, ni que se avecinaba una tormenta de miedo, desconcierto y dolor.

—Oye, George, me estaba contando Lola lo del bacilo rodamundo ese. —Leo retomó la charla con cachondeo—. Es increíble que el bicho haya sobrevivido cuatrocientos años en un cuerpo vivo, ¿en qué cuerpo habrá sido? ¿En el tuyo? Tú tienes esa edad, ¿no?

—Eres un capullo, Leo. No te digo dónde he llevado al bacilo columpiándose todos estos años porque hay una señorita delante. —A Lola le satisfizo el cumplido.

—Mañana se va a liar parda con este descubrimiento —dijo ella poseída por el entusiasmo.

—No creo que sea para tanto, caramba. Por lo que has contado, hablamos de parapsicología, no de actualidad política. —Leo quiso desinflar el juvenil entusiasmo de Lola por las noticias extraordinarias sin hacerle daño.

—Leo tiene razón, Lola. No te engañes. No quiero decepcionarte, chica, pero no. Lo del bacilo rodamundo irá pequeño y junto a los reportajes científicos, y eso sólo en los pocos medios que todavía dedican algo de atención a las ciencias. —George se mostró menos drástico que Leo con la joven periodista.

—Pues a mí me parece un tema misterioso y que llama la atención. —Lola arqueó las cejas y abrió los brazos dando a entender que le resultaba inaudito que despertase tan poco interés una revelación tan fascinante.

—Lo que mañana lo va a petar, y que ya lo está petando en Twitter y en las radios, es lo del moro.

—¿Haidar al Isbani? ¿Qué ha dicho?, ¿qué ha hecho? No estamos al tanto, tío. —Lola estiró el brazo por delante de Leo para coger el cruasán a la plancha que ofrecía Santos y lo plantó en la barra, delante de George—. Cuéntanos...

—¿De verdad no sabéis nada?

—De verdad.

—Uf, uf, uf... Me pongo nervioso. —George se quitó las gafas de farmacia—. Pues resulta que el imán ha pronunciado un sermón, o como se llame eso en el lenguaje de los musulmanes, en una mezquita radicalizada de Lavapiés, una que, por lo visto, está en un sótano y que es medio clandestina. Bueno, medio clandestina será, pero allí estaba convocada toda la prensa; sólo hombres, por supuesto. A mí me lo ha contado Melquiades, de *Libertad Digital*. —Se puso las gafas de nuevo—. El imán ha dicho que está negociando que se forme un Gobierno progresista apoyado por su Pacto del Arcoíris, que renuncia a la presidencia, que, en todo caso, aceptaría para su Dime España un Ministerio de las Religiones y nada más, pero que, desde luego, exige que se suprima el de Igualdad. Busca ser como los nacionalistas y condicionar el Gobierno sin comprometerse del todo.

—¿Nos van a obligar a llevar velo? —le interrumpió Lola.

—Ha dicho que será voluntario, que no impone el velo, sino la libertad de llevarlo.

—Ya..., ¿y qué más? —La pregunta de Lola era retórica, pero George se quitó las gafas otra vez, las dejó sobre la barra y respondió.

—Pone..., uf, uf, uf..., pone seis o siete condiciones. A saber: que se descolonicen Ceuta, Melilla y Canarias, que se devuelvan a los musulmanes la mezquita de Córdoba y la Alhambra para montar allí una universidad islámica —iba contando con los dedos—, que se conceda amnistía a todos los presos islamistas sin delitos de sangre, que se prohíba la publicidad del vino, la cerveza y el jamón ibérico, que se proscriban las fiestas de moros y cristianos porque consolidan la idea de que el moro es el enemigo, y..., déjame ver..., no me viene..., y una o dos más que no me acuerdo. Una locura. Vamos, digo yo.

—¿Tiene apoyos?

—Pues mira, Leo, me acojonan dos cosas. La primera, que puede que sí. De hecho, los independentistas ya han salido a decir que están abiertos a negociar con el imán. Total, si quieren sacar a sus respectivos pueblecitos de España, qué les importa que la cosa empiece por Ceuta, Melilla o Canarias. Lo mismo los de Podemos, que además ya están en el Arcoíris. Queda por tanto el PSOE. No se sabe qué harán los socialistas, claro..., pero da por seguro que no están por hacer manitas con la derechona y que, si les ofrecen la presidencia, pues todo se podrá dialogar, ¿no? Los sociatas son la clave de este embrollo. Y después, me acojona también la posibilidad contraria —volvió a ponerse las gafas para darse importancia al mirar a sus interlocutores—, que por miedo al imán crezca en el PP, en los míos de Ele-Ele y en los restos de Vox la tentación de echarse a ojos cerrados en brazos del Cuervo de los de Escarmiento. Bueno, los de

Vox ya están pidiendo limosna ante su puerta.

—¿Depende sólo de lo que decidan los socialistas?

—Seamos claros, depende de que el PP, el PSOE y Ele-Ele se pongan de acuerdo entre ellos de una puta vez. —George fue categórico.

—Entonces estamos perdidos, porque eso no va a pasar. —Leo achinó los ojos con pena.

—George, tío, te has puesto perdido de migas de cruasán. Tienes migas hasta en las gafas. Hazte así...

Lola se chupó un dedo y se lo pasó por las comisuras de sus propios labios con mucha naturalidad. El jefe de prensa de los liberales imitó el gesto.

—Así, muy bien.

A Leo le debió de parecer un momento sexi porque quiso sonreír, aunque puso cara de haberse pisado un pie. Luego Lola le dio un par de suaves manotazos a George sobre el pecho para quitarle las migas de cruasán que se le habían quedado en las solapas, le cogió sus gafas de farmacia, sopló los cristales, las miró al contraluz y se las volvió a poner.

—Caramba, Plantagenet, eso nunca me lo haces a mí.

—Qué capullo... Tú eres mi jefe y no es lo mismo... Oye, George, ¿qué tal con tu nueva portavoz?

—Bien, bien... Para mí, fenomenal. Es muy amiga mía... Aunque me temo que no durará mucho. El Principito y los Pajes la han puesto para que les caliente la silla y se queme mientras ellos hacen como que se van, pero vuelven.

—Marga es muy lista, no lo consentirá. —A Leo se le humedecieron los ojos de puro orgullo—. Parece una mosquita muerta, pero tiene ambición y es resistente. Lo resiste todo... Sobreviviría a una bomba nuclear.

—Muy a favor, muy a favor... Yo tengo debilidad absoluta por Saavedra —también Lola se entusiasmaba elogiando a Marga—, además de verla inteligente y moderada, es que me encanta su estilo vaporoso de ser y de vestir, el desmayo con que habla desde la tribuna... Chicos, ¿y es verdad que se cepilla al antiguo de Bayo? Dad detalles...

Leo la miró alucinado.

—Lolita, coño... —George le guiñó un ojo.

—¿Qué?

—Que Marga es mi mujer. —A Leo no le circulaba la sangre y se le notaba por el color desmejorado que de repente había adquirido—. Mi exmujer, en realidad, pero aún estamos casados.

—Hostias, perdón. —Lola se tapó la boca con la mano—. ¡Esa información no está en Wikipedia! Tío, perdón, perdón, perdón... Es lo

que cuentan todos los colegas. No tenía ni puta idea. Perdón... Hostias, es lo que dice todo el mundo...

—Pues yo seré, como siempre, el último que se entere... Si es verdad, lo siento por ella. Se merece alguien que al menos no esté casado. —Esta vez la sonrisa de Leo era intencionadamente triste.

—Ella es la mejor. Necesito fumar. —George se tocaba los bolsillos deseando que uno de sus tres móviles estuviera vibrando para justificar una salida al callejón de Floridablanca.

—Sí —asintió Leo.

—Y la que está más buena, lo siento, Leo —volvió a excusarse Lola.

A los políticos nos gusta imaginar que los periodistas hablan así de bien de nosotros cuando no estamos presentes, aunque me temo que eso nunca ocurre.

¿Qué estarán pensando y diciendo de mí ahora que para ellos he muerto?

Once

Fue el viejo Moncayo quien me lo dijo:

—Escuche, señoría Saavedra, es muy fácil; si la enterraron viva estará muerta, como la enterraron muerta es obvio que sigue viva.

Entonces no resultaba tan obvio, pero ahora sí. Ahora ya lo entiendo todo. La enterraron muerta y, por lo tanto..., seguía viva.

Las frases del viejo Moncayo me vuelven una y otra vez al pensamiento. Si no hubiera sido por su sabiduría nadie habría sobrevivido. Sí, la sabiduría es el arma con que el ser humano domina la naturaleza, y la naturaleza se defiende enarbolando contra la sabiduría a su contrario: el miedo.

Tengo miedo, por eso no soy sabia pese a todo lo que he vivido y pese a los horrendos hechos que me correspondió protagonizar. El terror nubla mi inteligencia.

Yo veía las moscas.

No digo que fuera la primera en verlas, tal vez fui de las últimas, pero las veía.

Esta noche, cuando el drama ya ha concluido y vuelvo la mirada atrás, las imagino galopando sobre ratas oscuras como tizones. Moscas plateadas o verdes a lomos de ratas negras y largas. En mis pesadillas las ratas de la peste son los portaviones carroñeros de las moscas de la carne. Pero no fue así, no. Ratas y moscas convivían, esto es cierto, aunque cada especie en su terreno; las ratas arrastrando el vientre por las alfombras del Congreso, sintiendo los pelillos y las turbamultas de ácaros de esas alfombras artesanales acariciarles la panza, y las moscas posadas en el peinado de mármol de los bustos, en las tortillas del bar, en el relieve del óleo de los retratos de los presidentes muertos o zumbando entre visillos.

Las moscas eran los ojos de la sombra única, al menos al principio, cuando la sombra de la perra alana española negra, pese a sus ojos de fuego, era prácticamente ciega.

Las ratas eran su animal de compañía, su exudación.

Ninguno de los asistentes reparó en la escuadrilla de moscas sarcofágidas que sobrevolaba la reunión y tampoco en la glutinosa sombra de más que se había introducido en la Sala Lázaro de Dou. Acostumbrados como estamos a combinar iluminación natural con

eléctrica en el interior de nuestras viviendas, ya no relacionamos sombra con luz, hemos olvidado que cada sombra en concreto responde a una luz en concreto, hemos perdido la capacidad de extrañarnos si ante nosotros se presenta una sombra libre de toda luz.

Sabiduría y miedo, luz y sombra, vida y muerte, el universo está formado por opuestos que se combaten, pero que ante la presencia de Satanás también pueden independizarse uno de otro.

Entre los políticos que aquella mañana se sentaban en la gran mesa ovalada de la Sala Lázaro de Dou del edificio Ampliación I del Congreso de los Diputados se introdujo la sombra única como si fuera un convocado más, y ninguno se dio cuenta de que una zona lóbrega, que no provenía del antagonismo con lámpara alguna, crecía, reptaba y se acomodaba al lado de sus zapatos de cordones, mocasines con hebillas y tobillos enfundados en calcetines de caballero de hilo de Escocia.

Los pies de los políticos se descalzaban, subían y bajaban compulsivamente respondiendo al tembleque de la pierna correspondiente, o se frotaban contra la pernera paralela para sacar brillo al calzado. Así es una negociación política vista desde debajo de la mesa.

La sombra de la perra, esa sombra única de la que hablo aquí, hirsuta en su textura, viscosa en su inmaterialidad, repugnante, descubrió la Lázaro de Dou siguiendo la dirección que tomaron los pasos de Ramón Bayo al salir del despacho vacío de Francisco Arroyo Herranz, diputado de los socialistas.

Y le precedió en la reunión.

—Qué mal iluminado está esto —dijo entonces alguien.

—Y ahora, además, huele fatal —respondió otro.

—Yo tengo frío en los pies —añadió el tuerto que, aunque estaba sentado, llevaba las manos en los bolsillos.

—Oye, aquí ni cenamos ni se muere padre. Pruden, ¿puedes mirar otra vez si Ramón viene ya?

—Madre mía..., voy a asomarme.

Prudencio Ibarrondo, presidente nacional del Partido Popular, por su aspecto físico sólo podía ser conservador, y lo era con derroche. Entrado en carnes, calvo, con ojos hinchados, enfebrecidos, y manazas de boxeador. Entre los gorilas no habría sido el macho fuerte que domina y dirige un clan familiar, sino ese otro segundón que alienta y facilita la agrupación circunstancial de los machos jóvenes expulsados y de los adultos de lomo plateado ya vencidos. Lucía una sortija de oro con escudo de armas en el meñique de la izquierda que lo acreditaba como miembro de alguna hermandad de antiguos alumnos o como director honorario de un internado para chicos descarriados; algo relacionado con niños, en todo caso.

Su vinculación a determinados colegios mayores católicos y su religiosidad eran parejas en contumacia y fama.

El presidente Ibarrondo, sigiloso, sacó primero la cabeza redonda al pasillo y después todo su cuerpo esférico. Y cerró la puerta sin volverse para que la reunión siguiera siendo secreta.

Sudaba como un cerdo.

—Pruden, estás sudando —le dijo Ramón, que llegaba en ese momento.

—Es que hace calor estos días y recientemente también se nota mucha tirantez en la Casa. Anda, Monchito, pasa, que están todos de los nervios.

—Un momento, presidente... Que pase a qué. ¿Quién me espera ahí?

—Ahora te lo contamos. Nos hemos sentado representantes del PP, de Ele-Ele y de una parte del PSOE con alguien con autoridad en Escarmiento.

—¿Baldomero Cuervo?

—No exactamente, pero casi.

—Macho, si estamos los tres del centro, ¿por qué no intentamos algo juntos y nos olvidamos del Cuervo y del moro?

—Porque no están todos los socialistas, ya te lo he dicho. Ahora lo entenderás... Venga, pasa. Aguardan por ti. Madre mía... —Abrió la puerta de la sala.

—¡Pruden, espera!

Pero ya era tarde, la puerta abierta descubría la mesa con tapete perimetral de cuero verde y sin esquinas que ocupa casi todo el espacio de la Sala Lázaro de Dou, en la que suelen sentarse los ponentes de los proyectos de ley para debatir durante horas y horas las enmiendas presentadas, a veces miles de enmiendas. Y, sentados a esa mesa ovalada, tres hombres muy serios.

Ramón Bayo se desabrochó el botón superior de la camisa y se aflojó el nudo de la corbata como si fuera a jugar al póker.

«Vamos al lío, Moncho, que tú eres casado, creyente, cazador y taurino», se dijo.

Y se decidió a entrar.

Aparte de las banderas de España y de la Unión Europea, y de un centro de flores blancas sobre la mesa, la Lázaro de Dou no mostraba otro adorno que una araña de cristales en el techo, semiesférica y chata, que alumbraba discretamente y producía pequeños reflejos de colores. Es una sala austera y sin cuadros históricos, probablemente pensada para que quienes la usan no se distraigan. Así que, entre que el ambiente no transmitía nada y que sólo estaban ocupadas tres de las veinte sillas tapizadas con el cuero verde del tapete de la mesa, el diputado Bayo accedió con parsimonia, igual que quien se presenta

para examen ante un tribunal de oposiciones.

Inmediatamente reconoció a dos de los personajes que esperaban sentados.

A la derecha, según miraba Ramón, tamborileando con impaciencia sobre un ejemplar del Reglamento del Congreso, don Paraíso de Gregorio, un progresista algo alejado de la dirección de su partido, expresidente de uno de los cortos Gobiernos tecnocráticos de la consabida crisis de la peste. Extremeño fino y serio, cercano a los setenta, con labios gruesos y tanto pelo como un adolescente, aunque blanco, muy blanco, y blancas también las cejas.

Y a la izquierda, Ciriaco Romasanta, el muchacho tuerto de don Aníbal, el chaval del parche en el ojo de los liberales; enjuto como un faquir, tostado como un faraón, impenetrable como un verdugo.

«Mejor un asesino a sueldo que un verdugo; después de todo, los verdugos son funcionarios públicos y muestran por tanto cierto aire de satisfacción en el rictus —pensó Ramón—. Pero..., ¿por qué está aquí Romasanta, el chico, y no Marga? ¿No habían dimitido el Principito y los Pajes? ¿No es Marga la nueva portavoz de Ele-Ele?».

Entonces reparó en uno que parecía un muerto. Ni lo conocía ni le sonaba de cara. Estaba sentado entre el expresidente don Paraíso de Gregorio y el tuerto Romasanta, a la cabecera de la mesa, en el puesto de mayor relevancia, con la mirada perdida en el vacío para mostrar su hastío y también que se habían sobrepasado con creces los límites de su paciencia. A Ramón le asombró que un tipo descolorido como un muerto, aderezado con camisa amarillenta, traje arrugado y corbata oscura igual que los muertos, la boca entreabierta y en los labios la misma mosca verde posada que se les posa en el labio inferior a los muertos, le hiciera un gesto con la mano para que se acercase.

—Buenos días, don Ramón. ¿Sería usted tan amable de tomar asiento entre nosotros? —preguntó el muerto aparente con un deje de fastidio que acentuó en el diputado Bayo la impresión de que iban a examinarle.

Ramón se sentó, dejó el *Informe espantoso* frente a él y puso las manos encima con intención de taparlo un poco, como mínimo el cuño rojo de «SECRETO».

—Buenos días. Aquí, todo pichas españolas, ¿eh? ¿No respetáis el equilibrio de género? —Ramón empezó sarcástico.

—Moncho, deja que te presente a Fausto Rancaño. Estás ante el eficiente jefe de gabinete de don Baldomero Cuervo —apuntó obsequioso Pruden, tendiendo las manos abiertas hacia el tipo con pinta de muerto y una mosca en el labio.

—Encantado. —Ramón se adornó con una generosa sonrisa falsa —. Y encantado de que esté vivo. Lo he visto a usted tan inmóvil y

desvaído que pensé que era un fiambre.

—Muy gracioso —dijo Ciriaco Romasanta por el colmillo izquierdo, sin mover los labios—. Empezamos bien.

—Señor Ibarrondo, ¿sería usted tan amable de explicar a su colega qué hacemos aquí y qué colaboración se espera de su patriotismo? —Fausto Rancaño se puso una gafa metálica con lentes de gota y cristales ligeramente coloreados de naranja muy pasada de moda.

—Di que sí, Ramón. Este es el momento de la política grande, de la política con mayúsculas. —El entusiasmo de don Paraíso parecería sincero, incluso ingenuo, si sus dientes implantados no le alargaran el hocico como a los cocodrilos—. España exige que cada uno cumpla con su deber. Ha llegado la hora de los políticos senior. Esta marea no la aguantarán ni los alevines ni los *pezqueñines*. He dicho.

—¿Perdón? —preguntó el joven Romasanta otra vez por el colmillo sin esperar la respuesta de Ramón.

—Política adulta, quiero decir. Y no lo retiro. Yo hice ministro a tu señor padre; así que, si te das por aludido, Romasantita...

—Señores..., a la cuestión. —Rancaño se subió la gafa presionando el puente con su índice y se contuvo un eructo—. Señor Ibarrondo, a usted me dirijo. Si tuviera la bondad...

—De acuerdo, Fausto —al presidente democristiano se le notaba incómodo—, gracias por darme la palabra. Te preguntarás, Ramón, por qué te hemos llamado.

—Por supuesto que me lo pregunto, Pruden. Y por qué no sabía nada de esta conspiración.

—Mira, Moncho, esto no es una conspiración. Y no sabías nada porque tampoco es un encuentro formal, se trata de un intercambio de pareceres discreto entre los máximos representantes de los partidos que defienden a España de los musulmanes. Discreto, no secreto.

—Bueno, en fin..., tú sí eres presidente de nuestro partido, pero Romasanta, el chico, está dimitido y Marga Saavedra, en tanto que portavoz parlamentaria liberal, no creo que esté al tanto de este contubernio...

—Te comento, Ramón, sigo siendo uno de los tres jefes de la dirección de Ele-Ele en funciones —le interrumpió el aludido con un rostro tan inexpresivo como el parche negro de su ojo—. Uno de los tres que mandan y que seguirán mandando. Y Marga no necesita saber demasiado, no va a estar mucho en el cargo.

—Ya veo, ya veo... ¿Y el presidente De Gregorio? No me diréis que vuelve a tener poder entre los socialistas.

—Querido Ramón —don Paraíso engoló la voz—, tú y yo nos conocemos de tiempos de mi presidencia y hemos unido nuestras espadas en más de un lance difícil, ¿verdad? Pues este es el más

complicado de todos. He dicho.

—Muy bien, Paraíso, pero ¿a quién representas tú aquí?

—¿Yo? A la corriente Cristianos por el Socialismo que encabeza Paco Arroyo, claro está. Como sabes, Arroyo es una estrella inesperada en la noche política de Madrid. —Con las palmas de las manos hacia arriba hizo como si elevase algo—. Pues bien, estamos dispuestos, y así lo he expresado ante estos caballeros, a romper la disciplina progresista y a sumar nuestra veintena de escaños *arroyistas* a un Gobierno de salvación nacional...

—¿Lo sabe Pere Pau, o sea, vuestro portavoz?

—Ese *catalufo* no se entera de nada. Déjame seguir... Seríamos decisivos en la votación de investidura, por eso nuestro precio será alto. Paco Arroyo merece un cargo superior al de ministro. No digo cuál, pero superior. Y yo mismo me ofrecería para sacrificarme y, en mi condición de expresidente del Gobierno, ocupar alguna magistratura simbólica, como la presidencia del Congreso o del Tribunal Constitucional, por ejemplo. No en vano, como sabes, soy catedrático de derecho eclesiástico...

—¡¿Paco Arroyo?! Pero si Paco Arroyo lleva desaparecido desde el domingo... —Ramón se metió la mano en el bolsillo de la americana y comprobó que el diente humano seguía ahí—. Si nadie sabe si está vivo o muerto...

—Aparecerá, Moncho, aparecerá.... —Prudencio Ibarrondo retomó el hilo con media sonrisa que denotaba indulgencia—. Todos alguna vez hemos cometido este tipo de error. ¿Te acuerdas de una letrada muy afín a él que parece una monjita?

—Sí, Mercedes Martínez o Rodríguez, creo que se llama... A la sazón, si no me equivoco, la mujer del médico del Congreso, el doctor Bermúdez. Sí, una que es poquita cosa y que parece una costurera. ¿Qué pasa con ella?

—Pues que también ha desaparecido. ¿Te das cuenta de que no lo sabes todo?

—¿De qué vas, macho?

—Yo mismo —continúo Prudencio—, aquí donde me ves, años ha, tuve un lío con una de las secretarias de quien entonces era mi jefe de filas. Una chica monísima, oye. Me volvió loco. Conchita se llamaba..., aún me acuerdo. Bueno, que fue un lío morrocotudo... Madre mía..., hasta me quise divorciar por ella. Y menos mal que entonces algunos buenos amigos me hicieron reflexionar y ver que el amor y la política se implican, pero además se complican. Que la vida política es propicia para enamorarse, pero que esa debilidad destruye la carrera política más pinturera. El político enamorado es un tigre sin garras. Así que dejé a Conchita, mi jefe la despidió, se lo conté a mi mujer, mi mujer me perdonó, nos hicimos de la Fraternidad de

Matrimonios Devotos y todos tan contentos... Y yo, madre mía..., he llegado a presidente de nuestro partido.

—Todos tan contentos, menos la tal Conchita. —Ramón no quiso callarse.

—Sí, normal. Ella no... Pero encontró pronto otro trabajo en una carpintería metálica de Valdemoro. De hecho, se lo consiguió un muchacho protegido mío.

—Pero fue traicionada, humillada y castigada a perder su carrera...

—Moncho, no me toques los cataplines. —Prudencio se estaba crispando y, aunque trataba de ser paciente, tuvo que secarse el sudor de la frente con un pañuelo—. Sabes perfectamente de lo que hablo. Tú mismo fuiste novio de esa periodista guapísima, ¿cómo se llama?

—Boni Granero —soltó Ciriaco por el colmillo.

—Eso es. Y ahora eres...

—Marga Saavedra —Ciriaco le interrumpió y volvió a expeler su ponzoña por el colmillo.

—¡Eso no te lo consiento, Romasanta! Me lo tendrás que repetir en el pasillo.

El diputado Bayo se puso en pie clavando con violencia los puños sobre la mesa.

Me gusta pensar que, en este instante de furia, donde realmente apoyó los puños fue sobre el *Informe espantoso* con sus goterones de sangre seca y víscera exprimida, pero la cosa no debió de ser tan simbólica. Bueno, el caso es que Moncho era muy listo y de inmediato fue consciente de que se estaba delatando con aquella reacción tan agresiva. Conque, después de respirar hondo y lento, y mirar a los ojos a sus cuatro interlocutores enmudecidos, se aflojó un poco más el nudo de la corbata, que ya le colgaba como en una noche de cartas y güisqui, y recurriendo a toda su profesionalidad se sentó de nuevo.

Nunca te levantes de una mesa de negociación si no sabes cómo volver a sentarte, me decía siempre Moncho.

Él conocía el camino de regreso a su sitio y con un tono de disculpa recuperó su posición:

—Marga y yo somos buenos amigos y nada más. Si no quieres que acabemos esto en la calle, exijo que no te confundas al respecto, chico.

Ciriaco sonrió por primera vez, también por el colmillo, demostrando que su rostro no era una máscara de cera y que, tal vez, fuera por Marga y no por Ramón por quien perdía su hieratismo. Irritar al diputado Bayo no había sido estratégico, pero le alegraba haberlo conseguido, ¿qué otra cosa son los celos?

—Señores —Fausto Rancaño volvió a contenerse un eructo—, mi dispepsia me dice que ya basta. ¿Podemos ir al meollo del asunto? ¿Tendrían la amabilidad de centrase en el tema que nos reúne?

Ramón observó que todos los presentes tenían el móvil frente a ellos. Le hizo gracia pensar que los políticos contemporáneos exhiben el móvil inactivo en señal de paz como los antiguos desenvainaban sus espadas y las ponían sobre la mesa. Aunque, a decir verdad, la adicción al móvil se ha convertido en otra enfermedad profesional de los políticos y muchos son incapaces de prescindir de él más de cinco minutos seguidos; no pueden evitar entretenerse con Twitter o responder algún guasap compulsivamente sin que importe lo relevante que sea la reunión a la que asisten.

Esa mañana nadie tocaba los móviles expuestos, un signo de que lo que estaba aconteciendo requería toda la atención de los convocados. Quizá también como consecuencia de la mala leche que se respiraba.

—Moncho, don Baldomero Cuervo nos ha citado con este emisario suyo para proponernos un Gobierno de salvación nacional. —Prudencio se explicaba vocalizando sin prisa, igual que lo haría ante los jóvenes de ese club de Hijos de la Fraternidad de Matrimonios Devotos a cuyas tertulias nunca faltaba—. A los liberales les cedería la presidencia del Congreso y a Paco Arroyo y a mí las dos vicepresidencias del Gobierno. A Arroyo la social y a mí la económica.

De repente, la atmósfera de la Lázaro de Dou pareció llenarse de electricidad como si la sala estuviera en el interior de un cumulonimbo maduro, justo donde empiezan los rayos.

Los cruces de miradas producían chispazos.

—Y a mí, en su caso, el Tribunal Constitucional, se ha dicho. —Nadie pareció escuchar a don Paraíso.

—¿Y qué se reserva el señor Cuervo para sí mismo?

Con esta pregunta de respuesta tan obvia, el diputado Bayo, un parlamentario eficaz y veterano, se situaba a medio camino entre la indignación y la insolencia, y trataba de poner de manifiesto lo obsceno de la propuesta que se estaba aceptando. Forzaba a Prudencio a verbalizar su vergüenza.

—La presidencia del Gobierno, claro. Y los Ministerios de Interior, Defensa y Justicia. Y la Fiscalía General del Estado.

—Casi nada... Pues no. Mi respuesta es no.

—Ramón, sin precipitaciones.

—Prudencio, sin tocar los cojones. —Ramón contestó rápido alzando las cejas—. Valga el pareado.

—Medita detenidamente la respuesta. Te hablo como presidente de tu partido.

—¿Y para qué me necesitáis, si puede saberse, querido presidente de mi partido? Mejor dicho, mi vicepresidente económico... —lo de «vicepresidente económico» lo silabeó con ironía—, si ya lo tenéis todo decidido.

—Precisamos tu apoyo para que convenzas a nuestro grupo parlamentario. Si tú se lo pides como portavoz, los diputados nos seguirán. Por favor, madúralo... Madre mía..., ten presente que nos llevamos mi vicepresidencia del Gobierno y quién sabe si además alguna secretaría de Estado, que bien podría ser para ti... O un ministerio, ¿por qué no Agricultura? A ti te chiflan los toros.

—No me hagas reír, Prudencio. Dime cosas que no te desprestigien a mis ojos. Evita que vomite...

—Monchito, el imán y los rojos van a convocar una manifestación gigante para rodear el Congreso. Si nosotros no pactamos con Escarmiento, ellos convocarán otra, igual de grande, para liberar el Congreso y se producirá una batalla campal. Y los del PP y Ele-Ele nos quedaremos en medio como dos fuerzas inútiles. Fausto nos ha prometido que, si aceptamos sus condiciones, Escarmiento se moderará...

—Y sólo perseguiremos a los enemigos de España, y además sólo con la ley en la mano. —El propio Fausto Rancaño concluyó la frase de Prudencio, esta vez sin ser molestado por su dispepsia.

Como eco de esta afirmación la sombra de perra con ojos de fuego se contrajo y se expandió debajo de la mesa. Se calentó. Se enfrió. Tiritaba.

Moría de placer.

—¿Os estáis escuchando? ¿Os estáis viendo? —El diputado Bayo de nuevo se puso de pie y se colocó el *Informe espantoso* bajo el brazo, pero ahora no se le notaba sublevado, sino más bien sorprendido, aunque sereno—. ¿Sabéis lo que decís? ¿Sois conscientes de lo que significaría un Gobierno como el que planteáis? Mi respuesta es no y mil veces no. Amo demasiado a nuestro país como para entregarlo a los vengativos y permitir que el fascismo moderno reproduzca los horrores del fascismo pasado.

—¡Ramón! Da la impresión de que te estás poniendo precio... Como presidente de tu partido que soy, te ordeno que vuelvas a sentarte.

—¿Me ordenas? ¿Me ordenas? ¿Qué te pasa, Pruden? ¿Qué te han dado? Ah, sí, una vicepresidencia económica..., perdón, no me acordaba.

—Don Ramón, ¿tendría usted inconveniente en almorzar mañana conmigo y hablar? Por favor. —Rancaño se mostró sumiso, mendicante—. Para hablar, sólo para hablar... Usted, que tiene fama de entenderse con todo el mundo, ¿no me concedería ni siquiera la oportunidad de escucharme?

Antes de responder, Ramón lo pensó un segundo. De pronto le llamó la atención lo blancos que estaban sus interlocutores. Los vio muy pálidos y le extrañó aquella lividez tan inusual. Tanto como se

había excitado Prudencio, con lo gordo que está, y ni siquiera se había puesto rojo. A estos les falta sangre, se le ocurrió. Se trataría de un metafórico efecto de luz en la sala, obviamente.

—Acepto. Que sepa mi secretaria el sitio y la hora. Acudiré.

—Gracias, Moncho. —Pruden pareció relajarse.

—Tú, cállate. Esta conversación deberíamos haberla tenido en privado. O ante el Consejo de Dirección del partido. En maitines, como mínimo. Hoy me has decepcionado total, Prudencio. Total, decepción total, macho.

—Por favor, Ramón, discreción con lo que aquí se habla. No te vayas de la lengua con quien ya sabes. —El tuerto volvió a meterle el dedo en el ojo a Ramón—. Que las noches del Toni 2 son muy traidoras...

—Chico, vete a la mierda.

—¿Mañana, entonces, don Ramón?

—Mañana, pero mi respuesta hasta el día de mi muerte seguirá siendo la misma: no. Que lo sepa su jefe, no es no. Y, por cierto, mi precio es su fracaso, no tengo otro.

—No diga eso, que habrá quien sienta la tentación de adelantar el día de su muerte, don Ramón —susurró Fausto, no sé si como consejo o como anuncio.

Antes de que Ramón Bayo saliera dando un portazo de la Lázaro de Dou, lo precedió la sombra única, la sombra de la perra, deslizándose por debajo de la puerta. Serpenteaba ofendida, apagando y encendiendo lámparas a su paso, exhalando vapores de bolsa sudario con muerto en accidente dentro, ululando como un viento nocturno, afligiéndose como si ella misma no fuera mensajera del infierno.

A un auxiliar administrativo que cruzaba el puente que por encima del callejón de Floridablanca une la Ampliación I con el palacio, bajo cuyos pies la sombra había pasado disparada en dirección a las escaleras que conducen al Salón de Sesiones, le pareció que una manada de ratas negras lo sobrepasaba, que las ratas corrían a su través, y entonces se le cayeron los archivadores de color gris jaspeado que acarreaba en los brazos. Chilló, pero cuando vinieron a auxiliarle no se atrevió a confesar cómo se había ido de bruces al suelo. No le iban a creer.

Las moscas están presentes en nuestros partos y nos besan los ojos cuando morimos, nos acompañan como hermanas en la vida y después de la vida. A partir de esa mañana las moscas irían adonde fuera Ramón Bayo.

Doce

En casa reinaba el silencio como le gustaba al juez. Cualquier ruido inesperado, por pequeño que fuera, podía irritarle y hacerle perder los nervios. La mayor parte de las hojas de los balcones que daban a la calle Campana permanecían entornadas todo el día y por las tardes las bombillas no se prendían para evitar que le doliese la cabeza. Las comidas eran servidas a la hora que él mandaba y la familia también se iba a dormir a su orden. El juez decidía si la televisión se encendía o no. Se aprovechaba para ventilar, cambiar las sábanas, vaciar su orinal, limpiar el baño, fregar el piso, bajar y subir del mercado o cocinar cuando él se marchaba al juzgado. Luego, a su vuelta, y más si venía con jaqueca y se encerraba en la habitación de matrimonio, toda actividad doméstica debía cesar de inmediato.

No siempre fue así. Al principio, el juez era amable y considerado. Serio, como corresponde a un juez con la oposición recién aprobada, y aburrido, eso es cierto, pero le gustaba salir a pasear, recibir visitas, escuchar música, en especial conciertos de Beethoven los domingos por la mañana en la radio, y conversar. Cuando a Teresita se lo presentó el párroco de San Juan Bosco, el juez hablaba por los codos y daba gusto prestarle atención porque sabía de todo y se explicaba con pico de oro, se diría una enciclopedia abierta.

Los primeros años de casados fueron felices. Normales, al menos. Teresita le servía un platito con dos madalenas y un tazón de chocolate en que mojarlas, en una bandeja de plata con mantelito y servilleta de encaje, para que el juez merendase mientras escribía sus sentencias a garrote vil o a prisión mayor dedicadas a las personas más despreciables de la sociedad. Si alguna gota de chocolate salpicaba sobre el folio de la sentencia que estaba redactando en su negra máquina de escribir Underwood, en particular ahí donde decía: «Que debemos condenar y condenamos...», el juez, con sumo cuidado, se estiraba y la recogía con la punta de su lengua.

Teresita tardó en quedarse embarazada. Lo consiguió rozando ya la cuarentena. El juez celebró a su manera el embarazo y la venturosa llegada de la única hija de la pareja y, queriendo recompensar a su mujer y ayudarla en sus nuevas obligaciones hogareñas, le regaló una moderna lavadora superautomática de carga frontal, capaz de enjabonar y enjuagar hasta cinco kilos de ropa.

—Para que laves los picos del bebé y para que, además de hija,

puedas presumir de electrodomésticos con tus amigas. —La engatusó con lo más parecido a una sonrisa que era capaz de esbozar.

Y le prometió una aspiradora para más adelante si se la ganaba.

Los días que rodearon el nacimiento de la niña quizá constituyeran el mejor momento del juez, el culmen de su humanidad, y la etapa dorada de su matrimonio con Teresita. Todo fue hermoso entonces: la madre en la cama con su camisón blanco oliendo a piel y leche, la niña en la cuna con su blusa de batista, su faldón almidonado y sus lazos rosas, y el juez atendiendo a unos y otros que acudían con flores o bombones para cumplimentar a los afortunados papás.

Cristianaron a la niña con prisa, como se hacía entonces. No vaya a ser que..., y el angelito se nos quede en el limbo.

La vida del juez y Teresita parecía llevadera, pero a la recién nacida le dio por no dormir. Igual que si su madre le hubiera pasado sus entuertos, sufría lo que llaman el «cólico del lactante». Les sucede a muchos neonatos, pero a este con particular viveza. Pasaba las noches llorando, no existía remedio alguno para aquella desesperación. Y entonces algo en el cerebro del juez hizo clic y las jaquecas insoportables y la ira se apoderaron de él. La falta de sueño trastornó su personalidad.

En ocasiones, la demencia sobreviene de no dormir, de no ser capaz de dividir el tiempo en días y no poder olvidar, pero, en este caso, el insomnio sólo fue la chispa que incendió la maleza de un seco bosque interior; la maleza de la predestinación hacia la furia, la ideología de la inferioridad femenina y la amoralidad que confiere todo poder sobre la vida de los demás.

Lo más desquiciante era que, cuando daba la impresión de que la niña ya se había dormido y sus padres se relajaban, retornaba al llanto de nuevo y con mayor intensidad, si eso fuera posible. Aquello suponía una tortura crudelísima para los pobres padres que, si hubieran sabido que no iban a dormir, se habrían hecho a la idea y se habrían turnado, pero eso de creer, una y otra vez, que podrían descansar y que no se lo permitiese un lloro diseñado por la naturaleza para clavarse en el oído interno, no hay paciencia que lo aguante, y menos la de quien al día siguiente ha de estar en el juzgado, impecable, resolviendo asuntos espinosos e intrincados, encarcelando malhechores o instruyendo expedientes de cumplimiento de pena capital.

Las primeras noches las sobrellevaron gracias a un acuerdo tácito según el cual ocuparse de la niña era tarea de Teresita y que el juez tenía algo así como la obligación de tratar de seguir dormido por el bien de España. Hasta que, más o menos un mes después del comienzo de aquellos cólicos, una noche de mucho calor, balcones abiertos de par en par y algún mosquito zumbando, el juez se rompió y a

empujones sacó del dormitorio a la madre y a su hija, que berreaba como si la estuvieran matando. Y a partir de ahí, ambas durmieron en la cocina, desde donde el juez no oía llorar a la pequeña.

El calor trastornaba al juez.

Teresita relacionó la enajenación de su marido con la locura del abuelo Decoroso, magistrado de la Audiencia de Sevilla, que una mañana de canícula del verano del treinta y siete, ejerciendo de delegado provincial de las JONS, mandó a una tropa irregular de policías arrancar uñas y dientes y quemar vivos en la casa del pueblo a todos los habitantes de Frontera de Castilla, mujeres y niños incluidos, y que, al día siguiente, cuando el propio Generalísimo ordenó que lo fusilaran por su bárbara masacre más allá de la barbaridad extrema de la cruzada, rechazó la confesión y sólo supo excusarse con un: «Dios sabe que me dolía la cabeza». Para ella lo de su marido se trataba de una indisposición del ánimo, seguramente heredada del abuelo, quien pese a su infamante final tenía una calle, la del valiente falangista Decoroso Simarro, en su pueblo natal de Extremadura. Sí, ella opinaba que el juez estaba enfermo.

Otra hipótesis que manejaba era que tuviera algo que ver con sudar bajo la ducha en julio..., o que fuera cosa del agua del grifo de Sevilla..., quién sabe. Lo cierto es que Teresita concluyó que su marido se estaba volviendo loco, pero nunca se lo dijo a él.

Jamás le sugirió que pidiese hora en la consulta de un psiquiatra o de un neurólogo, claro, eso lo habría encolerizado hasta hacerle perder el control de sí mismo y resultar peligroso para la madre y su hija. Sin embargo, al entender de Teresita, fue a partir de ahí, justo a partir de que a empujones la obligara a dormir con la niña en la cocina, cuando ese amor hablador y hermoso de la época de novios se fue pudriendo como si se lo comiera un cáncer, hasta convertirse en un suplicio.

El proceso de deshumanización de sus vidas duró más de diez años y siempre fue a peor, jamás dio muestras de reversibilidad.

—La niña tiene la culpa de todo, te sentencio y te pego a ti por no pegarle a ella —clamaba a veces el juez, fuera de sí, al cruzarle la cara a Teresita por cualquier nimiedad que le hubiera incomodado, tal que una cucharilla que se cae por sorpresa y provoca un sobresalto repentino o un libraco de recopilación de jurisprudencia que aparece lleno de dibujos de muñecas, perritos y soles.

La actitud del juez hacia Teresita y la niña alternaba sin patrón entre la formalidad y el maltrato. No volvió a ser simpático, aunque sí protector, bien educado, incluso afable, pero al poco, si le daba la gana o si se le iba la pinza, pasaba sin mediar transición de aquel paternalismo al escarnio y a la violencia. Era, a la vez, dependiendo del instante, el guardián de la bestia y la bestia misma. Cada

anochecer en casa resultaba imposible anticipar por cuál de sus dos personalidades llegaría poseída su señoría.

Las primeras veces que el juez ofendió en privado a Teresita podrían haberse calificado como meras faltas de respeto, ella prefería conjeturar que aquello sucedía sin querer y que todos los maridos son así de bruscos, pero más adelante tal tipo de ultrajes, en apariencia involuntarios, se transformaron en aflictivos menosprecios en público y, después, en graves insultos y provocaciones, la antesala de la correa y el puntapié.

Aquellas amenazas terribles se fueron cumpliendo, se tornaron en descarnadas palizas a Teresita conforme la enfermedad, si es que aquello era una enfermedad diagnosticable, crecía en el cerebro del juez.

También se arrepentía el juez y pedía perdón. Sobre todo, tras dar un puñetazo a Teresita con saña y partirle un labio, por ejemplo, o dejarle marcas en los pómulos o los ojos morados. En ocasiones, se apesadumbraba tantísimo que incluso forzaba a Teresita a mantener relaciones sexuales, a dejarse montar o a practicarle una felación, para demostrarle que lo había disculpado. Ella no era libre para resistirse ni para perdonarle porque en ese juicio el acusado y el juez eran la misma persona.

Se descuidaron los dos. Se degradaron física y moralmente, aunque en sentidos inversos: el juez se transfiguró en un monstruo, Teresita en su esclava.

Y la niña creció en el infierno.

El juez solía arrojar al sufrir sus jaquecas. Desde joven padecía esos dolores, pero con los años llegaron a ser insoportables para él y para quienes le rodeaban.

Cuando nació la niña vomitaba en un orinal que al efecto Teresita disponía debajo de la cama de matrimonio, más adelante vomitaría en el suelo y, ya al final, acabaría devolviendo en cualquier habitación de la casa, sin mirar si lo hacía sobre un mueble, la moqueta o la cena recién servida. Teresita recogía sus devueltos sin protestar.

Despidió a la chica de servicio para que no viera y no contase por ahí cuán asqueroso resultaba el mal que aquejaba a su marido. Y entonces fue cuando, ya a solas los dos con la niña, el juez también se atrevió a mear y cagar fuera del váter, y en los últimos tiempos, lo mismo que con los vómitos, su señoría se permitió vaciar el vientre en cualquier rincón, sin mirar si se cagaba en el sillón frailero de sentarse a escribir sentencias condenatorias de su despacho o en el dormitorio de su hija, sobre los vestiditos de las muñecas.

El juez orinaba y defecaba donde le sugería su naturaleza y Teresita después lo limpiaba todo. Él se sentía bien asistido por su mujer. La miraba arrodillada, fregando el suelo a mano con un cepillo,

un trapo y un pozal de agua jabonosa, y le espetaba:

—Me avergüenza ser tan sucio, pero tú me dignificas. Tu humildad de esposa atenúa mi culpa de esposo.

A este juez, la niña de los ojos color miel lo llamaba papá.

Al poco de cumplir la niña sus doce años, un mediodía de bochorno del julio sevillano, uno de esos mediodías en que los perros se quedan tumbados a la sombra, el hedor de las cloacas asciende por las rejillas de los desagües y los visillos caen inmóviles como si fueran de escayola, uno de esos en que no se oye un alma caminando por la calle Campana trasmutada en horno, en que el calor y el silencio extremos se emparejan a la hora de la siesta, el juez regresó inesperadamente a casa preso de una dolorosísima cefalea. Los ojos se le salían de las órbitas, el sombrero le había dejado una marca en la frente y el sudor le atravesaba la camisa y le empapaba la espalda de la americana de lino. Se secaba el rostro con un pañuelo sucio y arrugado que le había prestado un oficial del juzgado. Y en esas, entrando de improviso, sorprendió a Teresita riéndose inocentemente con el muchacho de los recados del ultramarinos por alguna tontería, por algún malentendido con el número de latas de espárragos o algo parecido.

El juez se encolerizó.

A empujones expulsó al chico del ultramarinos escaleras abajo y luego lanzó su cesta de repartir por el hueco de las escaleras. Cerró la puerta de un manotazo y con el rostro desencajado le gritó a Teresita:

—¡Te he descubierto! Llevo tiempo sospechando que tienes un amante, pero no esperaba que cayeras tan bajo. Si sólo es un niño... ¡Puta, que eres una puta!

Teresita intentó tranquilizarlo, mas todo lo que decía se volvía en su contra. Si ella argumentaba que sólo estaba bromeando con el muchacho, el juez respondía que él jamás la había visto bromear con nadie, que ella no era bromista. Si Teresita le proponía con dulzura:

—Ven, cariño, que te acueste y te serviré un agua de limón con mucho hielo. Te encontrarás mejor..., te dolerá menos la cabeza.

Él se indignaba y bramaba:

—¡A mí no me llames cariño, puta! ¡Y no me cambies de tema! Me encuentro maravilloso, pletórico, en mi esplendor.

Si ella se explicaba, él la cortaba con eso de que quien se excusa, se acusa. Si Teresita prometía que siempre le había sido fiel, que sólo abandonaba el domicilio para hacer la compra e ir a misa, el juez gritaba que no le negara lo que había visto con sus propios ojos, esos ojos que se tenía que comer la tierra.

—No puedo discutir contigo. Tú eres juez y yo ama de casa... Vuelves contra mí todas mis palabras. Pones en mi boca lo que yo no quería decir... —lloraba desconsoladamente.

Y entonces Teresita, desesperada, sin saber cómo salir de aquel drama, se rebajó y le pidió perdón: aquellas serían las últimas palabras que pronunciaría en su vida.

—Perdóname.

—¡¿Perdón?! ¿Me pides perdón, puta? ¿Ves cómo reconoces tu culpa? ¿Te das cuenta del daño que me has hecho, puta, más que puta? Que te perdone Dios si es que puede... ¡Yo te voy a matar! ¡Yo te mato y luego me mato yo!

La cogió por el pelo. Tiró hacia abajo. Ella cayó de rodillas. Él la arrastró por el suelo hasta la cocina. Ella lloraba y parecía susurrar: por favor..., por favor..., aunque no le salían más que gemidos.

El juez tramitó aquel recurso de súplica con más insultos.

—Puta, puta, puta..., cállate, puta. No digas ni mu.

La hija, que estaba en casa por las vacaciones escolares, lo observaba todo a través de sus ojos color ámbar, asustada, escondida como un ratoncito. Muda.

El juez sacó un cuchillo grande del cajón de los cuchillos, uno ancho, uno de cortar filetes de vaca o de sacrificar gallinas y conejos en casa. Lo alzó igual que lo haría un sumo sacerdote ante el altar de las ofrendas y de un tajo rápido y profundo seccionó el cuello de Teresita de oreja a oreja. Varios chorros de sangre negra manaron con fuerza de aquel cuerpo frágil igual que si le hubieran brotado fuentes milagrosas de vino entre las clavículas y el mentón. Y a Teresita la cara se le abatió sobre el pecho como se abaten sobre el tronco las ramas del árbol al serrarlas.

De forma automática, la niña saltó desde su escondite.

—¡Mamá! ¡Mamá...!

Y la cabeza de mamá, prácticamente separada de su tórax, unida todavía al tronco por una trenza sanguinolenta de vértebras e hilos de carne, se le vino al regazo. Abrazó con todas sus fuerzas aquella cabeza que a borbotones se vaciaba de cuantas secreciones contuviera en su interior, como se abrazaría un regalo inesperado, como si con eso pudiera mantenerla con vida, hacerle sonreír.

Era un abrazo lleno de pavor y desesperación.

Así que el juez apuntó con el dedo a su hija.

—La culpa es tuya y sólo tuya. —Iba acercando el índice señalador a la niña, que mantenía la cabeza cortada de su madre entre los brazos—. Tu culpa ha matado a mamá.

Con mirada de loco cruel, siseando como un reptil, el juez aproximó su dedo hasta rozar la nariz de la niña. Tan de cerca era fácil observar, no sin repugnancia, la costra de sangre de mamá que se le había adherido al perímetro de la uña. Y, en ese instante, con la uña de su padre manchada de sangre de su madre casi entre las cejas, la niña se sintió impulsada por el pánico y con una reacción de fiera

acorralada, transformando en rabia su estupor, abrió una boca de caimán y mordió ese dedo con todas sus fuerzas. Notó, al reforzar el impulso del mordisco, cómo se quebraba una articulación y un crac cartilaginoso le resonó en la bóveda de la boca.

De un bocado le arrancó a su padre la falange distal del dedo índice y probablemente se la tragó.

Rugió de dolor el juez, trastabilló, patinó en el charco de sangre y se fue abajo. Quedó tumbado sobre el cuerpo inerte de Teresita.

Cogió el cuchillo otra vez, ahora con la mano izquierda, se levantó y, con la potencia que tuviera en el brazo siniestro, le lanzó una cuchillada a su hija de doce años que se le hundió en el bajo vientre.

—¡Eres culpable! ¡Eres culpable!

Merced al impulso con que quiso apuñalar a su hija, volvió a dar un resbalón con la sangre derramada y su nuca chocó con los azulejos del piso.

La niña sintió que la hoja del cuchillo se le había clavado a un par de dedos del ombligo y cómo se le escapaba la sangre del cuerpo. La sensación se parecía a la de orinarse encima porque la sangre estaba calentita, pero no le dolía el dolor sino el miedo.

Vio el cuchillo en el suelo y al juez boca arriba, adoptando la postura subordinada de una tortuga vuelta del revés, semiconsciente, indefenso. Los ojos de la cabeza cortada de Teresita, muy abiertos, la miraban fijamente. Sin estar muy segura sobre su verdadera intención, aunque convencida de que era por el bien de su madre y por el suyo propio, tomó el arma doméstica y con las dos manos, haciendo acopio de toda su energía, le asestó una cuchillada a papá a la altura del estómago y luego, tal que si accionara una palanca, fue bajando y sajándole la barriga hasta que ya no pudo seguir. La grasa y las tripas del juez se desparramaron por la cocina.

—Yo te maldigo, Amargura. —Fue la última sentencia del juez.

La cabeza de Teresita, separada definitivamente de su cuerpo tras aquella sucesión de tropiezos y embestidas, con la sien apoyada contra una pata de la silla de la cocina, esa en que pasó las noches cuando el juez la expulsó con el bebé de su dormitorio, cerró los ojos definitivamente, Dios sabrá con qué impulso.

Teresita había descansado.

Le vino una arcada a la niña sin que le saliera nada más que un lamento gutural. Su herida empezó a abrirse por los extremos y a hacerle mucho daño. Punzaba, escocía, quemaba... Se llevó las manos al ombligo, se encogió como si fuera un feto, flotaba a la deriva en un mar de sangre, se mareó y se fue apagando. Se le nubló la vista. Pensó que aquello era morirse.

Un bautizo de sangre, la niña recibió un auténtico bautizo de

sangre.

Y la oscuridad más profunda la acogió en su seno.

Los vecinos, que escucharon los golpes, los gritos y los lloros por el patio interior al que daba la ventana de la cocina, esta vez se atrevieron a avisar a la policía. Les pareció que algo más grave que lo normal estaba sucediendo. Y un guardia urbano que llegó primero, tras abrir con la llave del portero, descubrió al juez y a Teresita muertos, y a la niña agonizando.

Al día siguiente, la edición local del prestigioso periódico *El Caso* dio una columna sin fotografía en los siguientes términos:

> Crimen pasional
> JUEZ ASESINADO POR SU ESPOSA LOCA
> Por Sansón Suárez
>
> SEVILLA. El conocido juez de nuestra ciudad, don Escolástico Saavedra Simarro, a quien Dios tenga en su gloria, fue asesinado ayer por su esposa loca, quien al tiempo intentó matar a la propia hijita del matrimonio y, finalmente, cometió suicido. La asesina amputó la falange distal del dedo índice de la mano derecha del juez, que no ha sido hallada. El crimen pasional ocurrió sobre la una del mediodía cuando nuestro querido juez Saavedra se personó en el domicilio familiar de la calle Campana aquejado de una inconveniente cefalea, quizá debida a la colitis que nos atenaza cada verano o quizá a sus muchas cavilaciones por su pertinaz responsabilidad judicial. La mujer, tal vez celosa por el éxito social del juez o tal vez ofendida por su fervor religioso, lo sorprendió con un cuchillo jamonero de dos palmos de hoja cuando, ya en la cocina, él se aproximó para besarla en la mejilla, y de seguido lo abrió en canal como si fuese una res. El juez, bondadoso por naturaleza, al punto de que tras muchos años de matrimonio toleró sin corregir la melancólica forma de ser de su costilla, no hizo ademán de defenderse. Murió como un santo mártir. A continuación, la enajenada quiso hacer lo mismo con la pobrecita niña, única hija de la infeliz pareja. Y, para terminar, ella misma se cortó el cuello, separándose la cabeza del tronco. La señora del juez era conocida en el barrio por su carácter huraño, por su aspecto desaliñado, por sus maneras hoscas y por autolesionarse con frecuencia. «Acudía a misa, pero no practicaba el sacramento de la confesión ni la penitencia», cuenta el párroco de San Juan Bosco. Este reportero ha podido constatar por sí mismo el imborrable desconsuelo con que la magistratura despide a nuestro querido juez. «Nos deja un caballero español», ha dicho el presidente de la Hermandad de la Capa Española, de la que don Escolástico Saavedra fue clavario mayor. La chiquitina sigue hospitalizada. Se teme por su vida. Ha recibido la extremaunción.

Marga Saavedra tardó un año en volver a articular palabra. La introspección sería una secuela permanente en ella.

La diputada jamás contó a nadie la verdad sobre lo sucedido

aquella espantosa mañana en casa de sus padres en que recibió su bautizo de sangre.

La llevaron a vivir con sus abuelos paternos hasta que fue mayor de edad y pudo regresar al piso de la calle Campana. Era consciente de que la muerte de su madre la había salvado para que fuera una mujer libre, aunque también de que la culpabilidad por la muerte de su padre, por justificable que fuese, jamás la abandonaría.

Se creía inocente y culpable a la vez, pero, dado que nunca habló del tema, nadie pudo decirle que sólo era inocente, por los cuatro costados.

Con el paso de los años, la niña taciturna se convirtió en una mujer comedida.

Soñaba con tener una hija y poner a cero el contador del afecto familiar, pero la vida no le dio oportunidad de intentarlo. Posiblemente porque su historia personal lo determinó todo, sus amoríos devenían en relaciones insanas o no terminaban de cuajar casi de forma obligatoria. Era como si un silencio tan intransitable como un desierto del Sáhara se interpusiera entre ella y cualquier beduino que quisiera acercarse a su corazón.

Los hijos se tienen de muy joven, pensaba, cuando una todavía se siente inmortal y da por hecho que la criatura que está dando a luz también será inmortal, que nunca se extinguirá. Si la edad fértil fuera la vejez, cuando la muerte ya nos mira fijamente a los ojos, lo cierto es que nadie tendría hijos, porque no hay razón para someter a la carne de tu carne al drama de nacer para sufrir y morir. Ella tuvo que encajar esa percepción de la proximidad de la muerte antes de que le bajase la primera regla y entonces su útero debió cerrarse ya a la vida.

Marga Saavedra atribuía su soledad y su esterilidad funcional a la maldición del juez.

Por eso, Ramón Bayo, tan anticuado, tan masculino, tan maduro, aunque a la vez tan atrevido, tan sentimental, tan pecador..., era perfecto para ella. La mordacidad castellana de Ramón era el antídoto que Marga requería para burlarse de su propio pánico a la maldición del juez. Incluso el hecho de que estuviera casado en Salamanca, pero soltero en Madrid, de que su noviazgo fuera secreto, creaba una atmósfera de camaradería y amparo entre ellos que la hacía sentirse segura entre sus brazos como nunca lo había estado dejándose abrazar por nadie. Ramón sería lo más parecido a un amor verdadero que Marga tendría en toda su vida.

A veces un pensamiento, una luz, una actitud, un tono de voz despertaba sus recuerdos del juez, de Teresita y de la niña encogida como un feto, y la mirada se le perdía en el infinito. Se abstraía. Se quedaba en blanco. Parecería dormida, si no fuera porque sus ojos color miel estaban abiertos y de tanto en tanto parpadeaban.

—Jefa, jefa, jefa...

El asistente, que metía su cabeza cuadrada y sus gafas de pasta cuadradas por la puerta entreabierta del despacho, la hizo regresar a la tierra.

—Perdona, jefa, que te saque de tu ensimismamiento, pero es que hay noticias y de las gordas.

—Dime, Reyes.

—Se ha sublevado la población musulmana de Melilla. —Reyes seguía medio asomado, sin llegar a introducir los pies en el despacho de Marga—. Exigen un Gobierno islamista del imán Haidar al Isbani.

—¿Arcoíris? —Marga se puso de pie.

—No, sólo islamista.

—¡Ostras...!

—Están quemando coches, asaltando comercios y levantando barricadas. —Ahora Reyes sí dio el último paso que le quedaba para entrar del todo en el despacho de su jefa dejando ver un chaleco azul celeste, que seguro también se había puesto Laurita—. Nuestro Gobierno en funciones ha acuartelado a las unidades que tenemos allí y en Ceuta, y ha cerrado las fronteras con Marruecos. Ah, y el Cuervo anuncia que envía a su Falange.

—¿Falange? ¿Qué Falange es esa? —Marga se aproximó a la ventana y se asomó como si fuera a ver algo que estuviera ocurriendo.

—La Falange de Escarmiento, las juventudes del partido político. Los llaman también «la vanguardia española». Se va a liar.

—Fijo que estos son los autores de la bestialidad de la mezquita de la M-30.

—Tal cual. No me extrañaría nada.

—¿Y el imán? ¿Qué dice el imán? ¿Cómo responde Dime España? —Volvió el rostro y miró fijamente al asesor.

—Por el momento, silencio. Incluso en Twitter.

—Pues tendrán que reaccionar rápido si no quieren que se les considere instigadores.

—Quienes sí han hecho declaraciones son sus socios de Podemos.

—¿Y qué han dicho? —Se sentó otra vez frente al escritorio.

—Poco, muy poco. Que la violencia no es el camino, claro, pero que hay que escuchar la voz del pueblo. Y eso otro que les hemos oído tantas veces de que el islamismo sin el Pacto del Arcoíris y sin Podemos es tan peligroso como el fascismo.

—Ya... Por favor, tenme al tanto de todo. —Y mientras decía esto se dispuso a mirar el móvil.

—Otra cosita: han llamado de Pintor Rosales, quieren que pasado mañana des un desayuno en Nueva Economía Fórum.

—¿Por qué?

—¿Porque eres la nueva portavoz parlamentaria? Digo yo... Te

presentaría el propio Principito, nuestro Melchor Avellana.

—¿No está dimitido?

—Pues sí, jefa. Pero supongo que sigue en funciones... Bueno, ¿qué digo?

—Acepta, no tenemos otra. —De nuevo cogió el móvil con intención de ver si tenía guasaps de Moncho.

—Okey, jefa. Por cierto, en el pasillo hay un señor que pregunta por ti. Quiere verte.

—Que Laura le dé cita.

—Dice que no se va a ir, que espera a que acabes.

—¿Quién es?

—Un antiguo diputado de los nuestros. A Laurita y a mí no nos suena de nada.

—Está bien, que pase. Ya haremos el traslado al despacho de portavoz mañana. Hoy todo se va a complicar. —Y dejó caer el teléfono sobre la mesa con la mano blanda, dando a entender que no la dejaban en paz para tener vida privada.

—Se llama Pancho Zaragoza y es de Valencia. O de Alicante, no sé.

—Sí, creo que sé quién es.

«No tenemos los políticos que necesitamos para esta situación tan difícil y encima reaparece uno que yo creía que ya se había muerto», pensó Marga. Luego tragó saliva y con el pensamiento le envió un beso a Teresita que está en el cielo.

Trece

El personaje, que ya pasaba de los sesenta y cinco, dejó su sombrero de jipijapa encima de la mesa redonda y se sentó frente a Marga con la actitud amigable del director general que desciende a charlar con los oficinistas en sus propios puestos de trabajo. La despreocupación que concede la veteranía le permitía vestir como si estuviera supervisando las obras del canal de Panamá: americana milrayas, pantalones crema, zapatos blancos y un pañuelo de seda asomándose por el cuello desabrochado de la camisa. La cuidada barba y la escasa cabellera, ambas ostentosamente teñidas del mismo tono chocolate, casi rojizo, terminaban de darle ese aire decadente de galán maduro con gorrita de capitán de yate, pero sin yate, tan típico de los jubilados británicos en Benidorm.

—Me gusta esa foto tan grande de la chica desnuda nadando. ¿Eres tú, niña? —dijo con la naturalidad propia de alguien que trata a Marga a diario.

—No te importa si soy yo, Pancho. Gracias por sentarte. —Marga quiso reestablecer la distancia entre ellos.

—¿Me dejas fumar? —preguntó el personaje mientras se ponía un Lucky Strike de boquilla roja entre los labios—. Utilizo estos de filtro rojo para poder ofrecer a las señoras y que no se note el carmín en los pitillos. No hay nada más indiscreto que un cenicero lleno de colillas con pintalabios en el coche, ¿cómo se lo explicas a la parienta? ¿Quieres?

—No, gracias. Está prohibido, pero tú mismo...

—Bueno, niña, compruebo que te acuerdas de mí. Lo esperaba —encendió el pitillo.

—Vagamente... Pancho Zaragoza... Fuiste diputado del PP a principios de los dos mil. —Evitó añadir: «Y ya te daba por muerto»—. Hace mucho de eso, y más con todo lo que ha ocurrido con la peste. En aquel entonces, yo todavía estaba dando clases en la universidad.

—Correcto. Mucho me alegra, pues, que me recuerdes... Fui democristiano, sí, pero después perdí mi escaño, me pasé a los liberales. Fundé Ciudadanos en Gandía, ahora Libertad-Libertad, por supuesto... Vivo allí, en la playa, y allí tienes tu apartamentito para cuando quieras.

—Algo sé de esa historia... Y gracias por el apartamento.

Nuestro personaje elevó el pitillo como si fuera una banderita

para hacer notar que necesitaba arrojar la ceniza en algún recipiente. Marga volcó sobre el escritorio los clips que tenía en un pequeño plato recuerdo de Mojácar, y se lo ofreció.

—Soy de la promoción parlamentaria de don Aníbal Romasanta, el padre del Ciri, de mucho antes de la crisis de la peste, ya sabes... Para que me sitúes, hablamos de la prehistoria..., pertenecí por entonces al grupito de jóvenes guerreros de Ramoncito Bayo y Migue Betancor, tan serio que se le ve ahora de presidente del Congreso, ¿eh? Si yo te contara... Unos cachondos... Yo era un poco mayor para ellos, pero también el más peligroso... Teníamos una tertulia en el restaurante Edelweiss, ese que está ahí detrás, bueno, me parece que ya no está... Creo que cerró durante el Gran Catarro y el confinamiento, ¿no? Puede ser... Nuestra tertulia se llamaba El Balconcillo porque al principio, como éramos muy nuevos, nos asignaron en el hemiciclo esos escaños que quedan en un balconcillo detrás de los fotógrafos, que no los hay más esquinados ni más invisibles, y que no quiere nadie. Conque convidábamos a la tertulia a los jefes para que opinasen como si fueran verdaderos padres de la patria, para que nos conocieran de cara y para adularlos sin límite ni vergüenza. Era nuestra forma de conspirar y medrar. Qué tiempos...

—Ya, Pancho, ya veo... —A Marga se le agotaba la paciencia—. ¿Y qué te trae hoy por aquí?

—Vengo a darte una buena noticia para España, niña. —Pancho levantó el mentón y emitió una serie de volutas de humo como si fueran puntos suspensivos.

—Tú dirás.

—Estoy dispuesto a volver a la política y a trabajar contigo por España.

Marga lo miró de arriba abajo sin permitir que se le dibujase una sonrisa. El personaje podría pasar por fantasma en uno de esos balnearios de la *belle époque* que hoy se han reconvertido en bingo o en salón de tragaperras. Rebasaba con mucho los límites de lo que se considera pasado de moda para trocarse directamente en estrafalario. Seguro que Pancho, con esa pinta que gastaba de abuelo presumido que no se ha enterado de los siglos que acarrea, todavía sacaba a bailar boleros a las extranjeras más mayores en las terrazas de la playa de Gandía. Y es posible que, de cuando en cuando, hasta triunfase con alguna de ellas. Oye, ¿y por qué no?, con la edad el sexo pierde vigor y humedad, pero no sentido.

«Lo raro es que no se haya estirado las patas de gallo o las bolsas de debajo de los ojos —pensó Marga—. Habrá ido apretado de dinero, porque, si no, este es de los que se dejan una máscara de cuero terso donde un día tuvieron el rostro».

La vista, sin embargo, sí se la habría operado porque no llevaba

las previsibles gafas bifocales. De hecho, se desenvolvía cómodamente sin gafas.

Marga volvió a contener una sonrisa y decidió responder a Pancho con respeto, ya que nunca se sabe cómo acabará una y hay que tratar a los demás como una quisiera ser tratada el día de mañana.

—Qué buena noticia, Pancho. Y qué bueno para España que estés dispuesto a volver a la política. —Pese a su propósito, Marga fue incapaz de evitar cierta ironía en la respuesta, ironía que, por otro lado, pasó completamente desapercibida para la inmodestia del personaje.

—Sabía que te alegrarías, niña. —Pancho apagó el Lucky Strike de boquilla roja en el platito, recuerdo de Mojácar, mientras exhalaba una nube de humo sobre la mesa que lo separaba de Marga—. En estos momentos de gran emoción histórica debemos sacrificarnos por España y se da la circunstancia de que yo estoy en condiciones de reengancharme.

—¿Y por qué conmigo? —En la pregunta había un algo de ingenuidad.

—Porque eres la nueva jefa parlamentaria, porque es en el Parlamento donde se votará la investidura del próximo Gobierno y porque yo creo en las mujeres, niña. Os amo a todas... Soy un feminista romanticón. —Pancho subió y bajó las cejas dos veces seguidas enfatizando su condición de conquistador—. Estoy de tu parte. He visto cómo te eligieron portavoz de forma inesperada y tengo que advertirte: no te fíes de estos chavales, te la van a jugar. Esta película ya la he visto muchas veces. El Principito y los Pajes te van a utilizar y luego te echarán a la basura como un juguete roto. Piensan que estás calentándoles la silla mientras ellos se reorganizan, pero yo, Pancho Zaragoza, yo me voy a ocupar de cagarme en su puta madre y dárselas con queso.

—Pancho, por favor, cuida ese lenguaje que estamos en el Congreso.

—Disculpa, niña. Es la pasión... Quiero decir que los vamos a dejar con el culo al aire. Mejor dicho, con un palmo de narices. —Se chupó levemente el labio superior para mostrar su complacencia por haber hallado la locución precisa.

—Y dime, ¿cómo piensas ganarles la batalla a los muchachos? —La curiosidad de Marga se había despertado.

—Buscando apoyos fuera.

—Pancho...

—Ya sé, ya sé... Deja que te explique. En mi época, la política era segura, cosa de tipos con espíritu de agricultor. —Pancho encendió un segundo Lucky de boquilla roja—. Tú te apuntabas a un partido,

sembrabas amistades, esperabas sin moverte del sitio a que pasaran las estaciones y al final recogías tu cosecha de favores con toda tranquilidad. En cambio, ahora, niña, desde que surgieron Vox y Podemos, pero, sobre todo, tras la peste y el confinamiento, desde que existen Escarmiento y Dime España, por hablar claro, la política se ha vuelto insegura, un ecosistema para cazadores. Actualmente no hay dios que siembre un campo de amistades y recoja después su cosecha de favores porque las bandas de diputados recolectores de votos recorren el espectro político pagando traiciones, robando frutos y reclutando mercenarios. Los amigos políticos de antaño son las putas políticas de hogaño. La fidelidad partidista se ha transformado en simple superstición ideológica, en un «no adoréis a nadie, a nadie más que a Él» cantado al líder, falso e hipócrita, como toda adulación. Ya no quedan militantes, ahora los partidos se componen de *followers*, tornadizos e infieles. Algo parecido a lo que ocurrió cuando la caída del Imperio romano y la llegada de la Edad Media. Eso es..., estamos ante la Edad Media parlamentaria de nuestra reciente historia constitucional. Los principios y valores se prestan, se hipotecan y, mayormente, se revenden. Antes, a quien cambiaba de partido se le llamaba tránsfuga. —Pancho dio una chupada intensa a su cigarrillo y soltó el humo por la nariz—. Yo me cansé de escuchar esa palabreja a los del PP cuando me apunté a Ciudadanos, digo, perdón..., a Libertad-Libertad, sin embargo, hoy en día cualquiera puede romper la disciplina de voto de su grupo y afirmar aquello de que la libertad no es deslealtad.

—No creo que comparta ese discurso. —Marga se había puesto tensa, semejante deconstrucción de la nueva política podía indisponerla con el Principito y los Pajes.

—No importa, niña, yo he vuelto para hacerte el trabajo sucio. El tío Pancho será tu cazador de votos, tu ladrón de favores, y se ocupará de todo. Tú limítate a mostrarte feliz, das muy bien en las teles cuando estás contenta. —Pancho le guiñó un ojo a Marga—. Ah, y no vuelvas a decir la tontería esa de la Guerra Civil.

—Vale... ¿Y a cambio de qué? —Marga cruzó los brazos.

—¿Qué?

—No te hagas el despistado. Que cuánto me va a costar tu desinteresada colaboración.

—Si cazamos un cargo muy importante, querré ser tu jefe de gabinete. —Un cumulonimbo de humo de tabaco se dividió en dos para que la sonrisa de Pancho se abriera paso como un rayo de sol a través de la tormenta—. Desde que perdí mi escaño hasta que cumplí la edad de cobrar mi pensión lo pasé muy mal. Nadie me dio trabajo. Nadie, nadie... Niña, no hay quien emplee a un expolítico. Del Congreso te vas de cabeza al desempleo. Resulta imposible

reprofesionalizarse. No se fían de ti. Das mala imagen a la empresa que te coja... Por eso, si vuelvo será para tener un puesto desde el que me pueda reír de todos los que me humillaron.

—Esa no me parece una causa decente. —La diputada había fruncido el ceño.

—Créeme que no hay una causa más decente, niña. La venganza mueve montañas, es más fuerte que el amor.

—Yo creo en la política, Pancho.

—Yo ya no, niña. La política se ha convertido en una dedicación degradante. —Al dejar la colilla de su segundo Lucky en el platito, recuerdo de Mojácar, se le pudo ver en la muñeca una cadena con una chapa en la que debía poner su nombre y una cinta con los colores de la bandera de España—. Os pagan poco en comparación con la empresa privada o con el extranjero, os insultan, investigan vuestro patrimonio y el de vuestros familiares y, luego, del prestigio que tenía lo de ser diputado no queda nada..., del antiguo prestigio no quedan ni las raspas, niña. Antes, ser diputado era ser alguien, ahora ya no... Y todo esto si no os meten en la cárcel, claro, porque para los políticos sigue siendo legal el linchamiento. Una amiga de mi tierra, antigua miniministra del Gobierno regional, a la que dicen que le regalaron un reloj de mil euros, está cumpliendo más años de prisión que otra mujer con la que comparte centro penitenciario y que ahogó a su hijito en la bañera, lo cortó en trozos, lo metió en una maleta y lo abandonó en un campo de almendros. ¿Te parece qué, mi niña?

Al escuchar el caso de la madre parricida, a Marga le dio un tirón la cicatriz del vientre. Desde que, un rato antes, le habían venido a la cabeza el juez y Teresita, tenía una sensación extraña, como si el aire invisible del despacho albergara la cáscara de una figura sin espesor físico. No sabía si era el juez, que la acechaba, o Teresita, que la protegía.

Qué tontería.

—Hombre, Pancho —se sobrepuso—, no es tan así. Creo que exageras un poco. La actividad política cada vez resulta más exigente, cierto, pero, precisamente por eso, ahora se necesita mucha más vocación que antes para querer dedicarse a ella. Y mucha más ambición, que no es necesariamente mala.

—No te confundas, Margarita...

—Marga, Pancho. Margarita, no. Marga.

—Pues no te confundas, Marguita. —Sonrió con picardía—. En los buenos viejos tiempos, el salario bajo y el horario salvaje de la política lo compensaban el buen nombre y la foto en el periódico. Pero, ahora, por el mero hecho de dedicarte a la política ya eres sospechoso de corrupción y en el periódico no sales si no es para ponerte a parir. Vuestros hijos no se atreverán a decir en el colegio que su mamá es

política.

—Eso es verdad, aunque yo no tengo hijos. —Era incapaz de decir esto sin estremecerse.

—La ambición ha sido siempre el motor de la política, siempre, en eso tienes razón, niña. Pero, en el pasado, esa ambición se vestía de idealismo, de buenas intenciones o... —Pancho se quedó pensando un segundo cómo decir lo siguiente, se lamió primero el labio de arriba y luego el de abajo—... o de revancha social. Pero eso se acabó y actualmente la ambición de los políticos se presenta desnuda, en porreta total. ¿No te has dado cuenta de que nuestros candidatos hablan más de encuestas que de programas? O sea, que hablan más de cómo llegar al poder que de lo que harán si llegan. A este oficio tan bonito, mi niña, ya sólo se dedican los oportunistas, los aventureros y los charlatanes que jamás encontrarán un puesto en la empresa privada.

—¿Y tú a cuál de los tres grupos perteneces? —Marga miró al techo para armarse de paciencia.

—A ninguno de los tres. El tío Pancho, mi niña, no es más que un viejo lobo de este mar de eme que es la política que ya sólo aspira a proteger a la sirenita y que, claro, en justa correspondencia, espera después alguna dignidad que le reponga de tanto como le hicieron el vacío cuando tuvo que mendigar un empleo.

—¿Y por qué conmigo? —Esta vez la pregunta de Marga sí era sincera, sí iba en serio, sí esperaba una respuesta.

—Porque tú eres mi oportunidad y yo soy la tuya. —Por primera vez el personaje sonó convincente.

—De acuerdo, me lo pensaré.

—¿Me llamarás?

—Te llamaré.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Mira, niña, que yo sé cómo funciona esto y cómo se despide a una visita incómoda.

—Te llamaré, Pancho. Te lo prometo.

—Te quedas con una reserva mental...

—Sí, me quedo con una duda. No entiendo cómo encaja el estilo de política que me propones en una institución como esta.

—¿Cómo cuál?

—Como el Congreso de los Diputados, Pancho. Aquí ocurre todo lo bueno que le pasa a España. Aquí debería nacer el bien.

—Pues te equivocas, niña, en el Congreso ocurre todo lo malo que le pasa a España. Aquí nace el mal.

Se levantaron. Marga extendió su mano como despedida, pero Pancho, en lugar de estrecharla, se la cogió y la besó con delicadeza.

Entonces Marga pudo percibir el dulce olor a colonia pasada de moda que desprendía el personaje. ¿Atkinson, Varón Dandy o Álvarez Gómez? Una de esas.

—Se hará lo que se tenga que hacer. Tranquila, que tengo claras mis instrucciones —sentenció Pancho al darse la vuelta.

Marga quiso responder que ni de coña, que ni se le ocurriera..., pero la detuvo eso: su ambición. Todo aquello, empezando por el propio personaje, le parecía un despropósito. No pensaba que el Principito y los Pajes fueran a cortarle la cabeza. Anita de Mendoza le había dicho que era como una tía para ellos. Además, tampoco aspiraba a tanto, a seguir de jefa parlamentaria de los liberales y nada más. Bueno..., portavoz de Ele-Ele en el Congreso ya es un cargo muy importante, a decir verdad. Vale, pero no es un puesto ejecutivo y con presupuesto. Sin embargo..., ay, ese «sin embargo...», sin embargo, Pancho, pese a su espantosa puesta en escena, había hecho sonar alguna cuerda interior de Marga que ahora le susurraba al oído: «Deja que lo intente... Total, Marga, ni arriesgas ni pierdes nada. Pancho actúa por su cuenta y riesgo, ¿no? Y tú siempre podrás negarte a lo que te proponga o alegar que no lo conoces. Oye, y después de todo, ¿por qué no vas a ser ministra o secretaria de Estado cuando lo son tantos tarugos? Sí, ¿por qué no? Él es tu oportunidad y tú la suya...».

Como si hubiera escuchado ese monólogo interior, el personaje todavía añadió con la mirada fija en el suelo y sin volverse:

—No somos conscientes de que la vida no tiene marcha atrás hasta que empezamos a necesitar que la tenga.

Y Marga se quedó callada y pensativa viendo cómo el exdiputado Zaragoza se ponía el sombrero panameño, salía del despacho, pasaba por delante de las mesas de Reyes y Laurita, ambos con el mismo chaleco azul celeste, se despedía sólo de Laurita lanzándole un beso con la palma de la mano y seguía caminando con paso titubeante, como un barco con el peso de la carga mal distribuido, por el pasillo de despachos de la que en el pasado fuera su casa, hasta perderse tras una esquina.

En fin, otra vieja gloria que no se resigna, pensó Marga entonces. Lo más difícil de la política es la despedida. Los políticos, como las cantantes de coplas, no saben retirarse y suelen salir mal de la política. Marga era incapaz de recordar un político destacado a quien no se llevase por delante un escándalo o una salvaje renovación de personal en su partido, a ninguno que no se humillara para seguir una legislatura más o que no maldijera en público a la nueva dirección de su grupo por relegarlo a las últimas filas del Parlamento como a un trasto anticuado. Los políticos que saben irse a su hora son la excepción, la mayoría se queda demasiado tiempo y acaba contemplando cómo se pudre su quijotismo, cómo su vocación política

se transforma poco a poco en rutina profesional y finalmente en pura adicción al poder, a la relevancia social o al sueldo.

No, los políticos no saben marcharse y por eso terminan expulsándose unos a otros. De la política, me refiero, porque de la vida se marchan en paz y sin previo aviso como todo bicho viviente. Menos en un caso que el lector comprenderá al final de esta confesión, si es que lo comprende, si es que llego a terminarla.

La política es una droga. A veces Moncho bromeaba con crear una asociación de expolíticos anónimos para desenganchar a esos pobres que conviene que se olviden de la política porque la política ya se olvidó de ellos. Marga imaginó al hombre al que veía perderse por el fondo del pasillo, sentado en un corro de sillas con brazo para escribir y con una Biblia sobre las rodillas, diciendo:

—Hola, me llamo Pancho, vivo en la playa de Gandía y soy un amante de esos a la antigua que se apresuran para abrir la puertezuela del coche a las señoras y que puedan recogerse la falda al subir. Fui un exdiputado adicto a la política, pero llevo dos semanas seco; sin leer confidenciales, sin quedar a comer o cenar con nadie para conspirar, sin filtrar a los periodistas rumores malintencionados con la malsana intención de que se los atribuyan a una fuente anónima y sin preguntar insistentemente a mis compañeros qué hay de lo mío. Reconozco que aún tengo mono de cotilleos, embrollos, traiciones..., pero me considero desintoxicado. Aunque ya nadie me haga la pelota, me consuela que me quiera Jesús. Aleluya, aleluya.

—Aleluya, aleluya, Pancho. Jesucristo te ama por ser tú y no por el cargo que tuviste —contestaría a coro el resto de asistentes al círculo, todos políticos desenganchados de la política.

Bueno, pobre... Todos somos necesarios, concluyó Marga, lo mismo este hombre logra su resurrección política. Cerró la puerta del despacho y volvió a su escritorio.

Pancho Zaragoza, por su parte, salió del Congreso por la puerta de la calle Cedaceros cabizbajo, con prisa, sin saludar a nadie. Bajó por la cuesta de la Carrera de San Jerónimo. Cambió de acera. Tuvo que apoyarse un segundo en el pedestal de la estatua de Cervantes de la plaza de las Cortes cuando se le cruzó, y casi le pisó los pies, un adolescente con el cabello rizado volando sobre su monopatín. Y por fin, siguiendo una ruta que conocía de memoria, un itinerario que podría recorrer con los ojos cerrados cualquier diputado o periodista, se plantó ante la puerta del hotel Palace, ese hotel bajo cuya cúpula acristalada esperan los que, aspirando a follar con el poder en Madrid, acaban llevándose a la habitación a cualquier puta veterana y cara de las que allí beben solas.

El hotel, en su vida de más de cien años, además de templo del lujo cosmopolita y del elegante vivir sin trabajar, ha sido nido de espías, *suite* no nupcial de los toreros, hospital de sangre para comunistas, picadero de las estrellas de Hollywood, academia de sexo y desvirgue para las niñas de los indianos con los botones ejerciendo de catedráticos del tema, sede del ministerio de los cuernos durante el franquismo, fino burdel al sonar la orquesta del baile a la hora de la merienda, refugio del Gobierno cuando el Congreso fue secuestrado por algunos guardias civiles insomnes, oficina electoral del cambio socialista y hormiguero de japonesas.

Los nacionalistas catalanes clásicos, los de CiU, a la luz tenue de las lamparitas de su bar, tenían montada una gestoría. Cualquier empresario, asociación cultural o director de cine que lo necesitase podía acercarse a contratar la gestión precisada ante el Gobierno de turno. Por el bien de España, siempre por el bien de España.

Durante la Transición y la vieja política, cuando el ser miembro del Parlamento conllevaba buena reputación y respeto público, el Palace ofrecía descuentos para diputados buscando obviamente que los inquilinos del palacio de la acera de enfrente durmiesen en sus camas. Algunos ilustres miembros del Congreso tuvieron su apartamento en Madrid en una habitación del hotel. Según se contaba, los había incluso que dejaban en la recepción camisas, camisetas de tirantes, calcetines y calzoncillos para lavar, y trajes, azules en invierno y crema en verano, para guardar de una semana para otra, y que así viajaban el fin de semana de vuelta a casa sin maleta y sin prendas que olieran a perfume de mujer extraña. Este trato preferente en el hotel de la cúpula de cristal se acabó con el Gran Catarro Madrileño, después llamado peste del rodamundo o, más directamente, la rodamunda, al convertirse los políticos en enemigos del pueblo.

El portero del Palace se hizo a un lado cuando Pancho Zaragoza cruzó el umbral de la puerta principal del hotel. A continuación, nuestro personaje navegó por delante de los mostradores de recepción, subió unas escaleras alfombradas y evitó el pasillo que lo habría desviado al bar. Atravesó el gran salón redondo de la columnata y la cúpula de cristal como un cura viejo que enhebra la plaza de San Pedro del Vaticano musitando la lista de recados que recibió de la sobrinita de su cardenal. Y, entonces, cuando parecía que ya iba a perderse en la oscuridad del fondo de la planta baja del Palace, alcanzó su destino: la puerta china roja, áurea y negra que, bajo un cartel que reza Asia Gallery, da acceso a un recóndito restaurante oriental encajado igual de mal en la estética europea del hotel que un colmillo de oro en la boca de una joven chulapa.

En una mesita situada en una esquina del nebuloso comedor,

apenas alumbrada por la vela de un farolito chino de sobremesa de porcelana blanca, casi clandestinamente, sorbía sopa de un cuenco, sin reparar en lo que tuviera alrededor, un hombre de mejillas esqueléticas, ambarino como un muerto, con el pelo lacio y gafas con lentes de gota coloreadas de naranja. El calor de la sopa le empañaba las gafas. Pancho Zaragoza se sentó frente a él y resopló. El hombre, con la lentitud de un gran reptil, bajó el cuenco de sopa a su mantel individual de palitos atados, alzó la cara, contuvo un eructo y se mantuvo un rato en silencio.

Luego dijo:

—¿Le importa quitarse el sombrero, señor Zaragoza?

—Disculpa, Fausto. —Pancho se descubrió y mantuvo el sombrero sobre las piernas, cogido por las alas con las dos manos.

—¿Quiere usted almorzar?

—No, gracias. He quedado después con una prima que tengo en Madrid.

—Mejor para la bolsa de la causa, pero usted se lo pierde... En este restaurante se sirven exquisiteces..., y bastante bien de precio... Es de los pocos que mi dispepsia tolera sin torturarme después. —Le vino un nuevo eructo que esta vez no pudo contener y que, una vez liberado, al contacto con la llama del farolito de porcelana blanca, se inflamó produciendo una llamarada azul a cuya luz el rostro de Fausto Rancaño semejó el de un dragón.

—Ya he hablado con la niña. —La atmósfera entre los dos se había impregnado de aquella combustible halitosis a sopa china.

—¿Y qué? ¿La controlamos?

—Pues que come en mi mano, Fausto. La tengo en el bote. Puede decirse que soy su mentor. Votará al señor Cuervo.

—Mucho me parece...

—Es cierto, hará lo que yo le diga. Déjame trabajar. Con las mujeres soy infalible.

—Está bien, está bien... —Volvió a coger el cuenco y a sorber su sopa china—. Ahora, váyase ya. Si no desea almorzar, no conviene que nos arriesguemos a ser vistos juntos.

—Antes... Un segundo más... Antes, Fausto, necesito que me des un anticipo. —Pancho empezó a mesarse la barba nerviosamente.

—¿Un anticipo? ¿Cuánto? Señor Zaragoza, compramos votos, no expectativas de voto.

—Lo entiendo, lo entiendo, pero no pido mucho. Lo justo para mis gastos en Madrid. Ya sabes, tren de vida, taxis, vestuario, peluquería, pedicura... Calderilla... Lo necesario para el buen fin de la misión. Ten en cuenta que soy un pobre jubilado.

—El señor Cuervo dice que los diputados que se retiran cobran una pensión excesiva, de privilegiados, y que hay que cortarla y dar

ese dinero a los parados.

—En absoluto, no es cierto. Se trata de una leyenda urbana, Fausto. La misma pensión que el resto de los españolitos. Y, para más inri, yo me quedé en el paro y no coticé los últimos años.

—Ya... —Rancaño sacó y guardó la lengua muy deprisa como un camaleón cazando una mosca—. ¿Y cuánto dice usted que necesita, señor Zaragoza?

—Ya te he dicho, para mis gastos.

—Y para su primita de Madrid, ¿no?

—Pues también. —Pancho Zaragoza pensó en buscar la complicidad masculina de Rancaño añadiendo una frase con eso de «cuanto más primo más me arrimo», pero lo descartó rápidamente. Un lagarto como Fausto Rancaño sólo pudo haber nacido de un huevo.

—¿Se arreglará con cinco mil?

—Bueno, no es mucho, pero menos da una piedra.

De una cartera rectangular con correa para llevar en bandolera que tenía en el suelo, junto a sus pies, Fausto Rancaño sacó un sobre y se lo ofreció.

—Tenga.

—¿Cinco mil?

—Cinco mil. Y lárguese... Que Dios lo bendiga. —Pancho Zaragoza no se movió. Le sudaban las palmas de las manos—. ¿Y ahora qué quiere?

—Fausto, ¿sabe el señor Cuervo el servicio que estoy prestando?

—Lo sabe.

—¿Te has enterado de lo que está pasando en Ceuta y Melilla? ¿Cambiará eso nuestros planes?

—Ni lo sueñe. ¿Quién le dice que eso no lo esté instigando nuestra propia Falange para enrarecer el clima político? Zaragoza, el día en que el señor Cuervo sea presidente del Gobierno volveremos a expulsar a los moros, los comunistas, los invertidos y los masones de España. Y el servicio que usted presta a la causa será recompensado con creces como le prometí.

—Muchas gracias.

Cuando poco después Pancho Zaragoza, de nuevo con su sombrero blanco encajado en la cabeza, salía del restaurante oriental caminando inclinado hacia un lado, Fausto Rancaño lo miró con inexpresión sonriente de varano de Komodo, se cubrió la boca con el cuenco de sopa china, ahora ya fría, sorbió y pensó: «En política, los muertos regresan siempre, lo que no significa que resuciten, porque la mayoría regresa sin resucitar, salen a flote, y lo mismo ocurre con todo. La muerte es para siempre, aunque se vuelva a la vida». E hizo un gesto para llamar al camarero y pedirle una servilleta limpia con que cubrir el trozo de mesa sobre el que el señor Zaragoza había

apoyado las mangas milrayas de sus antebrazos.

Las historias de políticos tienen el inconveniente para el público de que la acción se produce en los diálogos, de que la trama es la conspiración en sí misma y que, por tanto, tras mucho hablar, la puñalada, el disparo, el derramamiento de sangre..., no llega hasta el final. Si es que llega... Son monótonas como partidos de baloncesto en los que se va y se viene de un campo a otro hasta que en el último segundo alguien resuelve el empate con una canasta que, igual que una estocada definitiva, decide un vencedor y un perdedor. En las historias de políticos el argumento repta alrededor del lector sin sobresaltarle, principalmente porque la propia política es así: taimada, sinuosa, falaz.

No es el caso, sin embargo, de esta confesión que ahora mismo estoy redactando bajo una antigua y mortecina lámpara de despacho con unos jinetes ingleses en la caza del zorro pintados en la pantalla de pergamino que tan elegante le parecía al juez. Aquí hay política, desde luego, y competición por el poder, descarnada, pero el asunto principal no es la conspiración, sino la reviniente que la inspiró o que se escondió tras ella. Por eso, aquí la muerte está a punto de volver a presentarse, pasar su guadaña y deshacer cuanto se suponía hecho.

CATORCE

A Marga Saavedra le pareció que Walt Whitman se había colado en el Congreso cuando pasó rozando al viejo Moncayo que estaba sentado en el Escritorio del Reloj releyendo diarios antiguos.

—Este tipo se parece a Walt Whitman —se dijo.

Es el Escritorio del Reloj un saloncito auxiliar de paso, situado tras el Escritorio de la Constitución, en la trayectoria que une el Salón de Sesiones con el despacho de Presidencia del Congreso. Se utiliza para reuniones repentinas, preparar discursos improvisados o hablar por teléfono. Lo preside un reloj astronómico de casi tres metros de altura creado por el relojero suizo Alberto Billeter en 1857, que mide el movimiento del sol, la tierra y la luna, la temperatura, la presión atmosférica, la humedad del aire, las estaciones, los meses, los días, los solsticios y los plenilunios, la ecuación del tiempo, los signos del zodiaco y que además da la hora en veinte lugares del mundo, incluyendo España, por supuesto. Pienso que está colocado cerca del hemiciclo para que los diputados sean conscientes de que afuera de su zona VIP los minutos fatalmente transcurren, la vida pasa, la realidad existe.

Por alguna razón, al viejo Moncayo le relajaba acomodarse a leer la prensa ahí mismo, escuchando el tiempo cumplirse como quien escucha el mar de fondo. Precisamente al viejo Moncayo..., para quien el tiempo no transcurría. En fin... Y cada vez que se sentaba en ese Escritorio, el reloj astronómico perdía la hora. En los últimos meses, el relojero del Congreso mantenía al ingenio astronómico en observación como si fuera un enfermo crónico; ninguna causa mecánica explicaba aquellos frecuentes desajustes horarios, ni siquiera las moscas verdosas que ahora aparecían de vez en cuando atrapadas en alguna de sus esferas.

Cuando se cruzó con él, Marga iba camino del despacho del presidente en funciones, Miguel Betancor, para presentarle sus respetos como nueva portavoz de Libertad-Libertad. El viejo Moncayo aún no era consciente del papel decisivo que la diputada acabaría jugando en esta historia, sin embargo, al percibirla pasar advirtió algo en el aire que le llamó la atención. Pese a la discreción con que circulaba, el aura de los escogidos iba con ella. Para el viejo Moncayo, de forma asombrosa, aquella parlamentaria que acababa de sobrepasarle desprendía el magnetismo agridulce de las personas

disputadas a muerte por Dios y Satanás, de aquellos seres especiales que no saben que lo son y que no se han inclinado todavía por el bien o por el mal, pero que podrían hacerlo igualmente hacia un lado u otro desequilibrando así la balanza en que se pesan el Creador y su antagonista.

El viejo Moncayo alzó la cabeza del periódico amarillento como si lo alertase la trayectoria de una estrella fugaz silbándole en el oído, pero era tarde, la diputada ya se estaba yendo y no supo si contemplaba marcharse a una niña mártir o a una niña asesina.

¿Cómo era posible que fuera esa la elegida si seguro que la había visto un millón de veces antes sin notarle nada distinto respecto al resto de miembros de la Cámara? El sepulcro descubierto, la peste, los tábanos y las ratas que habían regresado, la sombra con forma de perra alana y ahora ella..., y ahora la elegida descubierta por casualidad en una diputada que siempre estuvo ahí, delante de sus ojos... ¿Cómo podía haberse vuelto tan ciego? Todo iba demasiado rápido.

El final se estaba precipitando.

—Señoría, señoría, señoría... Tantos años de espera... ¡Señoría, por favor...!

Nada, se le escapaba.

A Marga, esa voz cascada que escuchó por detrás y que no la detuvo le provocó un pinchazo en la antigua cicatriz del vientre. Sus recuerdos más terribles, las sensaciones más dolorosas la llenaron como si fuera un tubo de ensayo a merced de un grifo. Y le pareció que el juez le decía por dentro: «No te detengas». Y Teresita: «Vuélvete, escucha al viejo». E iba a hacerlo, iba a girarse, pero el presidente Betancor ya la estaba esperando a la puerta del despacho con las manos extendidas, ofreciéndole un abrazo y con el rostro iluminado por esa larga sonrisa guanche de los canarios, inconfundible, inimitable, de hamaca.

Sin saberlo, el viejo Moncayo perdió su mejor oportunidad de evitar cuanto después acabaría ocurriendo, si es que esa era su verdadera intención. En efecto, todo iba más rápido de lo que él suponía.

—Bienvenida, portavoz. —Miguel Betancor la cogió por los hombros y le dio dos besos mientras con la punta del zapato sostenía la puerta abierta y la invitaba a entrar con un elegante gesto de la mano.

—Gracias por recibirme, Migue.

—¿De qué vas, Marga? ¿Cómo no iba a abrirte la puerta de mi despacho si ya tienes abierta la de mi corazón?

Entraron. Primero, Marga.

El despacho del presidente del Congreso de los Diputados

sorprende por su austeridad y por ser más bien pequeño. Por faltarle, hasta le falta una estantería y algunos libracos de esos hermosamente encuadernados, aunque ilegibles por sus hojas de Biblia y sus letras diminutas, que deben de venderse por metros para decorar las estancias de la política institucional. Se diría antes una salita donde entretener a las visitas que un despacho oficial. Destacan en su decoración previsible las pinturas pompeyanas del techo, la gran lámpara de cristales que ilumina la habitación como si ahí se fuera a bailar y un tresillo isabelino tapizado de seda roja con pasamanería. En una de esas butacas bajitas tomó asiento Marga. Se tuvo que doblar por la mitad para poder sentarse, incómoda, además, por lo mullido del almohadón y lo largo de su falda.

Miguel Betancor, del PP, canario, canarión para ser exactos, presidente en funciones del Congreso, era uno de los líderes indiscutibles de su grupo. Ramón Bayo y él, camaradas en mil batallas, íntimos amigos desde que se conocieron cuando de novatos fueron relegados juntos a los escaños del balconcillo de la derecha del hemiciclo, se complementaban como mellizos. Y eso que no podían ser más distintos el uno del otro. La hondura, la flema, la ironía y la discreción de Ramón se transformaban en superficialidad, despreocupación, fanfarronería y sentido del humor cuando se trataba de Miguel. Marga pensaba que conformaban el típico par de chicos que cualquier dúo de amigas divorciadas sueña con encontrarse un jueves por la noche tomando una copa; guapos, animados, cómplices..., aunque tan distintos que luego cada amiga puede elegir con cuál acostarse sin discutir con la otra. Claro que Marga también daba por hecho que un tipo seco como el salmantino sólo podía gustarle a ella, típica suposición mágica de las que se enamoran después de los cuarenta.

El presidente Betancor era alto y corpulento, con el pelo rizado y cargado de espaldas. Sobresalían en su rostro los labios apretados y gordos, como de bebé grande recién arrancado de la teta. Y le faltaba cara para tanta sonrisa como llevaba desplegada en esa boca satisfecha. Su acento caribeño le confería una dulzura característica que él sabía perfectamente explotar a conveniencia.

Su estrategia personal consistía en mimar las relaciones sociales. No cabía esperar de él un discurso brillante, tampoco un análisis ingenioso, ni siquiera que fuera capaz de tomar una decisión comprometida, pero, eso sí, jamás nadie se aburrió a su lado, y esa es otra forma de prosperar en política, quizá la más efectiva.

—Bueno, Migue, que digo que no tenías obligación de... —siguió Marga entre confusa y halagada—. Yo soy de la vieja escuela y me gusta respetar los formalismos.

—Pero, chacha, si somos cuñados —le guiñó el ojo—. Va a ser

divertido contemplaros a Monchito y a ti en la Junta de Portavoces, tan seriotes los dos... Incluso alguna vez discutiendo... ¡Ños!, qué risa me dais.

A Marga y Ramón, como a todas las parejas de amantes condenadas a la clandestinidad, les satisfacía pensar que existían personas, contadas personas, en las que podían confiar y que estaban al tanto de sus sentimientos, con las que podían hablar abiertamente de su relación. Que su amor no estaba necesariamente condenado a la soledad, al anonimato, a perderse en el vacío... «¿Se lo has contado a alguien?», esta suele ser una de las primeras preguntas que un amante le hace al otro para sentirse seguro. Si se lo ha contado a alguien es que va en serio, que a él o a ella tampoco le caben tantas emociones en el pecho. Marga sabía que Migue era el confidente de Moncho, y eso la hacía sentirse muy cómoda en su compañía.

Y más si se piensa que Migue era un conquistador renombrado. A las mujeres nos divierten los pichabravas a los que podemos acercarnos sin peligro como si acariciásemos a un león sin hambre; nos transmite cierto tipo de seguridad masculina en nosotras mismas, nos complace escucharlos presumir de sus éxitos. El sueño de las chicas de mi generación consiste en tener un buen amigo gay y otro donjuán a nuestro lado, siempre y cuando no nos guste ninguno de los dos, obviamente. Nadie mejor que ellos para aconsejarnos cómo maltratar al resto de los hombres.

Las aventuras amorosas entre políticos o entre políticos y periodistas son frecuentes y, con la única excepción de Marga con Leo, primero, y con Moncho, después, se asientan sobre el poder como único tema de conversación; sin política no hay de qué hablar en este tipo de parejas. No importa en qué siglo estemos, es lo mismo, porque los duques y condes de antes, por ejemplo, son los secretarios generales y secretarios de organización de ahora. La única diferencia estriba en que los cargos de partido no son todavía hereditarios. Todavía...

¿Y quién ha dicho que los que se dedican a la política sean capaces de vivir una vida simple? Pues no, al contrario. Los políticos no saben ni estar a solas ni descansar, de ahí que tampoco sean capaces de sobrevivir con sencillez. Y hacen política hasta en la cama, con el pijama puesto, durmiendo... Los amantes en política, si no amasen al poder más que a nada, no tendrían razón para amarse entre ellos, no se acostarían. O se follarían como sordos que no conocen el lenguaje de signos.

Menos Marga y Ramón, lo suyo era amor verdadero. A veces pasa que dos políticos se enamoran de verdad y cuando ese maldito milagro ocurre siempre acaba conduciendo a sus carreras políticas a la catástrofe. No se puede ejercer la política con el corazón caliente. Con

la cabeza vacía sí, con el corazón lleno no. Al menos, eso opinaba Migue.

El presidente en funciones Betancor, en cambio, estaba enamorado de las mujeres en general, y de la buena vida, se entiende, pero de ninguna en particular, así no la cagaba bien cagada.

Disfrutaba siendo un político con poco que hacer.

—Marga, mi amor, sigue mi consejo: ahora que ya estás arriba, déjate llevar, flota... Disfruta de tu nuevo cargo, chacha. Como decía Pío Cabanillas, o Jesús Posada, o los dos, no sé, no ha nacido el político que resuelva un problema. Cuantos lo intentan caen, se vienen abajo. Mírame a mí. —Al abrir los brazos para autoseñalarse con sendos pulgares, un efluvio de fragancia de caballero comprada en el aeropuerto envolvió a la diputada Saavedra—. Me levanto cada día sobre las nueve, desayuno leyendo el *ABC* y *La Razón*, si no tengo que presidir el pleno me largo al Club de Campo a echar unos hoyos y que me dé el sol, luego suelo almorzar con alguna novia y después..., si después se me ocurre pasar por el despacho y tomar alguna decisión..., ¡es entonces cuando la cago, chacha! Si no vengo al trabajo, no meto la pata, ¿lo ves?, y a todo el mundo le parece que lo hago de puta madre, chacha.

—No me puedo creer que seas tan sinvergüenza, Migue.

—Chacha, chacha, chacha..., no te equivoques con el chacho. No es desahogo, es realismo. Cada vez que te encuentres con un embrollo político, ¡no lo toques! Si lo tocas, sólo puede ponerse peor. Nosotros estamos para que haya alguien llenando el cargo, no para solucionar nada. Somos el relleno institucional, chacha. España funcionaría igual de mal sin políticos, pero no lo sabe... Si seguimos empeñándonos en hacernos notar, los tipos se darán cuenta y prescindirán de nosotros, ¿lo ves?, pondrán un ordenador al frente del cotarro y a nosotros nos tocará trabajar de verdad.

—Como te pasas, Migue. —Marga se reía.

—¿Crees que estoy de guasa? Pues, no, chacha. Fíjate que los periodistas creen que soy listo porque nunca hablo.

—Pues tu amigo Moncho no piensa como tú. —Marga seguía riéndose—. Él y yo estamos en política por convicción y no renunciamos a transformar la realidad.

—Chacha, chacha, chacha..., mi hermano Monchito siempre ha sido un pastelero, pero de ahí a que ahora os hayáis convertido en Franklin y Eleanor Roosevelt media un abismo... Si quieres durar, hazte invisible, mi amor.

—¿Entonces no harás nada para evitar el Gobierno del Cuervo?

—¿Yo?

—Sí, tú, el presidente en funciones del Congreso, tú...

—Pues no, nada. Si puedo estaré siempre con la mayoría. Y

decidiré en qué lado están los míos cuando sepa quiénes han ganado. ¿Has oído aquello de que ganarán los míos, aunque aún no sé cuáles son? Podría haberlo dicho yo...

—¿Y si Moncho se opone?

—¡Ños!, pues tendré que pedir a los que acaben mandando que le perdonen la vida a Monchito, ¡otra vez!, y volveré a salvarle la cabeza política, chacha.

—No te creo, Migue.

—Piensa lo que te parezca, cuñada.

—¿Qué te dice la nariz?

—Que no hay nada que hacer. Que después del desastre que fue la gestión del Gran Catarro godo, de la crisis económica que se nos vino encima y del ridículo que hemos hecho, los que mandan, que no somos los políticos, por supuesto..., ya han decidido que España necesita al Cuervo. Mi amor, ponte detrás de la mayoría antes de que la mayoría te aplaste.

Marga salió confundida de aquella entrevista. Si ese iba a ser el espíritu imperante en el PP, todo estaba perdido y Moncho se iba a estrellar. Caminando de vuelta a su oficina, le dio la sensación de que el Salón de Conferencias estaba demasiado vacío. No, mejor, de que ahí había presente alguien invisible que transmitía frío, tristeza y eso..., vacío.

En el Congreso empezaba a faltar el oxígeno, entre sus muros la asfixia resultaba ser una sensación atmosférica.

Quince

Algunas horas después de que Marga pensase que le faltaba el oxígeno y que allí la asfixia era una sensación atmosférica, aunque desde luego antes de que se pusiera el sol, Ramón Bayo se citó con Pere Pau Marrón, portavoz de los socialistas, en ese mismo Salón de Conferencias del Congreso, conocido coloquialmente como de los Pasos Perdidos. En esas jornadas en que los diputados electos todavía no han llegado con sus acreditaciones a Madrid para tomar posesión del escaño, las estancias principales del viejo palacio son las más discretas ya que todavía permanecen solitarias y a media luz.

Esta amplia dependencia, llamada Salón de Conferencias o de los Pasos Perdidos, en la que no queda un hueco o rincón por dorar, tapizar o historiar y que ocupa el trayecto que va de la puerta de los leones al hemiciclo después de atravesar un vestíbulo elíptico, podría ser al tiempo un cementerio de españoles ilustres, una plaza de pueblo y la antesala de un burdel de la Restauración borbónica.

En efecto, la primera impresión que se recibe al cruzar su umbral es que tanto padre de la patria retratado en los medallones o en los bustos de mármol y tanta suntuosidad sólo pueden albergar una fosa común de diputados y otras excelentísimas personalidades y servidores del Estado, que bajo la moqueta y los mármoles del suelo deben descansar en paz las calaveras que corresponden a los rostros de todos los personajes pintados en el friso del salón.

Después, si una asiste cualquier miércoles por la tarde al Congreso y ve a los diputados salir del vecino Salón de Sesiones cogidos del brazo para demorarse conversando de pie en el de los Pasos Perdidos, cruzar miradas cómplices entre veteranos o hacerse los encontradizos con los ministros que allí se exponen para ser agasajados, lo normal es que también piense que está en la plaza del mercado de ese pueblo minúsculo y endogámico al que llamamos «la pomada», o sea el pueblo de los poquitos que se enteran de lo que pasa en Madrid. En el Salón de Conferencias, durante la celebración de los plenos del Congreso, a media voz, se venden canonjías, carreteras y favores judiciales, y se compran citas para cenar y lo que surja, crímenes de partido y recomposiciones del himen de la fidelidad al líder.

Pero si transcurrido un minuto volvemos a reparar en la decoración de este salón, contemplándolo ahora con la vista ya acostumbrada a la prodigalidad del pan de oro, de la mesa central de

ágata con sirenas que fue regalo de bodas del zar de Rusia a la reina Isabel II y de la luz áurea que proyectan dos grandes lámparas cobrizas que penden de sendos altos cordones revestidos de tela bermeja, pronto nos poseerá la certeza de que semejante exceso teatral está traído de las mancebías de alto copete de cuando los señoritos, excitados de tanto pellizcar el culo a las sirvientas, se entretenían fuera de casa.

En su círculo de sofás de espaldas pegadas a la pared, tapizados de terciopelo rojo descarado, servidora es capaz de imaginarse, a finales del siglo XIX, al señor obispo, al coronel de artillería, al señor concejal de saneamientos, al ilustrísimo cronista oficial de la villa, al ingeniero de minas o a su señoría del juzgado de primera instancia e instrucción conversando amigablemente entre todos ellos, chistera y guantes en mano, fumando puros, aguardando a que salgan la Mandamás, la Gabacha o la Gitanilla, que no le hacen ascos a nada y la chupan con arte, y comprometiendo la formación de un nuevo Gobierno, la adjudicación de una línea de ferrocarril o la construcción de otro pantano, mientras educadamente respetan la vez. Si se le devolvieran al Salón de los Pasos Perdidos las escupideras que antaño debieron repartirse por sus rincones, el escenario de sala de espera de las tusonas se consumaría.

Esa tarde noche, sin embargo, todo era penumbra y silencio donde los Pasos Perdidos, y Ramón Bayo y Pere Pau Marrón se sentaron, casi imperceptibles en la amplitud recargada de aquel espacio, en una de las esquinas encarnadas del salón, uno al lado del otro como en una parada de autobús, rozándose rodilla con rodilla.

—Mira, esto es lo que va a pasar —dijo Ramón, y se sacó la punta de la corbata del pliegue formado entre su camisa y el cinturón de su pantalón al inclinarse hacia adelante—. Nos van a machacar... A ti y a mí nos van a machacar.

—Explícate, Ramón. —El portavoz del Grupo Socialista en el Congreso era catalán y gastaba acento catalán, mofletes rosados de *botiguer* catalán y camisa catalanista color ala de mosca, aunque también resultaba palpable, por su modo sentencioso de razonar, que su familia había emigrado a Sant Adrià de Besòs desde lo profundo de La Mancha.

—La leche, macho, el tema ya está en marcha. Entre los de Escarmiento, los míos sin mí, los de Ele-Ele sin Marga y una parte de los tuyos sin ti, van a formar una mayoría nacionalista española y se van a hacer con el control de todo.

—¿Y Baldomero Cuervo presidente? *Redéu*...

—Pues ya lo sabes, ese es el tema. —El diputado Bayo recuperó su posición erguida como si un muelle lo levantase, indicando así que el mensaje ya había pasado a su interlocutor.

—¿Y quiénes dices que son los míos que se van a apuntar a la Falange?

—Los de Cristianos por el Socialismo de Paco Arroyo.

—*Cordons*..., ¿tú has visto a Paco?

—No. Lo sé por el presidente Paraíso.

—Menudo soplapollas. —A Pere Pau la barriga le ocupaba tanto que forzosamente estaba sentado con las piernas abiertas y las manos sobre las rodillas; ahora alzó las manos para enfatizar su desagrado.

—Totalmente... ¿Se sabe algo de Paco?

—Nada de nada, Ramón. Dicen que se ha fugado con Mercedes Martínez, la letrada esa bajita del pelo cortito. Una que no tiene tetas. Mi madre decía: «Hombre parado, malos pensamientos».

—Sí, eso me han contado, pero no sé, se me hace bastante raro. —No se le iban del pensamiento ni el diente humano ni el *Informe espantoso* que ya había empezado a leer—. ¿Tú te crees eso de Paco y Mercedes?

—No, no lo veo... Dios sabrá... —Pere Pau infló los carrillos para mostrar su desconcierto como si no tuviera el rostro lo suficientemente circular.

Una sombra con forma de perra alana española que, desde que los dos portavoces entraron en el Salón de los Pasos Perdidos, se proyectaba sobre las paredes dando lentas vueltas a su alrededor, se detuvo bruscamente al escuchar mentar a Dios y, deslizándose por el pedestal, se situó sobre el rostro del busto de don José María Queipo de Llano, séptimo conde de Toreno, poniendo vida de sombra chinesca en sus gruesos labios y en sus ojos apagados.

—Debemos impedirlo —prosiguió Ramón—. Por el bien de España, por nuestro propio bien...

—¿Y cómo, *noi*? Si tú y yo somos los portavoces del PP y el PSOE y pasan de nosotros... Y Marga..., a Marga la eligieron ayer, ¿no?, *cordons*, pues sí que la han vendido pronto... *Doncs bé*, ¿qué podemos hacer frente a nuestros respectivos partidos? Yo, de momento, voy a llamar a capítulo al yayo Paraíso. ¿Puedo decirle que me lo has contado tú?

—Claro que puedes... Salí de esa reunión echando espumarajos por la boca. Dile que yo te lo he contado... Por cierto, ¿has visto lo que está pasando en Melilla y no sé si también en Ceuta? La leche...

—*Quina calamitat*... Me ha llamado el ministro del Interior en funciones. ¿A ti también?

—Sí, a mí también.

—Parece que ya hay muertos en los dos lados. No sólo moros, ¿eh? Igualmente hay varios policías antidisturbios fallecidos. Esto se nos está yendo de las manos, pobre Estado...

—Pobre España.

—Pobre Estado, Ramón, no me incomodes.

—Oye, macho, ¿no iréis a pactar con el imán del Arcoíris? Dime que no...

—*Perdó?*

—Que no vais a participar en un Gobierno revolucionario con los musulmanes, los de Bildu, los de Podemos y el resto de los enemigos de España. Tranquilízame...

—*Cordons*, Ramón, todos esos son progresistas, tienes que entenderlo... Imagina lo que piensan nuestras bases al respecto: les encanta la idea. Y, además, recuerda que en campaña prometimos que con cualquiera que vaya contra el PP.

—La leche, Pere Pau, la leche, macho... Las bases, los militantes, no son los votantes, son mucho más radicales. El próximo Gobierno debería ser de concentración de las fuerzas de centro por el bien de la Constitución; vosotros, nosotros y los de las dos eles. Piensa en España, disculpa, en el Estado y en Cataluña.

—*No pot ser*.

—Pero ¿por qué? Después de todo lo que se ha sufrido con la peste..., de los muertos, de la ruina... Contesta con un razonamiento que yo pueda entender: ¿por qué...?

—Porque sois muy fachas.

—Vete a la mierda... Necesito que me ayudes a formar una mayoría de centro y evitar que España caiga en manos del Cuervo o del imán.

El socialista frunció los labios, miró al suelo y resopló. Así daba a entender que le costaba, pero que veía el escenario que el popular le estaba mostrando.

—Me cuesta, pero veo el escenario que me estás mostrando. ¿Podríamos contar con Marga y los suyos?

—No lo dudes. He quedado con ella esta noche para convencerla.

—*Doncs*, ya me dirás qué te dice y entonces te diré yo... Si el presidente fuera del PSOE, entonces a lo mejor... Pero no te hagas muchas ilusiones, *noi*, que a mis huestes les importa más el con quién que el para qué.

—Como a todos, Pere Pau. Por desgracia, como a todos... Esta es la patria de los chupasangres políticos, ya te lo he dicho antes...

—Sí, en el Estado español se discute de políticos, no de política.

—Y últimamente ya ni eso. Encuestas..., los políticos sólo hablamos de encuestas...

En ese instante empezó a ser audible un rumor de sirenas de policía que poco a poco se iba haciendo más intenso. Y tan próximo que resultaba obvio que los coches de policía se estaban concentrando ante la mismísima puerta del Congreso de los Diputados.

—Un momento, Ramón, ¿oyes eso? Suenan muy cerca, *cordons*,

igual que si las tuviéramos encima.

—Sirenas, ¿no? Muchas sirenas ahí fuera... La leche, macho..., ¿qué será?

Ambos políticos consultaron sus teléfonos móviles, mas no encontraron ningún mensaje urgente que aclarase aquel estruendo de alarmas.

El busto de don José María Queipo de Llano, séptimo conde de Toreno, esbozó una sonrisa umbrosa al arrugarse la sombra que lo cubría como cubren las gasas de seda negra las imágenes de los santos en cuaresma, y una mosca sarcofágida se posó sobre su nariz. La sombra sabía que algo terrible iba a suceder de inmediato.

Se bajó del busto, se deslizó por el suelo del vestíbulo elíptico y se escurrió por debajo de las puertas de la calle, antes de que sonaran los disparos, para asistir en primera fila a la ejecución.

DIECISÉIS

Las televisiones de los hoteles son tristes. Están acostumbradas a ser miradas sin ser vistas, a pasar desapercibidas, a formar parte de una decoración impersonal. Se encienden sólo para hacer compañía, para producir sonido ambiente, para participar de ese algo indeterminado que se contempla tumbada vestida o sentada con la falda desabrochada sobre la cama. Son tristes porque se las mira con tristeza.

Además, tras el Gran Catarro Madrileño, los mandos a distancia de las televisiones de los hoteles se encuentran dentro de una bolsita de plástico transparente. Se trata de una de esas medidas higiénicas que se adoptaron entonces y que se han quedado para siempre, igual que lo de ofrecer dispensadores de gel bactericida a la entrada de todos los establecimientos públicos. Esos mandos a distancia en su preservativo también contribuyen a la tristeza de las televisiones de los hoteles.

Frecuentemente, los amantes encienden la televisión de la habitación del hotel cuando, después de hacer el amor a media tarde, el deseo ya sofocado, llega el momento de regresar con sigilo a la realidad, despedirse y salir cada uno por su lado. Las despedidas rutinarias de los amantes tras la siesta son tan tristes como las televisiones de los hoteles y quizá por eso, al recoger la ropa interior que quedó desperdigada por la moqueta, suele ser la televisión del hotel encendida la que llena el silencio.

Mientras ella se ducha, a medio vestir y sentado en la silla del escritorio, él se ha cubierto la cara con las manos. Tiene prisa porque ella se marche, sabe que en cualquier momento llamará Charo y le gustaría responder a solas. Es incómodo hablar con su mujer con ella delante. Hace un instante, los dos desnudos uno sobre otro en la cama, le ha estado hablando con dulzura y ahora no quiere que ella le escuche utilizar ese mismo tono cariñoso para hablar con Charo.

Llevan muchos años en esta situación, desde que tenían poco más de veinte y ambos eran solteros. Ella también está casada, aunque no tiene hijos. Él sí, él tiene dos niños. A veces, él le dice a ella que si no fuera por sus hijos se divorciaría y haría pública su relación, pero ella, que sabe que no está diciendo la verdad, corta en seco esa promesa y le recuerda que, aunque se divorciase, tendrían que seguir siendo amantes porque ambos son políticos.

Él asistió a la boda de ella y ella a la de él.

Ella lo quiere más, por eso se enfada con él más a menudo. También lleva la relación con más naturalidad. No es un amor oculto, sino disimulado, sostiene.

Ella es el hombre de la pareja.

Ha encendido él la televisión, preventivamente, para que ella, desde el cuarto de baño, no oiga si suena el teléfono y no le oiga mentir a su mujer diciéndole que está con unos compañeros en una cafetería y que le llamará en un ratito. Se ha hecho tarde y es probable que Charo llame antes de dar la cena a los niños.

Es casi la hora del telediario de la noche. Oye, absorto en sus pensamientos e inquietudes, un runrún con el anticipo del sumario del informativo que vendrá en breve.

Una locutora en *off* —de fondo imágenes de coches y neumáticos ardiendo, comercios saqueados, jóvenes con el rostro cubierto por pañuelos palestinos lanzando cócteles molotov y la valla de España con Marruecos cerrada ante largas colas de vehículos y personas— dice:

—Se agravan los disturbios en Melilla y aumenta la tensión en Ceuta. El Gobierno de Marruecos ha advertido de que reaccionará antes que tolerar un baño de sangre en las ciudades autónomas. Cinco estudiantes musulmanes han muerto ya en los enfrentamientos con las fuerzas del orden, también hay cuatro agentes heridos de gravedad, dos de ellos podrían haber fallecido a esta hora. Mientras tanto, en Madrid continúan las negociaciones para formar Gobierno. El imán Haidar al Isbani ha mostrado hoy su disposición a presidir un Ejecutivo amplio del Pacto del Arcoíris y se reservaría para su movimiento Dime España las carteras de Interior y Educación.

Entra entonces un vídeo en el que se ve al imán en lo que no se distingue bien si es una mezquita pequeña o la trastienda de un comercio deficientemente iluminado, con los ojos entornados y el rostro alzado, apuntando a la cámara con su afilada barba, proclamar en un español sin ningún acento en particular:

—Alá, santificado sea su nombre, ha querido que el miedo se haya pasado al enemigo en al-Ándalus. Estamos dispuestos a formar un Gobierno plural, multicultural, multiétnico, inclusivo..., mestizo..., que vele por la sanidad universal, que abra las fronteras con generosidad y regularice a todos los inmigrantes.

Sigue la locutora:

—No se ha pronunciado, sin embargo, sobre los sucesos de Melilla. Tampoco lo ha hecho Baldomero Cuervo, el controvertido líder del partido Escarmiento, quien hoy ha entrado por primera vez en el Congreso de los Diputados.

En la pantalla, entonces, aparece don Baldomero Cuervo,

menudo, falconiforme, carroñero, acompañado por Fausto Rancaño, pero este un paso atrás, con sus gafas coloreadas de naranja y su cartera colgada en bandolera, y por unos cuantos jovencitos con ternos azul marino, corbatas negras y gomina en el pelo que miran desafiantes con una media sonrisa, y ante un conjunto multicolor de micrófonos de prensa masculla como si estuviera proponiendo un cohecho:

—Si vuelve a producirse una epidemia como el Gran Catarro Madrileño, prometo que expulsaré a los diputados del Congreso y convertiré el edificio en un hospital para pobres. El hemiciclo se puede vaciar y en su espacio construir en menos diez días tres plantas de UCI. Ya está bien de tantos saqueadores del pueblo. España pide a gritos una sangría para recuperar su fortaleza.

Regresa la voz en *off*, ahora sobre imágenes de archivo de Ramón Bayo abriendo la puerta de su despacho:

—Quien sí ha dejado clara su posición sobre el posible nuevo Gobierno ha sido el portavoz parlamentario del Partido Popular. En declaraciones ante los periodistas destacados en la Cámara Baja, ha confesado que antes se dejaría matar que apoyar un Gobierno de Escarmiento.

En ese momento, ella sale del baño y dice:

—Ramón no debería dar ideas. Tanto los fachas como los podemitas moros son muy capaces de tomarse al pie de la letra eso de matarlo.

Se ha vuelto a vestir. Está muy guapa. Huele a su perfume de diario, ya no a sudor y sexo como hace unos minutos. Sólo no se ha mojado el pelo para evitar las sospechas que levantaría si llega a casa con el cabello empapado de verdad, sin fijador. A él le dan ganas de volver a desnudarla, de bajarle los vaqueros y que todo empiece otra vez, pero es muy consciente de que se ha hecho tarde. La tristeza los ahoga juntos con sus nudos de garganta. No escuchan ya la tele que, sin embargo, sigue iluminando la habitación como suelen las tristes televisiones de los hoteles.

La luz naranja del atardecer se refleja en los chorros de la fuente de Neptuno, en la arboleda del paseo del Prado, en la lejana fachada del hotel Ritz y en la calle de Felipe IV, que sube hacia el parque del Retiro con grandilocuente melancolía de capital europea. El mayo de Madrid es de los gorriones, los aviones y las golondrinas que forman visillos en el aire para que el suave tránsito del día a la noche sea perceptible. Por la ventana de la habitación, orientada hacia el noreste, se asoman sin hacerse notar ese resplandor feliz del ocaso y el canto en morse de los pájaros de primavera. Sí, con la misma distancia indiferente con que la televisión refulge.

—A mí no me van a matar. Es más, yo voy a ser eterna, nunca me

voy a morir. Lo sé... —sigue ella, y se sienta sobre las rodillas de él.

Con los brazos se cuelga de su cuello como si fuese una medalla y besa su boca. Le muerde repetidamente el labio inferior. Él se deja, aunque no pone pasión. Está pensando: ¿pero es que nunca se va a ir?

—Me voy, Melchor. Nos vemos mañana, ya saciados, en el despacho. —Repentinamente se levanta y empieza a ponerse una *blazer* fucsia que había quedado tirada, derrocada por la urgencia, en la entrada de la habitación.

Él se da cuenta de que se deja el sujetador, estira el brazo y lo recoge de la moqueta. Lo levanta como si lo hubiera pescado en el mar.

—Te olvidas esto, Anita. Si Rafelo te ve llegar a casa sin sostén se va a mosquear.

Ella se parte de la risa. Él está cada vez más nervioso. Ella deja la *blazer* fucsia, ahora doblada con cuidado, sobre la cama y se desabrocha la blusa. Se expone ante él desnuda de cintura para arriba, vestida de cintura para abajo. Sus hombros bien perfilados y morenos, de muchacho; sus pechos pequeños, de pezones despiertos como pupilas deslumbradas, de muchacha; su cintura de palmera, de mujer, no de jovencita, sino de mujer que no ha sido madre; sus vaqueros ajustados, bien pegados, marcando la vulva, aunque disimulándola al tiempo con la solapa abultada de la bragueta, y sus zapatos de salón rojos la convierten por un segundo en la viva representación de todo cuanto Melchor creyó inalcanzable de adolescente en Ciudad Real.

Ella empieza a ponerse el sujetador, pero de repente se vuelve de espaldas y le suelta:

—¿Me lo abrochas?

Él no dice que no. Se pone de pie. Le cierra la hebilla del sostén. Ella se gira sobre sus puntas como una bailarina. Él la coge por la cintura. Vuelven a besarse. Parece que no serán capaces de separarse jamás.

—¿Cuántos años llevamos enrollados, presidente?

—Más de doce, secretaria general. Desde la primera vez que nos vimos en aquel curso de verano en El Escorial. —Los vértices de sus narices se rozan.

—¿Crees que el tuerto se lo huele?

—Podría ser, siempre ha estado colado por tus huesitos. A ese no se le escapa una. Parece mentira que lleve un ojo tapado, menudo hijoputa... —Él mete las manos en los bolsillos traseros de los vaqueros de ella.

—¿Colado por mí? Tú te crees que todos los hombres están enamorados de mí —pone morritos con coquetería—, qué mono... Pero de eso nada... Tu amiguito padece complejo de Edipo, que no te enteras..., al chico le hace tilín tu nueva portavoz, que es más aburrida

que las tablas de multiplicar... Por favor..., ¿cómo no te has dado cuenta de lo tenso que se pone con Saavedra? Ah, claro, eres un tío..., no entiendes de salseo... —Levanta los ojos pidiéndose paciencia.

—Pero si Marga es mayor y antilujuria...

—Pues ya ves, qué ojo el del tuerto... Oye, ¿y tú? —pregunta pícara ella—. Si cuando nos conocimos no hubieras tenido novia en Ciudad Real, ¿te habrías casado conmigo?

—¿Y tú conmigo si no hubieras tenido un novio con Harley y velero en Menorca? ¿Te habrías casado con un paleto manchego sin carné de moto ni de patrón de yate?

—Yo sí. Toda la vida de Dios has sido mi debilidad.

—No te creo, Anita. Te habrías aburrido de mis veraneos en el pueblo... ¿Y qué habrían pensado tus glamurosos padres de mi padre instalador de porteros automáticos y mi madre ama de casa?

—Hablamos de casarte conmigo, no con mamá y papá, bobo... Por cierto, el apartamento de mamá en Lagasca sigue libre para alquilártelo. Mamá quiere.

Él la suelta e intenta dar un paso atrás, ha recordado la hora y la urgencia. Quiere que se marche. Ella sigue cruzando las manos tras la nuca de él.

—Ya hemos hablado de eso, Ana. No puedo explicarle a Charo que dejo el NH por un apartamento de tu madre. Se cogería un rebote morrocotudo.

—Este hotel es superdeprimente. La tele siempre encendida... —La referencia a su mujer rompe el hechizo para ella, pero ¡¿qué necesidad había de mencionarla?!—. Por tu cargo deberías tener una residencia fija en Madrid. ¿Y si sale bien el plan de Rancaño y eres ministro, o a lo mejor el próximo vicepresidente? ¿Seguirás entonces viviendo en este hotel de comerciales de maquinaria agrícola? Follar aquí hace que me sienta una puta, parece mentira que no te pongas en mi lugar... Melchor, podríamos decorar ese apartamento como si fuera nuestra propia casa...

—Ana, mi casa está en Ciudad Real. A Madrid vengo sólo a currar. —Él se siente extremadamente incómodo, aparta las manos de ella de su nuca.

—Y a verme a mí.

—Y a trabajar contigo. —Ese cambio de «verme» por «trabajar» pincha como un aguijonazo.

—Aunque tu foca se muera de celos. —Ella, sofocada, se cuelga de nuevo de su cogote—. Dímelo... Dímelo...

—Aunque Charo se muera de celos...

A él esta última frase le ha dolido expelerla, le ha arañado el esófago. Está muy tenso. Lentamente, se desata otra vez los dedos de ella de detrás del cuello y baja la cabeza dando a entender que no

queda nada que añadir. Ella ha captado el mensaje. Se pone la blusa, no termina de abrochársela, y de nuevo se enfunda su *blazer* fucsia. Se cuelga el bolso y recoge unas carpetas con el logotipo de Ele-Ele que había dejado sobre el escritorio.

—De acuerdo. Me marcho ya, que tú querrás hablar con tus niños y con tu Charo. —Ella pone veneno clasista al mencionar a sus hijos y su mujer.

—También a ti te estará esperando Rafelo, para cenar.

—Y para más cosas, capullo.

Para él la política es el estrato deliberativo superior a la barbacoa del domingo en la urbanización, superior a la reunión en casa para compartir aceitunas rellenas, cervezas y clásico Real Madrid-Barça, superior a la colecta para los niños saharauis promovida por el Ateneo Taurino Manchego o por el club rotario. Una especie de liga de campeones de debate para los mejores contadores de chistes, animadores infantiles, abogados de pobres y organizadores de torneos de petanca de clase media de provincias. Para él, ser político es un servicio social adherido a la hipoteca de su chalé adosado en una urbanización a las afueras de Ciudad Real. Para ella, sin embargo, la política no es el medio sino el fin. Con infinito cinismo, ella piensa que en política hay que contravenir todos los principios que se dice defender, precisamente para triunfar en política. Él se siente parte de la gente, a ella la gente la atosiga.

Antes de cerrar la puerta al salir, ella se vuelve y, no sin cierta superioridad profesional, le espeta:

—Ah..., se me olvidaba. Brutal cagada lo de ofrecerle a Saavedra el desayuno de Nueva Economía de pasado mañana. Y encima vas y la presentas tú. Eres bobo... Si seguimos dándole carrete a esa imbécil, cuando llegue la hora de pactar con el Cuervo nos va a joder, pero bien jodidos, ¿eh? Ya te dije que tu plan con ella me parecía demasiado ingenuo... No sé qué le has visto de tonta útil a esa Marga, pero te equivocas, Melchor. Te equivocas con ella... Es una serpiente con piel de oveja. Ya me darás la razón. Hasta mañana, presidente. Me voy. Ya puedes despachar con Charo.

Responde él con un «hasta mañana, cariño...» que queda tapado por el portazo.

Vive en una constante contradicción sentimental. Por un lado, Charo y sus hijos representan la mitad humana de su vida. Por el otro, Ana y Madrid significan que sus sueños se han cumplido y que se codea con los personajes que salían en las fotos de las revistas que sus padres miraban una y otra vez en Ciudad Real. Sin el reclamo de Ana, Charo lo mataría de aburrimiento; sin el refugio de Charo, se sentiría mortalmente inferior a Ana. Son complementarias para él. Pero, pese a tenerlas a las dos y cada una en su ciudad, no es feliz, sufre. Lleva

sufriendo más de diez años por esta discordancia que no sabrá resolver jamás.

Él usa calcetines de mercería, gris perla, tejido inteligente antiolor. Los encuentra, los desenrolla y se los pone.

Se calza también sus zapatos de rejilla, muy elegantes en Ciudad Real, seguro, pero de profesor de primaria de los de antes en Madrid. Se ata los cordones con doble nudo para que no se le suelten. Su madre le insistía en que tuviera cuidado de no pisarse los cordones, y al atárselos siempre se acuerda de eso. Finalmente, en mangas de camisa porque la temperatura lo permite, baja a la calle para llamar a Charo mientras pasea por delante del Congreso.

Sale por la puerta de piedra castellana y ladrillos rojos del hotel NH Neptuno, sube por la cuesta arriba de la Carrera de San Jerónimo, llega hasta la plaza de las Cortes y llama.

Da vueltas alrededor de la estatua de Cervantes que ahí está plantada desde el siglo XIX mientras habla con Charo.

—Hola, gordi.

—Hola, cari. Estaba con las cenas de los niños. ¿Qué tal?

—Por aquí todo bien, gordi, ¿y por ahí?

—Pues ya sabes, cari, lo de siempre cuando tú no estás: pelea para que tus hijos hagan los deberes..., para que se duchen..., para que no jueguen al fútbol en su habitación...

—¿Has visto lo de Melilla, gordi?

—No, cari. He ido a la peluquería, a hacerme otra vez las mechas, que me dijiste que estaba guapa, al recado del andador de tu madre, a la reunión con don Salvador en el cole y a la tintorería, a por tus pantalones marrones y tu corbata de estribos... No me he enterado de nada. ¿Qué ha pasado?

—Parece que ha empezado una revolución, gordi.

—El Cuervo, cari, ese hombre es el único que puede poner orden en España. Fíate de mí, que no soy tan fina como Ana, pero estoy cerca del pueblo.

—Charo, por favor...

Quiere la casualidad, o la maldad, mejor «quiere la maldad», ¿sí?, sí, sí..., vale, quiere la maldad que a esa misma hora y en ese parquecillo en concreto, no a otra hora ni en otro parquecillo, sino ahí, bajo ese Miguel de Cervantes que apoya su media mano izquierda en el pomo de la espada, sentado en uno de los escalones del pedestal y pegado a un chaval con un monopatín, se encuentre Abdelhakim Aallaa, un chico de dieciocho o diecinueve años que oculta su rostro con la sombra de la capucha de su sudadera.

Abdelhakim está muy enfadado por la represión policial que ha

visto en YouTube que se está produciendo en Melilla y también en Ceuta. Se dice a sí mismo que España es culpable y que los españoles culpables deben ser castigados. Y también se dice a sí mismo que Alá perdona a los soldados que mueren en la yihad.

Musita versículos del Corán. El del monopatín piensa que está canturreando en inglés.

Se acuerda de sus pecados, de su molicie, y le produce dolor y arrepentimiento acordarse. Ahora sabe que cayó en la impiedad, en el alcohol y las drogas por culpa de los videojuegos..., y de la ropa a la moda..., y de la educación liberal que recibió en su colegio..., y de las chicas... Sobre todo, por culpa de las chicas. Ya no las mira, ya no lleva vaqueros rotos ni zapatillas Nike, ya no lleva cresta... Se cortó la cresta y se rapó el pelo. Si muere en la yihad todos aquellos yerros le serán perdonados.

Es un muyahidín.

La primera vez que oyó hablar del Comando de Liberación Hermanos Andalusíes fue en la cafetería del Centro Cultural Islámico de la M-30. Había acompañado a la gran mezquita a sus padres, un taxista y una cajera de supermercado. Regularmente iban juntos a rezar, aunque cada uno en su lado de la celosía, claro. Se le acercaron entonces dos muchachos a los que conocía del equipo de fútbol del barrio y le propusieron asistir a escuchar a otro imán formado en el extranjero, en otra mezquita más pequeña y sólo para un grupo selecto de fieles.

Le dijeron:

—Los musulmanes de esta mezquita casi son gentiles por su estilo de vida y su tolerancia moral, ¿cómo no despiertas?

Le dijeron:

—Los mismos asnos a los que sirven tus padres están asesinando a tus hermanos de fe en Palestina, Irak y Siria, ¿no lo has visto en internet?

Y le dijeron:

—Alá, el misericordioso, te ha elegido para que seas su mano, ¿qué respondes?

Abdelhakim respondió que sí. ¿Cómo no, si nunca nadie lo había elegido para nada? De no tener futuro pasaría a tener un futuro seguro en el paraíso y a que su nombre fuese recordado con el de los héroes. En el distrito de Carabanchel se le mencionaría con respeto.

«Y a ti, ¿quién te teme?», esa pregunta ya la hemos oído antes.

Pronto estará en el paraíso mostrando personalmente su respeto al santo Osama bin Laden. Y el imán Haidar al Isbani se enorgullecerá de él; la espada del islam posee ese poquito de fuerza que les ha faltado a los votos de Dime España.

La venganza es de Alá, de su poder eterno. Nadie le manda,

ningún rais le ha dado esta orden, tampoco el Comando de Liberación Hermanos Andalusíes. Sólo Alá. Oh, sí, Alá le envía. Abdelhakim es el lobo solitario y sabe lo que debe hacer.

La próxima reconquista de España será la del emirato.

Le da trescientos euros al chaval del pelo rizado y el monopatín para que le señale al primer político famoso que cruce por delante de ellos, entrando o saliendo del Congreso. Pero uno muy, muy, pero que muy famoso, le exige. Abdelhakim hace seis meses que no ve la televisión, sólo vídeos en internet, y no conoce a ningún político, ni de apellido ni de cara.

Los dos muchachos, sentados juntos, llevan un rato esperando. El chaval del patín está comiendo pipas.

Pasa ella dando zancadas de gacela. Se da el aire de la típica profesora de primaria que vuelve locos a los alumnos de secundaria. Camina erguida, concentrada, transmitiendo indiferencia respecto a lo que la rodea, se diría que va enojada, aunque no por eso deja de balancear las caderas con subversión mientras avanza cuesta arriba. La prisa no le roba el estilo.

—Esa... Esa es famosa, Ana Mendoza o no sé qué.

—No puedo. Está muy rica. No quiero arriesgarme a tocarle las tetas sin querer y que me mire. Y pecar... Mejor un hombre. Otro...

—Pero, tío, ¿qué le vas a hacer?

—Nada, una broma para la tele... No es cosa tuya. Tú fíjate bien y no me falles, que para eso te he pagado.

—Pues dame otros trescientos, que ya te he señalado una. —Escupe la cáscara de una pipa—. Son trescientos cada vez.

—Toma, dos de veinte. No me queda más.

—No me jodas.

—Y estas monedas...

—Eres un *pringao*. —Escupe otra cáscara de pipa.

En ese momento, el chaval del monopatín se da cuenta de que por la misma cuesta arriba de la Carrera de San Jerónimo sube él. Viene hablando por el móvil, gira cuando parece que va a sobrepasarlos, da la vuelta y se queda deambulando en círculos alrededor de la estatua de Cervantes, alrededor de ellos. Bueno, bueno..., el tipo de la sudadera con capucha le ha pedido que le muestre un político famoso y aquí tiene a uno, bastante famosillo, uno que de vez en cuando sale en la tele, con un teléfono pegado a la oreja, dando vueltas ante sus ojos como un burrito en torno al eje de una noria. Escupe otra cáscara de pipa como si quisiera lanzarla al espacio.

—Este pavo que da vueltas diciendo chorradas por el móvil es Melchor Avellanas o Avellanos, me la pela... Pero Melchor sí, como el rey mago.

—¿Es popular? Por la pinta no lo parece...

—Ya, da cante de *pringaíllo* —otra cáscara al aire—, pero es un artista. Este vale para tu broma. Me largo...

Abdelhakim se concentra un segundo como los gatos antes de saltar sobre un pajarito, dice algo en voz muy baja, otro rezo seguramente. Del bolsillo de la sudadera saca un cuchillo de matarife de unos veinte centímetros de hoja que ha comprado por internet. En la revista electrónica *Rumiya* leyó que no se deben utilizar cuchillos de cocina para la yihad, por la endeblez de su filo y porque el mango con la sangre resbala.

—Este sacrificio va por los jóvenes estudiantes asesinados por la policía en Ceuta y Melilla. Soy la venganza de Alá, soy su mano... —susurra al incorporarse.

Espera a que su enemigo, que sigue dando vueltas en torno a la estatua de Cervantes hablando por su móvil, esté de bajada, de cara a La Meca para honrar bien el sacrificio, y entonces, rápido y sigiloso, invisible, se planta a su espalda.

Pronuncia el nombre de Alá.

Con la mano izquierda lo coge por el pelo, le inclina la cabeza hacia atrás, y con la derecha le pasa el cuchillo por el cuello de oreja a oreja. La piel está más dura de lo que esperaba, el político famoso prácticamente no sangra.

—Pecador, vienes de pecar. Hueles a coño.

Sorprendido, Melchor no ofrece la más mínima resistencia. No entiende qué está sucediendo. Clava la rodilla izquierda en el piso y busca con ojos desorbitados el rostro de quien le está atacando. El móvil cae al suelo casi a cámara lenta, a su través se escucha la voz de Charo, que sigue hablando:

—He pegado la hebra con Paqui, de lo uno y lo otro.... Que si sí que si no... A su hermana, que a la sazón es la que te dije que se deja al marido por lo de los travestis que le pilló en el ordenador..., pues a esa y tal, que le han dado cita en el ambulatorio para el mes que viene... ¿Te lo puedes creer, un mes para unas almorranas? Y me ha comentado: «Eso, eso..., tu Melchor que es político...». Cari... ¿Cari?

Los transeúntes aún no se han dado cuenta de lo que está ocurriendo.

Con el político famoso de rodillas, Abdelhakim vuelve a intentar el degüello. De nuevo, pronuncia el nombre de Alá. Ahora le tira del pelo con más decisión, obligando al enemigo a ofrecerle la garganta sin reservas y se la corta con toda la fuerza de su brazo. La sangre empieza a manar con el impulso de una cañería rota. El cuerpo del político famoso pierde toda consistencia y se desmorona. En muy poco se forma un charco de sangre negra a sus pies.

Este es el instante más delicado, aquel en que Abdelhakim debe reunir todo su valor y comportarse como un verdadero creyente.

Matar al infiel ha sido relativamente sencillo, no más asqueroso que sacrificar un cordero. No le ha producido la repugnancia que temía. Sin embargo, convertirse en mártir va a ser peliagudo. Pero la decisión está tomada.

Hoy cenará en el paraíso.

Con mayor aprieto del esperado separa la cabeza del político famoso de su cuerpo. Taja vértebras, músculos y nervios. Los tendones o lo que sean del cuello, una especie de cables de carne, están más duros de lo que suponía. No obstante, cuando por fin levanta por la cabellera la cabeza cortada le parece que ha hecho un buen trabajo, que habría valido para carnicero. Quién sabe, quizá ahora en el paraíso...

La cabeza podada muestra un peso irrisorio. Es raro que sea tan ligera.

Le llama la atención que los ojos sin brillo del decapitado no le miren con odio, sino con tristeza. Lo considera una señal alentadora de parte de quien ya ha cruzado al otro mundo y ha comprobado por sí mismo que los cristianos están equivocados y los salafistas en lo cierto. También piensa que un cuerpo descabezado se queda en muy poca cosa, pierde estatura y las extremidades unidas al tronco asemejan tentáculos de un pulpo. Curioso.

Qué repugnantes son los paganos. Abdelhakim se ha puesto perdido de sangre y otras asquerosidades. El político se ha cagado.

Entretanto, la gente ha desaparecido de la plaza de las Cortes. El chaval del monopatín se ha escabullido y tardarán días en localizarlo. Se escucha el pitido de los pájaros al pasar fugaces sobre Abdelhakim. Los policías nacionales que montan guardia en la puerta del Congreso del callejón de Floridablanca se acercan cautelosamente, pero aún no dan voces. A lo lejos, muy lejos todavía, se empiezan a escuchar algunas sirenas.

Llegan más sirenas. Y más sirenas.

Corre, corre, corre..., no puedes perder tiempo. Abdelhakim sale disparado con la cabeza del político famoso en la mano. Cruza la calle. Sube los peldaños de la fachada principal del Congreso de dos en dos. Se coloca en medio del escenario, entre las dos columnas corintias del centro, justo a los pies de la España del frontón, personalizada como una matrona romana. Choca ver al encapuchado exhibiendo una cabeza cortada bajo una representación de la justicia idéntica a la Estatua de la Libertad de Nueva York, aunque esculpida con anterioridad.

Los coches de policía con sus sirenas vociferando se detienen casi en las escaleras de los leones.

Busca la mirada de un público evidente, aunque invisible, que se esconde en los radicales claroscuros de un crepúsculo de mayo,

levanta su trofeo igual que recuerda que hacen los campeones ciclistas con el ramo de flores y clama con fiereza en español:

—¡Alá es grande!

Todo se ha consumado.

Se escucha entonces una ráfaga de subfusil. Dos. Cae abatido. Cuando ya está en el suelo, todavía se clava en los oídos de los asistentes el aguijón sonoro de una tercera ráfaga.

Las giratorias luces azules y naranjas de las sirenas pasan fugaces y repetitivas por el escenario como en las revistas antes de que la vedete emplumada haga su aparición en bañador. Transmiten cierta impresión de irrealidad.

—¿Están filmando una película? —pregunta un señor que pasa por allí.

Abdelhakim ha muerto, ya es un mártir.

La cabeza de Melchor Avellana rueda como una pelota por los escalones de la puerta de los leones del Congreso de los Diputados. Cae por la acera y después por el asfalto. Pasa a un par de metros del móvil tirado, en el que nadie repara y que sigue voceando:

—¡Cari..., Melchor...! ¿Qué ha pasado, cari? Melchor, amor mío, ¿estás bien? Los niños... Escucha...

Pero la cabeza ya no escucha nada y sigue rodando cuesta abajo por la Carrera de San Jerónimo en dirección a la habitación de la televisión encendida del hotel NH Neptuno.

Cuando se recupera la cabeza decapitada, sorprende a la juez, los forenses y la policía que le falte la lengua. Ni se sabe para qué quiso cortarla Abdelhakim Aallaa ni se encuentra, por más que la buscan los perros mejor entrenados. Su señoría, la instructora, decide no dar a conocer al público esta novedad de la investigación; mejor que su mujer no esté al tanto de tan desagradable pormenor anatómico.

Con el tiempo, los impactos de bala sobre la puerta de bronce de la fachada del Congreso se enseñarán a las visitas guiadas. Todo el mundo recordará aquellas fotografías del terrorista encapuchado levantando la cabeza cortada de Melchor Avellana, dado que la reproducirán las primeras páginas de la prensa mundial. Sin embargo, nadie, nadie repara..., y ojalá, nunca mejor dicho lo de «ojalá», siga siendo así, en que sobre la puerta de bronce también se puede distinguir en las fotos de los periódicos la sombra de una perra alana española lamiéndose la vulva con complacencia.

Una perra negra tan negra como la noche de la noche.

DIECISIETE

Algunas noches me despierto recordando cómo era Madrid, el escenario de mi memoria.

El sol de sal de Madrid, blanco como un oso polar, igual de blanco en verano que en invierno, sol de sombras perfiladas, sin transiciones ni difuminados, sigue quemando mis recuerdos. En Madrid el sol es un servicio público y se reparte por igual al rey y a los manteros de la calle Preciados, como el agua del Canal de Isabel II, que llega a todas las bocas con independencia de si besan por amor, cobran por chupar o sólo se abren para comulgar.

Madrid es la capital del sol y, por tanto, de todo cuanto se consigue por el mero esfuerzo de acercarse al astro que más calienta.

La ventura mayor que concede Dios en el universo consiste en ser español y político en Madrid. No creo que un perezoso colgado de su rama se sienta más a gusto que un político en la capital de España. Y eso que los madrileños pasan de los políticos que pretenden descollar en la capital como las vacas del tren. Hacen más caso a los novilleros.

Desde que Felipe II inventó la dedocracia, los cortesanos españoles no han conocido otra forma más rentable de medrar que hacer la pelota al que manda y regocijarse con cuanto la política tenga de divertimento, dejando a un lado lo que represente de sacrificio. Madrid es de prosperar aplaudiendo en la platea del Teatro Real, toreando vaquillas en una finca de Albacete o compartiendo pancarta con actores famosos en una manifestación por la causa progresista que sea. Aquí se llega a ministro departiendo en los pasillos del Congreso más que perorando en su hemiciclo.

Para ascender en el escalafón cortesano de Madrid, la dignidad es un contratiempo y el orgullo, un estorbo.

A esta villa de tenientes generales con la vejiga agujereada por el güisqui; magistrados de la Audiencia Nacional que quieren serlo del Constitucional y filtran sumarios secretos a cambio de que se les mencione en negrita en el periódico; letrados del Consejo de Estado, notarios y subsecretarios que el viernes pasan por el despacho vestidos de montería, y edecanes de la nada..., a esta villa de excelentísimos funcionarios los únicos oradores que la conmueven con sus discursos son los niños de San Ildefonso. Existe un modo de saludar endémico de Madrid consistente en que los hombres se abrazan dándose fuertes palmadas en la espalda, como verificándose:

—Fornidas costillas, aguantarás las puñaladas.

La política en Madrid se hace desayunando, comiendo o cenando en corro más que a solas en los despachos. Es política de confidencia de sobremesa, rumor de claustro de convento y cháchara de lavadero.

En Madrid la política consiste en hacer favores o negarlos y en filtrar a la prensa lo que se sabe y lo que no.

Conozco Madrid. He vivido en Madrid y en Madrid he sido feliz. Locamente feliz. Oh, sí, en Madrid he amado locamente y he sido amada locamente. En Madrid la vida siempre me ha sonreído. Tanto que, incluso en este invierno helado en que he decidido escribir esta confesión y decirle adiós desde Sevilla, Madrid tiene un ramito de violetas para mí.

Es mi amor, Madrid.

Acabo de cubrirme los hombros con un mantón de manila negro con rosas rojas con el que alguien pagó un favor a mi padre y que mi padre regaló con desgana a mi madre. Ella nunca se lo puso, papá no le dio ocasión.

Supuestamente, la perra negra de ojos de fuego ya sólo existe en mi imaginación... Qué sabrá nadie lo que escuchan mis oídos por dentro... Esta noche se prevé larga. He de apresurarme.

El tiempo se me agota.

Aquel martes por la tarde, el sol brillaba en Madrid como la sal y Marga Saavedra se sentía dichosa. En algún momento iba a encontrase con Moncho después de una ausencia eterna por la campaña electoral.

Cuando Lola Plantagenet, dando por terminada la entrevista, apagó la grabadora del móvil y guardó el cuaderno en el bolsillo frontal de su peto vaquero, Marga se cogió la nuca con ambas manos y se desperezó. Estaban sentadas en la mesa camilla sin faldas del despacho de la diputada.

—Bueno, ya tengo tus *declas*. Ahora, con el micro en *off*, dime en serio cómo lo ves.... ¿Crees que quien tú ya sabes lo conseguirá? Eres mi gurú.

—¿Quien yo ya sé? ¿Te refieres al Cuervo?

—A ese, sí. Mis amigas y yo hemos decidido no pronunciar su nombre, para ver si conseguimos que así desaparezca el personaje. Como si lo hubiésemos bloqueado en Instagram, pero en la vida real. —Sonrió, y al hacerlo sus ojos se encendieron igual que puntos de luz azul.

—Un esfuerzo muy divertido, aunque me parece que también muy inútil. —Marga devolvió a Lola una sonrisa afectiva, le pareció que se sonrojaba y pensó que estaba muy guapa ruborizada, que se asemejaba a un niño travieso—. Pues, como te he dicho, Lola, creo

que estamos ante un problema de solución imposible. Como diría el famoso expresidente, un rompecabezas italiano sin políticos italianos para resolverlo. A mí me gustaría que se formarse un Gobierno moderado, pero me temo que quien tú ya sabes esté sobornando a unos y otros para sumar una mayoría vengativa.

—Y ahí no te ves, ¿cierto? En los sobornos, me refiero... Dime que en ningún caso te venderás a quien tú ya sabes.

—No, para nada. —Se quedó parada un segundo porque la conversación con Pancho Zaragoza le vino al pensamiento—. Para nada... Aunque si quien tú ya sabes me ofreciera algo que no pudiera rechazar...

—Marga, por favor...

Las dos se rieron abiertamente. Y se quedaron mirándose una a otra con la risa aún en la mirada. Conectaban, a veces sucede que entre un político y un periodista salta la chispa de la simpatía mutua; se sentían especialmente cómodas cuando estaban juntas.

—¿Sabes que te das un aire a la princesa Anna de *Vacaciones en Roma*?

—Será porque llevo el pelo cortito —respondió Lola—, pero yo en esa película preferiría ser Joe Bradley, tía, el periodista que se come la exclusiva de su vida por amor a una princesa...

—Periodista y romántica, difícil combinación, Lola.

—Lo sé... Oye, hablando de trabajo y sentimientos, ¿puedo hacerte una pregunta personal? Entre tú y yo... —Con los dedos índices dibujó un corazón en el aire.

—Adelante, si no te puedo contestar me callaré, pero lo que te diga será la verdad.

—¿Estás liada con Ramón Bayo?

Marga sintió que la sangre le dejaba de circular por un segundo, pero no se le notó. Después de unos cuantos años en política, había aprendido a pensar y reaccionar con independencia de lo acelerado que estuviera su pulso; la aptitud para ahogar sus emociones, sin embargo, le venía de más atrás, de cuando la llevaron a vivir a casa de sus abuelos, los padres del juez.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Pues, mira, si te soy sincera..., porque personalmente me interesa tu vida privada... En plan bien, ¿eh? Pero tengo otra explicación más fácil de digerir para ti; a ver, te comento... —suspiró Lola—, es que lo he oído por ahí y esta mañana se lo he soltado a Leo... Tía, que yo no tenía ni idea de que fuera tu marido... No lo pone en Wikipedia...

—¿Y eso es fácil de digerir para mí? ¡¿Se lo has dicho a Leo?!

—Sí, lo siento. —Lola juntó las palmas de sus manos como si rezase.

—Bueno, no tenías por qué saberlo...

—¿Cómo que no? Leo es mi jefe. —Lola se cubrió la cara con la mano.

—No, de verdad. —Marga le quitó la mano de la cara a Lola y le descubrió una mueca cómplice que se debatía entre sonreír o hacer pucheros—. Prácticamente nadie lo sabía, pretendíamos que no perjudicase su neutralidad profesional. Normal que Leo no te lo dijera. Además, no te preocupes, estamos separados de hecho desde el final del Gran Catarro.

—No hace tanto de eso...

—Ya...

—Hostias... Perdóname, perdóname... Pero te lo digo como se lo diría a una mejor amiga, me habría pegado más que estuvieras con el presidente en funciones del Congreso que con Bayo.

—¡¿Con Migue Betancor?!

—Sí, con Miguel, tía, el íntimo amigo de Ramón, su coleguita. Es tan canario, tan guapo, tan listo, tan libertino... Te pega. Y Ramón con la bruja de Boni Granero, que me tiene enfilada. También se pegan.

—Eso de Ramón y Boni es de hace años, y creo que falso.

—Pero Marga, Ramón..., Ramón está anticuado, tope *viejuno* para ti. Estoy segura de que por las noches no se duerme si no lleva su pijama a rayas puesto...

—Me parto... ¿Cómo lo sabes?

—Deja... Entonces, ¿estáis enrollados?

—Cuando los periodistas me lo preguntan siempre respondo que no.

—¿Y cuando te lo pregunta una chica para la que eres su *crush*?

Haciendo como que no había escuchado el final de la pregunta, Marga apoyó un codo en la mesa, se metió la mano por la camisa, por debajo del tirante del sujetador, hasta tocarse el hombro y respondió:

—No.

—¿No, a qué? ¿No a que sí estás con Ramón, no a que no me respondes o no a que eres mi *crush*?

Ahí terminó la conversación.

Un centenar o más de sirenas aproximándose y después unas cuantas ráfagas de subfusil en la calle las bajaron de golpe de la nube.

—¡Ostras! —Marga abrió los ojos como si los quisiera expulsar.

De un salto, las dos se asomaron a la ventana del despacho, una de esas que no se abren. Pero, como no se veía nada, tratando de ganar perspectiva, pegaron las narices al cristal, tanto que produjeron sendas rodadas de vaho que al poco acabaron fundiéndose en una sola. Sus manos apoyadas en la repisa se rozaban.

Al entrar Reyes y Laura en el despacho de la jefa, apresurados, sosteniéndose ambos las gafas de pasta con un dedo, se las

encontraron de espaldas, las caras soldadas al cristal de la ventana, una con su camisa por fuera de la falda larga y la otra con un pañuelo rojo en uno de los bolsillos del culo de su peto vaquero. Y les parecieron una maestra y su alumna cuya clase particular se hubiera visto interrumpida por un desfile con banda de música y que se hubieran asomado al balcón.

—¿Qué ha pasado, jefa? —preguntó Reyes.

—No lo sé, chicos. Al principio parecía un accidente o algo así, pero luego..., esos disparos... Bueno, no sabemos si eran disparos.

—Hostias, me largo a enterarme antes de que Leo me llame para preguntar —apuntó Lola casi al mismo tiempo—. A ver si soy la primera en sacar un teletipo... Por cierto, voy a pasarme también por el despacho del Monaguillo a husmear... Hasta luego, Marga. Hasta luego a todos.

—¿Vas al despacho de Paco Arroyo?

—Sí, ¿por?

—Ten cuidado, por favor —respondió Marga con inquietud, sin saber por qué le inquietaba ese despacho.

—¿Por qué?

—No sé, él ha desaparecido.

—Pero no de su despacho.

—Bueno, dicen que no salió del Congreso. Tú ve con cuidado y si necesitas algo, llámame.

—Hostias, mi *crush* se preocupa por mí. Llamaré.

—Y en la calle han sonado disparos y hay mucha policía...

—Tranquila, primero voy al despacho de Arroyo a curiosear. Pero no me meteré en líos. Te lo prometo.

—Hazlo por mí...

No sé si a la periodista le dio tiempo a escuchar las tres últimas palabras de la diputada, pues salió disparada sin volverse, pero más le habría valido tomar alguna precaución y haberse evitado la visita a ese despacho embrujado, aunque sólo hubiera sido por el ruego de Marga.

—Reyes, ponte a mirar las redes, a ver si nos enteramos de qué ha pasado. Laurita, llama a George y pregúntale a qué hora entro en Onda Cero y en Radio Nacional para organizarme. Venga...

—Vamos... —contestaron al unísono.

Marga, por su parte, cogió el móvil para ver qué había de nuevo y, entre un millón de guasaps, se encontró con este de Moncho:

> 681076404: Palillo algo muy gordo ha pasado en la puerta de los leones... Yo estaba cerca con el Pere Pau platicando un poco... Pero no

sabemos qué ha sido... Ahora directamente en el hemiciclo yo solito... Bueno unos pastores alemanes de la policía también pero ya se van... Y me pregunto si una Palillo se bajaría a darme un beso y hacerme un minuto de compañía... Sólo un minuto y ya se puede ir porque es doña Atareada... Sin compromiso...

Respondió de inmediato:

AMARGURA: Voy corriendo.

Sonrió Marga, se recogió su melena lisa y se la dejó caer por el hombro derecho. Mirándose en un espejito redondo, se retocó los labios. Entre Ramón y ella el pintalabios era pintura de guerra. Se desabrochó un botón del escote y salió del despacho dando grandes zancadas.

Reyes la entretuvo un segundo:

—Imposible enterarnos de qué ha sido, jefa, pero tiene toda la pinta de que se trata de un atentado. No te vayas muy lejos, por amor de Dios... Ah, y las radios..., dice George que cancelan sus entrevistas para hoy y que, si eso, te llamarán para comentar lo del tiroteo de la puerta, pero más tarde..., cuando haya más información...

—Vale, Reyes, vale... Luego me lo cuentas todo. Me marcho un segundín.

—¿Vas ver a...?

—Voy a ver a...

—Sed discretos, jefa.

—Tranquilo, Reyes. Tranquilo. No tardo, de verdad.

Al salir se topó con Ciriaco Romasanta apoyado contra la pared del pasillo. Traje, corbata y parche del ojo negros, una pierna recta y la otra apoyada en la pared. Aunque la miró con la dureza de siempre, al verla se encogió como un niño pillado en falta.

—Ciri, ¿qué haces aquí?

—Comprobar que estás bien... Y querría hablar contigo, si puede ser. Es importante y te interesa.

—Mira, ahora mismo he quedado para un temita y no puedo atenderte. ¿Nos vemos mañana?

—Encantado, lo que tú prefieras, portavoz. —Hizo una mueca con el labio superior, sobre el colmillo, que quiso ser una sonrisa—. Algo le ha pasado a alguien ahí afuera, me alegro de que no haya sido a ti,

que tú en concreto estés a salvo... Me quedo más tranquilo. Y que sigas así...

—¿Qué quieres decir?

—Nada, que me alegro.

Y sin decir más, dio media vuelta y con pasos de pistolero, lentos y largos, se fue perdiendo por el corredor en dirección a esa curva tras las que se encuentran los ascensores. Sus pisadas resonaban como si llevara botas de montar y espuelas. A veces los hombres afianzan su masculinidad pisando fuerte, haciendo ruido al pisar, sobre todo cuando son adolescentes o cuando la adolescencia no se les ha quitado del todo.

—Ostras, qué cosas te pasan, Marga —se comentó la diputada Saavedra a sí misma.

Y salió disparada hacia el Salón de Sesiones, donde le aguardaba su amor verdadero, su amor prohibido, su amor escondido. Dos veces escondido, hoy entre los escaños vacíos y siempre a los ojos del mundo. Llevaba mucho tiempo sin ver a Moncho nada más que en televisión y se moría de ganas de abrazarlo y ser abrazada por él.

Apagó el móvil.

Le colgó un cartel de «no molestar» al universo.

El amor posee la fuerza imbatible del mar, no existe reino en la tierra ni frontera política ni matrimonio jaula que se le puedan resistir. Salvo la envidia, claro, la envidia goza de la fuerza imbatible del mal.

Madrid es el malecón en que un sol de sal hunde los barcos del amor cada amanecer. También el de Marga y Moncho lo iba a hundir, aunque ella aún no lo sabía mientras sus bailarinas corrían sin disimulo al encuentro de él.

DIECIOCHO

Martes por la noche

Cuando comencé a redactar esta confesión escribía como pensaba, pero algo ha cambiado y ahora creo que pienso como escribo. Me atrevo a decir que este texto se está componiendo solo, automáticamente, y que yo me limito a leerlo después de escrito, sin haberlo pensado antes. Tal debe ser la necesidad que tengo de contar lo que viví que mi mano se ha independizado de mi voluntad, esa es la única explicación que se me ocurre. Esa..., o que alguien, que no somos ni el lector ni yo, se ha apostado entre nosotros, conmigo donde escribo o con el lector donde quiera que esté leyendo, interfiriendo la transmisión de mis recuerdos.

Este sería, entonces, un texto que se escribe y se lee a sí mismo.

Por eso, a quien ahora esté leyendo esta confesión le digo que tenga cuidado porque puede que no se encuentre tan a solas como piensa. Si se halla sentado en una biblioteca, en un parque o recostado sobre la cama en casa, tomando café en un bar o entreteniendo su trayecto en el autobús, en el metro o en el vagón de un tren de cercanías, sepa que, por el mero hecho de posar su mirada sobre estas páginas, habrá en el aire fauces invisibles que se abrirán frente a su rostro y presencias que se inquietarán a su espalda. Y después de leer, después de leer..., probablemente se despertará por la noche escuchando una voz de niño diciendo el padrenuestro o se sorprenderá cuando su móvil se encienda de repente y por el altavoz suene una voz agónica de anciana canturreando el rosario. Es lo que me sucede a mí desde que fui y regresé del infierno, que las almas condenadas se estiran para que entienda que antes de morir conviene rezar.

Atiende, incauto: si no quieres soñar que has sido enterrado vivo, con tal claridad que te parezca una premonición, deja de leer este atado de folios cuanto antes.

Ya.

El texto que tienes ante tus narices va dirigido a mujeres y hombres poderosos, con capacidad para discernir y actuar en consecuencia; no es para ti.

Luego no digas que no te avisé.

Compréndelo, no me estoy tomando la molestia de narrar una historia de miedo. No, no... Tenlo claro, lector, lectora o lo que seas,

delante de tus ojos, como delante de los míos, lo que se está escribiendo es la historia del miedo, la pura historia del miedo, que no es lo mismo que una historia de miedo.

La historia del miedo...

«Miedo a la muerte y sólo a la muerte, todo lo demás puede asustarte, pero no darte miedo», piensa Marga Saavedra cuando se abren las puertas del ascensor y se encuentra con Kepa Albistur, alias Pozoia, veterano diputado de Batasuna, ahora Bildu, y exterrorista de ETA, afirmado contra el espejo, la cabeza inclinada hacia atrás, los ojos muy abiertos y la mandíbula desacoplada, tal que la tapa de una caja de zapatos que hubiera sido abierta y vaciada.

—Hola —suelta Marga por no parecer temerosa.

Aquel no responde. Ni se mueve. Marga se fija en que la cabina está llena de moscas. No ve bien, sin embargo, a las dos ratas que rápidamente se esconden trepando por dentro de las perneras de Pozoia. Las puertas vuelven a cerrarse sin que Marga haya dado el paso de subir al ascensor como se cerrarían las cortinillas de la urna de una reliquia que ya ha sido adorada, sin hacer ruido, pero con energía.

Tampoco el ascensor emite ningún sonido cuando se marcha. Se mueve sin necesitar electricidad.

Marga está tan excitada por la cita a la que acude que, por ahora, no da mayor importancia a lo que acaba de ver. Supone que Pozoia estaría borracho o drogado. Le pega que los exetarras sean drogadictos, ¿de qué otro modo seguir viviendo sin conciencia? No se hace más preguntas. No le importa. Bastante tranquilidad le da no haber subido al ascensor con semejante tipejo.

Olvida el ascensor, se dirige a las escaleras y baja deprisa. Al llegar a la primera planta toma el puente que cruza por encima del callejón de Floridablanca. Ahí percibe, a través de los reflejos que traspasan las opacas cortinas color hueso, las luces azules y naranjas que emiten los coches de policía y las ambulancias que se han amontonado en la plaza de las Cortes, pero, en contra de lo que esperaba, no aprecia ese rumor de fondo que produce el gentío inquieto.

—Habrán acordonado la zona —se explica.

Casi flotando, entra en el palacio por el primer piso, por el corredor en el que cuelgan los retratos de los antiguos presidentes, los retratados la ven llegar sin que sus rasgos de óleo muestren emoción alguna, y toma las primeras escaleras de ida y vuelta que se encuentra. Al andar aceleradamente, su falda larga se expande igual que la cola de un cometa. Desciende de puntillas como si danzara, sin provocar

golpe alguno, volando de escalón de madera en escalón de madera. Entre un peldaño y otro, la varilla dorada de cuando está puesta la moqueta.

Baja el segundo tramo de las escaleras pasando por en medio de dos esculturas de cuerpo entero de un orador griego y otro romano. Gira a su derecha. Y al llegar a la Galería del Orden del Día, justo cuando deja atrás unas alfombras enrolladas, atadas y apoyadas contra el pedestal del busto de don Julián Besteiro, que no se sabe si está a punto de morder la oreja a quien circule por delante o es que se ríe enseñando los dientes con apetito, antes de alcanzar la vitrina en que se exponen las convocatorias de la semana, empuja una de las dos grandes puertas de vaivén con cristales cuadrados que dan acceso al Salón de Sesiones y desemboca en el hemiciclo.

Cede el paso a dos pastores alemanes de la policía que, tirando con insistencia de sus correas y de los brazos de los agentes que los conducen, salen a la Galería. Los perros parecen asustados.

Gimen.

Marga da un paso más, cruza una frontera invisible, se ve dentro del Salón de Sesiones y empieza a ponerse nerviosa. Frente a ella, apagado, mudo, dormido..., el medio redondel en que se han despedazado los gallos de raza fina durante dos siglos en nuestra patria. El verdadero poder siempre ha estado lejos de esta gallera, pero los políticos españoles viven aquí los debates parlamentarios como si en cada uno de ellos el poder estuviera en juego, rezumando una inútil pasión gemela de la que sólo calma la sangre derramada en la lidia de toros bravos. Los tendidos de sol y sombra del Congreso se muestran tan irreconciliables como si la mera existencia de uno ofendiera al otro. Nada se parece tanto a una plaza de toros en España como el graderío del Congreso de los Diputados. Y ahí dentro, en algún sitio, ¿escondido?, Ramón Bayo, su gladiador favorito en el anfiteatro español, su amante de derechas, espera el reencuentro después de la larga ausencia de la campaña electoral.

Cuando se accede por primera vez al hemiciclo se tiene siempre la sensación de encontrarse en un espacio más pequeño que el imaginado. En televisión, quizá por los vapores que emiten la furia, la mala baba y la frustración, el Parlamento parece mayor de lo que es en verdad, los golpes enaltecen el cuadrilátero en que se baten los duelistas, pero la distancia real entre bancadas es tan corta que, de un lado a otro, no resulta difícil hacer puntería con insultos. Sin embargo, a Marga, paradójicamente acostumbrada a desenvolverse en las estrechuras del Salón de Sesiones, seguramente por efecto de la inquietud o de la penumbra, esta noche, esta precisa noche, el fondo del aula parlamentaria se le antoja infinito. Para sus ojos ansiosos, los últimos escaños se pierden hoy en cierta oscuridad misteriosa, como si

por detrás de ellos se abriera un abismo de tinieblas.

La noche está dentro.

Camina lentamente hasta el centro del hemiciclo. Se siente observada. Moncho la debe de estar mirando, pero ella todavía no adivina desde dónde... Se para junto a la mesa de los taquígrafos. Levanta la vista. Le da la impresión de encontrarse en un teatro cerrado y desierto. Busca... Y entonces, a media altura, en la sección central del hemiciclo, lo descubre. Moncho está sentado en su escaño, en el escaño rojo de Marga. Y le sonríe abiertamente.

—Hola, Palillo —le dice.

—Hola, Moncho. ¿Bajas? —La buena sonoridad de la estancia permite que se escuchen sin levantar la voz, que casi hablen en voz baja.

—Los perros de la policía lo han olido todo, a mí también, y ya se han marchado. Estamos solos, Palillo, sube tú.

—¿Qué buscaban?

—No sé... Tampoco sé qué ha pasado ahí fuera, pero ha debido de ser gordo. Terroristas, bombas, un accidente de helicóptero..., algo así. Ven...

Duda un segundo, pero le hace caso y, por el angosto pasillo que separa los empinados escaños de la derecha de los del centro, se encarama hasta el sitio en que la espera Moncho. Su intención es quedarse de pie, la mano dejada caer sobre el antepecho de madera lacada de la grada, aguardando a que él se levante y salir juntos en busca de algún rincón más protegido.

Pero Moncho no se mueve. Su corbata parece ahora de escayola, se presenta rígida, prominente, excitada. Levanta los reposabrazos del escaño a modo de invitación. Sus ojos se achinan y la llaman por su nombre. Abre los brazos.

Le extiende sus manos.

Marga observa, las mujeres nos damos cuenta de esos detalles, que Moncho se ha quitado por primera vez el anillo de casado y se le hace un nudo en la garganta. Las manos de Moncho le fascinan. Siempre le han gustado las manos abiertas de los hombres, le parecen alas de rapaz, majestuosas, aunque delicadas. Quizá sea la nostalgia del padre protector que no tuvo. Cuando las manos transmiten ternura las considera la parte más erótica del cuerpo de un varón, le gustaría pasárselas despacio por todo el cuerpo. Y este dedo anular de Moncho, con la marca del anillo que ha desaparecido después de muchos años, la estremece como si le exprimiera el corazón.

Incapaz de resistirse a la llamada de una fantasía imposible, cede. Se adentra en la fila de escaños, llega hasta donde la espera su amor, se sube la falda, abre las piernas, se sienta a horcajadas sobre sus muslos y se besan en los labios. Las bocas se funden una en la otra. El

beso es profundo, húmedo, largo. Los dos prefieren continuar besándose que empezar ninguna conversación. Tienen claro que pronunciar cualquier palabra en estos momentos equivale a romper el hechizo.

La mano sin anillo de Moncho empieza a desabrocharle la camisa.

—Moncho..., aquí no.

—¿Por qué?

—Porque es una falta de respeto y, además, nos van a pillar.

—Palillo..., la luz está apagada. Las cámaras, si las hay, no ven nada. Y aunque hubiera película, que ya te digo que no hay luz bastante para eso, Migue es el presidente en funciones de la Casa y él nos perdona. —Moncho no se ha detenido y la camisa de Marga ya está abierta. Ella siente cómo el aire serpentea libremente por debajo de las copas de su sujetador.

—Pero puede entrar alguien... —Los besos de Moncho vuelven regularmente a la boca y al cuello de Marga como olas de septiembre a la playa, y cada vez con más urgencia.

—¿Quién va a entrar aquí a estas horas?

—No sé... Alguien... No sé... —Marga levanta la cabeza y suspira, Moncho ha empezado a besarle la uve de lencería que separa sus pequeños pechos.

—Palillo, me quiero casar contigo.

—No digas tonterías, chaval del PP. No prometas lo que no puedas cumplir.

—Flacucha, te echo demasiado de menos.

—Que no soy de piedra, Moncho... Esa mano... De acuerdo..., de acuerdo... Prepárate, matador. Tú te lo has buscado...

Marga se pone un momento medio de pie, le suelta la correa y le desabrocha los pantalones a Moncho. Luego se recoge el pelo por detrás de la nuca, saca el pintalabios de un bolsillo de la falda, se repasa la boca y vuelve a sentarse encima de sus piernas, pero ahora pegando físicamente su vientre al de él.

—La leche... —La lengua de ella chocando con la suya no deja a Moncho terminar ese agradecimiento por los labios recién pintados; ambos saben que se trata de una señal convenida que significa: cuerpo a tierra, empieza la batalla.

—Moncho, sin compromiso. —Marga le quita la corbata, le abre la camisa y sus uñas recorren el pecho de Moncho como diez corrientes de agua fresca.

—No, sin compromiso no, chica de la doble ele, digamos la verdad: te quiero. —Moncho sin corbata se siente desnudo del todo.

—Te quiero, chaval del PP...

No están solos.

Desde un ángulo tenebroso, sombra disuelta en las sombras, el

fantasma de una perra alana española negra observa la escena y, conforme Marga y Moncho van besándose y manoseándose por todas partes, al espectro le crecen ahí, en el hueco donde la perra de sombra debería tener su corazón, una envidia, un odio y un rencor infinitos.

Los celos desatados, igual que el hambre incontrolada, hacen que esta perra con ojos de fuego se transforme, se desarrolle, gane corporeidad.

A la perra le hiere, igual que un hierro al rojo vivo aplicado sobre la piel de su lomo, contemplar cómo estos amantes se complacen sin reservas en el lugar más prohibido que quepa en España. Ya le gustaría a ella, maldita por Dios, condenada eternamente a la antropofagia sexual, que un hombre volviera a quererla así, con la locura con que la quisieron don Rodrigo Calderón, su cómplice de corrupciones, don Fadrique Álvarez de Toledo, conquistador de Mons, saqueador de Malinas, cuarto duque de Alba, y, ¿puedo decirlo?, sí, don Felipe II.

Ay, aquella excomulgada belleza suya que tanta desgracia le trajo...

Cuando Marga, con un rápido y casi invisible movimiento, libera el último parapeto que retiene a Moncho y le abre una brecha por un lateral de su ropa interior para que la penetre, a la cánida le hierven los humores y sus lagrimales vierten brasas. Respingada, observa a Marga asirse con fuerza al respaldo del escaño rojo para apretarse con potencia contra Moncho y a él apoyarse en el asiento para contrarrestar ese empuje.

La brutal hostilidad que posee al espantajo provoca que, debido a un proceso parecido a una gemación colaborativa y compleja de evaginaciones celulares fétidas, de su interior emerja al fin la dama que se esconde tras esta espectral naturaleza, y pronto, en lugar de una perra de sombra con ojos de fuego, desde un rincón negro del Salón de Sesiones, es la mismísima doña Magdalena de Guzmán, segunda marquesa del Valle, quien se consume por la rabia y el ansia de matar.

Marga Saavedra pierde definitivamente el control sobre su propia voluntad y se abandona, y percibe que se va a ahogar si no culmina rápido ese sube y baja frenético. El alma parece que se le quiere escapar del cuerpo y le hace cosquillas por dentro en su huida. Muere porque todavía no muere de placer. El aguante y la prisa la devoran por igual mientras es zarandeada, agitada. Y entonces alza la barbilla hacia el reloj redondo de esfera blanca que, haciendo las veces de escudo ornamental, preside el Salón de Sesiones. Su vista nublada reconoce las columnas de mármol casi negro que sustentan las tribunas del público y luego esas otras de hierro verde con motivos vegetales dorados sobre las que se apoya la bóveda, finalmente recorre

los murales que representan la historia de la legislación española y se detiene al llegar al lucernario.

Cierra los ojos.

Ansiedad y desmayo se conjuran en su pubis a la vez. Se comprime contra Moncho.

Le viene cierta sensación de que se está orinando.

Todo su cuerpo bendice el orgasmo que la libera.

No lo sabe Marga, pero en esa bóveda está retratado Felipe II. La marquesa del Valle, toda tintura aciaga de palo de Campeche, sí lo sabe y, precisamente por eso, se ha situado frente a él.

Al recorrerla sucesivos espasmos, espiraciones fuertes y un traqueteo vertiginoso que le ocasionan inmensa satisfacción, Marga quiere que Moncho entero le quepa dentro.

—Abrázame, abrázame con todas tus fuerzas.

Moncho la abraza con todas sus fuerzas mientras a los dos se les saltan las lágrimas.

La marquesa del Valle se clava las uñas en las blancas palmas de sus manos al cerrar los puños con ira y aborrecimiento. La sangre que vierte no es suya, sino prestada.

Medio vestidos, medio desnudos; el sujetador desabrochado, pero suspendido de los hombros de ella; la americana gris de él estampada contra el escaño contiguo; los cuellos de las dos camisas cayendo desfallecidos por sendas espaldas; el pecho de ambos perlado de sudor; arrugas de acordeón, humedad y piel pellizcada ahí donde se han rebasado las fronteras de la falda y el pantalón; en la penumbra del Salón de Sesiones del Congreso de los Diputados, bajo la prestidigitación de las lámparas adormecidas, los amantes se derriten uno en otro. Arden todavía en una misma hoguera. Siguen fundidos en un cuerpo que es la suma de dos.

Apreciado lector, no eres el único que en este momento está desconcertado. Yo también me miro, me recuerdo y me pregunto: quién he sido y quién soy.

DIECINUEVE

—La leche, Palillo, ha sido la leche...

—Estamos locos, Moncho. —Ella apoya su mejilla en el hombro de él, siguen pegados y medio desnudos—. ¿Cómo quieres que ahora yo me siente en este escaño y consiga pensar en algo diferente de lo que acaba de pasar?

—Nunca había hecho nada parecido. En el hemiciclo...

—En el hemiciclo no creo que lo haya hecho nadie antes de nosotros... —Ambos evitan una risotada elevando las cejas.

—Me refiero a que soy de Salamanca y que estos sacrilegios no son frecuentes en mí.

—Bueno, nuestro primer beso ya fue aquí. ¿Te acuerdas?

—Pero aquello fue un inocente beso después de un debate. Nada que ver con lo de hoy.

—¿Te das cuenta de que si yo no tuviera las piernas más largas que tú no habría funcionado esta postura tan incómoda?

Ahora sí les explota la risa en el rostro y vuelven a besarse.

Ella busca, palpando con el pie, una bailarina que ha perdido en el envite.

Transitando lentamente por detrás de la última fila de escaños, la marquesa del Valle se ha situado justo a espaldas de los amantes. Toda ella de terciopelo negro. Las fricciones textiles que se suceden por el movimiento de la amplia basquiña con verdugado y por las mangas en punta que luce no producen ningún ruido. En la expresión crispada de Magdalena de Guzmán se adivina que pretende sorprenderlos a traición.

—Palillo, me quiero casar contigo —insiste Moncho, ignorando que una fiera amenazadora emerge poco a poco de las tinieblas por su retaguardia.

—¿Lo dices en serio? ¿Sabes lo que significaría eso, cuánto vamos a sufrir si salimos del armario? ¿No será que los del PP no sabéis hacer el amor si no estáis casados?

Las lágrimas precedentes todavía irisan la vista encandilada de la diputada Saavedra.

—No te burles. Es imposible aguantar más. Te quiero y estoy dispuesto a echarlo todo por la borda. ¿Te quieres casar conmigo?

—¿Precisamente ahora, Moncho, con todo lo que está pasando? Justo ahora, cuando más falta hacemos, no es momento para dar

armas a nuestros adversarios, ¿no crees? ¿Vamos a regalarle nuestras cabezas en una bandeja de plata al Cuervo?

—Creo que esa batalla con el Cuervo está perdida, luego te cuento... —Al oír mencionar a don Baldomero Cuervo, la marquesa se detiene, le interesa lo que se añada a continuación.

—¿Te parece si lo hablamos mañana en el desayuno con el cerebro despejado, con sabor a café con leche en la boca?

—De acuerdo. Y ahora ¿qué hacemos?

—Te invito a una copa y luego a dormir en mi cama.

—¿Noche de móviles apagados, aunque se hunda el mundo?

—Noche de móviles apagados, aunque se hunda el mundo, salmantino.

—Pero ¿tú no tenías que entrar en unas radios?

—Monchito, llevo el móvil apagado desde que he salido del despacho. Tú eres más importante que nada que pueda ocurrir.

—Somos unos irresponsables, pero estamos llenos de ganas de vivir, flacucha. Ser político no debería ser incompatible con ser humano.

—Pues lo es, Moncho, pero me parece que hoy nos saltamos todos los límites que siempre nos prometimos respetar. Aunque, bueno, es lo que tiene el amor... ¿Te apuntas a mi plan?

—¿Y nos olvidamos del atentado que acaba de ocurrir?

—¿Atentado? —Marga se ríe, es completamente feliz—. Pareces tú el sevillano. No exageres, no será para tanto...

—Vale, pues de los tiros o de las tracas esas. ¿Pasamos de todo? No hay cojones...

—Sí hay... Bueno, no hay, ya lo has comprobado..., pero sí hay para olvidarnos del follón ese, ya lo leeremos mañana en el periódico.

—¿Y lo hacemos otra vez en tu cama?

—¿Podrás?

—¿Cuándo no he podido?

—¡Fanfarrón! Cómo se nota que eres del PP.

Marga estira las piernas, se levanta y claramente distingue una figura sombría de mujer que surge de la oscuridad del fondo y que baja las escaleras con pasos sigilosos de pantera negra. No es una alucinación.

—¿Quién eres? ¡¿Qué haces aquí?! —grita.

La dama de negro abre la boca y enseña sus colmillos igual que una bestia asesina al ataque, pero repentinamente se detiene. Sus ojos de fuego se clavan en los de Marga y los de Marga en los suyos, y, como si hubiera percibido algo especial en la diputada medio desnuda, tal que un halo protector, expresa su desconcierto con una mueca huraña, agacha el hocico y a continuación se desvanece.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Quién va...? —Moncho se incorpora

apresuradamente y se vuelve hacia donde señala Marga, aunque no ve a nadie.

—Ha desaparecido, pero te juro que ahí había alguien que daba miedo.

—¿Quién?

—No sé, una señora...

—¿Tu odiadora Anita de Mendoza? Esa te asusta mucho. —El tono de Moncho es de cachondeo.

—No, no era ella... —Marga se siente inquieta—. Iba vestida raro, como a la antigua. Déjalo...

—La leche, Palillo, los orgasmos te hacen ver visiones.

—No puedes ser más machista, Ramón. —A ella el chiste no le ha hecho ni pizca de gracia; esa actitud condescendiente con que a veces la trata Moncho le resulta irritante—. Te doy mi palabra de que ahí había una presencia maligna.

—Disculpa, Palillo, te creo. —Ambos se están vistiendo—. Últimamente pasan cosas muy misteriosas por aquí. De hecho, tengo que contarte algo de lo que yo me descojono, pero que a ti te va a helar la sangre.

—¿Algo? ¿El qué?

—Nada..., que he estado en un despacho misterioso y que me he encontrado...

—Ostras, vámonos. —Marga no le escucha—. Se me ha puesto mal cuerpo.

La ferocidad de la marquesa del Valle se ha disuelto en el aire y el océano de penumbra en que en estos momentos consiste el hemiciclo se agita, se impacienta, se mastica a sí mismo. Ahora la sombra de perra de ojos de fuego, que hace un momento se había transformado en la marquesa, flota indistinguible en ese mar de penumbra. El ambiente apesta a maldad.

Los portavoces parlamentarios de Ele-Ele y del PP, indiferentes ante cualquier cosa que no sea su amor, escapan del Salón de Sesiones de la mano, aunque se van soltando metro a metro al pisar la Galería del Orden del Día, y cuando unos segundos más tarde, ya de salida, pasan por delante de la garita de la policía de la calle Floridablanca, dejando un metro de distancia entre ambos, se dirían dos extraños que coinciden por casualidad al marcharse tarde del despacho.

Son expertos en disimular, verdaderos profesionales de eso.

Les llama la atención el cordón policial que rodea la puerta de los leones del Congreso, el ambiente de tragedia que impera en ese escenario, pero no se detienen a mirar ni a preguntar qué pasó.

Tienen prisa por fugarse.

—Al Toni 2, calle del Almirante, por favor —dice Moncho al taxista que los recoge en la puerta del hotel Palace.

—¿En serio, Monchito? —pregunta Marga mientras le recoge una mano y se la queda entre las suyas, sobre sus piernas.

—Vamos a cantar, flacucha. Hay que darlo todo.

—Sí, quiero. —Se tronchan.

El Toni 2 es uno de esos locales de la noche madrileña en que se mezclan todo tipo de personas sin fijarse unos en otros ni recordarse al día siguiente, un oasis de tolerancia y libertad individual para sentimentales, la coctelera de los soñadores rotos, los corazones en oferta, los agentes dobles de sus propias vidas, las divorciadas maduras aceptadas como seminuevas y los caballeros con barriga y poco pelo, aunque enamorados del amor. No hay putas ni chaperos en el Toni 2, ¿para qué? Ahí el público no va a ligar, sino a llorar a gusto. Sólo en Madrid puede existir una reserva india para romanticones como esta.

Nunca cierra antes del amanecer y abre todos los días. Este martes es perfecto para que Marga y Moncho se arriesguen a ser vistos juntos en el Toni 2. Fuera del viernes o el sábado no acuden al piano-bar más que los clientes habituales, de natural tristes y borrachos, personajes llenos de dignidad, pese al carmín sobre los dientes o el bigote teñido, a los que siempre engañaron antes de que ellos mismos empezasen a engañar. Los clientes habituales de este tipo de locales no tienen memoria más que para la letra de las canciones que les sueltan las lágrimas.

Además, al asistir menos personal entre semana, queda espacio para apoyar el cubata en la cola del piano.

Lleva en pie desde 1979. Sus paredes forradas de chapa de madera, su barra larga tapizada de capitoné, sus estantes con todo tipo de botellas, sus sofás encarnados a media luz, sus camareros con chaleco gris y lazo negro, su piano de cola de cuatro metros, el conjunto que forma su público, bienhablado y anacrónico, todo en el Toni 2 se conjura para crear una pompa de jabón de un espacio y un tiempo irreales.

Al caer la noche, empieza a sonar el piano y entonces las almas desgarradas por el amor piden a cualquiera que les sostenga la copa, se acercan al pianista, le sugieren el título de una canción al oído y la cantan. El maestro sabe improvisar e interpreta el tema que sea a petición de los cantantes ocasionales. Esa es la magia de Toni 2, que ahí cualquiera puede desahogarse cantando su pena sin que le juzguen ni le den consejos.

La corbata de Moncho está en su salsa. Apenas se ven caballeros sin corbata en el Toni 2.

—Siempre que venimos aquí tengo la impresión de que entramos

en el típico sitio en que, si volviéramos mañana por la mañana, alguien nos diría: «¿El Toni 2?, imposible que ustedes estuvieran ahí anoche, se quemó con todos sus clientes dentro y está cerrado desde hace años».

—Qué imaginación, Palillo. Pero tienes razón... Buenas noches, César —le dice Moncho al portero.

—Buenas noches, don Ramón, doña Marga... ¿Su rincón habitual?

—Sí, por favor.

Se sientan. Piden dos *gin-tonics* y se enredan en una plática repleta de chistes privados que versa precisamente sobre ellos mismos: lo que se quieren, lo que se echan de menos, cuánto recuerdan cómo empezó su relación, que fue al terminar el confinamiento del Gran Catarro tras coincidir un par de semanas en una tertulia de la SER; lo que sueñan uno y otro con poder hablar abiertamente de lo suyo. A Marga le habría gustado tener una hija con él. A Moncho le gustaría que la conocieran sus hijas.

—Les vas a encantar.

Él repite que ha llegado el momento dar un paso más y casarse. Explica que a estas alturas le resulta indiferente lo que pueda decir la prensa y que no le importan las consecuencias que se puedan derivar... Se suele expresar con esa pedantería:

—Me resulta indiferente lo que pueda decir la prensa y no me importan las consecuencias que se puedan derivar del hecho de nuestro matrimonio.

A ella le hace gracia que sea tan redicho y le planta los labios en sus labios. Él se calla. Marga llama «la titu», de «la titular», a la mujer de Ramón y a sí misma se califica como «la suplente». Se abrazan, se besan. Ni la situación política ni los extraños sucesos que están perturbando al Congreso de los Diputados forman parte de su coloquio. Sólo existen ellos en el universo.

Marga y Moncho se aman sin compromiso.

En un momento dado, Moncho propone:

—¿Al piano?

—¿Y qué cantamos?

—*A quién le importa*, como siempre. Tú por Alaska y yo por Carlos Berlanga. Lo bordamos.

—Buena idea... Espera, espera..., uy, no, ahora no podemos. —Marga se sienta otra vez y tira de Moncho para que también vuelva al sofá encarnado—. Ese que está al lado del micrófono, a punto de cantar, el que va colgado de una tigresa vestida de cabaretera..., ese es Pancho Zaragoza.

—Cierto. La leche..., un exdiputado nuestro. Era tronco de juergas de Migue...

—¿Sólo de Migue? —inquiere Marga con suspicacia.

—Sí, sí... Mío no, no...

—Ya, ya...

—Escucha, Palillo, fueron muy colegas hasta que Migue se lio con la mujer del vicepresidente del Real Madrid y Pancho, haciéndose el gracioso, la inmortalizó tomándose un cubata en una disco, sentada sin braguitas en un taburete con el felpudo a la vista. Y ruló la dichosa foto. ¿Te acuerdas de aquello? Menuda zapatiesta se armó... Ay, Panchito Zaragoza, sí, un conseguidor muy atrevido y muy putero... ¿Qué hará ese pájaro en este nido? Yo diría que se había retirado y que ya sólo daba palos en Benidorm y en Torrevieja.

—En Gandía.

—¿De qué lo conoces? —Ahora Moncho es el suspicaz.

—De que está con nosotros y hoy ha venido a verme.

—Ya sé que está con vosotros. Panchito es un tránsfuga vocacional.

—¿Y quién no en la política española? Tú mismo, Moncho, te quieres casar conmigo y eso que soy la nueva portavoz de Ele-Ele —sonríe Marga.

—Bueno, bueno, aún no me has dicho que sí —sonríe Moncho.

—¿La última, pues, en mi apartamento?

—¿Ves? ¡Y sigues sin decírmelo!

Mientras salen, se oye a Pancho Zaragoza en llamas, cantando *Quijote* por Julio Iglesias. Se esmera en la interpretación como si él mismo fuera el compositor. Es obvio que se identifica con la letra, que con el tema siente que está desembuchando su propia declaración ideológica.

—También tú te has dado cuenta de que, además de Pancho, apoyada en el piano estaba Boni Granero, ¿verdad? ¿A ella también la traías aquí?

Moncho ignora la pregunta de Marga haciendo como que no la ha escuchado.

A la salida del Toni 2, la noche, desierta, templada, les ofrece la oportunidad de caminar abrazados bajo la arboleda del paseo de Recoletos como lo haría otra pareja cualquiera. Salvo por el detalle de que ella es algo más alta que él, no llaman la atención. Pegan con el momento y el decorado.

Pasean callados. Imaginándose que no son quienes son.

Al llegar a la plaza de Cibeles, les sorprende un conjunto de unos seis o siete jóvenes que, cubiertos con pasamontañas, están apoyando una bandera de España con el escudo del águila de San Juan sobre el hombro de la diosa de la fuente. Cinco coches, por cuyas ventanillas asoman banderas de España, de la Falange Española y de las JONS, blancas con el aspa de Borgoña y una del Real Madrid, dan vueltas a la rotonda haciendo sonar el claxon.

Una vez consideran bien colocada la bandera, los chavales que están subidos a la estatua se ponen firmes de cara al Cuartel General del Ejército y haciendo el saludo romano entonan un himno. El escándalo que produce el claxon de los coches impide distinguir de qué himno se trata; sin embargo, cuando parece que la ceremonia va a terminar, los vehículos se detienen, los ocupantes salen, llevan bates de béisbol y algún sable, y el que parece que manda la tropa de los pasamontañas, de puntillas, casi sobre los leones de piedra, saca una pistola, apunta al cielo y pregunta a voz en cuello:

—Para los inmigrantes, ¿qué queréis?

—¡Escarmiento! —responden vociferando los que han salido de los coches.

—Para los rojos, ¿qué queréis?

—¡Escarmiento!

—¿Y para los moros?

—¡Escarmiento y muerte!

—¿Quién pagará el asesinato de hoy?

—¡Los moros!

—¡Santiago y cierra España!

—¡Santiago y cierra España! —responden los de abajo.

El que lleva la voz cantante aprieta el gatillo y el disparo suena a señal de salida de una carrera violenta y destructiva. La noche recibe el tiro como si le hubiera atravesado la barriga.

—¿Y la policía, dónde leches está?

—Déjalo, Ramón.

La diputada Saavedra se cuelga del brazo del diputado Bayo. Cruzan rápido Alcalá, a esa hora no hay tráfico, y se adentran por Marqués de Cubas. Suben por Zorrilla y al llegar a Cedaceros, al verse frente a una de las puertas del Congreso, Moncho interrumpe el acelerado intercambio de razones obvias por las que el Gobierno no puede dejarse en manos del Cuervo en el que están enredados desde que se asustaron con el disparo en la Cibeles y, cayendo en la cuenta de que le debe un cotilleo a su Palillo, pregunta:

—¿Estás al tanto de que la letrada Mercedes Martínez ha desaparecido a la vez que Paco Arroyo y de que no está claro si se han largado juntos?

—¿Mercedes? ¿La casada con el médico del Congreso? Yo diría que son de los kikos... Me extraña que se vaya con Paco... Es conocida mía. Hace tiempo estuvimos las dos en Bruselas, en una cosa de la OTAN, y muy bien. No me pega nada...

—Pues se han esfumado los dos, Marga. Mira, precisamente...

Se da Moncho con la palma de la mano en la frente porque de golpe recuerda el *Informe espantoso* y el diente que encontró en el despacho del Monaguillo, y se le ocurre que sería divertido leerlo en el

apartamento de Marga con un último pelotazo compartido. Sólo tiene que entrar en el Congreso, subir y cogerlo. Sabe dónde lo ha dejado.

—Mira, precisamente..., ¿qué? Monchito, ¿qué? Te has quedado en blanco.

—Sí, perdona. Es que se me ha ocurrido una idea... —Sonríe con picardía.

—Miedo me dan tus ideítas, chaval del PP.

—Palillo, sigue tú hasta el apartamento. Yo voy a subir a mi despacho un segundo a por un temita y acudo enseguida.

—¿Y tiene que ser ahora, justo ahora? ¿Te van a dejar entrar?

—Sí, sí. Ya he tenido que venir otras veces a estas horas y si eres diputado te permiten entrar.

—¿Y no puedes pasar mañana a primera hora a por lo que sea? Mira que cuando llegues igual me pillas ya dormida.

—No, Palillo. Es urgente que coja ese tema y que tú y yo lo hojeemos juntos lo antes posible. Con las emociones del reencuentro casi se me olvida este asunto y puede ser una risa.

—Ostras, no sé de qué vas. —Marga se enfada un poco.

La humedad se transforma en neblina y los envuelve. Un resplandor amarillo proyectado por las farolas perfila a la pareja, uno frente a otro.

—Fíate de mí. Será como jugar a la güija. Nos vamos a mondar.

—¿De qué se trata? Me estás preocupando.

—No te preocupes en absoluto. Es un *Informe espantoso*...

—¿Un *Informe espantoso*...?

—Sí, ¿no te parece tronchante? Va dirigido al presidente del Congreso y trata sobre unos hallazgos arqueológicos producidos debajo de la biblioteca y el hemiciclo. De moscardones, ratas y crímenes.

—Ya... ¿Y lo has leído?

—No he tenido tiempo, sólo lo he mirado por encima.

—¿Y...?

—Que he visto tu nombre y creo que habla de ti... Y que podríamos leerlo juntos en la camita con un pelotazo en copa de balón...

—No me lo puedo creer... ¿Me han espiado?

—Nada de espionajes, Palillo. —Moncho se lo estaba pasando bomba—. Ya te he dicho que es un expediente administrativo espantoso al que sólo puede acceder el presidente del Congreso. Lo encontré en el despacho del Monaguillo junto con uno de sus dientes. —Se le escapó una carcajada—. Resulta esperpéntico.

—Moncho, no me puedo creer que estemos teniendo esta conversación. ¿Estás bien? ¿Te has tomado alguna pastilla azul y te ha sentado mal? ¿Dices que te has metido en el despacho de Paco Arroyo

y que ahí has encontrado un *Informe espantoso* sobre unos supuestos hallazgos arqueológicos que habla de mí, y un diente del propio Paco...? ¡Un diente de Paco! Ramón Bayo, yo alucino... ¿Y quién sería mi enemigo? ¿El Cuervo, el imán, los rusos, los terraplanistas o Nostradamus?

—Una reviniente, por lo poco que he leído.

—¿Qué es eso?

—Una no muerta, una dama enterrada y desenterrada bajo el Congreso.

—Pero qué dices.

—¿Te acuerdas de la señora vestida a la antigua que viste antes en el hemiciclo?

—Vale... No estoy para tonterías. Te espero en la cama. Y ojalá la broma al final sea divertida. Hasta luego, charro.

Marga da media vuelta y se marcha. Ramón se queda inmóvil, despagado.

—¿No hay un beso para mí? —pregunta él.

—Estás muy raro. Ya te lo daré en la cama. Si te lo ganas... No tardes.

Llega rápido al apartamento. Sube. Se da una ducha. Se pone su perfume favorito. Marga duda: pijama sí o pijama no. Finalmente se mete en la cama desnuda. Está ilusionada. Expectante.

Espera a Moncho.

Coge un libro. Descarta la tableta, no quiere leer noticias que la distraigan, fantasea con hacer el amor por segunda vez esa noche cuando llegue Moncho. Tampoco busca noticias en el móvil, debe tener millones de llamadas perdidas. Aún no sabe qué ha pasado esta tarde a última hora en la puerta de los leones del palacio, pero ahora le da igual, es noche de móviles apagados y sexo... Todo cuanto no sea que Moncho se meta en la cama le da igual. Pero ¿adónde ha ido este tío?

Sigue esperando.

Está un poco enfadada. Decide apagar la luz y hacerse la dormida para que Moncho comprenda de inmediato que ha tardado demasiado. Cuando llegue, obvio, cuando llegue... Y que la tenga que despertar para hacer el amor. Eso le gustaría a Marga.

Sigue esperando.

Se levanta. Se pone el pijama. Coge una botella de agua con gas y la pone junto a la mesita de noche. Se pregunta si llamar a Moncho o enviarle un guasap. Decide no hacer ninguna de las dos cosas. Móviles apagados... Está muy enfadada. No es el final que esperaba para una noche tan especial. Por la hora que es, este caradura ya debe estar

roncando en su propia cama.

Deja de esperar.

Pero no pone todavía el despertador, por si suena el interfono... No desea descartar nada. La ilusión es lo último que Marga pierde. Y además él se quiere casar... Nunca se ha sentido tan amada...

Se duerme.

Padece terribles pesadillas. Siente que se ahoga, que se le corta el aliento. Suda. El juez aparece en una de sus visiones, le dice: «Yo te maldigo, Amargura». También aparece Teresita, lleva su cabeza cortada en las manos, se la ofrece. La boca de la cabeza de Teresita quiere sonreír. Le falta la lengua. Mamá... Marga llora en sueños.

Se despierta repentinamente con la impresión de que alguien ha entrado en casa.

«Moncho no tiene llaves», piensa.

Enciende la luz. Son las dos de la madrugada. No hay nadie. Siente escalofríos.

Vuelve a apagar la luz. Se da la vuelta y se arropa con el embozo.

Ahora escucha pasos que se acercan, pero no se atreve a reaccionar. Está aterrorizada. Se queda quieta, congelada. Luego nota cómo alguien se sienta en la cama. El colchón se hunde un poco y el edredón se estira.

«¿Una reviniente? ¿Qué es eso?», piensa.

A quien sea que está sentado en su cama no se le oye respirar.

Marga tiene la impresión de que, pese a la oscuridad, alguien o algo la está mirando fijamente sin pronunciar palabra.

Los minutos pasan con lentitud.

Luego, inesperadamente, la superficie de la cama regresa a su ser. Los pasos se alejan y salen de la habitación.

Suspira aliviada y se vuelve a quedar dormida. Esta vez plácidamente dormida.

Cuando la luz del sol la despierta al día siguiente, a los pies de su cama encuentra el *Informe espantoso sobre tábanos, ratas y crímenes en la Casa* y un diente de adulto encima.

Moncho, finalmente, sí estuvo en el apartamento de Marga.

SEGUNDO ACTO

AMARGURA SAAVEDRA

VEINTE

Miércoles

Los recuerdos de Magdalena de Guzmán, segunda marquesa del Valle de Oaxaca, son ahora mis recuerdos. Se los robé con la muerte. Y a través de sus ojos puedo observar con claridad cómo sucedió todo, aunque, por aquel entonces, cuando estos hechos ocurrieron, yo estaba ciega. No, mejor, yo vivía..., sí, simplemente vivía, porque no hay vivo que no viva a ciegas.

Los muertos tienen los ojos abiertos y ven. Los vivos cierran los ojos para dormir y no ven.

También es por esta condena del no dormir que sufro ahora que veo el mundo desde afuera con la desesperación de una muerta, aunque está claro que sobreviví..., si no, cómo iba a escribir esta confesión, ¿verdad? En efecto, sobreviví, y a eso debo el acompañamiento pesaroso de los muertos desorientados que rodean mi cama por las noches, llorando, blasfemando, reclamando auxilio, pidiendo perdón, como asistiendo a mi velatorio... Jamás llegan a rozarme, pero se mueven con la zozobra de un sonámbulo. Escucharé sus berridos de ciervo hasta el día en que me una a su procesión y me convierta en una muerta más en el océano de los muertos.

Porque yo espero morir un día, aunque sé que eso es muy difícil.

Con el tiempo he aprendido que existen tres clases de terror. El terror a contagiarse con el Gran Catarro, el terror a morir que nos quedó después del Gran Catarro y el terror a no morir que siento en este momento en que, a mi alrededor, escucho llorar sin lágrimas a los muertos, decepcionados, extraviados, maldiciendo a Dios por su silencio. Ese terror es el peor, el que no se quita.

La muerte no consiste en el estado definitivo posterior a la vida, como creéis. La muerte es un sentimiento de vivos a los que se les descompone el cuerpo. Un padecimiento eterno, os lo digo yo, que oigo los lamentos de los muertos.

Aquel miércoles, a Marga la despertó la luz del sol de sal de Madrid. Estaba convencida de haber vivido una pesadilla, hasta que se encontró con el *Informe espantoso sobre tábanos, ratas y crímenes en la Casa* y lo que parecía un diente de adulto sobre su edredón.

Se dobló por la mitad para recoger ambas cosas sin salir de la cama. Para que no se perdiera, y no sin repugnancia, dejó caer el diente en un vaso vacío que tenía en la mesilla para el agua con gas. Luego se recostó apoyando la nuca contra la pared fría y se puso el expediente sobre su vientre para verlo bien. En ese momento se sentía tan confundida que no acertaba a hacerse ninguna pregunta.

Y comenzó a leer.

En sus primeras páginas el *Informe* hablaba de Magdalena de Guzmán, la segunda marquesa del Valle de Oaxaca, la verdadera coprotagonista de esta confesión, y del sepulcro de la dama sin rostro, sin nombre, sin cruz, que era el suyo y que fue descubierto no hacía tanto bajo el sótano del palacio.

Leyó y, al leer, la profesora de Historia que llevaba dentro evocó cómo en España la magia se acabó con la religión, con la muerte de Felipe II, y cómo la política se acabó con la corrupción, con la muerte de Felipe III. Y cómo el reinado de Felipe IV, por desgracia, ya sólo pudo traer decadencia. Y, después, vuelta a la magia... Que, desde entonces, como una mula amarrada a una noria, España repite cíclicamente el mismo recorrido histórico: de la magia va a la religión, de la religión a la política, de la política a la corrupción y de la corrupción a la decadencia. Y que ahora cabalgamos sobre esa decadencia otra vez.

La historia de España transcurre dentro de la caja de palo rosa con incrustaciones de nácar del reloj astronómico de Alberto Billeter como en un ataúd de pared; es previsible, regular, claustrofóbica, inapelable, cruel. La historia de España se copia a sí misma.

Lo nuevo en España siempre es el regreso de lo peor de lo viejo.

Se enteró de que Magdalena de Guzmán fue expulsada de la corte de Felipe II y encarcelada por amar con libertad al hijo del duque de Alba y no al rey. De que se la rehabilitó, aunque volvió a ser expulsada de la corte, ahora de Felipe III, y encarcelada, en esta ocasión por conspirar contra el poder podrido del duque de Lerma, su medio enemigo, pero su medio amigo también, y compadre de Rodrigo Calderón, su joven e intrépido último amante.

Ni hacer política ni amar por sí misma podía una mujer en la España original. La marquesa del Valle fue castigada por haber querido gozar de ambos privilegios: la política y el amor. Para renacer por dos veces tuvo que buscarse y pactar con un aliado indeseable, asqueroso, maligno..., por lo que pagó y aún paga un alto precio.

Murió rehabilitada políticamente de nuevo; nombrada, ¡por tercera vez!, dama de la corte, entonces ya con Felipe IV. Sin embargo, en su acta de defunción se insiste tanto en que falleció en palacio, en que falleció en palacio..., que llama la atención e invita a conjeturar si realmente falleció.

Resulta increíble que de un personaje tan relevante no se sepa casi nada a ciencia cierta, sostenía el *Informe*. Ni están del todo claros los motivos que llevaron a Felipe II a ensañarse con ella primero, manteniéndola una década enclaustrada, y a colmarla de riqueza más tarde, casándola con el hijo de Hernán Cortés, el segundo marqués del Valle de Oaxaca, ni lo están las razones que impulsaron posteriormente a Felipe III a recluirla otro lustro por su actividad política, sin juicio público ni sentencia. Bien pensado, ni siquiera conocemos qué necesidad tuvo Felipe IV de recuperarla, siendo ya una anciana, para un destacado oficio en el real alcázar. Todo en su vida es un misterio.

El hecho de que sus retratos fueran destruidos en secreto por la Santa Inquisición no ayuda a despejar la intranquilidad que trasmite su romántica biografía.

Las aventuras y desventuras de Magdalena de Guzmán estuvieron directamente relacionadas con los cambios de poder. Pasaba de la corte real a prisión y vuelta a la corte real conforme unos partidos y otros se turnaban en la cercanía al trono. En España, cada nuevo Gobierno busca siempre encarcelar al anterior, lo llevamos en los genes desde Leovigildo. No nos vale con sustituir al adversario, no, además nos urge acusarlo de gravísimos delitos y establecer por decreto su repugnancia para garantizarnos con esa ruina que el rival no intentará recuperar el poder. Nos destruimos porque no sabemos competir con limpieza, nos matamos porque no nos alcanza para repartir lo que haya; es lo que da la comida, el agua, el fuego y el jabón insuficientes. Y porque el cerumen y las legañas y la mugre nos interfieren la asociación de ideas. Aquí, los cesantes reciben una imputación judicial en vez de un retiro, se trata de una tradición tan de nuestro secano como lo de lancear toros bravos para encanto de hidalgos sin oficio, princesas bobas, borrachos y mocosos.

Los cambios de manos en el poder, todos los cambios de manos del poder, ya sea en un imperio como el que mantuvo España o en una pequeña parroquia, exigen siempre que se vierta la sangre de alguien, inocente o no, para que se perciba que ha habido una muerte y un renacimiento. Hoy en día las cabezas se cortan menos literalmente que en tiempos de la marquesa del Valle, pero se siguen cortando. La política es el tiempo que va de un corte de cabezas al siguiente.

Sostenía Marga que el problema de España fue convertirse en imperio sin estar terminada como nación, pero no era una idea original, se la había escuchado a alguien. Y que por eso aquí nada se junta, todo se repele.

Leyendo su biografía, Marga pensó que Magdalena de Guzmán pagó por no avenirse a callar para medrar y por amar al hombre equivocado. Aunque...

—Ni esta Magdalena de Guzmán ni yo, cada una en su época y estilo, nos avenimos a callar para medrar y las dos amamos al hombre equivocado —comentó Marga al vacío, alzando el rostro de la lectura y suspirando—. Aunque, por lo que pone aquí..., Magdalena finalmente sí. Finalmente, ella se plegó a callar, a olvidar a su amado y a mucho más.

La política y el amor marcaban la biografía de las dos, Marga Saavedra y Magdalena de Guzmán, que con cuatrocientos y pico años de diferencia habían escalado solas hasta los aledaños del poder español.

A simple vista, las suyas serían vidas paralelas, o casi. Tras su caída, Magdalena se corrompió para regresar a la cumbre; por el contrario, Marga estaba convencida de que a ella no le importaría hundirse si con eso fuera a salvar su honradez política o su historia de amor con Moncho. Una aceptó la mano tendida de la corrupción, la otra creía que no sería capaz, tal vez porque aún no se había visto en el caso. Por eso, mejor que la tentación, el chantaje fue el arma que el infierno encontró disponible cuando quiso ganarse a Marga Saavedra para su causa.

La marquesa del Valle acabó convertida en un instrumento del mal para cumplirse en la tierra. Respecto a Marga..., respecto a Marga todavía no estaba claro si se decantaría por Dios o por Satanás si lo que estuviese en juego fuera lo bastante importante para ella. Aunque ya se avecinaba la noche en que tendría que elegir.

En ese momento, Marga habría debido leer que la marquesa del Valle fue enterrada viva en una cripta en la iglesia de su convento de clérigos menores del Espíritu Santo, justo debajo de donde hoy se eleva el Salón de Sesiones del Congreso de los Diputados. Que nunca se movió ese sepulcro de su sitio, que seguía ahí debajo, aunque ahora abierto. Y que la marquesa arrastró consigo a la tumba una desgarradora leyenda de crímenes, torturas, desesperación y dolor. Y de muerta viviente.

Que consintió en fornicar con Satanás, según la letrada Mercedes Martínez, autora del *Informe espantoso*.

Pero, desgraciadamente, no leyó más, la invadió cierta premonición de que algo no iba bien y lo dejó ahí. Se enteraría de todo eso más tarde. Demasiado tarde.

No, no quiero pensar que se pudo haber evitado lo que sucedió.

—¿Y Moncho? Ostras, Moncho...

Llegada a este punto, la diputada Saavedra, todavía algo aturdida y con la impresión de hallarse en un espacio y tiempo irreales, se acordó de Moncho y le vino un deseo irrefrenable de encender el móvil por si hubiera un mensaje o alguna llamada perdida de su salmantino que sirviera para explicar cómo había entrado en su casa

sin llaves y su extraño comportamiento también.

Cerró el *Informe espantoso sobre tábanos, ratas y crímenes en la Casa* y lo dejó sobre la mesilla junto al vaso vacío en el que reposaba el diente de Francisco Arroyo Herranz, diputado del PSOE.

Y cogió el móvil...

VEINTIUNO

... que estaba apagado desde que salió del despacho para encontrarse con Moncho en el hemiciclo. Al encenderlo, una lluvia torrencial de avisos, alarmas, notificaciones, guasaps... se le vino encima. El pobre aparato saltaba, vibraba y pitaba como si estuviera sufriendo un infarto electrónico, era obvio que contenía una noticia tan grande que no cabía en su pequeña carcasa.

—Ostras..., las sirenas de anoche..., los disparos... —Con la emoción del reencuentro y cuanto vino después, se le habían olvidado las sirenas de la plaza de las Cortes y los disparos—. Ostras, ostras..., ¿qué ha pasado?

Antes de prestarle toda su atención a los mensajes acumulados, encendió la aplicación de Onda Cero Radio.

Una periodista estaba explicando:

—«... se radicalizó solo, a través de internet. Eso, el nombre, Abdelhakim Aallaa, la edad y que nació en Madrid son los únicos datos que han trascendido a esta hora, Carlos. A las diez hay anunciada una rueda de prensa del ministro del Interior en funciones donde esperamos que ofrezca más información. En otro orden de cosas, el cadáver del diputado Melchor Avellana Gómez sigue en el Instituto Anatómico Forense a la espera...».

¿Cómo? ¿Melchor Avellana? ¿Qué quería ser esto, otra pesadilla? Su desconcierto era tan grande que no acertaba con qué hacer a continuación. Empezó a leer frenéticamente, en realidad casi sin leer, la lista interminable de mensajes y llamadas perdidas acumuladas desde anoche.

Al universo le había dado un ataque de histeria y a Marga estaba a punto de darle ahora.

Por lo que parecía, aquellas sirenas de coches de policía y ambulancias que Lola y ella escucharon desde el despacho acudían a la puerta del Congreso porque un terrorista islámico le había cortado la cabeza con un cuchillo al Principito.

—No lo llames así que está muerto, que está muerto —dijo en voz alta—. ¡Ostras!, que está muerto... ¡Y tú no te has enterado de nada!

Para los políticos es muy importante ser los primeros en pillar una noticia. Desde luego, porque quien maneja una exclusiva tiene ventaja para reaccionar y para administrar su difusión a conveniencia. Pero, además, porque la política es un deporte en que el lugar del balón lo

ocupan las últimas noticias, en que si juegas con las viejas estás fuera. Con noticias de ayer se corretea en política regional y local, pero no en nacional. De hecho, si se asiste a una charla política entre políticos sorprenderá cómo compiten no por saber lo último que ha sucedido, sino por tener las claves de lo que va a suceder a continuación.

Los políticos trafican con el futuro, aunque en público sólo se refieran al pasado.

Marga rompió a llorar. No por el pobre Melchor; para ella, a esa hora, el muerto todavía era sólo el presidente de Ele-Ele, su jefe. No tenía rostro. Lloraba por la sorpresa. Lloraba porque había sido un error de principiante mantener el móvil apagado. Lloraba por impotencia, por no saber cómo reincorporarse a la corriente política que desde ayer a última hora estaría deglutiendo la noticia del atentado, porque la había cagado en su primer día como portavoz del partido en el Congreso. Y lloraba porque le daba cargo de conciencia no estar llorando por Melchor.

Marga era uno de los pocos cargos políticos en Madrid, si no el único, que lloraba a solas. El resto de los políticos, a falta de espectadores, no se tomaban la molestia. Como los insectos, los políticos no lloran, aunque los pisen, y eso que los pisan todos los días. Otra cosa es si hay que componer una escena... Anita, sin ir más lejos, no hacía mucho había aprendido a llorar muy bonito y lloraba siempre que había ocasión y cámaras alrededor, y Marga se había fijado en que cada vez lloraba mejor.

¿Anita? ¡Ana de Mendoza...!, como secretaria general en funciones era quien se habría hecho cargo de la situación, claro..., y quien estaría al frente del partido. Decidió ponerse a su disposición de inmediato.

Marcó su número, pero Ana no le cogió el teléfono.

Se suponía políticamente hundida. Mientras un terrorista decapitaba a Melchor a las puertas del Congreso, ella y Moncho en el interior del edificio, en el Salón de Sesiones para ser más exacta, profanaban el templo de la democracia haciendo el amor sobre un escaño igual que locos desesperados, igual que Hipómenes y Atalanta cuando los sorprendió fornicando la diosa Cibeles y los convirtió en los leones de la fachada del palacio. Ellos merecerían sustituir a esas estatuas en sus pedestales para vergüenza pública. El dolor, el bochorno y la culpabilidad la inmovilizaban como si en efecto se hubiera transformado en estatua.

Otra vez marcó el número de Ana y otra vez no lo cogió.

Llamó entonces a Moncho, pero estaba apagado o fuera de cobertura.

Se duchó y se vistió deprisa, automáticamente. Sus manos actuaban de forma mecánica, abrían el grifo, extendían el jabón por su

espalda, descolgaban la toalla, subían la cremallera de la falda, escogían una camisa, se la abrochaban..., en tanto que su pensamiento se ocupaba de lo relevante, del cómo reparar el desastre de haber estado fuera de juego en un instante tan delicado.

Con los años de ejercicio, los políticos desarrollan la capacidad de escindir lo que hace su cuerpo del asunto que ocupa su mente. Por ejemplo, en un acto social el cuerpo de un político puede estar hablando contigo e incluso responder con monosílabos a tu conversación, pero, al mismo tiempo, su cabeza está registrando quién interactúa con quién, qué capta la atención de los periodistas y cómo saltar de corrillo en corrillo hasta llegar a saludar a las personas más importantes. Merced a esta habilidad, Marga pudo salir del apartamento en sólo veinte minutos como si unas criadas invisibles se hubieran encargado de asearla y vestirla al tiempo que ella se centraba en establecer el balance de daños producidos por la tontería de apagar el móvil para estar con su novio como si fuera una adolescente.

«Un político de verdad jamás apaga el móvil —se iba reprochando a sí misma bajando las escaleras—, jamás de los jamases, Marga. Eres una aficionada... Ya, pero ¿y Moncho? Él también apagó el teléfono y eso que es el mejor político que conozco... Moncho no cuenta, boba. Moncho está enamorado. Pues yo también...».

Por cierto, ¿dónde estaría Moncho? ¿Era posible que se enterase de lo que le había ocurrido a Melchor y por eso no acudiera a su casa? Y entonces, ¿quién le puso sobre la cama el *Informe* y la asquerosidad esa? Nadie tenía llaves de su casa, Moncho tampoco...

Antes de salir del portal, se detuvo un instante y le escribió un guasap:

> AMARGURA: Buenos días, Moncho. Llámame, por favor. Sin compromiso.

Esperó un poco, pero no llegó ninguna respuesta inmediata. Así que abrió la puerta y puso un primer pie en el mundo.

Los pensamientos de Marga iban de un lado a otro desordenadamente mientras caminaba por la calle.

Madrid estaba pálido, con cara de susto. Sería por la claridad de las primeras horas hasta que el cielo alcanza su azul, o sería por cierta falta de brisa que suele anteceder a los días calurosos, pero el caso es que a veces las calles de Madrid se presentan anémicas, y aquella mañana en concreto era como si le hubieran chupado la sangre a cada fachada hacia la que Marga alzase la vista.

La capital se desperezaba y los pájaros todavía se agitaban con

aires de capitanes del sonido ambiente. Los pájaros son a las mañanas del Madrid antiguo lo que los hinchas a un estadio de fútbol, su rumor de fondo es el máximo silencio posible.

La sacó de su ensimismamiento el teléfono.

—¿Sí?

—Jefa...

—Dime, Reyes.

—No te pregunto dónde estabas porque no es mi tema, pero ¡¿por qué estabas desconectada?!

—Me quedé sin batería.

—Ya, okey. Voy y me lo creo... Aún hay mucha confusión. Algún digital incluso está especulando con que te pueden haber secuestrado.

—Para nada, Reyes, estoy bien. Llama corriendo a George y que lo desmienta. En un minuto llego al despacho.

—Imagina cómo está George de desbordado, jefa. Como para que yo le llame con esto... ¿Me permites que suba un tuit de condena del atentado desde tu cuenta? Así, indirectamente, cortamos todos los comentarios.

—Sí, hazlo. Enseguida nos vemos.

—Okey, jefa. Laura y yo ya estamos aquí. Te voy a preparar un dosier de prensa.

Marga zanjó la conversación sin decir nada más al encontrarse con un cordón policial en las calles aledañas al Congreso. Tuvo que mostrar su carné de diputada y pasó sin problemas. Tras el cordón, la alarma de los pájaros se oía con mayor intensidad porque no se mezclaba con la circulación de personas ni vehículos.

Mientras cruzaba la Carrera de San Jerónimo, hizo un tercer intento de llamar a Ana, pero Ana esta vez no dejó sonar el teléfono, colgó.

Moncho tampoco había respondido a su guasap.

Se giró hacia la puerta del Palacio del Congreso, le pareció una boca negra abierta con fiereza: el pico del frontón sería el labio superior; las altas columnas, comisuras estiradas, en tensión; y los dos leones, sendos colmillos inferiores, aterradores y oscuros. Entonces, los policías dejaron cruzar el perímetro de seguridad a un grupo de niñas que se acercó hasta la escalinata para depositar ahí unas flores y un osito de peluche, y a Marga le dio la impresión de que la bocaza abierta que estaba imaginando se combaba porque además de rugir ahora también reía.

Entró por Cedaceros. Al presentarse en el despacho, Laurita se echó en sus brazos y se puso a llorar. Reyes la miró muy serio y no dijo nada, era su forma de reprochar a la jefa su estúpida ausencia en momentos tan delicados. Aunque imaginaba lo que Marga estuvo haciendo y la escudaba, su complicidad no era tan incondicional como

para justificar que apagase el móvil. Para el asistente, el trabajo del despacho era lo primero; a Marga le parecía a veces que Reyes creía ser el diputado y que ella misma sólo servía para recitar sus textos como una actriz o una marioneta.

Aquella mañana, Laura y Reyes llevaban camisa blanca, pantalones vaqueros oscuros y corbata fina de cuero negro. La camisa de Reyes era de doble puño, y esa era la única diferencia entre el atavío de uno y otra.

Laura puso cafés de la Nespresso y se sentaron en la mesa redonda como si estuvieran frente a un desayuno de domingo. Los tres necesitaban sentirse parte de una familia. Se sentían vacíos y asustados.

—Reyes... —empezó la diputada.

—Jefa, no hace falta. Vamos a centrarnos en lo que viene ahora.

—Vale, pero quiero que sepáis...

—Lo sabemos, no sufras. Hace un rato llamaron del despacho de Ramón Bayo porque le tienen perdido el rastro desde ayer por la tarde, por si nosotros teníamos idea...

—¿Y qué respondiste?

—Yo, nada. Laura fue quien cogió el teléfono.

—Nada, Jefa. Que tú llegaste esta mañana a primerísima hora, que anoche estuvimos en contacto contigo y que no nos habías comentado nada del señor Bayo.

—Gracias, Laurita, cielo, por protegerme.

—Yo también soy un poco lista, aunque no lo parezca.

Sonrieron y el ambiente se relajó un poco. Pero a Marga le volvió la preocupación por Moncho al pensamiento.

Se le hizo un vacío en el estómago, o más bien se le puso una piedra en el estómago. Cierto, se instaló en sus entrañas una inquietud que pesaba físicamente como una piedra y que por fuerza tendría que disimular. ¿Qué le habría pasado? En las próximas horas, la intranquilidad por Moncho estaría pesándole en segundo plano mientras actuaba como si ese tal Ramón Bayo no significase nada para ella.

Los políticos también están acostumbrados a esconder sus emociones. Es lo primero que aprenden para resistir, porque la vida de político consiste en resistir. Y Marga iba a resistir no tener noticias de Moncho como la profesional que creía ser.

Entonces, inexplicablemente, recordó que antes de hacer el amor en el hemiciclo, por Dios, cómo se atrevieron, Moncho le había pedido que se casase con él y, sin saber por qué, también le vino el deseo de llamarle en ese instante para decirle que sí.

Sí, quiero.

Marga supo a esta hora del día posterior al asesinato del

Principito, frente al café con leche servido por Laurita y las gafas, ahora un poco menos serias, de Reyes, que iba a decirle que sí a Moncho, que aceptaba dar la campanada y casarse con él. Que...

—Subí el tuit que dijimos, jefa. —Reyes la devolvió a la tierra.

—Estupendo, ¿qué dice?

—Te leo: «Quiero manifestar mi repulsa y mi dolor por el atentado terrorista que ayer le costó la vida a nuestro presidente Melchor Avellana. He pasado la noche en silencio consternada por el dolor, pero hoy me pongo en pie con todas y todos para reclamar paz y justicia». Y la etiqueta #TodosSomosMelchor. He clavado los espacios.

—Repetimos la palabra «dolor».

—Por los espacios...

—Ya. Y no pusimos «islamista». —Marga iba recuperando su posición de jefa.

—Por no ofender calificando política y religiosamente el crimen.

—Reyes, «islamista» en este caso no es un adjetivo, es un nombre propio. Pero bueno, da igual. Está bien. ¿Cómo va de *likes*?

—Como un tiro. Lleva ya más de seiscientos retuits y La Sexta lo acaba de mencionar entre las reacciones relevantes... Piensa que hemos justificado tu silencio de anoche.

—Lo sé, y te lo agradezco. ¿Qué más tenemos? La agenda habrá saltado por los aires, claro.

—Pues un poco, sí. —Al escuchar lo de la agenda, Laura se activó, pero Reyes volvió a imponerse y no la dejó seguir.

—Espera, espera, Lau. Hoy tendrás reunión en el partido, seguro, y declaraciones a los medios. Y mañana la conferencia del desayuno del Nueva Economía Fórum.

—Se me había olvidado por completo. Igual se suspende.

—No. Han escrito un mail que se mantiene —Laura metió baza.

—Pues me presentaba Melchor. Ya veremos... Reyes, ¿te puedes ocupar de escribir la conferencia?

—Por supuesto. Ya he empezado. He cogido trozos de la que diste en el Club Naranjitos de Almería y de la tercera de *ABC* sobre el futuro del centro político.

—Perfecto. Incluye la condena del terrorismo, de la violencia, de los extremismos y todo eso.

—Claro, claro... Por cierto, tras el atentado han cesado los disturbios de Melilla. También en Ceuta todo se ha calmado. Según parece, ha habido una orden tajante del imán Al Isbani respaldada por la yihad de los Hermanos Musulmanes.

—Menos mal que por lo menos este hombre tiene autoridad sobre sus cachorros. Al final, esto va a ir del enfrentamiento personal entre el imán y el Cuervo, y sus respectivos ejércitos de locos fanáticos...

Perdonad, me está llamando el presidente del Congreso.

—Te dejamos, jefa. —Reyes y Laura salieron del despacho. Laura con las tazas en la mano.

Marga respondió al teléfono.

—Migue...

—Chacha, chacha..., menudo putadón.

—Todavía estoy pasmada, Migue. No sé dónde tengo la cabeza y dónde el corazón.

—Escucha, chacha, te llamo como portavoz de tu grupo para poner el Congreso a tu disposición. Melchor era diputado. Dicen los letrados que podríamos organizar la capilla ardiente en el Salón de Conferencias. Que hay precedentes con los expresidentes del Gobierno y con algún otro miembro ilustre de la Cámara. Y eso... No sé. Si a vosotros os parece bien, claro.

—Muchas gracias, presidente.

—Lo hago por ti, que conste. La Mendoza me parece una estiradita y el *machango* del tuerto no te quiero ni contar.

—Gracias, Migue. —A Marga se le escapó una risita espontánea —. Y por Melchor. Sobre todo, por Melchor, ¿verdad?

—Sí, claro, por Avellana. Estas cosas quedan muy bonitas y a la gente le gusta vernos muertos en nuestros despachos oficiales. Ya verás qué colas se forman. Todos los chachos que no irían al tanatorio vendrán aquí. En España los políticos muertos tienen más éxito que los vivos.

—Tienes razón, Migue. Lo consulto y te digo.

—Vale, espero tus noticias. Un beso, mi amor.

—Un beso, Migue.

—Oye, oye, cuñada..., ¿sabes dónde se ha metido Monchito?

—No, ni idea.

—Es raro que no esté en ningún sitio. Bueno, espero tu respuesta.

Esta llamada le daba a Marga una excusa para llamar a Ana y decirle que el presidente en funciones del Congreso ofrecía el Salón de Conferencias para la capilla ardiente. Marcó su número.

Ana colgó.

Marcó su número.

Ana colgó.

Marcó su número.

Ana colgó.

Entendiendo por fin que Ana no quería hablar con ella, escribió a Ciri.

AMARGURA: Ciri, te ruego que le traslades a la secretaria general que el presidente del Congreso ofrece el

Salón de los Pasos Perdidos para la capilla ardiente de Melchor. Un beso.

La contestación no se hizo esperar.

CIRIACO ROMASANTA: Ahora mismo se lo comento, portavoz. Por favor, ten cuidado, están pasando cosas.

AMARGURA: ¿A qué te refieres? ¿Cosas en el partido?

CIRIACO ROMASANTA: Cosas en el Congreso.

Ya no pudo escribir más, la cabeza de Reyes se asomó por la puerta:

—Jefa, te quiere ver la mujer del diputado Francisco Arroyo.

—Ostras, que pase.

VEINTIDÓS

Sin esperar a que Reyes le dijera que podía entrar, una mujer invisible se plantó ante la diputada Saavedra.

Esa mujer podría tener cualquier edad entre los treinta y los sesenta, podría ir maquillada o no, podría haberse teñido de rubio, de castaño o llevar a la vista con descuido las raíces blancas del pelo, daba igual, el caso es que ni siquiera frente a ella una estaba segura de recordar sus facciones o algún detalle de su aspecto físico. Se trataba de una mujer a la que ver y olvidar era todo uno; no importaba si te la cruzabas en el supermercado, el autobús, tras la ventanilla del cobro de multas en el ayuntamiento o empujando un carrito con productos de limpieza por los pasillos del Congreso, no, no importaba porque siempre te iba a pasar desapercibida. Una persona sin forma ni color. Existen muchos hombres y mujeres que se confunden con el decorado de la vida como si fueran camaleones pardos y grises, la mujer de Arroyo pertenecía a esa raza humana.

Lo único que llamaba la atención en ella era que llevaba una mascarilla negra. Y que la mascarilla le quedaba ajustada, por lo que cabía suponer que, pese a que no se apreciase por la ropa indiferente, sería una señora redondeada.

—Buenos días...

—Moni. Mónica, pero me llaman Moni. Disculpe que no le dé dos besos, pero Paco ya me contó que el Gran Catarro surgió de este edificio. Que tenía pruebas... Bueno, que quiero ser autorresponsable.

—Encantada, Moni. Hace usted bien. Desde aquella epidemia, yo también, si puedo, evito tocar a nadie. En la reciente campaña electoral no sé ni cuántos desinfectantes de manos habré gastado... ¿Quiere sentarse? ¿Un café? Tenemos Coca-Cola *light*...

—No, muchas gracias, tengo prisa. —Con las dos manos por delante sostenía un bolso rígido y acharolado.

—Dígame, ¿en qué puedo ayudarle? —Marga se esforzaba en parecer neutral, como si no le diera ninguna importancia a la misteriosa desaparición del marido de esta señora.

—Doña Margarita...

—Marga...

—Gracias por la confianza, doña Marga. Mire, necesito que se encuentren los despojos de mi Paco para darles cristiana sepultura. Y no sé a quién dirigirme. Me acuerdo de que Paco y usted se tenían

aprecio, porque él me lo decía. Y por eso lo de apelar a su bondad.

—Es cierto que manteníamos cierta amistad, aunque últimamente...

—Ni que usted lo diga, doña Marga, en los últimos tiempos mi Paco estaba cambiado. La soberbia se había apoderado de su espíritu. El Señor se lo perdone.

—Pues eso, Moni, que lo más seguro es que no esté muerto, y que simplemente se haya liado la manta a la cabeza un ratito por ahí —a Marga le salió un leve acento sevillano, no le sucedía más que cuando estaba nerviosa o incómoda—, y que reaparezca. Los hombres..., qué le voy a contar.

—Lo dice por lo que se comenta de su caída con la letrada esa... Sí, lo tengo oído. Pero mi Paco sería incapaz... Aunque ahora no sé —agachó la mirada hacia la punta redonda de sus zapatos de monja y dudó—, porque estaba poseído, poseído... Era como si de golpe se le hubieran olvidado a la vez todos los valores cristianos y socialistas. Él, que no volvía de misa sin dar una buena limosna a los pobres que piden a la puerta de la parroquia. «Jesús fue el fundador del PSOE», me decía. Pero ya no. Desde el Gran Catarro, sólo pensaba en ser ministro. Ministro, ministro... Usted dirá qué necesidad tiene de ser ministro un buen padre de familia cuando se puede hacer tanto bien ofreciendo al Señor las pequeñas obras diarias... Y se quedó muy blanco... Muy blanquito...

—Pues, Moni, por eso... Estará vivo, seguro. Un hombre tan piadoso como Paco sólo puede estar vivo. Perdido, a lo mejor, pero vivo. Déjese guiar por la esperanza. Y por la fe, sobre todo por la fe. —Marga fue a coger a Moni por el codo, pero esta lo retiró.

—No, doña Marga, mi Paco está muerto. Yo lo sé.

—¿Y cómo lo sabe? —Por fin distinguió a Moni del fondo como si se hubiera desprendido de su camuflaje: pelo corto, ojos sin pintar, un pequeño quiste sebáceo bajo la ceja derecha, brazos fuertes, rebeca marrón sobre jersey albero, falda de tablas también marrón, talmente una Virgen María contemporánea reclamando el cuerpo de su Hijo para enterrarlo.

—Es difícil de explicar, pero cuando desapareció, aquel domingo por la noche, alguien entró en nuestro dormitorio y se sentó en nuestra cama. En el lado donde duerme Paco. A oscuras, me dio la sensación de que ese alguien me estaba mirando fijamente. Tuve mucho miedo y no encendí la luz. —A Marga se le puso la carne de gallina—. Y no sé por qué, pero me dije a mí misma que esa presencia era el propio Paco que había venido a decirme algo. Cuando me desperté, creí que había sido un sueño, pero cuando fui a rezarle a la Virgen Peregrina la vi mover los labios y me dijo: «Mónica, hija, era Paco, que vino a despedirse». La escuché como la escucho ahora a

usted. Se lo juro, y que el Señor me perdone por jurar en balde. Escuché la voz de la Peregrina.

—Mire que yo no soy muy creyente..., bueno, a lo mejor ahora sí... ¿La Virgen Peregrina?

—Sí, una figura de la Inmaculada que en nuestra comunidad parroquial trasladamos cada mes de una casa a otra, por eso la llamamos Peregrina. Paco y yo éramos felices cuando nos tocaba tenerla con nosotros. Ella me lo dijo: «Mónica, hija, era Paco, que vino a despedirse».

—Ya. —A Marga no le salió otra respuesta, estaba aterrorizada.

Volvió la cara hacia su foto nadando desnuda de espaldas en el mar, la que tenía colgada en la pared, la de los brazos en cruz, y musitó:

—Monchito, sí, quiero. Sí, quiero...

De repente Marga intuyó que Paco Arroyo estaba muerto, como anunció la Peregrina. Por la imaginación se le pasó que habría muerto mansamente, que se habría dejado eviscerar primero y degollar después como un cordero sin defecto físico cuya carne fuera a repartirse por tercios entre quien lo inmola, sus parientes y las viudas y huérfanos del lugar. Probablemente ni se movería mientras se desangraba. Se pondría triste, sólo eso, al notar cómo se iba vaciando de sangre, pero con humildad, con resignación de víctima de sacrificio ritual. Lo vio, lo vio, lo vio...

¿Cómo era posible que lo estuviera viendo?

No supo terminar esta conversación con la viuda.

Pero ¿y Moncho? Moncho no era dócil...

—Sí, quiero.

Y todavía con la vista desenfocada sobre aquella foto en blanco y negro, escuchó a la señora invisible decir mientras se alejaba:

—Que el Señor se apiade de nosotras, doña Margarita.

Y Marga corrió al cuarto de baño a refrescarse la cara. Le vinieron algunas arcadas. Le ardían las mejillas.

—Algo te pasa —se dijo frente al espejo.

VEINTITRÉS

Ana de Mendoza, con un golpe sobre la mesa, puso ante las narices de George un folio con la exclusiva de *El Confidencial* impresa. El titular decía: «Reunión secreta en el Congreso asegura la presidencia para Baldomero Cuervo».

—Acaban de colgar esto. Abriendo... ¿Me puedes explicar de dónde sale?

—¿Yo? ¿Y yo qué coño sé? —George se quitó las gafas de farmacia con las dos manos.

—Yo sí que no lo sé, George. En teoría, te pagamos a ti para que te enteres.

—La firma es de Dylan Pollo. Este chavalín tiene fuentes en todas partes, puede haber sido cualquiera de los que estuvieran en ese contubernio. Cualquiera... Uf, uf, uf..., Pollo es un cabrón metomentodo.

El despacho de la secretaria general de Ele-Ele era contiguo al del presidente, aunque sin el boato pasado de moda de este. El mobiliario resultaba incómodo y frío por su funcionalidad. Ana se sentaba tras una típica mesa de oficina y George en una de las dos sillas de enfrente.

Ambos fumaban.

Ese mediodía, la secretaria general se notaba extrañamente bella, las secretarias generales acostumbradas a vérselas con babosos de toda condición saben cuando su combinación de prendas las hace inaccesibles.

«Le sienta bien la tristeza a la muy cabrona», pensó George.

Las ojeras rosáceas, propias de haber pasado la noche llorando, el pelo apelmazado de mujer que tiene algo más importante que hacer que lavarse la cabeza recogido en una coleta con un lazo malva, las uñas mal pintadas de granate y mordidas, todo contrastaba con un vestido corto, ajustado, de raso negro, que se diría para salir en Nochevieja si no fuera obvio que precisamente ese día cumplía con los requisitos de un luto que a Ana le pesaba como un yunque sobre los pulmones al respirar.

George no estaba acostumbrado a ver a Ana con falda, sin sus vaqueros, y la observaba atónito. Era como si un personaje de un cómic de vampiresas se hubiera presentado para incrementar la sensación de irrealidad que lo embargaba desde que le llegó la

primera noticia de la decapitación de Melchor Avellana.

Ana quería estar afligida, pero sólo le nacía contener una furia bárbara de loba gigante. Furia contra Melchor por haberse muerto. Furia contra los colaboradores que la rodeaban por mostrarse tan vacilantes ante cada pequeña decisión que había que tomar, por no estar a la altura de las circunstancias, por tenerle miedo. Furia contra las televisiones y las radios que banalizaban su drama personal merced a los comentarios a favor de Charo de unos contertulios tópicos, repetitivos, ignorantes... Mira que decir que Melchor estaba profundamente enamorado de su mujer, como insistían unos y otros, que no alquiló un apartamento en Madrid porque, si podía, le gustaba volver a dormir a Ciudad Real... Hijos de puta... Que le preguntasen a ella por el NH Neptuno... Furia contra los políticos de otros partidos que llamaban o enviaban mensajes o flores que bien se sabía que no respondían más que a la urgencia de emitir una nota de prensa contando que ya habían llamado o enviado un mensaje o unas flores. Furia contra Charo, que parecía dispuesta a representar el papel estelar de viuda desconsolada recabando para sí todo el protagonismo de la pena, el dolor y los ahogos. Y furia contra sí misma, por no ser capaz de recordar cuánto amaba a este paleto que se había dejado decapitar como un pardillo.

Se abrió la puerta y, con la lentitud estudiada del *consigliere* de un capo de la mafia calabresa, entró Ciriaco Romasanta. Nunca su parche negro en el ojo pareció más puesto en situación.

—Siéntate, Ciri. —El tono de Ana era ahora desmayado—. ¿Has visto lo del *Confi*? Tú estuviste ahí, representando a nuestro partido, ¿quién habrá filtrado la reunión?

—Alguien que quería torpedear la cosa, eso está clarinete —respondió muy serio el interpelado asintiendo con la cabeza.

—¿Ramón Bayo, por ejemplo? Ramón fue el único que se opuso a esta coalición amigable por la salvación nacional, ¿no es cierto?

—Total. Y creo recordar que dijo que antes moriría que permitir que el Cuervo llegara a la presidencia. —Sólo movía la boca por el lado del parche, dejando asomar el colmillo.

—Es un cabrón con muchos trienios y muy listo. Busca romper la coalición sin crearse enemigos. —Ana se sujetó la frente y frunció los labios—. Fíjate que el periodista no menciona el nombre de ninguno de los asistentes, pero sí da detalles: que la reunión fue en la Sala Lázaro de Dou, también algunas frases literales que allí debieron pronunciarse, que se repartieron cargos y tal y tal. El mensaje sería: si me tocáis los huevos, contaré más... Y ahora que lo pienso, también puede haber sido nuestra flamante nueva portavoz en el Congreso. Marga tiene sus motivos... Primero, está lo de su rollo con Bayo, no habrá secretos entre ellos, se protegen, como si lo viera..., y luego que

se mosqueó, seguro que se mosqueó, porque te envié a negociar a ti y no a ella. No me extrañaría...

—Marga no. —Ciri reaccionó como si le hubieran clavado un alfiler—. Creo que está dejando a Ramón y yo la voy a ayudar... Ella aún no es consciente de que si quiere sobrevivir ha de ponerse de nuestro lado, pero dame un par de días y lo comprenderá.

—Tranquilo, Ciri, tranquilo... —Ana encendió otro Winston—, cualquiera diría que te la estás cepillando. No me hagas desconfiar de ti, tío. Sólo sugiero que la mosquita muerta esa tiene más veneno del que pensaba el pobre Melchor, y ahora veo que a ti también te tiene engañado. Es increíble cómo os engatusan a los tíos las rubias con el pelito largo haciéndose las tontitas. —Ana movió las manos como si se recolocase la melena con afectación—. Pues, ¿sabes qué te digo?, que conforme voy hablando me va pareciendo más claro que Marga es la filtradora y que ha jodido esta operación en connivencia con Bayo.

—No creo, secretaria general, no creo... —Al dirigirse a Ana por su cargo buscaba transmitirle tranquilidad y acatamiento a la vez—. Si fuera Marga, sería por imprudencia, no por maldad. No habría medido lo que contaba, y tendríamos nombres propios en negrita en todos los párrafos, y el de Bayo también estaría ahí. No, no ha sido ella.

—Marga juega a fusionarnos con el PP, ¿no te das cuenta? Pero si hasta se ha liado con un jefe pepero...

—No, no, no... Si estuviera mosqueada, Marga vendría antes a protestarnos a nosotros, ella no es una filtradora, no es tan astuta... —El ojo de Ciri buscó en el techo el impulso que necesitaba para separar a Marga de su supuesto amante del PP—. Yo sigo pensando que ha sido Bayo. Sí, Bayo, ha sido Bayo y sólo Bayo..., y espero que, después de esta, en el PP hayan acabado definitivamente con él.

—Me alucina cómo los políticos leéis las noticias, en lugar de interesaros por lo que dicen o sus consecuencias os importa quién las filtra y cuál es su intención, como si los periodistas no fuéramos más que recaderos. Pues os diré que el Pollo no se casa con nadie. —George apiló sus tres móviles que estaban expuestos sobre la mesa y también recogió las gafas de farmacia con una parsimonia que intentaba dar a entender que empezaba a irse—. En fin, como quien dice, ustedes querrán quedarse a solas.

—Un momento, no te vayas aún. —Ana le ofreció un segundo Winston a George, que este aceptó—. Si tus colegas te preguntan por esa reunión la has de desmentir.

—Pero... ¿cómo la voy a desmentir si se produjo?

—George, nosotros negamos que existiera. Así que, punto final: no existió.

—Uf, uf, uf..., vale, como quieras, chica, pero no colará.

—La reunión no existió y no existió. Los demás también dirán eso,

ya lo verás.

—Te arriesgas mucho. ¿Y si Bayo filtra el resto?

—Bayo ya no filtrará nada más. Fausto Rancaño va a hablarle en privado y le hará una buena oferta, creedme. Y ya os digo que los peperos no pueden permitirse quedarse al pairo —esta vez respondió Ciri por el colmillo.

—¿Y si repreguntan que si estaríamos dispuestos a que una reunión así se produjera?

—Pues ya sabes —la secretaria general bajó los párpados con fatiga para subrayar que lo que iba a decir debía estar ya aprendido—, la retahíla de siempre: que depende del programa, que nosotros estamos para salvar a España, que lo que importa son los ciudadanos, que no queremos cargos...

—Uf, uf, uf..., ¿que no queréis cargos?

—Eso es. —Comprimió la colilla en el cenicero para apagarla, se inclinó hacia delante y lo miró fijamente a los ojos—. George, los políticos somos perros comiendo de un cubo de basura, nada nos importa más en el mundo que nuestro botín, aunque sea un botín de mierda, incluso estamos dispuestos a morder por defenderlo, pero no nos llames carroñeros porque nuestro eslogan nos presenta como el mejor amigo del hombre. ¿Lo pillas? Pues eso... Baja a la sala de prensa y desmiente al Bob Dylan Pollo ese de los cojones.

—Dylan Pollo.

—Como se llame.... Ni hubo reunión ni hay pacto a favor del Cuervo. Además, harían falta los socialistas, y en lo del Pollo no se dice que asistieran a la conspiración, ¿a que no?

—Es verdad.

—Pues venga...

George salió tocándose los bolsillos de la americana y el pantalón verificando que llevaba los móviles, las gafas de farmacia y el bolígrafo. El Winston, casi consumido del todo, seguía entre sus dedos. Cuando ya se había marchado, Ana le comentó a Ciri:

—Este tío es un desleal. Le importa más quedar bien con los periodistas que con nosotros. Lo contratamos para engañar a sus colegas y el muy cabrón siempre intenta engañarnos a nosotros. En cuanto reorganicemos esto, lo despedimos y ponemos en su lugar a un chico de *El Español* que me ha recomendado su director, y que es de los nuestros. Pero de los nuestros de carné, ¿eh? Y ahora vamos con el comité de esta tarde.

—Todo controlado. No habrá ningún problema. El personal no tiene fuerzas para chorradas después de lo de anoche. Van a encajar la sucesión sin rechistar.

—Perfecto, Ciri. Tras la filtración esta de las narices, todo se va a precipitar... Por cierto, llama a Rancaño y garantízale que nosotros

seguimos a bordo, que no haga caso de nuestros desmentidos. Coméntale que en el partido ahora sí que voy a mandar yo de verdad y que cuenten con Ele-Ele. Que lea bien lo que voy a decir esta tarde en el comité. Le va a gustar... Ya verás, hay que desdemonizar al Cuervo y a Escarmiento para que nuestros planes cuelen... Ah, y tú no pienses por tu cuenta, tú no sabes pensar. Tortura, difama, chantajea, insulta, que es lo que siempre se te ha dado mejor. Obedéceme como obedecías a Melchor, ¿de acuerdo?

—A tus órdenes. ¿Órdenes? No, mejor, a tus ideas, presidenta. —El tono cínico de la frase de Ciri se le escapó a la secretaria general.

Era la primera vez que alguien la llamaba así: presidenta. Y lo estaba esperando, ya que, según los estatutos del partido, al fallecer el presidente la secretaria general asumía su cargo. A Ana le gustó oírlo: presidenta... Sonrió con abatimiento y pensó: «También en esto vas a tener razón, Melchor, puede que el tuerto esté enamorado de mí...».

—Por cierto, presidenta, lo de la capilla ardiente en el Congreso que ya te he comentado que había escrito Marga, para que veas... lo que ella ha conseguido del presidente Betancor...

—Sí, sí..., ya he dado yo las instrucciones... Puedes largarte. —Negando con la cabeza le indicó que a todos los efectos la reunión había terminado.

Henchida de vanidad, Ana no percibió que Ciri se marchaba gruñendo para sí como un zorro humillado, con la cola entre las patas y las orejas tensas y hacia atrás.

Le subieron un pincho de tortilla, un plato de fruta variada y una copa de agua con gas, hielo y limón del bar de abajo, y almorzó sola en la oficina. Estuvo tomando notas para tener claras las palabras que iba a dirigir en un rato al Comité Ejecutivo, un órgano más numeroso que la Permanente. Aunque, como siempre, al final diría lo que se le ocurriera en ese momento. Las notas eran por si se quedaba en blanco, algo que nunca había sucedido.

Pensó en Melchor. Era la primera vez que preparaba un comité sin él. Aun así, seguía sin verlo muerto. Es más, en el fondo de su corazón le reprochaba su ausencia.

Al llegar la hora, bajó las escaleras con solemnidad, lentamente, acariciando el pasamanos, dejándose contemplar. Se había pintado los párpados de negro y unas lágrimas que se forzó a derramar delante del espejo le dejaron un par de rastros de negro rímel corrido sobre sus pálidas mejillas. Los labios también se los había pintado de un carmín tan oscuro que tiraba a negro. Para los fotógrafos presentes, aquella instantánea de Ana de Mendoza, viuda política de Melchor Avellana, traje negro, medias negras, zapatos negros con tacón..., cayendo peldaño a peldaño, descendiendo con zancadas morosas de Bette Davis, era sin duda una de las imágenes del día.

Los flases quemaron el aire y sonaron como un fusilamiento con disparos de luz. Durante unos segundos, nada se veía y nada se oía salvo las fotos.

Los periodistas apostados ante la puerta del Comité Ejecutivo enmudecieron al ver a Ana pasar, los bolígrafos se les quedaron petrificados sobre las libretas y los micrófonos se abatieron igual que girasoles al atardecer. Consciente de la intensidad de su interpretación, Ana llevaba el mentón erguido.

Entró en la sala y todos los altos cargos del partido se pusieron de pie y prorrumpieron en un aplauso tremendo al que ella no se unió, sino que recibió con ojos cerrados como si fuera para ella, como si tuviera algún derecho a ostentar la representación de la víctima entre sus amigos y compañeros. Permitió que aquel aplauso se alargara lo bastante como para que los cámaras pudieran recoger la escena en su integridad. Y una vez juzgó que las teles tenían suficientes recursos de ambiente, rompió a llorar y entonces la ovación incrementó su intensidad y los tiros de todas las cámaras se centraron en su rostro bañado por las lágrimas.

Fue George quien cortó aquella batahola sacando a la prensa a empujones y cerrando la puerta del cónclave a sus espaldas.

Mientras los miembros del comité volvían a sentarse, Ana echó un vistazo a la mesa presidencial que había preparado George y observó tres sitios con tres carteles de mesa: uno, en el centro, con su nombre y el cargo de «secretaria general», a su derecha el de Ciri con el puesto de «secretario de organización» y a su izquierda el de Marga Saavedra como «portavoz parlamentaria». Y a los propios Ciri y Marga esperando firmes tras sus sillas a que ella subiera a la tarima y ocupase su sitio.

No se enfureció, no, pero un brillo de maldad sí que se le encendió en sus pupilas oscuras cuando con un gesto resuelto le indicó a Ciri que bajase y se acercara a ella, y en voz baja, aunque perfectamente audible para la mayoría de la concurrencia, le dijo:

—Haz el favor, Ciri... Melchor todavía es el presidente de Ele-Ele: quita esos tres cartelitos y pídele a Marga que salga de la mesa presidencial. Tú quédate en tu sitio, yo me pondré al otro lado y dejaremos el del centro vacío en representación de nuestro presidente, que para nosotros sigue aquí y siempre seguirá.

Marga no esperó a que Ciri le transmitiera nada, ella misma quitó los tres carteles y bajó de la tarima.

Los asistentes se dieron por enterados de lo que había sucedido y de nuevo se pusieron en pie y aplaudieron como posesos, esta vez sí, a Ana.

Para Marga resultó bochornoso avanzar por un pasillo lateral con los cartelitos en la mano buscando sitio entre los pocos que habían

quedado libres al final de la sala mientras sus compañeros aplaudían a rabiar a Ana. Nadie le cedió su puesto.

Pero Ana, en vez de regodearse en su éxito y ocupar su lugar en la mesa presidencial al lado de la silla vacía de Melchor, quiso avanzar un poco más hacia el liderazgo de aquella asamblea huérfana y, sin que nadie la presentara o le diera entrada, se dirigió al atril, abrió un folio que llevaba doblado y con voz apenada, repetidamente rota por sofocos y sollozos contenidos, comenzó a hablar casi sin leer:

—Queridas amigas y queridos amigos de Ele-Ele, decir lo primero que mi dolor es vuestro dolor. Melchor Avellana era el mejor de nuestro partido y estaba llamado a muy altos destinos. Nos lo ha arrebatado el terrorismo y jamás vamos a perdonar ni a olvidar.

»Os habréis dado cuenta de que no os he pedido que guardemos un minuto de silencio y os preguntareis por qué; eso es porque Melchor no ha muerto, está vivo en nuestros corazones. Los minutos de silencio son para los muertos, no para los vivos.

»Añadir, sin embargo, que los terroristas lo van a pagar caro. El islamismo es culpable. Señalo a los islamistas como responsables de la muerte de Melchor y pido desdemonizar a los partidos que como Escarmiento nos están advirtiendo del peligro moro. Ahora sabemos en qué consiste ese peligro. Proclamar que la lucha contra el integrismo es la lucha de Melchor, mártir de nuestro partido, y nuestra lucha también.

»Ele-Ele siempre ha sido un partido moderado, pero nuestra moderación no puede confundirse con debilidad. Yo os pido que me deis vuestra confianza para negociar un Gobierno de concentración que desarticule la conspiración islamista que anoche derramó nuestra sangre a las puertas del Congreso...

Llegada a este punto, se produjo una gran ovación en el comité. Los asistentes a la ejecutiva de Ele-Ele habían aguantado en tensión los párrafos anteriores, pero con lo de «nuestra sangre a las puertas del Congreso» ya no pudieron contenerse más y los vítores se les escaparon de adentro con la fuerza de una arcada del alma. Bueno, del alma..., mejor, de la exigencia de dar coba a la estrella emergente del partido que aquel público se autoimponía.

Los miembros de los Comités Ejecutivos de los partidos y sindicatos españoles jamás toman la palabra como no sea para alabar al líder o sentenciar: «Te rogamos, Señor». La política en España se hace aplaudiendo o pitando a coro. Será por la herencia cortesana que nos dejaron los Austrias o por la continuidad administrativa que mantuvimos con la dictadura, no se sabe, pero la política española es de silencio, bronca, pitos, pitos y palmas, palmas, aplausos, ovación, saludo desde la barrera o vuelta al ruedo. La política española es de grada taurina, de arriesgarse a opinar sólo desde la espesura del

respetable público.

Aquí los debates se evitan para no reñir y las votaciones para no perder.

España sigue siendo ese país que engaña al hambre comiendo pajaritos, caracoles y lagartos, un humilladero de más de medio millón de kilómetros cuadrados en el que se elevan plegarias antes desde el bar que desde el ayuntamiento, la sacristía que la iglesia, el banco que el taller y el burdel que el lecho conyugal. Los españoles hablan a la vez y en el mismo mentidero, casino, rastro, mercado o estadio de fútbol, donde el ruido resulta ensordecedor, pero luego se callan justo donde alguien los escucharía si protestasen, como en misa de domingo, en casa cuando el amo viene a recoger el voto o en el juzgado al ser conducidos por la Guardia Civil.

Tal es la devoción con que los miembros de los órganos colegiados de los partidos atienden a sus líderes que, para extraer conclusiones sobre lo que opinan, los analistas deben acudir a la interpretación de la extensión y profundidad de sus silencios, la frecuencia y tipo de sus entradas en redes sociales durante la reunión o la intensidad y duración de los aplausos.

Esa tarde los aplausos para Ana de Mendoza eran atronadores y unánimes. Sólo no aplaudía una persona: Marga Saavedra.

La secretaria general mandó aplacar aquel entusiasmo desbordado y sentarse con una seña de director de orquesta. Y siguió explayándose:

—Queridas amigas y queridos amigos, añadir que el populismo no es malo y que ha venido para quedarse. Que el populismo ya no consiste en dividir, sino en expulsar a los que dividen. Que ser de centro ya no es ser enemigo del populismo. Yo digo que se puede ser populista de centro y que nosotros queremos serlo. Queremos ser el partido de los fanáticos de centro.

»Ante el féretro de nuestro presidente, os prometo que obtendremos el desquite que merecemos. Ya está bien de que multiculturalismo signifique que nuestra cultura se desmigaja, ya está bien de que pluralismo signifique que nuestros valores se relativizan, ya está bien de que globalización signifique que nuestras empresas se van, ya está bien de que integración signifique que nuestros trabajadores no encuentran empleo... Ya está bien. Antes conformábamos una sociedad vertebrada, ahora nos separamos en guetos religiosos, raciales, culturales o geográficos. Volvamos a una España unida, constitucional y europea. Y el que no la comparta que se quede en su país y no venga.

»Yo no voy a ponerme un velo porque lo diga la izquierda radical, fui, soy y seré una mujer libre.

»Desde hoy nuestra patria puede contar con los fanáticos de

centro...

Otra vez la audiencia, débil para seguir reprimiéndose, bramó entusiasmada y otra vez Ana ordenó callar. Y concluyó:

—Como no podía ser de otra forma, aceptar el cargo de presidenta de nuestro partido que, al ser la secretaria general, me corresponde por faltar el presidente. No aplaudáis todavía, por favor... Dejadme terminar. Convocar un congreso extraordinario e inmediato para ofrecer el homenaje que le debemos al presidente Avellana, y para reiniciar el proyecto y que me voten los afiliados. Proponer que constituyamos un Comité de Buenas Prácticas y Transparencia para que un equipo de expertos, comunicadores y patriotas nos digan lo que debemos hacer y no equivocarnos, y que a nadie le quepa duda de que tenemos otra imagen y que ahora somos un partido reformador que ha dejado atrás su blandura y su relativismo anterior. Por lo que vimos en las elecciones del domingo, renovarnos no fue suficiente... A partir de mañana mismo os prometo un renacimiento fanático, vengativo y en profundidad.

»Y ahora, daros una buena noticia. Después de insistirle personalmente, el presidente en funciones del Congreso ha aceptado instalar la capilla ardiente del presidente Avellana en el Salón de Conferencias del palacio. Contaros que he tenido que apretarle mucho, porque Betancor no quería... Que ha sido una idea mía y sólo mía... Gracias, gracias..., no aplaudáis aún. Qué menos para un diputado víctima del terrorismo islamista, para un mártir... Que no, que no me aplaudáis, no he hecho más que lo que cualquiera de vosotros habríais hecho en mi lugar... A las siete de esta tarde empezará el velatorio. Os espero a todos allí.

»Queridas amigas y queridos amigos, forjaremos alianzas con quienes creen en la misma patria que nosotros, sin Gran Catarro ni corrupción, y vamos a refundar España. Ahora somos fanáticos de centro.

»Melchor Avellana desde el cielo estará orgulloso de nosotros, ya que es su muerte la que nos ha convertido al fanatismo centrista.

»Muchas gracias. Ya podéis aplaudir.

La ovación que se produjo de seguido inundó la sala de los comités como si un golpe de mar hubiera roto las ventanas y una ola gigante penetrase repentinamente llevándose a unos y otros por delante. El chillido arrancado a las patas de las sillas al levantarse los cargos públicos del partido bruscamente de ellas, el roce de sus americanas al abrochárselas, el golpe de bolsos y carteras dejadas caer al suelo, las palmadas explotando tan fuerte como petardos secundadas por el tintineo de pulseras y correas metálicas de relojes, pero sobre todo las voces al compás de «¡presidenta, presidenta, presidenta...!», transformaron aquella aclamación en un tsunami de

entusiasmo y pleitesía.

La reunión había pasado del duelo inconsolable a la exaltación de la líder en muy pocos minutos, dejando claro, una vez más, que los políticos lo son porque siempre saben cómo emerger desde lo más hondo del mar.

VEINTICUATRO

Marga se quedó sola al final de la sala cuando el resto de los asistentes se volcó sobre el atril para felicitar a la nueva presidenta de Ele-Ele y que ella los viera y recordara que habían estado allí, para que Ana de Mendoza se quedase con sus caras.

Salió sola al pasillo. Se cruzó con varios compañeros que el lunes la ensalzaban por su nombramiento como portavoz parlamentaria y que ahora ni siquiera se tomaban la molestia de saludarla.

Se dio cuenta de que se había vuelto transparente y decidió marcharse.

Bajó las escaleras, le dijo adiós a Crescencio y a su jersey de pico gris reglamentario y ya en la calle se chocó con un corrillo de antorchas, cámaras, fotógrafos, micrófonos y grabadoras que esperaban declaraciones con que dar continuidad a sus boletines de noticias, programas y páginas web.

Tras la media luna de reporteros que se abrió para que la portavoz parlamentaria de los liberales dijera alguna cosa, descollaba la cabeza de Leo. Se había puesto de puntillas para que Marga lo viera y sonreírle, aunque, como siempre, aquella sonrisa le salió triste y transmitía más aflicción que confianza.

Vocalizando exageradamente, pero sin voz, le dijo:

—Ánimo, Marga.

Quedó patético.

A ella le dio pena percibirlo tan pendiente.

—El pobre no ha superado nuestro fracaso —se dijo.

Iba a responder resignadamente a las preguntas que quisieran los informadores cuando una mano segura de sí misma la agarró, le dio un tirón y la sacó del círculo.

—¿De qué vas, alma de cántaro? ¿Qué hostias de declaraciones te van a salir con esa cara de fantasma?

—Lola...

—Parece que acabes de ver una resucitada. ¿Nos apartamos de aquí?

«Qué guapa está hoy Lola», pensó Marga. La notó distinta.

Los periodistas, que no podían alejarse de la puerta de la sede por si salía alguien más importante que Marga, que no podían seguirla, la llamaron.

—¡Marga...! ¡Estamos en directo, Marga!

—Señora Saavedra, ¿se sabe ya quién es el nuevo presidente de Ele-Ele?

—Diputada, una preguntita. Sólo una preguntita para el magacín de Boni Granero...

Pero Lola, cogiéndola de la mano, tirando, la cruzó de acera. Y juntas siguieron caminando hacia el templo de Debod. El rumor de aquel corro de prensa poco a poco dejó de escucharse.

—¿Por qué estás así, tan plof, Marga? —Lola no le soltaba la mano, pero a Marga tampoco le incomodaba. Iban paseando.

—Yo qué sé, Lola. Supongo que por muchas cosas a la vez... Acabamos de nombrar a Anita de Mendoza nueva presidenta de Ele-Ele.

—Previsible. Ya era la secretaria general...

—Sí, pero no es eso. Es que tengo la impresión de que los militantes no cuentan para nada. Pagan sus cuotas y llenan los mítines, pero sólo son comparsa. El partido pertenece a los dirigentes. Podríamos no tener militantes y contratar extras para que voten en las primarias o batan palmas cuando les soltamos un discurso y todo sería lo mismo. Hoy a Ana ni siquiera la hemos elegido. Se ha elegido ella misma y los demás hemos aplaudido.

—¿Tú también?

—No, yo no.

—Lo sabía. Eres una tía guay.

—Ser político ya no es un servicio que presta un ciudadano en un instante dado de su vida a costa de sus intereses personales. No, qué va... Se ha convertido en una carrera profesional en la que unos y otros empiezan con cargos pequeñitos y poco a poco han de ir llegando a los más altos. La política de hoy es un oficio.

—¿Un oficio como el de puta quieres decir?

—No te burles de mí.

—No me burlo. —Lola le hizo notar que seguía llevándola de la mano.

—Pues sí, como el oficio de puta... En estas condiciones, la democracia se convierte apenas en un decorado. Piénsalo..., si son los partidos los que presentan a los candidatos y los partidos parecen más clubes privados que asambleas de vecinos, contribuyentes, voluntarios, yo qué sé..., pues el resultado es que lo de ir a votar se convierte en puro atrezo. La verdadera elección se produce al confeccionar las listas electorales dentro de los partidos, no al someterlas al electorado. El auténtico poder lo tiene el que hace la lista, no el que coge esa lista, la mete en un sobre y luego deposita el sobre en una urna.

—Te veo muy jodida.

—Créeme, Lola, la democracia y el poder viven de espaldas. Hoy

por hoy se odian. El poder se ha corrompido tanto que prescinde de la democracia y se legitima por la publicidad. La democracia actual no es más que un disfraz... El poder pertenece a la política, no al pueblo. A veces pienso que llegará un día en que nuestros Gobiernos, en lugar de jurar sus cargos por Dios, los jurarán por Satanás. Resultará más sincero...

—A mí eso de Satanás me encantaría... —Lola cerró los ojos y aspiró profundamente—. Pero ¿no será que temes que Mendoza te quite de portavoz y que eso es lo que te revuelve las tripas y te convierte en una revolucionaria?

—Puede... Estoy decepcionada.

—Lo comprendo.

Deambulando y charlando pasaron por la plaza de Oriente, el Palacio Real, los reyes de piedra, la catedral de la Almudena, la calle Mayor, la Casa de la Villa, la calle Ciudad Rodrigo con sus soportales... El Madrid de los Austrias es una red de alcantarillas a ras de tierra en la que todos somos zahorís de tabernas, lechos clandestinos y esquinas donde mear. Y por la que los turistas y su dinero corren ahora como una plaga de cucarachas rojas.

De pronto, frente a los pies vagabundos de Marga y Lola se abrió la plaza Mayor, esa en que tres días después de la supuesta muerte de Magdalena de Guzmán, la marquesa del Valle, o tres días antes, eso no se sabe, para regocijo del populacho fue degollado en el cadalso Rodrigo Calderón, su amante.

Cuando, desde su cárcel, condenado por asesino y brujo, escuchó doblar todas las campanas de Madrid por el eterno descanso del que había sido su compinche y protector, el rey Felipe III, escribió Rodrigo en su última nota para la marquesa del Valle: «Muerto es el rey, muerto seré yo».

Y tal sucedió, demostrando las dotes de adivinación del reo.

Murió ejemplarmente, con la paz de quien encuentra un inmenso alivio en la separación de su calabaza del tronco. Ayudó al verdugo con los preparativos y, cuando este le rozó una oreja con el filo de la macheta, giró el rostro y le advirtió con amabilidad:

—Por detrás no, hermano. Por delante, que he sido condenado por brujo, pero no por traidor.

El vulgo se desvivió después por conseguir alguno de sus cabellos, un vasito con sus caldos estomacales o cualquier retal de la saya sudada que vestía al entregar el alma para conservarlo como reliquia.

La sangre que manó cubrió la piedra del suelo de la plaza como si hubiera sido llovida. Aún hoy es un suelo pegajoso por aquella sangre derramada.

Todo eso, lo de aquella cabeza decapitada de Rodrigo a la que tantos escucharon susurrar «Jesús» como si fuera un santo, o lo de la

perra alana española a la que se vio lamiendo la médula de su cuello recién seccionado, Marga lo sabía por haberlo leído en las primeras páginas del *Informe espantoso*, esas que tanto le inquietaron y que le trajeron al pensamiento la preocupación por lo que le hubiera ocurrido a Moncho. Aunque en ese momento aún ignoraba cuánto iba a acabar enredándose su propia historia con aquella ejemplar ejecución pública de Rodrigo Calderón, acontecida más de cuatrocientos años atrás a escasos metros del suelo que ahora mismo ella y Lola pisaban, cada una con su indiferencia, sumidas en su conversación de íntimas amigas.

Precisamente de Felipe III, sobre un caballo al que le cuelga la panza como un saco de vagabundo, es la estatua que ahora ocupa el centro de la plaza Mayor. La marquesa del Valle fue testigo de la llegada de esta escultura desde Florencia en 1616 y pensó en lo bien que estaría su enemigo, el propio rey, una vez muerto, encajado dentro de su representación en bronce hueco.

—Una figura con el esqueleto en su interior... Ji, ji, ji... No es tan mala idea —se dijo.

Siglos después, Isabel II mandó traer la estatua y dejarla, quién sabe si con el esqueleto de Felipe III dentro, en el centro de la plaza, igual que si marcase el lugar donde fue ajusticiado su cómplice de cohechos, Rodrigo Calderón.

Es famosa esta estatua de Felipe III por oler a mierda. Se cuenta que hasta que al caballo se le cerraron los orificios del hocico en 1931, por la boca y la nariz del animal se colaban los gorriones y que, incapaces de salir, morían dentro del rey metálico. Que la barriga del caballo era el mayor cementerio de pajaritos putrefactos del mundo. Yo más bien pienso que se trataba del propio rey en descomposición atrapado en su otro yo de bronce. O de su corrupción, cuya sospecha, desde sus días de imperio, ya no se le ha quitado a los poderosos de España.

Si no, ¿por qué aún ahora, en las noches de calor, sigue apestando a cadáver agusanado en torno a la efigie del rey de los corruptos, en el centro del centro de Madrid?

—Menudo tipo más lamentable —se le escapó con rencor a Lola al ver el icono ecuestre, y escupió al suelo—. Me alegré de que las pagara todas juntas muriendo como un cerdo... Maldito sea por siempre...

—¡¿Qué has dicho?! —Alucinaban a Marga esa luz, esa fuerza y ese misterio que inopinadamente colmaban hoy a Lola—. ¿Quién es lamentable? ¿Felipe III?

—Nada, tía. Nada... Que creo que necesitas una cervecita. ¿Has comido algo?

—Desde esta mañana sólo dos cafés de los de Laurita. —Marga se

recogió el pelo con coquetería.

—Te invito a un bocata de calamares, si sigues así te vas a desmayar en la capilla ardiente.

Entraron en el bar restaurante Valle del Tiétar. La madera pintada de rojo, la pizarra con el menú escrito a tiza y el anuncio negro con letras doradas de la fachada del Valle del Tiétar parece que pregonen: «Tenemos calamares y caldo a voluntad» sin necesidad: de decirlo. El Madrid antiguo es de esos colores, ladrillo y carbón, y en consecuencia de fritanga y cocido.

En el bar el ambiente era denso como la gelatina. Se hacía preciso hablar alto para impulsar las frases y que traspasasen el aceite atmosférico del lugar.

Casi no tuvieron que pedir las dos cañas y los dos bocadillos de calamares para tenerlos delante sobre la barra de mármol blanco.

—A ti te pasa algo más que el miedo a que te cese Mendoza. —Cuando intentaba crear con Marga un clima íntimo, Lola no podía evitar asaetearla con ojos de gata traviesa.

—Dime una cosa, Lola. Ayer, cuando bajaste a ver qué había pasado en la puerta de los leones, ¿viste algo extraño por el Congreso? ¿Te cruzaste con alguien? ¿Alguna mujer vestida raro?

—¿Ayer? ¿Yo bajé ayer a ver algo? —A Lola le chocó la pregunta y dejó entrever cierta confusión.

—Sí. Estabas en mi despacho y te fuiste corriendo al oír los disparos. Ibas al despacho de Paco Arroyo, a la puerta de los leones y a escribir un teletipo a toda prisa.

—No me acuerdo... Algo vería... No sé... Llegué al despacho de Arroyo y se me ha olvidado el resto... Pero vamos a lo que importa. Hablemos de ti. Cuéntame, ¿qué te ocurre?

—Que estoy preocupada, Lolita. No sé nada de Moncho desde ayer. Con el día que llevamos hoy y aún no ha dado señales de vida.

—¿Moncho? ¿Te refieres a Bayo? Andará con sus líos de derechas. ¿Qué más te da?

—Me importa, Lola. Anoche desapareció. Temo que le haya pasado lo mismo que a Paco Arroyo...

—Hostias, Saavedra, dímelo claramente: ¿estás con Bayo?

—Sí. —Se cogió la melena lisa y se la puso por delante de la boca escondiendo en ella el rostro con timidez.

—Pero ¿tú estás loca, tía? Con el carrerón que llevas, ¿por qué lo arriesgas de una manera tan estúpida? ¿Cómo puedes degradarte así? Hostias, no conozco tío más viejuno y pasado de moda. —Los ojos azules de Lola brillaban como si fueran de llama de gas, se mostraba indignada, sus manos subían y bajaban sin coordinación—. ¡Si llega a saberse...!

—No me riñas ahora. No necesito eso. —Marga era incapaz de

contener las lágrimas que sin mover un músculo le bajaban recorriéndole mansamente el rostro de arriba abajo.

—Es que no me lo explico...

—No tienes por qué explicártelo. No tienes ningún derecho a juzgarme. Si no fuera por..., diría que estás celosa. —Marga hizo ademán de marcharse.

—No, espera..., perdona. —Lola la abrazó rodeándola por entero —. Ven..., amiga.

Marga se sintió protegida entre los brazos de Lola. Aunque no comprendida. Comprendida, no. Entonces, cuando Lola cerró un poco más la cuerda de su abrazo y el mentón de Marga sobrepasó el hombro de la periodista, le dio la impresión de que la nuca de Lola olía raro, como a estofado de ayer. O mejor, a carne rancia.

Hasta ayer desprendía fragancia de caramelo.

Y Lola rozó con sus labios el cuello de Marga.

VEINTICINCO

Son las siete y diez de la tarde.

El rey de España, vestido de capitán general añil, sale de un coche oscuro frente al Palacio del Congreso de los Diputados.

—¡Qué alto es el rey en persona!

Al pie de la escalera de los leones le aguardan en línea de saludo las primeras autoridades del Estado. Después de estrechar la mano de damas y caballeros —tras el Gran Catarro se ha recuperado la costumbre madrileña de mantener alguna forma de contacto físico palpable en los saludos oficiales—, se dirige a la viuda de Melchor Avellana que, un poco apartada, espera suspendida del brazo de la nueva presidenta de Ele-Ele, ambas ataviadas de negro minucioso que incluye tirante visible del sujetador, gafas de sol y pañuelo color negro.

Las dos se abrazan a un mismo tiempo al rey como si quisieran exprimirlo y lloran sin consuelo posible.

Aunque la primera intención de los responsables de protocolo es separar al rey de estas dos hormigas reina y uno de los guardaespaldas, al que las mangas del traje le quedan estrechas, incluso se lleva la mano derecha al sobaco izquierdo bajo la americana por si acaso..., la emoción ostensible que la conmovedora escena provoca en los curiosos congregados ante el Congreso convida a todos los funcionarios presentes a no intervenir.

Los segundos se alargan y parecen horas.

El silencio en que se ha sumido la plaza de las Cortes es tan hondo que desde el hotel Villa Real hasta el Palace sólo se escucha el trisar de las golondrinas y los sollozos de Charo y Ana.

La incómoda situación no estaba prevista en la escaleta del acto, sin embargo, a juicio del jefe de la Casa Real se trata de una de esas circunstancias que «afloran el amor del pueblo por su monarca y que reflejan bien la campechanía y la humanidad del rey». Así pues, los dominguillos de las secretarías técnicas de las distintas instituciones constitucionales intercambian miradas de complicidad como diciéndose: «Nos está quedando un evento redondo y legitimador».

Pasados tres o cuatro minutos, tiene que ser el propio presidente en funciones del Congreso quien deshaga el trío tirando por los respectivos codos a las dos señoras.

Entonces, Conchita Fos de Bau, jefa de protocolo del Congreso,

carita de muñeca antigua en sustitución del rostro, sonrisa congelada por la mano onerosa de algún cirujano de campanillas, pelo escaso y teñido de rubio, casi blanco, delgadísima..., con la llaneza que le da su cercanía a la inanidad corpórea, entrega al rey una corona de flores adornada con los colores de la bandera nacional y un lazo negro. Y el rey, andando con pies de pato, como si llevase un jamón de Charo atado a una pernera y uno de Ana a la otra, pues de nuevo se le han adherido ambas por los flancos, se acerca con dificultad hasta la montaña de ramos y muñecos de peluche que desde primera hora han ido acumulándose bajo las pezuñas de los leones del Congreso.

Pareciera que el rey no puede despegarse de este dúo de enlutadas gemebundas, afectadísimas.

Depositan la corona con seis manos.

Tras esto, el rey, con una finta muy de rey profesional, se escabulle de sus siamesas de circunstancias igual que un delantero centro frente a un par de defensas marcando al hombre. Y consigue que vuelva a circular el aire entre las señoras de negro y su real presencia. Asciende a paso ligero, de tres en tres peldaños, la escalinata que conduce a las grandes puertas de bronce del edificio. Se detiene junto a las espigadas columnas corintias y espera a que suba el resto de la comitiva que debe acompañarlo. Algunos políticos, que aguantan haciendo bulto por ahí hasta que comiencen los pésames y el acompañamiento del cadáver, aprovechan el instante para saludarle alzando el mentón, dando a entender a los de su alrededor que tienen confianza con el monarca, o se ponen de puntillas para hacerle algún comentario gracioso al oído.

El rey aparenta atender a todos. Que el personal se vaya con la impresión de haber quedado bien con él es la parte más democrática de su trabajo.

Entretanto, Lola y Marga han entrado en el Congreso por Floridablanca y, desde la Galería del Orden del Día, se asoman al Salón de Conferencias o de los Pasos Perdidos, donde, como estaba previsto, se ha instalado la capilla ardiente del diputado Melchor Avellana.

Allí mismo y en similares condiciones, se velaron los cuerpos sin vida de los expresidentes del Gobierno Adolfo Suárez y Leopoldo Calvo-Sotelo, y el del exvicepresidente y exministro Alfredo Pérez Rubalcaba, justo aquel que dijo: «En España se entierra muy bien».

Recientemente, con el Gran Catarro Madrileño, al principio de la conocida como crisis de la peste, también se honraron en este salón los restos mortales de la pobre Carlota Caldés, presidenta de uno de los Gobiernos tecnocráticos durante dieciséis días, de los que, a

consecuencia de esta epidemia, pasó siete agonizando hasta que faltó sentada en la taza del cuarto de baño de cortesía de la bodeguilla del palacio de la Moncloa, y a la que se tiene por santa, y no en vano se le atribuyen curaciones milagrosas de la enuresis de los niños. Y los del diputado Sergio Aldazábal, del PNV, aquel que durante la rodamunda se hizo pasar por vagabundo para experimentar en propia carne cómo se confinaban en la calle los sintecho y si les llegaban mascarillas, y comprobó que no se confinaban y que no les llegaban mascarillas, y se contagió, causando una honda impresión en la opinión pública su último estertor, en directo para el programa *De esta salimos más fuertes, edición de luxe*, en cuclillas entre los cubos de basura de la puerta de atrás de la cocina de un restaurante con estrella Michelin del barrio de Salamanca.

Marga observa con angustia que el salón está abarrotado, piensa que, o bien ha llegado tarde, o bien el resto de los concurrentes se ha presentado demasiado pronto. Los dedos aún le deben de oler a calamares, al menos ella se nota las yemas aceitosas, y quizá el aliento le apeste a cerveza. Ha llorado, ha comido y ha bebido. Y ahora, plantada ahí donde nadie le hace sitio, se siente una impostora. Si por ella fuera, echaría a correr y no pararía hasta llegar a su apartamento de la calle Cervantes, pero Lola se lo impide.

—Vamos, tía, entra.

—Pero si hay tanta gente que no se sabe quién ha venido y quién no. No hago ninguna falta ahí dentro...

—Te digo yo que se sabe, y se apunta, y se publica en los teletipos. Es más —Lola agita las manos como si se le hubieran dormido—, ya hace un rato que Leo me está esperando en la cabina de la agencia para eso..., para pasar lista de asistentes. Además, como portavoz de los eles tendrás tu localidad reservada en primera o segunda fila. Míralo de esta otra forma, te habrán puesto una sillita al lado de la de tu queridísimo portavoz del PP... Anda, ve..., que el *machirulo* de Ramón se estará preguntando por qué no llegas.

—Es cierto..., Moncho...

Marga se empina, ella es alta, y por encima de las coronillas, algunas peladas, otras con la calva mal disimulada y otras de peluquería para la ocasión, acierta a entrever que se ha retirado el mobiliario del salón, la mesa central y los sillones laterales, que se ha dispuesto el féretro en el centro de la estancia sobre unas andas funerarias, orientado hacia la puerta cerrada que da al pasillo de separación entre el Escritorio de la Constitución y el del Reloj, y que los pies del difunto apuntan a la puerta abierta por la que se asoma el busto de bronce fundido a la cera perdida con cincelado y pátina a fuego de Leopoldo Calvo-Sotelo, el presidente del Gobierno a quien Peridis dibujaba con cuerpo de esfinge y que precisamente contempla

la escena con enigmática formalidad.

El ataúd está cerrado, cubierto por la bandera de España y por otra naranja que, aunque parece de un equipo de fútbol, por el color calabaza se entiende que debe ser la de Ele-Ele. Un cordón rojo colgado de cuatro hachones pequeños, coronados por llamas que no son tales, sino bombillas con forma de llama que finge crepitar, protege el perímetro del ataúd. A sus laterales se han colocado dos cuadros de sillas plegables, dejando despejado el frontal del cajón fúnebre para facilitar el desfile de quienes quieran ir pasando a dar su último adiós al diputado Avellana.

Hay cámaras, pero no muchas. El Congreso debe estar dando imágenes de lo que allí sucede a las televisiones. También se distinguen algunos fotógrafos, hoy con americana, en contra de lo que es su desarreglada etiqueta habitual. Los periodistas no tienen colocación, la mayoría de ellos sigue el acto de pie, con la espalda apoyada contra la pared y el bloc de notas o el teléfono móvil en la mano para no ser tomados por meros entrometidos o husmeadores.

No sin dificultad, Marga concluye que el grupo de sillas plegables que tiene ante sí es el correspondiente a la familia, a los miembros del partido y a los funcionarios de Congreso, y que su sitio de portavoz parlamentaria, caso de que se lo estén reservando, queda al otro lado del féretro, junto a las autoridades del Estado y el cuerpo diplomático, junto al de Moncho. Y al propio Moncho, si es que se ha personado...

Debe cruzar, pues, de punta a punta el salón que está de bote en bote.

—Tía, debes cruzar de punta a punta el salón que está de bote en bote —le dice Lola con los ojos hipnóticos de un lémur.

El murmullo sordo de las almas ahí reunidas, todas vestidas de oscuro, cuchicheando como cigarras para distraerse hasta que arranque el programa protocolario, se asemeja al rumor de fondo de una caracola ratonil; si una cerrara los ojos le parecería que escucha un mar de ratas escondidas a punto de liberarse.

Para Marga, penetrar en ese salón funerario equivale a lanzarse al océano y hundirse.

—Métete ya... Una, dos y... —insiste Lola.

—Tres. Adiós.

—Hasta luego...

Y Marga, disciplinada, da un paso al frente.

Empuja a unos y otros. Pide perdón aquí y allí.

—Disculpe, por favor, es que mi sitio está...

Poco a poco se va abriendo camino en una jungla cerrada de pavos reales, chupapollas, come coños, trepas, solicitantes, alcahuetes, entrometidos, impertinentes, pedantes, homicidas..., que como juncos suelen abarrotar el acceso a los recintos donde el poder se concentra

para enterrar, alumbrar, enaltecer o ajusticiar a alguien.

—Lo siento... Disculpe... Perdone...

No ha avanzado más de dos metros cuando, repentinamente, igual que una compañía de lanzas ante un rumor lejano de cascos de caballo, como cipreses del cementerio, todo el mundo se pone en pie. Hay un tímido intento de aplauso que no prospera. Los fogonazos de los flases y sus resplandores anuncian, como antaño harían las trompetas, que el rey ha llegado.

Marga contempla al rey acceder con paso solemne, plantarse ante el ataúd, guardar un minuto de silencio, santiguarse y tomar asiento en la primera silla plegable del otro lado del salón.

Siguiendo al rey de cerca, han entrado Charo y Ana cogidas de la mano y, tras un breve instante de confusión, se colocan encabezando las filas de la familia del finado, frente al rey.

Vuelven todos a tomar asiento poseídos por esa resignación susurrante con que se alzan y sientan una y otra vez las beatas en misa.

Marga se deja caer sobre una silla extrañamente libre que descubre cerca. Al acomodarse comprende por qué permanecía libre esa silla, el personaje de al lado está tan gordo que, con su muslo carnoso, su codo picudo como si se le asomara una punta de pan acarreado bajo la axila y su postura en general desahogada, ocupa sitio y medio. Y entonces, pegada a su oreja, escucha la voz del gordo que dice:

—Mírala, mírala, *collons*, ahí va la Mendoza... *És que no té vergonya?* Tan viudita como la otra... Una, la viuda matrimonial y otra, la viuda política. La oficial y la apócrifa..., las dos de la manita. Es incapaz de renunciar a su protagonismo, *collons*. No sabe estar en su sitio. Si las toallas del bidet del NH Neptuno hablasen del coño que conocen...

—Ernest... —Marga sonríe y se alegra de encontrarse con la Peña de los Gordos, la antigua dirección de su partido dimitida por el escándalo del puticlub-spa Ñol, aunque sea ocupando la última fila de las sillas que corresponden al partido—, qué malo eres.

—¿Has dicho malo o majo?

—Malo. —Marga acompaña la respuesta con un guiño de compinche.

Las convenciones sociales contemporáneas y, sobre todo, los medios de comunicación estigmatizan a los políticos acusados de corrupción, los convierten en leprosos, en seres que no merecen ni que se les hable. Muchas veces, un político salpicado por un caso de corrupción recibe peor trato en la calle que un asesino y no digamos que un terrorista ya declarado culpable, a quien la etiqueta progresista obliga a comprender y reinsertar. Sin embargo, desde dentro de la

política se es un poco más comprensivo con los colegas enredados en escándalos. Aunque el discurso oficial se enuncie con dureza, utilizando palabras como «chorizos», «saqueadores» o «carroña», los políticos en privado reconocen que todos ellos y de todos los partidos están sometidos a las mismas tentaciones, y que cualquiera puede ser acusado y condenado por la opinión pública sin juicio previo aun siendo totalmente inocente, que para eso sólo hace falta una campaña de desprestigio bien orquestada.

La imputación por un posible delito de corrupción, que en realidad debería funcionar como una garantía para el investigado en un proceso penal, se ha convertido en una inapelable sentencia a muerte civil. Para el político imputado y para su familia que, en no pocas ocasiones, se ve forzada a cambiar de apellido, la imputación funciona como una condena sin juicio, anticipada e inapelable. Se señala, se segrega, se expulsa. Incluso, dar trabajo a un investigado para que tenga de qué comer es recibido por los periódicos como una acción reprobable, ya que los imputados deben vivir de «tanto como se supone que habrán robado y que tendrán oculto en algún paraíso fiscal». No hay quien no sea consciente de que se trata de una injusticia que, además, contraviene todos los principios del Estado de derecho, pero nadie es tan atrevido como para corregir la situación porque, como digo, la imputación forma parte del juego de la política como la calavera o el pozo del de la oca.

Después, a los políticos que, finalmente, sí son condenados, se les niegan los beneficios penitenciarios para «dar escarmiento», como si ese mismo escarmiento no fuera preciso darlo con los violadores, los proxenetas o los traficantes de drogas. Y de los que resultan absueltos no hay quien se acuerde. La noticia del archivo de una causa o de una absolución casi ni se publica y la mancha queda en la pechera del salpicado sin detergente que la quite.

A todo cuanto estoy contando podría ponerle nombres, ya que a lo largo de mi carrera me fue dado conocer a bastantes políticos que, tras verse afectados por un escándalo que quedó en nada, acabaron convertidos en zombis sociales.

En general, en España viven más de la corrupción, ansían más revolcarse en ella, quienes acusan que quienes resultan acusados. Y esta afirmación no admite controversia porque en nuestro país la corrupción es un arma política antes que una tara moral extendida.

Entre los políticos españoles, la caída en desgracia por una acusación infundada o poco fundada de corrupción se considera algo así como un accidente laboral, una baja en combate. Marga, por eso, conserva su amistad con los Gordos; la imputación que padecen no le obliga a retirarles el saludo en privado. Y si Ana los repudia no es porque le repugnen sus presuntas corrupciones, no..., sino porque los

considera enemigos políticos y ha decidido destruirlos con la corrupción como cañón argumental.

—¿Malo? Malo no, un *desgraciat*... Soy expresidente del partido y estos que vienen conmigo, la antigua dirección y algunos de los fundadores de Barcelona, donde esto empezó contra el pujolismo, y mira dónde nos ha sentado la viudita apócrifa. No estamos más lejos porque no había taburetes en el cuarto de baño.

—Pero para mí es una satisfacción encontraros aquí, aunque sea tan atrás...

—Marga, no te engañes, somos presuntos y estamos imputados. Nadie nos había invitado, hemos venido por nuestra cuenta, y a la viudita apócrifa no le ha quedado más remedio que pedirle al tuerto que busque dónde colocarnos para que no se nos vea mucho. Y aquí estamos, los últimos. Nos están borrando como si jamás hubiéramos existido. Primero, renunciaron a defendernos por el escándalo ese que..., bueno, tú lo sabes porque te lo he oído alguna vez en la radio, que todo fueron mentiras..., luego nos borraron de la memoria del partido como si ya nos hubieran condenado; a mí jamás me convocan a nada, y esta tarde la viudita apócrifa va y proclama que va a nombrar unos expertos para que la iluminen sobre cómo volver fanático a un partido que es de centro. Pues *collonut*, oye... Esto se va a la eme, te lo digo yo.

—Eso sí... Pero Ernest, si estáis tan cabreados, ¿qué hacéis aquí? —El Gordo Ernest posee una capacidad inaudita para convencer y empatizar con sus interlocutores, lo que constituye una ventaja extraordinaria para un político, y Marga acaba de enredarse en su argumentación.

—Tocar los *collons*, hacernos visibles, lanzar algún rumor entre los periodistas y, si se tercia, colarnos en el telediario con una frasecita sobre el muerto. Marcar paquete..., lo que viene siendo hacer política en nuestro país, Marga. ¡Seguir vivos! Los funerales como este son amontonamiento político del bueno, ocasión histórica, marco incomparable y todo eso que se dice. Hoy sí, hoy el que no está no existe... Pero ¿y tú? ¿No eres la portavoz? Tu puesto está ahí delante... ¿Qué *collons* haces aquí con tus amigachos los Gordos?

—Pues, sin menospreciaros, que te consta mi afecto, la cosa es que he llegado tarde y ahora no sé cómo cruzar esto sin dar el cante. —En esta frase se le nota un poco el acento de Sevilla, son los nervios.

—Espera un momentín a que se vaya el rey y se forme un tumulto de personalidades que ansían hacerse notar o que ya no encuentran razón para quedarse un poco más; en ese momento, aprovecha la confusión y pasa.

—Gracias, Ernest. Es una pena que se pierda tu veteranía política.

—Lo que va a ser una pena, Marga, es que la viudita apócrifa te

va a cortar la cabeza a ti en menos que canta un gallo. A ti... Ya estás advertida. Eres un obstáculo para ella. O te haces fuerte en el grupo del Congreso o vas a durar menos que un Gobierno del tontaina de Paraíso de Gregorio.

A Marga le cae como un jarro de agua fría escuchar que Ernest, un político al que admira por su clarividencia pese a todo lo que se ha publicado sobre él por el caso del puticlub-spa Ñol, confirme lo que venía intuyendo desde primera hora de la mañana: que Mendoza no cuenta con ella. Y que la va a defenestrar.

—Los Pajes van a por ti a lo animal, Marga...

La saca de sus pensamientos una señora con el pelo recogido en un moño, gafitas, rebeca azul marino, collar de perlas y falda escocesa de uniforme de colegiala con imperdible, que se le aproxima por detrás doblada como una te, caminando despacio por el pasillito que queda entre las sillas plegables. Dado el ángulo recto que forma el tronco con sus piernas y que lleva las manos apoyadas en las rodillas, el collar le cuelga como si fuera la correa de una perrita escapada durante el paseo. La bibliotecaria del Congreso, Macarena Colomer, habla en voz muy baja por deformación profesional, no es preciso pues que rebaje su tono para que sólo a Marga le llegue lo que viene a decir.

—Ostras, Macarena, qué susto me ha dado. No la sentí aproximarse.

—Disculpe, doña Marga, es perentorio que usted venga a visitarme a la biblioteca.

—¿Ahora mismo? Ahora mismo no puedo, Macarena, como usted puede apreciar.

—Cuando le venga bien, pero no tarde demasiado. Hay necesidad... En el Congreso están sucediendo cosas inexplicables y terribles.

—¿Y por qué no se lo cuenta al presidente en funciones?

—No me creería. Él no me creería.... Es preciso que hablemos usted y yo. Es preciso...

—¿Y por qué yo sí le voy a creer?

—Porque usted apreciaba a don Francisco Arroyo, ya me ha contado su viuda el buen trato que entre ustedes dos se dispensaban y con cuánto interés la ha atendido a ella esta mañana. Si quiere descubrir la razón y el cómo de la muerte de don Francisco y de Mercedes Martínez —las perlas del collar, golpeando unas con otras, remarcan ahora la importancia de lo que la bibliotecaria está apuntando— no deje de visitarme en la biblioteca. De eso puede depender que haya más muertos o no. El mal se ha desatado...

Al escuchar esta última frase llena de intriga, a Marga le viene a la cabeza el *Informe espantoso* que tiene a medio leer y que alguien

dejó sobre su cama con un diente arrancado. Se vuelve para preguntar a Macarena cómo sabe que el Monaguillo y Mercedes están muertos y si le ha llegado alguna noticia de Moncho..., pero Macarena Colomer ya no está ahí, se ha volatilizado. Sin embargo, sí le parece reconocer por donde la bibliotecaria debe haberse escabullido a un anciano con barba de Walt Whitman que no le quita ojo y con el que ya se ha encontrado antes. Pero ¿dónde? ¿Cuándo? ¿En el Escritorio del Reloj? Quizá.

Y el rey se marcha. Se forma un remolino a su alrededor compuesto por multitud de famosos, exfamosos, hijos de famosos y aspirantes a famosos que quieren aparecer de refilón en alguna fotografía y que siguen al rey en su salida, puesto que no habían acudido a rendir homenaje al finado, sino a que el finado les sirviera de excusa para rendir homenaje a su propio engreimiento y a su propia ambición. Son las moscas del poder, lo persiguen como las moscas de verdad a la mierda de verdad y para lo mismo: posarse y darle mordisquitos.

En ese corro de pelotas destaca el sombrero blanco de Pancho Zaragoza.

La viuda matrimonial y la viuda extramatrimonial intentan despedirse del rey, pero los cortesanos se interponen y las sacan del obsequioso enjambre que envuelve a la real persona dándoles codazos y levantando frente a ellas una muralla de espaldas con americana de raya diplomática. Marga, que aprovecha el barullo para cruzar el Salón de Conferencias de un lado a otro en busca de su asiento reservado, se las encuentra a los pies del féretro.

Se abraza a Charo, pero mira a Ana. No sabe si debe darle el pésame a la nueva presidenta del partido o no.

—Te acompaño en el sentimiento, Charo. Soy Marga Saavedra.

—Muchas gracias, Margarita. Quiero ver a Melchor. ¿Estará guapo? Mi cari es muy guapo... ¿Puedes hablar con alguien para que abran la caja? Yo se lo iba a pedir al rey, pero ya...

Charo parece extraviada, probablemente drogada por el médico, y se deja coger y soltar como si estuviera rellena de trapos.

Por unas décimas de segundo Marga y Ana cruzan sus miradas y ambas se preguntan cómo reaccionar. Finalmente, Marga se inclina para darle un beso a Ana al tiempo que esta opta por apartar la cara, girarse y, tomando a Charo por la cintura, enfilar hacia donde está ubicada la familia. El chasquido de los labios de Marga sobre la nada y el educado «lo siento» que suelta a continuación se pierden en el aire cargado de gravedad del salón como los aerosoles del beso posterior a santiguarse.

En el silencio en que la partida del rey ha sumido al Salón de los Pasos Perdidos, a uno de los periodistas que cubren el acontecimiento

de pie se le escucha musitarle al colega que toma notas a su vera:

—Gatillazo de Marga Saavedra.

Y al colega responder:

—Total.

Si Ana ha buscado ridiculizar a Marga con carácter irrefutable, lo ha conseguido. La escena del beso perdido en el vacío ha sido ridícula y oficial. Seguro que pronto habrá vídeos y memes con la imagen que circularán por las redes sociales.

La diputada Saavedra se queda pues sola en el centro de la estancia, de cara al ataúd con las banderas. Está avergonzada. Se siente como si la hubieran desnudado y todos los ojos estuviesen pendientes de su desnudez. No sabiendo cómo reaccionar mejor, dobla la cintura, al ser alta y delgada es un gesto que le queda forzado, se persigna y se lleva la mano derecha al corazón. Luego se gira con la rigidez con que lo haría un robot y busca una silla plegable libre entre las de los portavoces de los grupos parlamentarios en el Congreso.

Llega por fin al lugar que le corresponde y toma asiento donde entrevé un cartelito con su nombre. Por unos instantes, no comprueba quién tiene alrededor y quién no.

Respira hondo.

Trata de recuperar la calma.

Alza la vista y le da la impresión de que el techo está muy alto, demasiado alto, más alto de lo normal, como si un espacio vertical se hubiera abierto en esta capilla ardiente improvisada para que entre tanto cocodrilo amontonado la atmósfera fuera respirable, como si el cielo se alejase para protegerse de los políticos en combustión profesional.

Repara en las cuatro parejas de ángeles guerreros que guardan las esquinas del mural pintado en la bóveda del salón. Nunca se había fijado en ellos y esta tarde noche Marga diría que resplandecen, mas no por su belleza, sino por su agresividad.

Los ángeles también están a la defensiva.

Nota que está sudando, que la camisa se pega a su espalda y a sus axilas. Hace calor, mucho calor, o ella lo siente así. Con disimulo acerca la nariz a su escote. No parece que huela a cebolla ni a nada. Los dedos sí, todavía a calamares. Una mosca verde pasa por delante de sus ojos. Otra... No será por su sudor, sino porque hay un muerto ahí.

Ya está un poco más tranquila. Y en la plaza que le corresponde. Para los políticos es esencial disponer de un puesto propio, sin sitio reservado se perciben a sí mismos como polizones. La competición política se parece mucho al juego de las sillas musicales: primero, siempre hay menos asientos que participantes. Segundo, cuando la música deja de sonar el que se queda sin poltrona está eliminado. Y

tercero, gana quien al final logre quedarse a solas en el trono. Los políticos pueden sobrevivir perseguidos por la justicia, acosados por los medios, con el sueldo reducido a cero, pero jamás sin sitio reservado.

Un diputado sin escaño no es más que un particular. El escaño hace al político y no sus valores ni su influencia.

Como siempre le dice Migue a su cuñada Marga:

—Chacha, mi amor..., déjate de discursos cursis, lo único que desean escuchar de ti en el partido es que aquí hay sitio para todos.

VEINTISÉIS

Un momento..., Marga regresa de golpe a la realidad. «¿Dónde está Ramón Bayo, el portavoz del PP? ¡¿Moncho?!».

Su lugar reservado sigue vacío. Nadie lo ha ocupado.

Marga siente angustia, vértigo, miedo..., pero se contiene. Una vez más disimula, aunque automáticamente lleva su mano a la cicatriz del vientre dándose a entender a sí misma que el desasosiego empieza a ser insoportable.

La asaltan una serie inesperada de náuseas y arcadas que disimula y que atribuye al nerviosismo.

A su izquierda, Pere Pau Marrón, el portavoz del PSOE, se alegra de verla sentada al lado. Levanta las manos que tenía apoyadas en las rodillas y las deja caer sobre su tripa como un obispo satisfecho se las colocaría sobre la cruz pectoral tras una feliz comilona.

—*Cordons, on t'havies ficat, noia?*

—He tenido que cruzar toda la capilla ardiente...

—Sí, ya he visto el no saludo de la niña Mendoza. Ella lo ignora, pero es de derechas hasta para ofender.

—Gracias, Pere Pau, aunque no ofende quien quiere... Estaba al otro lado con Ernest Coll.

—Osti tú, ¿con el Gordo de los Gordos?

—El mismísimo Gordo, sí. —Marga pensó: mira quién fue a hablar—. O sea que voy de catalán a catalán. —De gordo a gordo, podría haber dicho también.

—Sí, *noia*, pero el Gordo es *fatxa*, centralista de *Madrit* y tal, y yo soy catalanista. *Vull dir*, socialista, pero catalanista... *No és el mateix, ¿eh?* Y él está gordo y yo sólo soy ancho de huesos.

—A mí me parecéis bastante iguales, todo el día dándole vueltas a lo vuestro. La política catalana es como un culebrón, te puedes desenganchar y enganchar cuanto quieras porque siempre está pasando lo mismo.

Desde la fila de delante, que es la primera, se vuelve el presidente en funciones del Congreso y con un sube y baja de los dedos de la mano izquierda les manda bajar la voz. Al moverse, dos moscardones que estaban posados en su hombro salen volando.

—Shhh..., señorías..., agüita, que estamos en un velorio.

—Perdona, Migue.

—Chacha, no me cuchicheen. —Miguel Betancor sigue vuelto

hacia Marga y susurra—. Oye, mi amor, ¿ya sabes dónde se ha escondido Monchito? Pruden está que trina porque tenía una comida importantísima con el tal Rancaño y no se ha presentado...

—No sé quién es Rancaño.

—El jefe de gabinete del Cuervo.

—Ostras, un tipo turbio con gafas naranjas, sí. Pero sigo sin tener ni idea, cuñado.

—Pero anoche ustedes iban a verse, ¿no es cierto? Me lo dijo él. —La expresión de Miguel Betancor es muy seria.

—Y nos vimos, Migue... Pero, desde entonces, nada. Estoy asustada...

—Tampoco se sabe nada de Arroyo —tercia el portavoz del PSOE —. ¿No se habrán fugado los dos con la misma letrada? *Pot ser que a la vellesa s'hagin tornat poliamorosos*...

—Pere Pau, por favor... —Marga le da un golpecito, rodilla contra rodilla, indicándole que están alarmados de verdad.

—*Dons*, yo estaba con el Ramonet en este mismo salón ayer cuando sonaron los tiros... *Cordons*, ¿de qué van estos?

—Chachos..., ¿qué está pasando aquí?

Por la misma entrada por la que acaba de salir el rey, irrumpe ahora un grupo de seis o siete figuras negras. La luz de las bombillas de las lámparas titila, sus pasos retumban como si calzasen botas con espuelas y un viento helado los acompaña igual que si se hubieran dejado una puerta abierta en invierno. Vienen todos cubiertos con chambergo negro y negra capa española de amplio vuelo y forro granate. Bajo la capa de los más altos se aprecia un abultamiento alargado que bien podría ser una espada o un garrote. Al llegar ante el catafalco, la compañía se detiene de forma brusca dando un taconazo.

Se descubren con solemnidad.

El mayor de los que venían embozados, rostro puntiagudo, seco, culebrero, todo tendones y nervios, penetra sigilosamente un metro más cerca del ataúd que el resto, hace la señal de la cruz, clava la rodilla izquierda en el suelo, hunde la frente en su pecho y se queda rezando. Los demás, el sombrero cogido por las alas y pegado al pecho, mirándose los pies, permanecen impasibles con la actitud firme de quien protege la oración de su líder: don Baldomero Cuervo.

Aunque Marga no pueda distinguirlo entre los rostros del fondo, allá donde se acaban las sillas plegables y empieza la Galería del Orden del Día se perfila la silueta de Fausto Rancaño cubriéndose la boca para contener un reflujo estomacal y atento a que la coreografía de los chambergos y las capas españolas quede como se ha previsto y ensayado por la Falange de Escarmiento. Sus ojos todo lo miran, no parpadean. A cierta distancia, difuminados por las gafas con cristales tintados de naranja, bien podrían pasar por ojos pintados sobre

parpados cerrados, así de fijamente escrutan lo que sucede a su alrededor.

Es la primera vez que Marga ve al Cuervo en persona. Y, pese a que la situación resulta sorprendente, por no decir extravagante, surrealista..., le impresiona su magnetismo, su autoridad, su dureza...; le produce miedo. No respeto, sino mucho miedo.

Ciertamente, piensa Marga y se trasluce en el desencanto que se adivina ahora en su semblante, la política española se ha convertido de forma definitiva en un teatrillo. Los estrategas de Escarmiento habrán calculado que, siendo el muerto de Ele-Ele, les quedaba poco espacio, o ninguno, que pillar en los informativos, que de la simpatía pública que provoca el martirio de Melchor Avellana ellos no iban a rascar ni una pizca. Y no se les ha ocurrido mejor idea para conseguir protagonismo que ejecutar este numerito de los sombreros y las capas de vampiro, y obtener así una foto en el periódico y una pieza en el telediario. A Marga le sobreviene una arcada. Da ganas de devolver, es cierto, pero lo malo es que funciona. Sí, funciona.

Juntar política y espectáculo en una sola cosa, al amparo de esa premisa según la cual la única estrategia política es la comunicación, dejando al auténtico poder oculto por el decorado, entre bastidores, encandila a los analistas, da trabajo a los medidores demoscópicos, algo de qué escribir a los periodistas y no produce rechazo entre los votantes, transformados de este modo en meros espectadores que, además, al contrario de lo que cabría suponer, aplauden o pitan según les divierta o no la función. Y cuanto más deslumbrante resulta la política de los ripios, los postureos en las redes sociales y las riñas de gatos, menos transparente es el verdadero poder escondido tras esas bambalinas.

Esta política llamada en España «la nueva» no es otra cosa que el viejo pan y circo de toda la vida, pero a quién le importa si los autos de fe, las procesiones con preso liberado, las corridas de beneficencia o las ejecuciones públicas son nuevas o viejas si nos ayudan a echar el día bien distraídos. Los españoles siempre hemos sido así. La muerte nos entretiene el vivir.

Cada vez hay más moscas en el salón, ¿se estará descomponiendo el muerto?

Mientras la actuación del grupo del Cuervo concentra toda la atención de la capilla ardiente, a Marga se le figura que la sombra negra de una perra ha pasado por la puerta cerrada que hay tras el cajón funerario. Es absurdo porque no puede haber ningún perro en presencia.

Absurdo.

Y al volver a lo que ocurre en la sala, observa boquiabierta cómo un conjunto de musulmanes con chilabas blancas entra en desorden,

pero sin alboroto, y también se detiene frente al féretro.

—Pero, chachos..., ¿qué circo es este? —pregunta Miguel Betancor mientras se alza.

—Ostras... —Marga no cree lo que está viendo.

—Después de que a Melchor lo degollara un yihadista, ¿cómo se atreven?

—Precisamente por eso creo que vienen, Migue, para desmarcarse del asesino.

La imagen de la retórica estancia, con sus mármoles y jaspes de estuco, su columnata de escayola y pan de oro, sus bustos de estilo romano, sus medallones de varones ilustres, sus dos lámparas de araña, sus paredes y bóveda decoradas al temple con alegorías de continentes, provincias españolas y ríos de la península ibérica, su claraboya por la que se asoma el crepúsculo, el ataúd cubierto con una bandera de España y otra naranja, los dos cuadros de sillas plegables a ambos lados de la caja en que se acomodan numerosas personalidades vestidas de oscuro y atónitas, los fantoches de las capas negras con su jefe, el Cuervo, arrodillado, y ahora, lo que faltaba..., unos moros de blanco levantándose la capucha y ocupando espacio, compone un conjunto costumbrista que representa bien a la España presa de una enfermedad autoinmune y caótica que salió infantilizada del Gran Catarro, de la última peste del rodamundo, de su última decadencia.

—*Cordons*..., después diréis que lo del *procés* es un *disbarat*..., *però, osti tú, això de Madrit*... —resopla desesperado el portavoz del PSOE.

El afilado anciano con barba de pico de ibis y turbante blanco que con naturalidad capitanea esta cuadrilla islámica transmite fragilidad, desmadejamiento, ascetismo. Y paz.

Marga asiste desde una posición privilegiada al retador cruce de advertencias mudas que se produce entre los dos alféreces de aquellas tropas mora y cristiana. El imán Haidar al Isbani y don Baldomero Cuervo nunca se habían encontrado físicamente y, sin embargo, ahora están ahí, rodeados por sus respectivas escoltas, uno contra otro, cuerpo contra cuerpo y con un difunto de testigo. Se palpa que el Cuervo no lo esperaba, que está sorprendido..., le tiembla la rodilla doblada en que se apoya. El imán, por su parte, casi transmite que aguarda a que el otro se incorpore para acogerlo entre sus brazos, que está más que satisfecho por el efecto logrado.

Por un momento semeja que los presentes posaran para un cuadro histórico de Velázquez o Goya. La intuición generalizada de que cualquier cosa que ocurra a continuación acarreará secuelas políticas imprevisibles, ese peso de barriga de reptil que arrastra la historia y cuyo paso tan frecuentemente se advierte en este palacio, es lo que ha coagulado la sangre en todos los corazones y detenido el paso del tiempo, pero el descanso dura nada. Nada... Enseguida se quiebra tal

magia momentánea, pictórica, y la pasión y la furia contenidas, congeladas, se desatan.

Se precipita el desenlace.

A partir de este punto las cosas suceden a cámara rápida.

Se alza don Baldomero Cuervo.

El imán, despreciando con elegancia el hecho de que el Cuervo se haya erguido y se le esté encarando, hace ademán de acercarse con las manos tendidas a las dos viudas que aguardan fusionadas, indumentaria negra con indumentaria negra, que algo terrible suceda. La expectación entre la concurrencia es máxima. El Cuervo responde entonces al desprecio del moro iniciando el rezo de un padrenuestro en voz muy alta y con tono provocador, que de inmediato es seguido por los de las capas negras y a continuación por el resto de los asistentes.

Conforme las palabras de la oración cristiana por excelencia, entonadas a coro por la élite política española como si formasen parte de un himno vengativo, van formando su jaula semántica en el ambiente del salón, «... venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra...», Marga descubre con horror que la sombra de perra negra que antes divisó se ha transformado en la princesa vestida de corte de los Austrias que la asustó cuando ella y Moncho hicieron el amor en el plenario. Y que sigue dando vueltas pegada a los muros sin que nadie se percate de su aparición.

¿Sólo la ve ella? Pero si tiene consistencia física...

Los musulmanes no reaccionan airadamente contra el padrenuestro. Al contrario, adoptan una postura reverente, considerada, especialmente Al Isbani, que parece arrobado. Y muchos descubren entonces que van descalzos en señal de respeto a las creencias del fallecido.

—¡Van descalzos...! —exclama el presidente en funciones del Congreso como si advirtiera: ¡vienen en son de paz!

De nada sirve esta observación, la locura se apodera de todos cuando, no habiendo terminado el rezo, de repente, de entre las filas de familiares y funcionarios, un hombre recio, entrado en años, sombra de barba de pastor, ojos de huevo, cejas a dos aguas, con más pelos en las orejas que en la coronilla y bata de boticario abrochada por la espalda, salta enarbolando un bisturí y se dirige dando grandes zancadas contra el absorto imán gritando:

—¡Asesino! ¡Asesino! Tú los estás matando a todos... ¡Tuyo es el veneno que empuja el cuchillo! Melchor Avellana es vuestra tercera víctima... —Y algo más sobre su mujer que no se entiende.

Los satélites de Al Isbani inmediatamente rodean al imán, lo protegen y paran en seco al hombre del bisturí, al que inmovilizan en el suelo.

—¿Es Bermu, el médico? —pregunta Miguel Betancor a su alrededor.

—Sí —le responde Pere Pau Marrón—, Juanjo Bermúdez, el médico del Congreso. Pero ¿qué le pasa? ¿Se ha trastornado?

—Creo que, además de médico, también es el marido de la letrada Mercedes Martínez, esa que ha desaparecido con tu compañero el Monaguillo.

—*Cordons, sí, això ho explica tot... Pobret...*

Los musulmanes, en medio de un revuelo de chilabas blancas que recuerda a un baile de fantasmas, primero desarman a Juanjo Bermúdez y luego empiezan a golpearle y patearle con desatada violencia. Los gritos del médico son agudos y se clavan en los tímpanos como alfileres. Cualquiera diría que aprovechando la algarada alguien ha sacado a relucir una gumía y le está sacando la piel a tiras.

Nadie presta atención a nada que no sea la riña tumultuaria que se está formando a los pies del catafalco, conque, amparada por esa indiferencia general, la dama del siglo XVII, de la que sólo Marga parece estar pendiente, detiene su ronda a muy poca distancia de ella y la mira fijamente a los ojos. Y esos ojos..., esos ojos que la miran..., no puede ser..., es imposible..., los reconoce..., ¡son los del juez! Y su rostro ahora también es el del juez. Es el juez, al principio vestido de dama antigua e inmediatamente de juez, con su toga y sus puñetas, y libera una carcajada diabólica mientras se le acerca sigilosamente.

El clima se ha llenado de moscas inquietas, viejas, corpulentas, zumbonas.

—¡Salvad al cristiano! —ordena el Cuervo.

Y algunos de los miembros de la Falange de Escarmiento que van cubiertos con negra capa española, obedeciendo tal mandato, sacan de debajo de sus mantos, como si desenvainaran espadas, unos largos bastones de madera y se lanzan contra los seguidores del movimiento Dime España. El resto les sigue a puñetazos.

—¡Santiago y cierra España!

Se arma la marimorena.

Juanjo Bermúdez, enterrado bajo una montaña de musulmanes con chilabas blancas y cristianos con capas negras que pelean entre ellos, no deja de rugir:

—¡Asesinos! ¡Moracos asesinos! ¿Dónde está Merceditas? ¡Moros asesinooos...!

Antes de que el juez, cuya carcajada ha ido cristalizando en una sonrisa que transmite cinismo y hambre, alcance a Marga con sus uñas retorcidas, crecidas tras ser enterrado, el desmoronamiento del convulso montón humano formado sobre el médico del Congreso empuja con fuerza al suelo a ambos, padre e hija, y quedan cada uno a

un lado del ataúd.

Marga se da un golpe en la nariz contra el piso del salón. Se toca para comprobar si se ha roto el hueso. Le duele muchísimo. Se pregunta si se le va a quedar cara de boxeadora... A su alrededor la trifulca sube en intensidad y participantes. Escucha lamentos, insultos y sillas plegables golpear aquí y allí. Y entonces, todavía en el suelo, reúne fuerza suficiente para echar un vistazo por debajo de la caja mortuoria esperando encontrarse con el juez al otro lado de las andas funerarias, pero a quien se encuentra es a... ¡Ramón Bayo a cuatro patas!

A su lado, dos ratas con el pelaje húmedo, pringoso.

Moncho tiene el rostro volado, los ojos bizcos y por las comisuras le gotea una mezcla viscosa de baba y sangre. La camisa está rota y también ensangrentada. Y no lleva corbata... No lleva corbata... Si no lleva corbata no puede ser el verdadero Moncho...

Cruzan sus miradas, pero la de él se advierte ciega; no reconoce a Marga. Hace un intento de aullar, o esa impresión transmite al izar el morro como los perros y expulsar una queja de aire, pero no le sale nada, como si fuera un perro mudo.

Ahora gruñe y se pone a la defensiva. Se agita para expulsarse las pulgas. Las ratas se impresionan y desaparecen. Se huele el sexo. Se revuelve. Sus movimientos son de autómata, de maniquí, fulminantes y secos.

Marga lo llama asustada:

—Monchito, ¿estás bien? Soy yo, tu Palillo, tu flacucha...

La reacción de él se podría considerar infantil si no fuera porque en un hombre de su edad, prestigio y posición resulta excéntrica, vejatoria. Sin devolver mueca o palabra alguna a Marga, se marcha, se escapa más bien, gateando a todo correr, tan deprisa que parecería un juego si no se tratase de un diputado adulto en la capilla ardiente de un compañero en el Salón de Conferencias del Congreso de los Diputados. Marga lo sigue reptando por debajo de las andas del finado, mas no lo alcanza. Se yergue, da un salto y llega a verlo escapar del salón a cuatro patas y girar en dirección a la biblioteca.

A Marga la posee la angustia, el dolor de corazón y el pánico. Y quiere llorar, pero le da otra arcada y esta vez sí vomita.

Entretanto, la gresca ha seguido creciendo en frenesí y el féretro recibe un empujón; se vuelca, se abre y se escurren el difunto y su cabeza, que estaba colocada en su situación correspondiente, el pescuezo rebanado envuelto por el cuello de la camisa y la corbata. Y la mala suerte quiere que esa cabeza viajera vaya a caer sobre el regazo de Charo, la viuda oficial, la esposa legal del muerto.

Y en ese punto Charo se da cuenta de que Melchor no tiene lengua. Desesperadamente hurga en su boca con los dedos.

—¡La lengua! ¡Mi cari no tiene lengua! ¡Le han arrancado la lengua! ¡Melchor, cari..., tu lengua!

Ana se aparta dando saltos hacia atrás, chillando como una perturbada, furiosa, y deja sola a Charo acunando la testa deslenguada.

Charo, con la cabeza de Melchor protegida en su seno, conforma una figura a medio camino entre una Virgen de la Piedad incompleta y un niño abrazado a su balón de fútbol. Lo más chocante de la imagen que proyecta es que falta sangre, que ese cráneo cosechado ayer ya no sangra hoy, ni destila ningún otro caldo. Y quizá por eso Charo tampoco llora, sólo susurra palabras de amor al oído de la cabeza decapitada de su marido.

—Cari, soy tu gordi... Soy tu gordi...

Entran las fuerzas de seguridad en el salón cuando el caos ya ha hecho suya la pequeña parte del universo que se apiña entre tan elegantes paredes. Hoy, en Madrid, al poder le duelen los huevos o los ovarios, lo que sea que tenga ahí abajo, porque se ha masturbado a porrazos. Y eso que la ciudad no es consciente de la infección mortal que la aqueja desde que despertó la dama.

No sé si los sucesos de esa tarde noche respondieron exactamente al tono con que los he narrado aquí. Quizá ocurrieran de otra forma menos dramática, pero yo estaba allí y así es como lo recuerdo. No puedo evitarlo, desde el lugar donde ahora me encuentro soy incapaz de recrear la política si no es como una aberración.

Para mí ya son sinónimos política y esperpento.

Eran las nueve de la noche.

VEINTISIETE

Jueves

La imagen de Moncho corriendo a cuatro patas como si fuera una perra asustada no se le borraba del pensamiento. Le costó dormirse. Lo consiguió con ayuda de medio Orfidal.

Quería volver al *Informe espantoso*, pero la pastillita le hizo un efecto casi inmediato.

Un poco más tarde, se despertó de forma abrupta: alguien se había sentado en su cama.

Igual que la noche anterior, notó de repente que una figura tomaba asiento cerca de su cuerpo dormido, y que esa figura no emitía sonido alguno, que permanecía inmóvil. Que no respiraba..., y que la estaba observando. Le daba miedo abrir los ojos. Tiritaba como si le estuviera subiendo la fiebre. Acercó la punta del pie hacia la esquina de la cama en la que advertía la presión de ese algo o ese alguien y, sin vacilación posible, percibió el pellizco que adhería el edredón de verano a la sábana bajera por el peso de un sedente.

Marga Saavedra empezó a sudar.

Se preguntó qué hacer. Quizá el visitante estuviera esperando a que ella se moviera, a cerciorarse de que se había despertado, para morderle el cuello, o quizá fuera al revés, a lo mejor sólo quería darse el gusto de espiarla mientras dormía y cualquier reacción por su parte provocaría que huyera. En todo caso, con dificultad podría hacer algo, dado que en su corazón no encontraba arrojo suficiente ni para el mero abrir los ojos.

Estaba convencida de que la víspera fue Moncho quien, de un modo inexplicable, entró en su dormitorio a medianoche, que sólo pudo ser él porque le dejó ahí ese informe sobre la dama y esa otra cosa que talmente es un diente humano; pero esta segunda vez..., con claridad no se trataba de Moncho porque desde el mismísimo instante en que se había despertado era consciente de que un aire maligno llenaba su cuarto. Cierta electricidad demoníaca flotaba en el oxígeno que Marga estaba respirando. Apestaba a pelo de rata enferma, a retrete público, a rebequita de niña desenterrada..., y a ella la boca le sabía a sangre.

—Huele a Satanás o a alguien muy cercano a Satanás, al juez, por ejemplo, sí, a mi padre... El mal está aquí, aquí... Se adivina una

maldad absoluta. Reza, Marga, reza... —se dijo moviendo unos labios que no emitían sonidos.

Y sonó el teléfono.

Los timbrazos se escucharon como campanadas a muerto en el silencio, campanadas estridentes, de las que alertan de alguna mala noticia. Por las noches nunca suena el teléfono para algo bueno. Marga lo dejó sonar, lo dejó sonar..., y apretó más los párpados para que la iluminación de la pantalla no confirmara que un visitante se había sentado en su cama y, en ese caso, para no presentir su rostro. Por efecto de la luz del móvil y de sus párpados cerrados con ímpetu, la visión se le volvió una nada roja.

Sólo veía rojo.

Se calló el teléfono, se apagó su pantalla y regresaron el silencio absoluto y la oscuridad.

Quien fuera que se hubiera sentado en su cama seguía ahí sin reaccionar.

Durante un buen rato, después no sabría calcular cuánto, continuó haciéndose la dormida, repitiendo avemarías con el pensamiento, incapaz de reunir el valor preciso para encender la luz y enfrentarse a su visitante.

Entonces, la aparición se levantó y se marchó. No puedo decir que Marga la oyera marcharse, pero percibió cómo el colchón volvía a su ser y, de alguna manera no sonora, cómo unos pasos bajo una pesada falda se alejaban hasta perderse.

Un minuto, dos, tres..., y encendió la lámpara. Echó un vistazo rápido a su alrededor. Aparentemente no faltaba nada, cada cosa seguía en su sitio: sobre la silla, usada como galán de noche, la ropa que aguantaba otra puesta; el teléfono móvil enchufado, cargándose, disimulando; la botella de agua con gas en el suelo, pegada a la cama; en la mesilla de noche los papeles de la dama y, en un vaso, eso tan asqueroso que también trajo Moncho..., si es que fue Moncho. Sin embargo, en el ambiente sí advirtió una incómoda desazón, una oquedad como de absceso escurrido de pus o de incendio apagado por la lluvia. Allí había estado el mal en presencia y ya se había ido dejando a su espalda un alivio y un vacío aterrorizados.

Marga se fijó en la hora del móvil, eran las dos y cinco de la madrugada. Luego, buscó en las llamadas perdidas: no había ninguna.

Nadie había llamado. El teléfono sonó solo.

Se llenó de miedo a seres que en teoría no existen. O que ella pensaba que no existían. No sabía qué creer.

Encendió la radio para que le hiciera compañía y, poco a poco, volvieron los efectos del Orfidal y se quedó dormida.

No fue una pesadilla ni tampoco un sueño. ¡Por Satanás!, lo sé.

VEINTIOCHO

Pasadas algunas horas, una llamada de Reyes, que ya desde sus primeros tonos sonaba urgente, la devolvió bruscamente a la realidad.

—Buenos días, jefa. ¿Estás preparada? Son las ocho y el coche te recoge a las ocho y cuarto como quedamos.

—¿Reyes? ¿Qué pasa?

—Que dentro de un cuarto de hora te recogemos para llevarte a dar tu desayuno conferencia en el Nueva Economía Fórum.

—Ostras, no lo tenía para nada en la cabeza... ¿Y qué coche es ese?

—El tuyo. Como portavoz parlamentaria, tienes derecho a un coche oficial de servicio. A mí me ha recogido ya y ahora vamos a por ti.

—Pero... ¿tú estás dentro de un coche oficial?

—Ja, ja, ja, claro, jefa... Despierta, por favor. Pero ¿qué te has tomado? ¿Estás bien? Por supuesto que voy en el coche oficial, un señor que se llama Blas es el conductor y es muy amable, conque te recogeremos en nada... ¿Estás a punto? ¿Te has leído el borrador de la conferencia que te envié por *email*?

—Ni lo he visto, Reyes. Lo siento...

—¿En serio?

—Lo miro ahora en el coche camino del Ritz.

—Me estoy poniendo nervioso... Es un desayuno muy importante, jefa.

—Lo sé, Reyes. Perdona, he dormido mal. Me preparo en cinco minutos... Oye, otra cosita, ¿qué dice la prensa de lo que pasó anoche en la capilla ardiente de Melchor?

—Nada especial, ¿por? Alguna foto del rey y eso...

—¿Nada?

—No, nada.

—¿Nada de una pelea entre los del Cuervo y los del imán, y que el féretro se volcó, y que el muerto se le vino encima a su viuda, y que Bayo estaba ahí...?

—Ni idea de qué me hablas. Los periódicos cuentan que vino el rey y sí, que se produjo cierta tensión cuando los musulmanes del Pacto del Arcoíris quisieron boicotear el evento, pero que los servicios del Congreso sacaron del salón a los provocadores con diligencia y ya no hubo más. ¿De dónde te has sacado todo ese lío?

—De que yo estaba allí y lo vi... —Marga se preguntó si se estaría volviendo loca, si ella misma no estaría recordando las cosas de forma exagerada.

—Ya, ya... Aquí es. *Okey*, Blas. Hemos llegado, jefa. Estamos abajo de tu casa.

—Voy...

Marga se miró en el espejo. La expresión de su faz delataba que había compartido la noche con un fantasma. La nariz no le dolía, pero se la notaba enrojecida por el golpetazo que se dio anoche. Los acontecimientos vertiginosos y atroces que la envolvían desde las elecciones le pasaban factura. Lo mejor que podría decir de sí misma era que tenía cara de cansada, pero se trataba de algo más... Del semblante no se le iba la palidez que produce el espanto.

Entró y salió de la ducha deprisa, como si la ducha fuera una calle que hay que cruzar bajo la lluvia.

Se maquilló con más contundencia de lo que era costumbre en ella por las mañanas. Se sombreó los ojos y se los delineó, se espesó las pestañas, se aplicó el maquillaje de su tono de piel en verano y corrector para las ojeras, también un poco de colorete que le devolviera algo de vida a su lividez y se pintó los labios con el mismo lápiz rojo intenso con que anunció a Moncho, a su Moncho, a su salmantino..., que iba dispuesta a que pasara algo incendiario entre ambos aquella noche en que al final él desapareció.

Sin dudarlo, optó por usar americana. Lo tenía claro. En primer lugar, la americana transmite profesionalidad a una mujer que va a dar una conferencia, la masculiniza y le sube un peldaño en el inconsciente machista de los políticos y los periodistas. Elude comentarios y objeciones sobre la combinación de prendas que la conferenciante haya elegido. La americana es muda. De un conjunto femenino, en cambio, siempre se espera que diga algo malo o algo bueno sobre quien lo luce. Todos los hombres llevan idéntica americana y no se apuran por ello, pero si dos mujeres se encuentran con el mismo vestido en un entorno laboral tienden a sentirse fuera de juego. Para Marga la americana representaba una armadura.

Ana de Mendoza también solía llevar chaquetas. La diferencia entre una y otra radicaba en que las de Ana eran de colores claros, luminosos, y las de Marga oscuros, marinos.

Había una segunda razón, una razón romántica: escoger la americana azul le permitía ponerse una camisa blanca de Moncho que guardaba en el armario. Era la camisa que Marga le cogió prestada para preparar el desayuno la primera noche que durmieron juntos en el apartamento.

—Me gusta mirarte con mi camisa y sin nada debajo, y descalza... —le dijo él desde la cama, desnudo bajo el edredón.

—Pues me la voy a quedar para asegurarme de que vuelves, aunque al final resulte que no me quieres..., aunque sólo sea para arrancarte la ropa cuando vengas a por ella, meterte en la cama y que me mires con esos ojitos de lobo que pones ahora.

Aquella primera vez, Moncho tuvo que regresar a su casa ataviado con una camiseta de deporte de Marga que le quedaba ridículamente estrecha, porque acabó regalando la camisa a su amante de tanto que le excitó verla con ella puesta por encima. Y aquella camisa se quedó en el armario de Marga como un estandarte ganado al amor.

Atreverse, pues, a salir esa mañana con la camisa de su amor prohibido puesta y que esa camisa le rozase la piel mientras daba una conferencia ante todo Madrid era una osadía. Iba a ser como si él la abrazara en público, oler a él, sentir su tacto. Llevarlo pegado. Si Moncho asistía al desayuno, seguro que reconocería su camisa y entendería el mensaje, pero si no, ella al menos tendría la camisa para no echarlo rabiosamente de menos.

Si Moncho asistía... Después de lo que vio ayer en la capilla ardiente, el diputado Bayo corriendo como una perra..., ¿cómo esperar que asistiera a su desayuno conferencia? Pero ¿sucedió o fue una alucinación? Marga empezaba a dudar de su percepción de lo real. Si la prensa no lo contaba, a lo mejor es que sólo había ocurrido en su imaginación. Como lo del visitante de las dos de la mañana.

—Te has puesto una camisa que te viene supergrande, jefa —le dijo Reyes, volviéndose, nada más sentarse ella en el asiento trasero del oscuro coche oficial.

—Con la americana puesta no se nota —respondió Marga.

—Ya, pero es que te hace bolsa por delante y no te has puesto sujetador, perdona que te lo diga... —Reyes estaba apurado—. No es que haya mirado, es que al inclinarte se te ha visto todo. ¿Quieres subir y cambiarte?

—No, vámonos. Me abrocharé un botón más. —Marga quería recibir la fricción de la camisa directamente en su pecho desvestido como si llevase las manos de Moncho protegiéndola, haciéndola suya, excitándola, vivificándola.

—Y tienes la nariz roja.

—Es que ayer me di un golpe con la puerta del baño. —La diputada recordó su caída en el Salón de los Pasos Perdidos y le dio un tirón la cicatriz del vientre.

—Pero si vives sola, seguramente no cierras la puerta...

—Ya, Reyes, ya...

—*Okey*.

—Por cierto, ¿recuerdas que decidiste recoger personalmente tu acta de diputada y que mañana te vas a Sevilla? Laurita ya te ha

sacado el AVE de ida y vuelta. ¿Mantienes el plan? ¿Le digo que *okey*?

—Sí, claro... —De nuevo un estiramiento doloroso de la cicatriz; con todo lo que estaba viviendo, volver a Sevilla, a casa del juez y Teresita, por un lado la atraía, le producía curiosidad, pero, por el otro, le infundía una inquietud y un terror casi insuperables. No sabía si quedarse por primera vez a dormir allí o no.

Sobre el asiento central de atrás del coche, al costado de Marga, se alzaba una pila con los periódicos del día y, encima de la pila, una carpetilla naranja de cartón blando con el logo de Ele-Ele. Desde el sitio del copiloto, Reyes le señaló con el mentón esa carpeta.

—Jefa, ahí tienes la conferencia. Te la he impreso. Han salido quince páginas que, a minuto y pico cada una, vienen a ser unos veinte minutos. Al final te he incluido algunas notas con posibles respuestas a las previsibles preguntitas.

—Gracias, Reyes. Eres un sol —respondió la jefa, y cogió la carpeta, pero no la abrió.

En lugar de eso, miró por la ventanilla de la izquierda y se enfrentó a la fachada del Palacio del Congreso de los Diputados. Una larga cola de ciudadanos, que daba la vuelta por la calle Fernanflor, aguardaba con flores y ositos de peluche a que abriera la capilla ardiente para darle su último adiós a Melchor Avellana. La indignación y el deseo de revancha se dibujaban en los dientes apretados del pueblo puesto en fila. Un par de ujieres de uniforme estaban trasladando algunos ramos y muñecos de peluche a los pies de la estatua de Cervantes del centro de la plaza de las Cortes. Bajo los leones no cabían más.

Al Congreso, sería por lo temprano de la hora, le faltaba iluminación. Como si tuviese una boina de humo negro superpuesta, el edificio se mostraba ensombrecido, sórdido, fosco. Sus colores marmóreos se apreciaban velados por un aire infausto, nostálgico, enmohecido; el propio de un gran panteón, de una morada de muertos.

—Si ahora mismo le hiciera una foto a la fachada, saldría igual que si se hubiera quemado, como tras un incendio recién extinguido... —comentó Marga sin esperar que Reyes supiera de qué hablaba—. Oye, Reyes, lo de las flores lo entiendo, pero ¿por qué los ositos?

—He escuchado en la radio —respondió Reyes mirando al frente — que uno de los niños de Avellana se enteró del asunto por una tele que estaba encendida en el cole y que se abrazó a un peluche llamándolo papá. Entonces a la gente se le ocurrió lo de los ositos... ¿Has visto que todos llevan una cinta en el cuello roja, amarilla y roja?

—No me había fijado... El entierro será en la intimidad, en Ciudad Real.

—Jefa, no estás leyendo la conferencia... Por favor... Vamos a llegar enseguida.

Pero los pensamientos de Marga andaban errantes. Se preguntaba por Paco Arroyo y por Mercedes Martínez, ¿qué habría sido de ellos? No se los imaginaba fugándose. ¿La muerte de Melchor tenía alguna relación con esas desapariciones? ¿Y Kepa Albistur?, ¿qué le pasaba cuando lo vio en el ascensor con cara de fallecido? Sí, ¿qué demonios estaba ocurriendo? ¿Y Moncho? ¿Dónde estaba Moncho...? No creía que se hubiera marchado a Salamanca sin avisar. A no ser que fuera por alguna desgracia familiar o algo así. Bueno, en ese caso, sí, normal... Pero entonces le habría comentado algo a Migue, ¿no? Lo cierto era que si no se presentaba ahora a su desayuno tendría que empezar a encender alarmas.

El coche se detuvo frente a la entrada del hotel Ritz. Dentro de tan sofisticado templo de la hostelería la esperaban los principales personajes y guionistas de la actualidad madrileña dispuestos a perder hora y media escuchando amablemente su disertación.

—Por cierto, jefa, Mendoza sustituye al finado Avellana como presentadora tuya. El partido lo comunicó ayer a ultimísima hora.

—¿Ana de Mendoza? Reyes, no me fastidies... —El portero con uniforme de almirante del Ritz abrió la puerta del coche y dejó a Marga expuesta ante los micrófonos y cámaras que la acechaban en semicírculo.

George, que estaba pendiente de la llegada de su coche y del de Ana de Mendoza haciendo pareja con el almirante portero del hotel, la liberó de las repetitivas preguntas de los auténticos periodistas y de los histriones de programas en los que se burlan de los políticos, que de todo se había juntado en la plaza de la Lealtad, número 5, dando algunos empujones y pidiendo disculpas en general.

—Marga... —la llamaron.

—Señora Saavedra...

—Margarita, Margarita..., te reclama Virtudes Ovejero de Onda Individual...

La mencionada se escabulló por la puerta giratoria.

Siempre hay un enjambre de periodistas en las puertas por las que entran y salen los políticos pidiendo una declaración al primero que pasa. Suelen hacer una pregunta simpática para abrir boca y, cuando el interpelado se confía, lo apuntillan con la pregunta trampa que traían preparada de la redacción.

Los corrillos de prensa son como redes de pesca, cierran el paso a los bancos de peces, aunque sólo los políticos presumidos, ignorantes o los más pequeños se quedan atrapados entre sus nudos. Los peces gordos cuentan con asesores de comunicación, como el atacado de George, que o bien cortan la red para ellos, o bien les muestran las

vías de escape.

Casi de la mano, George llevó a Marga al vestíbulo con piano para las meriendas del Ritz.

—Uf, uf, uf..., esto está lleno de rumores turbios, Marga. —Para mostrarse más enigmático en su confidencia, George se bajó las gafas de farmacia a la punta de la nariz y la miró por encima de ellas—. Madrid se ha convertido en una ciudad tétrica... Hay quien dice que al Monaguillo y a su novia, la letrada, también los han asesinado los islamistas, que con su carne están haciendo las albóndigas del bar del Congreso, lo dicen en serio, chica. Otros, que de noche por el Congreso se pasea una enorme perra negra, que la han visto mearse al pie de la vitrina donde se enseña la carta de despedida a su mujer que escribió el general Torrijos antes de que lo fusilaran, coño, menudo sitio para mearse la perra... Ah, y que en otoño vuelve la peste, ¡la peste! Y en Twitter, chica, en Twitter, alguien ha soltado que de la tumba del infante Carlos de Austria en El Escorial, el hijo chalado de Felipe II, ese..., el de la Leyenda Negra, pues que salen grumos de sangre... Eh, un momento... ¿Llega Ana? Coño, uf, uf, uf..., voy, voy... Perdóname, ahora vuelvo.

Marga siguió caminando sola, como aturdida por la información, en dirección al comedor del hotel y George no la oyó responder:

—Yo he visto a esa perra negra, parece una sombra..., y a una señora... También a una señora muerta. O viva...

El tropel de invitados al desayuno entró en escena empujando a Marga como lo haría una inundación, como el público cuando se abren las puertas de la segunda sesión de un cine de estreno, como quintos en el comedor del cuartel.

La mayoría de los nombres que se publican en negrita en los periódicos irrumpieron en estampida.

Madrid, lo que se dice Madrid, resulta inmensa en el espacio y el tiempo, pero los cincuenta o sesenta encopetados o los doscientos o trescientos que se consideran a sí mismos el todo Madrid caben en el refectorio del Ritz. Y ahí se metieron.

La política madrileña, y en consecuencia la española, tan cortesana y clerical por semilla y escuela, necesita tener su púlpito catedralicio ante el que cardenales, canónigos y beneficiados puedan regodearse atendiendo el predicar de los picos de oro de la casta curial. Que si este misacantano tan guapito se estrena hoy y lo apadrina servidora, que si aquel párroco con aspiraciones de vicario episcopal tiene un sermón precioso contra la fornicación, que si ese fraile que escucha a la reina y a sus damas en confesión lleva la cuenta de quién asiste a maitines y quién no, que si perderse la perorata del señor nuncio es quedarse sin claves para entender los próximos nombramientos en sedes vacantes...; siempre hay una razón para no

faltar al mentidero político. Hablo de un punto geofísico donde cotidianamente los políticos tienen el gusto de coincidir un ratito para interactuar. En el pasado, la excusa para ese encuentro era la exposición del monarca sentado en el trono o una misa cantada por la escolanía, pero hoy suele consistir en que alguien da un desayuno.

Durante muchos años, cuando los políticos vivían en el centro de Madrid, las conferencias se pronunciaban antes de cenar, en el Club Siglo XXI; sin embargo, ya entrados en el mentado siglo XXI, conforme los políticos se fueron yendo a vivir a chalés en las afueras de la capital, pareció mucho más cómodo congregarse a primera hora de la mañana, y así surgieron los desayunos del Nueva Economía Fórum y de Europa Press.

Yo no sé si en otras capitales europeas sucede de la misma forma, pero en Madrid, temprano, de nueve a diez y casi a diario, o das un desayuno o te lo dan. Todos los políticos se juntan para desayunar en pandilla y oír de fondo a uno de ellos: primero, elucubrar sobre lo que quiera y, después, someterse a las preguntas de los comensales y de la prensa. Tan es como cuento que, si alguien envenenase el delicioso café o los disputados cruasancitos de mantequilla que se sirven en el Ritz, podría acabar con toda la clase política española, o al menos con toda la de un partido, de un solo golpe.

Gracias al Nueva Economía Fórum, los políticos desayunan juntos en el comedor principal del hotel Ritz como si fueran alumnos internos, cadetes o monjas. Los hay que aprovechan para llenar el buche, los hay que miran de soslayo la exquisita bollería porque viven en permanente operación muslos flacos, y los hay que no se privan del zumo de naranja a sabiendas de que les laxa y de que acabarán visitando a la carrera el excusado antes de que el orador termine su lección magistral. Y tras este piscolabis matutino, con la barriga llena y el último rumor lanzado, recibido o actualizado, ya vuela cada rapaz, con una culebra o un roedor en el pico, a su particular nido inaccesible.

La diputada Saavedra entró con la cabeza baja en el comedor de las grandes puertas acristaladas que daban al jardín confundida con humildad en medio del barullo de los invitados. Subió a la tarima, ocupó su sitio en la mesa presidencial y, mientras los asistentes terminaban de encontrar el lugar que a cada uno le correspondía, siguió con la vista dejada caer sobre el mantel blanco, formando con el tenedor montañitas de migas de tostada.

Pensaba en las cosas que le había dicho George al llegar y estaba empezando a atar cabos, cabos espantosos.

A su derecha se sentaron don Domingo Sánchez Laplana, director general de Cárnicas Laplana, paganini del desayuno a cambio de un poco de visibilidad corporativa —el logotipo de su empresa,

compuesto por una ristra de morcillas formando las letras ele y pe, estaba multiplicado hasta la extenuación en la trasera fotográfica de la mesa presidencial—, y Julieta Venegas, la periodista que organizaba el Fórum y que iba a dar y quitar palabras. A su izquierda, la presentadora, Ana de Mendoza.

Marga y Ana no se dirigieron la palabra. Ni se rozaron los codos por si saltaban chispas. Era obvia la tensión entre ambas y no disimularon.

VEINTINUEVE

—Hemos llenado a reventar. No sé si para escuchar a la conferenciante o a su presentadora, o a ambas a la vez —dijo Julieta Venegas con una risita mirando al infinito.

Frente a la mesa presidencial, dispuesta como si fuera la de un banquete de boda, se abría una playa de mesas redondas, cada una para diez o doce comensales, que abarcaba cuan extenso era el salón y que aún se colaba por algún pasillo lateral. Cada mesa tenía un cartel, sujeto con un pie de candelabro, con un número que indicaba la proximidad o lejanía de los convidados respecto a la conferenciante y, por tanto, al centro del ágape sermón. La mesa número uno, sin ir más lejos, era de las máximas autoridades. Ahí estarían los ministros en funciones, si es que alguno se había personado, el presidente en funciones del Congreso, los portavoces parlamentarios y los máximos dirigentes de Ele-Ele. Y ya, de ahí hacia abajo, el personal se repartiría jerárquicamente hasta llegar al último rincón.

Solían ser de los grandes empresarios las mesas que iban del tres al cinco. De los amos de las contratistas de obra pública y las constructoras, desde luego, pero también de los consejeros delegados de bancos y compañías eléctricas, telefónicas, de satélites, informáticas, agrícolas, de medios de comunicación o de cría caballar. En Madrid no había *lobbies*, nunca hicieron falta. Las empresas llamadas del IBEX por referencia al índice bursátil nacional, fundadas muchas de ellas durante la dictadura de Primo de Rivera o la Segunda República, supervivientes del franquismo, de la Transición y del Gran Catarro y que, por consiguiente, eran sabedoras de su inmortalidad, se bastaban a sí mismas para influir, no precisaban celestinas ni correveidiles. No necesitaban presionar; simplemente mandaban, siempre habían mandado.

En los desayunos del Nueva Economía, los grandes empresarios se dejaban saludar por los políticos y les reían los chistes malos, aunque luego sólo conversaban entre ellos, no probaban el desayuno y salían disparados mucho antes de que acabase el acto, dando a entender que acudían a reuniones importantes de veras, que no abría la bolsa de Londres sin su conocimiento, que les aguardaba una llamada concertada con Riad, que no podían perder tanto tiempo de buena mañana... No les interesaba la política porque nunca les había perjudicado en serio, se animaban mucho más en el palco del

Bernabéu, donde también se sentaban pegados unos a otros.

Julieta Venegas, tras una breve intervención en la que agradeció la asistencia en general y se autoelogió por la rabiosa actualidad de esta conferencia desayuno, «dado el doloroso acontecimiento que cuarenta y ocho horas atrás ha golpeado al partido de Mendoza y Saavedra», pidió a la nueva presidenta de Ele-Ele que diese comienzo a la presentación del acto.

A continuación, la viuda apócrifa de Melchor Avellana se levantó sin apresurarse, ocupó el atril, consintió en ser aplaudida, según acostumbraba últimamente —los miembros de la dirección del partido la aplaudieron de pie y acalorados—, y con voz decidida comenzó a leer un tocho más grueso de lo previsto.

Se supone que una presentación en el Nueva Economía no debe durar más de cinco minutos; sin embargo, la que leyó Ana de Mendoza duró veinticinco. También se supone que el objeto de la presentación es dar jabón a la persona que seguidamente pronunciará la conferencia, sin embargo, Mendoza no pronunció ni una sola vez el nombre de Marga Saavedra, ni siquiera cuando concluyó y volvió a su silla. Dedicó el tiempo a elogiar a Melchor Avellana, a informar de algunos detalles del próximo congreso del partido que la iba a elegir a ella misma presidenta de Ele-Ele y a exponer en qué consiste el fanatismo de centro que propugnaba desde la víspera.

—España, una, grande y libre —dijo para terminar—, vale, hay que reconocer que es un lema franquista, lo sé..., pero ¿vamos a renunciar a él sólo por su procedencia si lo que propugna es la pura verdad? ¿Quién de los presentes no ama a España? ¿Acaso no ansiamos con todas nuestras fuerzas que España sea una y no diecisiete, grande y no recortada por Cataluña y el País Vasco, libre y no oprimida por el comunismo, el chavismo o el islam de los inmigrantes? Yo, que no tengo miedo al qué dirán ni pelos en la lengua ni complejitos progresistas, afirmo que el fanatismo de centro consiste en defender: España, una, España, grande, y España, libre. —Gritos de «¡viva España!» y «¡viva el sagrado corazón de Jesús!» se dejaron escuchar pese al estruendoso frenesí propiciado por los mugidos de adhesión—. Y repetir que los patriotas de Escarmiento, desdemonizados, encontrarán tendida la mano de los fanáticos de centro para formar un Gobierno de salvación de la unidad nacional. Muchas gracias.

La mitad de la concurrencia estalló en una gran ovación. La otra mitad enmudeció, se amilanó.

Abochornada, Marga alzó entonces la vista y el primero en que se fijó fue en Fausto Rancaño (sí, estaba segura de que ese era el señor Rancaño), al fondo de la estancia, fuera del tiro de las cámaras de televisión, dando palmadas con desmayo, pero, al fin y al cabo, dando

palmadas, lo que ya era mucho en alguien con tanta apariencia de muerto a quien nadie ha informado de su condición de muerto. Iba acompañado por Pancho Zaragoza, traje color crema y fular blanco estampado con flores de lis doradas, que aplaudía, este sí, con rabia, como si quisiera romperse las manos. Llevaba el sombrero de jipijapa apresado por el ala con los dedos índice y corazón de la derecha, lo que no le dificultaba palmear con la exageración de un payaso.

Desde la mesa número uno, Miguel Betancor le devolvió una mirada afligida.

A Marga le sorprendió descubrir a Ciriaco Romasanta, también en la mesa uno, serio, con las piernas estiradas y las manos en los bolsillos. Ajeno a la exaltación del fanatismo de centro que se había apoderado de buena parte de aquella feligresía, desdeñando el éxtasis de su amiga Ana de Mendoza. Quizá discrepando, aunque en él nada era nunca seguro.

Cuando Ana se hubo sentado, Marga, que no sabía cómo expulsar el enfado que la consumía por dentro, le espetó:

—Me has robado el desayuno. Al menos podías haber dicho algo de mí, ya que se supone que me tenías que presentar.

—Y tú podías haberte puesto un sujetador debajo de esa camisa de Bayo, si es de Bayo y no de otro tío... Anda, sube a la tribuna y dame la razón, que te he calentado al público como no te mereces.

Al agarrase al atril, Marga iba descolocada, temblorosa como un boxeador sonado. Ahí encontró una carpeta abierta con su intervención. Reyes se había ocupado discretamente de dejarle el discurso preparado. No tenía más que templar la voz y leer procurando no traslucir que la confusión, el cansancio y la rabia se la estaban comiendo por dentro. Y así lo hizo.

Leyó:

—Querida Ana, presidenta, querida Julieta, querido Domingo, querido presidente en funciones del Congreso, estimadas autoridades, compañeras y compañeros del Congreso, compañeras y compañeros de Libertad-Libertad, amigas y amigos de los medios de comunicación, amigas y amigos todos, quiero, en primer lugar, agradecer la invitación del Nueva Economía Fórum para protagonizar este desayuno, ya que esta es mi primera comparecencia ante tan ilustre tribuna. Gracias, Julieta, espero estar a la altura. Por cierto, también es mi primer discurso como nueva portavoz parlamentaria de Ele-Ele. Y, en segundo término, agradecer la elogiosa... —aquí se detuvo un segundo, dudó, pero decidió seguir leyendo lo que estaba escrito—, la elogiosa, repito, presentación que me ha dedicado mi presidenta, Ana de Mendoza. —El silencio del público era sepulcral.

»El curso dentro del cual se enmarca esta conferencia lleva por título: “Los retos de la sociedad española tras el Gran Catarro

Madrileño", y, aunque enseguida entraré a hablar sobre la cuestión que hoy nos ocupa, que no es otra más que la reacción del Estado del bienestar ante la inesperada peste neumónica, llamada ahora por la ciencia la del rodamundo, quisiera hacer antes un par de reflexiones que tienen relación con el asunto.

»En primer lugar, por primera vez en casi dos años desde el comienzo de la crisis sanitaria y económica, en nuestro país empezamos a hablar en clave de futuro.

»Afortunadamente, contamos con una baza sobresaliente: la sociedad española, el tejido empresarial, el movimiento asociativo, el mundo académico y científico, las patronales y sindicatos, las organizaciones profesionales, las familias..., en definitiva, con España, que es una gran nación.

»En segundo lugar...

De pronto se cortó el hilo de su voz. Marga había alzado la vista y se había dado cuenta de que, en la mesa número uno, la silla reservada para Ramón Bayo, portavoz del PP, estaba vacía. Aquella indignación que hasta entonces le bullía por dentro se le subió de golpe a la garganta transformada en sobresalto. Si Moncho estuviera en Salamanca habría excusado su asistencia, ese puesto vacante indicaba que nadie respondió a la invitación del Nueva Economía.

—Moncho, ¿qué te ha pasado? ¿Dónde estás, mi vida? —susurró, casi silbó, para sí.

Poseída por la inquietud y la cólera, crispada, harta, echándoselas de valiente, cerró de un golpe la carpeta con la intervención que le había escrito Reyes y, con los puños apretados, improvisó:

—No voy a seguir. Aquí se acaba mi intervención. Ni ustedes ni yo estamos para más discursos ni para más palabras vanas. La patria se nos está muriendo y, en lugar de hacer lo posible por resucitarla, aquí todos parecen competir por ver quién le adelanta más el final. Ninguno de nosotros, y me refiero a los políticos, es un salvador de España, a todos nos da igual que se muera con tal de ser los herederos de lo que quede. Por lo visto, no hay un español en política que no crea que en España sobra la otra mitad de los españoles. —En la sala empezó a escucharse un incómodo rumor de fondo, Marga subió el tono de voz—. Hoy, aquí se ha aplaudido una consigna del franquismo como si eso no representase la victoria de una España y la derrota de la otra, como si se pudiera ser española, igual que yo lo soy hasta el hueso de mi corazón, sólo con las virtudes, aspiraciones y desvelos de media España, destruyendo a la otra media. —En distintos puntos del salón algunos invitados, haciendo ruido con la silla, comenzaron a levantarse e irse; entre ellos Prudencio Ibarrondo, presidente del PP, cuyo andar rápido le producía un cómico vaivén de tripa, y don Paraíso de Gregorio que, con las prisas, se llevó la servilleta en la

mano como si fuera el manípulo de un curita—. Y así, dividiendo en lugar de unir a los españoles, jamás construiremos una patria de todos. Se ha hablado del fanatismo de centro y yo ya no aguanto más sin reaccionar. Lo del fanatismo de centro es una estupidez.

Ahora, Ana de Mendoza también se alzó bruscamente y abandonó el acto pasando ostensiblemente por detrás de Marga, y tras ella, poco a poco, se fue yendo algo más de la mitad del aforo.

—Se es fanático o se es de centro —continuó Marga—. El centro no es una ideología por sí misma, sino una posición política moderada que sostiene la ideología de la democracia. La ideología del centro consiste en la democracia parlamentaria, el Estado de derecho, el libre mercado y los servicios públicos de sanidad, educación y pensiones. Y el fanatismo y el nacionalismo representan la negación de todo eso. En España no hay más que dos ideologías y son enemigas: la de los que separan y la de los que unimos. España, o es de todos, o no será de nadie. España sólo puede salvarse desde el centro, la concordia y la suma —Marga casi gritaba mientras el auditorio, mayoritariamente en pie, empezaba a charlar y despedirse en voz alta como si el desayuno conferencia hiciera ya un rato que hubiera terminado, ignorándola. Descubrió con sorpresa que el imán Al Isbani había asistido y que, desde una mesa lateral, rodeado por una guardia fiel de seguidores, todos con chilaba, le prestaba atención con indisimulado interés. Enseguida, volvió a bajar el tono adaptándose a un salón casi vacío como si cayera en la cuenta de que se estaba quedando sola.

—Por eso, propugno un gran pacto entre el PP, el PSOE y Ele-Ele —Ella continuaba pero, ahora sí, el imán también se levantó y se marchó seguido por los suyos, ya no quedaba nadie—, que dejemos fuera a los extremistas de uno y otro lado y que construyamos juntos el mañana. No creo en españoles moros y cristianos, ni en azules y rojos. Creo en ciudadanas y ciudadanos que trabajan, sufren, se ríen y aman compartiendo la misma tierra, la misma historia, el mismo presente y el mismo porvenir. Hagamos un gran Gobierno de centro y que nadie jamás vuelva a enfrentarnos. Vamos a salvar España, ahora que aún estamos a tiempo...

Reyes se acercó al atril:

—Jefa, nadie te está escuchando. Déjalo. Vámonos.

El aire con que Reyes se le había aproximado era el del camarero que despide al último comensal borracho de un salón de bodas.

—El presidente Betancor estaba asintiendo. —Había angustia en la frase.

—Pero el presidente Betancor es del PP, no de nuestro partido. Y además él también se ha largado ya.

—Entiendo. —Se mostraba entre crispada y vencida—. La he cagado, Moncho.

—Reyes.

—Eso, Reyes, perdona, estoy nerviosa.

—Bastante, jefa. La has cagado bastante... No entiendo qué te ha pasado, pero va a tener consecuencias.

—Iba a haber consecuencias de todas formas, Reyes. Toma. —Se encogió de hombros y le devolvió la carpeta con su intervención—. Vamos.

Marga Saavedra fue la última en dejar el comedor del Ritz esa mañana. Tras ella se apagaron las luces.

De vuelta al Congreso, de nuevo con Blas, el conductor, y Reyes en el oscuro coche oficial, los tres callados, Marga recibió un guasap.

LOLA: Has estado valiente. Ha sido el mejor discurso de tu vida. Eres la líder que necesitamos. Quiero verte. Por cierto, me ha flipado la camisa ancha ¡y el escote...! Guau...

A Marga se le puso en la cara la primera sonrisa del día igual que si se le hubiera posado una mariposa, inesperadamente. Iba a responder, pero le entró una llamada.

—¿Leo?

—Hola, Marga. ¿Estás bien?

—No mucho. Lamento lo que ha pasado.

—Caramba, yo lo siento por ti. A nosotros nos has dado muchos titulares.

—Eso me temo.

—¿Te puedo hacer una preguntita?

—Claro, Leo.

—¿Sabes algo de Ramón Bayo?

—Nada. ¿Por qué tendría que saber algo? —soltó a la defensiva.

—No sé... Pues porque se comenta que también ha desaparecido, y como dicen que entre tú y él...

—Leo, oficialmente aún eres mi marido, si hubiera algo serio, tú serías el primero en saberlo. —A Marga se le encogió el estómago al soltar esa mentira.

—Eso pensaba. Gracias por aclarármelo.

—Ha sido fácil.

—Otra cosa, Mendoza nos ha dicho a la salida que te va a cortar la lengua.

—Será que me va a cesar de portavoz en el Congreso. —Se le notó lúgubre, resignada.

—Eso será. Lo de cortar la lengua es metafórico.

—En estos tiempos, perfectamente podría ser literal, Leo. Perfectamente podría.

TREINTA

Viernes y sábado

—Soy ella —se dijo Marga frente al espejo del interior del armario de Teresita.

Y con un garboso movimiento de cabeza se cambió la melena lisa de lado.

Desde el viernes por la tarde estaba en Sevilla. Había ido a recoger su certificado de diputada electa para acreditarse ante el Congreso. Un acto sencillo celebrado por la Junta Electoral Provincial al que normalmente sólo acuden los representantes legales de los partidos, aunque algunos diputados prefieren ir personalmente, bien porque son nuevos y les apetece no perderse nada, bien porque tienen pocas ocasiones para dejarse ver por su circunscripción y las aprovechan. El de Marga era este segundo caso.

La diputada por Sevilla Amargura Saavedra Meléndez vivía refugiada en Madrid. La política le sirvió para huir de Sevilla. Atrás dejó un mal amor, atormentado e insomne, con un catedrático de su mismo departamento de medieval de la universidad que no sabía si prefería carne o pescado y al que no había forma de quitarse de encima; también una ciudad que la asfixiaba, en la que todo el mundo creía conocer su historia personal o había oído alguna versión sobre su leyenda urbana y donde, por más que transcurriera el tiempo, no dejarían de tratarla con la condescendencia que corresponde a quien es digno de lástima; y, por supuesto, la casa de sus padres, más muerta que viva, conservada intacta como un museo, tal y como si los cadáveres del juez y Teresita acabasen de ser sacados al rellano hace un minuto.

Sevilla es grande, pero lo que se dice «el mismo Sevilla» no tanto, resulta un pueblo dentro de una gran ciudad. Caminando por las calles del mismo Sevilla, a Marga jamás le sería dado pasar inadvertida, por más que Sevilla la grande la ignorase con la displicencia con que los pasos de Semana Santa no miran abajo para interesarse por quien los saca con su majestad en plenitud.

El mismo Sevilla, la ciudad de toda la vida de Dios, la gente bien de la capital del Guadalquivir, para entendernos, siempre la iba a mencionar con un «que a la sazón esa es la niña que...» en los labios, a punto de ser disparado.

Sostenía Amargura que en Sevilla el clasismo era tan antiguo que no interesaba a nadie que se pusiera en cuestión por si con eso desaparecían la magia, la altivez y la tauromaquia de las que se puede vivir sin trabajar.

Los años que pasó con sus abuelos hasta independizarse se le desdibujaban en la memoria. Salvo las niñas que en las irlandesas la apartaban con prevención por no tener padres, poco más se le quedó. Sus recuerdos de infancia, para lo bueno y para lo terrible, estaban asociados al piso de los techos altos con molduras de la calle Campana, a la casa del juez y Teresita. Volvió allí al alcanzar la mayoría de edad con una llave que le entregó su abuela, y se encontró con el tiempo detenido. Hasta los olores..., humedad, naftalina, Vicks Vaporub, caldo de cocido, colonia del juez, coñac del juez y rosas marchitas de Teresita..., permanecían inalterables. Seguramente nadie había entrado allí desde aquel dramático día en que la puerta se cerró como si cayera la losa de un sepulcro.

Por años y años, no se osó interrumpir el sueño ligero de los famosos muertos de la casa de los espíritus de la calle Campana.

Marga ni quiso ni supo morar ahí, demasiados ruidos por la noche, demasiado vacío tras de sí en el espejo del cuarto de baño, demasiada oscuridad al fondo del pasillo, demasiado dolor imposible de reducir. Al principio, compartió piso de estudiantes con unas chicas de Roquetas que también se habían matriculado en Historia y después alquiló un apartamento moderno y muy luminoso del que ya no se movió en más de quince años, hasta que se mudó a Madrid.

Sólo entraba en casa de sus padres, en su propia casa de Sevilla, si tenía una razón poderosa que la impulsara, en otro caso lo evitaba.

Aquellos enormes muebles que la abuela en su día cubrió con sábanas le parecían un rebaño de bestias fantasmales. Las motas de polvo que flotaban en los haces de luz que se colaban por las maderas viejas de los balcones cerrados convertían toda la casa en un clausurado desván, uno de aquellos que meditan sobre la muerte de nuestros familiares repletos de ruedas de bicicleta oxidadas, álbumes de fotografías color sepia y costureros con botones e hilo negro. El crujir de las puertas, del suelo de madera o de las cañerías se confundía fácilmente con el eco sordo que produce la pisada de un pie descalzo o de un pie descarnado. Además, si se asomaba a la cocina evitaba mirar al suelo, convencida de que la sangre del juez, Teresita y la suya propia seguirían ahí mezcladas en un charco seco. No, casi nunca iba a la casa de la calle Campana y, desde luego, jamás de noche.

Y siempre que traspasaba aquel umbral, la cicatriz del vientre se le reblandecía, se le ponía tierna como si fuera a reabrirse en cualquier momento, como si acabase de recibir la cuchillada que le

propinó su padre.

Tras autoexiliarse en Madrid, cuando por razones de trabajo tenía que dormir en Sevilla, se quedaba en un hotel, como si se tratase de una forastera, pero en esta oportunidad no quiso que fuera así. Mientras viajaba en el AVE decidió pasar la noche en casa. Por alguna misteriosa causa, impulsada tal vez por las extrañas experiencias y visiones que la estaban sobreviniendo en los últimos días, o dispuesta a llegar hasta el fondo de su trastorno, o queriendo someterse a una experiencia todavía más exigente para demostrarse que sus delirios no eran otra cosa que fantasías provocadas por el cansancio..., bueno, quizá sin saber muy bien por qué y tampoco dándole demasiadas vueltas..., un poco a ciegas..., en esta ocasión sí durmió sola en la casa cerrada del juez y Teresita. Puede que por primera vez desde que ocurrió aquello.

Y bien que se arrepintió.

El viernes, antes de coger el AVE a Sevilla, quedó a comer con George en el Paradís, un restaurante habitual para políticos y periodistas situado en la calle Marqués de Cubas, antigua calle del Turco, donde un 27 de diciembre de 1870, bajo una copiosa nevada, fue gravemente herido el general Prim, acribillado a trabucazos envueltos en algodón para provocar septicemia, que después sería rematado mientras convalecía en su propia casa, estrangulado con una cuerda por el general Serrano, a la sazón regente del trono de España. Así es la política, los mismos que almuerzan diariamente juntos en el Paradís, por ejemplo, después intentan asesinarse por mano de sicarios y, cuando los sicarios fallan, como es normal en gente que vierte sangre por dinero y no por gusto, pues han ocuparse ellos mismos.

—Es que todo lo tengo que hacer yo —diría Serrano, el regente, mientras tiraba fuerte del lazo con que había rodeado el cuello de Prim, el presidente del Gobierno—. Nada, que no puedo confiar en nadie. Luego dicen que si no delego...

Lo cierto es que hoy en día, y hasta que se desenterró a la reviniente marquesa del Valle, los políticos madrileños han dejado de desnucarse y fusilarse unos a otros, y ya sólo se pasan simbólicamente por las armas del desprestigio y la pestilencia social merced a campañas de desdoro, insultos, dosieres, caricaturas y menosprecios tan efectivos para arruinar vidas y haciendas como tiros en el entrecejo, pero, claro, con menos desparrame de masa encefálica y vísceras, más limpiamente.

Cuando salen de la política, los políticos llevan la espalda tan llena de costurones que apenas pueden apoyarse en el respaldo de sus sillas sin que les duela. No hay uno en España que se haya despedido

con un mínimo de reconocimiento, ni uno. A los políticos españoles se les considera mentirosos, vagos y gorrones por el mero hecho de serlo; pero ellos, en lugar de defenderse, utilizan este material ponzoñoso para destruirse mutuamente, con lo que tienen merecida su suerte, en el pecado llevan la penitencia.

Sarna con gusto no pica, como le gustaba decir a Ramón Bayo con socarronería.

Marga y George llegaron a la vez al Paradís. A Marga, que se fijaba en estas cosas, el lugar le parecía elegante sin ser sofisticado, para su gusto combinaban bien las baldosas hidráulicas y el suelo de madera con las paredes de ladrillos rojos o blancos de antigua cocina. Le gustaba que al llegar siempre le aguardase en la mesa un aperitivo de fuet, obsequio de la casa; le hacía pensar que se encontraba en uno de esos restaurantes cosmopolitas de Barcelona sin necesidad de salir del castizo Madrid.

El Paradís, junto con El Rincón de Esteban, La Ancha, el Edelweiss y algún otro del que no me quiero acordar, componen una galaxia de comedores en torno al Congreso de los Diputados donde los políticos sin distinción de partidos acuden regularmente a compartir pienso; pienso, no pensamiento. Cualquiera que haya visto una película sobre la vida cotidiana en la cárcel puede fácilmente imaginar cómo se desarrolla el almuerzo en estas cantinas de postín para ministros, diputados y comentaristas de la actualidad: los comensales más bravucones hablan alto para que sus jactancias y amenazas sean escuchadas en otros círculos; los chivatos se emboscan en las esquinas bisbiseando a los periodistas de investigación; los dueños del cotarro entran y salen rodeados de guardias, matones y pelotas; los chistes de los jefes se ríen incluso con palmadas sobre la mesa; con veladas palabras se intercambia información privilegiada en cada una de las conversaciones, y los más veteranos, sin nadie que les haga compañía, sueñan con fugarse al Parlamento Europeo. Igual que todo colectivo humano que vive atrapado en una burbuja, los diputados del Congreso acaban siendo presos de su propia circunstancia e interactuando como tales.

Madrid no respira, Madrid conspira. Se oxigena intrigando y conjurándose, en lugar de inspirar y espirar. Las habladurías y las maquinaciones sustituyen a las diástoles y las sístoles en su corazón de hidalga presumida, envidiosa y desocupada.

En una de las mesas redondas de la entrada del Paradís, Marga y George saludaron con el mentón a un conjunto de veteranas cronistas parlamentarias, llamado las Leonas del Congreso, que habitualmente invitaban a los políticos en boga a comer para intercambiar confidencias a micrófono cerrado. Tenían con ellas a un musulmán de Dime España y a una joven senadora de Podemos, ambos miembros

del politburó del Pacto del Arcoíris. Al pasar oyeron explicar lo cómodo que se sentía el de la túnica blanca de algodón, llamada *galabiya* en Egipto, coaligado en la lucha contra el fascismo latente español con la muchacha de los brazos tatuados, camiseta negra con rotos, collar de perro, pirsin en la aleta de la nariz y pelo azul.

—Somos tolerantes —explicaba el dirigente moro—. Por ejemplo, no le exigimos a la senadora Leia Organa que sea creyente y ella a cambio entiende que las creyentes se sometan a la autoridad de sus esposos, porque esa es nuestra cultura...

—Sin pegar, y siempre que el rol masculino lo pueda ejercer igualmente la mujer fluida o el transgénero de la pareja musulmana —le interrumpió la propia Leia Organa.

—Claaaro..., sin hacer daño, y con fluidos y tal. ¿Cómo vamos a castigar con la correa a quien amamos? Qué risa..., qué cosas tiene la propaganda fascistoide... Así que..., respetamos todas las diversidades, y en ese plan. Mira qué bonito: los niños podrán elegir entre estudiar en los maristas o en la mezquita...

—O en la tribu de crianza compartida precapitalista... —añadió la senadora Organa.

—Alá lo quiera.

Un poco más adelante, Marga, con un tirón de la solapa del bolsillo de la americana, sugirió a su amigo que se hicieran los despistados, pues frente a ellos, en una mesa del rincón, descubrió al presidente en funciones de la Cámara embelesado con una señora de mediana edad, labios y pechos operados y extensiones rubias que la convertían en una mala caricatura de Marilyn Monroe, o mejor, en una mala caricatura de la madre de Marilyn Monroe. Ella estaba besando una a una las yemas de los dedos de las manos de él.

—Qué poca vergüenza tiene Migue..., aquí está expuesto a que lo vea cualquiera —dijo Marga cuando ya los habían sobrepasado y se adentraban por un pasillo con estanterías de botellas de vino a ambos lados y ventana a la cocina.

—Uf, uf, uf..., a determinada edad a los pichabravas les gusta que les pillen. Bueno, chica, a todas las edades... ¿De dónde ha salido semejante pendón desorejado?

—Se llama Pura Pérez, pero Moncho le ha puesto el mote de Puras Peras. Es una concejala del PP de un pueblo de Valencia a la que Betancor conoció por Facebook y que le ha robado el corazón. Bueno, el corazón no, otra cosa...

—Si supieras los líos en que se meten tus compañeros con las petardas que les siguen y les dicen cosas bonitas en el Facebook y el Instagram... Lo de las redes sociales es un putiferio... Lo llaman política *on line*, pero quieren decir putiferio, coño.

En el segundo salón del restaurante se encontraron con Pere Pau

Marrón compartiendo mantel con un jefe de *El País* que llevaba años sin escribir, dedicado a la fontanería del PSOE. Como auténticos socialdemócratas de corbata de seda, combinaban bien la aptitud para glosar lo que diría Jürgen Habermas sobre una posible coalición deliberativa entre socialistas, podemitas, independentistas y musulmanes con un manejo de la carta de vinos propio de un sumiller parisino. Filosofía política contemporánea y vino caro maridan a la perfección en los menús de conciencia limpia de los socialistas habituados al poder.

En el mismo espacio, el destacado miembro de la corriente Cristianos por el Socialismo y expresidente de uno de los Gobiernos tecnocráticos, don Paraíso de Gregorio, Prudencio Ibarrondo, presidente nacional del PP, y Germán Becerro de Gante, redactor de religión del *ABC* que bajo el seudónimo de Locura de Amor ostentaba un perfil supremacista ibérico en Twitter, participaban junto al torero Edu Pelayo, Rayito, en una tertulia habitual de los viernes del club de diputados taurinos.

Y un par de mesas más allá, Boni Granero, apuntando para dirigir la palabra con su afilada naricilla operada igual que un carro de combate apunta con el cañón, maneras masculinas de corresponsal de periódico norteamericano y ojos de jineta que parecían dos caramelos de fresa ácida, le daba lecciones sobre cómo dirigir su negocio al editor al que ella misma había convidado para ofrecerse a escribir un libro sobre los errores de gestión cometidos por el Gobierno durante la peste del rodamundo, popularmente conocida como Gran Catarro Madrileño, insistía en matizar.

—Todo saldrá a la luz —le decía—. Tengo más bombas guardadas que el arsenal de El Goloso.

El editor, que ya se había comido lo que le hubieran servido mientras que Boni todavía no había probado lo de su plato, con dificultad podía defenderse con algún monosílabo de la tormenta de palabras cargadas de razón con que la Granero le azotaba el rostro.

—¿Te puedes creer que le tenga celos a esta tipeja? —preguntó Marga a George.

—¿Por qué?

—No sé... Porque Moncho fue su novio, supongo...

—Bueno, chica, novio, novio...

—Lo que sea, Moncho. Pero esa me da rabia porque...

—Lo que sea, George...

—Eso digo.

—No, has dicho Moncho.

—Perdona, es que tengo la cabeza...

—Uf, Uf, uf..., chica, cómo está el patio.

Llegaron a la zona de reservados. Los restaurantes de políticos en

Madrid deben tener comedores privados, para entre dos y ocho personas, conocidos como «reservados». Sí, resulta indispensable. Constituye un requisito forzoso para acceder a la estrecha nómina de lugares donde se corta el bacalao en una capital en la que ya nadie invita a nadie a almorzar a su casa. Sin reservados, los restaurantes se vacían de políticos y se llenan de turistas. El Paradís disponía al menos de dos reservados, que yo supiera.

—¿Has pillado un reservadito? —inquirió George con alegría.

—Sí, porque vamos a brindar con champán por mi defenestración como portavoz en el Congreso, por lo efímera que es la gloria política..., y no quiero que nadie malinterprete el gesto.

—Tú no estás bien de la cabeza, tía.

—Últimamente, no. En absoluto...

—Por cierto, ¿cómo te ha comunicado la Mendoza que has dejado de ser la portavoz?

—Con un guasap.

—¡¿Por guasap?!

—Como lo oyes...

—Uf, uf, uf... No doy crédito. Menuda hija de puta.

—¡Ostras! —exclamó bajando la voz y poniéndole una mano en la boca a George—. Hablando de la reina de Roma...

Marga se quedó de piedra cuando, al pasar por delante del primer reservado, por la puerta entreabierta, vislumbró a Ana de Mendoza atendiendo con expresión calculadora a un señor muy pálido que se cubría la boca para ocultar un eructo, al que ya había visto antes, por lo que pudo identificarlo enseguida como el jefe de gabinete de don Baldomero Cuervo. Precisamente la víspera, en el desayuno conferencia del Nueva Economía, también le llamó la atención este tipo, que compadreaba entonces con Pancho Zaragoza.

—Este esbirro del Cuervo se está reuniendo con todo el mundo —comentó Marga mientras se sentaba, ya en el reservado que les correspondía—. Había quedado a comer con Moncho el día en que...

—Se llama Fausto Rancaño.

—Sí, tranquilo, ya lo reconozco.

—Uf, uf, uf..., no nos habrán oído al pasar, ¿verdad? Me juego el puesto.

—No te preocupes, George. Ana estaba demasiado extasiada con lo que el hombre le sugería como para darse cuenta de nada.

—Oye, ¿y tú crees que conspiran ellos contra nosotros o nosotros contra ellos?

—Ja, ja, ja... —se rio Marga—, diría que en Madrid el poder ni se juega ni se gana al póker o al ajedrez, sino al bingo. La política de aquí es una partida de todos contra todos. Yo había cantado línea y Anita me ha dicho por guasap que no era correcta.

—Chica, me gusta que te rías.

—Me reiría más si supiera dónde está Moncho.

—Marga, coño, no bajes la guardia, que no quiero saber nada de las cochinadas que haces con el rival parlamentario...

Marga volvió a reírse y George desplegó sus tres móviles sobre la mesa.

Disfrutaron como buenos amigos durante las dos horas que duró el festín: mejillones con torreznos de Soria, ensaladilla rusa con carabineros, lubina acompañada de encurtidos, filete de vaca gallega sólo para George, prepostre, postre y mucho chisme. Fue divertido porque hablaron mal de todo el mundo, nadie se salvó.

Cuando salieron, el restaurante ya estaba casi vacío.

Se detuvieron un segundo en la puerta del Paradís para que George se encendiera un Fortuna y coincidieron con Leo y Lola, que acababan de pasar sin darse cuenta de que los otros estaban ahí.

Ninguno de los dos intentó alcanzarlos; ni a Marga ni a George les apetecía encontrarse con Leo y aguantar de pie un interminable coloquio improvisado sobre si los liberales tienen nuevas encuestas acerca de los pactos de Gobierno y qué dirían esas encuestas si las tuvieran.

Caminando, pues, unos pasos por detrás, oyeron a Lola decir:

—Aquí, donde ahora está el restaurante Paradís, antes estuvo la casa palacio de Magdalena de Guzmán, la marquesa del Valle.

—¿Y esa? ¿Quién es esa? —respondió Leo con indiferencia.

—La dama que viajó con las telas que trajeron las pulgas de la peste en el *Rodamundo*. Esa peste que ha revenido y que resulta que es la del Gran Catarro.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Pues porque lo sé.

—¿Has perdido el tiempo investigando esa chorrada?

—No, pero lo sé. Me viene esa información al pensamiento.

—Caramba, ¿al pensamiento? ¿Y a santo de qué lo comentas?

—No, por nada, porque a Magdalena le haría gracia ver que los cortesanos de hoy conspiran justo donde estuvo su casa. Que su suelo al final sí que es el pudridero de las ambiciones del poder y el camposanto en que se recrea el demonio, tal y como ella soñaba.

—Estás muy rara. Deberías decir menos tonterías y conseguir alguna encuesta filtrada si quieres seguir en la agencia EFE, Lola, Lolita... —Quiso ofrecerle una sonrisa campechana y de nuevo le puso cara de estar a punto de llorar.

A Marga le dio la sensación de que Lola era consciente de que ella iba andando por detrás, como si tuviera ojos en la nuca, y que ese diálogo tan incomprensible a oídos de Leo lo mantuvo sólo para que ella lo escuchara. También que marchaba con seguridad, moviéndose

con elegancia, porque buscaba que se fijase en su forma de moverse. Y, en efecto, al llegar a la cuesta arriba de la Carrera de San Jerónimo, Marga se sorprendió a sí misma mirándole el culo a Lola.

Leo y Lola se despidieron al llegar a la puerta de los leones. El primero cogió un taxi, la segunda entró en el Congreso con la naturalidad con que un viernes por la tarde una regresa a casa.

Y, prácticamente a la vez, por la misma puerta de la reja, salió Ciriaco Romasanta casi corriendo. Cruzó a la carrera y se perdió por la calle de San Agustín, huidizo, con prisa, hosco, como si hubiera hecho algo malo.

Un poco más tarde, Marga cogió el AVE a Sevilla. Y mirando pasar el paisaje por la ventanilla del tren, repentinamente resolvió que, en lugar de alojarse en el hotel de siempre, esta vez dormiría en su casa, en la casa cerrada del juez, Teresita y la niña acuchillada.

A lo mejor fue el tono con que Lola dijo lo del «camposanto en que se recrea el demonio», que la asustó, lo que la impulsó a atreverse. Primero, porque no existe mejor forma de superar un miedo que afrontarlo y, segundo, porque aquella no era la voz de Lola. Fue como si otra persona hubiera hablado utilizando su lengua.

La noche en la casa de la calle Campana resultó espeluznante. A las dos de la mañana, Marga sintió de nuevo que alguien se sentaba en su cama y volvió a no abrir los ojos. El olor que desprendía la presencia era indiscutiblemente a vomitado, espuma de afeitar, caspa y tabaco, como los trajes del juez. Durante horas escuchó pasos, golpes, lloros y una voz muy débil rezando. Hasta que avanzada la madrugada regresaron la paz y el silencio.

Al levantarse, se encontró con libros, sentencias y dietarios por el suelo del despacho del juez, el grifo del agua caliente de la bañera abierto y vertiendo agua color hierro, prendas de su madre esparcidas como si su armario hubiera explotado, una invasión de cucarachas rojas en la cocina que, a primer golpe de vista, pasaban por una costra todavía húmeda sobre las baldosas blancas, y un cuchillo de carnicero en su cuarto de pequeña, justo al lado de la cama en la que había dormido esa misma noche.

Lo peor de todo es que tenía la certeza de haberse enfrentado al juez, de haber querido salvar a Teresita en sus pesadillas y de que del juez era la presencia que la visitó cuando se despertó a las dos. Conservaba el recuerdo de haber visto en sueños a su padre enfurecido y a su madre pidiendo auxilio, pero con la misma claridad y realismo con que yo contemplo ahora el resplandor rosado de otra madrugada que me sorprende después de una larga noche de escritura y miedo.

Sabía quién había dado los puñetazos esa noche y quién los había

recibido una vez más.

De alguna manera imposible de explicar, el juez seguía viviendo en esa casa. Y Teresita también.

Llegada a esta conclusión, en lugar de gritar o asustarse más, y dado que lo de llamar a Moncho no era una alternativa, volvió a la habitación del juez y Teresita. Buscó entre la ropa de su madre dispersa por el dormitorio de matrimonio. Escogió un sujetador y unas bragas que parecían cosidas a mano, una blusa azul con una libélula estampada en el lado del corazón, una combinación de raso, una falda lisa por debajo de las rodillas con cintura de avispa, unas medias de seda ajustadas al muslo y unos zapatos de salón negros con un tacón fino y largo. También unas gafas de sol de pasta, grandes y abiertas como ojos de insecto, y una cadena terminada en una piedra redonda que parecía un sol. Y como Marga era más alta que su madre y, desde luego, también más corpulenta, una vez se puso todo eso encima, la falda sin abrochar, le quedó un aire de hombre vestido de mujer, de travesti, que incluso se incrementó al pintarse los labios de rojo intenso.

Pero no le importó. Parecer un hombre la hacía aún más fuerte, aún más poderosa.

¿Y el anillo de casada? ¿El anillo...? Los abuelos le entregaron los anillos de sus padres con las llaves de la casa de la calle Campana. Sí..., ¡en un cajoncito del antiguo secreter de mamá! Ahí los dejó.

El del juez era enorme y transmitía frío y churre. El de Teresita brillaba como si estuviera encendido por dentro. Se lo probó Marga y le quedaba pequeño. Se lo tuvo que poner en el meñique, pero se lo puso.

El ambiente se llenó de la fragancia triste que desprenden las rosas marchitas.

Y entonces fue cuando se miró en el espejo interior del armario de su madre y se dijo:

—Soy ella. Soy Teresita. Ahora, si tienes huevos ven a por mí, hijo de la gran puta... Te estaré esperando. Esta vez te voy a ganar...

Y vestida de su madre dio un portazo y, sin volver la vista atrás, se marchó a la calle, a recoger su acta de diputada por Sevilla y a sonreírle al mundo. Orgullosa y henchida de coraje.

La primavera andaluza brillaba con tantas ganas que se diría que también deseaba que Teresita resucitase.

TREINTA Y UNO

Domingo

Se nota sola y no porque esté sola, aunque por eso también, sino porque se sabe abandonada.

Las niñas se han ido a pasar la tarde con sus primas, pero no son sus hijas las que la han dejado sola. La ausencia de sus hijas es ley de vida. Lo exasperante es que él haya desaparecido sin decir nada.

En el fondo, esperaba que ocurriese algún día, aunque no así..., tan repentino, tan descarnado.

Meciéndose en el balancín del porche, con un café con leche caliente entre las manos y la mirada perdida sobre la explanada de césped del jardín, rememora cuando las niñas eran pequeñas y las tardes de domingo resultaban agotadoras. Por aquel entonces, además, tenían un perrito que saltaba y corría detrás de las niñas como un loco. Se insiste a sí misma en que probablemente esté fantaseando con la imagen de la felicidad perfecta, más bien, de la familia perfecta, tanto que se diría la propia de un anuncio de compañía de seguros, y que lo suyo no fue nunca tan hermoso.

No se permite sentir nostalgia, la debilitaría todavía más.

Un moscardón la ronda. Lo espanta de un manotazo.

Los actuales domingos son un desierto para ella, suceden a cámara lenta. Se le atasca el paso del tiempo. En su reloj se aprietan las horas unas contra otras sin transcurrir, como debe suceder cuando te mueres, piensa, hasta que llega el telediario del domingo por la noche y, entonces, esas horas constreñidas durante el día se liberan igual que si salieran por las puertas de un colegio, todas a la vez, y la vida recupera de golpe su vertiginosa velocidad habitual.

La del domingo por la tarde es una tristeza distinta a cualquier otra, está a medio camino entre el mal humor y la abulia, sale de los huesos y no de los pulmones.

A su edad, los domingos se llora hacia adentro.

Y este domingo en particular está siendo un infierno. La falta de noticias sobre él ya no es siquiera cruel, sino un desprecio.

Programó su vida como si de verdad fuera un río que va a dar a la mar, como si existiera un curso prefijado para crecer y por el que resultase forzoso discurrir. Primero, las monjas; luego, una carrera de letras y el novio, casarse por la Iglesia, el trabajo compatible con la

casa y los hijos, viajar a Roma con la familia, envejecer y, por fin, cuidar a los nietos, por ejemplo. Y, en este momento, se siente traicionada por todos, estafada; pero en especial por él, por él..., que en algún instante indeterminado se salió del cauce sin avisar y la dejó desamparada.

El moscardón no se marcha.

Le costó aceptar que él se dedicase a la política cuando podía haber hecho una carrera decente de abogado en el bufete de su padre. Ya de novios, la política era su competidora, normalmente él prefería asistir a cualquier reunión, mitin o manifestación a la que fuera convocado que salir de paseo con ella, o esa era la impresión que tenía. Pero acabó aceptando la realidad, ayudaron los consejos del párroco, desde luego, y, al final, los compañeros de las juventudes del partido del novio fueron configurando el círculo de amigos de los dos. Ella se avino incluso a afiliarse para poder acompañarle a una convención en Benicasim. Se casaron llevando al alcalde y a un senador como testigos.

Reconoce que siempre ha tenido celos de la política, pero lo de ahora es distinto: ahora tiene celos de una política.

Da un sorbo al café con leche que se le está quedando frío. Le extraña que el moscardón busque su labio y no el filo de la taza.

«Será una de esas moscardas asquerosas que ponen sus huevos en el ojete de las criaturas muertas para que les crezcan los gusanos», piensa, y vuelve a alejarlo con un gesto brusco.

Deja el café con leche en una mesita auxiliar y lo cubre con un posavasos.

Es morena y lleva el pelo corto, igual que casi todas las amas de casa de la España interior; media melena por detrás de las orejas que no llega a los hombros, cómoda para trabajar en casa y fácil de peinar. Luce unos ojos grandes y verdes, verdes en extremo, del verde botella de los moscardones, precisamente. Muy bellos, aunque a estas alturas de su biografía ya se posen sobre las cosas con abatimiento. Las mejillas, sonrosadas por defecto. A su delgadez presente le sobran las resultas de una precedente lozanía genética y noble. En la piel de sus manos se lee lo mucho que ha fregado, lavado ropa, bañado niñas y cuidado del jardín. Lo de ser profesora de Lengua lo dejó atrás; aunque de entonces le queda cierto autoritarismo al hablar y unos tobillos con tendencia a hincharse si pasa mucho tiempo de pie, propina por las horas de clase a las que hizo frente plantada ante la pizarra mandando silencio.

Sus padres vinieron de Hoyos del Espino, en Ávila, cuando lo de cuidar vacas ya no dio para comer todos los días, y se emplearon en la portería de un edificio señorial del centro. Dejada caer en el balancín, ahora se sujeta el mentón con el dorso de la mano, el otro brazo

cruzado tal que la base de un triángulo, con la misma melancolía con que su padre miraba pasar a los transeúntes desde su sillita de enea de la portería añorando el tintineo de las campanas de sus vacas negras en Gredos.

La hija de los porteros es hoy la señora del diputado y vive en un chalé unifamiliar en una urbanización a las afueras de Salamanca. Pero, la verdad sea dicha, prefiere la ternura y el respeto con que, casi sin decirse nada, siempre se trataron sus padres, los porteros, a la indiferencia y redundancia con que ella y su marido, el diputado, no paran de hablarse y escribirse por teléfono. Sus padres se querían y afrontaron lo que les envió el destino como animales cogidos a un mismo yugo, formando yunta, tirando y tirando juntos del mismo arado hasta el final de sus vidas. Ese no es su caso: ella quiere a su marido, pero su marido sólo se quiere a sí mismo. A ellos el destino se lo labra un tractor con conductor oficial.

Con la mayor a punto de nacer, él ya se fue a Madrid de diputado y su corazón jamás regresó a casa. Quizá ella debió haberse ido con él, pero no lo hizo ni entonces ni después. Lo de cambiar de colegio a las niñas, lo de no conocer allí a nadie, lo de no estar a la altura de las relaciones de su marido en la capital..., no sabe qué fue, algo de eso..., se le hizo una montaña, la paró y, aunque él se lo ofrecía con insistencia, no se atrevió a dar el paso. ¿Se arrepiente? No, para nada. Cada planta debe crecer y morir donde el Señor la ha puesto.

No puede decir que la trate mal, al contrario, es atento, educado y un buen padre; por ejemplo, siempre pide que los jueves por la noche, al volver en coche del Congreso, sus hijas le esperen despiertas para darles un beso de buenas noches. Las niñas entonces se meten en la cama, se hacen las dormidas y le dan una gran sorpresa cuando, con cautela de no despertarlas, asoma el pico por la puerta de su dormitorio. Él finge que lo asustan, las abraza y padre e hijas se mueren de la risa. Es sólo que a ella no la abraza como a las niñas, no, a ella no. Que hace años, muchos años, que a ella no la abraza de ninguna manera, que no la desviste, que no la desea, que duermen en la misma cama como si fueran hermanos.

Es un buen padre, pero ya no es un esposo.

Otra vez el moscardón..., parece que le leyera el pensamiento y se atreviese a acercarse más cuanto más taciturna se siente.

Han prosperado como familia, ¿cómo negarlo? Empezaron viviendo en un pequeño piso cerca de la zona universitaria y ahora disfrutan de una casa grande con piscina en Santa Marta y de una buhardilla en Madrid, por la que aún se debe algo al banco; en todas partes los reciben y en todas partes se desviven por agasajarlos, sin embargo, ella cambiaría todo eso por volver a verlo bailar desnudo alrededor de la cama como los indios, que es lo que él hacía cuando se

encendía un pitillo después de hacer el amor.

Está tiritando, tanto pensar le pone nerviosa. Se ha levantado, se ha echado encima una rebeca negra, se la ha abrochado hasta arriba y ha vuelto al balancín.

Coge el móvil con las dos manos. Por su forma de mirarlo y alzarlo a media altura, cualquiera diría que ese teléfono es una pistola.

Hay otra mujer en su vida, hace tiempo que lo sabe. Incluso sabe quién es esa otra mujer. Una noche que él se había dejado el teléfono en casa y que ella necesitó llamarle porque la mayor se abrió la barbilla con el borde de la piscina y hubo que darle puntos, la secretaria lo localizó con toda naturalidad en el de esa mujer. Por eso y por otros detalles que no escapan a su suspicacia de esposa de sangre abulense, supone que esta desaparición tiene mucho que ver con esa otra mujer. Lo supone no, está segurísima.

Él ha decidido por fin abandonarlas a ella y a las niñas, pero no tiene valor para decírselo a la cara.

Es un hijo de perra, como todos.

Desde el martes por la noche su móvil está apagado o fuera de cobertura. Y tampoco llama. Ni siquiera se ha dignado a enviarle un guasap.

Es muy hijo de perra y muy cobarde...

De él, pues el muy bobo presume de parecerse a John Wayne pero en formato XS, de su aparente hombría de bien cabría aguardar otra reacción más caballeresca, al menos más gallarda si no más correcta, ¿pues no dice de sí mismo que está chapado a la antigua? Pero en el instante decisivo se comporta igual que cualquier zascandil.

Ella no quiere hacer lo que está a punto de hacer, se resiste, sabe que equivale a apretar el botón nuclear, que luego no habrá marcha atrás, que empezará una guerra a vida o muerte por recobrar o perder a su marido, que va a producirse mucho dolor, mucho dolor..., y mucha vergüenza ajena, pero el hijo de perra no le ha dejado otra opción. Sí, para dolor y vergüenza ajena, lo que ella lleva acumulado; ya es hora de que tanto padecimiento se reparta equitativamente.

Va a ser un trago amargo, sí, amarguísimo, pero debe pasarlo por las niñas. También por su propia dignidad.

Lo va a hacer. Ya está bien. Cuando ella dice basta, quiere decir basta.

Será la hija de los porteros, pero tiene los huevos que al hijo del abogado le faltan.

Siempre le pareció el perfecto varón. No lo es. A la postre reacciona por la picha igual que cualquier otro. Y se escapa como una rata.

¿Qué le costaría cogerle el teléfono o llamarla y decirle ahí te quedas? Nada..., no le costaría nada.

—Pues ahora se va a enterar —habla al viento—. Y se va a cagar la pajarita... Bueno, se van a cagar los dos, pero empezando por la pajarita.

El moscardón sube despacio por su nariz buscando la carnosidad de sus ojos, pero ella, dominada por la ira, no lo nota, o lo nota y no le importa.

—En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. —Se santigua y se lanza hacia lo que tenga que suceder a continuación.

La va a armar. La va a armar gorda.

Uno, dos y tres...

Levanta el móvil y marca el número que tiene copiado a lápiz por detrás de la última hoja de la libreta en que apunta sus recetas de cocina.

Suena un par de veces... Si nadie responde no sabe si tendrá fuerzas e intimidad para volver a intentarlo después.

—Dígame.

—¿Marga Saavedra? —le tiembla la voz.

—Soy yo. ¿Quién me llama?

—Soy Vega.

—¿Vega? —Marga acaba de quedarse helada.

—Vega de la Lastra, la mujer de Ramón, de Moncho, de como le llames...

—¡Vega! Qué sorpresa... —No sabe cómo ganar segundos para controlar su reacción—. Disculpa... Un momento.... Es que me pillas en el AVE de Sevilla a Madrid.

—Pues mira a ver..., que no pienso volver a llamarte luego. Sólo quiero darte un recadito para mi marido, que lleva días con el móvil apagado. Es un segundo nada más.

—No, no, por favor... Un momento, que me estoy levantando y ya salgo del vagón... Ya está... Aquí puedo hablar.... Vega, ¿cómo está Ramón?

—¿Que cómo está Ramón? —No sabe si reírse o explotar—. Pues eso espero que me digas tú...

—¿Yo? ¿Por qué iba a saber yo cómo está tu marido?

—Porque eres su amante.

—Vega..., yo..., no... —Está desconcertada.

—No te esfuerces, Marga. El amor, como la riqueza, ya sabes..., no se puede ocultar. Y el puterío tampoco... Si te queda conciencia, la tendrás negra como el carbón. Ramón tiene tres hijas...

—Por favor, Vega, deja que te explique... No es lo que piensas. —No tiene palabras..., se siente menoscabada, pero también culpable.

—Da igual lo que yo piense, Marga. —Vega entorna los ojos encolerizada mientras habla lentamente, vocalizando, y el moscardón salta a su entrepierna buscándole el sexo por debajo de la falda—.

Sólo quiero que sepas que voy a pelear por mi marido, que no te lo vas a llevar de rositas, que tenemos tres hijas y que no me voy a quedar tirada con las niñas. No voy a consentir que se olvide de sus hijas...

—Tu voz me llega entrecortada. Vega...

—... porque mi Ramón sólo sabe hacer niñas, sólo niñas, pero eso a ti qué te importa.

—Vega..., se está cortando. No te escucho bien.

—Mira, maja, tú serás diputada —Vega ha cogido carrerilla y se está vaciando—, nunca mejor dicho lo de putada, ¿verdad?, y tendrás muchos encantos, y lo tendrás enganchado por sus partes con tus sexualidades sevillanas... Tú le harás todo, todo..., y yo todo, todo..., no se lo hago. Conmigo ya no se conforma con lo normal y lo que pide me da asco. Con la edad se ha hecho muy guarro... Chupeteos... Pide... Bueno, sabrás tú mejor qué pide, que yo ya no le hago nada... Pero soy de Castilla, humilde, limpia y decente, y tengo a mis hijas para hacerle volver a casa... Veremos qué le tira más, si tus chupeteos o mis hijas... De las mujeres como tú los hombres se cansan.

—De verdad que no te estoy escuchando bien... —Marga no entiende qué está ocurriendo: ¿le ha confesado Moncho todo a su mujer o es que tampoco está con ella en Salamanca?

—Buscona, roba maridos, calientapollas, rompe hogares...

—Vega, te oigo mal, ¿qué te ha contado Ramón?

—Nada... El muy cabrón no me ha contado nada, ni siquiera me ha llamado. Lo he descubierto por mí misma. Por una vez he sido una averiguada y me he dado cuenta de que os habéis largado juntos.

—Vega... ¡Vega, Ramón no está conmigo!

—¡¿Qué?!

—Que no está conmigo.

—¡¿Que tú no eres su amante?! Vamos, anda..., a otra perra con ese hueso. ¿Con quién está entonces? ¿Con esa tal Ana de Mendoza? ¿Con la periodista aquella con quien dijo una revista que salía? ¿Con alguna actriz...? Que te tengo calada, Marga... Eres la típica..., no me sale la palabra..., cerda..., la típica cerda que las mata callando.

—No me entiendes, Vega. No me refiero a estar en el sentido de estar juntos y eso... No, digo que no sé dónde se encuentra físicamente Ramón.

—¿Qué dices? Se ha cortado...

—Que no sé dónde está tu marido. ¡Que no tengo ni idea!

—¿No se ha fugado contigo? —Ahora es Vega la que se ha quedado desubicada.

—Nooo... Pensaba que estaba en Salamanca contigo.

—Yo pensaba que estaríais juntos en Tenerife o en algún hotel paradisíaco así —Vega titubea, se nota un miedo repentino en su voz

—, algo así..., por eso no había dicho nada hasta hoy.

—Y yo que había vuelto a casa contigo, por eso tampoco había dicho nada.

—¿Desde cuándo no sabes de él? —A Vega le tiemblan las manos.

—Desde el martes por la noche. —A Marga le tiemblan las manos.

—Como yo, entonces... ¿Y de verdad que no lo has visto después?

—Te lo juro. —Cierra los ojos Marga y por un segundo le viene la imagen de Moncho humillado, sin corbata, haciendo el perro debajo del ataúd de Melchor Avellana, pero ese no podía ser el verdadero Moncho...—. Sí, te lo juro.

—¿No os habéis fugado?

—No, Vega —replica recuperando la compostura—. No nos hemos fugado.

—En ese caso, me quedo más tranquila. —Le sale un tono infantil, como si no quisiera ser consciente de que su marido se ha desvanecido en el aire.

—Pues yo no. ¿Dónde está Ramón?

—No lo sé.

—Yo tampoco.

—Pero... ¿sois amantes? —insiste, ahora con reverencia, como pidiendo una respuesta por piedad, aunque sigue sin ver cuál es el verdadero problema.

—Vega, ni es a mí a quien se lo has de preguntar, ni soy yo quien te ha de responder.

—Entiendo..., no necesito que me digan las cosas dos veces... Pero él ha desaparecido, ¿no? Eso es lo que te inquieta: que no está ni contigo ni conmigo...

—Sí, él ha desaparecido...

—¿Nos ha dejado a las dos?

—No creo que en el fondo de su corazón quiera dejarnos a ninguna de las dos, Vega...

—¿Qué hacemos? —La pregunta de Vega es sincera, ha vuelto a ser un ama de casa de Salamanca superada por las circunstancias.

—Creo que tú, como su mujer que eres, deberías denunciar su desaparición.

—¿Se lo digo a las niñas?

—Aún no. Sólo a la Guardia Civil.

—¿Seguro que ha desaparecido y que no os habéis fugado?

—Seguro.

—Me quedo más tranquila.

—Vega..., que a lo mejor le ha pasado algo malo..., algo muy malo...

—No creo, maja, Ramón es muy listo y sale de todas. Volverá conmigo y con sus hijas.

—Como quieras... Si necesitas algo ya sabes dónde encontrarme.

—Antes me moriría que necesitar algo de ti —dice esto con un nudo en la garganta, ha recobrado el sabor amargo del odio en el cielo del paladar.

—Confío en que recuperes a tu marido. —No hay una pizca de cinismo en Marga, aunque lo parezca; en este momento le pesa la conciencia.

—Yo también. Adiós —sentencia la titular del puesto de esposa de Ramón.

—Adiós —susurra la suplente del mismo puesto.

Cuando cuelga el teléfono, Vega está azorada. Suda. Se desabrocha la rebeca negra y también el cuello de la camisa.

Se ha puesto muy nerviosa, por momentos no sabía lo que estaba diciendo. Ha soltado barbaridades por la boca. Por un lado, está muy orgullosa de sí misma porque ha sido capaz de cantarle las cuarenta a una diputada muy importante, una que sale en la tele como su Ramón. Sobre eso..., está deseando llamar a su amiga Feli para darle detalles. Mas, por otra parte, pese a que había ensayado la conversación miles de veces, nada ha sucedido como tenía previsto, se le ha quedado mal cuerpo. Esperaba desahogarse, pero la ha poseído una nueva tristeza aún más profunda que la pura tristeza dominical, la tristeza de la decepción. Quizá les esté mintiendo a las dos, quizá Marga sea tan víctima como ella de los embustes de Ramón.

La amante de su marido le ha respondido antes más como una cómplice que como una rival.

Ha sido como si Ramón fuera un tema de las dos, como si fuesen dos esposas en un mismo harén. No lo hará, pero le quedan ganas de volver a llamar y poner en común lo que una y otra saben del personaje. «Sería divertido descubrir si nos dice los mismos piropos, si nos compra los mismos regalos, si con ella también baila desnudo como un indio después de...», piensa.

—Si las mujeres fuéramos más sinceras unas con otras, los hombres nos engañarían menos —se miente.

Nota un cosquilleo en la vulva, sobre las bragas. El moscardón está intentando atravesar su ropa interior y dejar sus larvas, o lo que sea que deje, entre sus labios vaginales. Se incorpora un poco, el bicho salta y Vega lo aplasta dándose un manotazo contra el muslo. Mata al moscardón, pero se asusta porque el insecto le ha dejado sobre la piel una mancha de sangre fresca como si ella misma se hubiera clavado un cuchillo ahí, como si le hubiera bajado la regla. Hurga y confirma que la sangre no es suya. Le da mucho asco.

En ese momento, las niñas abren la puerta del jardín y la pequeña viene corriendo hacia el balancín y se lanza a los brazos de su madre. Se cogen con fuerza.

—¿Ha venido papá? —le pregunta.

—Aún no.

—¿Le esperamos haciéndonos las dormidas?

—No, mi niña, mamá ya no va a hacerse la dormida nunca más. Mamá se ha despertado…

—Pues hazte la dormidita…

—Cómo te pareces a tu padre —la niña le cierra los ojos a la fuerza—, ahora mismo es como si él me estuviera abrazando por fin.

TREINTA Y DOS

Un poco más tarde, Marga Saavedra llega a la estación de Atocha, allí la están esperando su asesor y su secretaria. Tras las noches de miedo que ha pasado en Madrid y sobre todo en Sevilla, y tras la conversación con Vega, ha decidido llamar a Reyes y pedirle que le deje dormir en su casa. No sin incomodidad, Reyes le ha explicado que comparte piso con Laura, pero que es bienvenida de todos modos.

Para Marga no es una sorpresa que Reyes y Laurita vivan juntos.

La llevan a cenar a un VIPS. Y Marga, desmontada por dentro como está, se atreve a preguntar lo que siempre tuvo curiosidad por saber.

Pregunta y..., sí, llevan dos años viviendo juntos. Y no, no son pareja. Bueno, no exactamente. Reyes se lo intenta explicar con el mismo tono formal con que le pasaría a la firma una proposición no de ley sobre la protección del lince ibérico.

—Jefa, sí. Soy.

—¿Sí eres qué?

—Lo que piensas.

—¿Y qué pienso?

—Lo que crees desde siempre. No me hagas decirlo.

—¿El novio de Laurita?

—No, eso ya te he dicho que no.

—Entonces, ¿qué sí?

—Gay —interrumpe Laurita buscando que el diálogo para merluzos no se haga eterno—. Reyes es gay.

—Eso —añade Reyes aliviado.

—¿Eso? —Marga se ríe—. ¿Y tanto te cuesta decirlo?

—Es que no hace falta decirlo cuando ya se sabe...

—Pero yo no lo sabía... Bueno, entonces, ¿vivís como dos amigas?

—Reyes, explícaselo a Jefa —interviene Laurita al tiempo que pincha un dado de pollo glaseado en salsa al güisqui y una hoja de lechuga de la ensalada Lousiana del interpelado.

—Ni hablar. Es increíble el empeño que hay en clasificarlo todo en chico y chica, y en que los gais seamos chicas... Yo soy fluido...

—¿Cómo?

—Fluido, Jefa. ¿No habías caído en que Reyes puede ser nombre de chico y de chica a la vez? Pues por eso Reyes se llama Reyes —se ríe Laurita.

—Fluido es que puedo cambiar de género según me sienta.

—¿Como un superpoder?

—¡Exacto! Tú, por ejemplo, jefa, que no tienes ese superpoder, eres cisgénero, tu sexo biológico coincide con tu identidad de género, o eso creo.... Pero ese no es nuestro caso, o al menos no el mío. Laurita sólo sería heteroflexible.

—Heterocuriosa, Reyes, me gusta más. —Laurita tiene su noche dulce y se ha premiado con unas tortitas con nata y sirope de caramelo—. Anda, dile a Jefa en lo que estamos últimamente.

—Exploramos nuestro lado poliamoroso.

—El poliamor es una revolución. —Laurita se muestra entusiasmada, da un sorbo a su Coca-Cola Zero para animarse más—. Hasta hace quince días tuvimos a Romualdo, un brasileño que era novio de los dos.

—¿Teníais un trío? —pregunta Marga, y Reyes y Laura se parten de la risa como si hubiera dicho una tontería.

—Nooo..., un trío no. —Laurita se ha adueñado de la explicación —. Yo era novia de Romualdo, Romualdo era novio de Reyes y, a veces, Reyes también era mi novio si yo me volvía activa. Pero eso no es un trío, es poliamor. —Abre y cierra los ojos rápidamente imitando a una princesa de dibujos animados—. Porque, además, de vez en cuando viene un mecánico argentino que también quiere a Reyes y que a mí me quiso un finde.

«Más o menos como lo de Moncho, Vega y yo», piensa Marga, y se le escapa una expresión agria que quería ser una sonrisa.

—O sea que no sois ni ellos, ni ellas; que sois *elles*.

—Jefa..., yo soy ella y Reyes es él, pero a veces jugamos a ser otra cosa. Mi madre, que era profesora de Latín, me enseñó que en el origen del origen del lenguaje no existían palabras masculinas ni femeninas, sólo palabras no marcadas y que el género lingüístico es un avance. No somos *elles*, nos gusta ser chico y chica poliamorosos.

—Ah... Oye, ¿y se acabó lo de Romualdo? —pregunta la jefa.

—Sí, sí... Es un tío poco moderno, no aceptaba vestirse todos los días igual que Reyes y yo. Y si no nos vestimos igual, pues no somos del mismo equipo, ¿lo comprendes, Jefa?

—Claro, lo entiendo... —Suena a burla sevillana—. Si yo duermo hoy en vuestra casa mañana me pondré la misma ropa que os pongáis vosotros porque soy de vuestro equipo.

—¡Bien por Jefa! ¿Te hemos entretenido?

—Mucho.

—Pues de eso se trataba.

—Sois mi familia.

—*Okey*, lo sabemos y te vamos a proteger. —Reyes se muestra paternal.

Por unos minutos Marga ha conseguido olvidarse de que Moncho ha desaparecido y de la tensa conversación con Vega.

Esa noche, Marga Saavedra duerme tranquila en casa de Reyes y Laurita. Se pone un pijama de verano estampado con pequeños Pikachus, comprado en su día para Romualdo e idéntico al que llevan sus anfitriones. En ese clima tan divertido no tiene nada que hacer el mal. El buen humor expulsa al maligno. Marga piensa que Reyes y Laura son una especie de San José y María *millennials*, que la han acogido en su portal de Belén transexual y que el demonio por allí no para, a riesgo de que le enfunden otro pijama de Pikachus.

Por primera vez en muchos días, Marga descansa de verdad.

Y mientras tanto, Magdalena de Guzmán, marquesa del Valle, recorriendo inquieta los pasillos con las luces apagadas del Congreso de los Diputados, siente un hambre insaciable y husmea el aire estancado de salas y corredores en busca de nuevos cuerpos que a ella le sirvan para revivir, para existir, para revenir... A los que matar para rejuvenecer.

La reviniente anda de caza.

TREINTA Y TRES

Lunes

De: Macarena Colomer Ruiz <biblioteca01@congreso.es>
Asunto: Doña Magdalena de Guzmán, una reviniente en la Casa.
Enviado: Hoy, lunes, 13:36:07 CEST
Para: Amargura Saavedra Meléndez <marga.saavedra@congreso.es>
Cc: Juan José Bermúdez del Castillo <serviciomedico08@congreso.es>

Estimada señora diputada:

Recurro al correo electrónico dado que no veo otra forma de poder acceder a usted. Le rogué que viniera a verme a la biblioteca de la Casa, la conminé por razones de urgencia extrema, pero, sin duda, su señoría no encuentra ocasión. Bueno, ya vendrá.

Por otra parte, si efectivamente pudiéramos reunirnos, no sé si hallaría entereza suficiente en mí misma para contarle todo esto sin perder el hilo, cansarla u olvidar algún detalle relevante. Así que, después de meditarlo rezando el ángelus de hoy a los pies del Cristo de Medinaceli, ahí en su basílica, casi frente al Congreso, justo donde antaño estuvieron las tierras y el palacio del duque de Lerma, me ha parecido que conviene a las dos que mi advertencia se ponga negro sobre blanco y se envíe para que quede constancia de la alarma que enciendo, que su señoría medite mientras lee, que no reaccione sin pensar y, obvio, que yo sea capaz de explicarme sin nervios ni lagunas.

Pongo en copia al doctor Bermúdez con la intención de que tenga otra versión de lo que puede haberle ocurrido a su esposa, la letrada Mercedes Martínez, diferente de la del secuestro por los musulmanes. Y, desde luego, alternativa también a ese maledicente rumor sobre la fuga de Mercedes con el diputado Francisco Arroyo, que carece por completo de fundamento. Al doctor le tengo ley y le guardo aprecio. Su mujer y yo ingresamos en Cortes Generales el mismo año y nos tratamos de antiguo, pero no me he atrevido a ir a contarle en persona mis sospechas. Ignoro cuál podría ser su respuesta, pues sé que está sufriendo en demasía. Conque será por esta vía, protegida por la diputada, que osaré intentar abrir su mente a una explicación increíble, aunque por desgracia congruente.

«Una vez descartado lo imposible, lo que queda, por improbable que parezca, debe ser la verdad». Tengo entendido que la frase pertenece a Sherlock Holmes; pues bien, de eso se trata aquí, de que lo improbable está sucediendo. De hecho, sucede a la vista de toda España, pero como los ojos no ven aquello que no observan y como, en este clima político

tan enrarecido, nadie se molesta en descartar lo imposible, pues tampoco nadie es consciente de que lo improbable se ha despertado y de que habita entre nosotros, en la Casa.

¡Ah, sí, en la Casa misma!

Ya he perdido la cuenta de las desapariciones (¿muertes?) que cabe atribuirle.

¿A quién? A la reviniente, señoría, a la reviniente.

Este misterio del que hoy quiero darle aviso debió comenzar en 2009, durante unas obras de restauración de la biblioteca, cuando tras uno de estos muros se descubrió un pasadizo subterráneo que conduce a una cripta redonda en la que, además de un osario, hay una sepultura con altorrelieve de una dama sin rostro, sin nombre y sin cruz. Se me escapa por qué entonces no se hizo público el hallazgo y no se excavó más, aunque es cierto que, en previsión y por un tiempo, se dejó destapado el ingreso al pasadizo.

Pisamos las baldosas del suelo del Congreso sin saber cuántas catacumbas se bifurcan como venas huecas a nuestros pies.

Por aquel entonces yo estaba destinada en Protocolo del Senado, quizá el único departamento relevante en la Cámara Alta, y no me enteré de nada. Fue después, al trasladarme de bibliotecaria a la Casa, poco antes de que se extendiera la rodamunda, cuando me abordó el viejo Moncayo, un habitual de la lectura de periódicos antiguos en esta sala, y me avisó de lo que sucedía y de lo que iba a suceder.

—Sin pretenderlo, los obreros destaparon la tumba de una reviniente, uno de esos cuerpos que sirven de puerta a Satanás para entrar físicamente en el mundo —me dijo.

Al principio no le creí, como es normal, lo tomé por un anciano chiflado, pero, poco a poco, empezando por la tragedia de la rodamunda, sus prevenciones y advertencias se fueron cumpliendo y acabé teniendo al viejo Moncayo por un sabio o quién sabe si no por alguien más sagrado o benigno.

Una de las razones por las que necesito que su señoría venga a la biblioteca es porque resulta preciso que el viejo Moncayo y usted se entrevisten. Él mismo así me lo solicitó al morir el diputado Avellana.

—Es perentorio que yo pueda hablar con la diputada Saavedra —me transmitió con suma gravedad—. Ella todavía no lo sabe y yo he tardado más de lo previsto en descubrirlo, pero Satanás la está buscando, aunque no para alimentarse de ella, como hace con los otros desgraciados, sino para tentarla. Oh, sí, para tentarla por nuestro mal... Para bautizarla con sangre... Por ahora, y hasta que no tenga a la diputada frente a mí, no debo añadir nada más. Avísela urgentemente pues corre un gran peligro y por extensión también cuantos la aman, la rodean y la protegen. Toda España, si bien se piensa.

Y yo le estoy avisando, señoría.

Según me ha contado el viejo Moncayo, la grieta que abrieron aquellas obras en la biblioteca, a través de la que se podía acceder al pasadizo y a la cripta, quedó expedita por un tiempo, cubierta sólo por plásticos que se unían unos a otros con cinta de embalar (tal vez a la espera de algún permiso administrativo para la exploración o algo así, y no, no trascendió la causa de solución tan provisional).

Hasta que, una noche indeterminada, un ujier que andaba apagando

luces y curioseando por allí descorrió aquella cortina de plásticos y se topó con una gran perra negra, una alana española, al parecer, con los ojos encendidos, como de fuego, defendiendo el paso con las fauces formando un rectángulo, tan abiertas que a cada alarido casi se le desencajaban, los colmillos afilados igual que navajas de bandolero, las orejas en punta, el pelo de la espalda erizado y expulsando babas solidificadas semejantes a gusanos, si es que no eran propiamente gusanos. La perra ladraba como si fuese la guardiana del acceso al mismísimo infierno.

El ujier huyó.

La perra saltó sobre su espalda y lo derribó.

Una vez inmovilizado, la alana hundió su hocico en la blanda boca sobresaltada del funcionario, le arrancó la lengua de un mordisco y salió disparada a todo correr, perdiéndose en las sombras que al caer el silencio de las horas tardías llenan el pasillo que conduce al Escritorio de la Constitución, llevándose entre los dientes esa lengua amarilleada por la nicotina como si fuera un palomo recién cazado.

Hubo una investigación (¡¿cómo no?!) y se concluyó que aquella sima, que se había dejado provisionalmente franca, sólo servía para que ahí se refugiaran alimañas, terroristas o incluso visitas escolares, como quedaba demostrado; que se podía convertir en pudridero indeseado de diferentes residuos orgánicos, amén de un escondite estupendo para libros robados, malhadadamente situado en la propia biblioteca; que por razones de seguridad y por más obras de remodelación que se tuvieran previstas en el futuro, el sentido común aconsejaba que no quedasen madrigueras permanentemente abiertas en el Palacio del Congreso; y que convenía por tanto cerrar esa brecha a la mayor brevedad posible.

Y así se hizo.

Se cegó la hendidura antes de que yo llegase de bibliotecaria, desde luego, con lo que no puedo indicarle dónde se encuentra esa escotilla al universo de los muertos. En algún rincón de la sala de lectura, supongo. Si fuera cardinal saberlo, se le puede preguntar al viejo Moncayo, seguro que él... En fin, que él... Bueno, ya llegará por usted misma a la conclusión que sea sobre él.

Después de eso, por inverosímil que parezca (tanta investigación inútil...), nadie se preguntó de dónde había salido la perra aquella, cómo había entrado en la Casa sin ser vista, si realmente había desaparecido después del incidente y por dónde.

Sólo recientemente, tras la rodamunda, la letrada Mercedes Martínez ha redactado un *Informe espantoso sobre tábanos, ratas y crímenes en la Casa*, que no conozco porque es secreto, pero donde todo esto debe quedar recogido. ¿Tiene copia, su señoría? ¿Puede conseguirla? ¿Me permitiría leerla? Adelantaríamos...

El caso es que, como ya le habrá llegado, desde bastante antes de las elecciones se están viviendo en la Casa distintos fenómenos tan atroces como inexplicables. Y que la constante en todos esos casos espectrales es que siempre alguien ha visto una perra negra o la sombra de una perra merodeando por donde la naturaleza se contorsiona y se vuelve del revés.

En ocasiones, se trata de sucesos que, pese al miedo que producen,

podrían calificarse como típicas manifestaciones paranormales en un palacio tan antiguo como el del Congreso. Cosas de fantasmas, ya sabe: ruido de pasos en los pasillos desiertos por la noche, televisiones que se encienden solas, retratos que siguen a los transeúntes con la mirada, esculturas que lloran o canciones infantiles que se dejan escuchar sin saberse de dónde vienen. No digo que estas experiencias sean corrientes, no..., pero tampoco molestaría a su señoría por algo así.

Lo que me preocupa de verdad son los otros fenómenos, esos en los que creo que la muerte está jugando un papel.

Que usted sepa, han desaparecido los diputados Francisco Arroyo y Ramón Bayo (sí, señoría, estoy al tanto por el viejo Moncayo de la desaparición de Bayo), también la letrada Martínez, y ha sido asesinado el señor Avellana, pero son muchos más los que se han esfumado sin dejar otro rastro que el rumor de que una perra negra (o su sombra) fue vista un momento antes rondando por la zona, incluido el diputado Kepa Albistur, de cuya evaporación a lo mejor su señoría no tenga noticia por moverse en un ámbito parlamentario muy diferente.

¿Y qué opina de las ratas y las moscas? No me dirá su señoría que la invasión de ratas negras y moscardones que volvemos a padecer, igual que antes de la rodamunda, le parece natural, ¡¡¡porque no lo es!!!

La semana pasada encontramos el ejemplar de la Constitución, firmado por todos sus autores, sobre el que juran los herederos al trono, tan cubierto de moscas verdes que era imposible distinguirlo, que por sí mismo parecía una mosca gigante. Entonces se abrió la vitrina dentro de la cual se exhibe al público, se espantó a la nube de moscardas y la sorpresa fue aún mayor al advertir que el volumen había sido previamente devorado por las ratas negras y que las moscas no habían acudido a la Constitución, sino al montón de excrementos en que la convirtieron las roedoras.

¿¿¿No le parece a usted alegoría suficiente de lo que acontece esa Constitución convertida en defecación de rata cubierta de moscas???

¡¡¡El Congreso de los Diputados se ha convertido en un edificio maldito!!!

Sostiene el viejo Moncayo que todo está causado por la vuelta a la vida (o lo que sea que se parezca a la vida) de la dama del sepulcro de la cripta redonda. Que, abriendo esa catacumba, se abrió una puerta del infierno que bajo esta Casa llevaba siglos cerrada. Y que esa dama reviniente no se detendrá hasta que usted le dé algo que tiene y que ella quiere.

¡¡¡Usted, sí, usted!!!

No me pregunte el qué ni por qué. Y acuda a la biblioteca, se lo ruego.

Se lo ruego...

Según el viejo Moncayo, la tumba sin nombre que físicamente vendrá a estar justo debajo del centro del hemiciclo pertenece a doña Magdalena de Guzmán, segunda marquesa del Valle de Oaxaca. No quiere Moncayo explayarse más acerca de esta dama hasta que usted no hable con él... Lo que tiene que contar, presumiblemente de naturaleza horripilante, prefiere reservárselo hasta que usted esté presente.

No obstante, señoría, yo me he permitido, con toda mi humildad de

bibliotecaria, claro, llevar a cabo una investigación personal acerca de esa señora que supuestamente descansa, o no, unos cuantos metros por debajo de donde el gobierno nacional se discute cada día, y he llegado a tres conclusiones sorprendentes:

Primera, se trata de un personaje muy relevante en la política española, al menos bajo los reinados de Felipe II y Felipe III. El pasmado Felipe IV no tuvo tiempo de encarcelarla por tercera vez.

Segunda, las noticias sobre su vida son dificilísimas de recuperar, hubo quien con autoridad suficiente se esforzó en eliminar el rastro de su paso por la tierra de los vivos. Me consta que la Inquisición ordenó destruir los retratos, bustos y camafeos que la representaban.

Y tercera, pese al extraordinario esfuerzo de los que fuera, alguaciles o frailes, la leyenda negra de la marquesa del Valle ha sobrevivido hasta nosotros y, con técnica poco científica, debo admitirlo, todavía es posible reconstruir algunos de los hechos apocalípticos en que se funda.

La biografía de doña Magdalena de Guzmán valdría lo mismo para una novela histórica que para una romántica, o incluso para una de capa y espada. Es una lástima que el curso de su desgraciada existencia la convirtiera al final en una parábola macabra de los monstruos que produce la política española.

Ah, sí, sí..., eso es la biografía de la dama enterrada sin rostro ni nombre ni cruz bajo el hemiciclo de la Casa: ¡¡¡una parábola macabra sobre cómo produce monstruos la política española!!!

He dado en el clavo, señoría. Se lo tengo que decir al viejo Moncayo: la política española produce monstruos de verdad, de carne y sangre.

Pierdo el hilo, no se distraiga, por favor, que ya sigo.

No sabemos en qué año nació Magdalena ni dónde. Me permito conjeturar que sería en torno a 1546, como su gran amiga de juventud, Isabel de Valois. Y para lo de nacer, propongo Sevilla, que es donde su madre tenía fijada su residencia en aquel entonces en que su padre era oidor de la Audiencia y Cancillería de Granada.

La imagino físicamente muy parecida a su señoría, quizá porque el viejo Moncayo insiste tanto en revelarle a usted, y sólo a usted, algún secreto concerniente a la dama, o quizá porque las dos son sevillanas, no sé... Pero, dado que no nos ha llegado ningún retrato de la marquesa, yo la quiero ver espigada y huesuda, con una nariz más notoria que prominente, la melena suelta, lacia, del amarillo de las hojas de chopo en otoño..., y los ojillos del color del corazón de las margaritas, llenos de luz, siempre con una chispa de electricidad, o sea gemela de su señoría. Sevillana de actitud vital, o al menos como las turolenses suponemos que son las sevillanas.

Magdalena entró en la corte para ser dama de la reina niña Isabel de Valois y crecieron juntas, siendo las mejores amigas desde los trece años.

Compartía habitación con la pintora Sofonisba Anguissola, su camarada incondicional de travesuras y coqueterías.

Al ojo cazador de Felipe II no se le escaparon ni la belleza ni la gracia sevillana de Magdalena, pero ella se enamoró de don Fadrique Álvarez de Toledo, el apuesto primogénito del duque de Alba, a sabiendas de que estaba casado.

Y fue correspondida.

He tenido la fortuna de leer las cartas de Fadrique a Magdalena, recuperadas hace poco en el antiguo archivo de los marqueses de Villafranca, y puedo darle fe de que no las han escrito más encendidas ni más delicadas ni más comprometidas ni más sensuales cuantos amantes enloquecidos trajeron después los siglos.

En una de esas cartas le hace el siguiente juramento: «Y tened entendido que antes se mudará el cielo y el infierno que yo me mude de lo que os tengo prometido».

Entonces el rey, colérico por los celos, ciego de pasión por la joven dama, reaccionó de forma bárbara y confinó a Magdalena en un convento de por vida y a Fadrique, desposeído de su título de gentilhombre del rey, lo envió a la guerra de Flandes.

Imagine, su señoría, el dolor que puede llegar a traspasar el corazón de una muchacha enamorada a la que el hombre que la debería amparar, su propio rey, la separa eternamente del muchacho por el que ella muere de amor. Si ese rey malvado se presenta ante el planeta como el brazo armado de Dios, como el salvador de la cristiandad, ¿a quién podría acudir la muchacha para implorar amparo y desquite? Exacto, ¡¡¡al máximo enemigo de Dios y de Felipe II, a Satanás!!!

Algunos años más tarde, ese mismo rey, ¿arrepentido?, casó a Magdalena con otro medio proscrito, Martín Cortés, hijo del conquistador Hernán Cortés, marqués del Valle de Oaxaca y uno de los hombres más ricos de España.

¡¡¡Incluso, como si se tratase de alguien de su familia, el propio Felipe II puso cincuenta y cinco mil ducados para la dote de la novia!!!

Señoría, pregunto: ¿qué tipo de afecto unió al rey Felipe II con Magdalena de Guzmán que llevó al monarca a querer enterrarla en vida cuando supo de su noviazgo con el hijo del duque de Alba y, más tarde, a colmarla de riqueza casándola con un personaje ruinoso en lo humano, aunque varias veces millonario en lo material? No sé qué pensará usted, pero para mí sólo hay un sentimiento que conduce a tales desvaríos, se llama locura de amor.

Vinieron entonces los tiempos de esplendor de la marquesa del Valle, convertida en una de las damas principales de Madrid. Años de seducción y opulencia.

Y de amor por el arte. Su colección de obras fue espléndida y no le faltaron originales de Rafael, Tiziano o Mantegna.

Particularmente famosa se hizo la fuente de alabastro, enviada por el duque de Florencia, situada en el centro de sus jardines y que representaba a Caín descalabrando a Abel.

Cuando se quedó viuda, instaló su palacio en la Carrera de San Jerónimo, frente al del duque de Lerma, un extraordinario edificio escurialense de tres plantas, con patio de columnas y bellísimos jardines a la italiana mirando al norte, tan extensos que dieron nombre a la calle que los rodeaba, entonces calle Jardines, luego del Turco y ahora Marqués de Cubas.

En este periodo de esplendor, hermosura física, prodigalidad, majeza y devaneos con el demonio fue cuando la marquesa del Valle fundó, pegado a su palacio, el convento de clérigos regulares menores del Espíritu Santo sobre el que hoy se asienta el Congreso de los Diputados. ¿Pretendía compensar así sus muchos pecados? ¿Poner una vela a Dios

y otra al diablo, una al poder y otra a la política? Lo ignoro.

Y ahí, es decir, aquí, en los sótanos compartidos por el palacio y el convento, justo debajo de donde ahora yo estoy sentada, fue donde, según se cuenta, sus tratos con Satanás la llevaron a celebrar misas negras y a hacerse servir sangre de menstruación de mujeres vírgenes en vez de vino al comer. Si es verdad lo que todavía se musita en algunos círculos esotéricos de Madrid de que su extraordinaria belleza se debía a sus baños de sangre femenina en una tina de mármol negro (decapitaba a las elegidas, las colgaba boca abajo sin cabeza y recogía su sangre en jofainas; era precisa toda la sangre de diez mozas para cada baño y no se desperdiciaba ni una gota); de que aplastaba entre dos enormes piedras planas los cuerpos de sus doncellas para fabricarse jabones rejuvenecedores con las pomadas que se escurrían al quedar las chicas convertidas en una fina lámina de huesos y carnes molidas; de que se casó con Satanás..., yo no lo sé. Como todas las leyendas, también esta tendrá su parte de realidad y su parte de superstición.

No juzgo, señoría, me conformo con ponerle al corriente de las cosas inexplicables que acontecen en la Casa desde la rodamunda y de quién he acabado por aceptar que puede ser la culpable de todo.

Y usted debe saber a quién se enfrenta. Ah, sí, ¡¡¡debe saber con qué rostro se le va a presentar Satanás!!!

Curiosamente, también por entonces, recompró la casa de sus padres en Sevilla.

Y comenzó su vida número dos.

Alcanzó el trono Felipe III y la marquesa del Valle de inmediato fue nombrada dueña de honor de Margarita de Austria, la nueva reina. Convertida nada menos que en la tercera en jerarquía entre las mujeres que rodeaban al monarca novel. Su posición era tan sólida que el joven rey y su valido, el duque de Lerma, asistieron a la entrada en Madrid de la reina quinceañera y su séquito escondidos tras una ventana del salón de la casa de la Carrera de San Jerónimo de Magdalena de Guzmán.

Pronto cualquiera que pretendiese algún favor en la corte contaría con dos ventanillas alternativas para solicitarlo y pagar el peaje correspondiente: la de la camarilla del duque de Lerma, valido del rey, y la de las damas de la marquesa del Valle, una especie de hermana mayor de la reina. No obstante, todo apunta a que entre ambos, el duque y la marquesa, pese a su aparente enemistad, se daba cierto contubernio, que trabajaban juntos. Muchos años después, cuando el duque se compre el capelo de cardenal para evitar ser ejecutado por corrupción, ella aún se definirá en sus cartas a él como su «amiga de carne y sangre».

Y se dejaba calentar la cama, ¡¡¡Dios mío, qué mujer con apetitos de varón!!!, precisamente por el ayudante del de Lerma, por don Rodrigo Calderón, un semental valiente, orgulloso y formal, un moloso de guerra, medio flamenco y medio español, al que un día se condenaría a muerte por el envenenamiento de la reina Margarita.

Tenía Rodrigo treinta años menos, pero como a ella la edad no se le notaba si no quería...

Sin embargo, el 4 de octubre de 1603, estando la corte en Valladolid, aquel fulgor se apagó de forma totalmente inesperada. La marquesa del Valle fue detenida y sometida a juicio por conspiradora. No se tuvo

piedad con ella pese a que estaba enferma de fiebres tercianas.

Junto a Magdalena se apresó a otras damas de su séquito, en particular a su sobrina y secretaria, Ana de Mendoza, que ni bajo tortura traicionó a la marquesa y que la acompañó hasta su último día, incluso en las penitenciarías por las que pasó.

Sus contemporáneos coinciden en calificar su segunda caída política de «misteriosa», y en verdad lo fue, pues, incluso hoy en día, ningún historiador es capaz de explicar qué la causó. El propio Quevedo en sus *Grandes anales de quince días* no duda en calificar las prisiones de Magdalena de Guzmán de «más misteriosas que justificadas» y a la propia Magdalena de valiente, «canonizada a fuerza de enemigos».

Pero se equivoca el poeta, ¡¡¡la marquesa del Valle no fue canonizada, sino endemoniada a fuerza de enemigos!!!!

Señoría, bien podría terminar aquí esta biografía añadiendo que Magdalena de Guzmán, tras ser indultada por segunda vez y por segunda vez repuesta en su honor, pasó el resto de su vida en su palacio de la Carrera de San Jerónimo, saciando su sed de sangre con las muchachas anónimas con las que el campo proveía diariamente a la capital del imperio, y su apetito sexual con el primitivo Rodrigo Calderón, como una perra con su perro, y alternando el culto al demonio en su casa con el culto a Dios en su convento de clérigos menores, ya que había unido ambos edificios con una pasarela por encima de la calle de Fernanflor. Pero no ocurrió así.

A Magdalena de Guzmán aún le quedaba una vida número tres por emprender.

Fueran cuales fueran sus artes, a la que había sido dama de la reina con Felipe II y dueña de honor de la reina y aya de las infantas con Felipe III todavía le quedaba ser elevada a camarera mayor de la reina con Felipe IV y el conde-duque de Olivares de nuevo valido. Mientras su amigo/enemigo, el duque de Lerma, era perseguido y su amante ocasional, Rodrigo Calderón, era condenado a muerte, a ella la política le sonrió de nuevo y la devolvió al poder.

¿Cómo lo logró? Imposible imaginarlo sin la influencia de algún sacrificio al maligno, pero el hecho cierto es que por tres veces bajo tres reyes distintos y con tres privados diferentes, Alba, Lerma y Olivares, esta mujer sola y sin otra ayuda que la de su inteligencia y su carisma ascendió de la nada al todo, renació de sus cenizas políticas incluso tras ser procesada en dos ocasiones y encarcelada por un total de casi veinte años. Jamás se rindió. Le dio igual lo que se rumorease de ella y de su buena o mala fortuna. ¡¡¡Se pasó el mundo por debajo de su falda!!!

Perdón, señoría, me he venido arriba...

Magdalena de Guzmán se impuso a los hombres luchando en un universo de hombres con reglas de hombres. Por eso no es descabellado concluir que fue Satanás el único que estuvo de su parte.

La fecha de su muerte es otro enigma histórico.

Según los académicos, falleció en el real alcázar el 18 de octubre de 1621, justo tres días antes de que su Rodrigo Calderón fuera ejecutado en la plaza Mayor. Se habría ahorrado, pues, ese espectáculo, supongo que a sabiendas. Sin embargo, un conocido caballero de entonces escribió a sus amigos que antes del 14 de ese mismo mes había visto

sacarla muerta con gran pompa del palacio de los reyes, y que había pensado: «Se cumplió lo que dijo esta señora cuando se procedía contra ella, que vería caer y acabarse a sus enemigos, y que ella sería la última de su generación en abandonar el palacio».

Y para el archivo de la parroquia de San Sebastián otorgó testamento el 23 y se extinguió el 24, tres días después del degüello público de Rodrigo. Este certificado de defunción dice ¡por dos veces! que murió, insiste como si cupiera alguna duda... Y ciertamente, tras tanta vacilación, a una le queda la duda de si realmente murió.

Que ya sé que no..., que ya sé que no murió.

Pero fue enterrada en una cripta en el centro de la primitiva iglesia de su convento de clérigos menores del Espíritu Santo, esto es, justo debajo del centro del hemiciclo del actual Congreso de los Diputados.

No consta que nadie le clavase una estaca en el corazón o le cortase la cabeza, lo que habría sido muy útil, la verdad.

Después, este convento se incendió en extrañas circunstancias en 1823 y el actual Congreso se construyó exactamente sobre su solar, reutilizando los viejos fundamentos del edificio precedente como se solía hacer en el XIX para abaratar las obras, o sea, sin rehacer el hoyo. No se practicó una nueva cimentación ni se vaciaron las sepulturas, catacumbas y criptas que el convento guardaba bajo su tierra.

Así que aquí está la dama, aquí, justo aquí, bajo nuestros pies. Ella y los cientos de víctimas a las que desangró... Todas ahí abajo... ¡Cómo no va a estar maldita esta Casa!

Sí, señoría, como dice el viejo Moncayo: «La política española sucede sobre un cementerio y sobre la tumba de la marquesa del Valle en particular».

Como imaginará, doña Marga, este correo me dirige a una sola conclusión: LA TUMBA SIN ROSTRO, SIN NOMBRE, SIN CRUZ, DESCUBIERTA EN UNA CRIPTA BAJO EL CONGRESO, PERTENECE A MAGDALENA DE GUZMÁN, ¡¡¡NUESTRA REVINIENTE DEL SIGLO XVII!!!

Ella es la sombra. Ella es la perra...

Por cierto, debe usted saber que el viernes antes de las elecciones el diputado Arroyo estuvo en la biblioteca indagando sobre los sótanos de la Casa, que buscaba un pasadizo secreto para bajar a la cripta redonda. Quizá vino a eso el domingo en que desapareció...

MACARENA COLOMER RUIZ
Directora de la biblioteca del Congreso de los Diputados

TREINTA Y CUATRO

Martes

La noche negra, de palo de Campeche, de madera que sangra, de vestido de corte a la española, trae caballos de capa negra y alguaciles de capa negra, estos últimos embozados bajo el chambergo para que la blancura de sus rostros no los delate. Hasta las empuñaduras de las espadas se dirían negras y, si no lo fueran, al menos negros son los guantes de cuero de mano izquierda que cubren sus pomos, guardamanos, gavilanes de parada y cazoletas, y que retienen el hierro en las vainas. Las herraduras de los caballos hacen saltar chispas cuando golpean contra el empedrado del patio, y esas chispas, como relámpagos que iluminan por un segundo a los jinetes negros y a sus cabalgaduras negras, transmiten la sensación de que a los alguaciles los acompaña la tormenta.

Desmonta el que podría ser el sargento del grupo y sin soltar las riendas del caballo negro le entrega una nota al que sostiene el farol de mano entre los monteros de Espinosa que hacen guardia a la puerta de la casa de la reina.

El eco de sus voces masculinas, la fría tensión de los mosquetes cargados, el resoplido inquieto de los corceles de guerra, el castañeo del manojo de llaves de cerrojo colgadas al cinto del cabo de la guardia, cierta peste en la que no se distingue el hedor de culo equino del humano, la certeza de que algo inesperado y cruel va a suceder, se perciben desde la alcoba, y Marga se incorpora en la cama.

La señora de estas habitaciones es la reina Margarita de Austria, pero Marga no sabe cómo lo sabe.

—Es la tropa amarilla del rey, pero vestida de negro... —musita una mujer joven sentada en uno de los bancos de piedra de la ventana, asomada al patio. Sólo lleva un camisón encima, el pelo suelto y abraza sus rodillas. El manso crepitar de las brasas que quedan en la chimenea le dibuja un perfil rojo.

—No pueden entrar en las estancias de la reina, no pueden... Aunque vinieran a prender a alguien con la oscuridad, va contra los usos de la monarquía que la cosa se haga con tal falta de discreción. —Marga se sorprende a sí misma diciendo esta frase, al tiempo que por la colcha abierta concluye que la joven de la ventana duerme en su misma cama.

Se gira y, pegada al lecho por el lado donde debe dormir la muchacha que se ha levantado para mirar por la ventana, descubre una camita y ahí, dormida, una niña de unos dos años. Un poco más allá, en un ángulo oscuro de la estancia, también distingue una cuna, pero debe de estar vacía, pues queda apartada. Y la misma voz interior que antes le reveló el nombre de la dueña de esta ala del palacio de Valladolid le musita ahora:

—En la cama pequeña duerme la infanta Ana María Mauricia y está a tu cuidado. La cuna arrinconada perteneció a la infanta María, sabes perfectamente entre qué fauces murió y quién guarda el secreto.

Suenan fuertes pisadas subiendo la escalera de piedra, pisadas de botas negras. No un par ni tres, sino más de diez. Y también se oye llorar a unas cuantas mujeres que acompañan a los ogros. Y latines, sí, canturreos en latín. Al llegar a la puerta de la cámara en que Marga se ha levantado intranquila del lecho —está de pie, hierática, descalza, el cabello bajándole como un velo por la espalda, con las palmas de las manos cubriéndose la cicatriz del vientre—, se detienen los pasos, los lloros y los latines. No es que duden; aguardan, se preparan... La joven de la ventana aprovecha esa décima de segundo de silencio para saltar impulsada por su instinto y asegurar la puerta con una tranca. Ese golpe se nota afuera. Entonces, al comprender los invasores que no entrarán en la alcoba hasta que se traiga un ariete, una mano negra como garra de oso de las cavernas, enguantada, sí, con los dedos abiertos, también, empieza a golpear fuertemente la hoja mudéjar de la puerta igual que si la abofeteara.

¡Blam! ¡Blam! Blam! Vibran los goznes de la puerta.

—¡Abrid en nombre del rey!

La infanta Ana María Mauricia se despierta con los porrazos y comienza a berrear. No tiene consuelo posible.

—¿A quién buscáis? Aquí no hay más personas de relevancia que la infanta y su aya, la marquesa —responde la chica de la ventana alzando la voz—. Y habéis despertado a la infanta. La habéis asustado...

—¡Abrid! ¡Abrid en nombre del rey!

¡Blam! ¡Blam! ¡Blam! La puerta trepida toda.

—Tía, ¿qué respondo?

—Di que estoy enferma de fiebres tercianas. —A Marga le choca saber que esa chica la llama tía porque es su sobrina, y de nuevo la respuesta le ha salido como si otra persona hablase desde dentro de ella. ¿Qué le está pasando? ¿Dónde está? ¿A quién pertenece esa voz interior que le cuenta todo?

—¡Mi tía padece fiebres tercianas! Marchaos... Mañana se hablará de esto con el duque de Lerma y seguro que vendrán ahorcamientos y quebranto de huesos.

—No hay nada que hablar con el duque, la orden del rey viene directamente de su majestad la reina Margarita. Liberad a la infanta doña Ana María Mauricia y daos presas... ¡Asesinas! ¡Abrid la puerta en nombre del rey!

¡Blam! ¡Blam! ¡Blam! La puerta da la impresión de ir a quebrarse por la mitad.

—Ana —¿cómo le viene a Marga que su sobrina se llame Ana?—, no hay nada que hacer... La reina sabe quién soy en realidad. Levanta la tranca y preparémonos para una batalla que no se va a librar aquí, sino en la frontera entre el cielo y el infierno. Abre ya, devolvamos a la niña... Esperaremos a otra niña... Habrá más... Te juro que el futuro nos traerá otra niña recién nacida para que copule con mi señor.

En cuanto Ana desatranca la puerta, irrumpe en la estancia un tropel de figuras negras que se empujan unas a otras y una corriente de aire picado que hiede a calzones de enfermo, entrañas de vaca, queso enmohecido, saburra de días, sardinas de barril... A la cabeza de esta tropa negra, como si fuesen los colmillos móviles de una gigante serpiente negra, ingresa una pareja de frailes de hábitos negros mostrando un crucifijo en el que al Cristo barroco de marfil blanco sobre cruz negra, doliente, torturado..., se le ve más como el condenado a muerte que fue que como el redentor que se pretende que sea.

Las plañideras se abalanzan sobre la camita y sacan en volandas a la infanta Ana María Mauricia. Un ama de leche, generosa de carnes, se abre la toca negra y aprieta a la niña contra el pezón granate de un pecho muy moreno, acharolado. La infanta, que ya tiene dientes, muerde ese pezón y deja de hipar.

Los alguaciles embozados desgarran el camisón de Ana y le ordenan que se vista sin apartar la mirada fiera de su desnudez indefensa.

A Marga la acorralan contra la chimenea los frailes negros. Y le espetan:

—Sabemos que sois la esposa de Satanás...

Y entonces es cuando Marga se despierta súbitamente.

Mira el reloj y son las dos y diez de la mañana.

Da un sorbo a la botella de agua con gas que tiene a los pies de la mesita de noche. Se recoge el pelo como si se hiciera una coleta, pero no se la sujeta con una goma. Es su forma de decirse: Marga, tranquila.

—Marga, tranquila. Ya se acabó...

El lunes entero lo pasó en casa de Reyes y Laurita descansando, recuperándose, viendo la televisión. Los chicos fueron al despacho y la

tuvieron al corriente de todo. Estuvo atenta a los guasaps que pudieran llegarle de Moncho; no hubo ninguno. Sin embargo, sí leyó el correo electrónico de la directora de la biblioteca en su teléfono móvil y eso incrementó su ansiedad, su absoluta desesperación, hasta cerca del infinito. Y al final, angustiada, aterrorizada, como no se producían nuevas noticias, como el mundo político parecía haberse olvidado de ella, hizo acopio de valor y decidió volver a dormir a su apartamento por si al salmantino se le ocurría regresar, que no se encontrase con una casa vacía. Y en esto es en lo que se equivocó, según comprende ahora. En el apartamento la estaban esperando los malos sueños, pero Moncho no.

Respira hondo. El sueño ha sido muy verosímil, tanto que se ha presentado con la calidad de un recuerdo, pero de un recuerdo ajeno... ¿De quién? Ah, claro, otra vez le viene al pensamiento ese correo que recibió ayer de Macarena Colomer y que tanto la impresionó... Ya sabe a quién pertenece ese recuerdo que ha hecho tan suyo que le ha brotado con naturalidad de su propio inconsciente.

Sí, a la esposa de Satanás.

No puede evitar la sensación de que algo se le ha metido dentro, de que otro ser está creciendo en su interior y que intenta hablarle. Quizá esa sea la voz que escuchaba... Tampoco es capaz de eludir la impresión de que no está sola en el apartamento, de que una noche más alguien se ha sentado en su cama mientras protagonizaba este sueño tan realista.

De nuevo la noche se le pasa casi en blanco, incorporada en la cama, con la espalda apoyada contra la pared, la almohada sobre los muslos, la luz eléctrica encendida y los ojos entreabiertos, dormidos, pero no del todo.

TREINTA Y CINCO

Después del amanecer todo ocurre blandamente, como si a Marga la rodease una neblina, como si una neblina la siguiera tal que la cola del traje a la novia y como si esa neblina le velase la vista. Sólo ha pasado una semana desde las elecciones, una semana intensa de agitación y miedo, pero la abruma como si fueran cuatrocientos años. El cansancio le pesa en brazos y piernas, el entumecimiento de todos los músculos del rostro le dibuja una expresión de espanto, y el paladar, por más que se lave los dientes, le sabe a clavo oxidado, yogur y mocos. Desde que en la universidad pasara sus últimas noches de juerga como estudiante de doctorado, no había vuelto a tener esta sensación de despertarse con el estómago convertido en un albañal.

Está incómoda en su cuerpo.

Se viste para que no le moleste la ropa, necesita que no le aprieten hechuras ni pretinas ni gomas. Elige un vestido largo, casi hasta los pies, sin cintura, con mangas cortas y afaroladas, rojo oscuro, estampado con florecitas blancas y rosas, abotonado de arriba abajo. Se acuerda de que este vestido no le gusta nada a Ramón, lo llama «la sotana del cardenal».

—¿Otra vez la sotana, Palillo? —se burla siempre—. ¿En qué mercadillo te han vendido las gitanas esa sotana? ¿Quieres que no tenga por donde meterte mano? Pareces una danesa loca...

Y en verdad lo parece. Con su delgadez, su estatura, su pelo largo y liso, su piel blanca..., cuando se viste con esas faldas, interminables y flojas, y esas camisas, amplias y sueltas, con las que se siente tan ella misma, semeja una turista escandinava de compras en el Rastro. A Moncho le maravilla que su amor sea tan diferente a cualquier otra mujer con que pueda cruzarse en Salamanca. Su novia es una extraterrestre para él.

Unas horas más tarde, Marga está conversando con Lola en su despacho del Congreso. Sobre la mesa redonda, los dos cafés de Starbucks que han servido a la periodista de salvoconducto para colarse a charlar con la diputada.

Su señoría tiene mucho calor. Suda. Nota cómo se le humedecen las axilas y la cara interior de los muslos. Confiada en la amplitud de la falda de su vestido sotana, abre las piernas. ¿No han encendido hoy el aire acondicionado? Se abanica con el cuaderno azul de la agencia EFE de Lola.

Le sorprende que con el bochorno Lola no se quite la cazadora vaquera que lleva sobre una camiseta blanca muy escotada. ¿Es que ella no se sofoca? ¿No nota el calor?

—Lo tuyo se llama complejo de impostora —le está explicando la periodista extendiendo las palmas de sus manos como si le mostrase un libro abierto.

—¿A qué te refieres?

—A que cada vez que consigues un éxito piensas que no te lo mereces, que lo has logrado por suerte. Siempre por suerte, tía, nunca por tus méritos... Y por eso no peleas si luego te quitan el premio, como ha hecho la Mendoza con la portavocía parlamentaria. ¡Y encima te ha dado la patada al culo por guasap, tía! Ni siquiera ha tenido ovarios para decírtelo a la puta cara. Y tú, hostias, no peleas... ¿Cómo vas a pelear por aquello que crees no te has ganado y no te pertenece?

—Es verdad, nunca peleo... ¿Insinúas que tengo la autoestima demasiado baja?

—¿Autoestima? Esto no tiene nada que ver con la autoestima, tía... Tampoco con la timidez. Simplemente, no te crees lo buena que eres y lo buena que estás.

—Lolita, por favor...

—Es la verdad, Marga. —Los ojos azules de Lola se encienden por dentro como si fueran pilotos de un aparato eléctrico y la miran con una autoridad de muñeca antigua hasta ahora inédita en ella—. No hay más que observarte interactuar en los eventos de tu partido...

—Qué calor hace aquí, ¿no?

—Mira, Palillo —¿ha dicho «Palillo»?, así la llama Moncho—, en los círculos que se forman antes de empezar cualquier reunión, en los prolegómenos, que se dice, te sueles quedar descolgada: o navegas a la deriva por la sala en busca de alguien que te salude, o te acoplas a la conversación de un grupo ya formado fingiendo entonces que escuchas alto y claro lo que dicen y que te hacen gracia todos los comentarios. Queda fatal..., que lo sepas. Da la impresión de que no sabes qué añadir, de que no tienes nada ingenioso que aportar, de que no se te ocurren chistes rápidos... Te quedas ahí plantada igual que un pasmarote. Luego, cuando la reunión ya va a comenzar, te buscas un asiento discreto donde no se te vea demasiado y, si por razón de tu cargo te corresponde sentarte en la presidencia o en la primera fila, hostias..., aguardas a que te inviten a ocupar tu sitio. No defiendes tu puesto y tampoco te cuelas en el puesto de otros. Asientes con la cabeza a cualquier soplapollez que digan tus jefes, aunque sepas que se trata de una soplapollez absoluta, y aplaudes..., vaya si aplaudes..., la que más, tía, para que se repare, así, en general —Lola dibuja con las manos muertas dos redondeles en el aire—, que estás aplaudiendo.

Ah, eso sí, y nunca sales de las reuniones sin estar segura de que te has despedido de cada perrito y cada gatito... Tía, siempre estás acojonada de que alguien te pregunte: oye..., ¿tú qué haces aquí? No me explico cómo has llegado tan alto con tan pocas habilidades sociales. Eres tan ingenua, o tan vergonzosa, no sé..., que imaginas que existe una justicia invisible que coloca a cada uno en su lugar y que puedes confiar en que esa justicia invisible te pondrá a ti en el tuyo. Y no es verdad, Marga, si tú no sacas los colmillos por ti nadie lo va a hacer...

—Lola, me estoy agobiando... Y todo eso ¿tú cómo lo sabes?

—Porque me fijo en ti, Marga.

—¿Y por qué te fijas en mí?

—Porque te he elegido... —Marga no sabe qué responder a eso, a Lola le brillan las pecas como si fueran pecas de muchacho ruborizado —. Déjame que siga..., te produce desazón incluso que alguien te muestre su admiración en privado, como yo ahora confesándote que me fijo en ti. Eres una impostora de manual, tía.

—Traduce eso a un lenguaje que yo comprenda.

—Que necesitas que te quieran, pero no sientes que merezcas ser querida.

—Ninguno merecemos en realidad tanto amor como esperamos recibir, ¿no? Si no, el amor dejaría de ser un regalo. —Pese a su respuesta evasiva, a Marga le ha venido al pensamiento un secreto monstruoso que jamás ha revelado a nadie y que toda su vida ha limitado sus relaciones interpersonales como si ocultara una enfermedad dermatológica repulsiva y contagiosa: se tragó el dedo de un juez al que llamaba papá antes de destriparlo. ¿Cómo se disimula semejante pecado?

Si Lola supiera que ella mató a su propio padre, ¿se fijaría lo mismo, la seguiría eligiendo? ¿Y Moncho la querría igual? Moncho... ¿Cómo no está angustiada por Moncho ahora mismo? Después de lo que ha leído en el *Informe espantoso* y en el correo de la bibliotecaria debería sentir más inquietud por él, pero Lola la calma, la entretiene, la fascina... Le quita a Moncho de la cabeza.

—Te equivocas —insiste Lola sonriendo con coquetería—, algunos sí merecemos amor y lo reclamamos... Yo, por ejemplo, me dejo querer antes de devorar a mis presas. Te lo digo en serio.

—¿Complejo de mantis religiosa? —También sonríe Marga ahora.

—Ni hablar..., complejo de periodista acreditada en el Congreso.

Se ríen a carcajadas las dos amigas.

—Oye, es la hora de la misteriosa rueda de prensa que ha convocado el imán —dice Lola—, si enciendes la tele, me quedo a verla contigo.

—Vale, pongo Antena 3 y te quedas... No entiendo cómo no te

ahogas con esta temperatura... ¡Reyes!

—Dime, jefa. —Entra Reyes tan rápidamente que cualquiera pensaría que estaba escuchando detrás de la puerta.

—¿No hace mucho calor?

—No, jefa, se está bien...

—Pues yo me estoy mareando.

En la televisión del despacho aparece el imán Haidar al Isbani acompañado por una portavoz de Podemos que luce un imperdible cogido en una ceja, dos crucifijos colgados en sendas orejas, una anilla en el labio inferior y los laterales de la cabeza afeitados. El imán se ha vestido pulcramente, tal y como si fuera un líder supremo de la República Islámica de Irán, seguramente queriendo trasladar una imagen institucional. O, más bien, la imagen de la nueva institucionalidad.

La de Podemos, a medio camino entre un escaparate de papelería y el último mohicano, abre la comparecencia diciendo:

—Compañeros periodistos, compañeras periodistas, compañeres periodistes, matriotes todes, a continuación, nuestro socio en el Pacto del Arcoíris dará a conocer una breve declaración para anunciarlos, anunciarlas, anunciarles que hemos logrado un acuerdo para formar una mayoría revolucionaria para los españolos, las españolas y les españoles, un Gobierno para nuestra matria ibérica y confederal. Tiene su santidad la palabra...

La anatomía del anciano imán de barba de chivo se tambalea al escuchar lo de «su santidad», pero opta por limitarse a recitar con voz monótona y solemne, como dictando una fetua, la nota que tiene delante, dándose por no aludido.

—Ostras... —Marga se queda de piedra ante la noticia de que habrá un Gobierno revolucionario, obviamente no lo esperaba.

—Hostias... —Lola le hace un eco amplificado, otra a la que han pillado por sorpresa.

Reyes sigue ahí, apoyado en el marco de la puerta, con la vista pegada a la televisión. Laura entra también en el despacho y se sitúa discretamente al fondo, al lado de la bandera de España, con los brazos cruzados y la espalda contra la pared. Reyes y Laurita han escogido hoy un niqui naranja, tan del color corporativo del partido que Marga, al llegar esta mañana, se ha preguntado si esos niquis se repartieron en la campaña electoral y, en ese caso, por qué ella no tiene uno.

—Buenos días, España —lee el imán—. Los abajo firmantes, conscientes de que forma parte del Estado español la superestructura fascista que durante más de dos milenios ha perseguido y aniquilado a las distintas sensibilidades nacionales, religiosas, raciales, de clase social, de género, de opción sexual, de modelo familiar e ideológicas,

entre otras muchísimas, incluyendo los derechos de los animales que habitan en la península ibérica y de las hembras animales en particular, hemos decidido unirnos para impulsar un Gobierno de progreso que ponga en marcha la revolución de los españolos, las españolas y les españoles, los animales peninsulares también, las hembras en particular, y que transforme el Estado en una nueva máquina islamista, descristianizadora, independentista, antipatriarcado humano y animal, antiespecista, ecologista, anticapitalista, bolivariana, LGTBI+Q, indigenista, antidesahucios, okupa, impulsora de una Europa de la gente y, sobre todo, antifascista. Y anunciamos los siguientes acuerdos:

»Uno, la hasta ahora llamada Reconquista se explicará en los colegios como un genocidio de musulmanes, se calculará el número de víctimas que se produjeron y una Ley de Memoria del Genocidio Musulmán convertirá en mezquitas todas las catedrales como acto de reparación. El rey pedirá perdón de rodillas.

»Dos, se creará una comisión que estudie la cantidad expoliada por el Estado español en América (excepto en Estados Unidos) y se pagará inmediatamente ese montante en concepto de reposición de capital robado. El rey pedirá perdón de rodillas.

»Tres, tras pedir estos dos perdones de rodillas, por el genocidio musulmán y por el expolio indígena, el rey se marchará al exilio llevándose sólo lo que le quepa en dos maletas, que podrá facturar, y una bolsa de mano. El Congreso redactará una nueva Constitución.

»Cuatro, todas las comunidades autónomas tendrán derecho de autodeterminación. También Ceuta, Melilla, Madrid, Cartagena, Alicante, Almería, León, Teruel, La Línea de la Concepción y Burriana. El valle de Arán estará a lo que determine una ley del Parlament de Cataluña y el condado de Treviño a lo que diga el Parlamento vasco.

»Cinco, la hasta ahora llamada RAE, rebautizada como RATA, Republicana Academia de la Translengua Antifa, publicará en el BOE (o gaceta oficial que lo sustituya) una gramática de lenguaje inclusivo que imponga tres géneros, considerando no normativos y prohibiendo los neutros heteropatriarcales en castellano.

»Seis, el Tribunal Supremo ordenará que se acepten e investiguen todas las querellas presentadas contra quienes se hicieron verdaderamente ricos durante la cuarentena de la peste, también llamada Gran Catarro o peste del rodamundo, o con la venta de material a la sanidad pública mientras duró la pandemia. Se expropiarán hospitales y clínicas privadas.

»Siete, ser propietario de dos inmuebles se considerará delito contra la gente y se penará con prisión. Tener habitaciones desocupadas en casa será falta administrativa castigada con trabajos en favor de la comunidad. Los okupas pasarán a ser funcionarios del

Ministerio de Vivienda.

»Ocho, se concederá el indulto a los prisioneros islamistas encarcelados sólo por ser consecuentes con su fe. Se les indemnizará como a presos de conciencia.

»Nueve, el presidento, o presidenta, o presidente del Gobierno revolucionario será del PSOE, el presidente del Congreso será el imán Haidar al Isbani del movimiento Dime España y el presidento, o presidenta, o presidente del Senado será un ser humano de Podemos, sorteándose este puesto entre los miembros del Consejo Ciudadano de esa organización por turnos de quince días.

»Diez, en cuanto a los ministerios, habrá ministros, ministras y ministres de ERC, PNV, Junts, Batasuna...

—¡El rey al exilio y ministros de Batasuna! —A la vez que todo el aire de sus pulmones, a Lola se le escapa el titular con el que abrirá su teletipo urgente, por delante incluso de la noticia: «Habrá Gobierno de izquierdas». Coge el teléfono para redactar un tuit.

—Es una locura... ¿Cómo pueden tragar eso los socialistas? —pregunta Reyes desde atrás.

—Porque creen que todo es palabrería que no significa nada y que en cuanto tengan la presidencia del Gobierno harán lo que les salga de los huevos como siempre han hecho. No piensan cumplir una línea de todo eso, tío. Imagina qué dirían en Bruselas... En el fondo, la política española va sólo de quién preside el Gobierno porque el poder hoy está tan concentrado en la Moncloa como antes con Franco en El Pardo..., el resto de lo que se declara es sólo literatura mala —responde Lola sin levantar la cabeza de su reacción cañera para Twitter, a la que le está contando los caracteres.

Aunque a Marga le sorprende lo misteriosa que se ha puesto Lola desde la tarde noche del asesinato de Melchor Avellana y sus frases oscuras, de vez en cuando, como ahora, el influjo que sea que esté transfigurando a la periodista permite que trasluzca la joven idealista que siempre fue.

—Acaba de entrarme una alerta de Onda Cero —comenta Reyes, ensimismado también en su móvil— con que el Cuervo convocará a sus seguidores para que acudan con antorchas a rodear el Congreso esta misma noche. Les pide que eviten un Gobierno musulmán y salven España.

—¿Rodear el Congreso con antorchas como los nazis? —reacciona Lola indignada—. Eso es un golpe de Estado...

En ese momento, de repente, con brusquedad, Marga se levanta de un salto y corre hacia el cuarto de baño que hay enfrente de su despacho. No cierra la puerta. Se oyen arcadas, algunas ciertamente violentas, y después, un vómito escaso, entre estéril y hueco.

—Jefa tenía cara de muy mareada desde que llegó esta mañana.

Estaba muy pálida —dice Laurita con voz asustada.

—Me la llevo al médico —le responde Reyes.

—No, me la llevo yo —cierra Lola el debate con autoridad de pareja mientras se guarda el cuaderno en un bolsillo interior de la cazadora vaquera y el móvil en uno del culo de los pantalones.

La enfermería del Congreso se encuentra en el pasillo que va de la pasarela que une el palacio con sus ampliaciones a la sala de comisiones presidida por el políptico de los padres de la Constitución. No es muy grande, pero lo suficiente para albergar una camilla, además de la mesa de despacho y las sillas correspondientes, típicas de consulta de médico. Un armarito de metal pintado de blanco y acristalado, lleno de cajitas de colores, confirma que se trata de una clínica empotrada en un edificio político, un escenario de hospital entre los decorados del teatro del poder.

Marga se tumba en la camilla. El doctor Bermúdez le levanta las piernas y se las apoya sobre unos almohadones, le toma el pulso y le palpa el vientre. Marga cierra los ojos. Entonces, sin aviso previo, el doctor le coloca una banda elástica en el brazo, le pasa un algodón empapado en alcohol por el pliegue, le pincha y con una jeringuilla le saca sangre.

—Ay, ay... —se queja Marga—. Pero ¿qué hace?

—Hostias, Bermu, si está mareada... —protesta Lola.

—Disculpe, señoría, voy a pedirle unos análisis...

—¿Y era preciso sangrarme ahora mismo? Al menos podía haber avisado antes de pincharme, doctor.

—Tengo mis motivos... Insisto, perdón por el procedimiento si la ha impresionado. Y llámeme Bermu, por favor. Aquí todo el mundo me llama Bermu.

—Ostras... No sé si es peor el dolor del pinchazo o el susto... Ya, pues usted no me llame señoría. —Marga vuelve a cerrar los ojos y alza el mentón dando a entender que su paciencia se agota.

—Me costará, es el protocolo, señoría.

Si se obvia el aire de profesor chiflado con que mira con ojos de huevo por debajo de sus cejas a dos aguas y muy pobladas, Juanjo Bermúdez parece hoy una persona diferente a la que montó el lío en la capilla ardiente de Melchor Avellana. Está más calmado.

—Pareces una persona diferente a la que montó el lío en la capilla ardiente de Melchor Avellana. Estás más calmado —le espeta Lola.

—Soy el mismo —responde el doctor sentándose en su escritorio. Por debajo de los puños de la camisa se asoman los flecos de unos brazos muy hirsutos, como de chimpancé.

—¿Leyó usted el correo que nos envió ayer la bibliotecaria? —

pregunta Marga desde la camilla con voz ausente.

—Lo leí y me pareció una memez. Es verdad que antes de desaparecer, mi Merceditas andaba de cabeza con una investigación sobre una tumba y unos fantasmas que se aparecían aquí, en el Congreso. Y que, el último sábado que la vi, se vino por la tarde al palacio para practicar no sé qué conjuro que probaría sus sospechas, según me dijo... Pero todo eso son paparruchas... A mi Merceditas la han secuestrado los moros, los mismos moros que trajeron el Gran Catarro para matarnos a todos, esa peste del rodamundo es su guerra bacteriológica...

—Ya veo que eres una de las camisas pardas del Cuervo. —Hay sorna en este comentario de Lola.

—Te conozco, Lola Plantagenet. —Parece que al médico los ojos de huevo se le van a salir de sus hueveras—. Conozco a tu familia. Tu abuelo sirvió con el mío en la División Azul y yo coincidí con uno de tus tíos en la Legión, yo de matasanos y él de capitán. Nuestras parentelas salvaron juntas a España en más de una ocasión. Los Bermúdez y los Plantagenet debemos acumular tres o cuatro Laureadas y alguna Cruz de Hierro... Pero te noto cambiada, tú eras muy tímida..., no sé cuándo te has vuelto tan descarada.

—Y yo no sé cómo tiene el Congreso un médico tan facha...

—¿Facha? Sí, soy facha. Tengo el carné número diecisiete de Escarmiento, y a mucha honra. Desde mi puesto de trabajo vi cómo los primeros casos de esa peste neumónica, llamada Gran Catarro o del rodamundo, que dicen ahora los investigadores, surgían en la sede de la soberanía nacional. Sí, no me mires con esa cara de pasmada, los primeros casos de rodamundo fueron diputados y funcionarios de esta Casa. Luego, cuando sus señorías regresaron a sus circunscripciones, la epidemia se propagó por todo el país. Y, pese a todas mis recomendaciones y protestas, el Congreso no se cerró y durante todo ese tiempo estuvo expandiendo sus miasmas de peste hacia el exterior. Como médico, yo habría cerrado el Congreso, minuto uno, pero no se me permitió. En esa época descubrí cuán podrida está la élite madrileña y cuán urgente sigue siendo una revolución nacional-sindicalista que haga del obrero un soldado y del soldado un obrero del futuro... —Un moscardón particularmente hinchado se posa sobre una ceja del doctor como un cuervo se posaría sobre un tejado, pero como la tiene tan poblada apenas se nota su presencia.

—Vale, vale..., relájate... Total que, según tú, la peste del rodamundo fue un atentado de los moros. —El tono de Lola iba pasando de la ironía al cachondeo.

—No cabe otra explicación científica: o los fantasmas de mi mujer o unos terroristas que soltaron esas ratas negras que ahora vuelven a llenar la Casa... No hay más alternativas que expliquen cómo una

enfermedad medieval resucitó precisamente en el Congreso de los Diputados, en el centro de Madrid que está en el centro de España.

—Ya. Y a Mercedes la secuestraron los moros...

—Exactamente. —El doctor Bermúdez silabea ese «exactamente» al tiempo que apoya los puños sobre la mesa, se inclina hacia adelante y adopta la expresión de un gorila enfurecido, advirtiendo a Lola de que no debe dar un paso más en esa dirección.

Pero Lola, divirtiéndose mucho, lo da.

—Tío, y no te has planteado que, a lo mejor, tu Merceditas —hace las comillas con los dedos en el aire al pronunciar el nombre en diminutivo— se ha convertido en Mercedes, y que se ha fugado con el diputado Francisco Arroyo, y que ahora mismo está con cistitis de tanto follar como una loca con su amante en Benidorm, por ejemplo... —Lola mete y saca repetidamente un dedo del círculo que forma con el pulgar y el índice de la otra mano.

Y Juanjo Bermúdez, médico oficial del Congreso, exmatasanos de la Legión, carné de fundador de Escarmiento, amigo personal de don Baldomero Cuervo, explota como si en su interior no contuviera otra cosa que dinamita. Alza su conocido bisturí rasgando el aire como si fuese una espada y rojo de ira, pronunciando las palabras con dificultad, grita frenando el grito, agrede con la voz sin alzar la voz:

—Sé quién eres y lo que pretendes, Lola Plantagenet. Así que agarra a tu querida diputada y largaos inmediatamente de mi clínica antes de que os traspase con mi cuchilla, guarra, bruja, demonio...

La moscarda que estaba posada en la ceja del doctor se mueve hasta la punta de su nariz. Cinco moscas más, estas brillantes de puro verde botella, se le paran en distintos lugares de la bata blanca, no como si se sintieran atraídas, sino con agresividad, como si le quisieran empujar o morder, defendiendo a Lola.

—Estás demente, Bermu. Marga no se ha recuperado aún... —Lola se lleva a Marga de las manos—. Está malita...

—A tu amiga no le pasa nada. Al menos, nada que yo tenga que curar... Al menos, nada que no sepáis ya vosotras dos, cochinas...

Al cerrarse de golpe la puerta de la enfermería ya no se escucha si el enajenado del bisturí en alto añade algo más.

En el pasillo, las dos amigas se miran y se esbozan una sonrisa que está a medio camino entre el desconcierto y el alivio. Lola baja la mirada y se fija en que el médico no ha cubierto con una tirita la herida que ha dejado en el brazo de Marga, y que una gota de sangre reluce ahí como un rubí solitario.

Entonces, dobla el cuello y besa el pinchazo en la cara interior del brazo de su amiga. A Marga no le resulta desagradable ese beso. Cuando vuelve a alzar el rostro, Lola recoge con la lengua una lagrimita de sangre de Marga que se le ha quedado en su propio labio

inferior. Se diría que la saborea. A Marga le sorprende el gesto y da un paso atrás mostrando su azoramiento, pero lo cierto es que le ha gustado verlo.

Lola inclina despacio la cabeza a un lado y luego al otro con satisfacción infantil. Y dice:

—Si tú quisieras, yo te diría cómo recuperar tu puesto de portavoz parlamentaria. Ji, ji, ji, más aún, cómo llegar a presidenta del Gobierno. —Ahora Lola no parece Lola, esa risita ebria...—. Yo sé cómo conseguir eso y más.

—Lola, me sobrestimas demasiado.

—Marga, el camino recto no es el único que nos lleva a nuestro destino. Si me permites guiarte, ji, ji, ji, estoy dispuesta a hacerte poderosa y feliz, muy poderosa y muy feliz...

—Pero, Lola... —Marga está confundida, se siente acosada, aunque halagada al mismo tiempo. No sabe por qué, pero ahora mismo se dejaría llevar adonde Lola dijese.

¿Está haciendo Lola ademán de besarla en los labios? ¿Ahí, en medio del pasillo del Congreso?

La magia que se ha creado entre ellas, cogidas de las dos manos en la puerta de la enfermería, aisladas en un armario invisible de complicidad femenina, se rompe súbitamente porque aparece Ciri.

—¿Qué hacéis? Cualquiera diría que sois novias. Vamos, periodistas fuera..., que así es como se producen las filtraciones. —Todo esto le sale como un silbido por un colmillo.

Lola se esfuma de la escena. Ciri le da miedo, su mera presencia, literalmente, la espanta.

—Hasta luego, Palillo.

¡La ha llamado Palillo otra vez!

Luego, caminando juntos de vuelta al despacho, Ciri, con lengua de víbora, sugiere a Marga que no se fie de Lola. Le jura que él la va a ayudar en su carrera política. Se declara su seguidor y su protector. Le ruega que confíe en él.

Pero ella lo escucha como si él estuviera muy lejos. Entre que se encuentra aturdida, exangüe, que le ha impresionado la imagen del trastornado doctor amenazándolas con una especie de escalpelo profesional y que los últimos segundos con Lola han sido turbadores, inquietantes, hermosos, Ciri puede intentar venderle droga o confesarle el asesinato de su madre que le va a dar igual, percibe sus palabras como si salieran del telefonillo en casa ajena.

A un mismo tiempo, Marga desea que se le quite rápidamente este sentimiento tan dulce que Lola acaba de provocarle, despertarse, y lo contrario, que le dure mucho más, que su piel siga soñando, que no se le pase nunca.

Mira el parche negro de pirata de su acompañante y se acuerda de

la princesa de Éboli, Ana de Mendoza, la otra dama a la que encarceló Felipe II. La princesa no era tuerta, sólo desviaba un ojo, pero llevaba un parche como ese. Otra vez Marga no sabe cómo sabe eso, y se pregunta si Ciri estará tuerto o si también será bisojo. «Es mucha casualidad que mi rival en Ele-Ele se llame Ana de Mendoza y que su esbirro esté tuerto, entre los dos forman una princesa de Éboli completa», conjetura y sonríe.

«Qué cosas me pasan...», piensa, agotada.

—Dime, Ciri, ¿y por qué tengo que confiar en ti?

—Porque me fijo en ti, Marga, y te he elegido.

«Ostras, menudo día llevo, todo el mundo se fija en mí y me elige, si lo sé no me pongo el dichoso vestido sotana de cardenal», ironiza Marga para sí.

TREINTA Y SEIS

El crepúsculo madrileño, rosa y amarillo como un capote de brega aireado, se derramó al final de aquella tarde de finales de mayo para cubrir la vuelta al hogar de gatas y gatos que van a chingar a casa de otra gente, mientras los incondicionales del Cuervo, siguiendo sus llamamientos y consignas, aprovechaban la media luz y rodeaban el Congreso con antorchas para expresar su rechazo al pacto de Gobierno revolucionario anunciado por el imán Al Isbani. Daban vueltas en silencio alrededor de la manzana parlamentaria: bajaban por la Carrera de San Jerónimo, torcían por Marqués de Cubas, Fernanflor estaba bloqueada por un par de furgonetas de la Policía Nacional en previsión de, volvían a subir por Zorrilla, Cedaceros y de nuevo tomaban la cuesta abajo de la Carrera de San Jerónimo.

Para esta ocasión tan española, la Falange de Escarmiento eligió que sus miembros fueran vestidos de tunos. Jubón negro, calzas negras, gregüescos negros, botas negras, sombrero de ala ancha negro, capa negra y, por esta vez, beca también negra. ¿Para qué provocar con camisas azules cuando la tradición nacional ponía a su disposición un vestuario tan amplio y polisémico?

Algunos de los falsos miembros de esta tuna con beca de una inexistente facultad de luto dejaban notar que portaban al cinto huecas vainas de espadas roperas o vacías fundas de revólver debajo de las axilas. Si esas fundas con cartucheras correspondían o no a revólveres reales era algo que, a esas alturas, aún no podía descubrirse, ya que, de existir tales armas de fuego, irían escondidas para conjurar el riesgo de que una prematura injerencia de las fuerzas de seguridad acabara suspendiendo la función.

Al frente de la siniestra manifestación nocturna iban dos sacerdotes con sotanas y fajines negros, tocados con sombrero de teja igual de negro, que portaban una cruz y una bandera de España, ambas expuestas con ánimo de conmover. Llamaba la atención que aquella no fuese una cruz procesional, sino otra muy tosca, de troncos sin labranza, patibularia, una cruz auténtica si no fuera por el tamaño algo menor del preciso para clavar ahí a un verdadero ser humano. Y que su pareja se tratase de la bandera preconstitucional, la que luce en su centro el escudo de España de los Reyes Católicos con el águila de San Juan nimbada en oro.

Con la cruz y la bandera no se necesitaba pancarta para saber qué

se reivindicaba: una España unida y cristiana. O sea, un pacto de Gobierno españolista sin separatistas ni musulmanes. Seguramente sin rojos también, pero eso no se podía deducir tan claramente de la cruz y la bandera.

Visto desde donde yo la contemplé, aquella marcha se parecía más a la Santa Compaña que a los desfiles de antorchas nazis en Núremberg. Los tunos no eran ni tan numerosos como para que la imagen del paso del fuego crease una llama continua en los negativos fotográficos, ni marcaban las pisadas haciendo retronar sus taconazos. Más bien iban como almas en pena, sí, como penitentes pidiendo a Dios que volviera su rostro hacia España. A mí me recordaron alguna procesión de la época del Gran Catarro Madrileño, después llamado peste del rodamundo, en la que se sacaron cuerpos incorruptos de santos y de monjas violadas y asesinadas en la Guerra Civil y se llevaron en andas a niños recién muertos para despertar la piedad del Señor, aunque estos tunos eran mucho más peligrosos que los flagelantes de cuando la rodamunda, desde luego.

Me chocó que no hubiera mujeres entre los tunos. Me pregunté qué clase de igualdad es esta en la que las mujeres podemos mandar a los hombres, pero no hacer el ridículo tanto como ellos. Bueno, no sólo el ridículo, tampoco exteriorizar en manada nuestra agresividad política o intentar golpes de Estado. ¿Para cuándo una dictadora, ojo, digo una dictadora, salida de un pronunciamiento militar o paramilitar? Cierto, ojalá nunca... Aunque, claro, si la marquesa del Valle hubiera podido..., si yo no me hubiera sacrificado...

Vale, ya... Vuelve al relato, sigue confesando. Te cuesta concentrarte para contar cómo fue aquella noche tan rara, tan surrealista. No es fácil de narrar, lo entiendo.

Pero continúa.

Voy.

Con la noche tendida, con las farolas apagadas, con el resplandor de las antorchas iluminando la fachada del Congreso como si Madrid fuera una ciudad en llamas, con la refracción del trepidar de las hachas sobre el rostro fiero de los dos leones de bronce achinándoles los ojos y entreabriéndoles las fauces, con las sombras y fulgores haciendo titilar entre rojo y negro las estrías del fuste de las altas columnas, con los capiteles, el frontón y las puertas doradas del Parlamento hundidas ya en las tinieblas, en torno a las dos de la madrugada, se produjo un momento particularmente angustioso cuando dos equipos de la Unidad de Intervención Policial (UIP), siguiendo órdenes de la Delegación del Gobierno, se interpusieron en el camino de los tunos obligándoles a detenerse. Quedaron los antidisturbios formando dos filas perpendiculares al palacio y unas doscientas figuras negras con antorchas, clavadas en cuatro columnas,

enfrentadas a ellos. Entre unos y otros, en la zona de nadie que separaba a los dos grupos contrapuestos, se distinguían las escaleras de acceso al Congreso.

Durante un par de minutos no se escuchó más que el crepitar del fuego en las antorchas. La escena parecía congelada.

Hasta que de las sombras de la plaza de las Cortes emergió un hombre disfrazado de Enano de La Palma, uno de esos cabezudos de las fiestas de la Virgen de las Nieves, con su típica indumentaria del siglo XVIII y su gran gorro napoleónico, seguido por tres nazarenos de morado, con túnica morada, capuz morado, guantes morados, cíngulo negro y descalzos, tocando el tambor con ritmo de Semana Santa y causando un estruendo marcial. El Enano danzaba al son de aquellos redobles con movimientos rápidos y a veces burlones, brincando con la misma agilidad con que bailaría su polca en la calle O'Daly de Santa Cruz de La Palma. Se aproximó a los antidisturbios, tensos, petrificados, dispuestos a cargar y, dando saltitos adelante y atrás, tendiéndoles un pie y luego retirándolo, girando sobre sí mismo, les envió dos mensajes: que no les tenía miedo y que eran bienvenidos.

La perra alana se mostraba inquieta, iba y venía por los despachos del primer piso del palacio como una tigresa enjaulada y al pasar por delante de cualquier ventana que diera a la fachada, apoyándose sobre sus patas traseras, se encaramaba para observar la representación. Todo en su actitud indicaba que sabía lo que iba a suceder a continuación o que, si no lo sabía, al menos aguardaba con ansiedad que algo sucediera. Al asomarse, fijaba sus ojos inflamados en los ángulos oscuros de una plaza de las Cortes dividida en dos mitades por el claroscuro perfilado merced a la frontera entre sombra y luz que establecían la noche y las antorchas. Clavaba su vista ahí, sobre lo que no se vislumbraba, anhelando aquello que pudiera emerger de semejante tenebrosidad.

Los nazarenos, incrementando la fuerza del redoble de sus tambores, subieron con solemnidad los doce peldaños que separan a los leones del Congreso y se situaron de espaldas a las grandes puertas doradas, de cara a la plaza. Les siguió el Enano de la Palma que, una vez en el pórtico del palacio, continuó provocando a los antidisturbios, meneando los pies y haciendo cabriolas al ritmo del batir de los tambores. También subieron los dos sacerdotes que encabezaban la marcha de las antorchas y ofrecieron la cruz y la bandera de España a la noche.

Lo que había comenzado como una manifestación política tomó el cariz de un auto de fe.

Entonces, uno de los policías de la UIP, protegido como un caballero medieval con armadura y casco, impresionado por la ceremonia a la que asistía y henchido de fervor patriótico, empezó a

golpear su escudo con la porra siguiendo la cadencia del toque de los palillos sobre la piel de los tambores. Le siguió otro, y otro, y otro..., y pronto todos los antidisturbios que supuestamente debían disolver a los tunos de las antorchas si recibían tal orden, haciendo rugir sus escudos con las defensas, formaban parte del espectáculo como si desde el principio hubieran estado en el guion.

La policía cambió de bando.

Mientras tanto, dentro del Congreso, conforme fueron pasando las horas, el ánimo evolucionó de la curiosidad a la prudencia, de la prudencia a la precaución y de la precaución al pánico. Los que se dieron cuenta de que la situación devendría insegura, los más precavidos, salieron del edificio a mediodía, cuando la llamada de don Baldomero Cuervo a que la Falange de Escarmiento rodease el Congreso no era todavía más que un anticipo en los boletines informativos de las radios y un eco muy repetido en Twitter. Sin embargo, después de las siete, al aparecer los primeros grupos de tunos con antorchas aún apagadas, pero ya en la mano tal que garrotes, las fuerzas que custodiaban el edificio, percibiendo alto riesgo en la actitud de semejantes sujetos disfrazados de negro, decidieron cerrar las puertas y solicitar a los diputados, periodistas y funcionarios que todavía permanecían en la Casa que se reunieran en el hemiciclo para ser protegidos y evacuados de forma segura.

El comisario Abelardo Masegoso, manchego de Pozoseco, cuerpo de tonel con cabeza de aceituna rellena, ciclópeo, romboide, corbata estrecha de nudo Windsor mugriento de tanto ponerse y quitarse la corbata sin deshacerlo, máxima autoridad policial en el complejo del Congreso, en contacto permanente con su director adjunto operativo, optó por liberar a la concurrencia confinada en el hemiciclo guiándola en grupitos de cinco en cinco por el túnel de los retratos de los reyes godos hasta los edificios Ampliación III y IV, antiguos bancos Exterior y de Crédito Industrial, cuyas puertas dan a la acera contraria de la Carrera de San Jerónimo. Ahora bien, cuando los tunos se percataron del ardid del astuto comisario y rápidamente posicionaron un retén de matones enmascarados frente a sendos portales, Abelardo Masegoso hubo de rectificar esa maniobra evasiva y reclamar al personal civil bajo su custodia que esperase pacientemente en el Salón de Sesiones un «próximo colofón esclarecedor en forma de carga de la UIP o, en su caso contrario, la llegada de refuerzos policiales desbordantes».

—Se me relajan un poco —les dijo desde la tribuna de oradores, alzando la nariz con aires mussolinianos—, que la noche va *pa* largo. En la calle tenemos unos subversivos con mala pinta, lo que aconseja *quedarsen* aquí, a buen recaudo, hasta que la autoridad competente

resuelva otra cosa. En un rato, les repartiremos empanadillas de pisto, *cafeses* y botellines. Así que manténganme la calma y no se me dispersen.

De este modo, casi un centenar de diputados, periodistas y funcionarios se vieron atrapados en el hemiciclo del Congreso a la espera de que la UIP disolviese la marcha de las antorchas, ignorando que los primeros antidisturbios en presencia ya se habían sumado moralmente a la causa de los tunos.

Marga Saavedra, todavía con el vestido sotana de cardenal con florecitas blancas y rosas encima, formaba parte de este grupo. Se sentía una idiota por no haber escapado a tiempo de semejante ratonera.

Por un momento le vino a la memoria la última noche en que estuvo en el hemiciclo, cuando Moncho y ella hicieron el amor entre los escaños igual que dos adolescentes enfebrecidos que no pudieran frenarse, igual que perra y perro libres para copular a la vista del universo, cuando se corrieron sobre la cuna de la patria igual que apóstatas de la política. Se acercó los dedos a los labios y le pareció que aún le sabían a la sal de las piedras para lamer los caballos a que echa gusto el cacharro de Ramón cuando se pone macho. Se ahogó por no llorar.

«Ostras, Moncho…, ¿dónde te has metido? Tú y yo, que nos burlábamos de todo y de todos, y mírame ahora… Qué sola me has dejado… Estoy enfadada contigo. —A continuación, se preguntó por Lola—: ¿Por qué no está aquí? Incluso ella me falta ahora».

A las dos de la madrugada, quienes estaban retenidos en el Salón de Sesiones mostraban ya signos evidentes de agotamiento. Los miembros de la Cámara se habían sentado con absoluta naturalidad en sus escaños y trataban de dormir, ora apoyando la cabeza en el pupitre sobre sus brazos cruzados, ora recostando la nuca contra el respaldo tapizado de cuero rojo, mirando al techo con ojos cerrados. Los letrados, administrativos, ujieres y demás trabajadores de la Casa se dejaron caer en los escalones que separan unas secciones de escaños de otras, en los corralitos de los fotógrafos y en las sillas de los taquígrafos.

Se fumaba sin que nadie protestase, y el humo había creado una neblina que difuminaba el contorno de las personas y el escenario. Bueno, si es que esa neblina provenía del tabaco.

A los corresponsales, el comisario Masegoso los ubicó arriba, en la tribuna de prensa. Les dijo eso de que a cada oveja le corresponde su aprisco, pero la verdad era que no se fiaba un pelo de los periodistas que, en su opinión, siempre andan por en medio «intrincando y

gulusmeando, desparramando suspicacia en sí», y prefería tenerlos en un corralito, con la consecuencia lamentable que ahora se verá.

Un diputado muy relamido, antiguo vocal vecino de la junta de distrito de Salamanca de Madrid, flequillo rubio limón, cinturón con los colores de la bandera de España y un reclamo para pajaritos en los labios al hablar, un tipo de esos que jamás ha pelado una gamba con los dedos y que huele a colonia Nenuco incluso después de pasar la tarde pegado, sudor con sudor, al público sobrealimentado, de camisa abierta y pantalón granate o verde oliva de Las Ventas, andaba grabándose vídeos con su teléfono de última generación para sus redes sociales. Sentado en su propio escaño, declamaba con voz cavernosa, aunque sin dejar de sonreír:

—Queridos *followers*, aquí me tenéis, en mi sitio. Como otro Adolfo del 23-F, mi homenaje a Adolfo, que conste. No voy a tirarme al suelo cuando empiecen los disparos. No, no, ni hablar del peluquín... Y eso que la situación es de un peligro máximo, pero yo estoy tranquilo. Mirad mi mano... No tiembla... Yo estoy tranquilo... Pienso en las víctimas del terrorismo, mi homenaje a las víctimas del terrorismo, por cierto..., pienso en las víctimas del rodamundo, no del Gran Catarro porque el Gran Catarro no fue madrileño sino catalán, *followers*, como ya os desvelé yo en un *post* anterior, mi homenaje también a esas víctimas, y pienso en mis amigos toreros que se juegan la vida por el arte español, mi homenaje a la tauromaquia, por descontado, y obviamente se me quita el miedo. Yo soy valiente por España. Seguiré informando cuando la cosita se ponga peor... Dadme *likes*...

Justo en ese instante se oyó un gran escándalo proveniente del vestíbulo principal, el estrépito entró en el refugio de los diputados igual que si lo impulsase una ola o un súbito golpe de viento. Tembló la arquitectura toda.

En la plaza de las Cortes, del ángulo oscuro que tenía hechizada a la perra alana de ojos de fuego, como respondiendo a la invocación ritual del Enano de la Palma, había ido surgiendo una multitud variopinta de ciudadanos que, coreando distintas frases del Cuervo, del tipo: «Hagamos España grande otra vez», «los españoles primero, los moros al agujero», o «el único político honrado es al que aún no han pillado», se dirigió directamente hacia las escaleras del Congreso y se plantó frente a sus puertas de bronce, no habiendo nadie que hiciera nada por detener a esa masa extravagante, ni los tunos ni los antidisturbios. Se trataba de la tropa indignada, analfabeta, costalera y chovinista de Escarmiento, adoctrinada con noticias falsas y con las *Charlas desde los campos de batalla de la Reconquista* de don Baldomero Cuervo en YouTube. Y sucedió que, sin que pudiera explicarlo al día siguiente el portavoz del Ministerio del Interior, esas puertas doradas

que en principio sólo ceden ante el rey y ante el pueblo en las jornadas de puertas abiertas, a las dos y poco de la madrugada, se abrieron de par en par desde dentro para que irrumpiese en el interior del palacio aquel maremágnum de frikis dispuestos a tomar el Congreso y liberar a la patria de maricas y moracos.

Los periódicos coincidieron después en titular lo acontecido usando la invasión de los bárbaros como metáfora. Y resultaría extraño que medios de comunicación tan alejados en lo ideológico como *El País* o *La Razón* eligiesen la misma imagen para reflejar un suceso político si no fuera porque aquello se pareció muchísimo a una auténtica ????. Primero, porque nunca había ocurrido antes que el Congreso, sede de la democracia deliberativa, fuera conquistado por una turba insurrecta y descerebrada. A lo largo de nuestra historia hemos padecido multitud de golpes de Estado, algunos en extremo crueles y otros mediopensionistas, pero jamás antes el populacho se había atrevido a tomar el Palacio del Congreso. Tuvo la noche, por tanto, algo de caída de Roma. Pero es que, además, en segundo lugar, los asaltantes iban vestidos de bárbaros y conformaban un ejército tan chocante como no sería capaz de imaginar el más atrevido dibujante de cómic.

Los vi ataviados con trajes regionales incompletos, uniformes del alarde de San Marcial de Irún, cueros con calaveras estampadas y cadenas de motero, armaduras de plástico de tropas de asalto de *Star Wars*, túnicas de discípulos de Jesús y guantes de halconero... Un elenco de unos quince hombres y mujeres, cubiertos con sobreveste roja con una gran cruz blanca al pecho como si fueran caballeros cruzados, se puso de rodillas frente a la tarima de la presidencia de la Cámara y a través de un reproductor portátil hizo sonar la voz de ultratumba del padre Peyton rezando un rosario por la unidad familiar de España. Y un grupo de recreación histórica de los tercios de Flandes, conocido, según se supo más tarde, como los Inmaculados de Empel, plantó su bandera de reclutamiento con las aspas de Borgoña entre los escaños y apostó en las puertas de salida del hemiciclo arcabuceros de guardia que, en realidad, eran contables de CaixaBank, comerciales de Securitas Direct, cardiólogos y técnicos de administración local con esta debilidad por el transformismo.

Pero quien más sobrecogía, quien concitaba la curiosidad general, era una mujer corpulenta, de unos sesenta años, que llegó completamente desnuda, igual que una Venus neolítica, bajo una piel de toro bravo. Su cabeza iba dentro de la cabeza del toro. El pellejo del animal, las patas delanteras colgadas de sus hombros, le cubría la espalda, y lo arrastraba como arrastraría la cola de su capa por la caverna una maga prehistórica. Sus pechos exageradamente abundantes, con los pezones como huevos fritos de codorniz

apuntando al suelo, y la vellosidad salvaje de su pubis, que le bajaba por los muslos y le trepaba por los resquicios que dejaban los pliegues de su útero dado de sí, impelían a exclamar: «¡Esta mujer ha parido una patria!».

—¡Esta mujer ha parido una patria! —gritó un reconocible *influencer*, participante en el programa de televisión *Hombres, mujeres y viceversa*, que durante el Gran Catarro protagonizó un videoblog negacionista sobre la peste muy seguido por el público y que, ataviado con pantalones de novillero con tirantes cruzándole un pecho musculoso y desvestido, hacía las veces de lazarillo de la mujer toro—. Perdedores, los verdaderos españoles han llegado. ¡Abrid paso a la madre de la patria!

Y la Minotauro de Hispania, apoyándose en un báculo de madera de encina, fue subiendo con dificultad a la tribuna de oradores.

Mezclada en tal turbamulta, Magdalena de Guzmán pasaba desapercibida. Una princesa de la corte de los Austrias, vestida a la española, de negro riguroso, el traje con forma de reloj de arena, los chapines altos como zancos y muchas perlas de las que se desprendía una última con forma de lágrima, bien podía tratarse de cualquier dirigente provincial de Escarmiento con nostalgias imperiales ataviada de infanta Isabel Clara Eugenia para la revolución españolista. Nadie se fijó en que una perra atroz, con los ojos en llamas, se había colado en el drama, ni en cómo, entre temblores y convulsiones, esa perra negra se transfiguró en la marquesa del Valle. La dama olfateaba el aire en busca del olor al cuerpo de la diputada Marga Saavedra, un olor que, ahora lo sé, ya no le resultaba en absoluto desconocido.

Con la entrada de la perra y su metamorfosis en la dama, una nube de moscardas se impuso sobre la neblina que llenaba la atmósfera del Salón de Sesiones transmitiendo la impresión de que las luces se estaban fundiendo, de que una tormenta eléctrica iba a descargar sobre los enloquecidos usurpadores y sus víctimas.

La neblina no olía a cigarrillos, sino a azufre.

El plano general se asemejaba al de un martes de carnaval, aunque todos aquellos disfraces, más que intención burlesca, contenían un mensaje político muy agresivo. Era como si los perfiles *fake* de Twitter hubieran cobrado vida en una fantasía zombi. En vez de los muertos, fueron los tuiteros quienes salieron de sus nichos en esta pesadilla contra los profesionales de la política.

Recuerdo que en un primer instante yo misma dudé entre reírme o asustarme. Me dije: «¿Y estos seres estrafalarios son la muchedumbre peligrosa que rodeaba el Congreso?».

Pero rápidamente comprendí que sí, que sí eran dañinos, y que no, que no eran idiotas. Su objetivo consistía en sembrar el pánico y provocar la huida de los políticos, que abandonasen el poder

corriendo como gallinas asustadas. Aquellos atuendos impúdicos formaban parte de la agresión.

El Cuervo abrió las puertas del manicomio de internet y soltó a todos sus locos anónimos en el Congreso. ¿Cabe villanía más efectiva para humillar, desprestigiar y destruir la democracia?

Los bárbaros invadieron el Congreso dando gritos, repartiendo empellones y saqueando cuanto encontraron a su paso. Desapareció la colección de objetos de despacho de Clara Campoamor que se exponía bajo su busto, doble y simétrico, de cristal y acero, así como un número indeterminado de micrófonos de los escaños y el ordenador portátil del presidente en funciones de la Cámara. También multitud de pequeños enseres de las oficinas de los diputados, tales como impresoras, carpetas con documentación, carteras de mano, plumas, libretas, americanas de repuesto, puros y *satisfayers*... Se diría que estos revolucionarios antes venían a pillar que a instalarse en el poder y que lo de gobernar después del caos ya sería cosa de la misión histórica del Cuervo.

Eso sí, continuamente se hicieron autofotos con sus móviles, ya sentados donde el secretario tercero de la Mesa del Congreso, ya enseñando el culo desde el escaño del presidente del Gobierno, y las fueron subiendo a Twitter, Facebook, Instagram, TikTok y demás desagües de la inteligencia contemporánea. Esos selfis habrían sido de gran ayuda a la policía judicial si en los días posteriores hubiera querido identificar a los responsables del asalto al Congreso; sin embargo, como es conocido, la terrible cadena de acontecimientos que se desató y sus devastadoras consecuencias hicieron que se prefiriese dejar el turbulento asunto pasar como si hubiera sido una gran carnavalada y nada más.

Si ocurriera algo similar en Estados Unidos, pongo por ejemplo una nación seria, la reacción de las autoridades sería inequívoca, ejemplarizante, pero aquí... En fin, no sé qué digo, en Estados Unidos jamás sucederá que una manada de frikis desvalije el Capitolio. España no es diferente, es aparte.

Entre los diputados y funcionarios de las Cortes refugiados en el hemiciclo, el miedo corrió igual que el agua por la acequia y pronto todos ellos se movían como pollos sin cabeza, desordenada y desesperadamente en cualquier dirección, con la congoja principal de no ser reconocidos como diputados o funcionarios y poder escapar de la hecatombe.

La tribuna de prensa, donde el comisario Masegoso había agolpado a los periodistas, fue atacada por un pelotón de esos tunos de beca negra que habían rodeado el Congreso desde la tarde. Se conoce que, tras lo sucedido el 23-F, en que una cámara de TVE dejada encendida ahí con disimulo repartió al mundo las imágenes

que deslegitimaron por ridícula la intentona, quien diseñase este nuevo plan golpista optó porque se responsabilizara a los más leales y militarizados de los seguidores de la Falange de Escarmiento de limpiar de inmortalizaciones gráficas la invasión de los bárbaros. Estos falsos tunos, reclutados entre el servicio de seguridad personal de don Baldomero Cuervo, ya sí dejaban notar revólveres en las fundas sobaqueras y espadas en las vainas, y empezaron a empujar a los periodistas contra la barandilla que separa la balconada de la tribuna de prensa de una caída de más de tres metros sobre las cabezas de los diputados.

—¡Atrás, cabrones! ¡Más atrás, coño! ¡Pegados al borde, joder!

Los tunos armados sabían lo que hacían aprisionando a los periodistas contra la balaustrada pintada de oro del balcón de la prensa. Algunos periodistas quedaron con medio cuerpo en el aire, otros se asfixiaban embutidos en la aglomeración y otros, abrazándose a la columna, saltaron al palco siguiente. Conque los falsos tunos obtuvieron éxito en su propósito, ya que, en esas circunstancias extremas y estrangulantes, resultó imposible que ninguno de los corresponsales comprimidos pudiera informar en directo de lo que estaba aconteciendo.

Para Marga, como he dicho al principio, las cosas transcurrían fotograma a fotograma, como en una moviola, al ralentí. Se sentía descolocada, aturdida, paralizada. Vislumbró a la Minotauro de Hispania presentarse ante la tribuna de oradores, dejar caer el peso de sus ubres sobre el atril y, de seguido, cómo aquella cabeza de toro pronunciaba un discurso ante una audiencia caótica y ensordecedora. Aunque lo intentó, le resultó imposible distinguir las palabras que estaba soltando la cabeza de toro, ciertamente podrían ser sólo mugidos.

Más que nunca en los últimos días, Marga se sentía viviendo una pesadilla.

—Pronto despertaré y el cuadro del Bosco en que se ha convertido el Congreso esta noche no será ni un recuerdo en mi memoria —se decía.

Luego alzó la mirada y descubrió que Leo era uno de los periodistas que estaban siendo aplastados contra la barandilla del palco. Pese a que el rostro se le apreciaba muy congestionado por la presión que la balaustrada pintada de oro le estaba produciendo contra el vientre, pese a que le costaba respirar, Leo hizo un esfuerzo para sonreír a Marga y contagiarle tranquilidad; también levantó un pulgar buscando transmitirle que todo saldría bien, aunque lo que consiguió una vez más fue que la sonrisa le saliera triste y que aquel pulgar erecto, que fingía una expectativa imposible, resultase también patético. No obstante, Marga, desesperada, abrió los brazos y le llamó

pidiendo auxilio.

—¡Auxilio! ¡Leo! ¡Leo, auxilio...!

En ese instante una mano áspera y fuerte cogió su antebrazo. Marga se giró y se encontró con un semblante con el que ya se había cruzado: barba blanca y poblada, pelo blanco dejado crecer, aunque no largo, frente despejada, entrecejo labrado, nariz aguileña y ancha, ojos claros y labios muy marcados de busto de mármol.

—Walt Whitman... —dijo ella.

—Vámonos, señoría. Aquí usted no está segura... —respondió el hombretón, y su voz sonó antigua, honda, cargada de autoridad—. Vámonos. La hembra se acerca... La hembra... Y busca a su señoría.

—Pero es que Leo, mi marido..., que lo tienen ahí arriba..., que va a venir a por mí..., que me lo está diciendo.

—No va a venir nadie más que yo. Y la hembra..., que ya está aquí. Venga...

Sin que Marga se hubiera dado cuenta, la marquesa del Valle se había puesto a su espalda y con sus mangas negras extendidas como las alas abiertas de un cóndor se disponía a inmovilizarla por detrás. Inclinaba el rostro y exhibía sus caninos puntiagudos con la clara intención de morderle el cuello.

—¡La hembra! ¡La hembra! ¡Corra, señoría!

Un segundo más y Marga en lugar de vivir habría muerto. O, al revés, en lugar de salvarse ya no habría muerto jamás, habría recibido su bautismo de sangre con la de cualquiera de los desgraciados presentes. Por ejemplo, con la de su querido Leo. O con la de Moncho, que no estaba presente, pero estaba en algún sitio.

Pasado el tiempo, a veces me pregunto qué habría ocurrido si..., y nunca encuentro una respuesta del todo satisfactoria. No, después de lo que aún me queda por confesar.

TREINTA Y SIETE

Miércoles

Aquella noche tan propia del Bosco, con un tirón leve, aunque firme, del viejo Moncayo, Marga se dejó sacar del hemiciclo que en esos momentos empezaba a convertirse en el escenario grosero de una pelea tabernaria. La de la cabeza de toro seguía mugiendo desde el atril, su lazarillo reclamando atención a golpe de báculo de encina contra el suelo, la nube de moscardas zumbando como bombarderos nocturnos y el rosario del padre Peyton dejándose escuchar de fondo pese a la bulla, las carcajadas, los llantos, el crujir de huesos rotos y el castañear de dientes.

Y a la marquesa del Valle la engulló aquel impresionante baile de carnestolendas celebrado en el Congreso, aquel descomunal desmadre, aquel caos de personajes enmascarados haciendo poses para Instagram, destrozando el mobiliario, linchando a quienes no llevaban disfraz, orinando, unos contra los asientos azules del Gobierno y otras en cuclillas en las escalinatas para provocar pequeñas cascadas de pis.

Al tiempo que era arrastrada por el viejo Moncayo fuera del Salón de Sesiones, Marga todavía quiso decirle algo a Leo, una última cosa, quizá que pese a todo lo quería mucho o, más probablemente, que era consciente de que él nunca había dejado de quererla. Y que gracias por estar siempre pendiente. Y lo buscó con la mirada.

Seguía donde antes. Cada vez más agobiado. Y se espantó creyendo que ella estaba siendo secuestrada por los bárbaros. Que el viejo Moncayo, pese a su apariencia aristotélica, también era un bárbaro.

—¡Marga...! ¡La secuestra ese viejo tan viejo! ¡Marga...!

Descontrolado, Leo se inclinó por encima de la baranda dorada del palco de prensa con las manos por delante como si así pudiera retener a Marga en el salón, cargó su peso hacia afuera...

—¡Caramba...! —soltó.

Y se precipitó al vacío.

Cayó de cabeza de repente. Visto y no visto.

Ante los ojos de ella, perdió el equilibrio, la presión de los tunos lo arrojó fuera de la tribuna, voló, dio media voltereta en el aire y se partió la espalda por la mitad al chocar secamente contra uno de los pretiles de madera de los escaños de la izquierda. Sonó como suenan

las palmetas matamoscas al aplastar una sobre la mesa de la cocina, medio a quebranto inesperado, medio a destripe impetuoso. Y Leo quedó roto en dos, mutado en alfombra para las pisadas del gentío.

Casi seguro que se había matado, aunque Marga pensó que tal vez no, que tal vez aún vivía.

El viejo de la barba larga y el pelo blanco se la llevó dándole tirones a través del Salón de los Pasos Perdidos hasta el vestíbulo principal, que, si no fuera por la enorme estatua de mármol de Carrara de Isabel II con nariz de rinoceronte y mirada hacia el infinito que la preside, dadas su planta elíptica, su decoración alabastrina y su iluminación de lucernario, se diría una salita para la hora del chocolate de monseñores, obispos y otros príncipes de la Iglesia.

Allí, las puertas de bronce del Congreso se habían vuelto a cerrar. Y por las órdenes que medio se percibían afuera, emitidas a través de megáfono, y la acumulación de botas a paso ligero que también se dejaban notar, daba la impresión de que las fuerzas de seguridad habían recuperado el control en la plaza de las Cortes y de que se preparaban para reconquistar el Congreso.

La diputada se plantó sobre un mosaico en el centro del vestíbulo en que, al quitar las alfombras en primavera, se lee «Año 1850», como en los bares o en las ferreterías cuando se presume de la fecha de fundación del negocio.

—Quedémonos aquí —dijo Marga entre lágrimas—. El rescate se está preparando.

—No podemos, señoría Saavedra —el hombre respondió con el dominio de sí mismo de un veterano cazador de fieras—, la hembra la ha tenido a su alcance, ha probado su olor... Y ahora mismo debe estar enloquecida persiguiendo también su sabor.

—Pero, dígame, usted que lo sabe todo —con el dorso de la mano se secó la nariz—, ¿quién es esa hembra?

—La perra alana española, doña Magdalena de Guzmán, la segunda marquesa del Valle de Oaxaca, un demonio muy antiguo poseído por el espíritu de doña Jezabel. Si no la mismísima doña Jezabel poseyendo el cuerpo incorrupto de la pobre marquesa.

—Ostras, Macarena, la bibliotecaria, me ha contado en un correo...

—Sí, sí, ya sé... Y, además, su señoría ha visto a la hembra con sus propios ojos.

—¿Yo? ¿Cuándo?

—Una noche muy romántica con el diputado don Bayo, en el hemiciclo.

—¿También estaba usted mirando? —A pesar de la desesperación, Marga sorbió mocos y se mostró indignada—. Muy desconsiderado por su parte...

—Estaba... Siempre estoy vigilando... Desde donde vivo se observa todo. Aunque aquella noche aún no sabía hasta qué punto es especial su señoría.

—¿Especial, por qué?

—Todavía no es hora de decirlo. Lo vamos a confirmar muy pronto. Venga, antes de que nos descubra la hembra... —Le hizo un gesto para que lo siguiera detrás de la estatua de la reina rinoceronte.

Marga no se sentía tranquila. ¿Por qué habría de confiar en aquel anciano de piel tan blanca que además le acababa de confesar que era un mirón?

—Un momento, ¿y usted quién es?

—Me conocen como el viejo Moncayo.

—Le conocen como el viejo Moncayo..., eso ya, pero usted en realidad es...

Sin dejar la conversación, el viejo Moncayo había presionado con nervio sobre el estuco pintado como si fuera mármol verde, casi negro, que ambienta la pared tras el pedestal de la estatua y se había abierto una pequeña puerta de no más que de metro y poco de altura. A través de esa puertecita no se vislumbraba nada, estaba oscuro.

—¡Señoría!, no perdamos más tiempo. Está en juego su vida eterna... Y quién sabe si la de todos, si usted es quien creo que es... ¡Entremos!

Y diciendo esto, Moncayo la abrazó como si sus extremidades fueran de cangrejo y la arrastró contra su voluntad a través de la puertecita secreta.

Y la cerró. Y se quedaron en tinieblas.

—Subiremos por una escalera de caracol que va por dentro del muro maestro hasta salir por encima de la planta tercera, son setenta escalones... Señoría, aunque no vea nada, no tema, no dude..., y no nos tropezaremos.

Llegada a este punto, a Marga le faltaba voluntad para oponerse. Ni se acordaba de la hora en que se levantó y eligió ponerse el vestido sotana rojo oscuro, le parecía que desde entonces había transcurrido como mínimo un siglo. Se dejó, pues, empujar setenta veces, peldaño a peldaño, apoyando las palmas de las manos contra las frías y húmedas paredes de la escalera, hasta que alcanzaron el final. Entonces, un pasillo sin luz y muy estrecho los guio por un lateral de lo que a ella le pareció que debía ser la techumbre del Salón de los Pasos Perdidos.

Cuando al final salieron a cierta claridad, se encontró en un espacio que ella no sabía que existiera en el Congreso. Si lo hubiera visto descontextualizado del edificio en que se veía atrapada, habría dicho que era un galeón vuelto al revés. Sobre su cabeza se alzaba media cúpula ovalada de tracas sostenidas por cuadernas. El piso era

también de los mismos tablones de madera machihembrados. Una segunda estructura de cuadernas, más pequeña, se situaba en el centro de aquel recinto conteniendo en su interior una bóveda rebajada, casi adintelada, en este caso vista desde arriba y aparentemente de yeso: el techo del hemiciclo, sin duda. Tanto la estructura de cuadernas interior como la bóveda rebajada colgaban de un conjunto de tirantes de acero negro sujetos a las cuadernas de la cúpula mayor. Entre ambos esqueletos de madera se creaba una cámara que bien podría considerarse la buhardilla de la patria.

O la galería de un museo del horror.

—Nadie vigila este lugar. —Marga se fijó en los dientes amarillos y picados del viejo Moncayo, en esa penumbra el hombre le semejaba un vagabundo, un borracho, un sacamantecas...—. A lo mejor, los arquitectos del Congreso saben lo que hay aquí por los planos, pero nunca han tenido reales y doblones bastantes para investigar qué seres habitamos bajo la cubierta del palacio. Y aún es más recóndito el refugio al que la llevo... Ahí, su señoría, estará a salvo de la hembra... Sigamos... Sigamos...

Sin concesiones a la curiosidad, la fatiga o el pasmo, la obligó a continuar.

La escasa luz de luna que penetraba por la linterna de la cúpula principal permitió a Marga entrever un número indeterminado de perros y gatos muertos que pasarían por animales disecados si no fuera porque no se sostenían sobre peanas. Se advertía en sus miembros la rigidez que provoca la taxidermia, pero la postura de sus cuerpos, crispada, retorcida, espeluznada, era defensiva, no de pose. Sus bocas no se abrían con la agresividad fingida por el disecador, sino con un gesto más trágico y real, el del animal al que ha sorprendido la muerte sufriendo un dolor insoportable. Desde la sombra, no eran ojos de cristal los que se fijaban en Marga, sino ojos secos. Abiertos, sí, pero secos igual que uvas pasas.

Al fondo, donde la negrura impedía seguir distinguiendo grotescos animales momificados, se oyó un sollozo de perrito, tenue, desesperanzado, rendido... Marga hizo ademán de frenarse, seguramente con la idea de tratar de socorrer a la criatura que agonizaba en lo tenebroso, pero el viejo de nuevo la indujo a avanzar.

—Esta es mi casa y esos bichejos mi alimento... Escondo los bichos donde puedo para que no sean descubiertos. Estos son los más recientes, pero tengo innumerables fresqueras y contenedores de restos ocultos en los espacios vacíos que hay entre las podridas vigas de los pisos. Imagine cómo si no, señoría Saavedra, tantos años yo aquí solo... Pise donde pise en palacio seguramente caminará sobre una de mis despensas de bichos succionables... Ah, sí, yo también vivo chupando sangre, señoría, como la hembra, aunque, afortunadamente

en mi caso, no sangre humana. Soy el profeta enviado por Dios para hostilizar a doña Jezabel. Yo represento al poder, la hembra a la política.

—Por favor, Moncayo, deje que me marche o permita que me despierte de esta pesadilla. ¿Quiere que se lo ruegue de rodillas? — Marga buscó en su interior la fuerza con que se enfrentó al juez al que llamaba papá, pero ya no estaba ahí.

La niña valiente que hizo lo que no se puede contar había dado paso a una mujer desasosegada por cargar con el secreto de aquello que hizo. Tenía decidido que Moncho sería la primera persona en su vida a la que iba a atreverse a revelarle: «Yo maté al hijo de puta de mi padre».

Estaba casi preparada para romper esa barrera psicológica que desde siempre le había impedido ser valiente otra vez, pero Moncho ya no estaba. Y desde su desaparición, el corazón le latía más despacio y débilmente. Le latía triste y cobarde.

El viejo Moncayo la forzó a subir por unas escaleras de barco a un plano de tablones sobre la bóveda rebajada interior y ahí se encontró pisando al lado de la claraboya del techo del hemiciclo. Por el estrecho respiradero que separaba la vidriera de su marco se percibía agitación y se escuchaba alboroto.

Sin pedir permiso al viejo, Marga se puso en cuclillas y examinó por el respiradero lo que estaba ocurriendo abajo. Pudo apreciar entonces el Congreso de los Diputados contemplado desde el cenit, como debe vigilarlo Dios.

Pensando el viejo que sería imposible impedir que la diputada perdiera algún minuto tratando de adivinar quién iba ganando la batalla que acontecía en el Salón de Sesiones, le dijo que podía aguardarle mirando por el respiradero de esa claraboya, si lo prefería.

—Señoría, iba a pedirle que se sentara al fondo mientras yo voy a comprobar que la hembra no nos ha seguido, antes de conducir a su señoría al escondite definitivo. Pero puede aguardarme mirando por el respiradero de esa claraboya, si lo prefiere. Ahora vuelvo... —Y diciendo esto se esfumó, desapareció tan rápido que Marga no acertaría a decir por dónde.

Marga vio que las fuerzas de la UIP estaban reconquistando el hemiciclo, sin duda agentes distintos a los que cambiaron de bando a las dos de la madrugada, repartiendo mandobles a diestro y siniestro entre los escaños. Metidos en faena sin haber sacado a ningún rehén del recinto, distinguían a los buenos sólo porque no iban disfrazados, y trataban de evitarlos, aunque, dado como van vestidos diariamente algunos diputados, les surgían dudas y no siempre lo lograban, pero a los otros..., a los del carnaval, los molían a palos. No era para menos, se trataba de impedir un golpe de Estado.

Alumbrando con la mirada como si fuera un faro, preocupada, trató de encontrar a Leo, pero el sitio donde había caído estaba siendo arrasado por una estampida de extraños personajes replegándose sin mirar sobre qué pisaban. Imposible divisarlo. También buscó a la dama y no avistó ni rastro de ella.

Observó, sin embargo, cómo el diputado del flequillo rubio limón se llevaba una soberana paliza al intentar grabarse un vídeo para sus *followers* de TikTok empotrándose en la fuerza actuante.

—Mi homenaje a las fuerzas y cuerpos de seguridad y a su patriotismo, y a su españolidad..., y mi promesa de estudiar, sin menoscabo del equilibrio presupuestario, la posibilidad de una equiparación salarial progresiva con los *mossos* y los... —estaba diciendo cara a su móvil cuando lo tomaron por un revoltoso.

—Vas a inmortalizar el número de chapa de tu puta madre, maricón. —Y, como caídas del cielo, cuatro porras lo dejaron igual que a un caracol pisado.

La Minotauro de Hispania perdió un cuerno de la cabeza de toro de un cachiporrazo. Después alguien debió de ponerle una bota encima de la cola, se desplomó de espaldas y quedó tendida en el suelo como un muerto sin parientes esperando que empiece la clase de anatomía en la facultad de Medicina. Su flácida desnudez azulada, desparramada, hirsuta, carente de humanidad, era de despiece ante los estudiantes de primer curso.

El comisario Masegoso colgaba ahorcado de una barandilla junto al reloj que marca el tiempo parlamentario. Se balanceaba como un toro de lidia suspendido de la grúa a la salida de la plaza, o sea, como un péndulo macabro y basto descontando el final de la historia macabra y basta de España.

Tictac, tictac, tictac...

De dónde sacaron los frikis una soga capaz de levantar al comisario era «un fleco que queda por dilucidar», según los posteriores informes policiales.

—Pese al horror, la democracia se va a salvar —dijo la diputada Saavedra en voz alta, aliviada al ver que en aquella trifulca se iba imponiendo la policía—. Pero Leo... ¡Ostras, Leo...!

Consciente de que se había quedado sola, aunque fuera sólo por unos momentos, la diputada decidió aprovechar la ausencia del tal Moncayo y huir antes de que la encarcelase en ese recóndito refugio al que se refería antes.

—¡Y he de salvar a Leo! Ahora a Moncho y a Leo, a los dos...

Palpando, pues, los ladrillos del muro de cierre de la estancia, encontró una especie de portezuela para gatos, seguramente abierta por el mismo Moncayo para colocar sus trampas y cazarlos. Conque, sin pensarlo dos veces, se coló por ahí serpenteando. Su delgadez le

permitía pasar por meandros estrechos, como al salir del coche después de aparcar pegadito al de al lado; era su estatura la que a veces le restaba flexibilidad.

Y así, de sopetón, se encontró en el techo de la Casa y se topó con el firmamento plano de Madrid, con su cielo de ópalo negro; quiero decir iluminado, pero no por las estrellas. Bajo la noche que se abría como la carpa del gran circo del mundo para ella, se sintió una equilibrista que en ese momento se iba a exponer a vida o muerte por amor al arte, ignorando hasta qué punto iba a correr ese riesgo de verdad.

Hasta ese instante no era consciente de haber ascendido al pico de la montaña sagrada que también es el Palacio del Congreso de los Diputados. Y se alegró. A la fuerza, confundida, acobardada y hecha trizas, vale, pero había llegado a la cima arquitectónica del Congreso. Ella estaba ahí... Si hubiera tenido una banderita la habría clavado en aquella cúspide.

Marga se permitió sonreír.

Notó que el aire frío rozando sus párpados, corriendo por debajo de su falda larga y enroscándose por sus tobillos, sus rodillas y sus muslos, le compensaba por todo el sufrimiento anterior, casi como si ya estuviera debajo de la ducha con la mente en blanco.

Tres helicópteros que rondaban por la zona, moviendo sus potentes focos, le transmitieron la ilusoria tranquilidad de que todo había pasado ya.

—En las películas —se dijo dándose ánimos—, los helicópteros aparecen siempre al final, cuando los protagonistas ya han sido rescatados y van cubiertos con una manta que parece de aluminio. Ahora sólo falta que alguien averigüe que estoy aquí.

Y alguien lo averiguó, mas no quien ella deseaba.

Un gruñido aterrador por detrás de Marga hizo que se estremeciera lo mismo que si hubiera metido los dedos en un enchufe. No necesitó volverse para saber a ciencia cierta que se trataba de la sombra de perra alana española con los ojos como ascuas que ya viera en la capilla ardiente de Melchor Avellana y que se acercaba con pasos cimbreantes de fiera hostigando a su presa. Reparó en que el gruñido iterativo, de electrodoméstico picador de carne, se le aproximaba poco a poco.

Poco a poco.

Y echó a correr.

Voló como las lenguas del fuego de árbol en árbol, saltando de una plataforma del techo a otra, consciente de que la perra o su sombra venía detrás. Descendió a lo que obviamente era la techumbre del Salón de los Pasos Perdidos, galopó por un andamio de tablones metálicos colocado exprofeso para que los operarios del aire

acondicionado y demás oficios transiten por ese tejado. Llegó hasta la terminación de aquel camino inestable sin girarse. Sabía que la perra venía siguiéndola, pero también que no se esforzaba por alcanzarla, consciente de que recorrían un callejón sin salida, una ratonera, una vía muerta.

Marga no tenía escapatoria.

Muy probablemente, la perra esperaba a tenerla acorralada para transformarse en Magdalena de Guzmán, la dama, y devorarla.

Llegó a la siguiente superficie descolgándose por un muro y se llevó la sorpresa de que el cubrimiento del vestíbulo principal no era elíptico ni estaba exento de paredes laterales. Tenía frente a sí los cristales del lucernario, que emergían con complexión de pirámide; tras ellos, el pico del frontón clásico de la fachada del edificio, y a derecha e izquierda sendas paredes, fáciles de bajar por ellas, pero imposibles de trepar con su vestido sotana y sus escasas energías restantes.

Se encontró metida en una caja.

Y la perra también se lanzó a ese *ring*.

Y se le fue aproximando lentamente. De sus fauces rebosaba espuma rosa, babas mezcladas con sangre. Su mirada quemaba como si fuera de hierro candente. Pero no daba la impresión de querer comérsela, sino de pretender seducirla.

Ahora no gruñía, sino que aullaba con flojera, casi ronroneaba.

—¿Será posible que esta alimaña me esté sonriendo? Ostras..., ¿puede una perra mirar con descaro sexual a una mujer? —preguntó Marga a la noche color aceite derramado de Madrid—. ¡¿Por qué no sacas ya al demonio que llevas dentro y me envías con Ramón Bayo de una vez?! ¡Ven, no te tengo miedo!

Sí le tenía miedo, pero su aptitud para la lucha se había agotado. Sacaba fuerzas de flaqueza. Era el final.

Y así, vencida, desesperada, de una sacudida se abrió el vestido sotana de cardenal arrancándose los botones y quedando con el sujetador con relleno al descubierto. Luego se subió el sujetador.

Seguro que tras ese demonio estaba el juez.

—Papá, mira, ya soy una mujer... Mátame...

Al contemplar a Marga bañada en un mar de lágrimas, subiéndose el sostén para poner a su disposición, ofrecidos, aquellos pechos pequeños como montañitas de azúcar que emergen del azucarero y aquella piel nívea del cuello con su osa menor de pecas, la perra se detuvo un instante desconcertada, quizá deslumbrada, excitada sin duda. La diputada dio otro pasito atrás y se derrumbó de espaldas. Y así, tendida, descubrió un vano por el que escabullirse, un vaciado en el muro por el que la brisa circulaba y por el que se filtraba el resplandor y la agitación producida por la concentración de medios

policiales, sanitarios e informativos en la plaza de las Cortes.

La perra, abrasada por el deseo, se abalanzó sobre Marga desplomada, brincó con las extremidades extendidas y la pelvis tensa en el arco del vientre como el macho que se dispara sobre su hembra, o, mejor, como la hembra que elige a su macho, o a su hembra. Y Marga, con el vestido sotana rojo oscuro hecho jirones, se escurrió sin pensarlo dos veces por ese vano del muro que daba a la plaza de las Cortes y se dio de bruces con el vacío.

Por muy poco no se precipitó sobre los leones de bronce o las escaleras que los separan. Cruzando por un resquicio, se había metido en el conjunto escultórico del frontón que corona el pórtico del Palacio del Congreso. Apareció a espaldas de la figura que representa al río Ebro trocado en un dios griego desnudo y muy barbado. Alzó la mirada al rostro del dios y le pareció un retrato del viejo Moncayo.

—No puede ser... Nada puede ser... ¿Qué hago aquí?

Se sujetó con fuerza a la estatua de un niño al que abraza el río Ebro.

Quien fuera que la estuviera persiguiendo —Marga suponía que ya no se trataba de la perra alana porque había dejado de gruñir o aullar— empezó a esforzarse por atravesar la misma abertura que ella había usado. Era palpable el esfuerzo que estaba haciendo alguien físico, con ropa que crujía al arrugarse, para introducirse por un vaciado tan estrecho. Y Marga, por si acaso, dispuesta a no dejarse atrapar, quiso alejarse un poco más.

Al desplazarse torpemente entre las estatuas del frontón, se le escapó una manoletina e, intimidada, la contempló descender como si fuera rebotando por las rocas de un precipicio hasta que se estrelló contra el asfalto.

Con las manos resbalándole por el sudor, sobrepasó a la matrona romana con el pecho descubierto que representa a la agricultura y que arrodillada le ofrece sus frutos al dios Hermes, quien, sentado y también sin ropa, personifica el comercio.

Cogida a las rodillas de Hermes junto a esa otra mujer de mármol, reverentemente inclinadas ambas ante la masculinidad del dios, a poco de patinar en cualquier momento y morir, Amargura Saavedra pensó en lo irónico que resultaría aquel cuadro final para su vida: una escena en la que alguien que recuerda a Vega de la Lastra y ella misma se ven humilladas como dos buenas esposas ante un dios Hermes polígamo con toda la pinta de ser Ramón Bayo.

—Ostras, el cabrón del PP nos tenía a las dos... —se le ocurrió decir cuando habría tantas otras cosas trascendentes en qué pensar si se está suspendida entre las esculturas de la fachada del Parlamento. Pero el curso de los pensamientos es misterioso y profundo, y una no es dueña de su última ocurrencia. Si lo sabré yo, que todo el mundo

cree que he muerto varias veces y no estoy en condiciones de desmentirlo.

Una moscarda se le posó en la nuca a Marga. Escuchaba su zumbido como si la tuviera dentro del cerebro.

Y otra.

Y otra.

Y otra...

Tantas que Marga ya no sabía si es que la estaban llamando, si intentaban decirle algo.

Volvió la cara y se encontró con una mano de mujer con las uñas pintadas de negro que, saliendo por el agujero por el que ella había irrumpido en el frontón, se ofrecía a sujetarla.

—Deja que te coja, te vas a caer... Deja que te socorra... Ven a mí... Eres muy hermosa... Te protegeré del juez... Dame permiso para salvarte... Dame permiso... —escuchó decir a una voz dulcísima de hembra.

Y en ese momento sucedieron muchas cosas en décimas de segundo. Uno de los helicópteros detectó a una mujer prendida de las estatuas del frontón del Congreso y la iluminó con su potente foco. Las fuerzas de seguridad, la prensa y los curiosos que llenaban la plaza de las Cortes rechinaron de puro frenesí al localizar a esa mujer con el vestido despedazado luchando por no soltarse y no estamparse desde esa altura contra el suelo. Marga, por su parte, quiso ir hacia aquella voz tan dulce que además le resultaba familiar, casi amada, pero se le salió la segunda manoletina y se tambaleó. El altavoz del helicóptero dijo:

—No pierda la calma, señora, hemos iniciado ya un procedimiento protocolario de rescate.

Las moscardas la rodeaban como queriendo sostenerla. Marga, finalmente, decidió atreverse a coger la mano femenina con las uñas pintadas de negro que le pedía permiso para salvarla, dobló el tronco, estiró el cuerpo para atrás, pisó sin querer su propia falda, perdió el equilibrio y se escurrió hacia la nada.

Marga se venció y cayó como hace un rato se venció y cayó Leo, su marido, vista y no vista.

Su vestido sotana rojo oscuro flameó un brevísimo instante como si la diputada bajara en llamas y la multitud concentrada en la plaza de las Cortes chilló al unísono.

Hubo algunos aplausos, pero mínimos.

Nadie sobrevive al aplastamiento de esa muerte.

Y el miércoles amaneció con indolencia.

Treinta y ocho

No sé si ella es mi miembro fantasma o yo el suyo. No sé si me han amputado a mí su vida o a ella la mía, pero puedo recordar con su memoria, ver lo que vieron sus ojos y, sobre todo, sentir su presencia aquí y ahora, pegada a mí, silabeando con lengua de perra lo que escribo como si todavía la tuviera enganchada a mi sombra.

Me posee la certeza de que se ha sentado a mi lado y de que si se mueve es porque la muevo yo con mi pensamiento. También quien esté leyendo esto la debe tener a su espalda, creada por su propio pensamiento, aunque no lo sepa. Magdalena de Guzmán, como Dios, está en todas las cosas; la marquesa del Valle remeda a Dios hasta en su indiscreción.

Sustituye a Dios en su ausencia.

Ella es la política, y ¿qué escapa en España a la política?

Nada.

Nadie.

Ella representa la pura maldad.

¿Satanás? No pensaba que se adivinaría tan pronto, pero sí, ella fue Satanás. Su esposa, más bien.

Al principio confundía esas imágenes que me venían invocadas por la adición de su memoria personal a la mía con mis propios recuerdos. Como si hubiera abierto un cajón secreto de mi abuela donde se barajasen las fotos de su boda con otras que ocultó a mi pobre abuelo, me resultaba imposible no mezclar los recuerdos de la reviniente con los míos, ni malinterpretar las películas de su pasado que aleatoriamente surgían en mi imaginación o en mis pesadillas. Pero en cuanto comprendí que aquellas visiones no eran más que resonancias de lo que mi cuerpo fantasma recordaba haber vivido, empecé a poder situar cada remembranza suya en el espacio y el tiempo.

Después de muchas noches de insomnio he conseguido clasificar en tres grupos las evocaciones que heredé de la marquesa del Valle con su posible inmortalidad.

Primero está su vida, apasionante, despiadada, criminal, inhumana. Observo cómo la engañaron, cómo la apartaron y cómo se buscó el amigo más poderoso y dañino para regresar y, mediante la política, obtener su venganza. También vislumbro sus misas negras, sus baños tibios de sangre de muchacha recién exprimida y sus

hogueras de sexo con el amante que accedía a personificar a su verdadero esposo, Satanás.

Magdalena de Guzmán no era un ser inmoral, al menos no al principio, al menos no más que los machos con los que se relacionaba, pero de qué otra forma sino engañando a Dios con Satanás podía una mujer de su época disfrutar de la autoridad y libertad de un hombre. La engañaron, la desterraron dos veces, la encerraron en un convento, la casaron a la fuerza con el marqués del Valle, unos y otros se sirvieron de su belleza y su inteligencia para urdir sus conspiraciones, ¿no debía ella defenderse, aunque fuera aliándose con el Maligno?

La marquesa del Valle se convirtió en reviniente por puro hembrismo, porque le dio la gana de que no la pisaran más. Y pagó el alto precio de dejar de morir sin seguir viva. Creedme, yo misma soy su testigo.

En segundo lugar, vienen los siglos de oscuridad y malos sueños, los cientos de años de entierro en la tumba. El frío, la soledad, la impaciencia, el hambre, las ratas, las moscas...

Y lo tercero, su último regreso al mundo de los vivos y la peste del rodamundo. Aunque este que estoy narrando aquí no fue su único despertar. No, qué va. Cada vez que la historia de España ha descendido al suelo del horror, la repugnancia y el salvajismo, nuestro demonio de la política, Magdalena de Guzmán, se había reanimado previamente. Lo digo porque lo sé, porque conozco sus recuerdos como si fueran míos y porque, a estas alturas ya, probablemente lo son.

A través de sus pupilas feroces, contemplo la política como la lucha patética de unos seres humanos contra otros a fin de gobernar ese destino aleatorio que en realidad deciden Dios y Satanás jugando a los dados. El magma de la historia avanza lento, pero imparable, y nada pueden hacer reyes, presidentes, ministros o diputados para cambiar su curso. Ningún esfuerzo del ser humano es más inútil que la política; sólo sirve, si es que eso tiene sentido, para imponer un orden social mínimo durante el poco tiempo que tardamos en morir.

Por eso, Magdalena de Guzmán sintió tal pasión por Marga Saavedra desde el mismo instante en que concluyó que era distinta, pura, especial. No inocente, en política no existe la inocencia. Tampoco ingenua, no, no era eso. Detectó en ella dos cualidades extrañísimas entre los políticos profesionales: modestia y sentimiento de culpa. A Satanás le fascina el sentimiento de culpa.

El misterio de Marga nacía del secreto familiar que la torturaba. Porque, a pesar de lo que vivió, de aquella especie de bautizo de sangre en que consistió la evisceración de su padre, no se convirtió en una persona soberbia ni perversa. Al contrario, se sentía disminuida y culpable, y tenía escrúpulos. ¿No la convertía eso en la más difícil de

alcanzar para Satanás y en la más deseable? Tentar la bondad innata de Marga valiéndose de sus complejos, excitando su ambición, y entrar en ella como heroína en vena era un placer con el que Satanás salivaba.

Marga Saavedra llevaba una cicatriz en su vientre que la marcaba como bautizada con sangre, que sellaba su destino desde la niñez, que la situaba involuntariamente entre las novias que podía elegir el demonio.

Y, claro, también sería por su ligereza física, por la limpieza de sus movimientos, por la estilización de su feminidad, por la finura de su belleza, por la fragancia de su aliento... En aquellos tiempos en que Magdalena estuvo verdaderamente viva ni los hombres eran tan altos como la diputada Saavedra.

Así que trató de protegerla porque Marga podía albergar la semilla de un imperio nuevo, guardar en su interior a la virgen de maldad que habría de convertirse en la esposa de su esposo y en la madre del anticristo, parido para seducir a cristianos y ateos y conducirlos a la perdición. Pero a eso aún no hemos llegado, vayamos capítulo a capítulo, día a día.

Magdalena descubrió en Marga una diosa demoníaca en potencia a la que podría adorar con todo su corazón.

Ahora, miro a través de los ojos de Magdalena de Guzmán, veo lo que ella vio aquella noche y contemplo a Marga Saavedra resplandeciendo como una pequeña bombilla roja colgada de las esculturas del frontón de la fachada del Congreso de los Diputados.

Se está resbalando.

Si no se tranquiliza, se va a caer.

¿Me tiene miedo? ¿Por qué me tiene miedo si hemos nacido la una para la otra?

Tengo que sujetarla, no puedo perderla.

Si ya está bautizada con la sangre de su padre, ¿no se da cuenta del inmenso poder del que disfrutará si me deja cogerla?

Le tiendo la mano como se la tendería al amor de mi vida y le digo con toda la dulzura de que soy capaz:

—Deja que te coja, te vas a caer... Deja que te socorra... Ven a mí... Eres muy hermosa... Te protegeré del juez... Dame permiso para salvarte... Dame permiso...

Si me da permiso para entrar, podría hacer mío su cuerpo, volar con ella, liberarla de la vida. Me imagino diluida en sus entrañas y me excito como se excita la perra negra que llevo dentro. Mi reseca vagina se contrae como si aún pudiera humedecerse, noto cómo me crecen los colmillos.

¡Se está inclinando hacia mí! Quiere venir. A punto está de darme permiso para entrar.

Pero se cae. Se cae...

¡Se ha caído!

La veo naufragar en la noche y escucho el chillido de las personas congregadas en la plaza. Las personas son vacas para mí, ganado, me alimentan con su carne, me temen y obedecen mis órdenes. Y chillan como si mugieran.

Satanás es mi pastor, nada me falta.

Es imposible que haya sobrevivido.

Si se hubiera producido el milagro, querría que fuera Satanás y no Dios quien hubiera salvado a Marga Saavedra de esta muerte segura para que, a mi lado, conmigo, dejase de morir sin seguir viva.

Sabedlo, amo a esta mujer.

Sí, a través de los recuerdos de Magdalena de Guzmán, repasando la videoteca de su memoria como si fuera la mía, revivo la locura con que ella amaba a Marga Saavedra.

TREINTA Y NUEVE

Jueves

—¿Quién me salvó, Dios o Satanás?

—Ninguno de los dos. Los bomberos, chacha.

Marga Saavedra está en observación en una cama de hospital. No lleva ninguna escayola, tampoco gotero alguno. Golpes, arañazos y moratones, sí, por todas partes, pero nada roto. Si no fuera porque por debajo del camisón de paciente va desnuda se diría que en cualquier momento puede levantarse e irse. No se mató gracias al colchón de aire comprimido que Ampareles Guillot, cabo conductora de los bomberos de Madrid, tuvo la inteligencia de desplegar en cuanto la vio aparecer haciendo equilibrios en el frontón del Congreso, aunque le duelen el cuerpo en general y la cabeza en particular. Se siente como si un ejército de toros de lidia le hubiera pasado corriendo por encima.

Apoyando las manos sobre el pie de la cama, el presidente en funciones del Congreso la mira con extensa sonrisa de alivio.

—Menudo susto nos diste, mi amor. Pues no faltó más nada para que te escacharas...

—Ay, cuñado, cómo me duele todo...

—Pues ¿qué pasó, Marga? ¿Acabaste ahí arriba huyendo de los bárbaros? La policía espera a que te encuentres mejor para tomarte declaración y que firmes una denuncia.

A Marga le cuesta mantener los ojos abiertos. La melena le cae con desmayo por ambos lados del cuello. Antes de responder se queda cavilando un segundo. Por su pensamiento desfilan el viejo Moncayo, la perra negra, el juez y la mano tendida que casi la salvó. Aquella voz tras la mano que le resultaba tan dulce, tan familiar...

¿De quién era aquella voz?

—Migue, ¿qué sabes de un expediente secreto titulado *Informe espantoso sobre tábanos, ratas y crímenes en la Casa*? —La pregunta sorprende al presidente Betancor.

—Lo redactó la letrada Mercedes Martínez... —responde no sabiendo adónde lo quiere llevar la diputada Saavedra.

—¿A petición tuya?

—No, por propia iniciativa. Decía que había un fantasma en el Congreso y yo le dejé hacer.

—Pero declaraste el expediente secreto y lo escondiste en la caja fuerte de tu despacho...

—Obvio, chacha. Obvio... ¿Qué querías que hiciera? ¿Circularlo y que todo el mundo la tomara por loca? Lo guardé a buen recaudo para protegerla. Es una buena persona...

—Y, Migue, cuñado..., ¿qué dice el *Informe* ese? —Marga hace un mohín caprichoso con las cejas y los labios como si fuera una niña, ahora se pregunta por qué no terminó de leerlo.

—*Machangadas*, yo qué sé..., que una sombra de perra se aparece y desaparecen personas. Que, según los testigos..., vigilantes y señoras de la limpieza, no vayas a creer que nadie con más instrucción..., a ver cómo lo digo, que, según esos testigos toletes, la sombra merodea por tu despacho... Y que se ha visto a otras personas habituales del Congreso alguna noche jugando y dialogando con la sombra, incluso con la propia perra hecha carne. «Los amigos de la reviniente», los llama la letrada Martínez, pero no menciona quiénes son... Desliza, sin confirmarlo, que una de esas personalidades afines a la perra, captadas por sus encantos fantasmales, vaya, sería Paco Arroyo.

—¿Mi despacho? ¿Por mi despacho?

—Sí, tu despacho... No dice por qué. Entiendo que al fantasma lo han visto muchas veces cerca, que va por ahí...

—Ya. ¿Y qué otro amigo podría tener la reviniente? —Marga se incorpora con interés.

—No lo aclara.

—Ostras, a lo mejor Ana de Mendoza...

—Podría. Pero si fuera alguien tan notorio como nuestra Anita la habrían reconocido los toletes. Tú lo dices porque se llama igual que la princesa de Éboli y eso te parece misterioso. —Miguel Betancor parece a punto de soltar una carcajada.

—Y también se llama igual que la sobrina de la marquesa del Valle, la sobrina que la acompañó en sus conspiraciones y en sus cárceles. Y en la muerte también... La que le preparaba los baños de sangre... —El presidente en funciones enarca las cejas expresando sorpresa e incredulidad—. A esa otra Ana de Mendoza yo la he visto en mis sueños... ¿Y qué más?

———Te golpeaste la cabeza, chacha. ¿Verdad que te golpeaste la cabeza? Buf..., qué cosas dices. En fin, que esa sombra en realidad es una chocha que estaba enterrada debajo del hemiciclo y que os va a arrancar la lengua y se os va a comer a todoooos... —Miguel Betancor pone voz de adulto que le está contando un cuento de miedo a sus hijos.

—¿Eso pone? ¿En serio, lo pone? ¡Ostras!, Monchito... —Marga se tapa la boca abierta con la mano.

—Échale mojo, mi amor... A ti te falta un chaparrón... ¡No me

jodas, Marga! Estás desvariando. ¿Llamo a la doctora? Tengo su tarjeta profesional por si necesito algo...

—Te ha gustado la doctora afroespañola, ¿eh? —Marga vuelve a dejarse caer sobre la cama.

—Negrita, querrás decir.

—Afroespañola, y no me hagas rabiar. —Marga se relaja.

—Chimamanda Palomero —lee la tarjeta en voz alta poniendo morritos—, Chima para este canarión..., doctora en medicina y cirugía. Yo diría que ha sido un flechazo, que la tipa está en llamas por mí.

—No cambiarás nunca, Migue. —En Marga se deja notar un tono femenino entre el embeleso y la renuncia.

—Y dime, chacha, esa tal marquesa que dices ¿es la que describe el *Informe* con tanta crueldad en el alma?

—El verdadero fantasma del Congreso... La fundadora del convento sobre cuyos cimientos está construido el palacio y que, en efecto, sigue enterrada debajo del hemiciclo. Bueno, lo de enterrada es una suposición... Dame más detalles del *Informe espantoso* de Mercedes Martínez.

—Pues, ya te digo, chorradas... —Los ojos achinados del presidente Betancor dejan claro que no se ríe por no ofender a su amiga—. La letrada firmante concluye que el Congreso está maldito, que una puerta del infierno se abre bajo nuestros pies. ¿Te lo puedes creer? Como si hubiera un infierno peor que aguantar los discursos río de nuestros compañeros diputados...

—Ponte serio, Migue, que el tema es grave. Y ¿qué más?

—No sé... Que una leyenda escrita en un fresco pintado en la biblioteca dice algo así como que quien abraza a la perra... —Betancor ha puesto voz de narrador de película de terror—, que quien abraza a la perra muere devorado y más nunca vuelve. Eso, más o menos.

—Migue, ¿te crees todo esto o estoy sufriendo alucinaciones?

—Chacha, yo sólo creo en aquello a lo que puedo meter mano: la política y las maduritas. Y te ruego que te centres y no hagas tonterías. Este no es momento para que renuncies a...

Ahora entiende Marga por qué Mercedes quiso que su amigo Arroyo leyera el *Informe espantoso* antes de ponerlo en conocimiento del presidente del Congreso. Trató de salvarle la vida.

Conforme las piezas del puzle van ocupando su lugar en la cabeza de Marga, el terror se apodera de ella. Todo resulta demencial.

Y Moncho debe estar muerto...

Moncho...

Entretanto, Miguel ha seguido hablando:

—... como decía Pío Cabanillas —el presidente Betancor se ha separado de la cama y camina errabundo por la habitación—, no sé

por qué los de derechas atribuimos todo lo ingenioso a Pío Cabanillas..., la política es un mercado. Tú coges un pato y te lo llevas al mercado guiándolo con un palo. Allí lo cambias por un saco de trigo, y el saco de trigo por dos cubos de leche, y los dos cubos de leche por una cabrita, y la cabrita por cuatro quesos, y los cuatro quesos por otro pato... Y te vuelves a casa guiando con tu palo al pato nuevo... Escucha, cuñada, en política puedes comprar o vender cualquier cargo, pero si no tienes pato, no hay mercado.

—Perdona, Migue, se me ha ido el santo al cielo, ¿de qué va la historia esa del pato?

—De que en política no puedes renunciar al escaño en el Congreso, chacha. El escaño es el pato. Lo puedes cambiar por una dirección general, una subsecretaria o un ministerio, pero si no hay escaño no hay mercado.

—Ya, ¿y qué?

—Que no me vengas con lo de que dejas el Congreso porque sin sitio en el Congreso no tienes nada con qué ir a comprar o vender en el mercado de empleos políticos.

—Pero si yo no quiero dejar el Congreso. ¿Quién te ha contado semejante memez?

—Me lo ha dicho mi presidente, Pruden, y a él se lo ha dicho tu nueva presidenta, tu amiguita la Anita de Mendoza de nuestros días, que, tras el accidente de anoche, después de quitarte de portavoz y con la racha que llevas, pues que te quiere quitar de en medio y te va a ofrecer que abandones el Parlamento y cojas algún puesto de asesora en el Ayuntamiento de Sevilla. Te lo estaba contando a propósito de que me has dicho que Anita podría ser la ayudante del fantasma del Congreso o una gilipollez así... Pero tú no aceptes por muy deprimida que estés.

—Ya. —Marga ha perdido todo interés en la conversación. Quiere quedarse a solas y ordenar sus pensamientos, pero Miguel Betancor parece que ha desayunado lengua.

—Por cierto, mira, mi amor, mi chachita... —el rostro de Betancor sonriendo es todo dientes blancos como sábanas tendidas al sol—, esta mañana he estado enseñándole la Casa al imán dado que será el próximo presidente de la Cámara por el acuerdo del PSOE con el Pacto del Arcoíris, más los nacionalistas, más los *indepes* y más los perritos y gatitos abandonados de por ahí..., yo tan institucional..., oye y ¡agüita!, qué hombre más asceta y qué sabiduría oriental, va vestido de rey Baltasar..., y el imán me ha comentado que entre los detenidos de anoche hay un chaval al que se buscaba en relación con el atentado contra la mezquita de la M-30 del año de la rodamunda.

—¿Tú también llamas al Gran Catarro la rodamunda? Qué gracia, como la bibliotecaria —dice Marga con abatimiento.

—Bueno, es así como lo llaman ahora, ¿no?

—Migue, ¿crees que acabarán relacionando al Cuervo con la invasión del Congreso de anoche?

—No, en absoluto. El Cuervo se ha lavado las manos, ya ha desmentido toda relación con los locos que asaltaron la Casa. Aunque no ha condenado los hechos y ha declarado algo así como que cualquier cosa que haga un español contra ese Gobierno de moros y rojos que se avecina..., así, chacha, ¡moros y rojos!, ha dicho que cualquier cosa contra ellos, aunque parezca ilegal, será moral y que esa ilegalidad contaría con el respaldo, si levantaran la cabeza, obvio..., de don Pelayo, Isabel la Católica y el Gran Capitán. No ha incluido a Franco y a Tejero en la lista porque el Cuervo es malo, pero no tiene huevos... Todo está muy, pero que muy movido. Yo no descartaría una conspiración mierdosa de tu partido, el mío...

—No te estoy siguiendo, Migue. Estoy un poco cansada.

—¡Ñooos!, vale de palique. —Se acerca y la besa en la frente—. Descansa, mi amor, que me tienes que contar despacio el cuentito ese de la marquesa fantasma...

—Cuñado, ¿y de Moncho?

—Nada, de Monchito no supe más nada, Marga. Más nada... —se le escucha soltar con tono preocupado mientras sale de la habitación.

Cuando se queda sola, la diputada Saavedra empieza a aceptar que cuanto le está ocurriendo es real, aunque resulte estrafalario. Le fascina la naturalidad con que se entremezclan con la política el monstruo reviniente y sus crímenes, con cuánta normalidad lo escalofriante, lo inexplicable y lo inhumano se han interrelacionado con la vida de los diputados sin alterarla; se diría que la marquesa del Valle siempre estuvo ahí y que por eso los políticos se la cruzan con total indiferencia, como si no la vieran. A nadie en el Congreso le llaman la atención los moscardones ni las ratas, es como si formasen parte del decorado ordinario del gobierno del país.

Y enredada en estas cavilaciones se adormece, descansa un poco, hasta que la alarman el chasquido de un mechero y el humo de un cigarrillo.

—Pero, pero... ¿qué haces fumando aquí? Esto es un hospital...

—Buenas tardes, Marguita.

A la diputada Saavedra, convaleciente, postrada, dolorida y sin peinar, vestida sólo con el camisón de paciente abierto por detrás, que le deja el culo al aire, le resulta extremadamente incómodo encontrarse al despertar con Pancho Zaragoza tocado con su sombrero de jipijapa y fumando un Lucky Strike de boquilla roja a su lado.

Peor aún porque trae compañía.

—Agradece la visita, niña.

Marga se fija en que el viejo intrigante se ha vuelto a teñir el pelo

y la barba, que han pasado del castaño chocolate al moreno cacao. Y entonces reconoce a la acompañante de Pancho y se quiere morir. Nota cómo se le sube de golpe toda la sangre al rostro pues le confluyen en las mejillas ríos de vergüenza, ira, impotencia y enojo. Un cabreo infinito la recorre por dentro.

Si dice algo le saldrá un grito.

Respira profundamente.

Ahí, con los brazos en jarra y las piernas separadas, plantada frente a la cama, escrutándola con sus ojillos febriles como caramelos de fresa ácida, la correa del bolso cruzada separándole los pechos y el bolso gravitando sobre la cadera tal que una cartuchera, con la actitud retadora de un pistolero y la media sonrisa de quien ha dado jaque mate..., ahí, con una expresión de triunfo en los labios fruncidos, disfrutando de contemplarla en su peor hora, ahí..., justo ahí está la examante de su amante.

—Marguita, creo que no hace falta que te presente a la celebérrima periodista Boni Granero.

—No, no hace falta... —Marga se recoge el pelo con las dos manos como si se hiciera una coleta y se sienta sobre la almohada. Con el embozo de la cama se cubre hasta la cintura.

—Hola, guapi. ¿Cómo te encuentras?

¿Será cínica? En la vida le ha dirigido la palabra y ahora que se la encuentra humillada se regodea llamándola «guapi». Es una lagarta, una víbora, una hija de puta... ¿Qué vería Moncho en ella?

Preguntarte qué vio tu pareja en sus propias exparejas es una de las autolesiones que las personas inseguras se infligen con mayor deleitación, y Marga parece decidida a reforzar todavía más la posición de Boni torturándose así, merced a sus celos retrospectivos. Le cuesta más aceptar la existencia de Boni que la de Vega. Será por el cargo de conciencia que siente frente a la esposa legítima, porque está haciendo lo que siempre se prometió que no haría, entremeterse en el matrimonio de otra mujer, o será por las niñas, o será porque lo de Vega le suena a rutina mientras que lo de Boni pudo haber sido tan apasionado como lo suyo, si no más..., pero el caso es que frente a Vega alberga remordimientos y ante Boni se descompone.

—Desde anteanoche que, mientras el pueblo luchaba por liberar el Congreso de la morería y los comunistoides, nosotros estuvimos cantando juntos en el Toni 2, esta es mi novia.

—¿De qué vas? —Boni se pone chula.

—Bueno, mi penúltimo amor.

—No tanto... —responde la señalada con fingida turbación.

—¿Mi actual pareja?

—Déjalo en nueva ilusión...

—Lo que tú digas, cielito lindo.

—Es un cachondo, ¿eh? —La periodista intenta mostrar cierta complicidad femenina con Marga, a quien este innecesario flirteo le ha resultado embarazoso, amén de repugnante.

—Pancho, apaga el pitillo que me está mareando... ¿Qué coño hacéis aquí? —Para Marga decir «coño» es como haber cruzado la frontera de las palabras que no se pueden decir, aunque se esté muy indignada, y es que se siente más que indignada.

—Esta y yo venimos a salvarte la vida, te traemos una buena noticia —responde Pancho arrojando el Lucky al suelo, pisándolo y expeliendo por la nariz un chorro de humo que rebota contra la colcha de la cama produciendo una pequeña nube gris.

—Totalmente —apuntala Boni.

—La vida me la salvó una bombera...

—Yo me refiero a tu vida profesional.

—Ya...

—Verás, niña, he sabido que tu partido quiere prescindir de ti.

—Mi partido no, mi presidenta.

—Pues más a mi favor. Tu partido no manda una mierda y tu presidenta sí. Y yo no quiero que te pase nada, y menos que pierdas el escaño. ¿Sabes lo que decía Pío Cabanilles?

—Cabanillas —le corrige Boni.

—¿Lo del pato y el palo? —pregunta Marga con hastío.

—Lo del carrusel.

—Estoy segura de que me lo vas a contar. —Marga deja los ojos casi en blanco.

—Voy... Resulta que la política es un tiovivo. Un niño va montado en la diligencia de los vaqueros, otro en un caballito de mar, otro en un coche de policía, otro dando vueltas en la olla de los caníbales..., y uno, sólo uno, va montado en el caballo blanco. Y de vez en cuando el del caballo blanco se cansa y entonces todos cambian de sitio hasta que por fin alguno consigue subirse al caballo blanco. Si estás dando vueltas en el tiovivo siempre tienes un sitio, niña, si no sobre un tigre de bengala, pues tocando la campana en el camión de los bomberos, pero un sitio..., o, tal vez, con suerte, incluso el caballo blanco, pero... —hace una pausa para dar importancia a lo que viene a continuación —, pero si te bajas del carrusel únicamente verás a tus amiguitos cruzar delante de tus narices y les dirás adiós con la mano.

—Muy ilustrativa tu metáfora. ¿Y...?

—Adióoos... —Pancho agita la mano girando el tronco de izquierda a derecha como si estuviera saludando a alguien que pasara de largo, y se lame las babas que se le han secado en ambas comisuras de los labios antes de seguir—. Pues que a ti, niña, te van a bajar del carrusel y que el tío Pancho y esta han venido a salvarte el culito.

—Oye, Pancho, ese ejemplo yo se lo he oído a Jesús Posada... —

Boni vuelve a corregir a Pancho.

—Es que Pío Cabanilles y Jesús Posada son la misma persona, ¿o no te habías enterado? —Imposible distinguir si la expresión del veterano intrigante muestra cinismo, ignorancia o guasa.

—¿Y qué vais a hacer por mí, tú y esta?

—Muy fácil. Don Baldomero Cuervo está organizando una mayoría nacional para evitar un Gobierno de moros y rojos, pero la gente a la que represento tiene serias dudas sobre el sentido de tu voto en una hipotética investidura de don Baldomero y han decidido eliminarte del Congreso, bajarte del tiovivo.

—Sigue. —Marga ha sacado a la diputada Saavedra que lleva dentro y se ha puesto en su sitio, está muy seria.

—Pero yo les he dicho que soy algo así como tu padrino, niña, tu protector..., y que me dejen hablar contigo. He peleado por ti, les he convencido y aquí estoy con una buena noticia.

—¿Con quién te has peleado?

—Con don Baldomero, con Pruden y con Ana...

—¿Con Ana de Mendoza?

—Sí, la conozco desde pequeña, soy muy amigo de su padre, de hacerle favores urbanísticos en la playa de Gandía y eso.

—Ya, ¿y cuál es la buena noticia esta vez?

—Si aceptas votar a don Baldomero como presidente del Gobierno, estoy en condiciones de garantizarte un puestazo.

—¿De qué puestazo hablamos? —pregunta Marga con severidad.

—Pues de algo así como de la carroza de Cenicienta del tiovivo, una bicoca para una niña como tú, la joya de la corona política española... Después de la investidura don Baldomero te nombraría... ¡directora general de Paradores de Turismo! —Pancho abre los brazos como un mago tras mostrar el resultado de su truco, y Boni finge unos aplausos de ayudante de mago por detrás.

—¿Quién no quiere semejante chollo? —completa el argumento la periodista.

—¿Y a ti qué te hará? —Marga no mueve un músculo de la cara e ignora la pregunta de su rival.

—A mí nada, pero a esta, a esta..., si sigue conmigo, a esta la vamos a hacer directora general de Televisión Española con derecho a su propio magacín en *prime time*. ¿Qué te parece? —Boni vuelve a fingir los aplausos de ayudante de mago.

—Que no.

—¿Cómo?

—Que no. Ene o, no. Que no.

—¿Estás loca? —Boni Granero responde alucinada, como saliendo repentinamente de una hipnosis—. ¿Estás chiflada?

—Seguramente lo estoy, pero mi respuesta es no. ¿Qué parte del

no os parece incomprensible? No significa no, sin matices. No cabe un no a medias ni un no negociable. No es no. Mira, Boni, es lo mismo que te respondería Ramón Bayo si le preguntases: no, no y no. Los principios de Ramón y los míos están por encima del precio más alto que vosotros y el fascista del Cuervo podrías pagar. Nuestro precio se llama libertad.

—Pero Ramón ya no está. —Hay insidia en esa reacción de la examante de Ramón.

—Ramón irá siempre donde vaya yo, zorra, esa es tu desgracia. —Marga se yergue para lanzar su estocada.

Justo en ese instante en que la tormenta iba a descargar entra en la habitación una mujer de más de uno ochenta de estatura con aspecto de cigüeña sin pico, delgada, con piernas torneadas, interminables, negras, que emergen como fustes de palmera de la bata blanca y que acaban en dos zapatos de tacón más rojos que la sangre. Se recoge el abundante cabello rizado con una cinta del mismo color intenso. Parece una diosa africana con fonendoscopio al cuello y un sobre marrón con placas en la mano.

—Salgan, por favor, vengo a dar el alta a esta señora —dice con desenvoltura y autoridad la doctora Chimamanda Palomero.

—Adiós, miserables —suelta la paciente.

—Estás muerta, niña. Muerta... —gruñe Pancho Zaragoza mientras sale de la habitación.

—Muertecita, muertecita... —le secunda Boni Granero con retintín, evidenciando su antipatía hacia Marga y su frustración.

Una vez se han marchado dejando abierta la puerta de la habitación, la doctora Palomero, que se ha sentado a rellenar un formulario de alta médica, con las rodillas por delante como picos morenos de una cordillera recién emergida del océano, pregunta:

—¿Quiénes eran estos personajes, doña Margarita? Al florero de la naricilla operada creo que la he visto alguna vez dando gritos en la tele, pero el que va vestido de amo de plantación de tabaco tiene una pinta muy turbia, ¿no?

—Eran conspiradores, doctora. Querían mi voto para el Cuervo y su Escarmiento.

—Y usted les ha dicho que no, ¿verdad? Por eso la quieren muertecita...

—Exacto, doctora.

—Pues se lo agradezco. Usted y el guapo señor Betancor me representan. Lo que tienen que aguantar los políticos... Bueno, esto ya está. Ninguna fractura. No hemos necesitado hacerle muchas pruebas, sólo dejarla dormir, que lo necesitaba mucho... Ha sido como si usted llevara una semana sin dormir... Ahora, un par de días de reposo en casa con unas pastillitas que le receto para que siga durmiendo y

como nueva, doña Margarita. —A Marga no le quedan fuerzas para protestar porque en realidad se llamaba Amargura...—. Y a dar guerra otra vez.

—Al mercado con el pato y a dar vueltas al tiovivo...

—¿Perdón?

—Nada, una tontería... Gracias por todo, doctora.

—Es mi trabajo, diputada. Le dejo mi tarjeta... Por cierto, nada de lo que le he recetado le perjudicará en su estado. —La doctora le entrega el alta, una receta y le guiña el ojo.

—Mi estado es lamentable.

—Yo no diría eso, pero usted misma. Ha sido un honor conocerla.

—El honor ha sido mío, doctora. Gracias, muchas gracias.

Y Marga se queda pensando qué Ana de Mendoza será su Anita de Mendoza: si la princesa de Éboli o la sobrina cómplice de Magdalena de Guzmán.

—La mala, la mala... —concluye para sí.

CUARENTA

Viernes

De Madrid, la indiferencia, la absoluta impasibilidad ante las noticias españolas que vienen y van. Se mide en años luz la distancia que separa el divertido ecosistema madrileño del torrente seco en que consiste la historia de España. Desde el 2 de mayo de 1808, España sigue a Madrid y no al revés.

Lo llaman centralismo, pero es primogenitura. El día que España muera será Madrid quien herede sus ajadas banderas y sus herrumbrosos cornetines, y eso se sabe. A España la enterrarán en el Congreso de los Diputados, junto a la marquesa del Valle, y los madrileños de seguido se irán al Bernabéu, al Wanda Metropolitano, a la plaza de Las Ventas o a la Pradera de San Isidro a merendar porque aquí el entretenimiento es la religión oficial, válida incluso para los funerales.

Los madrileños temen más el hastío que la muerte. La muerte, después de todo, es un dolor breve, pero el aburrimiento puede alargarse.

Viven con la confianza y la displicencia que concede estar seguros de que el día en que vengan los rusos o los chinos y compren el Retiro para construir en ese pedazo de solar casitas unifamiliares, pareados y adosados de lujo con zona común, piscina y gimnasio, nada cambiará mucho dado que también esos rusos o esos chinos se harán madrileños. Lo de que en Madrid los bares no cierran nunca es una leyenda imbatible.

Hablamos de los nuevos romanos, sólo faltaría que España se llamase simplemente Madrid o imperio madrileño para que el paralelismo fuera perfecto, y por eso los madrileños, también conocidos como gatos, se permiten el lujo de darle relativa importancia al gobernante de turno, provenga de la provincia que provenga y se adorne con los moños con que se adorne. Como los romanos de la misma Roma, suponen que tras un emperador asesinado vendrá otro que también será asesinado, y que mientras dure se esforzará lo mismo que su predecesor por madrileñizarse. En esas condiciones, a nadie se le puede reprochar en Madrid que confunda el descenso del ser humano de los árboles con el mercado de Navidad de la plaza Mayor, o el futuro evolutivo de la especie con que

en la calle Ponzano te pongan tapa con la caña sin necesidad de mirar fijamente al personaje que despacha en la barra.

Se discute más de política en cualquier ateneo provinciano que en los mentideros y en los restaurantes del barrio de Salamanca. En provincias los políticos se codean con los caciques, pertenecen a su círculo; en Madrid, por el contrario, un político en una cacería de millonarios está a la altura del tipejo que va con los perros a recoger con la boca las perdices muertas. Algunos ministros o diputados pierden la cabeza en cuanto los invitan a cenar a un par de domicilios relevantes de Madrid sin darse cuenta de que allí no son más que el pobre sentado a la mesa, tan distracción de la noche como la camarera de ébano que sirve la sopa con guantes blancos.

En Madrid es de mal tono dedicarse a la política y también sacar el tema estando de visita en las casas bien; queda servil, paleto, muy ordinario.

Digamos que, después de tantas hogueras, pronunciamientos, revueltas, cogidas mortales, atentados terroristas y defenestraciones, los madrileños han aprendido que el éxito político es fugaz, prescindible y malo para la salud, y que es mejor no prestar mucha atención a lo que hacen, dicen o les pasa a diputados, senadores y otros animales.

Un político en Madrid es un mojón para los madrileños. No es novedad. Hay demasiados.

Por eso la cotidianeidad madrileña permaneció inalterada aquella mañana en que las radios amanecieron vomitando la noticia de que la UDEF había entrado con una orden judicial de registro en la sede de Ele-Ele. La capital se despertó, hizo pis, se rascó el culo, se duchó, se tomó el café deprisa y cogió el metro o el atasco con la parsimonia de cualquier otro día. Con un poco menos de náusea, si acaso, porque era viernes y el fin de semana estaba ahí.

La llamaron «Operación Dip», recordando al vampiro Onofre de Dip de la novela de Joan Perucho, porque se iba contra políticos chupasangres de Cataluña, o sea *saquejadors*. La policía siempre derrocha erudición al elegir el nombre en clave de sus operaciones, pero, en este caso, además de sapiencia, demostraron sentido de la oportunidad, aunque ni siquiera yo me di cuenta entonces.

Las televisiones daban en bucle imágenes de agentes vestidos de paisano, mayoritariamente con vaqueros y zapatillas de deporte, con chalecos amarillos a cuya espalda podía leerse «Policía Nacional» saliendo de la sede de Ele-Ele de Pintor Rosales con cajas de cartón llenas de documentos y con ordenadores de mesa. De fondo se veía a Crescencio dando explicaciones a los curiosos. Al portero lo sorprendió el registro desayunando o haciendo su tabla de gimnasia sueca y todavía llevaba puesto el pijama bajo un batín de cuadros

escoceses. Pero a Madrid, a ese hormiguero excavado en el centro de la península al que llamamos Madrid, todo eso se la traía floja, no era más que el soniquete de fondo que produce la política, igual de irrelevante que el de cualquier otra jornada.

El presentador del informativo matinal, tan parecido a una zanahoria como otra zanahoria, contó que la actuación policial era consecuencia de una nueva pieza del caso del puticlub-spa Ñol que desde hacía tiempo investigaba en secreto el juez de la Audiencia Nacional Adriano de Dios, famoso por haber sido acusado por su expareja, la presentadora del programa vengativo de actualidad política *Con los cuernos por delante*, de tocamientos no solicitados. A esas horas se desconocía aún el número total de personas detenidas en la Operación Dip, aunque fuentes judiciales confirmaban que no serían menos de cincuenta, entre las que se encontrarían conocidos políticos de distintos partidos, empresarios, tres masajistas, una entrenadora de pilates, otra de zumba, un pastor evangelista, un novillero estríper y un profesor de ética. Los arrestos y registros se estaban produciendo en varias provincias y la investigación seguía abierta, conque no se descartaba que hubiera aún más sujetos salpicados al día siguiente.

Añadió el presentador, sin aclarar de donde le venía la información, que todos los miembros de la Peña de los Gordos, sobrenombre con que se conocía a la antigua dirección de Ele-Ele cuando el partido aún se llamaba Ciudadanos, habían sido conducidos a comisaría.

Desde el portal de la casa de Ernest Coll en Barcelona, todavía difuminado por la neblina y el trinar de pajaritos con que arrancaba la fecha, una señorita muy joven con ojos alucinados, vocecilla de opositora y el micrófono agarrado como si fuera un plátano, confirmó al hombre zanahoria de la televisión que el expresidente del partido liberal estaba asistiendo personalmente al registro que a esa hora se producía en su morada.

—Total, Mateo, estoy en condiciones de confirmarte personalmente que el señor Coll, detenido en el marco de la Operación Dip, asiste personalmente al registro de su morada.

—¿Y su abogado?

—Total, Mateo, confirmo personalmente que su abogado también asiste personalmente a la morada, según fuentes vecinales.

Las mencionadas fuentes vecinales se asomaban con gafas de pasta, bata de boatiné y cabezas despeinadas por detrás de la corresponsal.

—A Ernest Coll —continuó la del micrófono banana— la policía lo ha sorprendido cuando se disponía a ducharse por sí mismo, por eso esta vecina, cuando salía a caminar personalmente con sus amigas, se lo ha cruzado en el rellano tapándose personalmente con su toalla

mientras protestaba porque las fuerzas actuantes le habían roto la puerta de la morada con el ariete. «Estaba en la ducha, no los oí llamar...», les decía personalmente a los agentes, según esta *testiga*.

La susodicha *testiga*, semblante de topillo, sudadera de lana con retales símil piel de leopardo, pendientes de aro de diez centímetros de diámetro y pelo afro, asentía personalmente al costado de la enviada especial. Y así lo confirmó Mateo, el locutor pelirrojo, dando por concluida la conexión:

—Efectivamente, podemos confirmar totalmente que la *testiga* asiente personalmente.

Y, a continuación, dio cuenta de un comunicado emitido a primerísima hora por la dirección de Ele-Ele en el que se señalaba que: «El partido Libertad-Libertad se desvincula de los hechos que se puedan estar investigando en el marco de la Operación Dip, sean cuales sean, y los condena sin paliativos, consistan en lo que consistan. Hemos cambiado de nombre y hemos implementado una fuerza política diferente; esas corrupciones no nos manchan. No se necesita saber qué hizo la obsoleta dirección de ese partido anterior a Libertad-Libertad para aceptar su antijuridicidad porque cuanto gestionaron fue contra la óptima gobernanza. Exigimos por tanto para nuestros excompañeros una firme presunción de culpabilidad, sólo así aumentaremos la transparencia y la depuración de responsabilidades en la política nacional y europea».

—Presunción de culpabilidad, diputada —le dijo Fausto Rancaño por teléfono a Marga conteniéndose un eructo.

—¿De culpabilidad?

—De culpabilidad, señoría Saavedra. Y los confidenciales de internet ya están sugiriendo que usted podría ser la próxima imputada.

—¿Qué confidenciales?

—El Alcázar de Toledo punto com y España Una y Digital punto com. Están recordando su amistad con la Peña de los Gordos...

—Esos son medios de Escarmiento.

—En efecto, pero con muy buenas fuentes en Salesas, en la policía y en las cloacas.

—No me pueden detener, soy aforada.

—He dicho imputada, no detenida, señoría Saavedra.

Marga Saavedra, ya en su domicilio, había dormido toda la noche y buena parte de la mañana de un tirón gracias a las pastillas que le dio la doctora Chimamanda Palomero. Y gracias a que ella misma se duplicó la dosis. La despertó una llamada de Reyes advirtiéndole del registro y de las detenciones en Ele-Ele, pero Marga, después de insistir en que estaba bien, en que tenía comida suficiente en casa, en que sólo deseaba seguir durmiendo y en que no se preocupase, había

vuelto a dejarse mecer por un complaciente sopor. Hasta que el teléfono volvió a sonar y escuchó esta vez el saludo y la presentación con voz de lagarto del señor Rancaño, jefe de gabinete de don Baldomero Cuervo.

—Buenos días, buenas tardes ya, señora Saavedra, me llamo Fausto Rancaño y me cumple el honor de ser jefe de gabinete de don Baldomero Cuervo. ¿Tendría usted unos minutos de amabilidad para conmigo? No deseo más que trasladarle el deseo de su pronta recuperación de parte del líder de Escarmiento, esa es la a, y considerar con usted alguna derivada que podría desprenderse de los incómodos acontecimientos que se están produciendo en su partido, esa es la be. ¿Me regala un momento, señoría?

No sabemos cómo hablan los lagartos ya que, de hecho, no hablan, y tampoco sabemos qué voz tendrían si hablasen. Pero suponemos que sisearían y que se les escaparía el aire al abrir la boca, por aquello de la lengua bífida y la falta de dentadura, y por eso a Marga, dada la tibieza venenosa y la perceptible dispepsia de su interlocutor, le parecía estar conversando con un lagarto, con un reptil grande, en todo caso.

Se despertó del todo.

—En el presente —silbó el señor Rancaño—, aún no están redactados los informes policiales de la Operación RIP, digo Dip. Su nombre, señoría, Amargura Saavedra Meléndez..., su nombre podría aparecer en ellos, y derivarse de eso la consecuente imputación, o no. Depende sólo de que el comisario a cargo la incluya o no con alguna frase polivalente, ambigua..., del tipo: «Estaba al tanto», «tenía mando en plaza» u «ocupaba un cargo decisivo». ¿Usted me comprende?

—No muy bien. Yo no he hecho nada ilegal.

—Bueno, eso no lo sabemos. —Otro eructo sordo, aunque evidente, sobre el auricular—. Habría que investigarlo.

—Nadie es sospechoso hasta que se demuestre lo contario.

—Error, señoría. Nadie es culpable hasta que se demuestre lo contario, pero no estamos hablando de culpabilidad, sino de imputación. Y ahí sí, ahí me permitirá que le diga que para la policía todos somos sospechosos hasta que se demuestra lo contrario y que ustedes los políticos además son culpables preventivos. Y que es legítimo investigarlos prospectivamente, a ver qué se descubre, porque siempre se les descubre algo. Vamos, la prensa..., si se les investiga, la prensa aplaude con las orejas. —Lo de aplaudir con las orejas casi no se oyó porque el señor Rancaño se dio cuenta de que se estaba entusiasmando y recuperó su autocontrol reptiliano.

—A todo el mundo se le encuentran las cosquillas si se le buscan, somos humanos.

—Correcto, pero no todo el mundo juega a la política, que no es

juego de humanos sino de demonios.

—¿Y qué pretendes con esta llamada? ¿Asustarme?

—Ciertamente, asustarla.

—Pues ya lo has conseguido. Sólo con escuchar tu voz... —se contuvo y no dijo ni el sustantivo «lagarto» ni el adjetivo «venenoso»—, sólo con escucharte ya me he asustado. ¿Y ahora qué?

—Ahora viene la expiación, señoría, el trato... Usted puede hacer algo por nosotros y nosotros por usted.

—Explícate.

—A ver... El señor Cuervo aspira a liderar una mayoría cristiana y española, pero le faltan votos en el Congreso para la investidura. La presidenta de su partido, la señora Ana de Mendoza..., una gran patriota, sí señor, piense que para santificar a su partido y contribuir a la causa nacional ella misma facilitó al señor Cuervo la documentación que ha permitido la redada de esta mañana, con que le diga eso se hará usted una idea de su descomunal patriotismo..., pues doña Ana, le iba diciendo, ya nos ha garantizado el apoyo, pero la señala a usted, ¡a usted!, entre otros, desde luego, pero a usted misma como un posible obstáculo. Por lo visto, tiene su señoría una amistad inconfesable con don Ramón Bayo, otro de los frenos para la liberación de España...

—Te aconsejo que no sigas por ahí, si no quieres que cuelgue.

—Disculpe, nada tengo contra el diputado Bayo, de quien fui un seguidor hasta que don Baldomero Cuervo me deslumbró con su amor a la patria y su sentido épico de la historia... —El eructo que sí se le medio escapó ahora sonó como un pedo.

—Vaya, que como Pancho Zaragoza fracasó ayer, hoy me envían al poli malo a sobornarme con algún otro carguito público, ¿no?

—No se me venga arriba, diputada. Don Pancho Zaragoza es demasiado frívolo para la causa, en eso estamos de acuerdo, pero ¿quién ha dicho que un ejército se componga sólo de oficiales y héroes? También son necesarios los soldados, los espías y hasta las putas que acompañan a la tropa... También los corruptores del enemigo como Pancho, ¿eh? No, lo mío es más dramático, permita que lo diga así, le recuerdo que usted puede ser imputada, por si se le había olvidado... —Rancaño sonaba ahora más a reptil que nunca.

—Lo he entendido, Fausto. —Marga se encontraba en un punto intermedio entre el pánico y la indignación, sin decantarse aún por uno de esos dos estados explosivos.

—Pues don Baldomero Cuervo la puede ayudar... Los comisarios y el juez De Dios..., no sé si debería haber dicho lo del juez..., pero usted ya lo suponía, ¿no?, en fin, los que están detrás de esta operación RIP, digo Dip, trabajan para la mayoría española e incluirán su nombre en los informes policiales o no dependiendo de lo que les pida don

Baldomero. Todo se hace como servicio a la patria y por el mejor bien de España...

—Al carajo. —Las palabrotas que sonaban tan mal en la boca de Marga solían destaparle el acento y el tono sevillanos.

—*Do ut des*, doña Marga, nosotros le damos y usted nos da... Usted vota en el Congreso a don Baldomero Cuervo de presidente del Gobierno y nosotros no la incluimos en la causa contra la corrupción que hoy se ha abierto.

—Eres un mensajero del mal, Fausto. Yo soy inocente.

—Todos lo somos, señoría, en política no existen los culpables, sólo los perdedores, palabra de Fausto.

Hay quien cree, sobre todo los escritores de novelas de intriga política, que en España los políticos se compran unos a otros con dinero o cargos, no es verdad, lo único que mueve a un político español a cambiar de postura es el miedo. La amenaza es el cohecho hispano, al menos según mi experiencia.

Pero con Marga no sirvió.

CUARENTA Y UNO

Sábado y domingo

Llevo más de una semana sin escribir, sin que me salga una línea. Me digo que la niña me necesita, que debo atenderla, pero no es verdad, su padre se ocupa de ella. Yo doy vueltas por la casa como un corcho flotando en el mar, me meto en el cuarto de baño y le pongo caras al espejo, abro la nevera y, pese al asco que me produce la comida, me fuerzo a comer. No tenemos televisión ni internet, si no, me engancharía a cualquier programa de telebasura o deambularía igual que una idiota por las redes sociales..., leyendo en Twitter comentarios de desconocidos que no me incumben o jugando a *Homescapes* hasta embrutecerme... Lo mío no es procrastinar, no, no aplazo la escritura, lo mío es desasosiego. Me aterra revivir aquellos días en que Marga se hundió hasta el fondo del océano de su desesperación como si sus entrañas fueran de plomo.

El padre de la niña se ha dado cuenta de lo que me sucede y se ha imaginado qué capítulo de la historia me toca escribir ahora, de modo que, haciendo acopio de amor, se ha sentado junto a mí con nuestra hija en brazos y me ha dicho con esa voz difícil que tiene ahora:

—Vamos a hacerlo juntos. Tú escribe y yo sostendré a la niña dormida en mis brazos. Pasaremos la noche contigo.

—¿Y si se presenta la perra negra? Reviene casi todas las noches..., no sé si de verdad o sólo en mi imaginación...

—No tendré miedo. Te lo prometo. No puede hacerme más daño del que me hizo. Escribe, Palillo. Cuéntalo todo, aunque nos duela. Recuerda que lo hacemos por la niña, por su futuro.

—Pero mañana es uno de esos días en que te marchas al Congreso.

—Tranquila, no pasa nada si falto. Seguro que nadie va a preguntar por mí. Lo aplazaré.

Nos hemos reído con tristeza. En su mirada había infinita ternura hacia mí.

—Es cierto, nadie se va a dar cuenta de si estás o no.

—Venga, flacucha, escribe.

—¿En serio sabes de qué voy a escribir?

—Sí, te he visto zanganear como una estudiante en víspera de exámenes finales, y desnudarte con furia, y arañarte el pecho, y

llorar... Vas a contar la caída.

—¿No te escuece?

—Como a ti, si no más. La leche..., me destroza sólo pensarlo, pero es preciso sacarlo a relucir. No puedes saltarte eso. ¿Quieres que te dé la primera frase?

—Sí, por favor.

—Escribe: «Se acercaba el verano y Marga salió a pasear por Madrid».

—¿A pasear? Si iba medio drogada con las pastillas aquellas...

—Qué más da. Tú hazlo bonito, que bastante terrible es la historia y, a esas alturas de tu relato, quien lo lea estará ya enamorado hasta las trancas de doña Amargura Saavedra Meléndez, de su integridad, de sus debilidades... Seguro que sí... Sé lo que digo.

Su beso sobre mis labios con el cuerpecito de la niña entre los dos, respirando y exhalando un dulce perfume a leche, colonia, pomada y piel limpia, me ha llenado de ánimo. Me ha dado la fuerza de la vida. Así que lo voy a intentar.

Va por ti, mi amor. Otra vez: perdóname.

Te juro que tu dolor me dolerá más a mí.

Se acercaba el verano y Marga salió a pasear por Madrid. Llevaba una camisa blanca con las mangas recogidas, sin sujetador, a veces prescindía de tal prenda, un collar de semillas rojas y unos vaqueros gastados. Lucía el pelo limpio y suelto dejando que la brisa lo moviera a su antojo. Las aceras recién baldeadas, resplandecientes bajo un cielo casi blanco de tanta luz, parecían dispuestas para que las pisara con sus zapatillas de deporte, para llenarla de optimismo como si fuera la protagonista de un musical o de un anuncio de colonia.

Una estatua humana que representaba al oso con el madroño le hizo una mueca simpática al pasar por la Puerta del Sol; las tiendas de alimentación abiertas veinticuatro horas, regentadas por indios o magrebíes, próximas a la calle Arenal, exponían sus frutas multicolores en el exterior; los niños corrían por los vericuetos de la plaza de Ópera y de los jardines de Lepanto como bandadas de estorninos; los cantantes callejeros no desentonaban y en sus pañuelos extendidos, además de monedas, se distinguía algún billete de cinco euros; y en los bancos de piedra del parterre de la plaza de Oriente, bajo la figura ecuestre de Felipe IV, los enamorados pegaban sus mejillas para leer a la vez el mismo libro de poemas. Madrid sonreía haciéndose la sorprendida, agitándose igual que en las zarzuelas, como suele cuando se la mira con ojos de cámara de cine.

Los tranquilizantes que llevaba dos días ingiriendo sin mesura la tenían en cierto estado de euforia contenida, de despreocupación

divertida, que se asemejaba mucho a una ebriedad primeriza. Y así, yendo de aquí para allá como si no supiera adónde, como bailando al son de una música particular, Marga acabó en la calle de San Quintín..., ante la buhardilla del diputado Ramón Bayo. Y el embrujo y la borrachera se le disiparon de golpe.

—Es aquí —balbuceó.

Un paso atrás.

Dos pasos atrás.

Tragó saliva.

Alzó la mirada y vio el balcón del dormitorio de Moncho.

Recordó, ¿cómo no recordarla?, una mañana de domingo, no hace mucho, en que sacó una silla a ese balcón y se sentó a que le diera el sol en la cara y en el escote. Levantó las piernas y apoyó los talones sobre la barandilla de hierro negro. Sólo llevaba puesta una camisa del pijama de Moncho, él usa pijama a rayas. Entonces una taza de café con leche le vino por encima y cuando subió las manos y la atrapó, otras manos grandes, cuadradas, exploradoras..., la atraparon a ella, se le colaron entre el pijama y la piel, y por ese camino le bajaron hasta el vientre y más abajo. Y ella no pudo resistirse aunque el café se derramaba. Y se derramó... Ahí, en ese balcón... Ahí, a la vista de la plaza de Oriente y del monumento al cabo Noval... Ahí, donde ella había sido feliz viviendo desnuda...

—No estoy aquí por casualidad —Marga le hablaba al aire—. Quería venir, aunque no me lo reconociera. Las pastillas me han liberado de mis frenos mentales, me ha traído mi inconsciente... Mira, el balcón del dormitorio está abierto... Y por él se asoma el visillo, me llama...

Como si recibiera una revelación, de pronto se le antojó que a lo mejor Moncho se encontraba en casa, que tal vez todo este tiempo había estado allí, que quizá le había pasado algo y no se le había ocurrido a nadie, ¡a nadie!, a ella tampoco, subir a la buhardilla a verificar si se encontraba bien. Podría ser que su presencia bajo el balcón obedeciese a una llamada de auxilio que Moncho le estaba enviando por telepatía. ¿Y si hubiera sufrido un accidente doméstico? ¿Y si estuviera enfermo? ¿Y si...?

¿Y si estuviera vivo?

Impulsada por un muelle invisible cortó el hilo de sus pensamientos y salió disparada hacia el edificio de la fachada roja y las grandes puertas verdes. Fregando el piso irregular de baldosas del zaguán estaba la portera, que la vio pasar como a una centella y quiso decirle algo, pero Marga no podía atender a nada. Era cuestión de vida o muerte. Subió los peldaños de madera de dos en dos y con el corazón acelerado, escapándosele por la boca como un jabón húmedo de las manos, se plantó en la cuarta planta frente al número 10.

Sin considerar si la visita era adecuada o no, llamó al timbre. Y se apostó sobre la alfombrilla con las manos cogidas por delante y una sonrisa ansiosa dibujada en el rostro. Nadie abrió. Con un giro de cabeza quiso pasarse la melena a la clavícula derecha, volvió a llamar y volvió a forzar la sonrisa.

La puerta siguió cerrada, pero le pareció que alguna persona se había asomado por la mirilla y empezó a aporrear la puerta con los nudillos. La sonrisa se le estaba congelando.

—¡Moncho, abre! Soy yo... ¡Déjame entrar, por Dios! ¡Monchito..., vengo a ayudarte! ¡Vengo a...!

No terminó la última frase porque la puerta se abrió y en el umbral apareció una mujer de edad indescifrable con gafas redondas y ojos achinados, piel color café y pelo negro, metida en carnes y más bien bajita, que llevaba una bata azulona con botones también azules aunque más oscuros, y una escoba en la mano derecha. Tras ella, la casa de Ramón se veía en proceso de desmontaje. Los sofás, la mesa, las sillas..., hasta donde Marga podía ver, los muebles estaban cubiertos por sábanas, las láminas con batallas navales y escenas de caza habían sido descolgadas y un par de maletas particularmente llenas aguardaban en el recibidor.

—Usted es la *madresita* Rosío, ¿verdad?

—Sí, señora.

—Rosío, déjeme entrar, por favor, es muy importante que yo vea al señor. Muy importante, ¿lo entiende?

—Yo ya la entiendo, señora, pero el padre no está.

La ansiedad de Marga contrastaba con la paz interior de la asistenta peruana. A una le temblaba todo el cuerpo, la otra miraba por encima de la montura de sus gafas con la misma pasividad con que se asomaría por la ventanilla de un autocar.

—¿Cómo que no está? Yo he visto moverse los visillos del dormitorio... Déjeme pasar, por favor. Por favor... —Marga parecía a punto de llorar, pero eso a Rosío no la conmovía en absoluto.

—Diosito la bendiga, señora, el padre está ausente. Lo siento. —Hizo ademán de cerrar.

Marga empujó entonces la puerta y descubrió que en el recibidor había otra señora oculta, una mujer que tendría sus mismos años, con guardapolvo de cirujano y guantes de látex, una protección a todas luces exagerada para limpiar el piso en el centro de un diputado del PP; media melena recogida con una diadema infantil, de alguna de sus hijas sería, y unos ojos enormes y verdes que miraban como si por los ojos se pudieran disparar ráfagas de balas.

—La madre sí está —balbució Rosío, y se quitó de en medio.

—¿Qué más quieres de nosotras, robamaridos? —dijo la madre mientras se quitaba los guantes de látex—. Ni siquiera llevas sostén.

—Vega...

—Vega me pusieron mis padres y a mucha honra.

La señora con ojos de gato avanzó hasta quedarse tan cerca de Marga que se escuchaban respirar una a la otra.

—Moncho... Digo, Ramón.

—Ya te ha dicho Rosío que el padre no está. Tampoco las hijas, se han quedado en Salamanca. Sólo la madre... ¿Qué buscas? ¿No le has hecho ya bastante daño a esta familia?

—¿Dónde está Ramón? ¿Presentaste una denuncia?

—Si no está contigo, estará con otra. Con la Boni esa, digo yo. —A Vega le vibraba el mentón y no parpadeaba—. No he presentado ninguna denuncia porque si no quiere que sus hijas le encuentren, sus hijas no le van a buscar. Voy a cerrar esta casa para alquilarla. Pero antes he de limpiar vuestras miserias, vuestras inmundicias, ¿qué digo inmundicias?, vuestros jugos... Estoy desinfectando. Así que ya ves, tengo mucho trabajo, conque marchando que es gerundio.

—Pero si Ramón no está conmigo... Le habrá ocurrido algo grave. Igual necesita nuestra ayuda. De las dos...

—Ramón está muerto.

—¿Cómo lo sabes?

—Para mis hijas está muerto.

—Pero a lo mejor sigue vivo en algún lugar...

—Estás loca... Además de puta, loca. Lárgate... No quiero volver a ver tu cara de guarra nunca más en mi vida. Y la del cabronazo de tu amante tampoco.

—Vega, Ramón... Vega, perdóname...

—No puedo. Y no quiero. Ojalá ninguna mujer te haga lo que le has hecho a mis hijas. O sí, ojalá te lo hagan..., o algo peor.

—Vega... —A Marga empezó a rodarle una lágrima por la mejilla.

—No me gastes el nombre y vete o llamo a la portera para que te eche a escobazos, desgraciada. Mis hijas no se merecen esos lagrimones fingidos, ese lloro de caridad. Haberlo pensado antes.

Justo cuando el portazo iba a golpear el aire frente a su nariz poniendo punto final al duelo, lo último que Marga vio brillando en la penumbra creada por la puerta que se cerraba fueron aquellos enormes ojos verdes que la estrangulaban con su mirar fijo cargado de odio. Y le pareció que bajo el iris verde botella de uno de ellos se perfilaba la silueta, quizá la sombra, quizá el reflejo..., de una mosca. Como si el insecto hubiera quedado atrapado en un ojo de ámbar verde.

Y después la invadió una congoja infinita. No supo cómo pudo volver a su apartamento, aunque llegó sana y salva.

Fue llorando todo el camino, cegada por las lágrimas, los sollozos y los mocos, sin reparar en el itinerario que seguía ni en el tráfico con

que se cruzaba. El sentimiento de culpabilidad la estaba matando. Esta vez no la atormentaba la ausencia de Moncho, tampoco el cúmulo de desgracias políticas que se cernían sobre ella, sino la culpabilidad, el sentirse responsable del daño causado a ciegas a un matrimonio del que no sabía nada, ni si ya estaba roto antes de que ella se presentase ni si lo unía algún lazo más fuerte que el de la rutina. Los remordimientos, como animalillos carroñeros, le devoraban la conciencia. Era lo que le faltaba para derrumbarse.

Y Marga se derrumbó.

Se llenó la boca de pastillitas mágicas de la doctora Palomero y, dejándose caer sobre su cama, perdió la noción del día y la noche. Navegó a la deriva por una ciénaga atestada de algas negras, se perdió en una niebla psicológica. ¿Escribí niebla o mierda?

A lo largo de la tarde, o de la noche, o de la mañana siguiente..., cómo situar nada en el tiempo durante ese fin de semana, recibió tres llamadas y mantuvo tres conversaciones a las que probablemente no contribuyó más que con monosílabos, pues, mientras descendía a la sima de la angustia, entre adormecida y deprimida, sus certezas, contriciones y monólogos interiores se producían en una galaxia imprecisa de cansancio y vacío anímico.

No se sentía, Marga se sabía sola.

Y lloró mares.

La llamó Miguel Betancor para decirle que el PP daba por desaparecido a Monchito y que él mismo se iba a hacer cargo de la portavocía del Grupo Popular. Que cualquier cosa que necesitara..., bueno, que ya ella sabía. Y a Marga aquello le sonó como un martillazo al penúltimo clavo sobre la tapa del ataúd de Moncho.

—Qué solos se quedan los muertos —se dijo al colgar.

Llamó Pancho Zaragoza con una oferta concreta: si votaba la investidura del Cuervo, sería ministra de Familia, Infancia y Cristianización, un ministerio muy importante en el próximo Gobierno. Lo tenía por escrito, sus amigos de Escarmiento se lo habían firmado con sangre.

Marga le colgó.

Y de seguido, dando la impresión de que había estado escuchando la conversación anterior, llamó Fausto Rancaño. Le participó, sin alterar su tono reptiliano de expresarse, que se hallaba pegado al comisario que iba a redactar los informes policiales de la Operación RIP, Dip, quiso decir, y una voz aguardentosa lo confirmó añadiendo por detrás: «Presente para servir a España». Y que el mencionado comisario de voz cazallera estaba esperando a que él mismo le dijera si el nombre de Marga Saavedra Meléndez había que incluirlo en esos informes o no. Con Rancaño no pretendió ser maleducada, lo de la imputación punitiva la asustaba de veras y no quería acabar

precipitándola tontamente respondiendo de forma destemplada, aun así, le contestó que incluyera su nombre.

—Incluye mi nombre, Fausto. No me queda dignidad, pero principios sí. Al menos eso... Mi postura no va a cambiar. Mi no a Escarmiento sigue siendo un no.

—Allá usted...

—Los valores que comparto con Ramón Bayo me impiden votar a un fascista como presidente del Gobierno. Por lo visto, Moncho y yo somos la comidilla, ¿no?, pues para qué ocultar la ideología vital que compartimos. Que todo el mundo se entere ya de todo... —La altanería de Marga resultaba patética.

Rancaño dejó pasar la descalificación, no entró al trapo, tampoco quiso hacer notar que era inútil referirse al diputado Bayo, puesto que ya no era un obstáculo para la patria, y se limitó a informarle de que el barco partiría el lunes y que Ramón y ella no estarían a bordo. De ese modo se despidió:

—El barco partirá el lunes y ustedes dos no estarán a bordo. Lo siento, señoría, hice lo que pude, ahora serán otros los que se ocupen de usted, su seguridad ya no está en mis manos. —Y se le escapó un eructo pequeño, como de bebé.

A continuación, vinieron largas horas de oscuridad y duermevela.

Hasta que sonó su teléfono por cuarta vez, ¿cómo saber a qué hora de qué fecha?

—Hola, soy Lola y estoy sola, ¿me abres?

—Ostras, Lola... ¿Estás aquí?

—Sí, estoy abajo. Anda, ábreme, que es tarde y no quiero despertar al vecindario. Voy a darle al telefonillo.

Marga se giró hacia la ventana que tenía frente a la cama y, en efecto, era noche cerrada. Se levantó, le dio a la tecla del portero automático, abrió la puerta del apartamento y se quedó esperando a que Lola terminara de subir por la escalera.

Al desplomarse sobre la cama se había medio desvestido. Aún llevaba la camisa blanca sin sujetador que se había puesto por la mañana y las bragas, pero nada más. Sus pies descalzos, sus largas piernas desnudas y su melena desordenada bajándole por delante de ambos hombros como una enredadera o como un torrente le daban el aspecto de un animal salvaje que no desea ser molestado, o que sí, depende.

También el halo de tristeza que desprendía su esbelta figura aguardando enhiesta en el rellano le confería la elegancia de una diosa indómita y concupiscente, pero vencida.

Lola llegó ocultando el rostro tras un enorme ramo de margaritas. Y la saludó así:

—Son para ti, Palillo.

—¿Margaritas?

—Sí, me tienes preocupada. También traigo dos botellas de vino blanco. ¿Tienes hielos?

Moncho siempre llegaba con margaritas.

Cualquiera diría que Lola venía a robar, porque iba vestida completamente de negro como los ladrones de joyas: jersey ajustado, pantalones de cuero y botas de caña. Asomó sus ojos azules por encima del ramo y de su sonrisa salió un piropo.

—Estás preciosa. Melancólica, pero preciosa. ¿Me dejas entrar, diputada?

—Te dejo, estás en tu casa.

Sacaron unas aceitunas rellenas y unas galletitas saladas. Como no tenían cubitera, echaron un par de hielos en cada una de las copas. Abrieron una de las botellas, sirvieron el vino y se sentaron una frente a otra en el único sofá que había en el apartamento. Lola cruzó las piernas como lo haría un caballero y Marga subió los pies descalzos al sofá y se abrazó las rodillas.

No estaba encendida más que una lamparita que emitía una luz tenue desde una esquina y sonaba algo de música muy suave, posiblemente una lista de reproducción llamada *Timeless love songs* o algo parecido.

Sintiéndose protegida por primera vez desde su traspié en el frontón del Congreso, Marga se desahogó con Lola, casi no hizo falta que esta le hiciera preguntas. Las palabras le brotaban como el fuego a un volcán.

Sin reparar en que estaba confesándose con una periodista, que por otro lado había cambiado mucho últimamente, soltó lo que llevaba dentro, no se guardó nada para sí. Su relación con Moncho, la conversación que mantuvieron la noche en que desapareció, la sospecha que albergaba de que Moncho hubiera muerto, el correo electrónico de la bibliotecaria, las misteriosas presencias que sentía a las dos de la madrugada...; con todos los pormenores le expuso sus miedos más irracionales. Moviendo la cabeza, con la nariz le señaló dónde había dejado el *Informe espantoso*, que había leído a medias, pero que, por lo que le había anticipado Miguel Betancor..., por el pánico y la impotencia que le producía enfrentarse a su texto..., por ahora no había encontrado ánimo para terminar, y también le indicó el diente humano con que se encontró aquella mañana a los pies de la cama. Completó el relato con lo que ocurrió en el Congreso cuando el asalto de los bárbaros, quién la condujo hasta el tejado, lo de la perra negra, lo de la mano tendida, lo de la voz aquella que le semejó..., ¡eso era!, la voz de la propia Lola..., y lo del colchón de los bomberos.

A Lola nada parecía sorprenderla.

—¿Te importa que me fume un porro?

—No, para nada...

—Voy a por un mechero.

—Está...

—No te preocupes, sé dónde está.

—¿Y cómo lo sabes si nunca habías venido aquí?

Cuando Lola regresó de la cocina con el canuto encendido se lo ofreció a Marga y esta aceptó probarlo. Lola ahora se sentó a su lado. Marga dio un par de caladas, devolvió el porro y con los ojos brillantes siguió hablando, ahora de política.

—Lola, hay una conspiración muy peligrosa para que se forme un Gobierno de quien tú ya sabes...

—¿Un Gobierno de quién?

—De quien tú ya sabes. ¿No me dijiste que tus amigas y tú llamabais así al Cuervo?

—Ah, no sé, tía. No me acuerdo.

Lola apoyó sus manos y su barbilla sobre las rodillas encogidas de su amiga.

Seguía hablando, Marga hablaba sin parar. Recordó cómo la nombraron portavoz del Grupo de Ele-Ele y cómo la De Mendoza la quitó por guasap. Detalló los últimos acontecimientos: el pacto de Anita de Mendoza con el Cuervo, el chantaje al que la habían sometido Pancho Zaragoza y Fausto Rancaño, y que probablemente el lunes se iba a anunciar ese Gobierno de Escarmiento, aunque no era capaz de imaginarse de dónde sacarían los votos para la investidura. O sí.

—Cuéntame algo que no sepa, flacucha, ¿por qué te has venido abajo hoy?

—Porque todo eso y a la vez es mucho, y ya no resisto.

—¿Y por qué más?

—Porque me he encontrado con la mujer de Ramón.

—Eso ya lo vi..., ¿Y por qué más?

—Porque estoy desahuciada para la vida.

—Hostias, eso quería escuchar... No, no estás desahuciada ni desamparada ni proscrita..., me tienes a mí.

Lola esperó a que Marga le diera la última chupada al canuto y luego rellenó los vasos de vino.

—Vamos, pues, a brindar por nosotras, Palillo, porque nunca más volveremos a estar solas, porque vamos a estar eternamente unidas.

Era la tercera vez que esa noche la llamaba Palillo o flacucha, igual que la llamaba Moncho, y además las margaritas..., ¿cómo sabía tantas cosas?

Y entonces, tras el brindis, Lola separó con cuidado las piernas desnudas de Marga y, colándose por en medio, le enmarcó el rostro con las manos, mimándola, y la besó en los labios. Marga se sintió

resguardada, reivindicada, defendida... Aquel movimiento de Lola ni la sorprendió ni la ofendió, al contrario, en aquel instante agradeció que alguien la quisiera así.

Al principio, el beso fue sólo en los labios, pero se alargó y la lengua de Lola empezó a jugar con la de Marga, y Marga no se opuso.

Sí, la diputada habría querido resistirse, pero no le salió. Tampoco se opuso cuando Lola le cambió la postura y se encajó en ella. Ni al desabrocharle la camisa, que no terminó de quitarle, ni cuando le besó sus pequeños pechos, entreteniéndose..., colgándole un rosario de besos de clavícula a clavícula.

Marga se entregó.

Cuando empezó a rozarse contra el muslo cubierto de cuero negro de Lola, rígido, bruñido, crujiente..., a Marga le vino a la memoria la película de la primera vez en que ella y Moncho hicieron el amor.

Y cerró muy fuerte los ojos para darle intensidad a la fantasía.

Ocurrió en la buhardilla de la calle San Quintín —la de aquellas láminas con batallas navales y escenas de caza, por favor...—, tras su tercera cena a solas. Por entonces todavía era obligatorio llevar las mascarillas de la rodamunda. Como aún no tenían mucha confianza, se bajaron las mascarillas y no se quitaron la ropa. A ella le daba vergüenza..., pero no hizo falta. De aquella noche, Marga conservó para siempre la imagen de dos cuerpos separados por una barrera de crepé que pese a todo percibe uno la ardiente tensión del otro. A través de la tela de su pantalón sintió a Ramón, que también a través de la tela de su pantalón la sentía a ella. Lo más divertido fue que sudaron tanto que, tirados boca arriba sobre una alfombra, se desprendieron de cuanto llevaban puesto justo cuando ya el incendio se había apagado, y así, desnudos, les dio un ataque de risa.

—Ramón..., esto va a ser sin compromiso —le dijo Marga a Moncho mirando al techo.

Lola la cogió de la mano y se la llevó a la cama.

—Palillo, ven... Voy a comerme tu lengua...

Marga nunca había hecho el amor con otra mujer. Le sorprendió que al terminar no le quedase nada físico dentro, sino un cúmulo de intensos sentimientos: pasión, complicidad y ternura mezcladas.

Y le gustó.

Aunque la acongojaba el sinsabor que produce ser infiel, he de reconocer que fue hermoso, aunque ahora me duela como si me arrancasen el corazón al escribirlo. Sí, para Marga hacer el amor con Lola fue hermoso, no puedo decir otra cosa por más que, visto con la perspectiva que el lector y yo tenemos ahora, resulte inhumano. Me muero de rabia al ponerlo, pero tal es la pura verdad y me comprometí a contar la verdad en esta confesión por atroz o increíble que pueda resultar.

¿Qué valor tendría todo lo demás que estoy contando si en torno a este punto tan aflictivo me atreviera a mentir?

—Marga, ha sido hermoso.

—Sí, lo ha sido. —Las dos estaban desnudas, Marga vuelta hacia la ventana, Lola abrazándola por la espalda.

—Te quiero con locura, Palillo.

—Le he puesto los cuernos a Moncho.

—Dime que me quieres como yo te quiero a ti.

—No te quiero, al menos no de esta forma...

—Ya me querrás. Te juro que me querrás. No podrás no quererme.

A base de hacerse la dormida para evitar una charla que sólo podía disminuirla más, Marga se acabó durmiendo. Pero volvió a despertarse repentinamente cuando serían las dos de la madrugada.

Eso siempre ocurría a las dos de la madrugada.

Alguien había entrado en el dormitorio, se había sentado en la cama y la estaba observando. Percibía que una figura perversa la examinaba como si la fuera a devorar.

Palpó a su alrededor, buscó a su lado con los pies, Lola no estaba.

Algo en la putrefacción del aire le corroboraba que se trataba de una presencia maligna.

—¡Dios, mío!

Marga gritó desesperadamente, aterrorizada:

—¡Lola! ¡Lola! ¡Lola!

Y como si la presencia maligna fuera la propia Lola, como si estuviera ahí mismo, esta apareció de la nada y la abrazó muy fuerte. Y le dijo que estuviera tranquila, que todo lo que sucedía era para su bien y que la quería por esposa. Y volvió a llamarla Palillo.

Marga entonces, por fin, se dio cuenta de algo que le había estado rondando por la cabeza toda la noche: Lola no respiraba, ni siquiera cuando hicieron el amor la escuchó respirar.

—Jezabel...

Y se sumergió en un abismo de tinieblas mentales.

CUARENTA Y DOS

Lunes

Marga Saavedra pasa en la cama, a oscuras, con las persianas bajadas, el lunes con que empieza su última semana.

Le faltan fuerzas, también ganas, no quiere vivir.

Se mira en el espejo del baño y se encuentra muy pálida, exangüe. Le cuelgan los brazos y le pesan las piernas. La depresión le está robando el aliento, la está vaciando de sangre.

Al comprender lo que ocurre a su alrededor, ha abandonado toda esperanza para España. Ahora sabe, perfectamente lo sabe, que Moncho está muerto.

O Dios y Satanás existen o sólo existe Satanás. La nada es Satanás, ¿quién se lo va a negar?

A lo lejos, en las televisiones y las radios de los vecinos, igual que un rumor de playa que llegara desde el patio, se escuchan las noticias que están volviendo del revés la política nacional.

El barco del que hablara Fausto Rancaño ha partido ya.

Se anuncia que la corriente interna Cristianos por el Socialismo se escinde del PSOE, que rompe el proyecto de coalición con el Pacto del Arcoíris y que facilitará un gobierno de concentración nacional española. La mayoría parlamentaria cambia de bando, y la aptitud para dividir el país también. A las redacciones de los periódicos llegan insistentes rumores sobre sobornos y amenazas a diputados para condicionar sus votos en la investidura, pero nada puede confirmarse al respecto.

El próximo presidente del Gobierno será don Baldomero Cuervo, líder de Escarmiento. El vicepresidente único, Prudencio Ibarrondo, presidente del PP. La presidenta del Congreso, Ana de Mendoza, presidenta de Ele-Ele. Se ofrecerá la presidencia del Senado a una jerarquía moral procedente de la Iglesia, seleccionada al efecto por la Conferencia Episcopal, si fuera posible se prefiere un obispo, a quien se creará senador por el Parlamento regional de Castilla-La Mancha. El Ministerio de Asuntos Sociales Universales y Bienestar Animal se reserva para Francisco Arroyo, líder de Cristianos por el Socialismo, a la espera de que regrese sano y salvo de un viaje particular que, según sus compañeros, ha emprendido. Y el de Familia, Infancia y Cristianización para la conocida comunicadora Boni Granero. El

expresidente del Gobierno don Paraíso de Gregorio dirigirá el Instituto Cervantes o el Fondo de Explotación de los Servicios de Cría Caballar y Remonta, o ambos por su compatibilidad.

Se convoca una concentración espontánea de coches, motos y tractores por el paseo de la Castellana, enfatizan los medios vengativos lo de que es «espontánea», una manifestación sobre cuatro ruedas, con los cláxones sonando y las banderas desplegadas por las ventanillas, para expresar la adhesión del pueblo al nuevo Gobierno español y cristiano.

—Nuestra unidad y nuestro credo nos devolverán la grandeza y el imperio —declara a los micrófonos uno de los dirigentes de Escarmiento que ha acudido espontáneamente a la manifestación con su vehículo todoterreno similar a una moto, pero con cuatro ruedas, que en estos tiempos de españolización ya no se va a llamar *quad*, sino cuatriciclo.

Vuelven los disturbios a Ceuta y Melilla. También se levantan barricadas, se rompen escaparates y se queman neumáticos en Barcelona, Bilbao, San Sebastián, Gijón, Cartagena y Castellón de la Plana.

La alcaldesa de Móstoles, acompañada en el balcón del ayuntamiento por un capitán de caballería de permiso, natural de una urbanización de la zona, y por la jefa de la empresa municipal que pone las multas de aparcamiento, ha proclamado la Tercera República.

«España se está suicidando, pero yo ya no puedo hacer nada, sino esperar que la muerte me lleve pronto a mí también... —Esto es lo único que le cruza a Marga por la frente, postrada en la penumbra de su habitación—. He hecho el ridículo, no soy más que otra caricatura de la política española».

El bullicio en la calle, la gente que pasa entonando ora el *Cara al sol*, ora *La Internacional*, las sirenas de los coches de la policía y las ambulancias, el eco de bravuconadas, vandalismos y peleas, nada de cuanto parece estar aconteciendo en la calle saca a Marga de su hundimiento.

Su teléfono móvil no ha sonado ni una vez. Ni siquiera Reyes y Laurita se han acordado de ella.

Cuando anochece, se abre la puerta del apartamento y entra Lola. Marga piensa que llevarse llaves de su casa ha sido otro abuso de confianza por su parte, otro atropello, otra agresión..., pero tampoco se molesta en moverse por eso.

Lola, que por la mañana se ha ido vestida con ropa de Marga, una de sus faldas largas y una camisa ancha, también el collar de semillas rojas, se acerca a la cama meciendo los brazos como lo hace la propia Marga al caminar, empieza a acariciarle el pelo y le dice:

—Estás muy favorecida, ji, ji, ji. El decaimiento y la anemia te embellecen.

—Lola, no me apetece hablar. —Marga querría hacerse la dormida.

—¿Sabes lo que ha pasado?

—Sí. Los vecinos mayores ponen la tele y la radio muy altas, y por la galería me he enterado de todo.

—Estarás al tanto, pues, de que tu voto es decisivo. Las circunstancias, además, han convertido tu voto en simbólico. Eres el fiel de la balanza.

—Me da igual.

—¿Cómo puede darte igual?

—Pues me da igual. De hecho, nadie me ha llamado para pedirme el voto.

—Porque yo me llevé tu móvil para que no se te molestase. —Lola abre mucho los ojos y muestra las palmas de las manos al techo como si la confidencia fuera graciosa—. Tuve que apagarlo porque el muy jodido no paraba de sonar y me molestaba.

—Eres mala de maldad. —Ni por esas se revuelve Marga.

—También te quité la copia del *Informe espantoso* de la letrada Martínez y el diente del diputado Arroyo... Esos entretenimientos te confunden y te separan de mí.

—Votaré lo contrario de lo que me pidas. —Marga arroja estas palabras como si fueran piedras.

—Mira, Palillo. No te estoy diciendo todavía que apoyes a don Baldomero, tampoco lo contrario... Quiero que entiendas que tienes el Gobierno en tus manos.

—¿Y para qué quiero yo el Gobierno si he perdido a Moncho?

—¡Hostias..., y dale con Moncho! —Lola estalla—. ¿No te da la gana entender que quien de verdad te quiere soy yo, que quien desea fundirse eternamente contigo soy yo? A estas horas podrías estar... Eres una desagradecida.

Sale enfurecida del dormitorio haciendo aspavientos, pero regresa desnuda al poco, se mete en la cama, abraza a Marga por detrás y comienza a besarle el cuello. Marga la aparta con un gesto brusco de la cabeza.

—Quita, Lola. No quiero. Déjame en paz... Vete de mi casa.

—Dame lo que es mío.

—Yo no soy de nadie.

—Tú me dejaste entrar.

—Pues ya no te dejo.

—Eso no tiene marcha atrás, flacucha.

Se acomoda Lola y vuelve a pasarle la mano por la melena a Marga, una y otra vez, como si estuviera amansando a un animal. Ha

cambiado de estrategia.

—Escúchame, por favor, a mí se me ha otorgado acceso a un gran poder político. Yo soy la política.

—Ya lo sé. Puedo imaginar más cosas sobre ti de las que crees. Me has engañado como a una imbécil.

—Déjame seguir, flacucha.

—No me llames así.

—Palillo.

—Así tampoco.

—Amor mío.

—Di lo que quieras y vete.

—Pues lo que quiero es que seas presidenta del Gobierno. Está en mis manos, lo he hecho otras veces.

—No me tientas con eso.

—Te estoy diciendo la verdad.

—En política no existe la verdad, y tú deberías saberlo mejor que nadie. Los políticos nos ganamos la vida con mentiras que parecen verdaderas.

—No es bastante tentación para mí. Lárgate.

—¿Y si te dijera que podría resucitar a Ramón Bayo?

¡Ahora sí! Ahora Marga se da la vuelta y por primera vez desde que Lola ha llegado se enfrenta a su mirada. Y se asusta un poco, se diría que tiene dos brasas aventadas tras las pupilas por su manera caníbal de escudriñarla.

—¿Resucitarlo? ¿Es que tú sabes que está muerto?

—Es una forma de hablar, ji, ji, ji... Digamos que puedo saber dónde está...

—¿Me devolverías a Ramón?

—No he dicho eso... Podría conseguir que regrese, pero no a ti. Tendrías que entregarte por él.

—Pero ¿por qué yo?

—Porque eres perfecta, aunque todavía no seas consciente de tu perfección. Ya llegará ese momento. —Gira un dedo en el aire para acompañar con ese gesto la idea de que más adelante Marga se enterará de la razón.

—¿Y qué tengo que hacer para que Moncho resucite?

—Amarme. Tu amor a cambio de su vida.

—Eres un monstruo...

—Cásate conmigo y le devolveré su vida.

Marga se queda callada, nuevamente se gira hacia la ventana y le da la espalda a Lola.

—No me has respondido, Palillo.

—Haré lo que me pidas a cambio de que salves a Moncho. Ahora déjame dormir.

Entonces Marga se acuerda de que la última vez que se despidió de Moncho se negó a darle un último beso. «¿No hay un beso para mí?», le preguntó el charro. Y no lo hubo. Ni lo habrá jamás.

Se hace el silencio.

Pero de nuevo, serían otra vez las dos de la mañana, alguien entra en el cuarto y se sienta en la cama. Marga, arruinada, decide descubrir definitivamente de quién se trata y abre los ojos hacia donde presiente el bulto, hacia esa presencia escalofriante... Y pese a la negrura del ambiente, se encuentra con el rostro momificado de su padre.

—Yo te maldigo, Amargura... —le dice mostrando dientes afilados. El juez lleva clavado el cuchillo de cocina.

Lola no está. ¡Lola no está!

Marga la llama desesperadamente.

Chilla.

Lola reaparece en la cama.

—No enciendas la luz —le dice.

—¡Era el juez!

—Lo sé. Quiere vengarse porque tú lo mataste.

—¿Cómo lo sabes?

—No preguntes. Cumple tu palabra y yo te protegeré.

Marga cumple su palabra: acepta impasible que Lola le haga el amor.

Todo está perdido.

In manus tuas, Satanás, commendo spiritum meum.

Tercer acto

La marquesa del Valle

CUARENTA Y TRES

El principio del fin

Quien no haya estado enterrado vivo no puede ni imaginar lo que fueron para mí aquellas horas. Descendí todos y cada uno de los peldaños que conducen al infierno. En mi interior se hicieron la negrura y el mutismo, no como si estuviera dormida, sino como si estuviera muerta y el ser consciente de mi aislamiento y de mi pérdida en la nada fuera la condena que me esperase en el más allá.

Me recuerdo navegando a la deriva por el cielo de una noche absoluta, sin luna ni estrellas. Ya no sentía turbaciones, los fantasmas y los remordimientos también me habían abandonado. Simplemente intuía que aquella inmensa negrura por la que mi espíritu vagaba era lo que me aguardaría eternamente.

Podría decir que me había sumido en la ciénaga de la tristeza infinita, pero fue algo más, porque me rendí al mal, le ofrecí mi alma. No estaba simplemente deprimida, me había vendido como esclava de Satanás a cambio de Moncho y ahora aguardaba a que mi amo decidiera qué hacer conmigo cuando él quisiera.

Además, le había sido infiel a Moncho, ¿qué otra cosa, pues, podía desear sino estar muerta? Aunque, al mismo tiempo, estaba segura de haber muerto ya. Incluso, podía percibir la putrefacción de mis miembros y mi corazón detenido.

¿Cómo, entonces, desear morir si ya se ha muerto? Esa es la más cruel tortura que se inflige en el infierno: después de la muerte no cabe otra muerte con la que poner punto final al sufrimiento perpetuo. No existe una sucesión infinita de muertes por la que se pueda pasar de un escenario a otro hasta llegar adonde nuestros pecados queden por fin olvidados. No, los muertos ya no pueden morir más veces, ni siquiera para escapar de su condenación, conque allí me iba a quedar incomunicada y abatida para siempre.

Probé el tipo de frío que se padece estando muerta, ausente de la presencia de Dios.

A lo lejos escuchaba sonar el timbre del apartamento. Una y otra vez, una y otra vez..., no dejaba de sonar. Quien estuviera llamando a veces golpeaba la puerta con los nudillos. Yo no quería abrir los ojos porque temía encontrarme con Lola. Por un lado, la odiaba con todas mis fuerzas y, por el otro, me sabía de su propiedad, le atribuía poder

absoluto sobre mi destino. Como si me hubieran vaciado de sangre, no me quedaban fuerzas con qué resistirme a ella.

Nadie me podía ayudar. Nadie me quería ayudar. Estaba sola, o eso creía yo.

Los timbrazos y los golpes arreciaron. Me pareció escuchar la palabra «policía». No sabía si es que era la policía o que alguien iba a avisarla. Pero de repente paró, como si el que fuera hubiese desistido de visitarme. Me dejó en paz.

Me incorporé con dificultad. Me notaba rota, extenuada, vencida. Abrí los ojos, hinchados de llorar, con la dificultad con que se abre una contraventana que lleva siglos cerrada. Lola no estaba, no había rastro de ella, y por la ventana se colaban los rayos del sol blanco de Madrid.

Entonces me sobrevino una arcada. Mareada, corrí hacia el cuarto de baño e intenté vomitar, pero no pude. Apoyé las manos en el asiento y hundí la cara en el váter. Las arcadas continuaban acaballándose unas sobre otras, pero yo seguía sin soltar más que eructos, aire. No debía de quedarme nada en el estómago.

El timbre volvió a sonar otra vez, y ahora con mayor insistencia si cabía.

Me acerqué a la puerta y escuché una voz que decía:

—Marga, abre... Abre, por amor de Dios..., es muy importante que te vea... Abre...

Era la voz de Ciri, el lacayo de Anita de Mendoza, pero sonaba diferente. No había displicencia ni coacción ni cinismo en su tono. Le faltaba ese algo rastrero con que susurraba «monstrua», «maestra», o «cumbre, Ana, has estado cumbre» al oído de su dominatriz cada vez que ella pronunciaba uno de sus discursos reñidos con la sintaxis. Más bien parecía angustiado, concernido por mí.

—Marga, te necesitamos...

—He muerto. Desaparece.

—No digas tonterías. Afortunadamente, he llegado a tiempo y estás viva. Abre...

—¿Quiénes me necesitáis? —haciendo un esfuerzo, pregunté a través de la puerta cerrada.

—Los amigos de Ramón Bayo.

—Tú no eres su amigo.

—Pero la idea de reunirlos se me ha ocurrido a mí.

Recuerdo que me temblaba la mano cuando abrí la puerta.

—¿Vienes a matarme? Te advierto que ya estoy muerta. Mi corazón no late.

—Al contrario, vístete y vámonos. —Ciri iba ataviado de diputado clásico: traje azul marino, camisa azul claro y corbata granate. Perfectamente afeitado, oliendo a colonia. Tan elegante que el parche

del ojo casi pasaba desapercibido.

—¿Cómo sabes dónde vivo?

—Te he seguido muchas veces.

—¿Por qué?

—Porque te quiero. —Su delgadez le dio un aire de adolescente declarándose deprisa.

—¿Me vas a violar? Ya me violaron anoche.

A Ciri esta frase lo golpeó como una bofetada, incluso volvió la cara. Luego, agitó el rostro y encendió una sonrisa dulce en sus labios dando a entender que lo de la violación iba a considerarlo una metáfora exagerada sobre mi naufragio humano y político, que no pensaba tomárselo literalmente.

—¿No te he dicho que te vistas y que te quiero? —preguntó sin apagar esa sonrisa dulce—. No te fíes de las apariencias, yo ya me he cansado de que me juzguen por la cara de pirata, y aún más de tener que ser consecuente con esa careta. Soy feo, punto, pero no malo y menos un violador. Date prisa. Te espero fuera... La política española se ha convertido en una novela de terror, pero vamos a cambiar juntos el final del cuento. Anda...

No sé por qué, pero le hice caso. Tal vez él fuera el clavo ardiendo al que agarrarme; tal vez hubiera una luz dentro de mí diciéndome que Ciri sobrevivía como el emperador Claudio, fingiendo ser un idiota, un pelota o un cabrón, pero que estaba hecho de buena pasta; tal vez mi vanidad se sintiera halagada; tal vez la política profesional en que me había convertido con los años viera aquí su última oportunidad de salvarse... Pero lo cierto es que le hice caso. Aquello de reunir a los amigos de Moncho provocó en mi ser la primera reacción sentimental en muchas horas.

Quién sabe. A lo mejor aún vivía, quizá no estuviera muerta del todo.

Tardé poco en ducharme y arreglarme. Me disfracé de mí misma, con una de mis típicas faldas y una de mis típicas blusas de cuadritos azules, de Jean Simmons en *Horizontes de grandeza*, para explicarme. Eché de menos algunas prendas en el armario y di por hecho que las habría ido usando Lola. Me recogí el pelo con una coleta muy firme y, en apenas unos minutos, estaba en la calle caminando en dirección al Congreso al paso de Ciri. Casi corriendo para mí que, sin embargo, daba zancadas demasiado largas para Moncho. El pobre siempre se quejaba.

—Dobla las rodillas y reduce, Pa, Pa, Pa, Palillo Patas de Palo, reduce... —me suplicaba con guasa.

El ajetreo del Madrid callejero ya metido en faena me fue devolviendo las ganas de luchar, pero aún no me lo reconocía. Las carretillas descargando barriles de cerveza, las mercerías poniendo

orden y novedades en el escaparate entre maniquíes con sostenes y bodis, las ferreterías haciendo lo mismo con sus clavos y martillos, las ancianas con reflejos morados en el pelo arrastrando el carro de la compra, los grupos de estudiantes fumando y volcando el cubilete de dados en la terraza del bar, los obreros cavando zanjas para el ayuntamiento igual que si buscaran un tesoro enterrado, los gatos de nadie que, desde debajo de los coches aparcados, cuentan pies que pasan como quien cuenta ovejas con ojos insomnes, la luz albina y la sombra tajante, el Madrid primordial, mi barrio de las Letras, me hizo hueco como si llevara esperándome una vida entera, como si tuviera mi molde reservado en el río Manzanares de la vida.

Llegamos al Congreso sin hablarnos. De cuando en cuando, Ciri se volvía hacia mí y me sonreía con amabilidad, casi con ternura. Satisfecho por haberme sacado del agujero. Sin llegar a cogerme de la mano, pero como si lo hiciera, me condujo hasta la Sala Constitucional, una de las más amplias y polivalentes del conjunto.

Dispuesta en círculos concéntricos de escaños en torno a la mesa de los taquígrafos, la Sala Constitucional es la que se utiliza para visitas de jefes de Estado extranjeros y reuniones con miembros de otros parlamentos de la Unión Europea. La preside un políptico de los siete padres de la Constitución, obra de un pintor gaditano llamado Hernán Cortés, curiosamente igual que el suegro de la maligna Magdalena de Guzmán, la criatura de Satanás..., pero eso no es más que una coincidencia. Otra coincidencia, claro.

Me encaminó hasta la presidencia de la sala y allí nos detuvimos. A nuestra espalda, los padres de la Constitución aparecían retratados todos con corbata, con ese estilo Nino Bravo de José Sacristán en *Asignatura pendiente*, tan de Moncho. Sólo el padre comunista de la Constitución se permitía llevar el nudo un poco flojo. Paradójicamente, el padre nacionalista catalán era el único pintado de modo que mirase de frente a los espectadores y ocupaba el centro del políptico, conque al padre socialista y al padre exministro franquista les quedaban los extremos. El del PSOE, claro, de perfil y el fundador del PP con un pañuelo asomando tal que una bandera blanca por el bolsillo de su chaqueta de diplomático. No me resultaba ajeno el lugar ni sus connotaciones.

—La Transición fue un periodo conflictivo y sin gloria, y ahora ya ves, todos sus protagonistas son héroes.

—Lo mismo va a ocurrir con nosotros —me respondió Ciri.

Aguardábamos a que algo sucediera.

La sala vacía daba la impresión de ser más grande de lo que era, me empequeñecía con su silencio universal.

Ciri me pasó el brazo por los hombros.

—Están viniendo... —me susurró.

—Ciri, ¿qué hacemos en este salón desierto?

—Ten paciencia. Como te he dicho, están viniendo. Los he llamado a todos.

—¿Quiénes son todos?

—Ya te lo he dicho, los amigos de Ramón Bayo.

—¿Y por qué los has llamado?

—Por dos razones, Marga. Bueno, por tres en realidad. —Se giró hacia mí y me miró con tal cordialidad con su único ojo marrón que no le hacía falta el otro para transmitir confianza—. Primero, porque pretendo que hagamos algo para evitar un Gobierno autoritario de un signo u otro, y Bayo es un buen reclamo para unir a los centristas.

—Pero tu dominatriz... —Ciriaco no me dejó seguir, levantó la palma de la mano y me detuvo.

—Ana de Mendoza ya no es mi dominatriz, como tú dices. Ella no lo sabe todavía, pero ya no lo es. Lo hubiera soportado todo por seguir en mi puesto, un puesto que me gané tragando mucha mierda, te lo juro, Marga, mucha mierda..., no es fácil llegar a nada en política siendo tuerto, pero lo de que te humille a ti no lo puedo pasar. Y lo de pactar con el Cuervo y filtrar esos papeles internos para hundir a nuestro partido y, de paso, joderte la vida a ti, eso fue la gota que colmó el vaso. Así que vamos a desmontar esta conspiración, tú, yo y Bayo. Si lo encontramos, la vamos a desmontar los tres juntos. Antes estaba celoso de él, pero ya no, vamos a buscarlo para que nos una a los demócratas. Bayo es un gran líder, Marga.

—¿La segunda razón?

—Eso que te acabo de decir, que Bayo ha desaparecido y hay que hacer una batida por la Casa para encontrarlo. No entiendo por qué nadie habla de las desapariciones de personas que se están produciendo en el Congreso, es como si fuera un secreto. Y no lo es, joder. No lo es... Encendamos la luz.

—¿Y la tercera?

—La tercera, y más importante, eres tú. Quiero verte feliz... ¡Ya están aquí! —Se le iluminó el rostro.

En ese momento, se abrieron las puertas de la sala e irrumpió un gentío encabezado por Miguel Betancor.

Sus pasos resonaban como si estuviera entrando un ejército desordenado, alegre y charlatán.

—Aquí estamos la mayoría de los del PP —dijo Migue mientras caminaba hacia donde nos encontrábamos Ciri y yo—. No todos, pero casi todos sí, chacho... Les he comentado que esto va de reivindicar a Bayo y de conspirar para bloquear al Cuervo, como me sugeriste, y, de los que he llamado, nadie me ha dicho que no... Buen día, cuñada.

—Buen día, cuñado, celebro verte en tan festiva compañía. Pero ¿tú no eras de estar con la mayoría?

—Chacha, ¿y quién le ha dicho a usted que la mayoría no esté hoy aquí? —Se le escapaba la risa.

—¿Avisaste al Apóstol? —inquirió Ciri.

—Afirmativo. Llamé a Santiago y tenemos su bendición.

—Cojonudo. Ponte aquí con nosotros, en la presidencia, si te parece... —Ciri, con la mano extendida, invitó a Migue a situarse a mi izquierda—. Por favor, id tomando asiento. No hay protocolo ni sitios predeterminados, esta es una reunión informal de amigos de Ramón Bayo.

—Ostras, qué bien, los jóvenes turcos del PP se han sumado... —exclamé emocionada al ver la llamada «savia nueva» levantando el pulgar hacia mí.

—Belén, ¿te importa cerrar no vaya a pillarnos algún periodista despistado? —rogó Ciri a una parlamentaria valenciana que por su sonrisa parecía una *kore* de la antigua Grecia.

—También ha venido Marta, la diputada gallega que dicen que se me parece tanto que podríamos ser gemelas... —No salía de mi asombro—. ¡Marta, mil gracias!

Volvieron a abrirse las puertas y, no sin timidez o precaución, unos cuantos diputados de Ele-Ele accedieron y se sentaron por detrás. No resultaba un número relevante, después de todo en las recientes elecciones de la peste habíamos obtenido nuestro peor resultado histórico, pero no iban a faltar mis amigas ni mis compañeros. Se me puso la piel de gallina al verlos ahí, tan valientes.

—Gracias por venir —les proferí apoyando los puños sobre la mesa e inclinándome hacia adelante para que me escucharan mejor—. Maite, gracias por traer a esta gente íntegra a la que adoro. *Eskerrik asko*...

—*Egun on*, Marga, guapa —me respondió la aludida con un brillo épico en las gafas reflejo del que surgía de sus pupilas—. Ciri llamó para informar de que nos necesita nuestra verdadera portavoz y no lo hemos pensado dos veces, aquí nos tienes para pelearnos con quien haga falta. Basta ya, Marga, basta ya.

Mi querido George se coló con los diputados de Ele-Ele y se quedó al fondo, apoyado contra la pared. Llevaba un pitillo apagado en el labio inferior que no se le caía aunque sonriera. ¿Fue la única vez de mi vida en que le vi sonreír? Le brillaba la calva y, al saludarme con la mano, me enseñó dos móviles que tenía agarrados. Se me hizo un nudo en la garganta.

A los diputados de mi partido los siguió una colección de personajes pasados de moda a los que no dudé en identificar como senadores. Llevaban todos ellos un pin dorado con el escudo del Senado en la solapa y americanas de los colores más variados: beis, jaspeadas o gris perla. Además, llamaba la atención que la escasa

densidad capilar de sus cráneos no les previniese de abusar del fijador. En cuanto a ellas, aparte de las mechas, el peinado prominente recién ondulado en la peluquería y los zapatos a juego con el bolso de marca con pañuelo de seda anudado al asa, también llevaban su pin del Senado prendido al pecho, aunque se les perdía entre brillos pues daban la impresión de haberse colgado hasta la última pieza de bisutería que guardaran en el joyero. Los senadores y senadoras del reino de España transmitían facundia, beatitud, necesidad de darse pisto y ansiedad por ser amados.

—Además, ¿los senadores? —pregunté al aire.

—Sí, no votan en la investidura, pero no quieren perderse lo que se cuece aquí. Bayo siempre los tiene presentes —me respondió Ciri.

—Ya sabes lo que dicen, chacha —a Migue le resultaba imposible guardarse una pulla si le parecía ingeniosa—, que todos son ateos porque les resulta imposible imaginar una vidorra mejor que la de senador.

—Pues, entonces, será que no han oído hablar de la vidilla de eurodiputado —soltó Ciri por su colmillo—. Por cierto, también he avisado a los eurodiputados, pero no quedaba ni uno en el continente, el que no está salvando democracias en Latinoamérica las salva en África.

Todavía nos reíamos con los malvados comentarios de Migue y Ciri cuando, por su porte casposo, cutre, nostálgico, de conspirador carlista, su chaqueta austriaca verde y su bigotito fino y teñido de negro como una tercera ceja, distinguí a un diputado de VOX sentado solo en una esquina participando del ambiente revolucionario que se estaba creando, pero enfurruñado, claro, como correspondía a su militancia. Y a otro de Podemos al que conocía de verlo mantener largas pláticas con Moncho, un comunista clásico de los de manazas de obrero siderúrgico, jersey de cuello vuelto lleno de bolas, americana de pana y más conciencia de clase que identidad de colectivo *queer*, que se sentó donde los taquígrafos, en el centro de la sala, con las piernas muy abiertas, como jugando con una bola de rodamiento engrasada y esperando a que arranque el piquete de una puta vez.

Me vino a la cabeza Moncho. Desde que desapareció, no había dejado de pensar en él, mas, en ese instante, rodeada de tanta gente buena y que le quería, me pareció sentirlo a mi costado, palpar la temperatura de su piel, percibir su aliento en mi oído musitando mi nombre verdadero: Palillo.

Y también sonó la voz de Lola en mi interior.

—Abandona esta farsa, le has sido infiel.

—Él me era infiel con su mujer —me respondí, bueno..., a la Lola que me hablaba desde dentro—. Me enrollé contigo bajo una fuerte

presión.

—Esa no es toda la verdad, y lo sabes.

Lo sé. Traicioné a Moncho.

Me contuve las ganas de llorar.

Y Moncho terció como si lo tuviera al lado.

—No me abandones, flacucha —me dijo en mi pensamiento—, sálvame, sálvanos.

Respiré hondo. Sólo quería volver a verlo una vez más para pedirle perdón y darle el beso que le negué en nuestra despedida.

—¿Pasa algo? —me preguntó Ciri, que se dio cuenta de mi estremecimiento.

—Nada, Ciri, que esto es muy bonito y me está removiendo lo que llevo sufrido —le reconocí.

—Pues espera y sígueme el juego porque, además, aquí se va a gestar una insurrección. La vamos a liar parda.

Entonces, tras un mínimo instante de silencio, se apreció de nuevo un rumor de pisadas y risas proveniente de la entrada y, de golpe, por ahí apareció una tropa de hombres y mujeres cogidos del brazo, como salidos del cartel de la película *Novecento*, que si no venían cantando un himno poco faltaba, a cuyo frente marchaba Pere Pau Marrón.

—¿Es aquí donde se defiende España?

—¿España, Pere Pau, o el Estado español? —inquirió con sorna Migue.

—España, *cordons*, hoy se trata de honrar a Bayo y de salvar la libertad, si lo hemos entendido bien. De atarnos con lo que nos une y soltar lo que nos separa...

—Lo habéis entendido de puta madre. —A Ciri le temblaba la voz.

—Pues contad con los socialistas. Nosotros hicimos la Constitución, nosotros la defendemos.

—Sube a la presidencia con nosotros. Y ¡viva el PSOE! —se entusiasmó el nuevo líder parlamentario del PP.

El ambiente se llenó de una extraña luz. Igual que si una fuerza del bien estuviera actuando, igual que si la verdadera política, la que justifica que los seres humanos convivan y se auxilien unos a otros, se estuviera cumpliendo, los presentes nos sentíamos parte de algo mayor que nosotros mismos y nuestros partidos. Se podía apreciar la emoción en la mirada de los diputados y senadores que habían llenado hasta los topes la sala Constitucional. La ocasión resultaba tan emotiva como una asamblea de facultad, un minuto de silencio tras un atentado o una manifestación de domingo por la mañana con los hijos y los perros. Por una vez, los diputados nos suponíamos relevantes, decisivos. Nuestra conciencia era la de la patria y el patriotismo se

transfería a nuestra intención, no se quedaba en meras palabras. Verdaderamente, el espíritu del diputado Ramón Bayo nos inspiraba.

Aquella extraña reunión se había convertido en un charco de gasolina democrática al que cualquiera podía arrojar un mechero encendido. Y Ciri lo arrojó.

—Reyes, Laurita, ¿podéis aseguraos de que las puertas están bien cerradas y de que nadie más entra en esta sala? —pidió Ciri.

Los descubrí. Los dos vestidos como si fueran mellizos, con el mismo polo blanco de Fred Perry, los mismos chinos azul marino y los mismos mocasines náuticos, ataviados de niños de primaria para el festival de fin de curso. Y ambos, a la vez, se besaron la palma de la mano y me enviaron ambos besos.

—Sin la ayuda de Reyes y Laura no habría podido montar este tinglado —me dijo Ciri.

—Sois lo peor... Yo pensaba que hasta ellos me habían abandonado.

—Pues ya ves que no. Te enterraste, Marga, y no dejabas llegar a ti, los pobres estuvieron llamando a tu teléfono un día entero, y cuando ya no les quedaba otro recurso me avisaron.

—¿Por qué a ti?

—Porque Reyes sabía que yo haría lo que fuera por encontrarte. Se ve que eras la única en esta jodida Casa que no era consciente de la debilidad que sufro por la diputada Saavedra... Tus chicos temían que hubieras desaparecido como Bayo y que no volvieras.

—Gracias por buscarme.

—Te desenterramos, Marga.

No pude más, se me saltaron las lágrimas. También observé que a Ciri le bajaba una lágrima por debajo del parche negro. Pensé que si lloraba por ahí es que tenía dos ojos. Y un corazón, me respondí a mí misma.

Ciri me cogió la mano y me la besó.

—Vamos a empezar —me dijo.

Y nos giramos hacia los parlamentarios.

—Hablo yo y cierras tú.

—¿Y qué digo? —estaba bloqueada.

—Lo que habría dicho Bayo si estuviera aquí.

La sala aguardaba atenta y Ciriaco Romasanta, el joven diputado del parche en el ojo, mi salvador, se dirigió a ella.

—Buenos días, amigas y amigos. Gracias por acudir a esta convocatoria para debatir sobre la desaparición de Ramón Bayo y sobre qué vamos a hacer por España. Os pido disculpas por la premura y el modo boca a oreja con que habéis sido citados, entended que no había otra opción para evitar filtraciones y que al llegar no nos encontrásemos la sala llena de cámaras y micrófonos. La idea es que

nos conjuremos para salvar al país y que, en la medida de lo posible, lo que aquí se acuerde, pues eso, que no trascienda...

—Romasanta, somos políticos, sólo filtramos lo que nos interesa, sabemos callar un secreto... —le espetó, soltándole una indirecta muy directa, una socialista que cabeceaba al escucharle y a la que casi se le empañaban las gafas de fijo que lo miraba.

—Lo sé, Dulce, lo sé... En eso tú eres muy buena. Pero no está de más advertirlo. Primero, porque muchas indiscreciones se producen de forma involuntaria. Tomando un cafelito y haciéndose el interesante con un periodista o, la mayoría de las veces, con una periodista. Los diputados somos más fanfarrones que las diputadas...

—Y más ligones, y más gandules. Si yo contara lo tuyo y mío... —Dulce Busutil volvió a interrumpirle.

—Cierto, Dulce, cierto..., pero déjame acabar y no cuentes nada, por favor. Insisto en que no está de más pediros máxima reserva porque, en segundo lugar, ha llegado el momento de reaccionar. El Gobierno no puede caer en manos de los vengativos de Escarmiento, debemos intentar evitarlo. Si muchas de nuestras compañeras y nuestros compañeros se han rendido, nosotros no vamos a hacerlo. Como decía Pere Pau, estamos aquí para defender España de sus enemigos, que siempre han sido la división en bloques, los nacionalismos, empezando por el español..., la falta de ambición y el acomodarse al menú del día. Os propongo que esta vez no salvemos nuestro pellejo, sino nuestra dignidad de diputados.

A esta última frase le respondió una ovación contenida, seria, aprobatoria. La diputada Busutil se puso en pie para aplaudir.

—Mi excusa para traeros aquí —siguió en uso de la palabra el diputado Romasanta— ha sido que entre todos debemos hacer algo para encontrar a Ramón Bayo, para que se movilice la policía y la sociedad, que parecen no haberse dado cuenta de que un político de primera división, respetado por el arco parlamentario en su totalidad, se ha esfumado. Pues bien, a mi lado está la diputada Marga Saavedra, una de las personas que mejor conocen a Bayo y la líder natural del Grupo de Ele-Ele. A ella le voy a rogar que nos dirija la palabra... Marga, por favor...

—¡No, no, sigue tú, machote, héroe...! —Dulce Busutil se puso en evidencia y se le cayeron las gafas al gesticular.

—¿Y qué digo? —otra vez le pregunté a Ciri por lo bajini.

—Te lo repito: lo que habría dicho Ramón Bayo.

Me puse de pie, busqué con la mirada a Reyes y Laurita y, como si me dirigiera sólo a ellos, comencé a improvisar en público con tanta naturalidad como me fue posible.

—Buenos días, amigos. De mis tiempos de profesora de Historia conservo el hábito de mirar España como una aspiración antes que

como un pasado. —Notaba yo misma que la voz no me salía y que entonaba como un curita—. España no es lo que fuimos, sino lo que queremos ser. No es la uniformidad, sino la armonía. No es la adhesión, sino la concordia. No es la grandeza, sino la ejemplaridad. No es la libertad de la patria, sino las libertades de sus ciudadanos. España es el sueño, y los sueños ni se crean ni se destruyen ni se transforman, los sueños ni se consiguen ni se pierden, son como los límites matemáticos, tendemos a ellos sin alcanzarlos jamás. Nos pueden quitar la vida a cualquiera de nosotros, pero no los sueños que soñamos juntos. Siempre quedará un Ramón Bayo que sueñe por todos.

La sala estaba completamente callada. La atención con que me escuchaban resultaba casi pasional, podía apreciar como si fueran tomavistas los ojos que me registraban para la memoria colectiva. No se oía respirar, ni una tos. Seguir me supuso hacer el esfuerzo de abrirme paso en esa masa de silencio sólido.

—No puedo contaros lo que está sucediendo en realidad, no me creeríais. Si os dijese que el espectro de la política española de siempre, convertido en una perraza negra, recorre los pasillos de esta Casa dispuesto a alzarse con el poder absoluto y a devorar a todo el que se le oponga, pensaríais que se trata de una metáfora. Conque lo enfocaré de otro modo, como una parábola: la del vampiro y el diputado. Imaginemos que en los sótanos del Congreso viviera un vampiro...

—No hay uno, hay trecientos cincuenta, ¡y no están en los sótanos! —Nadie rio el chiste fácil.

—Dulce, déjame continuar, por favor... Imaginemos que ese vampiro llevara desde tiempos de Felipe II saliendo regularmente de su tumba para morder a los sucesivos políticos que en España ocupan los escaños del poder, inoculándoles la incomunicación, el egoísmo, la malquerencia y la estupidez que conducen a todas las guerras civiles. —Se me templó la voz, sentí que un huracán comenzaba a hablar a través de mí—. Y que un día, un día de este año, harto de las pestes y los apestados, un diputado cualquiera..., uno por Salamanca, por ejemplo, decidiera hacerle frente, no dejarse morder por el vampiro. ¿Qué sucedería? Moriría, no lo dudéis, el vampiro lo mataría. Eso es lo que ha sucedido con Ramón Bayo. Se ha opuesto al vampiro de la política española y el vampiro lo ha asesinado.

»No sé si volveremos a ver a Bayo, pero estoy segura de que debemos ponernos en su lugar y decirle no al vampiro de la política española de siempre. Porque ese vampiro puede matar a uno de nosotros, pero no a todos a la vez. Esa es la moraleja de mi cuento: individualmente somos vulnerables ante lo peor de la política, pero unidos resultamos indestructibles, como lo es nuestro sueño. El mal no

puede eliminarnos a todos a la vez, se descubriría. ¿Lo entendéis? Rompamos filas y mañana..., ¡digamos no al vampiro! ¡Unidad!

Algunos veteranos se alzaron levantando el puño y gritando: ¡no, no, no! Les siguieron los jóvenes del PP y al poco toda la concurrencia estaba coreando el mismo no.

—Calma, señorías, que los van a oír —se impuso Migue con la autoridad que le daba ser todavía el presidente en funciones del Congreso—. Continúa, Marga.

—Gracias, presidente. Disculpad que yo también me emocione y me venga arriba —seguí poseída ahora por la influencia pragmática pero idealista de Moncho—. Antes de tomar la palabra, nuestro convocante, el diputado Romasanta, me ha pedido que os dijera lo que hoy os diría Bayo de estar entre nosotros. Lo voy a intentar.

»Si Ramón pudiera, insistiría en dos cosas. Una, en que creamos en la buena política y en los buenos políticos. La política es dura, inhumana, corrupta, adictiva..., no tiene corazón..., todo eso es verdad, pero también es el milagro que cada día permite que se realicen la libertad, la igualdad de oportunidades y la protección social. Sin buena política y buenos políticos la sociedad sería una selva. ¿Que todo se puede hacer mejor? No lo neguemos. Pero que se reconozca también que sin nosotros todo sería peor. No nos culpemos por haber sentido la vocación y la ambición de ocupar un cargo público. Cuando en un país los políticos dejan de tomarse a sí mismos en serio ocurre lo que está a punto de suceder en España, que los que no creen en la política ocupan el poder.

»Y ahora viene lo segundo que nos diría Ramón Bayo: seamos consecuentes. Aunque sea lo último que hagamos en la vida, seamos consecuentes. Asumamos nuestra responsabilidad. Rompamos las cadenas de la disciplina de voto. El millón de muertos de la Guerra Civil, los miles de muertos de la represión y la dictadura, los perseguidos, los exiliados, los encarcelados, las víctimas del terrorismo, los reconciliados, sí, los reconciliados, nuestros padres, los infectados y los arruinados por la rodamunda..., nos están gritando: ¡No lo volváis a hacer! En nuestras manos está evitar que la historia se repita. Consigamos que España siga siendo la aspiración del pueblo español... ¡Vamos a decirle no al vampiro!

Un no sordo, pero rotundo, repetido, como entonado por un orfeón de mineros, se enseñoreó de la sala. Cualquiera diría que se trataba de un coro de góspel cantándole a sus tentaciones: «No, no, no...». Los diputados y senadores se levantaron y elevaron sus puños al unísono. Seguían repitiendo su letanía, no, no, no..., pero sin levantar la voz, como si participásemos en una misa civil.

—No, no, no...

Yo me desplomé sobre el escaño. En menos de veinticuatro horas

creía haber muerto y haber resucitado. Me sentía un juguete del destino.

—No, no, no...

—Señorías, señorías, señorías... —Miguel Betancor, tirando de su jerarquía, frenó la excitación general—, como presidente del Congreso, que hasta mañana aún lo soy, y si todos ustedes se comprometen a ser discretos con lo que aquí se acuerde para salvar España, tengo un plan de acción que proponerles. Les explico lo que vamos a hacer...

Hace días que se acabó la cinta de la negra Underwood, la máquina de escribir sentencias de muerte de mi padre, por eso estoy siguiendo con los bolígrafos que me encuentro por ahí. Pero la mano se me cansa, mi letra resulta peor a cada folio, y tengo miedo.

Tengo más miedo de vivir que de morir.

CUARENTA Y CUATRO

El último día

Para evitar el poder de Lola sobre mi voluntad y la aparición del juez a las dos de la madrugada, me instalé en casa de Reyes y Laura. Pasamos la tarde noche de la víspera del gran día jugando a Pasapalabra y cocinando un bizcocho de naranja con virutas de chocolate que no cura la depresión, pero que, acompañado de un melodrama en blanco y negro, uno de esos con un poco más de «melo» que de «drama», hace que las chicas nos vaciemos de lágrimas y nos volvamos de hierro. O esa era la tesis de Reyes y Laurita.

A la mañana siguiente, los tres fuimos en metro al Congreso. Los vagones de la red de ferrocarriles subterráneos de Madrid constituyen el «entre bastidores» de la gran comedia del mundo. Igual que los figurantes antes de salir al escenario, los viajeros dejan volar su pensamiento, leen, puntúan de cero a diez a los guapos, de soslayo se deleitan con el escote de la muchacha que tienen al lado, escuchan música, responden guasaps o charlan entre sí mientras las estaciones se suceden entre el traqueteo y el sueño. Luego, poco a poco, van desalojando el vagón: unos en bulevares de postín y cinco estrellas, otros en calles secundarias de clase media-baja o directamente en los juzgados y, subiendo unas escaleras, que las más de las veces son mecánicas, saltan a la luz deslumbrante de los focos del día para completar la escena en que les toque participar. Los protagonistas de la vida de Madrid no viajan en metro ni en autobús, sólo la comparsa, sólo los extras de la vida. Y yo iba camuflada entre ellos, como una Blancanieves protegida por sus alegres enanitos del bosque.

Tomamos el metro en Canillejas, después trasbordo en Ventas y bajamos en la parada de la calle Sevilla, la mía. Al doblar por Cedaceros hacia la Carrera de San Jerónimo, desde lejos apreciamos ya la agitación y el trajín que conlleva la sesión constitutiva del Congreso de los Diputados: coches oficiales que entran en procesión en el garaje, abrazos de amigos y colegas que se reencuentran tras creer que no sobrevivirían a las elecciones, periodistas haciendo corrillo ante la reja de Floridablanca, cámaras de programas de humor al acecho del diputado que hace el ridículo buscando ser gracioso, curiosos de puntillas, votantes entusiastas a la caza del selfi con su parlamentario favorito, paisanos que presentan a su señora a los

políticos con que se cruzan y algún padre al que le han negado la custodia compartida puesto de rodillas con la foto de sus hijos por delante. El Congreso reabría sus puertas y los limpiabotas, reventas, buhoneros de bebidas frías, bufandas y gorras para hinchas, pitos y cotufas, carteristas y poetas callejeros que lo merodean también estaban de regreso.

Reyes y Laurita me habían vestido para la ocasión, según ellos, de Katherine Hepburn en *Historias de Filadelfia*. Para mí, el conjunto de falda de paneles y camisa de seda que me escogieron la víspera en mi apartamento era otro cualquiera de los míos. Iba, pues, como siempre vestida de mí misma.

Entré deprisa, no quería saludar a nadie. Si era posible, deseaba llegar hasta mi escaño sin que ningún periodista me pidiese una declaración. Mentir o disimular son dos virtudes políticas que no forman parte de mis cualidades personales y, antes que poner cara de circunstancias para una televisión, prefería pasar desapercibida. A mí se me habría notado que albergaba un propósito inconfesable para la reunión. No fue difícil esquivar los canutazos pues todos los líderes y cachorros de líder se presentaron cargados de titulares redondos que soltar para regocijo de sus jefes de prensa y exasperación de los veteranos cronistas parlamentarios, que prefieren un mal razonamiento a un buen eslogan. Los políticos que triunfan en los medios han aprendido a hablar en tuits con los periodistas acreditados en la Cámara; causa asombro verlos haciendo declaraciones con la ortopedia verbal de un jefe indio.

Para que nadie me entretuviera fingí que hablaba con mi móvil, me lo puse en la oreja y caminé rápido.

Al Salón de Sesiones accedí cuando aún estaba medio vacío. En la sesión constitutiva todavía no hay escaños asignados y cada uno puede sentarse un poco donde le plazca. Los grupos parlamentarios, no obstante, tratan de tener a sus miembros juntos para pastorearlos con más eficacia. También es cierto que con la ubicación en el pleno se envía un mensaje sobre la posición ideológica que cada uno sostiene; así el PP se sitúa siempre a la derecha de la presidencia de la Cámara y el PSOE a su izquierda. Los escaños centrales quedan para quienes, como los de Ele-Ele, nos proclamamos de centro y para todos aquellos que no caben en los laterales, tal que Podemos, ERC o el PNV.

Escarmiento y el Pacto del Arcoíris eligieron para su estreno los balconcillos de los dos lados, es decir, el extremo derecho y el izquierdo, respectivamente.

Instintivamente, al poner el primer pie en el hemiciclo, alcé los ojos en dirección a la tribuna de prensa. Avizoré hacia donde suelen sentarse los de la agencia EFE por si descubría a Lola, pero también

para encontrar a Leo. Aún no había nadie por allí.

Busqué el asiento en el que hice el amor con Moncho, el mismo que fue mi escaño en la anterior legislatura, y ahí me senté a esperar a mis compañeros. También yo quería emitir una señal al universo con el sitio escogido, si bien la mía no se trataba de una señal ideológica, sino sentimental, privada. A Moncho, si es que podía llegarle de alguna forma, le estaba diciendo: «No me olvido de ti, ni de que aquí me pediste que nos casáramos y no me atreví a decirte que sí». Cerré los ojos por un momento, acaricié el cuero del escaño que en mi imaginación guardaría recuerdo del peso de mi cuerpo y el de Moncho pegados, fundidos, y como si rezase, con el pensamiento, le dirigí la palabra al cielo: «Salmantino, estoy aquí por los dos. Ocurra lo que ocurra esta mañana, triunfe o fracase, conste que tu Palillo se levantó ayer de la cama y hoy ha venido por ti. No ambiciono otra libertad que la de proclamarme, delante de todas estas señorías, mitad de un sueño compartido contigo. Ya verás en cuanto tenga la palabra..., átate los machos que voy... La voy a montar gorda por nuestro amor. Sí, quiero, Moncho. ¿Lo escuchas? Sí, quiero...».

Me sacó de mi ensimismamiento la voz de Ciri dando instrucciones a los diputados de nuestro partido.

—Aquí, en torno a Saavedra, sentaos aquí. Estos escaños siempre han sido los nuestros. Y dejad el del pasillo libre para Ana de Mendoza.

Entretanto el Salón de Sesiones se había ido llenando y ahora se mostraba atestado y bullicioso como si fuera una criatura dotada de vida propia. Y en algún sentido lo era, vaya si lo era. Siempre he defendido que el pleno de los parlamentos aspira y espira aire como si se tratase de un bicho compuesto de células capaces de sumarse y restarse. Sí, se expande o se contrae, se abarrota o se vacía, se excita o se solaza dependiendo del orador, el discurso y el asunto que se debata, dependiendo de la ocasión. No todos los diputados ni todas las discusiones ni todos los asuntos despiertan la misma curiosidad o pasión. Por eso, cuando el público critica que a veces las bancadas se vean desiertas, suelo responder que será porque a los abonados no les interesa esa función. Los diputados, como los toreros, hemos de ganarnos el prestigio y el puesto en el escalafón de la plaza con arte, valentía, facultades físicas y galanura.

Aquella última mañana de mi vida, el hemiciclo volvió a parecerme un martes de carnaval. Otra vez. A la variedad de atuendos propiciada por los nuevos parlamentarios musulmanes, vestidos ellos a la forma tradicional del Rif con sus chilabas con capucha propias de los bereberes y ellas con el cuello y la cabeza cubiertas por el velo islámico, cabía sumar los uniformes inventados, supuestamente históricos, que lucían la mayoría de los miembros de Escarmiento:

guerreras de fantasía con solapas imitación de piel de lince y alamares de chaquetilla de torero; levitas de paño azul con pecheras de botones dorados, cordones de plata y faldones ribeteados en rojo; dolmanes con entorchados flamígeros, bandas de raso y charreteras metálicas con flecos color vino tinto; botas y pantalones de montar; bicornios o tricornios con escudos regionales, plumero de *carabinieri* y escarapela con la bandera de España... Algunos más atrevidos accedieron al hemiciclo tocados con un morrión de conquistador de América. Y el diputado leninista reconvertido a facha, conocido como «el obrero de Escarmiento», se presentó enfundado en su mono azul y con un cinturón de herramientas.

Las mujeres vengativas, menos presumidas que los hombres, se limitaron al traje de chaqueta con falda por debajo de la rodilla, como si se hubieran repartido el fondo de armario de Pilar Primo de Rivera.

El imán Haidar al Isbani, túnica y manto negros y fez de fieltro carmín con penacho también negro, atribuyéndose la distinguida majestad hierática de un ayatolá Jomeini recién traído del Museo de Cera, ocupó el primer escaño del balconcillo de la izquierda, y don Baldomero Cuervo, luciendo su toga de fiscal anticorrupción, con puñetas, escudo y cruz de San Raimundo de Peñafort, el primero del balconcillo de la derecha. Entre una punta y otra del hemiciclo los rayos se cruzaban como si el imán y el Cuervo fueran el polo positivo y negativo de una tempestad.

A esa hora, la estampa del pleno se me antojaba una granada abierta, con sus miembros amontonados por familias y separados por membranas en torno al centro de la estancia igual que las semillas en la fruta y con aquella irisación granate de sangre que, al menos en mi imaginación, emanaba del conjunto.

El ejercicio de la política debería ser anónimo, se me ocurrió. Si de la política pudiéramos extraer cuanto conlleva de satisfacción del amor propio, los políticos descubrirían que existe un universo más allá de sus zapatos.

Ana de Mendoza se dejó ver la última. Me fijé a través del batimiento constante de las grandes puertas de vaivén que dan a la Galería de Orden del Día, producido por la llegada repetida de parlamentarios, en cómo Ana se demoraba discutiendo con Fausto Rancaño y Pancho Zaragoza sobre unos folios que los tres leían al unísono. No me cupo duda de que se trataba del discurso que traía preparado para el momento en que resultase elegida presidenta del nuevo Congreso y de que el lugarteniente del Cuervo lo estaba corrigiendo antes de darle el visto bueno.

Las sesiones de constitución de un nuevo Parlamento se parecen mucho al primer día tras el verano en las irlandesas de Sevilla: las alumnas estrenábamos uniforme, falda a cuadritos verdes y rojos,

camisa blanca y jersey verde, íbamos bien peinadas por nuestras madres y nos poseía un sentimiento mezcla de excitación, curiosidad y vergüenza. Ningún otro día estábamos tan atentas y nerviosas a la vez. Aún no jugábamos, nos conteníamos, pero no parábamos de hablar, hacer planes y dar saltitos. El primer pleno de una nueva legislatura también es así, comedido, aunque intranquilo.

Aquella mañana, la tensión que exhalaba el hemiciclo se respiraba como si fuera humo de una hoguera, casi te hacía toser. Los diputados nos sentíamos incómodos; muchos estábamos al corriente de lo que iba a ocurrir, pero el resto no, aunque se maliciasen que algo se tramaba a sus espaldas. La desconfianza se transmitía a la velocidad de un virus en una multitud.

En principio, si se cumplían los acuerdos publicados, Ana de Mendoza iba a ser elegida presidenta del Congreso con el apoyo de Escarmiento, VOX, PP, Ele-Ele y Cristianos por el Socialismo, una clara mayoría. El imán Al Isbani, por su parte, sería votado por el Pacto del Arcoíris, el grueso del PSOE y todos los restantes, seises, sietes y cartas que no ligan…, pero sus opciones resultaban meramente testimoniales. Las fuerzas reunidas en torno al imán aspiraban a mostrar con sus votos una oposición casi bélica a lo que fuera a ocurrir en España a partir de ese instante. Sin embargo, los amigos de Ramón Bayo que la víspera nos confabulamos en la Sala Constitucional sabíamos que, si nuestro plan salía bien, tanto Ana como el imán se iban a llevar una sorpresa morrocotuda.

La presidenta *in pectore* ocupó el escaño del pasillo que le había reservado Ciri sin dirigirme siquiera una mirada, aunque dejando notar que sabía que yo sí la estaba observando. Me gustó, ¿a qué negarlo?, el vestido de cuero naranja oscuro con cuello vuelto que había elegido para coronarse en la Cámara. También me gustó que no llevase bolso, sino un portafolios, como habría hecho un hombre. Así arreglada, el efecto mojado de su media melena rizada de siempre terminaba por conferirle el estilo de una ejecutiva de consultora *big four*. Me pareció distinguir un par de ratas moviéndose entre sus pies, pero, como no era cuestión de agacharme para confirmar aquella impresión espantosa, preferí fingir que no había entrevisto nada.

Ciri, transmutado para no levantar sospechas en el bienmandado diputado Romasanta, en el reconocido esclavo moral de Anita de Mendoza, se giró hacia mí e intentó guiñarme su ojo descubierto para indicarme que todo iba según lo previsto. Digo «intentó» porque le salió una mueca extraña, mitad ridícula mitad angustiosa. Me hago cargo de que guiñar un ojo no es fácil para un tipo con parche. Le correspondí con una sonrisa acongojada que decía: ya veremos.

La atmósfera del Salón de Sesiones pertenecía a las moscas. ¿De dónde venían? ¿Cuándo entraron? Se decía que habían vuelto como

cuando empezó la peste, pero, ostras, no tantas... Era como si estuviéramos en el campo o como si hubiera un animal muerto junto a los taquígrafos. No sé qué me sorprendía más, si las moscas verdes zumbando a nuestro alrededor o la naturalidad con que su presencia era aceptada por unas señorías que no tenían otra preocupación que el evento político al que asistíamos. Los políticos de verdad no piensan más que en política, el resto de los asuntos les resulta irrelevante, las moscas lo eran aquella mañana.

Se formó sin incidentes la mesa de edad y le correspondió la presidencia de la sesión constitutiva a don Rosauro Pleguezuelo, eterno diputado por Zaragoza, antigua joven promesa de la Transición que por años y años figuró en todas, absolutamente todas las quinielas de altos cargos gubernamentales que se barajaron, no alcanzando jamás ninguno, y que llegó a octogenario de diputado raso sin asumir responsabilidad alguna y por tanto sin enemigos. Chistoso, dicharachero, pelota, relativista..., sus tardes memorables se las debía a la Asociación de Parlamentarios por el Mus. Jugando a las cartas en el bar de la Casa se convirtió en una institución tan sagrada como los *gin-tonics* sin hielo ni limón para poder subírselos a la tribuna de oradores como si fueran el vasito de agua. Tenía don Rosauro un aire falso de viejo profesor de Filosofía Política; estatura discreta y gabardina, cabello escaso y pegado con fijador sobre las orejas, gafitas doradas y ojos oblicuos. A fuer de simpático consiguió resultar indispensable para quienes confeccionaban las listas electorales en su partido, igual que esos cachorritos a los que por su mirada tierna hace falta ser muy malvado para meterlos en un saco y echarlos a la acequia.

A don Rosauro Pleguezuelo se atribuía la fábula política según la cual un día llegaron los cazadores a la selva y los leones salieron de sus cuevas hambrientos porque olía a carne humana. Menos un león viejo, ciego, desdentado y sin garras que se quedó en la cueva. Al atardecer, ese león viejo era el único que seguía vivo. Moraleja, concluía el cuento, si quieres sobrevivir en política, hazte el muerto. Tal vez el autor de esto también fuera Pío Cabanillas o Jesús Posada, si no eran la misma persona.

—Se levanta la sesión. Digo, se abre... No sé qué prisas tendré para quitarme rapidito de este puesto tan visible... —comenzó diciendo don Rosauro entre risas y toses enteradas y nerviosas de la mayoría de los diputados.

—Oye..., ¿este está en el secreto o cree en Dios? —le susurré a Ciri utilizando una jerga democristiana que seguro resultó de su gusto intrigante.

—Está en el secreto, por eso tiene tanta prisa por largarse. ¿Que no conoces a Pleguezuelo? Es un cagueta... —me respondió con un

murmullo, y ambos sonreímos.

—Ahora que dices lo de «cagueta», ¿sabías que el español es el idioma con más insultos del mundo?

—Alguien me dijo que en nuestro idioma hay cinco sinónimos para cada insulto y sólo uno y medio para cada elogio. Ahí tienes la explicación del éxito del Cuervo y el imán, juegan con ventaja sintáctica. —No puedo decir que estuviera sorprendida, la inquietud que antes me producía Ciri era intuición de que en él bullía una personalidad reprimida, pero ahora me divertía mucho disfrutando de su nueva complicidad, como una adolescente con un vigilante de piscina recién conocido.

—Eso va a cambiar. —Ahora yo le guiñé el ojo.

—Eso va a cambiar. —Repitió aquella mueca que quería ser un guiño, pero resultaba una expresión angustiosa viniendo de un tuerto.

—¿Podéis callaros? A ver si estamos en lo que estamos, Ciri..., coño, que luego se producen los errores y vienen los lloriqueos. —Ana nos llamó la atención sin volver el rostro hacia nosotros, la vista perdida en el infinito como los reyes en las monedas.

Entonces, desde donde estaban aposentados los verdes, que se habían registrado como Grupo Parlamentario de los y las Hembras, echó a volar una bandada de pajaritos que, causando un extraordinario estrépito de trinos y batir de alas, dibujando círculos en el aire, se adueñó de la estratosfera del hemiciclo. ¿Cuántos serían? ¿Diez, quince, veinte...? No sabría decirlo. ¿Y cómo los habían metido en el salón? Tampoco tengo idea. Se comentó que los trajeron en cajas de cartón con agujeros para que respirasen y en cucuruchos de papel de estraza debajo de las chaquetas. El conjunto de la Cámara elevó la mirada al techo como si estuviésemos dentro de una pajarera, de modo que nadie reparó en la pancarta que, tras su acción de sabotaje, alzaron sus señorías del Grupo de los y las Hembras con el lema: «Salvad al chorlitejo patinegro, al escribano palustre y al alcaudón chico. No dejéis el cielo de España sólo para las moscas».

Y, en efecto, como si los pajaritos sí hubieran leído la pancarta, empezaron a darse un festín con las moscardas que nos revoloteaban, de modo que estas, disimulando para no ser comidas al primer picotazo, aterrizaron por precaución sobre los dorsos de las manos, el filo de las orejas, la montura de las gafas, las solapas de las americanas, los pliegues de los vestidos y la punta de los zapatos, imponiendo a la concurrencia una colección de broches de mosca dejada caer al tuntún más propia de una asamblea de muertos de anteayer que de un círculo de vivos.

Se armó un gran revuelo. Don Rosauro agitaba la campanilla en la presidencia y trataba de imponerse alzando la voz.

—¡Señorías, sujétense! ¡Señorías, cabeza fría! ¡Señorías, retengan

a la bestia que llevan dentro! Ruego a los ujieres que retiren esa pancarta y a sus señorías que tomen asiento y se comporten como adultos. Señorías...

Pero nada. Continuaba la agitación por la invasión de los pajaritos tal y como habría sucedido si en vez del Congreso se hubieran colado en un aula de educación secundaria. Los diputados de Escarmiento hacían gestos de cazador apuntando con los dedos a las avecillas; los del Pacto del Arcoíris extendían sus índices con la esperanza de que, para exhibir su poderío, Alá ordenase a alguna de esas criaturas voladoras que se detuviera ahí; los nacionalistas catalanes y vascos achinaban los ojos con la esperanza de distinguir alguna especie endémica y nacional de Cataluña o de Euskal Herria en la bandada; y los del montón, los peperos, los sociatas y los míos, tal que adolescentes, se daban golpecitos, lanzaban bravuconadas y se gastaban bromas a costa del desbarajuste. Por eso, don Rosauro, otra vez como un profesor en una clase de secundaria, no tuvo más opción que recurrir al clásico: «Sentaos, que voy a poner un examen», que en nuestro caso se tradujo en un continuar con la sesión haciendo caso omiso de los pájaros, las moscas y las ratas, que también había ratas, aunque estuvieran escondidas.

—Señorías, todos ustedes tienen un papel en blanco. Ahí pueden escribir el nombre de la diputada o el diputado que prefieran para presidir la Cámara. El voto es secreto y no hay candidatos ni discursos de presentación. El único requisito es que la persona elegida se haya acreditado debidamente. Resultará elegido quien obtenga la mayoría absoluta. Si nadie la alcanzase, se repetirá el voto ya sólo con los dos nombres que hubieran recibido más apoyos. Les vamos a llamar por orden alfabético para que sus señorías suban a la tribuna y depositen su voto. Por sorteo, la votación empezará por doña Victoriosa del Cacho Donato. Señora letrada mayor, puede comenzar el llamamiento.

—Doña Victoriosa del Cacho Donato.

De inmediato, tal que alumnos aplicados, nos pusimos a escribir un nombre en la papeleta. Los pajaritos continuaron sobrevolando la sesión toda la mañana, pero ya nadie volvió a hacerles caso. La noticia de colorín que representaban había pasado. A todo el mundo ya le daba igual si se quedaban o se iban.

Y saltó la sorpresa. Tras recontar los votos, don Rosauro Pleguezuelo leyó el resultado: Ana de Mendoza era la más votada, pero no llegaba a la mayoría absoluta porque entre ella y el imán se había colado una candidata sorpresa, Amargura Saavedra Meléndez. La votación se repetiría, pues, con Ana y conmigo como finalistas. Todo iba tal y como lo planeamos la víspera en la Sala Constitucional.

Cuesta rememorar y relatar con detalle cuanto ocurrió en los instantes posteriores, en mi memoria los recuerdos se apremian y se

atropellan entre ellos.

Al hacerse pública la campanada se produjo un pliegue en el espacio y el tiempo, o algo similar nos pareció a los que estábamos allí. Primero, sobrevino un estruendo como el del mar cuando se presenta de forma inesperada: aplausos, protestas, insultos, risotadas, provocaciones entrelazadas y vociferantes preguntas de periodistas que descolgaban medio cuerpo desde su tribuna para captar qué se cocía abajo, todo eso al mismo tiempo. Segundo, Ana de Mendoza se lanzó hacia mí con las uñas por delante llamándome traidora y zorra, y exigiendo que retirase mi candidatura de inmediato por fidelidad a las siglas del partido y a la memoria de Melchor Avellana, que la habría elegido a ella, aunque la esquivé dando un par de pasos atrás. Tercero, los diputados de Escarmiento también se me abalanzaron con descontroladas intenciones, pero Ciriaco Romasanta, Miguel Betancor y Pere Pau Marrón se interpusieron como tres valientes y mis amigas de Ele-Ele formaron un círculo mágico a mi alrededor. Cuarto, Haidar al Isbani, que se había convertido en el árbitro que decidiría la votación siguiente y del cual se aguardaba una indicación que señalase hacia cuál de las dos candidatas finales prefería que se inclinasen los que le habían votado a él, permaneció impasible, más bien patidifuso, se diría que oraba, pero yo sabía que estaba perplejo, que no se esperaba la jugada, y sus seguidores lo mismo, abatidos, acusando la traición de los socialistas. Y quinto, cuando por fin, distanciadas por cuatro o cinco escaños, Ana de Mendoza y yo establecimos contacto visual me temblaba la cabeza, pero me obligué a mantenerla erguida, me forcé a no retirar la cara y observé que su odio era infinito y que, sin darse cuenta, llevaba una caca de pájaro sobre el pelo.

«Una caca en el pelo es humillante, así no puede asustarme. Lola jamás dejaría que un pajarito le cagase en la cabeza, ella es un demonio de verdad...», pensé.

De este modo caí en la cuenta de que llevaba un día entero sin preocuparme por Lola, desde que Ciri me condujo a la CCC, a la «Conspiración de Centristas del Congreso», como bautizarían después los periódicos a nuestro complot de «monchistas». Seguía temiendo a Lola, desde luego, muchísimo, y más porque, conforme ganaba distancia, una horrenda certeza sobre quién era el personaje se iba consolidando en mi interior, sí, ese temor estaba de fondo, en efecto, no cambiaba..., pero ya no me preguntaba por ella, no estaba pendiente de si me la iba a encontrar o no. Me sentía liberada, estaba dispuesta a plantarle cara, había decidido honrar la memoria de Moncho, que era, o fue, el amor de mi vida. Y otra cosa, al dejar de obsesionarme con Lola, al ponerla en un segundo plano, volvía a pensar con nostalgia en Moncho, sin remordimientos.

Al irse una regresaba el otro como al retirarse el mar regresa la playa.

Me arrellané en el escaño y dejé que los acontecimientos sucedieran con la flema de un general que contempla la batalla desde la grupa de su caballo. Por primera vez en muchos días, me daba igual lo que sucediera conmigo, yo ya no era importante; la lucha era por la resurrección de todo y de todos, y se trataba de vencer o morir todos. Cuando me llegó el turno de subir de nuevo a la tribuna a depositar mi voto un grupo de diputados populares y socialistas me acompañó como si fueran mi escolta de edecanes o mis bailarines y yo su vedete.

La elección definitiva se desarrolló en un clima de extraordinaria tirantez. La división de las bancadas en dos bloques pétreos se había roto. El sufragio secreto facilitó que saltara por los aires la disciplina de voto. A un lado y a otro del hemiciclo los reproches y las deserciones se producían cada vez con mayor estrépito. Ya nadie controlaba el voto de nadie. Si hubo una vez en España en que los diputados expresaron su voluntad siendo libres sin reserva alguna, pensando sólo en el bien común, guiados en exclusiva por su conciencia, fue justo esta, cuando parecía imposible.

Por otra parte, como dándole una continuidad simbólica a la revolución de los diputados silenciosos que se estaba produciendo en el Congreso, la de esos mal llamados diputados «culiparlantes» por no manifestarse más que sentados y con la boca cerrada, los pajaritos seguían volando y comiéndose las moscas.

Votar y volar eran sinónimos en aquella ocasión imprevisible, mágica.

Pese a la incertidumbre que se derivaba del votar sin disciplina de grupo, todo apuntaba a que yo ganaría al recibir el voto de quienes en la primera ronda sostuvieron la candidatura del imán y que, lógicamente, preferirían una presidenta de centro que otra apoyada por la derecha heredera del nacionalcatolicismo. Lo que no se podía prever era que mi victoria fuese a ser tan aplastante: de trescientos cincuenta diputados, doscientos cuarenta y siete escribieron mi nombre en la papeleta.

Tras escuchar este segundo resultado, Ana de Mendoza se quedó de piedra, pegada a su asiento. Abrió la carpeta, sacó el discurso de toma de posesión que traía redactado y corregido y se puso a leerlo como si, llegada la hora, tal fuera su destino, aunque no hubiera sido elegida presidenta. Todos los diputados se separaron de ella formando un claro a su alrededor, dejándola sola en su conmovedora lectura. No se le escapó una lágrima, al contrario, casi parecía feliz. Yo pensé que le faltaba un tornillo, que se había vuelto loca y me acordé de la caca de pajarito que adornaba su pelo y de las ratas negras que se escondían entre su calzado.

Ostras, sentí lástima por Ana.

A continuación, se eligió a los vicepresidentes y los secretarios. El resultado fue muy parecido. Ganaron los puestos en liza miembros del PP, del PSOE y de Ele-Ele caracterizados por su capacidad para ponderar todas las opiniones. Gente constructiva. La concertación anónima de los votos moderados que los amigos de Ramón Bayo trajimos clandestinamente cocinada del día anterior expulsó por primera vez en nuestra historia constitucional a los nacionalistas y los extremistas del reparto de puestos relevantes.

—La nueva presidenta del Congreso de los Diputados es la diputada por Sevilla doña Amargura Saavedra Meléndez. —Grandes aplausos—. Ruego humildemente a su señoría y a los nuevos vicepresidentes y secretarios que accedan a la presidencia para tomarles juramento y cederles el testigo —proclamó con inusitada energía don Rosauro.

La letrada mayor le bisbiseó que la nueva Mesa del Congreso se tomaría juramento a sí misma y que gracias por el servicio, y don Rosauro, sin queja alguna, se disolvió de nuevo discretamente en la manada, volvió al decorado del salón del que formaba parte desde hacía cuarenta años.

Llegué con suma dificultad, arrastrada por los más, lastrada por los menos, hasta la cumbre de la tarima de madera bruñida que se alza bajo el tapiz del escudo de España. Mis partidarios y mis detractores se zarandeaban y se vilipendiaban sin conmiseración. Algún escupitajo y algún zapato volaron de un extremo al otro del salón.

Juré acatar la Constitución y cumplir fielmente las obligaciones de mi nuevo cargo entre vítores y murmullos, y me senté en el escaño de presidenta del Congreso. Me saludó una larga y sonora ovación que poco a poco fue acallando a los que protestaban.

Mientras los nuevos secretarios iban recibiendo el juramento o promesa de los diputados, yo tuve unos minutos para esbozar algunas ideas sobre qué decir a continuación a la Cámara. La mayor parte se acogió a la fórmula de acatamiento a la Constitución reglamentaria. Sin embargo, haciendo gala de una tradición extravagante arraigada ya en el parlamentarismo español, hubo miembros que juraron por el sudor blanco del caballo de Santiago en la batalla de Clavijo o la camisa inodora de Isabel la Católica, y también por Alá, el clemente, el misericordioso, y por la vuelta al emirato omeya. Incluso alguno prometió por la futura República Popular de Cuenca-Teruel-Ademuz o la Cataluña que se autodeterminará como el único de los Estados Unidos de América en Europa, dado que Colón era de Manresa. El cachondeo con que el Congreso acogía estas declaraciones de intenciones rayanas con el humor absurdo relajó la situación y, al

acabar el listado alfabético de diputados, me permitió tomar el control del pleno.

Don Baldomero, puesto en pie y alzando el brazo derecho, casi haciendo el saludo romano, me pidió la palabra con ridícula solemnidad.

—Señor Cuervo, ¿me pide la palabra?

—Se la pido.

—¿Por qué artículo?

—Por el que corresponda... Españoles, esta mañana se ha producido aquí un golpe de Estado izquierdista, morisco y masónico. La voluntad de la España nueva, viril y revolucionaria que empieza a amanecer tras la peste del rodamundo..., la voluntad de la España que no agacha la cabeza ante los ejércitos extranjeros ni abjura de Dios..., la voluntad de la España limpia y honrada, de Viriato, santa Teresa de Jesús y Agustina de Aragón ha sido traicionada una vez más por los politicastros de covachuela, las razas africanas enemigas de ganarse el pan con el sudor de la frente, el *lobby* sodomita, Jorge Soros y los partidos corruptos al servicio del ateísmo... —Don Baldomero disparaba perdigones de saliva como una ametralladora oratoria.

—Señor Cuervo, no tiene usted la palabra.

—Lo dirá su señorita, digo su señoría —fanfarronas carcajadas en los escaños de Escarmiento—, que es la mayor beneficiada por esta lotería en la que se han sorteado las prendas de una patria desnuda y humillada... ¿Por qué artículo me retira la palabra, si puede saberse?

—Le apago el micrófono por el artículo que corresponda y porque soy la presidenta legítima de esta santa Casa. Así que a callar.

El líder de Escarmiento hizo aspavientos indignados, pero yo lo ignoré y me dirigí al Congreso de los Diputados sabiendo que me estaba escuchando España entera.

—Señoras y señores diputados —comencé—, en primer lugar, quiero agradecerles la confianza que me han otorgado con la votación de hoy, ojalá marque un antes y un después en lo que respecta a la libertad de voto de quienes aquí representamos a un pueblo libre. —Rumores—. En otras latitudes, la política habrá sido el oficio de los idealistas, pero en España, durante siglos y siglos, fue la excusa para que se cumplieran la envidia, el resentimiento, la dominación y el clasismo. Otros hacían política, nosotros la perpetrábamos. —Rumores más intensos en los escaños de la derecha.

»Hasta que en 1978 nuestros abuelos decidieron abrazarse, poner punto final y recomenzar desde el principio con una nueva Constitución, la de la concordia. Guardar memoria, pero olvidar la venganza. Ni vencedores ni vencidos; se reconciliaron. Refundaron una nación de hermanos. Pertenecemos a la primera generación de españoles desde Guadalete que no ha conocido una guerra, y desde

Trafalgar que no ha conocido una guerra civil.

»Y durante un tiempo fuimos ejemplares, los mejores. Exigentes con los que les sobraba, pero generosos con los que carecían de apoyo o habían fracasado en la vida, dejamos de relacionar la pobreza de muchos con la voluntad de Dios. Nos mostramos implacables con los límites a la libertad e igualdad de oportunidades de las mujeres. Convertimos en héroes a nuestros científicos, creadores y deportistas, y les conferimos el honor de hablar en nombre de España y de superponer la imagen de su rostro emocionado a las notas del himno. Recuperamos la lengua de las madres que hablaban a sus hijos en un idioma español distinto del castellano. Consolidamos un sistema público de educación, sanidad y pensiones que dignifica la solidaridad entre las generaciones. Regresó el *Guernica*. Ganamos tres Nobel de Literatura y no sé cuántos Óscar. Ingresamos en la Unión Europea. Celebramos unos Juegos Olímpicos. Autorizamos las bodas entre personas del mismo sexo porque el amor no puede limitarse por ley. Vencimos a los terroristas. Acogimos a quienes venían a pedir trabajo desde aquellos países a los que nosotros antes fuimos a pedir trabajo. Combatimos por los hambrientos y los perseguidos en los lugares más peligrosos e injustos, nuestros soldados se convirtieron en fuerza de interposición y paz. Presumimos de españoles por el mundo. Dejamos de autoodiarnos.

Grandes vítores, varios diputados se alzaron para aplaudir.

—Pero, pero..., ostras, debió darnos vértigo tanto éxito, porque, en algún punto del camino, lo de ambicionar la civilización se transformó en reivindicar las cavernas. ¿Qué nos pasó? ¿Cómo se estropeó todo? No lo sé... Seguramente el Gran Catarro, la peste del rodamundo, tuvo mucho que ver. Nos puso frente a nuestras debilidades y nos exigió más cordura de la que éramos capaces de compartir. El caso es que salimos rotos de la rodamunda. Tal vez el agotamiento de materiales venía de atrás; no actualizar la Constitución de nuestros abuelos, su reconciliación, fue el gran error y lo pagamos aborreciéndonos a nosotros mismos cuando pasó la peste.

»Esta mañana, aquí, se ha evitado una nueva guerra civil. Y por eso ruego a las fuerzas políticas que tomen nota de lo que ha sucedido y que se pongan de inmediato a organizar un Gobierno que excluya a los extremistas, los fanáticos y los irreconciliables, un Gobierno de la concordia, un Gobierno de buenas personas, si eso todavía fuera posible.

»Nuestra Transición fue la única revolución de las buenas personas que se ha producido en la historia, por eso hay que recuperar su espíritu. Y la buena fe, y la confianza en la política, y la altura de miras, y la vocación por el servicio público, y la satisfacción por el deber cumplido..., todo eso que se perdió con la inocencia, todo eso

que nos robó la corrupción.

»¿Que de dónde vino la rodamunda? No se lo pregunten más, yo se lo digo: la peste vive aquí, en esta Casa. ¿Les parece una metáfora? Pues no lo es. La peste no vino, la tenemos dentro, habita entre nosotros. Como una locura que se transmitiera con nuestra herencia, regularmente resucita en forma de guerra, hambre o plaga y nos enfrenta hermano contra hermano. Demonizo a la extrema derecha y a la extrema izquierda, a su intransigencia y su sectarismo. Yo las culpo, yo las proclamo siervas del demonio y propagadoras de todas las pestilencias.

Sonoras protestas a derecha e izquierda de la Cámara, aplausos en el centro.

—Y juro que desde hoy dedicaré mi vida a descubrir dónde se esconde nuestra maldición histórica y a exterminarla, en eso basaré mi presidencia del Congreso. Seré la cazadora de demonios de nuestra democracia. —Prolongados aplausos y pataleos, y nadie consciente de que mi compromiso era literal, no figurado; tenía decidido buscar, exhumar y quemar los restos de Magdalena de Guzmán, la marquesa reviniente—. Mis últimas palabras serán para un escaño vacío, el del diputado Ramón Bayo. —Tragué saliva, cerré y abrí los ojos, me propuse no llorar—. Ante toda España, Moncho, te digo: nunca más sin compromiso, desde hoy ¡con compromiso! Todo con compromiso. Ojalá te llegue esto donde quiera que estés y sepas que te quiero con compromiso. Y a España también.

»Ramón Bayo, ¡voy a salvarte!

»Muchas gracias.

Me senté y, para mi sorpresa, observé que la Cámara se mostraba desconcertada. Los diputados no sabían cómo reaccionar a mi mensaje de amor para el líder parlamentario de un partido político que no era el mío. En política, los líos amorosos se consienten sin poner límites a la afiliación de cada uno, lo mismo que entre diputados y periodistas, siempre que se lleven con discreción. Pero que una política de un partido ame públicamente a otro del partido rival desmonta la ficción según la cual la derecha y la izquierda se odian y se excluyen, por la que se mantienen cohesionadas las respectivas aficiones.

Casi se escuchaba el aleteo de los pajaritos, el zumbido de las moscardas y la respiración asmática de las ratas.

Fue Ciri, el que estaba enamorado de mí, todo un caballero..., el primero en ponerse de pie y aplaudir. Inmediatamente, Migue Betancor. Y enseguida hicieron lo mismo los doscientos cuarenta y siete diputados que me habían votado. Di las gracias. La intensidad de la ovación se incrementó.

Alcé la vista hacia la tribuna de prensa buscando otra vez a Leo, sólo por él me dolía haberle dicho a Moncho en voz alta que lo quería,

mas no lo reconocí. No estaba allí, y tampoco Lola. La mañana posterior a la invasión del Congreso, el cuerpo de Leo no apareció entre los restos del aquelarre, así que daba por hecho que estaría bien, que su muerte habría sido otra alucinación más, que su mirada y la mía se iban a cruzar y que podría hacerle un gesto que significara «lo siento». Pero no.

Continuaban los aplausos y los bravos. La misma cuadrilla de políticos profesionales que un par de días atrás, cuando Anita de Mendoza me cesó de portavoz, me hizo el vacío como si fuera una apestada, ahora me aclamaba —«¡presidenta, presidenta...!»—. La política es tornadiza. No, no es un tiovivo, es una montaña rusa, basta con quedarse quieta para que el propio devenir de la actualidad te lance al abismo o te eleve al cielo. Los políticos somos corchos flotando en medio de un mar tormentoso; por muy alto que suban o bajen las olas, para sobrevivir y acabar llegando a algo resulta suficiente con no hundirse.

Don Baldomero volvió a pedirme la palabra con mímica desesperada. Esta vez el imán me la pedía también. Decidí cortar por lo sano.

—Señorías, se levanta la sesión. —O sea, rompan filas, la orden que vuelve locos a los escolares y los quintos.

Y, en medio de un descomunal tumulto, estridente como el de la marabunta, los diputados se dispusieron a abandonar el hemiciclo con la prisa de quien le urge hacer declaraciones a la prensa o fumarse un pitillo en el callejón de Floridablanca, mas no se marchaban, al contrario, se iban apelotonando en los laterales de la presidencia. Los diputados se embalsaban, se atascaban en ambos vomitorios. El tráfico de salida parecía no fluir.

Llegaron hasta mí una confusión y un malestar crecientes. Sus señorías se mostraban en extremo indignadas, y entonces escuché un grito y entendí lo que estaba ocurriendo.

—¡Las puertas del salón están cerradas! ¡Están atrancadas por fuera! ¡Nos han encerrado!

Durante toda la sesión había sido consciente de que Magdalena de Guzmán nos acecharía de algún modo y en este punto comprendí que no se trataba sólo de una vigilancia, que su maldad nos tenía atrapados. El Congreso ya era de Satanás, no importaba lo que hubiéramos votado.

CUARENTA Y CINCO

La última noche

Las tragedias de la vida real se repiten en la política en forma de astracán, pensé.

Me sentía mareada y me habían vuelto las náuseas. Las ganas de vomitar me venían ya a cualquier hora. Me pude contener.

Alcé la vista y me pareció como si el hemiciclo se hubiera llenado de tinieblas. Una nube crepuscular ocultó los murales del techo. Las luces titilaron, parecía que se fuesen a apagar, se escuchó un trueno y comenzó a llover ruidosamente contra el edificio. Se produjo una oscuridad como de tempestad de septiembre. Empezó a hacer frío.

—¿Han bajado la temperatura del aire acondicionado? —le pregunté a la letrada mayor, que se sentaba a mi costado.

—No, presidenta —me respondió—. Parece que hay una tormenta y los cuadros eléctricos están fallando. También las luces se encienden y se apagan. Sin embargo...

—Sin embargo, ¿qué, Ripollés?

—Que le he enviado un guasap a mi marido para ver dónde le está pillando el chaparrón y, según él, en la calle brilla el sol. Es muy raro.

—No tanto, Rosa. No tanto...

Los diputados retenidos por las puertas cerradas del hemiciclo comenzaban a pasar de la indignación al levantamiento. Unos alzaban las manos y blasfemaban, otros empujaban a los de delante contra las altas puertas acristaladas de la salida, algunos se dirigían a mí gritando y exigiendo que hiciera algo y los más interpelaban al aire desesperados, sin aguardar contestación.

—¿Qué pasa? ¿Qué dice, que nos han encerrado? ¿Quién? ¿Por qué?

—¡Golpe de Estado! ¡Es otro golpe de Estado! —bramó Prudencio Ibarrondo abriendo los brazos como un tenor de ópera.

En eso, sonó el teléfono fijo que tenía junto a la campanilla.

—¿Lo cojo? —pregunté a la letrada mayor.

—Sí, sí... Ese teléfono es interior y para uso exclusivo de la presidenta. También puede coger línea si lo precisa y hablar con la calle.

—¿Dígame?

—Señora presidenta, enhorabuena por su inesperado nombramiento —reconocí al instante la voz de don Quijote de Juanjo Bermúdez, el médico del Congreso—. Bueno, inesperado para quien no esté al tanto de los misterios que suceden en el viejo Palacio del Congreso, lo que no es mi caso.

—Aterrice, Bermu, ¿qué quiere?

—Tengo los resultados de su análisis de sangre que confirman mis sospechas, y que la señorita Plantagenet ya tenía claros cuando vino a exigirme que se los entregase, pero eso es harina de otro costal. —Quise preguntarle cuándo fue Lola a pedirle mi análisis de sangre y qué tenía tan claro, pero no era el mejor momento para eso y tampoco me dio oportunidad, siguió hablando, estaba excitado—: Le llamo para comunicarle formalmente que me he erigido en autoridad sanitaria y que la fuerza pública, a una orden mía, ha clausurado el Salón de Sesiones, las tribunas de prensa e invitados, los despachos de palacio, también los del Gobierno, y la biblioteca.

—¿Autoridad sanitaria? ¿Qué locura es esta? ¿Ha cerrado usted las puertas de hemiciclo?

—En efecto, presidenta. Según el artículo 14, letra G, de la Ley de Pestes que se aprobó tras el Gran Catarro o la rodamunda, como prefiera, y que, por cierto, usted misma votó como diputada, «cuando en una institución pública se aprecien signos externos de que una peste se está propagando, el médico a cargo podrá *motu proprio* asumir la facultad de policía interior y ordenar el confinamiento *in situ* del personal hasta que se hayan practicado las pruebas diagnósticas preceptivas», se lo he leído textualmente. Conque no he hecho otra cosa que aplicar la ley de ustedes mismos.

—¿Se lo ha ordenado el Cuervo? ¿Es un chantaje al Estado o algo así? ¡Ha encarcelado usted al Gobierno y al Congreso!

—No sea *conspiranoica*, presidenta, que la tengo por una mujer cabal... Simplemente, he apreciado signos externos de peste, he avisado al nuevo comisario de la Casa, él ha confirmado mi observación y, en consecuencia, he decidido poner en cuarentena a los presentes.

—¿Y qué signos externos son esos, si puede saberse?

—¡Ratas! Ratas negras entrando y saliendo del Salón de Sesiones y de la biblioteca como Pedro por su casa. Y moscardones de esos que se ven en los cementerios. Y pajaritos, muchos pajaritos.

—Por favor, Bermu, pajaritos y ratas... Pero si esos tábanos y ratas están por aquí desde que empezó la rodamunda y nadie ha dicho nada... —Sin acabar la frase me di cuenta de tres cosas: de que metía la pata, de que le estaba dando la razón al médico y de que yo sabía por qué esas moscas y ratas habían aparecido con la peste. Es más, en ese instante fui consciente de que si las ratas y las moscas habían

regresado al Congreso sería porque algo tan gordo como la peste se estaría cociendo otra vez.

—Muy bien, como usted misma explica, esas ratas llegaron con la rodamunda, seguramente la trajeron y han vuelto, luego mis medidas están justificadas. Punto final a la discusión.

—Pero...

—Pero nada. Le diré lo que vamos a hacer. Comunicará usted a la Cámara que el Gobierno, los diputados y los periodistas permanecerán en el hemiciclo aislados mientras se vacía el resto del complejo parlamentario, luego abriremos las puertas del salón y podrán circular libremente por el palacio y sus anexos hasta que mañana les sometamos a todos a una prueba diagnóstica. Advierta de que, si alguien intenta escapar, las fuerzas de seguridad tienen orden de disparar en aplicación del artículo 21 de esa misma Ley de Pestes. Al salir del hemiciclo encontrarán sus señorías una mesita con mascarillas, a partir de ahora es obligatorio llevarlas incluso estando a solas en el despacho. Después habrá que desratizar de nuevo, pero eso ya será después... ¿Lo ha entendido todo?

—Lo he entendido, Bermu. Lo que no sé es por qué hace usted todo esto.

—¿Esto? Esto no es un golpe de Estado, presidenta. El Gobierno puede telegobernar desde ahí dentro como todos los españolitos teletrabajamos durante aquel maldito confinamiento general. No van a ser más de veinticuatro horas... Ustedes son personas como las demás, aunque parece que no lo sepan.

—No me refiero a eso. Digo que todo esto es una locura. Otra locura, Bermu, como su irrupción en la capilla ardiente.

—No lo es, presidenta. Voy a investigar y descubrir quién ha secuestrado o asesinado a mi mujer, aunque se hunda el mundo. Voy a pillar al criminal.

—¡¿Lo hace por eso?! ¿Por Merceditas? ¿Es una venganza?

—Ya hemos hablado suficiente y usted en su estado debe procurar no excitarse. Haga lo que le digo y nadie sufrirá más de la cuenta.

—¿En mi estado? ¿Cuál es mi estado? ¿Qué me pasa?

Colgó.

Había conseguido enfadarme y casi sacarme de mis casillas. En mi interior estaba creciendo una fuerza, una resistencia, un coraje... que jamás pude atribuirme en toda mi vida, al menos desde que pasó aquello con el juez por defender a mamá. Mi transformación en heroína había comenzado sin que fuera consciente de ello.

Mientras hablaba con el doctor la excitación de los diputados se elevó hasta rozar la violencia física. Encendí el micrófono. Tomé la palabra.

—Señorías, señorías..., un segundo de atención, por favor.

Señorías... —Poco a poco unos y otros se fueron volviendo hacia mí—. Señorías, por lo que parece ha sido una autoridad sanitaria quien ha ordenado que se cerraran las puertas del hemiciclo —murmullos en el salón—, les pido, pues, que se armen de paciencia y no sigan empujando. No se van a abrir hasta que lo diga la policía. Al mismo tiempo, ruego a la Mesa recién elegida y a los portavoces de los grupos parlamentarios que se aproximen a esta presidencia para acordar lo que se tenga que hacer a continuación. Y al presidente del Gobierno en funciones también; si tuviera la bondad don Guillermo Caruana de acercarse...

El desconcierto había impuesto sus normas. A estas alturas ya no importaba si se trataba de moros o cristianos, bolivarianos o capitalistas salvajes, nacionalistas periféricos o nacionalistas españoles, todos los diputados tal que invitados a un baile de disfraces cuando el baile ha terminado y comienza a amanecer, agotados, confusos, intercambiaban conjeturas y enojos por la situación a la que se enfrentaban.

De pie, formando un círculo tras el escaño de la presidencia, expliqué al presidente Caruana y a los portavoces lo que estaba ocurriendo, no les ahorré detalles sobre mi conversación con el médico del Congreso. Se encolerizaron, se desahogaron, algún puñetazo se llevó el estuco del fondo, pero finalmente asumieron que no teníamos otra que acatar nuestra propia ley, y yo misma me encargué de comunicarlo a la Cámara.

—Señorías, la autoridad sanitaria en aplicación del artículo 14, letra G y siguientes, de la reciente Ley de Pestes ha decidido confinar el Congreso de los Diputados. —Sonoros rumores y algún pataleo en el hemiciclo—. Vamos a esperar aquí unos minutos mientras se evacúa el resto del complejo, después podremos retirarnos a nuestros despachos hasta que mañana nos hagan una prueba y, si no estamos infectados, entonces podremos volver a casa. Prepárense para pasar aquí la noche. Otra cosa, a partir del momento en que salgamos del Salón de Sesiones está prohibido reunirse con nadie, debemos permanecer recluidos, y es obligatorio el uso de mascarillas, las encontrarán a la salida.

Fue simpático observar el movimiento coreográfico, por poco automático, de sus señorías sacando el móvil y poniéndose de inmediato a tuitear. Como un ejército bien entrenado al que se le hubiera dado la orden de «¡tuiteen!», de un lado al otro del arco parlamentario casi no hubo quien no agachase la cerviz para compartir en sus redes sociales la penosa situación en que se encontraba. Lo de telefonear a casa para anunciar que no se llegaría a comer quedó sólo para los tres o cuatro diputados más mayores.

Yo no tenía a quién avisar.

Al poco, se abrieron las puertas por agentes de la autoridad revestidos con equipos de protección individual NRBQ que recordaban a monjes guerreros, y ordenadamente y en silencio, igual que salen los frailes mansos de la iglesia, mirando el móvil como si fuese un misal o un librito de cánticos, el rebaño de sus señorías abandonó el hemiciclo camino de sus celdas particulares. Las mascarillas terminaron de darle un aire monacal a la hilera de parlamentarios circunspectos que se repartirían por escaleras y corredores y que parecían cuchichear como cartujos.

—Hermano, morir tenemos.

—Ya lo sabemos.

Mi cabeza estaba en otra parte. Las ideas me circulaban deprisa.

—Ostras, la marquesa del Valle tiene esta noche el rebaño a su merced —me dije antes de levantarme de mi escaño contemplando el salón vacío—. En cada despacho encontrará un cordero preparado para el sacrificio. En cuanto pueda, debo actuar... ¿Dónde se habrá metido Lola? Algo estará tramando, tanta maldad no puede descansar.

En el despacho de presidenta me esperaban Reyes y Laurita. Nos abrazamos y lloramos los tres a una. Fue un momento típicamente poliamoroso al que me entregué sin reservas. Día a día se habían ido convirtiendo en mi única familia.

—Felicidades, presidenta —me dijo Reyes, orgulloso como si fuese mi madre.

—Os lo agradezco a los dos. Ya sabéis que sin vosotros tal vez me habría suicidado.... Supongo que sois conscientes de que ahora pasáis a ser el equipo de presidencia de esta Casa.

—Gracias, Jefa. Estábamos preocupados por nuestros puestos de trabajo. —Esta vez fue Laurita quien habló.

—Pues no os preocupéis más y vamos a trabajar. Ayudadme a comprobar que toda la gente tiene donde pasar esta pequeña cuarentena y que se cumplen las normas, y luego os retirareis a mi antiguo despacho de diputada. Ahí podréis dormir.

—Genial. Gracias, Jefa.

—*Okey*.

—*Okey* no es bastante, Reyes. Dale las gracias a Jefa.

—Gracias, jefa.

—De nada, *resalao*.

—En este despacho tan solemne no sé si va a pegar tu foto nadando desnuda.

—Pegará, Laurita, pegará... Y quitaos las mascarillas, este confinamiento no tiene nada que ver con la peste.

Pasé la tarde ordenando la Casa. Ubicamos a todo el mundo, diputados y funcionarios, incluyendo al Gobierno en funciones en su ala del palacio. También hicimos sitio a los periodistas. Nos ocupamos

de que se ofreciera comida y bebida, nada de alcohol, en carritos que irían por los pasillos. Atendí todas las llamadas institucionales, la primera la del rey, y de directores de periódicos que me correspondían, incluso entré por teléfono en algunas televisiones y radios que me propuso George. Traté por todos los medios de que no se formase un gran escándalo y de que la extraña circunstancia se viviese con la máxima naturalidad posible.

Reyes me abrió una caja fuerte tras un cuadro en el que aparece una tediosa sesión de tarde en el Congreso del siglo XIX.

—Me ha dado la contraseña el jefe de gabinete saliente. Ahí debes tener los secretos de Estado que te corresponde conocer como presidenta, supongo —dijo mientras se apartaba haciendo ostensible que no miraba.

—Pues sí, la caja encierra un gran secreto —le respondí al descubrir dentro el original de *Informe espantoso sobre tábanos, ratas y crímenes en la Casa*, junto a un revólver, un teléfono móvil, un cargador y una linterna—. Por ahora no la cierres.

Cuando Reyes y Laurita se fueron, eché mano al maldito *Informe* y terminé de leerlo. No me aportó nada que no supiera ya por el email de la bibliotecaria, la conversación con Migue o mi propia experiencia. Pero, eso sí, me maldije por no haberlo leído antes; quizá no habría evitado ningún mal, pero, sin duda, mi caída... No, sé sincera, Marga: no, tu caída también fue inevitable. Además de la magia negra, ahí hubo curiosidad y sentimientos. Traicionados, pero sentimientos.

Al ponerse el sol estaba agotada. Recuerdo haber sentido durante todo el día como si en el interior y el exterior del Congreso reinase una noche atmosférica; tuve la gran lámpara del techo encendida desde que entré en el despacho de presidenta. La impresión de que llovía fuerte contra el edificio no se nos había quitado a nadie, pese a que ya sabíamos que en Madrid brillaba un cielo blanco casi ya de verano.

El Congreso de los Diputados era más que nunca el lazareto de España. El silencio de manicomio abandonado de las galerías y las escasas personas con mascarilla de sanitario que se dejaban ver no hacían sino incrementar el efecto de que nos hallábamos en una leprosería.

Así de taciturno, de hermético, de espeluznante debió de ser el convento de clérigos menores del Espíritu Santo cuyos cimientos y cuyas tumbas reposaban bajo nuestros pies, y en el que, en una cripta secreta, se mandó enterrar doña Magdalena de Guzmán, la segunda marquesa del Valle de Oaxaca, la princesa sangrienta.

Tras el crepúsculo, algo me dijo que había llegado la hora decisiva. Decidí emprender la búsqueda de mi archienemigo. Sabía

adónde tenía que ir y también quién me estaba esperando.

Cogí el *Informe espantoso* y saqué de la pequeña caja fuerte el revólver, cargado con seis balas, y la linterna. Entonces, salí al oscuro Escritorio del Reloj y encendí la linterna.

Estaba sola en el Palacio del Congreso, o eso creía porque, pese al silencio formidable, podía percibir cómo unos pasos me seguían.

Cuarenta y seis

Vigilia

Por un lado, necesito acabar ya con esta confesión, por otro, no sé qué será de mí, de mi hija y de su padre cuando termine. Supongo que él seguirá escapándose cada cierto tiempo «al Congreso», según quiere que crea, y que la niña crecerá y tendrá una vida, o eso espero, pero a mí las visiones que me torturan jamás me dejarán en paz. Y cuando digo «jamás», digo «jamás», y no hasta el día en que muera.

Desde que escribo a mano resulta perceptible en el texto cuándo tiemblo de miedo o me apresuro por acabar para huir de los demonios que se conjuran a mi alrededor buscando que no confiese mi verdad. La máquina de escribir le daba una consistencia neutral a mi letra. Ahora, algunas líneas de mi caligrafía quizá resulten convulsas, ilegibles; procuraré recordarlo esta noche cuando escriba el nombre de mi archienemigo y esta casa de mis padres se llene de gruñidos y lamentos resonando por las esquinas, y en mi imaginación reaparezca el charco de sangre de la cocina. Evitaré mirar al balcón para no vislumbrar afuera, rascando el cristal con las uñas, la silueta de Magdalena de Guzmán preguntando:

—¿Puedo entrar?

Cojo el bolígrafo con la firmeza con la que don Quijote asiría su lanza y me dispongo a embestir a mis personales molinos de viento. ¿Por dónde iba? Ah, sí, por el Escritorio del Reloj.

No albergaba duda alguna sobre el lugar al que debía dirigirme. Caminando despacio, con cierta solemnidad, precedida por el círculo de luz de la linterna, crucé el Escritorio de la Constitución y salí a la Galería del Orden del Día. En la oscuridad que se recobraba a mi paso, cada vez eran más perceptibles esas pisadas que me seguían, pero, determinada como estaba a verme cara a cara con mi rival, ni me atemorizaban ni despertaban mi curiosidad lo suficiente como para intentar descubrir a quién o a qué pertenecían. Giré a la derecha y luego a la izquierda y entonces, como sospechaba, me encontré con que la biblioteca me esperaba con la puerta abierta y con una luz de lectura de las mesas de tapete encarnado encendida.

Entré y allí, en uno de los sillones frailunos con cabezas de león

coronando el respaldo, estaba sentado el viejo Moncayo. La iluminación le realzaba los ángulos del rostro concediéndole el aire de un negativo fotográfico similar a la faz de la Sábana Santa de Turín. Con la mano me invitó a acercarme.

—Buenas noches, presidenta Saavedra.

—Buenas noches, Moncayo. Si es que ese es su nombre.

—No lo es... Moncayo sólo era un disfraz. Rutinel... Me llamo Rutinel, caballero del hábito de San Juan y capitán del *Rodamundo*, barco de su majestad don Felipe II. A su servicio. —Sus maneras resultaban más afables que en nuestro primer encuentro, casi cortesanas.

—Sabía que vendría, ¿verdad?

—Después del fracaso de nuestra primera entrevista, no estaba seguro. Mas no tenía otra opción que confiar en que por fin hubiera entendido lo que está sucediendo y que reuniese valor suficiente como para venir esta noche a la biblioteca. Usted es nuestra única esperanza.

—¿Y Macarena? ¿Dónde está la bibliotecaria?

—También se la llevó la hembra. Ayer.

—Ostras, le traía esto. —Dejé el *Informe espantoso* sobre la mesa.

—Ahí no pone nada que usted no haya descubierto ya. Ese expediente se ha convertido en una especie de periódico viejo.

—¿Me va a contar a quién nos enfrentamos?

—Se lo voy a contar todo, aunque a estas alturas usted conoce el nombre de nuestro archienemigo y del cuerpo por el que reviene.

—Ese nombre lo tengo, pero ¿quién es ella?

—La hembra.

—Ya, ¿y qué más?

—Doña Jezabel.

—Su verdadero ser...

—Doña Magdalena de Guzmán, la marquesa del Valle de Oaxaca.

—¿Seguro que no es otra mujer más contemporánea? La marquesa del Valle debería estar muerta.

—Y yo también, pero no lo estamos ninguno de los dos. ¿Me deja que le cuente?

—Lo estoy deseando.

—¿No escapará esta vez?

—No, estoy dispuesta a llegar hasta el final. Su hembra ha venido a por mí y ahora yo voy a por ella. —Levantando un pico de la camisa de seda, que llevaba suelta, le enseñé la empuñadura del revólver que me había encajado en la cintura de la falda, aunque el caballero Rutinel me respondió con una sonrisa cargada de escepticismo y tristeza—. No tengo ya nada que perder. Adelante, cuénteme.

Me senté en otro de los sillones frailunos y me dispuse a escuchar.

—Verá usted, señoría Saavedra, el primer demonio de esta historia es don Carlos de Austria, el primogénito del rey don Felipe II. Nació perverso, el maligno no necesitó valerse de ningún ardid en particular para ganárselo. En ocasiones sucede que algunas criaturas no son paridas para don Dios, y esta alimaña fue una de ellas, un insecto de los que muerden por placer desde su más tierna infancia. Empezó torturando animales y terminó arrojando por la ventana o al fuego de la cocina a los criados que no le complacían. Contrahecho y vicioso, hasta su memoria fue dañina para quienes le rodearon. Nada ha perjudicado tanto a la fama de España como el veneno que destiló este repugnante espécimen.

—Conozco la Leyenda Negra, soy profesora de Historia.

—Sabrá entonces que murió de inanición por propia voluntad, por propia maldad. Aunque posiblemente ignore que en 1573 su padre trasladó sus restos al monasterio de El Escorial, que por entonces todavía estaba en obras. Se ha extendido la creencia de que debajo de El Escorial se hallaba una de las puertas del infierno, pero no es exactamente así; el demonio no utiliza puertas con bisagras como nosotros, ni siquiera bocas de cueva, dentadas y tortuosas, el demonio entra y sale de este mundo a través de los cuerpos que le sirven. Determinadas personas, los maridos y las esposas de don Satanás en concreto, son las auténticas puertas del infierno, tomando sus cuerpos es como accede al mundo. Don Carlos estaba casado con don Satanás y al enterrarlo en El Escorial le franquearon al demonio una entrada justo en donde el poder del imperio católico se había asentado. La tumba de don Carlos de Austria es la puerta del infierno en El Escorial.

—No debería tomarme en serio todas estas patrañas, sin embargo, le voy siguiendo... —A esas alturas de mi peripecia, yo ya me lo creía todo.

—Algunos años después, del sepulcro de don Carlos emergió una perra negra, una alana española, un animal de guerra, tan apocalíptica, apestosa y salvaje que aterrorizó a los obreros del monasterio hasta el punto de provocar una huelga de canteros. —A la escasa luz del flexo de pantalla verde, el semblante de Rutinel se deformaba como si tuviera una hoguera ante sí—. El miedo al demonio se apoderó de cuantos trabajaban en la obra. Y entonces, por orden del rey, fray Antonio de Villacastín dio caza a la bestia en una capilla y la ahorcó en lo más alto de una de las torres del monasterio. Pero desapareció...

—¿Quién desapareció?

—La alana española, la perra negra... Un día estaba colgada del mástil de una torre y al día siguiente ya no estaba...

—Se la llevaría un buitre. —Moví la cabeza para dejarme caer la

melena por encima del hombro derecho, ese gesto me tranquilizaba.

—Ni veinte buitres juntos habrían podido con su peso. Se esfumó, señoría, se esfumó... Aunque regresó, como ahora le contaré. Y desde entonces se la oyó ladrar, más bien aullar como una loba, cada vez que uno de los reyes de la Casa de Austria entregó su alma al Creador o a don Satanás, que yo ya no sé.

—¿Y esto qué tiene que ver con nosotros?

—Paciencia. Déjeme continuar y ya lo verá... Durante esa época..., usted, claro, ya está al corriente por la bibliotecaria..., doña Magdalena de Guzmán, Señor, ¡qué hermosa era...!, digo que doña Magdalena se prometió en secreto con don Fadrique Álvarez de Toledo, el primogénito del Gran Duque de Alba. Oh, aquel célebre romance... Y la gente creyó que ese fue el gran drama... Ay, cuánto se equivoca el vulgo de ordinario... Nadie, lo que se dice nadie, reparó entonces en el ataque de ira que se apoderaría de don Felipe II..., en las consecuencias funestas que se iban a producir cuando el rey, enamorado como un loco de doña Magdalena, se supiera traicionado por los jóvenes amantes...

—Ya lo sé, los separó.

—Pobre doña Magdalena. Ojalá hubiera sido sólo eso. Ojalá no se le hubiera hecho más daño que la cárcel...

—¿Qué me está queriendo decir?

—Que el rey la forzó. Que, poseído por los celos, haciendo uso de su superioridad física, de su autoridad divina y de su masculinidad regia, igual que un semental a una hembra tierna, la encerró en su alcoba y la hizo sangrar por su esencia... —«Sangrar por su esencia», la expresión resultó tan gráfica que mi cicatriz se estiró y sentí que, de algún modo, nuestras historias eran similares: a las dos nos quiso matar nuestro supuesto padre—. La violó... La humilló... La rompió... Si no era suya, no sería de nadie... Y después sí, después la apartó del muchacho al que amaba. Ah, sí, con el argumento de que el compromiso entre los jóvenes se había urdido a espaldas de la real persona, enfermo de rencor, el rey separó a los amantes..., y a ella la encerró diez años en el convento de San Clemente de Toledo. Y allí fue donde la hembra despechada, sintiéndose mentida y traicionada por el rey y por el hijo del duque, los dos hombres que decían morir de amor por sus huesos, hizo promesa de matrimonio a don Satanás a cambio de libertad y venganza... Y obtuvo ambas cosas.

—No se detenga ahora. —Me mordisqueaba la uña del pulgar.

—Sobre esto hay algo que ha permanecido oculto durante siglos, pero que es necesario desvelar hoy para entender lo que ocurrió más tarde. Un secreto insondable. El gran secreto, diría yo...

—Al grano, capitán, al grano —comenzaba a impacientarme.

—Sí, sí, se rumoreó en los mentideros, incluso un embajador

veneciano lo contó en una de sus cartas a la Serenísima República, que doña Magdalena abortó intencionadamente y con ánimo vengativo a un hijo del rey que albergaba en sus entrañas, el fruto de aquel estupro, y que quedó estéril, pero no era cierto. No, no lo era... No lo era... La hembra parió a ese niño y más nos valiera a todos que no lo hubiera hecho... Y se lo llevó al destierro con ella, escondido en una canasta de ropa sucia. Y lo crio con mimo y discreción, como se debe educar a un posible heredero bastardo al trono de España. Ese hijo...

—Ese hijo, por los años en los que estamos, sería el hijo mayor con vida del rey y podría haber sido su sucesor.

—En efecto, señoría Saavedra. Si todos los descendientes varones legítimos de don Felipe II hubieran muerto, cosa que casi sucedió, el niño habría sido el siguiente rey. Y las monjas de Toledo, pese a que lo mantuvieron oculto, lo mimaron como a tal. Pero don Satanás tenía otros planes para la criatura.

—Ostras...

—Hacia 1578 llegaron al rey las primeras noticias de la existencia del niño y entonces, a fin de que su vástago creciera en una gran casa, don Felipe II quiso rectificar y recuperar aquel matrimonio prometido por don Fadrique de Alba. Obviamente, los Alba se negaron. En primer lugar, doña Magdalena pertenecía a una familia de judíos conversos y su apellido no estaba a la altura. En segundo lugar, se hallaba deshonrada y con un hijo. Y en tercero, aquel hijo no era un Alba. Por más del rey que fuera, no era un Alba... El rey reaccionó otra vez con una furia descomunal. Casó a doña Magdalena con Martín Cortés, el primogénito del conquistador de México, y ella obtuvo así el título de marquesa del Valle de Oaxaca y una de las fortunas mayores de España; en tanto que al hijo del Gran Duque de Alba lo condenó a morir en prisión por no cumplir su compromiso con la hembra. Y murió privado de libertad... La nueva marquesa del Valle se convirtió en una de las damas principales de España, mientras que la estrella del rey, tras fracasar la invasión de Inglaterra, comenzó a declinar sin remedio ni piedad. La suerte de todos dio un giro inesperado.

—¿Y nuestro archienemigo no le pasó la cuenta a Magdalena?

—Desde luego que sí, a no tardar. Este caballero sí cumple sus promesas de matrimonio... Entre el 4 y el 15 de octubre de 1582, como su señoría que es profesora de Historia sabrá, se produjo una supernoche en la que transcurrieron once noches en una. Cierto que fue simbólica, pues se trataba de una adaptación del calendario juliano al gregoriano, pero dígame su señoría qué no es simbólico en nuestro archienemigo. Bueno, no sólo en nuestro archienemigo, recuerde que el propio don Dios aprovechó esa noche alargada en que el paraíso y el infierno debieron volverse continuación de la tierra

para llevarse al cielo a doña santa Teresa de Jesús...

—Eso me suena...

—Vale, pues aquella supernoche, el rey y la corte se encontraban en Lisboa y don Satanás citó a su prometida en la cripta donde entonces se realizaban los enterramientos en el monasterio de El Escorial, y le pidió que llevara consigo al mozalbete, al infante bastardo. Y allí, ante el sepulcro del príncipe don Carlos, se produjo una ceremonia encarnizada, sádica, macabra... Doña Magdalena fue bautizada con sangre, pero con la sangre de su propio hijo...

—¡No, no es posible! —El relato me tenía atrapada y aquella revelación hizo que esta vez fuera mi útero y no mi cicatriz quien respondiera con un espasmo.

—Sí es posible. —Rutinel acompañó esta afirmación con una lenta inclinación de su cabeza—. Así fue... De la tumba se levantó don Carlos, con todas las contrahechuras y deformidades que acarreó en vida, pero convertido en un monstruo con dos brasas en vez de ojos, y se inició la boda negra. Primero, crucificaron al chico con clavos, como a don Cristo, pero boca abajo, luego lo degollaron y entonces don Satanás tomó posesión de aquel cadáver, que por entonces había cumplido los quince y que ya tenía pelo en los genitales, y arrancándose de la cruz, fornicó con su madre... —Sentí una arcada al escucharlo, mi cuerpo quería vomitarse a sí mismo—. Cuando don Carlos regresó a su sepulcro llevando consigo los restos de su medio hermano, la novia yacía desnuda sobre las piedras del suelo cubierta de sangre y semen negro, bautizada con la sangre de su propio descendiente... Y don Satanás...

—¿Por qué le pone el don? Es lo peor... —No podía ocultar un asco incalificable por su extensión.

—Porque, lo queramos o no, don Satanás también es un príncipe... Y, como le iba a decir, se convirtió en el marido de doña Magdalena de Guzmán. Y a partir de aquí la hembra fue doña Jezabel, la esposa del demonio que corteja al poder de Dios: la política de Satanás...

—La política de Satanás...

—Sí, esa misma. Y empezó a interesarse por los asuntos públicos y a influir en la corte. Aquella supernoche de su boda, don Satanás juró odio eterno a la monarquía católica y nos dejó a la hembra para que personificase el mal en España. Ella sería para siempre la gota de veneno que emponzoñaría la política en el imperio, la guardiana de la Leyenda Negra, la puerta del infierno en la capital de España, la perra negra, la alana española.

—¿Es ella nuestra maldición?

—Lo es. Desde aquella noche que duró once noches en 1582, don Satanás es el verdadero rey de España...

—Ya... —Tragué saliva—. ¿Y usted? ¿Cuándo aparece usted en esta truculenta historia?

—Algo más adelante... En la marquesa del Valle crecieron a la vez la sensualidad, la labia y el poder. Y comenzó a devorar muchachas como hacen las fieras insaciables. Se empapaba con sus salsas interiores como había hecho con las de su hijo al fornicar con su cadáver. Ella creía que en la sangre que bebía y con la que se bañaba se encontraba la magia de sus virtudes sociales. Al principio mataba campesinas, que traía a servir desde tierras lejanas, más tarde incluso hijas de hidalgos y altos funcionarios de la corte. Se las comía ante las propias miradas espantadas y doloridas de las muchachas devoradas. Le divertía observar cómo intentaban gritar, dejar de sufrir... Luego las desangraba y..., bueno, ¿para qué extenderme?, todas esas salvajadas de las que su señoría ya habrá oído hablar. Hasta que un día se escapó una de sus víctimas y corrió reclamando auxilio por Madrid, contando a quien la quisiera escuchar lo que había sufrido en los sótanos del caserón de la Carrera de San Jerónimo y bajo qué mordiscos de perra perdió los pezones. No es que muchos la creyeran, pero corrieron rumores. Ah, los rumores... Conque la hembra tuvo que huir una temporada a Flandes con su fiel sobrina Ana de Mendoza para disimular. Y cuando el escándalo había medio pasado, de allí la devolví yo a bordo del *Rodamundo*, el barco de su majestad el rey del que era capitán, junto con un cargamento de lana y con la peste negra.

—La peste del *Rodamundo*...

—La misma, señoría, la mismísima. La peste atlántica. Desde aquel viaje, la peste ha dormido con la hembra. El cuerpo de la hembra es el vector de la peste... Las ratas que propagaron el bacilo del *Rodamundo* por Madrid salieron de la tumba de la hembra, abierta cuando se realizaron las obras en el Congreso. Así regresó la peste...

—Señor, ten piedad —me santigüé, no puedo explicar por qué, ya que estaba decidida a no acobardarme, pero me santigüé.

—Durante el viaje del *Rodamundo*, señoría, yo la descubrí. Fui testigo de cómo se transformaba en perra y de cómo devoraba al grumete, empezando por la lengua... Ella se volvió y clavó su mirada en la mía, creo que quiso contagiarme, pero al no rozarme no consiguió más que provocar en mí algún tipo de inmunidad a su odio. Y en ese instante un cambio debió operarse en mi naturaleza porque fui, junto con la hembra, por supuesto, el único tripulante del *Rodamundo* que no murió de la peste. Desde que desembarcamos hasta la fecha, me he dedicado a perseguirla y desenmascararla...

—Pero..., entonces, usted no ha muerto...

—Jamás, señoría, y tampoco envejezco. Conjeturo que en el *Rodamundo* mi destino quedó unido al de doña Jezabel y que descansaré el día en que sea destruida.

—¿Y cómo pudo ser eso?

—No lo sé... No tengo respuesta a esa pregunta.

—¿Es usted otro vampiro, capitán?

—Señoría, yo diría que soy una especie de ángel...

—¿Habla usted con Dios? —Mi pregunta casi sonó ingenua.

—Qué va... Estoy aquí más solo que un centinela en el desierto. Cumplo una misión, aparentemente sagrada, que se supone importante para el futuro del catolicismo, pero ya ve..., en cuatrocientos años ni don Dios ni doña Virgen ni don Jesús ni don Espíritu Santo..., nadie santo..., nadie ha venido de arriba a decirme: «Muy bien, capitán Rutinel, usted lo está haciendo muy bien, requetebién». Si por mi experiencia personal fuera, diría que don Satanás existe y don Dios no.

—Y entonces, ¿cómo sabe que se convirtió en ángel?

—Porque soy un carcelero, cada bestia debe tener su carcelero o el mundo se acabaría, y yo lo soy de esta perra negra. La hembra es mi enemiga. En esta representación en miniatura de España en que consiste el Congreso, la hembra encarna al mal y, por contraposición, será que yo encarno al bien.

—¿En contraposición...?

—Sí, porque no soy como ella y por eso, sólo por eso..., conjeturo que represento al bien.

—Pero aquellos perros y gatos desangrados que vimos...

—Por favor, disculpe por eso... Ya sé que se asustó... No soy un vampiro, no... Es más sencillo. Durante mis siglos de guardia, antes en el convento del Espíritu Santo y ahora en esta Casa, hubo épocas en que no encontraba con qué alimentarme y descubrí que la sangre caliente de los animalillos que se perdían por los alrededores me nutría y me saciaba, calmaba a un tiempo mi hambre y mi sed. Es más costumbre que vicio, pero cuando consigo apropiarme de un bocadillo o de un donut de la cafetería me doy un festín. Ah, el donut..., lo prefiero al cuajo de un caniche estrujado. En verdad el azúcar es más mi debilidad que la sangre de los gatitos. ¿Quién prefiere exprimir a una mascota despistada cuando se puede hacer servir un café con leche con churros?

—Yo le traeré churros, Rutinel, pero dígame, ¿cómo acabó la vida de la marquesa del Valle?

—No acabó, señoría, la hembra está tan viva como estuvo siempre, o tan muerta, usted elige. La importancia política de doña Jezabel llegó a su apogeo con el reinado de don Felipe III. Pero una tarde casi de primavera de 1603, paseando por los jardines del palacio de la Ribera de Valladolid con la infanta María, de un mes de edad, que estaba bajo su protección, la nodriza que la amamantaba y doña Catalina de la Cerda, esposa del corrupto duque de Lerma, la hembra,

excitada por la tersura del pecho que la nodriza descubrió para dar de mamar a la infanta, no pudo evitar transformarse en la perra negra, que su señoría conoce tan bien, y romperle el cuello a la nodriza y a la pequeña infanta, después de arrancarles las lenguas, y causar heridas tan graves a la duquesa de Lerma que falleció tres meses después. Para disfrazar el suceso se dijo que un león de los que se mantenían para ser cazados por el rey se había escapado y atacado a la hijita de los reyes, y se ejecutó al guardián de las fieras, un tal don Francisco Álvarez, un desgraciado... Pero el suceso tuvo graves consecuencias; por primera vez desde que el *Rodamundo* atracó en Santander no me tomaron por loco, aceptaron que la hembra era un vampiro y fue expulsada de la corte y confinada. Se ha dicho hasta la saciedad que la razón de su segundo encarcelamiento fue un misterio, ¿no había de serlo?

—Pero ella regresó a sus prácticas homicidas en el subterráneo de su casa de la Carrera de San Jerónimo, ¿no es cierto?

—En efecto, cuando fue liberada por sus poderosos y corruptos amigos... Aunque para entonces yo ya trabajaba para la Inquisición; me convertí, por así decirlo, en un agente secreto del Santo Oficio, en el 007 de los dominicos, y al morir don Felipe III, el rey de los saqueadores del tesoro público, de acuerdo con mis superiores, le tendí una trampa. A doña Jezabel se le ofreció un nuevo puesto en el real alcázar y, una vez allí, confiada y hambrienta, mediante un engaño se la metió en un saco previamente bendecido por la venerable doña sor María Jesús de Ágreda, la mística que se bilocaba en América, la única persona que puedo decir que lo supo todo de mí..., y se la enterró viva en la iglesia de su convento de clérigos menores del Espíritu Santo. En una tumba sin rostro, sin nombre, sin cruz... Su casa se exorcizó y todos sus retratos se destruyeron, se fingió que nunca había nacido. Pero ahora sé que fue un error porque, siendo ella la puerta por la que el infierno viene a la vida, la trajimos justo donde un día iba a estar el centro de la hoguera de la política española. Consiguió su objetivo. Sí, bajo el Congreso de los Diputados yace la puerta del infierno...

—¿Quién lo podía saber entonces, Rutinel?

—Don Satanás lo sabía, estoy seguro... La española ha sido una tierra maldita por la historia desde aquella noche en que don Satanás se casó con doña Magdalena en El Escorial y en que ella le entregó al heredero del reino como dote.

—Ojalá fuera tan fácil, pero mucho me temo, mi capitán Rutinel, que los españoles somos los responsables únicos de nuestro destino. Creo en la reviniente porque me ha atacado, porque casi consiguió matarme, pero no en su anatema demoniaco. Así que dejemos de lado las leyendas y las supersticiones y vayamos a lo práctico. No entiendo

cómo es posible que exista un bicho como la marquesa del Valle, pero existe y parece ser que soy yo quien debe destruirla. Conque dígame, ¿cómo puede esta humilde presidenta del Congreso recién elegida matar nada menos que a la esposa de Satanás?

—Es la primera vez que la escucho decir su nombre.

—¿Qué nombre?

—El de nuestro archienemigo.

—¡Satanás! —Mi «¡Satanás!» retumbó en la biblioteca como una explosión, en la noche se escuchó un trueno descomunal y un relámpago iluminó la sala de lectura a través de sus ventanales como si fuera el mediodía.

—Él ha respondido a su saludo... Sin duda la está esperando...

—¿Qué debo hacer, Rutinel? —Tiritaba, me abracé a mí misma.

—Debe dejarse bautizar con la sangre de alguien a quien usted ame y, con la fuerza que eso le dará, decapitar a la hembra o prenderle fuego.

—¿Y qué ocurrirá entonces?

—Que su señoría ocupará su lugar. —A quien fuera propietario de aquellos pasos que me habían seguido desde mi despacho se le escapó un resoplido de impaciencia o una exhalación de angustia, ignoro qué fue.

—¿Me convertiré en la reviniente?

—No lo sé, pero espero que no. Su señoría no se ha casado con don Satanás. Digamos que se convertirá en un ser cuya naturaleza e influencia en la historia de España está aún por descubrir. Alguien más benévolo que doña Jezabel, seguramente... No lo dude, es ahora o nunca.

Sin embargo, lo pensé. No le respondí inmediatamente, valoré mi contestación. La receta de Rutinel, además de imprecisa, era insegura. No sabía si me estaba hablando en metáfora o con literalidad; si lo de bautizarme con sangre de alguien que amo era una alegoría o si iba en serio. En todo caso, yo confiaba en el revólver que aguardaba tenso en la cintura de mi falda de Katherine Hepburn, y nada ni nadie podría impedir que salvase a mi chico. A tiros, si fuera preciso.

—De acuerdo, aunque todavía tengo una pregunta más: ¿cómo puedo rescatar a Ramón Bayo?

—Buena pregunta, señoría... —Se mesó la barba y buscó cuidadosamente las palabras que iba a pronunciar—: Yo diría que si ya está muerto no hay nada que hacer. Sólo podría resucitarlo recurriendo a don Satanás y eso es algo que su señoría no debe hacer o todo este esfuerzo no habrá servido para nada.

—¿Y si sigue vivo?

—En ese caso, haga como hizo ella conmigo, cruce la mirada con él mientras devora a una víctima...

—Rutinel, por favor..., qué truculento es usted. No imagino cómo puedo hacer eso... —Lo de que yo devorase a nadie me pareció un exceso gore del personaje, quizá de su época, no digo que no, pero decidí dar por hecho que se trataba de una figura literaria—. Me parece muy complicado eso que usted me propone. Ya se me ocurrirá algo. En realidad, no imagino cómo voy a salir de esta...

—Confíe. El Todopoderoso está de su parte.

—Menudo consuelo... ¿Y qué será de usted?

—Cuando su señoría mate a la hembra, yo también moriré.

—¡Rutinel!

—Nada ansío más...

—¿Sabe usted que alguien me ha seguido y que ha estado escuchando nuestra conversación?

—¿También lo ha notado su señoría? No se preocupe, no es nadie peligroso. Ahora deberíamos bajar a la cripta donde le espera la hembra...

—Antes de ir, dígame: ¿por qué yo? Con tantas mujeres como hay en la política nacional, ¿qué tengo yo que me haga diferente a todas las demás?

—Porque a su señoría la maldad le viene de familia. Su padre ha hablado bien de usted en el infierno, del pecado que oculta... Digo, con perdón, que usted ya es una homicida. —Quise responder a eso, defenderme, mas me atenazó la mala conciencia—. Y que es modesta y se sabe culpable de ese delito; don Satanás siente verdadera debilidad por los culpables que se saben culpables. Oh, sí... Bueno..., y por algo más...

—¿Qué más, capitán? —Ahora sí me sentía impotente.

—Pues... En fin, que...

—¿Qué? Suéltelo de una vez.

—Que su señoría, como la hembra ya se ha ocupado de corroborar, está embarazada de dos meses de otro político...

—¿Embarazada? No es posible. —El corazón se me aceleró—. Pero si yo no puedo...

—Sí puede. Se quedó antes de las elecciones. Su hija o su hijo lo será de dos políticos, encarnará, por tanto, la perfección del pedigrí inmoral y corrupto para nuestro archienemigo. Don Satanás ansía que su criatura nazca en el seno del infierno; si es un niño lo crucificará y si es una niña copulará con ella y le engendrará el anticristo. Por eso quiere tomar a su señoría por su nueva esposa.

—¡¿Embarazada de Ramón?! —¿Cómo podía ser la noticia tan maravillosa y terrible a la vez? Eso me importaba mucho más que lo del anticristo.

O sea que el análisis de sangre que me hizo el doctor Bermúdez iba de prueba de la rana. Madre mía que estás en el cielo, Teresita,

qué desamparada había estado.

—En efecto, señoría, embarazada del diputado Bayo.

La tierra se abrió bajo mis pies y viví un repentino vértigo existencial. En el fondo, creo que, aunque no me lo hubiera confesado, ya intuía algo, aquellas náuseas, aquellos vómitos..., pero no me atrevía ni a planteármelo. No puedo decir que en ese momento tan particular percibiera a mi hija moverse o simplemente estar ahí, pero tomé conciencia de que un ser nuevo y más hermoso se ensanchaba en mi vientre. Lo sabía, lo supe, lo juro. Aquella frase, «... embarazada del diputado Bayo», resultó ser una especie de confirmación.

El viejo capitán Rutinel fue mi ángel anunciador. Y al contrario de lo que cabría esperar de mí, recuperé de inmediato el ansia de saldar cuentas con la perra del Valle, me henchí de energía y de coraje, y me escuché decir con arrojo:

—No sé si voy a salvar España, probablemente no. España tendrá que salvarse sola. Pero le aseguro que voy a salvar a mi hija y a su padre. Esta vez el juez no matará a Teresita... ¿Dónde dice que me aguarda la puerta del infierno?

—Sígame —respondió el capitán Rutinel encendiendo una antorcha con un mechero de gasolina.

CUARENTA Y SIETE

La hora de dejar de morir sin seguir viviendo

Bajo el Congreso de los Diputados, como una raíz podrida, se extiende un árbol de túneles y catacumbas, unos explorados y otras no, en el que podría sobrevivir un monstruo por siglos sin ser descubierto. Esa red conecta con otras redes y alcanza a todo Madrid. Cementerios subterráneos, criptas cegadas, galerías misteriosas, cavernas clandestinas, pasadizos de conventos, refugios antiaéreos, estaciones de metro abandonadas, alcantarillas... El subsuelo de Madrid es otra capital de España, la del secreto, la oscuridad, el silencio..., la capital de las lombrices.

Ahora que lo pienso, el edificio del Congreso con sus raíces infectadas tal que una muela enferma configura por sí mismo una metáfora obvia de la política en bucle a la que sirve.

—¿Para qué una antorcha? —le pregunté al capitán Rutinel.

—La electricidad es del demonio y el fuego de Dios —me respondió con ojos alucinados—. Cuando estemos abajo todo lo electrónico fallará y deberemos confiar en los materiales esenciales, como el hierro, el fuego, las manos y la voluntad. ¿Está dispuesta, señoría Saavedra?

—Vamos. —Y al decirlo me recogí una coleta.

Rutinel abrió la puerta acristalada de la cabina que esconde la escalera de caracol que, por un ángulo de la sala de lectura, comunica las dos plantas y las dos entreplantas de la biblioteca del Congreso. Ese espacio tiene algo de Torre de Babel rectangular y vacía por dentro con las paredes interiores forradas de estanterías repletas de libros. Sentada a cualquiera de sus mesas, una tiene la impresión de encontrase en el fondo de la chimenea de enfriamiento de una central nuclear abandonada en cuyo tubo se hubieran quedado incrustados todos los volúmenes que se han escrito en España. El viejo capitán dio un taconazo a los tablones del piso y se levantó una tapa. Entonces, cuando acercó la antorcha al suelo, pude observar cómo esa escalera helicoidal de madera bruñida que conecta los cuatro pisos de la sala de lectura continuaba en piedra hacia abajo hasta perderse en la oscuridad más completa.

—¿Se retira, señoría Saavedra? —inquirió el capitán, antes como aviso de última oportunidad de escapar que porque hubiera notado

algún titubeo en mí.

—Nunca. Adelante, yo le sigo.

Y es verdad, no tenía miedo. Ni lo volví a sentir ante todo lo que sucedió a continuación. Sufrí dolor, sí, intensísimo, como nunca habría imaginado que se podría llegar a sufrir, y repugnancia, pero miedo ya no. El miedo me lo olvidé en el apartamento de la calle Cervantes, con la vergüenza y la culpabilidad, esa mañana en que decidí dejar atrás a Lola y sus cantos de sirena y volver a buscar a Moncho. O, como mínimo, honrar su memoria.

—La entrada que se abrió con las obras y por la que salieron la peste y la perra está de nuevo cerrada, pero yo conozco el camino original. Bajemos. —Y, sosteniendo la antorcha a la altura de nuestros pies para distinguir los peldaños, comenzamos a descender.

Supongo que la escalera de caracol atravesaba uno de los robustos pilares de ladrillo que se apoyan sobre los cimientos del convento del Espíritu Santo y que sostienen en volandas el hemiciclo del Congreso. Pronto nos encontramos sumidos en las tinieblas. No soy capaz de decir cuán profundo llegamos, pudo ser mucho o no tanto; envueltos en la negrura era difícil calcular si avanzábamos deprisa o despacio. Además de nuestros pasos, sólo se escuchaba el crepitar de la antorcha. Miento, las pisadas esas que llevaban tras de mí toda la noche también estaban bajando, aunque sin iluminación alguna.

—El que nos está siguiendo se nos va a caer encima si no pisa con sumo cuidado —me susurró Rutinel casi con humor.

—¿Quién es?

—Ya se lo he dicho, nadie relevante. Un personaje que ya ha jugado su papel en esta historia. Por aquí... —dijo Rutinel saliendo bajo un arco de mampostería cuando alcanzamos un pequeño descansillo.

Las escaleras seguían descendiendo hacia la noche eterna. Pensé que si nuestro ruidoso perseguidor no estaba atento al desvío por el que habíamos salido quizá acabase perdido en las entrañas de la tierra.

Caminamos por un pasillo estrecho, no muy largo, de paredes de toba, del cual salían, a una mano y otra, distintas bifurcaciones de bóveda baja por las que yo habría tenido que introducirme inclinada hacia delante si hubiera querido seguirlas. El piso estaba húmedo y pegajoso, las bailarinas se me quedaban atrás en cada pisada. Giró el pasadizo a la derecha y entonces nos encontramos en un corredor cuyos tabiques se ofrecían repletos de nichos rectangulares en cuyo interior descansaban uno o varios esqueletos, algunos todavía medio vestidos con hábitos religiosos, otros con amplias sayas y corpiños que bien podrían haber pertenecido a jóvenes sirvientas o cocineras. Al final se vislumbraba una entrada de la que emergía una luz fría, difusa

y verdosa.

Recuerdo, y no puedo evitar que se me agite el estómago al hacerlo, la pestilencia que emanaba de aquella entrada. La hediondez era tal que parecía contener suficiente fuerza física como para expulsarnos de allí. Fui incapaz de contener una serie interminable de arcadas y vómitos. Me recogí la falda entre las rodillas para no mancharla. Y con infinito asco reparé, mientras el capitán Rutinel me sujetaba la frente y me alumbraba con la antorcha para que pudiera vomitar sin caerme, en las innumerables ratas negras y moscardones que de inmediato se concentraron para comerse mi devuelto. Eran tantas y tan voraces que las moscas se me posaban incluso en la comisura de los labios y en la barbilla buscando los restos de vómito que se me hubieran quedado alrededor de la boca.

Para no perder el equilibrio con el gesto brusco con que alejé de mí a las roedoras y a las moscardas de la carne, hice un aspaviento y mi mano quedó agarrada a un tosco fuste que, a la escasa luz de la antorcha, descubrí que formaba parte del armazón de una estrecha estantería. Sobre sus baldas se exponía una colección ordenada de botes de cristal con tapas metálicas de rosca. Todos ellos llevaban puesta una etiqueta vieja y anaranjada con un nombre y un número escritos con pluma. Leí los que tenía a la altura de la cara, que también eran los que quedaban más alto: el uno correspondía a don Agustín de Argüelles Álvarez, el dos a don Alejandro Mon Menéndez, el tres a don Francisco Martínez de la Rosa, el cuatro a don Antonio de los Ríos Rosas... Dentro de los botes, igual que fetos, murciélagos o serpientes en el laboratorio de un brujo, sumergidos en un líquido amarillento, se veían filetes de carne rígida y ennegrecida con forma de corazón.

—Ostras..., pero ¿qué asquerosidad es esta? —Todavía conmocionada por el hedor y los miasmas que prorrumpían de la entrada de luz verdosa del fondo, me resultaba imposible aceptar que aquello era lo que parecía.

—Una colección.

—¡¿Una colección de qué?!

—No alce la voz, señoría Saavedra. Aunque nos esperan, no conviene que sepan que ya hemos llegado... —Una serie de golpes y lamentos a nuestras espaldas nos indicó que quien nos seguía se había caído por las escaleras de caracol. Lo ignoramos.

—Insisto, capitán: ¿una colección de qué?

—De lenguas, señoría, de lenguas ilustres. Durante el siglo XIX se hizo costumbre que, al fallecimiento de los grandes oradores, sus herederos les cortasen la lengua y la conservaran como una reliquia familiar. A comienzos del XX, el bruto de don Francisco Romero Robledo, siendo presidente del Congreso, ordenó incautarlas todas y

reunirlas en la Casa con la intención de crear un museo de las mejores lenguas españolas, al que pensaba donar la suya propia. El asunto se quedó ahí y la estantería se escondió tras un cortinaje. Hasta que, en octubre de 1940, en el curso del viaje a España buscando el Grial que protagonizó don Heinrich Himmler, se produjo cierto encuentro entre este jerarca nazi y don Satanás en la puerta del infierno de El Escorial. Entonces no sé qué pago se acordó entre ellos ni a cambio de qué favor concedido, pero a continuación el conde de Mayalde, don José María de la Blanca Finat y Escrivá de Romaní, director general de Seguridad y organizador de la visita del nazi, ordenó que llegada la noche de difuntos se dejase la colección de lenguas en la biblioteca del Congreso a disposición de alguien que se ocuparía de recogerla. Sí, sí, la hembra mantuvo un trato fluido con los falangistas, bueno, igual que ahora... Hasta que algún tecnócrata la olvidó de nuevo...

—¿Y ella para qué las quiere...? —Ya no sabía cómo llamarla, en mi imaginación representaba el mal, pero a estas alturas le atribuía ya distintas personalidades y, desde luego, distintos rostros.

—Es su despensa. La lengua humana es el manjar que prefiere doña Jezabel, nuestra hembra.

—Pero si están amojamadas, acecinadas...

—Como si estuvieran en conserva, sí. Las atesora por si un día le faltase carne fresca. La enloquece masticar lengua humana cruda.

—Ilumine abajo, me parece que hay lenguas muy recientes... —Un presentimiento desgarrador se abrió paso a arañazos por mi garganta.

—Usted no debe mirar ahí, señoría... Sigamos, la hembra nos aguarda.

—Rutinel, por favor, alumbre...

Pero el personaje ya me había dejado a oscuras, se había girado y caminaba con pasos decididos alzando su antorcha hacia la entrada refulgente del final de la galería.

Él entró primero.

Me va a costar describir lo que me encontré cuando un par de segundos después también yo accedí a la cripta. Además de la fetidez, de la que ya he hablado, será difícil contar cuántos horrores se concentraban en ese lugar y cuánta tortura me estaba destinada. Sí, a mí en particular.

Antes de soltarlo todo, me he levantado a comprobar que la niña y su padre siguen durmiendo en paz, que están ahí, para quedarme tranquila, para revivir lo que experimenté como si fuera un pasado vencido y no la pesadilla que puede reproducirse. La sensación de que un espíritu maligno sobrevive pegado a mi espalda es perpetua y cuando por la noche me muevo por la casa silenciosa, aunque sólo sea para besar a mi hija, siento que me sigue y resulta agobiante,

perverso, condenatorio.

La niña y su padre están bien. Me vuelvo a sentar en el despacho del juez. Este es justo el sitio en el que quiero estar cuando ahora cuente cómo maté a la alana española. Quiero bailar sobre la sombra de ese juez al que una vez llamé papá.

Lo primero que me llamó la atención al penetrar en la cripta fue la luz. Era misteriosa, sibilina, taumatúrgica. A un par de palmos del suelo, como elevadas por un gas ascendente, flameaban distintas llamas verdosas que llenaban el espacio de una luminiscencia irreal, próxima a la que emiten las luciérnagas. Era el resplandor de una ciénaga o de un cementerio abandonado.

—Son fuegos fatuos, hemos cruzado la frontera del reino de los muertos, señoría —me dijo el capitán, que se había dado cuenta de mi desconcierto, al tiempo que lentamente describía un círculo en el aire con la antorcha para que pudiera ver con claridad el espantoso lugar al que habíamos descendido.

—¿Estamos en el infierno? —le pregunté.

—Aún no. Sólo en el subsuelo de la política.

Nos encontrábamos en un espacio redondo cubierto por una tosca cúpula de ladrillos enlucidos con yeso insuficiente. Sobre el suelo se amontonaban calaveras, cajas torácicas, columnas vertebrales y huesos de diferentes tamaños. De semejante amontonamiento óseo era de donde emergían los fuegos fatuos. En las paredes, respiro profundamente antes de seguir..., colgados por los pies vislumbré una veintena de cuerpos desnudos. Algunos de ellos estaban decapitados, habían sufrido amputaciones de manos, de pechos, y desgarros en sexo y vientre compatibles con mordiscos; precisamente debajo de esos había tinajas de boca ancha recogiendo las sangres, jaleas y humores que vertían. Otros todavía estaban vivos y lloraban.

Reconocí a Macarena Colomer, la bibliotecaria, que también se fijó en mí con una expresión de infinita tristeza. Igual que Kepa Albistur, de Batasuna, actualmente de Bildu, aunque dudé si era él, pues había sido desfigurado y emasculado a dentelladas. Y a Alvarito Zapata, un joven ujier al que antes le sonreían las diputadas más mayores y desinhibidas, ahora sin cuero cabelludo ni orejas. Yo buscaba desesperadamente a Moncho entre aquellos cuerpos suspendidos de ganchos carniceros de hierro oxidado como reses en el matadero, mas no lo localicé... Y Rutinel volvió a mover la antorcha revelando a mis ojos a la madre de todas las pesadillas.

Sabía lo que me iba a encontrar y aun así casi me fallaron las piernas y me desplomé. Casi, pero no.

En el centro de la cripta se abría un vano oblongo, indiscutiblemente, una sepultura. La losa que debió cubrirla había sido levantada y puesta a un lado. La tumba, como si fuera una bañera,

estaba llena de sangre, tanta sangre que rebosaba por los bordes formando un charco alrededor. De aquel líquido oscuro, denso y viscoso surgía el pálido rostro de la mujer que gozaba con semejante baño y que, poco a poco, con la morosidad, el cinismo y la corpulencia de un cocodrilo, apoyándose en los laterales, fue emergiendo. Por su enorme vestido chorreaban torrentes de sangre.

Al reconocerla sentí una punzada en la cicatriz de mi vientre, tan intensa, tan penetrante, tan funesta, que por segunda vez estuve a punto de desmayarme. Pero, de nuevo, no.

Aquella figura terminó de erguirse, salió de la sepultura usada como bañera de sangre y se encaró a mí. Entonces, bajo el matiz de las emisiones verdosas, la antorcha me permitió descubrir su aspecto y confirmar su identidad.

Iba de un terciopelo negro con reflejos violetas, muy hermoso. Semejante color sin luz escurría la sangre, la escupía sin que se notase que estaba empapado de ella. Se trataba de un traje típico de corte española del XVII, de los llamados «parlantes» porque relataban la autoridad y el prestigio de quien lo lucía, su poder absoluto. Presentaba un torso cónico, el pecho aplastado por el papelón, manguillas color rubí de raso con estampado de flores bordadas, mangas en pico acuchilladas de arriba abajo, tronco alargado con alamares de hilo de oro, cuello alto y lechuguilla levantada por la nuca, esta sí roja, casi granate, tintada por la sangre de la ablución. Verdugado, basquiña de campana del mismo negro que el corpiño y cinturón enjoyado con cabezas de animales. Chapines como pezuñas quemadas de macho cabrío. Y un largo collar de perlas terminado en una última, más grande, con forma de lágrima, que le daba dos vueltas sobre el torso. De la perla con forma de lágrima pendía una gota de sangre que no se decidía a caer.

Llevaba el cabello recogido, pegado y pringoso por la sangre en que había sumido su cabellera, y apresado por una diadema que semejaba una corona de espinas de oro.

Se expandía la sangre a sus pies como si la estuviera orinando.

Apestaba aún más que el ambiente cerrado de aquella cripta odiosa.

Pero, pese al disfraz, yo supe llamarla por su verdadero nombre:

—Lola...

—Palillo, estás aquí. Has venido... —me respondió traspasándome con sus ojos azules.

—Lola... —Me mostraba incapaz de articular otra palabra.

—No soy Lola, mi princesa. Soy Magdalena de Guzmán. Lola está colgada detrás de ti. Cometió el error de bajar a buscar al tonto del Monaguillo aquella noche en que Melchor Avellana se unió al club de los difuntos. Por cierto, Avellana también está por aquí. Despiezado, el

pobre... Ji, ji, ji —su risita sonaba infantil—, antes de que se lo llevaran lo cambié por tres volúmenes de los trabajos parlamentarios de la Ley del Jurado, qué cosas se me ocurren.... ji, ji, ji..., ni abrieron el ataúd para comprobar si dentro estaba Avellana, creo que ahora mismo salgo de su sangre... Ay, flacucha, sólo me he puesto la cabeza de Lola para gustarte...

—Para gustarme...

—Sí, para gustarte. Lola era la chica que te gustaba, ¿verdad? No me lo niegues. Y fue bonito lo que sucedió entre nosotras... ¿Estoy guapa, prometida mía? —Movió la cabeza de un lado a otro y canturreó como una niña.

Lola, el Monaguillo, o sea Paco Arroyo, la letrada Mercedes Martínez, Melchor Avellana, Kepa Albistur, Macarena Colomer..., ahí debían estar todos. Los que habían desaparecido y al menos diez o quince más. Pero ¿y Moncho? ¿Dónde estaba Moncho?

—¿Dónde está Ramón Bayo? —Me temblaba la voz.

—Ji, ji, ji, ¿no lo has visto? Justo a tu lado.

Me volví y me lo encontré. Colgado al revés boca arriba con la nuca rozando el suelo, las manos dejadas caer, los ojos desorbitados y los labios tronchados.

Grité.

Chillé.

Bramé.

Al lado de Moncho, medio tapado por él, pendía mi marido, sin pene, sin brazos, destripado. A Leo la sonrisa triste no se le había despintado al morir, pero por primera vez resultaba congruente con su situación.

—Si Bayo te gusta más que Lola, puedo ponerme su cabeza... Ji, ji, ji... Lo malo es que el hombre todavía está vivo. Me lo reservaba para algo más especial... Para que nos lo comamos juntas, por ejemplo, ji, ji, ji... Como es el padre de nuestra hija...

Ahora sí. Perdí el equilibrio y creo que me desvanecí. Me desplomé. A mi alrededor, el juez, los Felipes II, III y IV, la sobrina de Magdalena de Guzmán, la otra Ana de Mendoza, la perra alana, el duque de Alba, el duque de Lerma, Rodrigo Calderón, las muchachas desangradas, las niñas felices con sus papás de mi colegio..., todos giraban como en una coreografía de estrellas y círculos que se hacen y se deshacen sobre una pista de baile, y se reían de mí. Me llevé las manos al vientre, esta vez no buscando la cicatriz, sino a mi hija. Noté cómo la reviniente se inclinaba sobre mi espalda. Y sentí sus uñas escarbando bajo mi falda, hurgándome en las bragas.

—Enséñame lo que me has traído, flacucha. Que nos vamos a casar... El amo vendrá ahora y querrá probarte. Ji, ji, ji, ya le he dicho lo dulce que te sabe el coño.

Yo no sabía si estaba consciente, inconsciente o extraviada entre la tierra y el infierno.

Con la mejilla pegada al frío piso, mi mirada se cruzó con la de Moncho, ausente, moribunda, apagada.

En ese instante, cuando yo daba todo por perdido, Rutinel, arrojando la antorcha a un lado, saltó sobre la reviniente apartándola de mí. La dama se lo sacudió sin problemas y lo lanzó dentro de la tumba de sangre. La caída del viejo en la bañera salpicó de puntitos carmesí las partículas de aquella atmósfera prisionera y enferma.

Pensé en Teresita y en que ya antes yo había matado en defensa propia. La ira me recorrió como si me electrocutase. Tal vez la reviniente pudiera controlar su animalidad y convertirse en la perra negra a discreción, pero yo no disfrutaba de semejante aptitud. Así que igual que la niña que acuchilló a su padre, sin pensarlo, berreando, me abalancé sobre ella con la intención de arrancarle esos ojos azules de Lola que tanto me dolían, que antes me pertenecían a mí que a ella.

Magdalena me sujetó por las muñecas, me rugió sobre la nariz enseñándome unos colmillos como puñales, perlándome de podredumbre el semblante con su aliento de criatura agusanada por dentro, y me empujó contra los cuerpos decapitados. Me golpeé en la frente y comencé a sangrar. Al instante, ella se transformó en una perra gigante y, despacio, regodeándose en mi vulnerabilidad, caminó a cuatro patas hacia donde yo había quedado, exhibiendo amenazadoramente su dentadura sanguinaria.

Busqué protegerme y pegué mi espalda a la pared haciéndome sitio entre cadáveres suspendidos.

Con medio cuerpo hundido en la sepultura de la que se desbordaba la sangre, el viejo Moncayo, ahora mi viejo Rutinel, quiso que reaccionase con frialdad:

—Marga, no. Reacciona... Por ti, por tu hija, por todos... Reacciona... No es ira, la violencia te conduce a su terreno. Es astucia. Recuerda, ¡primero, bésala! Entiende lo que te digo: ella te quiere para casarte con Satanás. Cásate...

La perra negra se dio la vuelta y con voz humana, cavernosa, grumosa, multiplicada, sí, pero remotamente humana, le increpó:

—¡Cállate, asesino, inquisidor, enterrador...! ¡Cállate, traidor!

—¡Marga, cásate! —La perra de un mordisco le destrozó el rostro y Rutinel se hundió en la sangre.

Se empinó la perra de ojos de fuego para tragarse parte de lo que hubiera mordido de la faz del capitán y escupir el resto.

E inesperadamente, entonces, de la oscuridad surgió otra figura, la persona que me había seguido desde el despacho y, recogiendo la antorcha del suelo, quiso acorralar a la perra, ahora que estaba sobre

sus dos patas traseras.

—¡Asesina! ¡Asesina! Voy a liberar a mi mujer... ¡Merceditas!

Era Bermu, el doctor del Congreso, y trataba de aproximarse al cuerpo de su esposa manteniendo a la bestia a cierta distancia con la llama. Pero aquella arma no le sirvió de nada. La perra reviniente, esquivando la tea, primero le mordió en la ingle derribándolo, luego en el cuello obligándole a abrir la boca, y por fin en la cara arrancándole la lengua. Y el médico se quedó tumbado entre estertores y sollozos.

Y el animal de nuevo me buscó a mí.

Mientras la alana se deshacía de Rutinel y Bermu, yo había tenido tiempo de recomponerme y entender lo que el capitán había tratado de transmitirme. Y ahí recordé una por una sus palabras: «Señoría, debe dejarse bautizar con la sangre de alguien a quien usted ame y, con la fuerza que eso le dará, decapitar a la hembra o prenderle fuego».

De modo que me planché la falda con las manos, me descalcé, me solté el pelo y me desabroché dos botones de la camisa dejando a la vista el sujetador.

—Quiero que regrese Lola... A ella la amo... Con ella me casaré... —le dije a la perra, que nuevamente me mostraba los colmillos, con una calma impropia de la agitación que me embargaba.

Y al segundo, ni me di cuenta de cómo sucedió, volví a tener a Lola ante mí. Y me centré en ella, en mi querida Lola, evitando distraerme y sentir miedo o asco. En especial, evitando sentir asco. Contuve la furia, la rabia infinita que sentía hacia Magdalena de Guzmán y sus emanaciones. El traje de la cortesana, ahora nigérrimo, con su cola de sangre que se desplazaba siguiéndola, emitía destellos azul marino. Su mirada no se despegaba de la mía. Y me sonreía como una novia a otra.

Me ayudaron los ojos de Lola, porque, aunque los llevaba puestos la reviniente, eran los ojos azules de Lola. Sí, los ojos de Lola me ayudaron a besar al monstruo.

Cuarenta y ocho

Medianoche

Ha llegado la hora de confesar que dudé. Y pido perdón por ello, en especial a mi hija y a su padre. No me avergüenzo, pero me arrepiento. Desde el principio dije que esto es una confesión.

Sabía que Lola no era Lola, lo sabía perfectamente, pero hablaba con su voz y miraba con sus ojos. Y, por otro lado, Moncho, ¿quién podía decir si él estaba vivo o muerto? ¿Y si le pedía la paz a mi archienemigo y le rogaba que me devolviera a Lola? Al menos la tendría a ella. Además, me ofrecería poder y con ese poder yo podría cambiar las cosas y hacer el bien.

En contra de lo que esperaba, la proximidad de Magdalena de Guzmán, convertida ahora en Lola, no resultó desagradable. Al contrario, como la primera vez que la besé, su boca me supo a porro, a vino blanco y a goma de borrar de nata, su cuello desprendía una delicada fragancia a sombra de higuera en verano y la tersura de su piel resultó gemela de la yema de mis dedos.

No respiraba, pero tampoco respiraba cuando hicimos el amor. No digo cuando me violó, sino cuando hicimos el amor.

Sí, nos besamos.

No quiero poner aquí más literatura porque deseo que mi pecado reluzca en su más absoluta pureza: nos besamos y yo me entregué en ese beso. Me deleité como si lo necesitase.

¿Que si estaba poseída por Satanás, que si estaba asustada, que si estaba confundida...? No lo sé. Ni seré yo quien argumente en mi defensa. Me dejé envolver por aquel beso y me excité. Ese es el hecho por el que debo ser juzgada, las excusas no harían más que reducir mi sentimiento de culpa.

Vestida de dama del XVII, Lola estaba guapísima y mi cuerpo la deseaba locamente.

Me mordió en el cuello. No me dolió, pero noté cómo succionaba. Y luego, me ciñó por la cintura y apretó mi pubis contra su falda endurecida por la sangre que la empapaba y que empezaba a secarse.

—He intentado traerte aquí de mil formas y al final has venido sola, ji, ji, ji.

—Yo no quería, pero sí quería...

—¿Qué llevas ahí? —Con uno de sus dedos recogió una gota de sangre de la herida que me había hecho en la frente y sensualmente también se la llevó a los labios—. Ahí, pegadito a la cicatriz.

—Un revólver. ¿Cómo lo has notado?

—Hostias, Palillo... —Ahora era completamente Lola burlándose de mí.

Volví a besarla y ella se entretuvo absorbiendo mi lengua dentro de su boca. La boca le sabía a mi sangre. Me colmaba de placer.

—Es para matarte —le dije.

—¿El qué? ¿El beso?

—No, la pistola —me apuraba decirlo.

—Ji, ji, ji, no puedes matarme de un tiro y además no quieres.

—No quiero...

—Relájate... —Me acarició la mejilla con infinito afecto, jamás me había sentido tan a gusto en mi vida.

—¿Qué va a pasar ahora?

—Pues ya te he mordido. ¿Te he hecho daño?

—Me ha gustado.

—Ji, ji, ji, y a mí. Y ahora te voy a bautizar con sangre, con una sangre amada por ti. Y entonces mi esposo se personará, te pedirá matrimonio y si accedes nos cabalgará a las dos.

—¿Y mi hija? —Porque, como decía Vega, Moncho sólo sabía hacer niñas...

—Quieres decir «nuestra hija», ¿no? Ji, ji, ji, pues veremos si es hijo o hija. Y si de verdad acaba siendo una chica, se la ofreceremos al amo en cuanto nazca. Él tiene planes... Y tú serás presidenta del Gobierno. ¡La gran presidenta Saavedra! —Alzó las palmas de las manos y los iris de los ojos como haría una payasa—. Pero tranquila, ji, ji, ji, no el primer presidente casado con mi amo, no, no, no... Ha habido muchos presidentes endemoniados antes que tú.

Estoy llorando, no quiero escribirlo porque no merezco piedad alguna, pero debo hacerlo. Respondí que sí.

—Lo que tú digas. —Magdalena me besó en la mejilla.

—Bien dicho, hostias, bien dicho. Vas a ser una presidenta del Gobierno muy hermosa. Y alta. —Me apartó la melena de la cara—. Procedamos.

—Como ordenes, Lola.

—Magdalena.

—Como ordenes, Magdalena.

—Veamos a quién quiere esta flacuuucha... —Lo decía entonando una cancioncilla y moviendo la cabeza de un lado al otro—. ¡Uy, aquí hay un tío muy feo que todavía está vivo y que quiere regalarnos su sangre! ¿Nos regala su sangre para un bautismo, señor Bayo?

Levantó la cabeza de Moncho enganchándola con una uña por la concha de una oreja como si la pinchase con un anzuelo.

—Qué lástima que no tenga lengua y no pueda responder. Ji, ji, ji...

Magdalena soltó a Moncho, que cayó al suelo como los ahorcados cuando les cortan la soga. Luego lo puso en pie por las axilas y lo trajo hasta mí. Él casi no podía caminar. A duras penas se mantenía erguido.

—Apoya la cabeza sobre su hombro. Yo le morderé el cuello y tú procura mojarte con su sangre. Es sangre que amas, así que no te costará. Y quedarás bautizada en nombre de Satanás, y el amo vendrá a nosotras.

—¿Qué significa bautizarme con sangre que amo?

—Que ya serás como yo, ¿no lo deseas? Y con la posición política de que disfrutas en España, el amo te dará poder. Mucho poder y llegarás a presidir el Gobierno... ¿Sabes?, yo una vez gocé de ese tipo de poder que se compra tan caro —se le quebró la voz como si se emocionase—, pero el traidor del capitán Rutinel... En fin, ji, ji, ji, cuentitos de vieja... Que mi turno pasó y ahora es el tuyo. La criatura que llevas en el vientre será el precio que pagarás por ser la más poderosa, yo lo pagué y lo fui... Acerca la coronilla a la yugular del tío Ramón que voy a abrir la fueeente... —Otra vez con tonillo de chiquilla.

Este es el momento decisivo de esta historia. Este es el punto en el que estuve por un segundo en la frontera entre el bien y el mal, muy lejos del bien, pero todavía no en el terreno del mal. Aquí se bifurcan dos posibles finales y yo opté por uno de ellos. A un lado tenía a Lola y el poder, al otro a Moncho y seguramente la muerte de los dos, bueno, de los tres, de nuestra hija también. Pero esa Lola no era Lola, la verdadera Lola había muerto, y yo no quería vivir sin Moncho, así que..., así que desperté.

Desperté porque Moncho, desde el fondo de la nebulosa mental en que se hallaba, con lo que suponía que era su última mirada de charro, me vino a decir sin pronunciar palabras, abriendo y cerrando su boca destrozada:

—Palillo, sin compromiso.

No fue necesario aquel lío de miradas del que me habló el capitán. Que si él me tenía que mirar mientras yo lo miraba a él al tiempo que devoraba a no sé quién y entonces... Y entonces, yo qué sé... Bla, bla, bla. Un enredo incomprensible. Bastó con una mirada de amor entre nosotros para que se liberase de todos los hechizos. La verdad siempre es simple.

Sí, eso bastó, el amor, para que Moncho regresara, aunque fuese para despedirse.

Y yo reaccioné y moví también los labios para responderle:

—Sin compromiso, Moncho.

Él me entendió y, revolviéndose, dio un salto y fue rodando hasta la entrada de la cripta. Noté cómo subía la temperatura de Magdalena merced a su indignación.

—Pero qué te has creído, bellaco... ¿Piensas que te necesito vivo para desangrarte y completar el ritual? Te equivocas, tu sangre me sirve igual de recién muerto. Vuelve o te arrepentirás de haber nacido, mandilón, ganapán, rastacueros, hideputa... —Hizo ademán de ir a cazarlo.

Pero ahora yo sí sabía qué hacer: si me tenía que bautizar con sangre amada me bautizaría, pero no con la de Moncho, sino con la de Lola.

Me bajé las bragas, me levanté la falda y le expuse el pubis al monstruo.

—Ven, perra. Mira lo que tengo para ti. Ya conoces su sabor. Deja a ese deslenguado y ven a mí, perra... ¿Recuerdas el apartamento de la calle Cervantes? Vuelve a tomarme.

A la reviniente la provocación le hizo mella de inmediato. Regresó a mí y otra vez empezó a besarme, aunque este beso ya no era como los de antes. Sabía a mierda, olía a mierda y tenía la textura de la mierda. El vestido que previamente me tenía hechizada ahora me mostraba sus manchurrones ferrosos, la edad vetusta de sus telas, sus descosidos y el unto pringoso de su roce. La dejé que me lamiera el cuello mientras sus uñas pintadas de negro buscaban mi vagina, me la arañaban. Pero yo, por encima de su lechuguilla, pude ver cómo Moncho salía reptando de la cripta y me alegré.

—Vete, salmantino, que ya te he salvado.

Entonces, sacando el revólver de mi cintura lo puse sobre la sien de Magdalena y disparé. Una ola de sangre, sesos y astillas de hueso se me vino encima, me cubrió de arriba abajo, la sangre de la cabeza de Lola, una sangre amada por mí.

Y fui bautizada con sangre. Por segunda vez, en verdad, porque cuando maté a mi padre ya recibí mi primer bautismo de sangre y debió de ser ese día cuando Satanás se fijó en mí. Sí, estoy segura de que Satanás siguió mi carrera desde aquel terrible día.

Moncho huyó por el túnel. Rutinel, con el rostro descosido por la mordedura de la perra y la barba impregnada de sangre como si fuera una fregona, se atrevió por fin a sacar la cabeza del sepulcro bañera. Y Magdalena de Guzmán se tambaleó un segundo, dos, tres... Parecía un tentetieso. El eco del disparo resonaba como un pitido en mis oídos y el olor de la pólvora quemada se me quedó como un tapón en las fosas nasales.

Cuando la reviniente recobró la estabilidad ya no era la cabeza de

Lola la que tenía sobre sus hombros, sino la del juez, la de mi padre.

—Bien hecho, hija. Bienvenida al infierno.

A su espalda vislumbré al doctor Bermúdez Cecilio, llorando abrazado al tronco de su mujer. Supongo que aquel tronco femenino era el de Mercedes Martínez y que él debió de reconocerlo por alguna marca personal, un lunar o una cicatriz. Luego, moviéndose con suma dificultad, cogió la antorcha y, reptando, comenzó a acercarse a la criatura diabólica por detrás. Entendí que me tocaba distraer al bicho, mantener su atención fija en mí. Y le di conversación.

—No me he casado con tu amo y no me casaré —le espeté.

—Pero, a partir de hoy, vayas donde vayas, ya siempre serás una puerta para que el amo entre en este mundo. —Mi padre vestido de Magdalena de Guzmán producía un efecto entre estrafalario y vicioso, aberrante, parecía un muñeco de ventrílocuo—. ¿Por qué lo has hecho?

—Por amor.

—¡¿Por amor?!

—Sí, aunque no lo parezca, amo a Moncho y a la hija que vamos a tener.

—Esa hija ya no te pertenece.

—Veremos...

—Tu culpa mató a mamá... ¡Yo te maldigo, Amargura!

Bermu aplicó el fuego sobre la falda de Magdalena de Guzmán, segunda marquesa del Valle de Oaxaca, y esta comenzó a arder como si estuviera empapada de gasolina. Supongo que los tejidos antiguos, resecos y viejos, de cuatrocientos años, son inflamables como las ramitas de pino en el suelo de un bosque.

—¡Arde, asesina! Arde... —habría vociferado el doctor Bermu si hubiera tenido lengua, pero en lugar de eso, rugió como un búfalo antes de perder definitivamente el sentido.

Y la reviniente soltó un chillido lleno de voces, lo mismo que si un coro de niñas hubiera notado hundirse el escenario bajo sus pies. Un aullido desalmado, puntiagudo, salvaje y de debajo de la basquiña teñida de palo de Campeche de la dama escapó una manada de ratas y por sus oídos, nariz, boca y supongo que ano huyeron miles de moscardones. En muy pocos segundos la reviniente ardía como una bruja en su pira, produciendo llamaradas, deflagraciones y chispazos, girando rápidamente sobre sí misma igual que una peonza, llenando de humo negro el reducido espacio de la cripta.

Salió corriendo con un ejército de ratas y moscas siguiéndola.

Subió a la biblioteca por la misma escalera de caracol por la que habíamos bajado el capitán, Bermu y yo. Los libros de las estanterías ardieron enseguida.

Por donde pasaba iba contagiando su fuego. Se golpeaba con unos

muebles y con otros. Y con los cuadros. En el Congreso hay muchas maderas, las vigas mismas del edificio son de madera. Tras de sí iba dejando un rastro flagrante.

Quise rescatar a Macarena Colomer y a cuantos seguían allí medio muertos, juro que quise, pero me pudo más la necesidad de salvar a Moncho. La reviniente en llamas había salido tras él y, en ese momento, yo no tenía otra obsesión más que la de recuperar a mi charro. Comprendedme por no haber sido capaz de otro comportamiento más heroico. Si en mi situación alguno hubiera actuado de forma distinta, a ese le pido perdón, pero a nadie más. Bueno, sí, también y de rodillas a quienes se quemaron vivos en aquella cripta infecta.

Que Dios, si se enteró de aquello, se apiade de sus almas.

La marquesa acabó su carrera en el hemiciclo y ahí la vi yo por última vez. Maldiciendo, insultando a Dios, invocando a Satanás, subida sobre la mesa de los taquígrafos mientras las lenguas de las llamas saltaban de escaño en escaño. Todos los cristales de las grandes puertas del Salón de Sesiones estallaron a la vez, saltaron los escudos provinciales del friso, incandescentes como meteoros, la tribuna de autoridades se hundió y el reloj que marcaba el tiempo parlamentario se precipitó en el infierno. Esa noche allí no había otro discurso que no fuera el de la hoguera y la ceniza.

Las alarmas antiincendios hacían su trabajo, pero aquella combustión tenía una fuerza y una rapidez que no estaba al alcance de los humanos. Se trataba del fuego que atiza el mismísimo demonio.

Pronto todo el Palacio del Congreso de los Diputados era pasto de las llamas.

Comprendí que no podía hacer nada por impedir el desastre. Y que debía salvarme. No me costó encontrar a Moncho, estaba en una esquina de la Galería del Orden del Día acurrucado como un mendigo bajo el pedestal del busto de Cánovas del Castillo. Llorando sin consuelo.

Lo alcé. Le puse un uniforme de ujier, pantalones con banda dorada y chaqueta con galones en la bocamanga, que encontré en un armario en un cuartito lateral. Lo tomé de la mano y por una salida de emergencias ganamos la noche.

Ya en la plaza de las Cortes pudimos advertir cómo las llamaradas se asomaban por las ventanas del Congreso y cómo una columna de fuego, por detrás del frontón de la fachada, se empinaba con ambición de alcanzar la luna. Si en ese momento el viejo Rutinel alzó la vista al cielo, estoy segura de que confundió las pavesas que flotaban sobre Madrid con estrellas y planetas, y que por fin descansó en paz sabiendo cumplido su destino.

Cuando empezaron a llegar los bomberos y las ambulancias, los

policías ya estaban cubriendo con mantas a los diputados, periodistas y funcionarios confinados por orden del doctor Bermúdez, que escapaban en tropel por las distintas puertas del complejo, y habían acordonado la Carrera de San Jerónimo.

Acariciándole una mejilla con varios días de barba pegajosa, le pedí a Moncho que se despidiera del Congreso.

—Dile adiós al Congreso, salmantino. Esta noche tú y yo hemos muerto para el mundo... Quizá haber quemado el pasado sea la ocasión que España precisaba para tener su segunda oportunidad. Ojalá... Nosotros, sin embargo, no tendremos otra oportunidad, no... Pero nos hemos salvado. —Hice una mueca que quiso ser una sonrisa.

Moncho, con la boca rota por las cicatrices, me hizo un gesto de conformidad que yo quise entender como un agradecimiento. Le pasé el brazo sobre sus hombros y él se dejó abrazar.

La última imagen que se me ofreció del Congreso, casi ya desde Neptuno, fue la de una falla en su *cremá*, y me alegré porque precisamente el Congreso para mí era cada día más un conjunto grotesco de ninots y porque las fallas renacen de sus cenizas.

Los leones de la plaza de las Cortes se despidieron de mí para siempre desde dentro de una hoguera gigantesca.

Paré un taxi en Recoletos. Le juré que le pagarían la carrera al llegar al destino porque debido a nuestro aspecto se mostró reacio a abrirnos el seguro de la puerta del coche. Y le pedí que nos llevase al único lugar del mundo en el que yo me sentía tan segura como en mi propio hogar.

—¿Qué está pasando ahí? —me preguntó el taxista una vez hubimos ocupado el asiento de atrás.

—Que se está quemando «el escaño de Satanás» —le respondí.

—Falta hacía —concluyó antes de hurgarse la nariz.

Llegamos agotados al piso de Reyes y de Laurita. Nos abrió un muchacho moreno, con el cabello rizado y los dientes muy blancos que llevaba puesto un pijama con la cara de Valle-Inclán impresa y el lema «Esperpento Español». Se volvió hacia el recibidor y señaló:

—Reyes, que han venido unos *coleguis* que creo que se la han pegado con la moto. Él va con uniforme de militar de gala y la cara hecha un cromo y ella..., buf..., ella es un adefesio total. Y cómo huelen..., a pedo.

—Son amigos, Cuqui. Que pasen. Tenemos pijamas para todos.

—Chachi. Estáis en casa, *coleguis*.

—Hay que pagar el taxi —dije, y entramos en el santuario.

CUARENTA Y NUEVE

Alba

Ahora soy yo la puerta del infierno, o eso creo, porque fui bautizada con la sangre de Lola, aunque no llegué a casarme con Satanás. También es verdad que con sangre ya había sido bautizada cuando maté a mi padre y que eso no me impidió llevar vida de persona de buen conformar, sana, prudente e idealista.

La marquesa del Valle y el capitán Rutinel murieron definitivamente. Una debe estar con Satanás, el otro no lo sé. Teóricamente, yo ocupo el lugar de Magdalena de Guzmán.

Ignoro si algún día, alguna noche, Satanás me utilizará para acceder al mundo, si es que soy su nueva puerta. Por si acaso, Moncho, la niña y yo nos hemos escondido lejos de su alcance, suponiendo que el demonio, como creo, viva en Madrid. No es madrileño, entiéndaseme bien, pero como todos los malvados de marca mayor, en Madrid tiene sus oficinas. El resto de España cada día es más sólo un decorado.

Si consigo estar lo bastante alejada de sus trapicheos, mi cuerpo será una puerta a ningún lugar, la típica inútil que nadie entiende por qué el arquitecto la puso ahí. Una puerta cegada. No puedo evitar consistir en aquello en lo que me he convertido, pero sí valer para los oscuros propósitos de mi archienemigo. Y como no me casé con él, ni le sirvo ni es mi amo.

Pude elegir entre el éxito en la política o el exilio, y desprecié esa política de éxito. Así que soy libre, o medio libre, o tan libre como pueda serlo una exiliada. Aunque si me lo preguntan responderé que, claro, que paso miedo, que muchas veces me vuelvo hacia la oscuridad para comprobar si hay alguien más en la habitación y que tengo la absoluta certeza de que no estoy nunca sola, que desde las tinieblas algo me observa todo el tiempo, una presencia que no respira.

Quien quiera que haya leído esto espero que tuviera compañía. Mi confesión no es apta para ser examinada a solas. Y que desconfíe de las moscas. No son inocentes. Son unas chivatas.

He presentado una relación de hechos conocidos de sobra por el público, pero a los que después de mi relato puede darse otra interpretación, una menos mediática, más compleja. Ahora se sabrá

que distintas muertes de personajes relevantes y algunas notables catástrofes que en su momento se tuvieron por casuales realmente obedecían a un terrorífico plan criminal. Que fueron asesinatos premeditados y crueles.

El incendio del Congreso no resultó tan destructor como aquella noche pude pensar. En un año, más o menos, se repintaron las paredes, se reconstruyó el techo y se repuso el mobiliario, y la Cámara pudo funcionar otra vez en su sede histórica. Sólo los libros y los cuadros se perdieron para siempre. Pero, eso sí, el incendio sirvió para dar por muertas a todas las víctimas de la alana española como si hubieran desaparecido entre las llamas. Francisco Arroyo, Mercedes Martínez, Kepa Albistur, Lola Plantagenet, Leo Pérez, Macarena Colomer, el doctor Juanjo Bermúdez, el ujier Álvaro Zapata..., entre otros muchos, engrosaron la lista de bajas en el incendio, que se atribuyó a un cortocircuito en la biblioteca. Sus nombres incluso quedaron escritos en una placa de mármol que en el primer aniversario del suceso se colocó en la fachada principal del palacio, tras los leones, al lado de otra placa de bronce que homenajea a los miles de fallecidos oficialmente por la peste del rodamundo.

También aparecen en ese listado de víctimas del incendio los nombres de Ramón Bayo y Amargura Saavedra. Ambos estamos muertos para el universo. Y es mejor así, de otro modo nadie habría creído nuestra historia.

Cabe agradecer a aquella desgracia que los partidos políticos reaccionasen y se formase un Gobierno de centro entre el PP, el PSOE y Ele-Ele, con Miguel Betancor como presidente y Pere Pau Marrón como vicepresidente. Ciriaco Romasanta es el presidente del Congreso, se ha quitado el parche y se ha puesto un ojo de cristal, si es que es un ojo de cristal y no el suyo corregido. Está guapo, flaco y guapo. Sigo su carrera con un interés casi maternal. Nunca habría habido nada entre nosotros, era imposible, pero creo que me he perdido una amistad divertida y cómplice con este muchacho tan retorcido, pero tan vulnerable a la vez.

Ciri está ayudando a Reyes en su incipiente carrera política. De momento ya es candidato a diputado regional en la Comunidad de Madrid. No es un mal comienzo. Laurita, con la que sí hablo de vez en cuando, está muy contenta con Cuqui, aquel muchacho de los rizos al que conocimos en nuestra última noche allí y que ha resultado ser una chica en plena transición de género. Si ellos se aclaran, no soy precisamente yo quien vaya a poner algún reparo.

Mi mejor enemiga, Ana de Mendoza, abandonó la política tras el hundimiento de su candidatura a la presidencia de la Cámara y se enroló como directora de *marketing* de redes sociales en la naviera de su padre. Seis meses después, tras su paso por el espectáculo de

telerrealidad *La isla de los políticos*, ha emprendido una prometedora carrera como *mocatriz* (modelo, cantante y actriz).

El imán Haidar al Isbani ha dejado España y actualmente es el negociador para la integración de Egipto como vigesimoctavo miembro de la Unión Europea, y su Pacto del Arcoíris se ha refundado con el nombre de Más Recolectores, haciendo del modo de vida neolítico, aunque vegano y no binario, la aspiración del nuevo comunismo. Don Baldomero Cuervo, por su parte, se ha convertido en el líder de la oposición al Gobierno de centro y hay semanas en que su partido Escarmiento encabeza las encuestas, pero todo el mundo sabe que nunca gobernará, salvo que el país se vuelva loco; aquí no hay un treinta por ciento de fascistas. Por eso no deja de planear golpes de Estado. Sus colaboradores, Fausto Rancaño y Pancho Zaragoza, sin ir más lejos, fueron detenidos por intentar contratar a unos piratas informáticos rusos para jaquear el Ministerio de Igualdad que resultaron ser una banda de proxenetas y distribuidores de Viagra falsa en internet. Pancho, consumidor habitual de ese placebo vendido como Viagra, se alegró pese a todo al descubrir que sus erecciones eran entonces espontáneas y auténticas, tal y como reconoció al programa *True crimes: los pervertidos de la tercera edad*.

La Falange de Escarmiento ha completado su nombre añadiendo el del doctor Bermúdez; según ellos, el héroe que sucumbió cumpliendo con su deber de salvar la bandera de España en el incendio del Congreso. Se llaman ahora Tercio Falangista Juan José Bermúdez del Castillo. Ostras, si supieran la verdad... Bueno, a lo mejor la intuyen y eso no les impide inventarse otra.

Visto lo que sigue sucediendo en la política nacional, me pregunto si mi confesión no será más una metáfora que una verdadera revelación sobre lo que sucedió y no se contó en España, pero en ese caso hablaríamos de una metáfora sobre la política española y no por eso nuestro espanto debería ser menor.

En cuanto a Moncho y a mí, hemos reconstruido nuestra vida, vivimos en el anonimato y somos felices con nuestra hijita. Teniendo en cuenta las circunstancias, somos muy felices. En España, cuando tu cara sale de vez en cuando en el telediario, te conviertes en conocido, no en famoso, en conocido, pero si ese mismo telediario dice que has muerto, automáticamente, todo el mundo deja de reconocerte, te matan en su imaginario social. Te ven y dicen: «¿Sabes a quién me recuerda? Sí, mujer, a la política aquella que se quemó en el Congreso, ¿cómo se llamaba…?». Además, después de lo que hemos pasado, a él se le ha puesto el pelo blanco del todo, como nevado, y las cejas también. Se diría que el rostro de ambos ha envejecido diez años de tanto dolor como se nos quedó marcado. Así que podemos salir a la calle casi con despreocupación. Casi…

Moncho aceptó que la niña se llame Lola; sabiendo lo que pasó y lo que yo sentí, fue un gesto muy tierno y generoso por su parte.

Aquí dejo escrito que Ramón Bayo es la persona más buena que he conocido en mi vida.

Por suerte, su amputación de lengua no fue completa. Le cicatrizó sin problemas y, después de un exigente periodo de reaprendizaje —el salmantino es terco y duro—, Moncho ha vuelto a hablar. Ya no es el gran orador del que me enamoré, ganguea y se ahoga al conversar, hay fonemas que es incapaz de pronunciar correctamente y otros con los que el aire se le escapa, pero habla. El charro habla y se le entiende.

A veces desaparece varios días y vuelve luego desahogado, con los pulmones vacíos por haber llorado mares, emitiendo la luz que da la paz interior. Me dice que se va al Congreso a vigilar que la alana no haya vuelto y yo hago como que le creo. Me quedo embobada viéndole hacerse el nudo de la corbata y le animo a irse. Le digo que me parece muy buena idea, aunque sé que no va al Congreso. Cree que si yo supiera dónde va en realidad me preocuparía por si nos descubren, y me protege. Se marcha a un escondite que tiene para ver a las hijas de Vega, a sus otras hijas. Las controla clandestinamente y estoy segura de que, si lo necesitasen y él pudiera, las ayudaría. Prefiere que no sepan que vive ni en qué circunstancias, después de todo le han dedicado una calle en Salamanca y las niñas y su madre caminan con la cabeza muy alta por la plaza Mayor. ¡La viuda y las hijas de Ramón Bayo, ni más ni menos!

¿Cómo no voy a estar enamorada de este hombre?

Lo primero que hice yo después del incendio fue comprobar si realmente se había producido alguna transformación en mi naturaleza. Recordando que todos los retratos de la marquesa del Valle se habían destruido por la Inquisición tras su enterramiento viva, decidí visitar el Museo del Prado para comprobar si la historia había cambiado algo. No me hizo falta preguntar; al poco de acceder a la pinacoteca, en la sala donde se exhibe la colección de cuadros de Felipe II, junto a los Tiziano, Sánchez Coello y Pantoja de la Cruz, me di de bruces con un retrato, obra de la pintora Sofonisba Anguissola, en cuyo marco podía leerse: «Magdalena de Guzmán, segunda marquesa del Valle de Oaxaca. Sevilla, 1546 - ?».

Y miré el rostro pintado y me vi a mí. ¡Me vi a mí! Di un paso atrás y descubrí, además, que la dama retratada apoyaba su mano sobre su vientre porque estaba embarazada. La marquesa del Valle ahora soy yo y, tal vez, aunque no puedo explicarlo, siempre lo haya sido.

No necesité más pesquisas. Nos fuimos lejos, a Sevilla, a la casa de la calle Campana en la que murieron mis padres. Un lugar donde

nadie nos buscará jamás. Pero antes, para mayor seguridad, me quedaba una tarea por hacer, una deuda que pagar, una sentencia de muerte por ejecutar. Y la cumplí.

Le conté a Moncho mi secreto, ahora ya nada le parecía increíble. Y él y yo nos escondimos una tarde en el cementerio de Sevilla y esperamos a que el recinto se cerrase. Después abrimos el panteón de mi familia y bajamos. Pese al calor, ahí abajo, rodeados por mis abuelos y bisabuelos, hacía frío. No sin dudas por mi parte, llegó el delicado instante de vaciar el nicho en que reposaban mis padres y al hacerlo se confirmaron mis más sombrías sospechas: no sólo el cuerpo del juez permanecía intacto, incorrupto, incluso con las mejillas sonrosadas, sino que, además, era obvio que en su día se comió el cadáver de Teresita, sus huesos estaban desmontados y roídos y su cráneo presentaba claras huellas de mordiscos. Los cabellos de Teresita cubrían la pechera del juez como se los hubiera arrancado a puñados.

—Jamás estará segura nuestra hija Lola mientras su abuelo siga dejando de morir sin seguir vivo —le dije a Moncho.

—Lo entiendo, Palillo —me respondió.

Y sacando un cuchillo como el que el juez utilizó para matar a mi madre, y haciendo mucha fuerza, Moncho le separó la cabeza del tronco y se la puso entre las piernas. De inmediato, como si los treinta y tantos años que hubieran pasado desde su muerte transcurriesen en un segundo, aquel cadáver se llenó de gusanos y se descompuso.

Le dejé un ramo de rosas blancas a mamá y le pedí perdón por no haberme dado cuenta antes.

—Te quiero, mamá.

Luego cerramos el nicho, saltamos la tapia y volvimos a casa, donde Lolita dormía en brazos de la portera.

Y nos quedamos a vivir aquí, en el sitio donde todo comenzó, en un piso que visto desde la calle siempre tiene los balcones cerrados. Solos por fin. Y yo me puse a escribir esta confesión, a librarme del peso de mis remordimientos.

Hasta aquí he llegado. El futuro que deba corresponder a estas páginas lo deposito en manos del destino.

No sé qué será de mí. No sé qué será de Moncho y de la niña. Cada día que pasa es una batalla que ganamos al infierno. Tal vez yo no vaya a envejecer, tal vez llegará un día en que me volveré maléfica y ese día tendrán que separase ellos de mamá. En un sobre, en el cajón de esta mesa del juez, le he dejado una nota a Moncho rogándole que me corte la cabeza si llego a hacerles daño o a infundirles terror a él o a Lolita. También le he dejado el revólver con el que disparé a la cabeza de Lola por si lo necesitase conmigo. No creo que cumpla mi voluntad, pero no tengo otra que implorárselo.

Si creyera que Dios nos mira, rezaría.

Ya nadie se acuerda de la peste, del Gran Catarro, de la rodamunda, tampoco del incendio del Congreso, la vida ha vuelto por sus cauces, los vivos se han olvidado de los muertos y siguen como si ellos mismos no hubieran de morir un día. Qué flaca es la memoria humana, qué pronto se dejan atrás las desgracias. Ojalá la perra negra de ojos de fuego no renazca y España no vuelva a precipitarse al abismo. Si eso ocurriera, quiera el cielo que aparezca otra Marga Saavedra dispuesta a dar lo que le corresponda de muerte por la vida de los demás.

Como dijo el capitán Rutinel, la política es de Satanás porque a Dios por ahí ni se le ha visto ni se le espera. Quizá a veces parezca que Dios está y que suyo es el poder porque los políticos hablan bien del mal, pero se trata de otra impostura humana. El mal no sabe hacer el bien, la cosa es así de simple. En esta confesión yo me he entregado a lo contrario: he hablado mal del mal y no bien del bien porque por ningún sitio me lo crucé.

Creedme, la política convierte más vampiros que Magdalena de Guzmán.

Y ahora, si podéis, dadme vuestra absolución.

NOTA DEL AUTOR

El primer atisbo de lo que ha acabado siendo *El escaño de Satanás* me vino a la cabeza en la bañera, la noche de difuntos de 2019, en un pequeño hotel de Bonn. Casi cinco meses antes de que la peste de verdad se presentase para robarnos dos años de vida. Dos años, por ahora. Mientras dejaba pasar el tiempo con la luz apagada y la trompeta de Chuck Mangione de fondo, me acordé de la cripta y los restos humanos encontrados bajo el suelo del Congreso en 2009. Y de que no se hizo público, al menos a mí no me constaba, el resultado de la investigación que entonces debió de instruirse. Y me pregunté: ¿seguirán ahí la cripta y el osario?, ¿y si meto un vampiro en el Palacio del Congreso?, ¿no sería esa la mejor metáfora imaginable sobre la lucha entre el bien y el mal en que consiste la Política con mayúscula?

Dicho y hecho. Esta novela nació de la tentación insuperable de introducir un vampiro más, uno de verdad, en el Congreso de los Diputados, y ver qué pasaba.

Salí a la habitación dejando charcos en busca de mi tableta para llevármela a la bañera, y a mi mujer, Piluca, no le sorprendió ninguna de las dos cosas: ni que dejase charcos ni que no encontrase mi tableta. De vuelta al agua, la antigua noticia de las calaveras me condujo a los animales momificados que aparecieron en los vanos entre plantas en 2013; ambos descubrimientos macabros me llevaron al convento del Espíritu Santo que está debajo del Congreso; el convento al Caballero de Gracia, fundador la orden regular de clérigos menores en España; y el Caballero a Magdalena de Guzmán, la segunda marquesa del Valle de Oaxaca. Y lo vi claro: en tiempos de Felipe II y de Felipe III hubo vampiros y podrían seguir ahí. Sólo quedaba desenmascararlos.

Al regresar al despacho en Bruselas, la idea entusiasmó a Espe y a la joven Mariana. Nos pusimos a investigar los tres. Al Caballero de Gracia lo descartamos por no estar enterrado bajo el Congreso, pero la marquesa del Valle..., ah, la marquesa del Valle..., no cabe ninguna duda de que sigue sepultada bajo los escaños del hemiciclo de los diputados y cuanto más descubríamos y más ignorábamos sobre ella

más fascinante nos parecía. Ahora que ese viaje termina aquí, debo decir que Magdalena de Guzmán ha resultado ser uno de los personajes más interesantes de nuestros siglos XVI y XVII y, por cierto, de los peor estudiados. En algún momento, incluso me planteé dejar esta novela para escribir su biografía, pero mi relato iba de pasión por la Política y no por la Historia.

Alguien tendrá, entonces, que hacerse cargo de su auténtica biografía, que da para una estupenda serie de televisión.

A la marquesa del Valle, a las luces y sombras de su vida, debo la inspiración de *El escaño de Satanás*. Si hubiera sido sólo otra dama más del XVII, con su retahíla de sometimientos, partos y visitas a conventos, la que continúa enterrada bajo el Salón de Sesiones del Congreso, mi fantasía habría acabado ahí. Pero Magdalena fue justo lo contrario a todo eso: una mujer rebelde y libre. Más rebelde y libre que la propia princesa de Éboli. Lo que me permitió especular inventando de dónde procedía esa fortaleza, de dónde le vino su poder.

Cuanto he escrito sobre su vida es cierto, excepto el suceso de la violación y el pacto con Satanás con sus horrendos crímenes, episodios necesarios para que la narración se sostuviera. Y por eso lo primero que quiero hacer aquí es pedirle perdón a Magdalena de Guzmán por haberla convertido en una reviniente malvada y cruel. No lo merece. Realmente, no lo merece. Me queda la impresión de que, después de Felipe II, Felipe III y los duques de Alba y Lerma, soy el quinto hombre que ensucia su memoria. Lo siento pues, pero sin su vampirismo yo no tendría novela. Me consuela que, después de todo, también la he rescatado del olvido y que, a lo mejor, quién sabe, he despertado cierto interés por el personaje.

Una novela no debe tener bibliografía, la ficción no se ata a ningún tipo de exactitud, sin embargo, dado que esta se asienta sobre un personaje histórico, me parece honrado presentar la relación de los libros y artículos que he tenido abiertos sobre la mesa durante estos dos años de escritura:

AJVIDE LINDQVIST, John, *Déjame entrar*, Madrid, Espasa, 2008.
ALLAN POE, Edgar, *Cuentos*, volumen I (traducción de Julio Cortázar), Madrid, Alianza Editorial, 1970.
BÉCQUER, Gustavo Adolfo, *Leyendas*, Barcelona, Austral, 2010.
CALMET, Antoine Augustin, *Tratado sobre los vampiros,* Madrid, Reino de Cordelia, 2009.
COLOMER, José Luis y DESCALZO, Amalia (coords.), *Vestir a la española en*

las cortes europeas (siglos XVI y XVII), volúmenes I y II, Madrid, Centro de Estudios Europa Hispánica, 2014.

DELEITO Y PIÑUELA, José, *La mala vida en la España de Felipe IV*, Madrid, Alianza Editorial, 1986.

—, *El rey se divierte*, Madrid, Alianza Editorial, 1988.

FERNÁNDEZ GARCÍA, Matías, *Parroquia madrileña de San Sebastián. Algunos personajes de su archivo*, Madrid, Caparrós Editores, 1995.

FERNÁNDEZ MARTÍN, Luis, «La marquesa del Valle. Una vida dramática en la corte de los Austrias», *Hispania. Revista Española de Historia* 39 (143), 1979, pp. 559-638.

GEA, María Isabel, *Guía del plano de Texeira (1656). Manual para localizar sus casas, conventos, iglesias, huertas, jardines, puentes, puertas, fuentes y todo lo que en él aparece*, Madrid, Ediciones La Librería, 2006.

GROOM, Nick, *El vampiro. Una nueva historia*, Madrid, Desperta Ferro Ediciones, 2020.

MARRYAT, Frederick, Menzies, Sutherland, Blackwood, Algernon, Fleming, Peter, Household, Geoffrey y Seignolle, Claude, *Los hombres-lobo*, edición de Juan Antonio Molina Foix, Madrid, Siruela, 2002.

MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, Santiago, «Cartas de amor y amor en cartas en la corte de Felipe II: el epistolario inédito de don Fadrique de Toledo con doña Magdalena de Guzmán, ca. 1565-1566», *Hispanic Research Journal* 18 (4), 2017, pp. 283-305.

MOLINA, Tirso de, *El Caballero de Gracia*, Barcelona, Linkgua, 2007.

—, *El burlador de Sevilla*, Barcelona, Penguin Random House, 2015.

NYE, Robert, *Vida y muerte de Gilles de Rais*, Barcelona, Edhasa, 1993.

OLIVARI, Michele, «La marquesa del Valle: un caso de protagonismo político femenino en la España de Felipe III», *Historia Social* 57, 2007, pp. 99-126.

PARKER, Geoffrey, *Felipe II: La biografía definitiva,* Barcelona, Planeta, 2012.

PENROSE, Valentine, *La condesa sangrienta*, Madrid, Siruela, 1987.

PÉREZ-SERRANO SÁUREGUI, Nicolás, *En un lugar de las Cortes*..., Madrid, Congreso de los Diputados, 2009.

PERUCHO, Juan, *Las historias naturales*, Barcelona, Edhasa, 2003.

PIZARNIK, Alejandra, *La condesa sangrienta*, Barcelona, Libros del Zorro Rojo, 2012.

RODRIGUEZ-CHECA, José Luis, *Fantasmas de Madrid. Sucesos, misterios y leyendas*, Madrid, Kami Ediciones, 2019.

SANABRIA, José María y PÉREZ ARANGÜENA, José Ramón, *El Caballero de Gracia. Vida y leyenda*, Madrid, Ediciones Palabra, 2016.

SHERIDAN LE FANU, Joseph, *La habitación del dragón volador y otros cuentos de terror y misterio,* Madrid, Valdemar, 1998.

SHERIDAN LE FANU, Joseph – TOLSTOI, Alekséi – POLIDORI, John William, *Vampiros: Carmilla. El vampiro. La familia Vurdalak. El vampiro,* Madrid, Alianza Editorial, 2019.
STOKER, Bram, *Drácula*, Barcelona, prólogo de Rodrigo Fresán, traducción de Mario Montalbán, Penguin Random House, 2015.
VALLE-INCLÁN, Ramón del, *Martes de carnaval. Esperpentos*, Barcelona, Austral, 1964.
VELASCO MOLPECERES, Ana, *Historia de la moda en España. De la mantilla al bikini,* Madrid, Los Libros de la Catarata, 2021.
VV.AA., *Congreso de los Diputados*, Madrid, Dirección de Estudios y Documentación, Departamento de Publicaciones, Congreso de los Diputados, 1998.

También he visto la película de 2016, *Cervantes: la búsqueda*, de Javier Balaguer, y he seguido el divertido podcast de cotilleos barrocos *Las hijas de Felipe*.

Piluca se enroló en *El escaño de Satanás* desde que partió del puerto, desde que salí de la bañera en Bonn, debería decir. Ha soportado que me levantase sábados y domingos a las seis para escribir, que pasara las mañanas de verano escribiendo en casa y, lo que más le ha costado, que por las noches leyese y releyese en la cama hasta tarde. He contado con sus buenas ideas, su sentido del humor y su respaldo. Con ella llego a todo.

Nuestros hijos también estuvieron pendientes y respetaron estoicamente mis retiros y mis malos humores.

Debo mostrar también mi agradecimiento a mis editoras madrinas, Ana Rosa Semprún y Miryam Galaz, por su confianza y su profesionalidad; a Esperanza Sánchez, Espe, que lee cuanto escribo mientras la tinta aún sigue fresca; a mi correctora Ada Iglesias, que comparte conmigo la militancia *sólotildista*; a Mariana RoyoVillanova, que me ayudó con la investigación histórica; a la letrada del Congreso Rosa Ripollés, que me documentó sobre el pasado y los recovecos del Palacio de la Carrera de San Jerónimo; a la presidenta Ana Pastor, que me subió a la bajocubierta y me bajó a los sótanos del edificio; a Fátima Casaseca y Maite Pagazaurtundúa, dos escritoras que leyeron el monstruo; a Carlos Alcelay, que me ayudó a ver la novela con ojos del lector; y a Carmen del Riego, Alicia Giménez, Jaume Duch, Carlos Fernández y Lara Gómez que también leyeron el manuscrito y lo rebatieron hasta donde les dieron las fuerzas. Antes de presentarse en público con una obra, que puede gustar o no, mejor es que uno se deje aconsejar por los que le quieren bien y entienden de lo que hablan.

Y nada más me queda por añadir, salvo que, si se ha perdonado a

Amargura Saavedra, ruego ahora que se considere la oportunidad de perdonarme también a mí por semejante desaguisado, consecuencia de un baño con el agua casi hirviendo y demasiado largo.

Bruselas, enero de 2022

El escaño de Satanás
Esteban González Pons

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño e ilustración de la cubierta: © José Luis Paniagua

© Esteban González Pons, 2022
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Espasa, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico:
sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2022

ISBN: 978-84-670-6792-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

LUIS GARCÍA-REY
AXEL
SOLO LOS MUERTOS
NO TIENEN SECRETOS
ESPASA

Axel

García-Rey, Luis
9788467068832
576 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El explosivo debut editorial del autor que se convertirá en uno de tus favoritos

«Larga vida al nuevo rey de la novela negra. Luis García-Rey nos conquista con una historia de **drogas, poder, sexo y rock and roll**», **Juan del Val.**

Miércoles, 13 de marzo de 2019. El agente de la **policía** judicial Axel Nash no es capaz de tomarse la vida con calma y, si no hay casos que resolver, se aburre mortalmente. No en vano dejó su Vigo natal para buscar más acción en Madrid. Una mañana recibe la llamada de su nueva compañera, Loor Galván, a la que apenas conoce, pero con la que, sorprendentemente, conecta: Marcos Goya, presentador radiofónico de un programa nocturno, acaba de aparecer en un hotelucho de citas **asesinado a cuchilladas** y con restos aparentes de haber sido **torturado**.

Mientras tanto en Vigo, Omar Pombo y su amigo Javier Grande, Jarvis, que, como muchos otros jóvenes de las Rías Baixas, han acabado **trapicheando** para el **narcotráfico**, acaban de meterse en un lío descomunal: han perdido un cargamento y las consecuencias son previsibles. Y no son buenas.

Un mundo con personajes demasiado apegados al **poder** —y a los **vicios**— de los **grandes empresarios, trata de blancas y prostitución, narcotráfico**, mucho **cine** y mucha **música** en **dos tramas perfectamente enlazadas**, con giros magistrales y **dos protagonistas inolvidables**: eso y más es *Axel*, el debut narrativo del periodista Luis García-Rey.

Cómpralo y empieza a leer

RICHARD OSMAN

EL MISTERIO DE LA BALA PERDIDA

Nada les gusta más que una buena taza de té
y un asesinato por resolver

ESPASA

El misterio de la bala perdida

Osman, Richard
9788467067422
448 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Más de 6.000.000 lectores ya forman parte de El Club del Crimen de los Jueves

Es otro jueves cualquiera. Excepto que los problemas nunca andan lejos si la pandilla del Club del Crimen de Los Jueves está metida en el ajo. Una leyenda de las noticias locales, a la caza de un titular jugoso, visitará Coopers Chase y pronto nuestro cuarteto de octogenarios andará tras la pista de dos asesinatos sin resolver. Por si fuera poco, un nuevo enemigo pondrá a Elizabeth entre la espada y la pared al encargarle una misión letal: matar o morir.

Mientras Elizabeth lidia con su conciencia (y una pistola), la pandilla hará lo posible por resolver el misterio a tiempo. Pero, ¿podrán atrapar al culpable y salvar a Elizabeth antes de que el asesino vuelva a atacar?

No subestimes el talento de un grupo de abuelos

«Entretenidísimo y divertido» | «Me recuerda a Agatha Christie» | «Ingenioso»

Cómpralo y empieza a leer

MIGUEL VENEGAS
LO QUE EL PIBE LE DIJO A DIOS
RELATOS DE
LA CULTURETA
ESPASA

Lo que el Pibe le dijo a Dios

Venegas, Miguel
9788467069310
280 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

En *Lo que el Pibe le dijo a Dios*, Miguel Venegas recoge los **mejores relatos** del programa ***La Cultureta* de Onda Cero**: ¿qué relación tiene **Murakami** con el deporte?; ¿qué le mueve realmente a **Usain Bolt**, el hombre más veloz del planeta?; ¿qué hubiera sido de **James Bond** si Sean Connery hubiera seguido jugando al fútbol?; ¿cuándo se inventó el **deporte paralímpico**?; ¿quién fue la primera gimnasta en recibir un 10 en unos Juegos Olímpicos?

Decenas de **historias deportivas atemporales** que forman parte de la cultura popular más allá del *show*, las cifras o las medallas.

Cómpralo y empieza a leer

MARIAN ROJAS ESTAPÉ

CÓMO HACER QUE TE PASEN COSAS BUENAS

Cómo hacer que te pasen cosas buenas

Rojas Estapé, Marian
9788467053982
232 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Uniendo el punto de vista científico, psicológico y humano, la autora nos ofrece una reflexión profunda, salpicada de útiles consejos y con vocación eminentemente didáctica, acerca de la aplicación de nuestras propias capacidades al empeño de procurarnos una existencia plena y feliz: conocer y optimizar determinadas zonas del cerebro, fijar metas y objetivos en la vida, ejercitar la voluntad, poner en marcha la inteligencia emocional, desarrollar la asertividad, evitar el exceso de autocrítica y autoexigencia, reivindicar el papel del optimismo…

Cómpralo y empieza a leer

María Sotomayor
La Furia
ESPASA ESPOESÍA

La furia

Sotomayor, María
9788467069327
96 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La furia es la poderosa nueva propuesta de una poeta profunda, original, que destaca en el ámbito de la poesía actual en castellano.

En la misma aborda desde una perspectiva luminosa el sentimiento amoroso: «La furia es un nudo que en agua caliente se deshace. Hay una distancia exacta entre el horizonte y lo vivido: ahí lo escrito. Todo lo que se expande es poema. La furia es quietud y movimiento. El amor se va de quien lo destruye. El amor perdura para aquel que lo nombra y lo sostiene».

Cómpralo y empieza a leer